

JOSÉ JAVIER ESPARZA



EL REINO DEL
NORTE

UNA INTRIGA DE AMBICIÓN, AMOR
Y MUERTE EN LA ASTURIAS DEL SIGLO IX

Lectulandia

Oviedo, Anno Domini 842. La reconquista pende de un hilo. Negras amenazas se ciernen sobre el Reino de Asturias. El rey Alfonso II, en su lecho de muerte, ha designado heredero al noble Ramiro. Pero una importante facción de la aristocracia conspira contra el elegido: el magnate Nepociano, viejo disidente, vuelve de su destierro y encabeza un golpe de estado. El emir de Córdoba, Abderramán II, bendice la operación; ignora el moro que bajo sus mismas narices se trama otra conspiración de largo alcance. Mientras tanto, el caballero Hernán de Mena cruza las desiertas soledades de la frontera para encontrar a la castellana Paterna, la mujer que Ramiro ha escogido como esposa. Hablarán los corazones y hablarán las armas.

El Reino del Norte novela un episodio verídico de los inicios de la Reconquista: el golpe palaciego contra Ramiro y la batalla de Cornellana, donde el reino de Asturias se jugó literalmente su destino.

Lectulandia

José Javier Esparza

El reino del norte

Una intriga de ambición, amor y muerte en la Asturias del siglo IX

ePub r1.0

Maki 09.10.14

Título original: *El reino del norte*
José Javier Esparza, 2014

Editor digital: Maki
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para mi hijo Juan.

PROLOGO EN ALAVA

Alava, verano de 838. Los buitres llenan el cielo vacío de nubes, solo sol sobre la muerte. Desde Solacueva hasta Estavillo y desde los Langrares hasta Henayo, la gran llanada alavesa es un anticipo del infierno. Las tierras, arrasadas. Los bosques, quemados. Los prados, esquilados. Las cabañas de los paisanos, reducidas a ceniza y escombros. Salpicando el paisaje negro de fuego, manchas rojas proclaman el triunfo de la sangre. Aquí y allá, dispersos por el suelo humillado, yacen centenares de cadáveres. Hombres, mujeres, ancianos, niños. Son cadáveres sin cabeza: les ha sido arrancada como expresión absoluta de su derrota. Apenas unas horas antes, todas esas cabezas habían sido amontonadas en un sanguinolento túmulo y un hombre había subido a ellas para entonar una oración de acentos lejanos. Ahora las cabezas marchan en un carro hacia Córdoba: son la prueba del vencedor. Y en la llanada de Álava, castigada una vez más, solo quedan los cadáveres bajo los buitres y el sol.

Los vieron venir. Vieron avanzar a un ejército sarraceno. Las gentes de las campiñas corrieron a buscar refugio en los castillos cercanos. Allí, tras los rudimentarios muros de piedra y madera de aquellas fortalezas, podrían al menos salvar la vida. Pero no todos llegaron a tiempo. Los que corrían desesperados hacia las grandes puertas de los castillos sabían que nadie iría a socorrerles; ninguno de aquellos pequeños puestos avanzados guardaba suficientes hombres como para salir y frenar al invasor. En aquel momento no había sino una obsesión: llegar como fuera, a cualquier precio, ante los muros salvadores. Y una vez dentro, esperar, sin esperanza, hasta que pasara la tormenta, hasta que el enemigo se retirara ahído de botín. Luego, como siempre, habría que volver al terruño, encontrar la casa desmantelada y el prado calcinado, e intentar empezar de nuevo, como tantas otras veces. La alternativa era la muerte o la miseria. Se escogía la miseria. Porque la tercera opción, que era la esclavitud, ni siquiera se planteaba. Aunque si todo salía mal, si no se llegaba a tiempo, si los cazadores de hombres atrapaban a su presa en la fuga, entonces lo más probable era que la aventura terminara en muerte o esclavitud. Y la segunda era peor que la primera.

Como siempre, como todos los años, como en todas las aceifas moras, los castillos de la frontera de Álava habían cursado aviso a las tierras cercanas. Un mensaje angustioso que pedía hombres y lanzas para defenderse de lo inevitable. La llamada agónica de la frontera recorría los valles de Mena y Losa, el paraje de Villarcayo, las tierras de Ayala y Carranza, incluso las aldeas del Campoo. En todos estos lugares el grito de socorro era recibido por gentes hechas a la lucha a vida o muerte, gentes que habían sufrido en sus mismos campos, en sus mismas familias, el azote de los cazadores de hombres. Gentes que a veces podrían salir en auxilio de los condenados, pero otras veces no. Gentes que, al recibir aquel mensaje, miraban en

primer lugar si acaso su propia tierra no iba a verse sacudida por la tempestad de sangre y fuego que asolaba la llanura oriental. Habían vivido muchos años así. Este ejército moro había pasado cerca de Villarcayo; vistas las defensas, los sarracenos eludieron el obstáculo y siguieron camino, como una manada de lobos que deliberadamente busca a la presa más débil. Sabían bien dónde golpear. Y golpearon. Les había tocado a los alaveses, pero podía haberles tocado a los de Mena o a los del río Nela. La defensa en la frontera estaba cada vez mejor organizada, con castillos mejor provistos y hombres mejor armados, pero la vida seguía siendo así, implacable, en aquella región que antes se llamó Bardulia y ahora se llamaba Castilla.

Esta vez sí hubo socorro; esta vez sí hubo mesnadas de la tierra de Ayala y el paraje de Villarcayo y el castillo de Tedeja dispuestas a acudir en auxilio de los labriegos alaveses. Tres, cuatro centenares de hombres: colonos de la frontera, campesinos armados, guerreros de casa señorial o caballería villana sin otra diferencia entre ellos que la de quién había llegado antes a hacer presuras en el gran espacio vacío de la Bardulia. Allí está Nuño de Cigüenza con su hijo Rodrigo y su yerno Eneco de Carranza, y allí está también Olmundo de Erice.

Pero cuando llegan los refuerzos ya no hay nada que hacer. Las aceifas moras siguen una pauta muy regular: ataques rápidos de saqueo y destrucción, campos arrasados, decenas de cautivos... No perderán tiempo en asediar un castillo, menos aún en entablar batalla campal. Todo el objetivo de Córdoba es que aquí no nazca nada. Borrar cualquier vestigio de vida nueva como antes se borró cualquier vestigio de la España visigoda. Pero esta vez los moros se han ensañado de manera especialmente sangrienta, como si hubiera orden expresa de no hacer prisioneros. Lo que los castellanos encuentran es un paisaje desolador. Los guerreros de los castillos, apenas un par de cientos, junto a los labriegos del lugar, campesinos-soldados con más de lo primero que de lo segundo, no pueden hacer otra cosa que espantar a los buitres y enterrar a los muertos.

—Han sido los moros —explica tontamente un guerrero a don Nuño mientras trata de encontrar a qué cuerpo pertenece un brazo segado.

—¿Banu Qasi? —pregunta el castellano.

—No. Cordobeses —responde el guerrero, arrojando el brazo sobre un cadáver manco—. Los mandaba un tal Ubaid Allah ben al-Balesi. Debe de ser un príncipe o algo así, porque se preocupó de que conociéramos su nombre.

—Ubaid Allah ben al-Balesi —repite don Nuño, como si supiera de quién se trata. Pero no, no lo sabe. Lo mismo podía haber sido este que otro cualquiera, e incluso esos Banu Qasi de Arnedo y Tudela. Moros, al fin.

Don Nuño clava la vista en su hijo, que cabalga a su lado. Rodrigo tiene apenas dieciséis años. Es el segundo de su casa, después de su hermana Paterna, y el primer varón. Ayer mismo era un niño. Hoy ya tiene que hacerse hombre. El viejo colono ve

que el muchacho empalidece, se tapa la nariz y aparta los ojos del montón de cadáveres que va creciendo sobre la tierra muerta. Nuño agarra a Rodrigo por la larga y revuelta cabellera y le obliga a volver la cabeza:

—¡Mira! —ordena el padre—. ¡Mira bien esto, hijo! —Rodrigo, obediente, vuelve la cabeza y vomita—. Mira. Míralo bien y aprende. Aprende quién es tu enemigo.

Rodrigo está horrorizado, pero la vergüenza de verse débil puede más que el hedor de la muerte. Intenta rehacerse.

—¿Por qué hacen esto? —pregunta el joven con la garganta aún rota de bilis.

—Para demostrar quién manda —contesta el padre.

—Pero... ¿para qué los matan? —repone Rodrigo—. Y si arrasan sus campos, ¿qué beneficio obtendrán?

—Los matan y destruyen todo para que otros aprendan la lección —contesta don Nuño en un bufido—. Para que la aprendamos nosotros. Primero destruyeron nuestros monasterios y nuestros libros; destruyeron nuestra memoria. Ahora destruyen nuestros campos y nuestros cuerpos. Estos de aquí no querían ser vasallos, no querían ser esclavos. Querían ser libres. Querían guardar su nombre y su fe y su memoria. Otros, en otros lugares, se han entregado, se han vendido: «protegidos» los llaman, *dimíes* en su lengua. ¡Valiente protección! Lámeme los pies, deja que mi dios prevalezca sobre el tuyo, cambia tu nombre, olvida quién eres y yo te protegeré, es decir, no te mataré. Si no lo haces, moriréis tú y tu familia y hasta el último recuerdo de ti. Eso es lo que ofrece el moro.

—¿Por eso se vendieron los Banu Qasi? —intenta el muchacho demostrar que conoce la situación.

—Por eso —confirma el viejo colono—. Por eso dejaron de ser los hijos de Casio para convertirse en Banu Qasi. Y por eso vienen también a saquear las tierras cristianas como sus hermanos cordobeses... cuando no pelean entre sí.

Rodrigo observa atentamente el trance de la recogida de cadáveres. Pasea la vista en derredor, los campos incendiados y los humildes chozos demolidos. Estudia también a esos guerreros de los castillos, esos pocos hombres que no han acudido a combatir, porque habría sido un suicidio, sino que se han limitado a cobijar a cuantos campesinos han podido escapar de la muerte, y que ahora cargan cadáveres bajo el sol poderoso de la llanada.

—¿Son invencibles, padre? —pregunta Rodrigo Núñez.

Don Nuño no mira a su hijo; mantiene la vista fija en los cuerpos sin vida de las víctimas. Suspira y esboza algo parecido a una sonrisa cansada.

—¿Los moros? No —contesta categórico—. Ellos tienen el oro y su caballería. Nosotros tenemos nuestras espadas, nuestras ermitas y los vientres de nuestras mujeres. Aprende bien esto, hijo. ¡Aprendedlo todos! —grita don Nuño a los hombres

que tiene en torno a sí—. Nuestra vida consiste en empezar de nuevo todos los días. ¿No dijo Nuestro Señor que él hacía nuevas todas las cosas? Pues nosotros, que somos sus hijos, las haremos también.

Hay un largo silencio, espeso como la sangre que se coagula en las heridas irreparables de los muertos. Un hombre musita:

—Aquí ya solo han quedado mujeres de luto.

Don Nuño se vuelve al hombre que ha hablado. Los ojos del viejo colono tienen fuego.

—Mujeres de luto, sí —confirma—. Pero, al final, son esas mujerucas que cuentan historias junto al hogar las que sostienen el mundo. Ellas transmiten a sus hijos la fe y ellas nos recuerdan a todos quiénes somos y por qué estamos aquí. Nuestro deber es combatir y labrar; el de ellas, asegurar que todo eso sirva para las generaciones venideras. Tal vez llegue un día en que los hombres renuncien a pelear y a labrar, un día en que las mujeres renuncien a contar a sus hijos quién es Dios y que nosotros somos su pueblo. Ese día el mundo se acabará. Pero mientras nosotros estemos aquí, plantados en este pedazo de tierra, y nuestras mujeres aseguren el relevo, eso no pasará. Mira esos cuerpos, hijo —repite don Nuño, pasando un brazo férreo sobre los hombros aún frágiles de Rodrigo—, y grábate bien esto en la cabeza: podrán matarnos, pero no acabarán con nosotros. No acabarán con el santo reino del norte.

Al caer la noche, una gran pira iluminaba la llanada de Álava. Con las pavesas volaban hacia el cielo las almas de los difuntos. Y los colonos retornaron a sus casas con la determinación cotidiana de resistir.

1
20 DE MARZO DE 842

La cámara del rey olía a muerte familiar y doméstica, a vida que se va entre suspiros y ayes resignados, a luto que llega porque Dios así lo ha dispuesto y nada puede torcer su voluntad. Alfonso II de Asturias, el rey Casto, ochenta y dos años, se extinguía. Había llegado el final.

—Gomelo, ¿estás ahí?

—Aquí estoy, mi señor —contestó el obispo de Oviedo con toda la dulzura que le permitían su boca seca y su garganta acongojada.

—Gracias, amigo mío —susurró el rey moribundo—. Seguid cantando. No dejéis de cantar.

Nadie cantaba, pero, en realidad, ¿quién sabe? Quizá, pensaba Gomelo, los ángeles del cielo estaban ya entonando los himnos para recibir a su esforzado hijo, al campeón de la cristiandad, y solo él podía escuchar la música de los coros celestiales.

Gomelo, encogido sobre sí, como envuelto en el secreto de sus barbas blancas, musitaba oraciones en la penumbra de la cámara del rey. Atardecía, y la luz incendiada del ocaso entraba también moribunda, degollada por el parteluz que separaba los dos arcos del ventanal. En la pared frontal se desplegaba el gran estandarte de la cruz roja sobre fondo blanco, la bandera que el rey Casto había enarbolado mil veces en la batalla. Sobre una repisa se erguía la Cruz de los Ángeles, aquella joya creada por orfebres lombardos —o quizá fueran ángeles, sí— con la que Alfonso había querido dejar su mensaje de fe a las generaciones futuras y que ahora había hecho llevar a su cámara para que le acompañara en el trance de la muerte. Al lado de la cruz, una elaborada lámpara votiva de cuño visigodo arrojaba brillos tímidos, miedosa de iluminar tan triste estampa.

El anciano arquitecto Tioda, en pie como Gomelo junto al lecho del monarca, reflexionaba en silencio. Él había levantado ese palacio donde ahora se hallaban, piedra sobre piedra. Un cómodo palacete fuera de las murallas de la ciudad, distante casi un estadio de la iglesia de San Julián, y donde el rey gustaba de recluirse cuando no le agobiaban las obligaciones del trono. Tioda miraba al rey con el amor que un artista profesa a su mecenas. En Tioda había depositado Alfonso la misión de convertir Oviedo en una capital digna de un reino. ¡Cuántas horas no habrían gastado ambos, durante tantos años, debatiendo planos, recorriendo terrenos, discutiendo precios, soñando alcázares y templos a la altura de Roma, Constantinopla o Aquisgrán! Ahora el motor de aquella empresa grandiosa se extinguía. Quedaba la piedra: el esplendoroso conjunto de iglesias, las dos catedrales con su porte majestuoso, la muralla de la ciudad episcopal abierta en puertas de imponente presencia, el fulgor rojo de la puerta Rutilante, con ese arco que nada tenía que

envidiar a las obras de Bizancio, bajo el poderoso emblema de la cruz, el signo de la salvación. Quedaba, sí, la piedra.

Otros hombres —y solo hombres— completaban la nómina de testigos de la larga agonía de Alfonso el Casto. Allí estaba, con Gomelo y Tioda, el también anciano Teudano, en su día general victorioso de los ejércitos de Asturias, ahora encorvado y seco, como una lanza en astillero, sentado en un arcón a los pies de su señor. Y solo un caballero más joven: Hernán de Mena, el hijo del difunto Zonio, que fue otro de los más fieles guerreros del rey. «Todos ancianos», pensaba Hernán. Era, en efecto, la imagen de una época que terminaba.

Cincuenta y dos años con la corona sobre las sienes. Ningún rey de Asturias había ocupado durante tanto tiempo el trono. Cuando él empuñó el cetro, el reino del norte era un caos de banderías, una cárcel encajonada entre montes, un infierno sin otro horizonte que servir de botín a los poderosos musulmanes del sur. Ahora, medio siglo después, el trono de Oviedo era una fuerza que se extendía desde el Atlántico hasta los montes vascos, que había recuperado la memoria de la España goda, que había saltado a los llanos del sur para sembrar mares de cereal y que incluso había golpeado vigorosamente a los ejércitos de Córdoba. Sobre todo, ahora, año de Nuestro Señor 842, año 880 de la Era Hispánica, el reino sabía por qué debía luchar.

Una jaculatoria a Santiago salió espontáneamente de los labios del rey. El hallazgo de la tumba del apóstol lo había cambiado todo. Aquel sepulcro perdido en un bosque gallego devolvió a los cristianos del norte la fe en su propia misión. Quiso la Providencia que el milagroso descubrimiento aconteciera bajo el cetro de Alfonso. «El Señor revela a las naciones su salvación», decía aquel salmo que tanto gustaba al abad Juan de Valpuesta y a Beato de Liébana. ¡El sepulcro de Santiago! Toda la cristiandad contuvo el aliento aquel día. El mismísimo Carlomagno se apresuró a establecer lazos con Oviedo. Nunca el reino de Asturias fue tan orgulloso y fuerte. Ese era su legado; el legado de Alfonso el Casto.

En su lecho de muerte, entre las sombras de aquel frío atardecer de finales de marzo, la vista nublada, los pulmones vacíos, la cabeza fugitiva, el rey moribundo se esforzaba por recordar. Palabras inaudibles manaban ahora de su boca como una letanía. ¿Rezaba? ¿Buscaba pausa o consuelo en su dolor? El obispo Gomelo acercó el oído. No. Lo que los labios reseco del rey estaban desgranando era su propio linaje, como quien busca una cuerda a la que asirse para afrontar la travesía final.

—Primero fue Pelayo, mi bisabuelo, vencedor de Covadonga...

Primero fue Pelayo, sí. Después de este vino su hijo Favila, muerto en lucha con un oso. Más tarde...

—... Más tarde el primer Alfonso, mi abuelo, yerno de Pelayo...

Alfonso, su abuelo, casado con la hija de Pelayo, Ermesinda, supo ganarse a los señores que gobernaban las tierras desde el Finisterre hasta los montes de los

vascones. En realidad, fue él quien construyó el reino y salvó a la cristiandad. Por eso le llamaron Alfonso el Católico. Cuando murió, a este Alfonso el Católico le heredó su primogénito Fruela, padre del rey que ahora agonizaba. Después... Después debería haber reinado él, el segundo Alfonso, e incluso llegó a ser coronado, pero el reino estaba herido de muerte por las querellas entre las grandes casas. Muchos querían mal al rey Fruela. Por eso le mataron.

—¡Padre! ¿Estás ahí? —gritó súbitamente Alfonso, y su voz clamaba con acentos de ultratumba que erizaron los escasos cabellos del obispo Gomelo.

El delirio del monarca agonizante buscaba en vano la sombra de su padre. Una espantosa mancha roja cubría el alma de Alfonso cada vez que invocaba la memoria del rey Fruela. Sus recuerdos apenas le traían otra cosa que un fragor de gritos y armas en la noche, el rostro pálido y aterrado de su madre, doña Munia; una precipitada huida fuera de palacio, una larga cabalgada bajo un cielo negro de lluvia y muerte, un beso a las puertas de un monasterio... Escenas que volvían vívidas a su mente, pero que no lograban materializar la tragedia sin rostro ni forma que en aquel lejano tiempo se abatió sobre toda la familia. El espíritu cansado del rey revivía la noche de la fuga, la vigilia del primer exilio, la huida en un burdo carromato rumbo a una improbable salvación. Y ahora el rey se veía a sí mismo como aquel niño asustado, setenta años atrás, interrogando a su madre con la perplejidad de quien ha visto cómo el mundo se desploma con estrépito.

—Madre, ¿por qué han matado a mi padre?

Madre... La imagen de su madre era una de las pocas cosas que Alfonso, en su agonía, recordaba con limpieza. Munia, aquella mujer entregada a Fruela como prenda de paz por los vascones sometidos, había terminado convirtiéndose en el único amor del duro rey. Por ella y para ella había levantado Fruela la ciudad de Oviedo sobre la primitiva fundación de San Vicente. Munia fue a la corte prácticamente como sierva y, en vez de la esclavitud, encontró la felicidad. Aquella lejana noche, en el carromato, fugitivos, los ojos del niño Alfonso, dos platos grises, la interrogaron con la misma urgencia con que uno busca la mano de Dios. La mujer tuvo que ahogar un sollozo para contar a su hijo la verdad. Munia habló lento, como el hielo que cae despacio sobre los campos y los quema con su gélido abrazo:

—Tu padre tenía un hermano. Vimarano, se llamaba. Un buen hombre, franco y cabal. Los enemigos de tu padre adularon a Vimarano y le hicieron creer que podría obtener el trono. Se aseguraron de que la traición llegara a oídos de tu padre. Fruela, loco de ira, dio crédito a las habladurías. Vimarano, valiente en el campo de batalla, pero inepto para intrigas y maquinaciones, fue una marioneta en manos de los conspiradores. Una noche tu padre y Vimarano discutieron. Fruela perdió el control. Sacó una daga y lo mató. Yo le vi llorar después, desconsolado, sobre el cadáver de su hermano. Tanto se arrepintió que acogió bajo su protección al niño que Vimarano

dejaba huérfano. Pero ahora los conspiradores han terminado cobrándose la pieza. Han matado a tu padre para vengar la muerte de Vimarano; una muerte a la que ellos mismos, hipócritas, le empujaron.

—¿Quiénes son los conspiradores? —preguntó el niño Alfonso con la seriedad de un pequeño rey.

Munia, conmovida, no calló:

—Tus tíos. Los hijos del guerrero Fruela Pérez, el hermano del viejo rey Alfonso el Católico. Fruela Pérez fue todo nobleza, pero sus hijos son todo perfidia. Fruela Pérez, como tu padre el rey Fruela, dedicó su vida a combatir al moro. Pero los hijos de Fruela Pérez quieren pactar con Córdoba. Eso es todo. Ese Aurelio, un canalla redomado. Ese Bermudo, el diácono, con su hipócrita tonsura. También ese Mauregato, hermanastro de tu padre... Ellos lo han hecho. Ahora Aurelio reinará. Buscará matarte a ti como ha matado a tu padre. Por eso hemos de huir.

Un primario fanal, oscilando de un lado a otro con el traqueteo del camino, iluminaba el interior del carromato y dejaba ver en una esquina, envuelto en mil tocas, el cuerpo menudo de una niña de pocos años.

—¿Qué será de Jimena? —preguntó Alfonso.

Munia miró largamente a aquella niña antes de contestar. Jimena había llegado a la familia de una manera extravagante. La trajo una campesina en una cesta. La ofrendó al rey. Fruela la tomó en sus brazos y se la mostró a Munia: «Esta niña es hija póstuma de Vimarano. Ilegítima. Pero cuidaremos de ella como hemos cuidado de su hijo». Desde entonces la niña Jimena, que así la quiso llamar la propia Munia, vivía con la familia real.

—También a ella la pondré a salvo —contestó la mujer.

Alfonso, agonizante en su lecho, veía ahora entre las sombras de su mente el cuerpo grande y hermoso de su madre, los cabellos claros, los ojos grises que él había heredado, el rostro bondadoso, la boca dulcísima que depositó en sus mejillas un beso antes de entregarlo al cuidado de los monjes en Samos, aquel monasterio recostado sobre la sierra del Édramo, a orillas del Sarria. Munia, solemne, se desprendió de sus sortijas, dos zafiros gemelos engastados en oro que su esposo le había obsequiado como prenda de amor. Una de las joyas la colgó en torno al cuello de Alfonso. La otra, sobre el pecho diminuto de Jimena. El niño Alfonso se quedó allí, en el pórtico del monasterio, solo en la noche, apabullado por la sombra maciza de la montaña preñada de luna, tomado de la mano por el abad Argerico. Una sensación de profundo desamparo le invadió mientras Munia, ocultando unas impertinentes lágrimas, partía con la pequeña. Alfonso nunca volvió a ver a su madre. Tampoco a Jimena.

La corona, como Munia predijo, fue a parar al felón Aurelio, dispuesto a entregar esclavos y botín a los musulmanes a cambio de una paz precaria. Pero paz, ¿para quién? Los astures, los cántabros y los gallegos no estaban acostumbrados a esa vida

de esclavitud. Por eso se rebelaron los siervos. Cuentan que a Aurelio le envenenaron. No merecía otra cosa. Así la corona acabó en las sienes del magnate Silo, casado con una tía del entonces joven Alfonso, Adosinda, sangre de Pelayo. Fue la buena tía Adosinda la que sacó al muchacho de su encierro de Samos y le llevó a la corte, que entonces estaba en Pravia. Allí aprendió Alfonso el arte de gobernar. Allí incluso fue coronado, sí, cuando murió Silo y él contaba poco más de veinte años. Pero había demasiadas voluntades en el reino dispuestas a impedir que el linaje de Pelayo volviera al trono. Una revuelta de grandes señores llevó al poder a Mauregato, aquel bastardo de Alfonso el viejo. De nuevo los puñales y el olor de la sangre. De nuevo la sombra de la muerte detrás de cada esquina. Y el joven Alfonso tuvo que huir una vez más, ahora a tierras de los vascones, entre la rústica parentela de su madre, doña Munia. Murió Mauregato y llegó al trono Bermudo, otro hijo de Fruela Pérez. Pero tan graves fueron los descalabros de Bermudo que los guerreros del norte cruzaron el reino de punta a punta para buscar al joven Alfonso en su exilio vascón y ofrecerle el cetro. Y así Alfonso fue rey.

—¡Mi espada...! ¡Mi espada...! —suplicaba el anciano en su agonía.

Allí estaba su espada. Bajo la Cruz de los Ángeles. Lo primero que hizo Alfonso cuando ciñó la corona fue recuperar aquella joya que su madre le había entregado en prenda de despedida, el zafiro que durante años había colgado de su cuello, y ordenar que un buen orfebre la engastara en el pomo de su espada. De esta manera el aliento de doña Munia había acompañado a su hijo, perenne, durante todo su largo reinado. Medio siglo con la espada en la mano y la corona sobre las sienes.

Pelayo, Favila, Alfonso, Fruela, Aurelio, Silo, Mauregato, Bermudo, Alfonso II... Nueve reyes. El noveno era él. Desde aquel lejano día en que unos guerreros desesperados acudieron a redimirle de su destierro. Y todo eso, toda esa sangre de reyes, se fundía ahora con el sol rojo de la tarde, en la negrura de un ocaso triste y silencioso, solo adornado por los ocasionales cánticos de aquellos ángeles que, aunque el obispo Gomelo no los escuchara, seguían cantando sus himnos de bienvenida al campeón de la cristiandad.



El eunuco Nasr Abu el-Fath postró su corpachón de buey a los pies del emir Abderramán.

—Las bendiciones de Alá sean contigo, mi señor. Un emisario ha traído noticias del norte: el rey Alfonso, que Alá le dé suplicio eterno, agoniza.

El emir, calmo, sentado a la turca en un rico escaño, se acarició lentamente la barba. No terminaba de acostumbrarse a ese trono que el músico Ziriyab, emigrado de Bagdad, había mandado confeccionar para estar a tono con las modas cortesanías del califato. A sus pies, el rostro oculto por un lujoso velo, la hermosa Tarub perforaba al

recién llegado con su mirada hechicera. Abderramán se irguió y caminó hacia el eunuco.

—No es la primera vez que nos viene un emisario con nuevas de ese género. ¿Cómo puedo saber que ahora es verdad?

El eunuco Nasr levantó la mirada. Sabía bien cuándo podía hacerlo. Sus ojos claros, dos bolas en una cabeza redonda y calva, delataban su origen cristiano; criado desde niño como esclavo, castrado para hacer carrera en la corte, su cerebro había suplido con creces aquellas otras carencias de su cuerpo. Con voz atiplada y melodiosa, Nasr respondió:

—Porque esta vez, mi señor, las noticias vienen de nuestro principal amigo en el norte. Mirad...

Al decir esto esgrimió el eunuco un pergamino que, las palmas abiertas, sirvió al emir como si de una ofrenda litúrgica se tratara. Abderramán asió desganado el mensaje mientras, con ademán displicente, ordenaba a Nasr ponerse en pie. El emir leyó con esfuerzo. Le costaba orientarse en ese extraño latín que todavía hablaba la mayor parte de sus súbditos andalusíes. Sus largas barbas negras, encarnadas a base de abundante alheña, oscilaron de un lado a otro al tiempo que sus ojos de carbón deletreaban la firma del mensaje: Nepociano, el viejo confidente de la corte cordobesa en el norte.

—¿Esto significa lo que yo creo? —preguntó el emir al eunuco.

—Absolutamente, mi señor —respondió Nasr—. El rey Alfonso se muere. Su estado ya es irrecuperable. Y nuestro amigo Nepociano se apresta a hacerse con el poder en la corte de Oviedo.

A espaldas del emir, la mujer que aguardaba sentada al pie del trono se estremeció. Tarub, la hermosa concubina de Abderramán, la favorita de entre tantas otras mujeres, la madre del pequeño Abdalá, tenía algo que decir. Ella, sin embargo, también sabía cuándo callar.

—¿Quién le sucederá en el trono? —preguntó el emir, ajeno a las cavilaciones de su amada.

—Se ignora, mi señor. No deja herederos. Ya sabes que es célibe. Por otro lado, esta gente no suele transmitir la corona de padres a hijos; con frecuencia son los aristócratas los que eligen al rey. Y justamente aquí está lo que más nos interesa. Parece que el monarca agonizante, para eliminar el trámite de la elección, hará nombrar a alguien de la familia real, si bien son muchos los candidatos. Ahora bien, los señores de la tierra querrán hacer valer su peso. Y entre ellos...

—¡Nuestro amigo Nepociano! Sí, veo clara la jugada. Llamad a Yahya el alfaquí —ordenó el soberano de Córdoba—. Quiero que hablemos despacio de este asunto.

Abderramán hundió nuevamente su mirada en el pergamino de Nepociano. ¡La muerte de Alfonso el Casto! ¡Por fin! Hacía casi veinte años que el emir había subido

al trono y ese cristiano ya estaba entonces ahí. Había amargado también el reinado de su padre, Alhakán, e incluso el de su abuelo, el viejo Hisham. En innumerables ocasiones trataron las huestes de Córdoba de acabar con aquel perro, pero Alfonso siempre se las arreglaba para salir con bien. Los mejores generales de Córdoba se habían estrellado una y otra vez con el muro de montañas y castillos que el reino de Asturias había elevado en el norte. Tampoco las intrigas palaciegas, financiadas con oro cordobés, fueron capaces de apartar a ese hombre de su trono. Con razón el viejo emir Alhakán decidió cambiar de estrategia: no más campañas masivas, no más ejércitos lanzados en busca de una batalla final, sino aceifas pertinaces y letales, incursiones de saqueo constantes, todas las primaveras, algunas veces hasta dos aceifas por año, para aplastar a sus gentes, arrasar sus campos, raptar a sus mujeres y a sus hijos, robar su ganado, doblegar su orgullo, privarles del aire que respiraban y obligar a esos impíos politeístas a una vida de miseria y dolor.

Abderramán había seguido el mismo camino que su padre. Después de una campaña masiva, inevitablemente frustrada, optó por golpear cada primavera sin tregua, devastar la frontera, borrar toda vida al norte del río Duero, con la constancia homicida de las tormentas de arena. Cada vez que los problemas internos del emirato se lo permitían, allá marchaban los ejércitos de Córdoba. Y aun así, aquel pequeño reino de montañas verdes y nieves tenaces seguía pariendo todos los años nuevas gentes que volvían a la frontera, que repoblaban las tierras, que sembraban los campos calcinados, que elevaban sus iglesias blasfemas en las puertas mismas de la muerte.

Hubo una vez que Abderramán se sintió victorioso. Solo hacía cuatro años de aquello. Encomendó a uno de sus hijos, Al-Hakam, propinar a los politeístas un castigo que no pudieran olvidar jamás. El oriente del reino de Asturias, aquellas tierras llanas de Álava, apenas tenían otra protección que unos pocos castillos mal guarnecidos. Los ejércitos de Córdoba entraron a saco. Miles de cristianos — hombres, niños, mujeres, ancianos— perecieron bajo las espadas musulmanas. Con las cabezas decapitadas de los muertos formaron túmulos tan altos como colinas; tanto que dos jinetes no podían verse de un lado al otro de aquellas siniestras masas sanguinolentas. Las cabezas de los blasfemos fueron llevadas a Córdoba para admiración de las gentes. Así lo escribió el cronista. Pero el escarmiento sirvió de bien poco, porque aquel mismo verano las hordas cristianas atacaron las campiñas de Guadalajara sembrándolo todo de ceniza y desolación. Lo que nadie podría negar al viejo Alfonso, ciertamente, era tenacidad.

Solo en una ocasión se habían cruzado personalmente los dos hombres, el emir de Córdoba y el rey de Oviedo. Fue poco después de la última aceifa. El propio Abderramán se había puesto en cabeza de sus huestes para flagelar al reino de los cristianos en Galicia. Sin duda el mismísimo diablo debió de prevenir a Alfonso,

porque fue el hecho que, en un momento determinado del camino, la columna cordobesa se topó con el ejército cristiano al completo. Solo más tarde supo Abderramán que los cristianos se habían movilizad para dar caza a un rebelde de Mérida llamado Mahamud. Mal tipo, aquel Mahamud: primero traicionó a Córdoba y después traicionó a Oviedo. Y así se vieron frente a frente los dos ejércitos en marcha, sin preparación alguna para el combate, pero ambos temiendo que el otro aprovechara el desconcierto para atacar. No hubo tal. Abderramán recordaba con nitidez el aspecto del ya muy anciano Alfonso y sus fieles, bajo aquellas banderas blancas con una cruz roja, mirándole fijamente, desplegando huestes de jinetes para la defensa y al mismo tiempo tomando el camino de retirada.

No, no hubo batalla. ¿Para qué correr riesgos inútiles? Con Abderramán marchaba aquel día su heredero, el pequeño Mohamed, cuya vida había que proteger a todo trance. Por otro lado, tan larga ausencia de Córdoba estaba haciéndose ya insoportable. Sí, debía reconocerlo: no podía vivir sin Tarub. Aquella mujer le había hechizado. Tarub significa precisamente «hechizo»; por eso el emir la había bautizado así. ¡Pero qué gozoso era aquel embrujo que vivificaba su cuerpo y elevaba su alma! Tan fuerte era la nostalgia de su vientre, de sus labios, de sus incandescentes ojos negros, que el emir ordenó al poeta Ibn Samar que le compusiera unos versos. Abderramán aún podía recitarlos con toda exactitud, porque hay cosas que no se olvidan:

Te he despreciado por visitar al enemigo y llevar contra él un gran ejército. ¡Qué desiertos he recorrido en mi camino y qué desfiladeros he atravesado uno tras otro! Quemado por el viento abrasador del mediodía, tan ardiente que parecía poder fundir las piedras, me he hecho con el polvo una coraza y mi bello rostro está transformado por el agotamiento.

La hermosa Tarub sacó al emir de su ensimismamiento.

—Mi señor —un largo dedo de mujer se deslizó por el cuello de Abderramán—, el alfaquí Yahya ha llegado.

El emir se giró. Vio al anciano Yahya ben Yahya, ese saco de huesos retorcidos, postrado como ordenaba el ritual cortesano. El alfaquí era uno de los hombres más influyentes en Córdoba desde mucho tiempo atrás; uno de los que más empeño había puesto en buscar, monasterio por monasterio, cualquier vestigio escrito del viejo reino godo para aniquilarlo y así destruir la memoria de la cristiandad. Sobre la frente lucía Yahya el característico callo de quien se ha inclinado muchas veces ante Alá, la «marca de la oración». A su lado, el eunuco Nasr mantenía su habitual actitud entre obsequiosa y expectante.

—Seguidme —ordenó el soberano de Córdoba—. Tú también, Tarub.

Abderramán cruzó el salón del trono y salió a un hermoso jardín de palmeras y limoneros; una prefiguración del que los fieles encontrarán en el paraíso. La primavera se anunciaba ya en los brotes de las ramas y en la calidez del sol. El emir no entendía por qué los alfaquíes más intransigentes, como el propio Yahya que ahora le acompañaba, se negaban a plantar árboles en los jardines de las mezquitas. ¿Acaso no eran manifestación de la gloria de Alá y anuncio de su recompensa eterna? ¿Acaso el propio nombre del paraíso de los fieles, *yanna*, no significaba exactamente «jardín»? Al emir le gustaba departir allí, en el secreto umbroso de los árboles, bajo el rumor cantarín de las fuentes, cuando los asuntos a tratar exigían cierta reserva. En medio de un seto, el músico Ziryab le había hecho construir un elevado sitial y, a sus pies, escalones para que se sentaran sus interlocutores. Allí se acomodó ahora Abderramán; a su derecha, Tarub. Frente a él, sumisos, Yahya el alfaquí y el eunuco Nasr.

—Habla, Yahya —ordenó el emir.

—Mi señor, Alá te guarde muchos años y derrame sobre ti mares de bendiciones —principió el alfaquí—. Hace largo tiempo que anhelamos exterminar a los impíos politeístas del norte, limpiar de blasfemos el territorio y extender la ley del islam hasta el límite de los mares. «Matadlos hasta que la idolatría no exista y esté en su lugar la religión de Alá», ordena el profeta. Ahora que muere Alfonso, ¡Alá escupa sobre él!, nuestros soldados arderán en deseos de asolar sus tierras y derruir sus templos blasfemos para elevar en su lugar las mezquitas de la fe verdadera y reducir a la esclavitud a esos asnos salvajes. Porque como dice el Libro santo, «las peores bestias, ante Alá, son los infieles». Poneos al frente del ejército, mi señor. Marchemos contra ellos. ¡Es el momento! —concluyó Yahya, inclinando su cabeza sobre el pecho estrecho y descarnado.

—Con tu permiso, mi señor —terció Tarub, bajando sumisa la mirada incandescente—. Yo comparto las sabias palabras del alfaquí. Es hora de desencadenar una tormenta de fuego sobre el norte. Pero creo que tú no debes arriesgar tu valiosa vida en esa apuesta —objetó amorosa la mujer—. Haces más falta aquí, en Córdoba, donde no carecemos de problemas. ¿Por qué no poner al frente de ese gran ejército a tu hijo y heredero, el noble Mohamed?

Abderramán pudo haber advertido algo inquietante en la mirada de la hermosa Tarub; algo incluso siniestro. Sí lo percibió, desde luego, el eunuco Nasr, que miraba a la favorita del emir con inusual fijeza. Pero el soberano de Córdoba era incapaz de ver nada inquietante, menos aún siniestro, en aquella mujer de ojos negros y boca de fresa a la que adoraba como a una diosa del amor.

—¿Y tú, Nasr? —preguntó Abderramán.

—Yo aprecio mucho lo que Yahya y Tarub defienden, mi señor —susurró el eunuco—; propósitos que sé guiados por la devoción a Alá y por las mejores

intenciones —una vez más, apenas unos segundos, los ojos de Nasr se posaron fijamente sobre la concubina—, pero no puedo estar de acuerdo con esa idea. El verdadero poder no consiste en hacer la propia voluntad, sino en lograr que los demás la hagan por uno. ¿Para qué arriesgar fuerzas en un país hosco y convulso? Lo más probable es que ahora mismo las hordas de los distintos nobles estén ya matándose unas a otras. Por otro lado, tenemos al amigo Nepociano. Él siempre ha sido partidario de entenderse con Córdoba. De su mensaje se deduce que cree posible hacerse con el trono. ¿Por qué gastar fuerzas en una empresa que otro puede afrontar por nosotros?

Abderramán perdió la mirada en los pliegues de la túnica de Tarub. Solo él sabía qué océanos de voluptuosidad se escondían bajo esas ropas. Por un momento el aroma íntimo de la concubina sepultó los efluvios del jardín. El emir reflexionó unos segundos. Entornó los ojos. Las profundas ojeras dibujaban surcos hondos como barrancos en las dunas del desierto.

—Gracias, amigos —dijo al fin—. Esto es lo que haremos. Nasr, envía un mensaje a Nepociano. Nada comprometedor. Simplemente, que sepa que Córdoba no desdeña a sus amigos. No habrá aceifa, Yahya. Aún están calientes las brasas en Toledo, Mérida y Zaragoza. Sabemos que también están inquietos los Banu Qasi en el Ebro...

—¡Que Alá confunda a esos perros Banu Qasi, solo musulmanes en el nombre! —exclamó Yahya el alfaquí, elevando un índice deformado por la artrosis.

—Así las cosas —prosiguió el emir—, temo que, si comprometo a mis ejércitos en una gran ofensiva en el norte, los rebeldes de esas ciudades vuelvan a levantarse. No, no —meneó la cabeza Abderramán—. No habrá campañas por el momento. Observemos atentamente los acontecimientos y esperemos a que Nepociano nos dé una alegría. Después, será coser y cantar. Y ahora, disculpadnos. Mi bella Tarub —canturreó, dirigiéndose a la mujer—, acompáñame a la alcoba. Deseo enseñarte otros versos que el bueno de Ibn Samar ha compuesto para ti. He ordenado a Ziryab que les ponga música. Te agradecerá.

La concubina respondió a la invitación con una profunda reverencia. Otro tanto hicieron el eunuco y el alfaquí. Pero cuando el grupo abandonaba el jardín con sus promesas de primavera, Nasr encontró el momento de deslizar unas sibilinas palabras al oído de Tarub:

—He visto tu juego, mi bella amiga. Descuida —agregó al notar la turbación de la concubina—, estoy contigo. Veremos la forma de que tu hijo Abdalá pase por delante del heredero, el noble Mohamed. Al que Alá guarde muchos años —sentenció el eunuco con una ambigua sonrisa.



Aquel modesto caserón no era su palacio de Aquitania, pero bien valía la pena soportar sus incomodidades si el premio iba a ser una corona. El noble Nepociano había instalado su cuartel general allí, en aquella casa más propia de un granjero, a una discreta distancia de Oviedo —un día de marcha, dirección oeste—, a unas pocas horas de las montañas y apenas a media jornada del mar, por si las cosas se torcían y era preciso poner pies en polvorosa. A cierta edad, y Nepociano pasaba ya de los setenta inviernos, uno aprende a ser precavido.

Algo le decía, sin embargo, que esta vez todo sería distinto. Bastaba ver la determinación de los nobles que venían a rendirle homenaje, como esos tres caballeros cuyas figuras se perdían ahora en lontananza: grandes señores de Asturias que habían servido bien a su rey don Alfonso pero que hoy, ante la muerte de su señor, no dudaban en acudir a él, al noble y rico Nepociano, para expresar libremente el designio de su corazón. Había hecho bien en venir a Asturias antes de que todo estuviera consumado, sí. Eso se lo tenía que agradecer, como tantas otras cosas, a Jimena, aquella mujer que le acompañaba desde hacía más de veinte años. «Ve. Es tu hora», le había dicho. Y allí estaba él —con ella, por supuesto— para recobrar lo que siempre debió haber sido suyo.

—No os pido vuestro apoyo para ser rey —había explicado Nepociano a los nobles que acababan de rendirle visita—, soy ya demasiado viejo para eso. Lo que os propongo es dar otro destino al reino. Hasta la fecha, vuestras haciendas y vuestras armas han estado al servicio de la guerra contra el moro y de la repoblación de nuevas tierras. Nuevas y pobres, añadiré. Bien, no seré yo quien llore las penas de años pasados. Lo que os digo es que podemos vivir de otro modo: paz con Córdoba, un vasallaje razonable, tributos poco onerosos y más riqueza para todos.

Aquellas palabras siempre surtían efectos estimulantes en una nutrida facción de la nobleza asturiana. Quien más y quien menos había perdido a un padre o a un hijo en las continuas refriegas contra los musulmanes. Por no hablar de lo que costaba proveer de hombres a los ejércitos, hombres que dejaban de trabajar los campos. Y todo eso, ¿para qué? Las nuevas tierras quedaban en manos de colonos de a pie, las grandes familias apenas obtenían beneficio alguno y, al contrario, su poder disminuía a ojos vistas... inversamente al poder del rey.

—No deseamos otra cosa —había respondido uno de los presentes, un tal Piniolo—. Pero te diré, noble amigo, que todo eso será imposible si la corona no reposa sobre sienes sabias. Como las tuyas, Nepociano.

—Mis queridos amigos —contestó el noble exiliado fingiendo timidez—, me honráis en exceso. Alvito, Aldroito, Piniolo...

Alvito, Aldroito, Piniolo... Tres de los más ricos señores de la tierra entre el castillo de Gauzón y las Asturias de Santillana. Alvito era un caballero de Gozón, joven y enérgico, de linaje intachable y, pese a su poca edad, larga experiencia en las

intrigas de palacio, donde había sabido hacer valer el peso de su riqueza ganadera. Aldroito era un sujeto más maduro, de rostro arrugado bajo una pelambre que en otro tiempo fue rubia, y en la corte se le prestaba oído porque era versado en letras y poderoso en negocios. Piniolo, terrateniente en la comarca de Peñamellera, aun entrado en años parecía el más decidido de los tres, con su gesto vigoroso tras una barba muy negra y cerrada que al hablar se agitaba con la violencia de una manada de toros bravos.

Tres tipos muy diferentes en edad y condición, Alvito, Aldroito y Piniolo, pero con un interés común: guardar su riqueza y, si era posible, aumentarla. ¿Qué había representado para ellos la política de resistencia a ultranza del rey Alfonso? Nada. Solo cargas y zozobras. Ni una yugada del suelo reconquistado había sido para ellos. Las tierras del oriente estaban en manos de pequeños colonos orgullosos y primitivos o de monasterios a cuya sombra se acogían comunidades de campesinos libres. La frontera, con sus inhóspitos castillos, había sido confiada a los guerreros del círculo íntimo de Alfonso, los «fieles del rey», como se hacían llamar, tan altaneros bajo sus capas rojas. Los páramos entregados al cultivo en Campoo habían pasado a engrosar el patrimonio regio. Y en cuanto a las tierras ganadas en Galicia y el Bierzo, la mayor parte era propiedad de los hijos del difunto rey Bermudo, con el conde Ramiro y toda su parentela. ¿Qué habían sacado en limpio ellos, los nobles del viejo reino? Nada. «Todo sea por la gloria de la cruz», decía el obispo de Oviedo, Gomelo. ¿Cruz? Para cruz —pensaban Piniolo, Alvito y Aldroito— la que ellos tenían que cargar.

—No hay mejor candidato al trono, Nepociano —insistía Piniolo—. ¿No estás casado con una prima del rey? ¿Quién con más mérito que tú?

«¿Quién con más mérito que tú?», le interpelaba también Jimena en los largos años del exilio de Aquitania. Y sí, en efecto, ¿quién con más mérito? Toda su vida había luchado Nepociano por el gobierno de las tierras de Asturias. Primero, muy joven, con el rey Mauregato, cuando gracias a sus dotes diplomáticas trabó buenos acuerdos con Córdoba. Después con Bermudo, el heredero de Mauregato. Y por fin con Alfonso. No era difícil comprenderlo: botín y esclavos cristianos a cambio de paz. Algunos lo juzgaron una traición. Pero ¿qué había de malo en ello? ¿Acaso los moros no iban a hacerse con eso mismo, botín y esclavos, y además llenando de sangre el solar de Asturias? ¿No era más sensato pactar unos tributos justos, como habían hecho tantos otros? ¿Acaso los Banu Qasi del Ebro no lo entendieron así? Su conversión al islam y su vasallaje hacia Córdoba no era en realidad otra cosa que una deferencia formal; a cambio, Casio y sus hijos mantuvieron el poder sobre sus tierras. Cientos de señores en el reino habrían estado dispuestos a firmar aquello. Pero el fanatismo de Alfonso y su facción lo echó todo por tierra.

¡Alfonso...! Nepociano había hecho todo lo posible por llevarle al camino de la sensatez. Sus pruebas de fidelidad fueron incontables. Incluso se había jugado su

prestigio en Córdoba alimentando levantamientos aquí y allá, en Mérida o Toledo. Pero no, Alfonso nunca se fio de él. Cuando le hizo conde de palacio, tantos años atrás, fue a regañadientes, bien lo sabía él, y no lo hizo por gratitud, sino para ganarse a la facción de los que, como Nepociano, suspiraban por un arreglo con Córdoba, hartos de guerra y de dolor. Luego vino aquel penoso episodio del golpe de mano. Fue un mal paso secuestrar al rey, es verdad. Pero Dios sabe que él jamás había querido hacerle ningún daño; se trataba simplemente de forzarle a negociar. Lástima que todo se torciera por culpa de aquellos caballeros, los *fideles regis*. ¿Cómo se llamaban? Sí. Teudano y Zonio. En particular recordaba a este último, Zonio de Mena, con su escudo del jabalí blanco. Por su culpa aquel negocio terminó de la peor manera posible: con Nepociano en el exilio, en Aquitania. Y con él, aquellas dos mujeres...

El recuerdo de esos lejanos días siempre despertaba en Nepociano una sensación incómoda. No un dolor, no; más bien un pinchazo. Sobre todo desde que una nueva mujer compartía su existencia. ¡Una vida tan larga da para tantas cosas! Ocurrió que en los primeros años del reinado de Alfonso, Nepociano, para medrar en la corte, había contraído matrimonio con la viuda del rey Mauregato. Creusa, se llamaba. La dama tenía una hija: Creusa era igualmente su nombre. Para desdicha de todos, en los turbulentos días del golpe de Oviedo la joven Creusa quedó preñada del tal Zonio de Mena, fiel del rey. Nepociano, descubierto, hubo de partir al destierro, y con él marcharon las dos mujeres. El niño nació ya en el exilio. Se le bautizó como Hernán. Después la joven Creusa murió y el niño Hernán —diez años tendría, no más— fue llevado con su padre a esas tierras que llaman Castilla. La vieja Creusa hizo la entrega. Y pronto murió también ella, seguramente herida de amargura. Nepociano quedó solo, una vez más. Fueron años de hiel. Pero entonces apareció la mujer más extraordinaria que jamás había conocido: Jimena.

Halló a Jimena por puro azar —pero no, tuvo que ser la Providencia— en Toulouse, durante una negociación de rutina en la corte carolingia del emperador Ludovico Pío. «Hay aquí una prima del rey don Alfonso de Asturias», le dijeron. ¡Alfonso! ¡Su enemigo! Una indefinible impresión de peligro erizó todo su cuerpo. Pero tan desagradable sentimiento dio paso a una fascinación sin límites cuando apareció ella ante sus ojos: una dama de edad, pero aún hermosa, de rojos cabellos y ojos como el mar en invierno, un cuerpo alargado como huso de rueca y unas manos que dibujaban la faz del mundo con gracia infinita. «¿Así que tú eres Nepociano? —le espetó ella nada más presentárselo—. ¡He oído hablar tanto de ti...!» «¿Para bien o para mal, mi señora?», preguntó Nepociano temiéndose lo peor. Y creyó oír música celestial cuando ella repuso: «Todo el que ha luchado por sembrar paz en el reino es grato a mi corazón, incluso si ha sido a pesar del propio rey». Jamás hubiera imaginado Nepociano que hallaría a una prima del rey Alfonso en la facción de los

disidentes. Y sin embargo...

—¿Se sumarán a tu coronación esos nobles amigos que acaban de dejar nuestra casa?

La voz de Jimena, siempre templada, siempre metálica, sonó a sus espaldas sumergiéndolo al viejo Nepociano en un mar de felicidad. La prima olvidada de Alfonso el Casto vestía con la dignidad propia de una reina, en el mejor estilo de la corte carolingia: sobre una túnica de vivo color rojo bordada en hilo de oro, un manto ligero de tonos rosados abrochado al cuello con fíbula de plata; en los pies, unos cómodos zapatos verdes de piel. Los dedos de la mujer jugueteaban con el hermoso zafiro que colgaba sobre su pecho, la herencia de la reina doña Munia; una sortija que anunciaba su parentesco regio.

—¿Me creerás si te digo que en este momento estaba pensando en ti, mi dulce señora? —vibró el magnate.

Nepociano corrió a besar las manos de su dueña, esas manos que dibujaban la faz del mundo. «Tú me has dado la vida», le decía con frecuencia. Y era verdad. Nepociano ya era viejo cuando conoció a Jimena. Ella aún no llegaría a los cuarenta, si bien la edad de esta mujer permanecía indefinida, como si un halo mágico la hubiera congelado en el tiempo. «Me has reverdecido como Abigail la sunamita al rey David», le musitaba Nepociano en improbables noches de amor. Muchas veces se había preguntado qué habría visto ella en él; por qué una prima del rey de Asturias, mujer rica y con influencias, había abandonado su mundo para detenerse al lado de un exiliado, un réprobo, un traidor desterrado a un país extranjero. Hubo un tiempo en que esas preguntas le torturaron el alma. Pero el paso de los años y una convivencia dichosa habían borrado toda tribulación.

De Jimena decían, cierto, que era un poco bruja. Que cultivaba artes secretas y veía cosas que los demás mortales no podían ver. Que su salida de Asturias se debía, precisamente, a los insistentes rumores que atribuían potencias oscuras a una prima del rey. Por eso tuvo que buscar acomodo en tierras extrañas, primero en la corte carolingia y después junto a ese hombre, Nepociano, un terrateniente de Aquitania con un buen pasar. A oídos del propio Nepociano había llegado la especie de que Jimena era una mujer serpiente, como la legendaria Melusina, y que un día a la semana se convertía en reptil. Él no ignoraba, por supuesto, las extrañas aficiones de su esposa, su gusto por los misterios y su capacidad para descubrir cosas más allá de lo sensible, pero jamás la había visto transformarse en nada. Por otra parte, ¿no decía la tradición que el hombre agraciado con el amor de Melusina sería feliz mientras no descubriera el secreto de su amada? Bien, pues no sería él quien violara la norma. Con el amor que Jimena le regalaba era más que suficiente. Sin preguntas ni exigencias.

—Es tu momento, mi amado Nepociano —susurraba la voz de Jimena al oído del

viejo noble desterrado—. Tantos años aguardando...

—A veces dudo, amor mío —gemía él—. Mi edad... Soy casi tan viejo como el propio Alfonso. Si él está muriendo ahora... ¿cuánto más podré vivir yo? Y entonces, ¿para qué tanto afán?

—No, no, mi querido amigo —protestaba Jimena—. Olvida todas esas cosas. Bien sabes que para ti y para mí el tiempo no corre como para los demás mortales. Tú me hiciste un hueco a tu lado cuando los demás me rechazaban. Mi gratitud es infinita y yo emplearé mis conocimientos para cuidar de ti. Ahora solo hay que pensar en nuestra misión. Esa corona ha de ser tuya.

—Nuestra —corregía Nepociano, fijando la vista en el zafiro que pendía del cuello de su dama—. Tú eres la que lleva sangre real.

—Nuestra, sí —aceptaba la mujer—, para después legarla a quien juzguemos digno de ella. Y cuando llegue el momento, la herencia que Nepociano y Jimena dejarán a este reino será un orden distinto, un mundo diferente, armónico y en paz y...

Nepociano la abrazó. Le emocionaba hasta las lágrimas escuchar a aquella mujer que no le había dado hijos, pero que, a cambio de eso, había otorgado un sentido a su larga existencia.

—Gracias, mi dulce amiga —ronroneaba Nepociano, acariciando los cabellos rojos de Jimena—. Ahora acompáñame; nuevos invitados acuden a nuestra casa y es menester atenderlos como merecen. También ellos desean prestar su brazo a la gran obra.

Y así, uno tras otro, los nombres más notables del reino, los grandes señores de la tierra, fueron pasando por el caserón de Nepociano y Jimena. Como Alvito, Aldroito y Piniolo.

2 LA ÚLTIMA JUGADA DEL REY

—Gomelo, viejo amigo...

—Dime, mi señor.

—Confesión. Necesito una última confesión —imploró el rey en un susurro.

—Confesaste ayer, mi señor —objetó el obispo.

—No —repuso Alfonso—. Es algo que no forma parte de mis pecados, pero que alguien debe saber. Un último secreto que nadie más conoce y que no deseo llevarme a la tumba. Se trata de...

—¿De qué? Habla, mi señor.

—De Jimena. Mi prima. Ven. Acércate.

El obispo inclinó una vez más el oído hacia los labios trémulos del moribundo. En un silbido delgado como el hilo de una araña, el rey Alfonso liberó su alma del último lastre que la ataba a esta tierra. El rostro de Gomelo, imperturbable, acogió aquel peso para hacerlo suyo. Pero al monarca le quedaba aún algo por hacer.

—¿Están mis guerreros? ¿Están los fieles del rey?

—Están aquí todos, rey Alfonso. Al otro lado de la puerta. Y también están los condes Escipio y Sonna. Y el joven obispo Serrano, el mozárabe. Se turnan aguardando tu voluntad.

—La voluntad de Dios, querrás decir...

—Tú nunca has hecho otra cosa que la voluntad de Dios, rey Alfonso.

Medio siglo de reinado. Medio siglo de combates. Medio siglo venciendo traiciones y tormentas. Desde aquel lejano día en que unos guerreros desamparados fueron a buscarle en su exilio. Pero ahora, en el lecho de muerte, las imágenes que venían a la mente huidiza del rey no eran las de las grandes victorias, sino precisamente las de aquellos años de exilio en los montes vascongados. Cuando se refugió allí, abrazaba la esperanza de reencontrarse con su madre. No hubo ocasión. Doña Munia —le dijeron— había muerto enclaustrada en un convento. Había querido proteger a su hijo hasta el final, y el mejor modo de hacerlo era desaparecer, borrarse del mundo. Allí, entre los muros de un monasterio en el recóndito valle de Trucios, su vida se extinguió. Alfonso tardó años en localizar su tumba, y aún habría de pasar más tiempo antes de que la mujer pudiera reposar junto a su esposo don Fruela en aquella Oviedo que tanto amaron. Pero pronto otras cosas calmaron el dolor del joven príncipe desterrado. La vida agreste, la caza a caballo, el cuidado de los campos, las marchas a través de bosques empapados de niebla, los baños en las aguas heladas de ríos de montaña, las serenas lecciones del abad Juan, los largos atardeceres del verano en la Tierra de Ayala, la compañía dulcísima de su prima Argilo...

¡Argilo! La mano de aquella mujer extraordinaria debía haber sido para él, pero la

corona se cruzó en su camino. «Venís a mí para que os guíe en la defensa de la cruz —había dicho Alfonso a los guerreros que le ofrecían el trono—. Empeñaré toda mi vida en ello. Y hago voto de castidad en prenda de mi determinación». ¿Por qué hizo aquello? Muchas veces se lo había preguntado en los últimos cincuenta años, sobre todo cada vez que veía crecer a los niños del reino, esa juventud que llenaba todos los rincones desde el Finisterre hasta los llanos de Álava, en la montaña de Palencia o en el valle de Mena. El reino bullía de vida, de hijos que perpetuaban linajes que a su vez serían prolongados por linajes nuevos. Él, sin embargo, había renunciado a eso. Su matrimonio con la princesa franca Bertinalda no fue más que una formalidad política para estrechar lazos con Carlomagno. Todos sabían, cuando se firmó el contrato de esponsales, que Alfonso había hecho voto de castidad. Bertinalda solo pisó Oviedo dos veces: una, para casarse, y enseguida volvió a la corte de Aquisgrán; la siguiente, ya cadáver, para ser enterrada en el panteón de la catedral de San Salvador. Al rey nunca se le pasó por la cabeza la idea de variar su voto. Era rey, podía hacerlo invocando razones de estado, pero su conciencia no se lo hubiera perdonado jamás. Aquella castidad militar era su ofrenda a Dios. Y de este modo —pensaba el rey— todos los hijos del reino eran en cierto modo sus propios hijos.

Después llegaron las grandes campañas, el acoso sin tregua de Córdoba, la doble destrucción de Oviedo, la resurrección del reino bajo la firme resolución de no ceder jamás, de resistir a ultranza, a pesar de los muchos cobardes que deseaban un pacto ventajoso. El Señor había compensado con creces la ofrenda de su castidad. Mientras su brazo fue fuerte, él mismo pudo dirigir campañas tan asombrosas como el saqueo de Lisboa o batallas tan cruentas como la del río Orón. Y luego, en la vejez, Dios le había dado discernimiento para mover las piezas adecuadas en aquel despiadado tablero de ajedrez que era el mundo.

El ajedrez del rey reposaba sobre una mesilla, junto a la ventana. Se lo trajeron de Córdoba un lejano día del año... ¿Qué año? Imposible recordar. Fue al principio de su reinado, cuando envió a dos de sus fieles guerreros para recabar información en la misma boca del lobo. Retornaron con valiosísimas noticias y con aquel ajedrez que desde entonces se había convertido en una especie de obsesión para él. ¿Cómo se llamaban aquellos muchachos? Sí, Teudano y Zonio de Mena. Dos de los mejores guerreros de la capa roja, dos de los más esforzados fieles del rey. Teudano estaba allí, pero el rey no podía verlo. ¡Aquel anciano encogido y apergaminado era tan distinto del bravo Teudano que a floraba ahora a su memoria agonizante! En cuanto al otro... ¿Quién era el otro?

Hundido en el lecho, pero tieso como un madero, los dedos abiertos como sarmientos, el rey fijó su vista en el caballero más joven de los que velaban en la estancia. «Acércate», susurró. Hernán de Mena dudó. ¿Era a él a quien se dirigía? El obispo Gomelo le dio un codazo. Hernán se aproximó. Con una voz que parecía salir

del fondo de la tierra, más allá de las edades, el rey preguntó:

—¿Quién eres?

—Hernán de Mena, mi señor.

—De Mena... ¡Sí! —exclamó Alfonso, como súbitamente iluminado—. Ya te recuerdo. Tú eres Zonio de Mena. Tú estuviste conmigo en Lisboa y en la batalla del río Orón. Me reconforta verte junto a mí. —Hernán iba a sacarle de su error, pero el rey seguía hablando con un hilo de voz que parecía a punto de quebrarse—: Tenías un hijo, ¿verdad? —preguntó paternalmente—. Eso lo recuerdo con claridad. ¿Está bien? ¿Necesitáis algo?

—Mi señor... —musitó Hernán, confuso, sin saber exactamente qué podía decir.

—Has sido un buen caballero, Zonio —prosiguió Alfonso, repentinamente animado—. Has servido a la corona y a la cristiandad. Yo ahora entrego mi alma a Dios, pero el reino ha de sobrevivir. Zonio, protege a Ramiro. Proteged todos a Ramiro. Él será ahora el rey. Así la sangre de Fruela Pérez volverá al trono de Oviedo.

¿Ramiro? ¿El hijo del viejo rey Bermudo? Los hombres se miraron sorprendidos. Hernán interrogó a Gomelo:

—¿Delira el rey?

—No —respondió el obispo de Oviedo—. En su mente el tiempo ha dejado de existir, y por eso te habla a ti, Hernán, como si fueras Zonio, tu padre. Pero Ramiro es, en efecto, el elegido. El consejo más íntimo del rey así lo ha decidido. Escrito está. Ha de hacerse.

—Id a buscarle —ordenó el rey, la vista perdida en algún lugar más allá de este mundo—. Que lo sepa antes de que yo muera. Es más, intentad traerle aquí mientras yo aún viva, si es la voluntad de Dios.

—Así se hará, mi señor —acató Hernán.

El caballero salió de la cámara. Tras la puerta vestida con gruesos cortinajes aguardaban los condes Sonna y Escipio, consejeros de palacio, y el obispo Serrano. Los tres acogieron a Hernán con expectación.

—¿Qué te ha dicho Alfonso? —preguntó Sonna.

Hernán titubeó. No sabía si podía confiar en aquellos tres hombres. Sonna era un guerrero de antiguo linaje ennoblecido por sus hechos de armas en la frontera del alto Pisuerga y tenía fama de fiel y cabal, pero ¿estaba en el secreto? Escipio, rico terrateniente de Pravia, había sido nombrado conde de palacio por el propio Alfonso, pero había algo en su mirada que complacía poco a Hernán. En cuanto al otro, el joven obispo Serrano, era un mozárabe recién emigrado de Segovia que había llegado al reino del norte huyendo, como tantos otros, de la sede herética de Toledo. No era el auditorio más adecuado para entregarse a confidencias. Hernán de Mena, veterano, había aprendido a callar. Optó por la prudencia.

—Con tu permiso, conde Sonna, nada que yo pueda revelar. —Y el de Mena marchó a cumplir su destino.

Luego el rey entró en un gran silencio. Gomelo le administró la extremaunción. La noche cayó lentamente sobre Oviedo.



—¿Ramiro? ¿Ramiro Bermúdez? ¡No puede ser!

Nepociano no salía de su asombro. El caballero Piniolo había llegado con la noticia desde palacio. Plantado en jarras, la boca crispada en una mueca feroz sobre las barbas de carbón, la capa negra terciada sobre la túnica verde, el terrateniente había soltado la sorprendente nueva sobre la mesa de Nepociano como quien desencadena un terremoto.

—¡Delirios de viejo demente! —exclamó Piniolo—. No otra cosa puede ser. ¿Cómo va a hacerse rey a un hombre alejado de la corte durante tantos años? ¡Delirios! ¡Son delirios!

Nepociano arrojó un leño al fuego, atusó sus largos cabellos grises y se acomodó ante la chimenea; el frío de la mañana le estaba perforando los huesos. Arrebujado en un grueso manto, acariciándose reflexivo las barbas, perdió la vista en las llamas. Sus serpientes rojas trazaban vivas ondas que evocaban los cabellos de su dama.

—¿Delirios? No, no os engañéis. —Jimena había irrumpido en la estancia y, amorosa, abrigaba los pies de su esposo con un manto de piel. La luz del fuego despertaba destellos dorados en su rostro y un brillo singular en el zafiro que descansaba sobre el pecho—. Al contrario, creo que es una jugada magistral. La última gran jugada de ese zorro astuto.

Nepociano miró largamente a su amada. Piniolo, tras ellos, solo sabía repetir una palabra: «Delirios». Pero el magnate desterrado había cazado al vuelo la insinuación de la mujer.

—No, Piniolo, Jimena tiene razón —explicó doctoralmente Nepociano—. Es una jugada magistral. Escucha. Dos linajes se han sucedido hasta hoy en el trono: el de Pelayo y el de Fruela Pérez. Los de Pelayo han optado siempre por la guerra con el moro. Los otros, mal que bien, han intentado entenderse con Córdoba; yo mismo he militado en sus filas. Muerto ahora sin hijos el último descendiente directo de Pelayo, ¿cómo impedir que el otro linaje se haga con el poder y renueve los pactos con Córdoba? Yo te lo diré: escogiendo como heredero a un descendiente de Fruela Pérez y colocándole en una situación en la que no tenga más remedio que continuar la política de Alfonso. Ramiro ha sido educado en la corte; Alfonso le trató como a un hijo y le confió importantes responsabilidades. Es hijo de Bermudo, pero es hechura de Alfonso. De esta manera se cierra la guerra entre los dos linajes. Y además, se obliga a los descendientes de Fruela Pérez a aceptar y proseguir la política de los de

Pelayo.

—Sobre todo si el elegido es un bruto sin altura de rey como este Ramiro — completó Jimena—, un simple granjero de la sierra del Édramo, que no tendrá otra opción que seguir los pasos que le marque la corte.

—Una corte que asimismo es hechura de Alfonso el Casto —concluyó Nepociano—. ¿Lo entiendes ahora, Piniolo?

No, Piniolo no lo entendía. Las sutilezas del juego se le escapaban. El terrateniente hizo un visible esfuerzo por penetrar en el misterio, pero fue inútil. Se mesó la negra barba como si frotándola fuera a surgir la solución. Tras unos segundos de naufragio, escupió:

—¡Delirios de anciano!

El noble desterrado iba a decir algo, pero Jimena, dulce, llevó un dedo a los labios de su esposo, esbozó una sonrisa cómplice y muy lentamente, para que Piniolo lo entendiera, desgranó:

—Sin embargo, esposo mío, en algo tiene razón nuestro amigo Piniolo, y es que esta decisión, en efecto, solo puede ser fruto de un delirio. Más aún, sospecho que no ha sido la libre voluntad del rey Alfonso la que ha escogido a Ramiro, sino que el anciano ha sido forzado, en su agonía, a tomar este camino.

—¡Ajá! —aulló triunfalmente Piniolo.

Nepociano miró a su esposa con jubilosa admiración. La inteligencia de Jimena nunca dejaba de sorprenderle. Fingiendo escándalo, exclamó:

—¿Quieres decir que la designación de Ramiro no es legítima?

—No, no lo es —confirmó Jimena, y una extraña luz se apoderó de sus ojos como un relámpago en el mar invernal.

—¡Lo que yo decía! —gritó Piniolo, exultante—. ¡Son delirios!

Jimena tomó a su marido de la mano y, juntos, caminaron hacia el terrateniente. Había en aquella pareja un fulgor fatalmente irresistible. Nepociano miró a Piniolo con afecto y determinación.

—Corre, Piniolo. Que lo sepa todo el reino. Cuéntaselo a Alvito, Aldroito y los demás. Que se sepa que el consejo del rey trama una atroz maniobra: manipular la voluntad del monarca agonizante y poner en el trono a un pelele. ¡Un delirio...!

Piniolo no necesitaba más. El terrateniente inclinó la cabeza, terció la capa negra sobre la túnica verde y con una ancha sonrisa, dos murallas de dientes sobre la barba de brea, salió a escape del caserón.

—El pobre diablo no ha entendido nada de nada —musitó Nepociano, melancólico, viéndole marchar.

—Ni falta que hace —rio Jimena—. Ha entendido lo más importante: lo que tiene que hacer. El resto es cosa tuya.

—Querrás decir nuestra.

—Nuestra, sí —volvió a reír la dama del cabello rojo.

Luego, tras unos segundos de denso silencio, Nepociano se atrevió a murmurar:

—Espero que no nos estemos equivocando. Esta jugada de designar rey a Ramiro es realmente diabólica. Puede arrojar al abismo todos nuestros planes. Habrá que atar muy bien nuestros contactos en palacio. Y quizá corra la sangre. Lo sabes, ¿verdad?

Jimena aguardó antes de contestar. Quería medir bien sus palabras.

—Ya no hay vuelta atrás, mi amor. Nos lo hemos jugado todo en esta apuesta. Y no habrá otra oportunidad. ¿Qué quieres? —preguntó retóricamente la dama—. ¿Volver a Aquitania? ¿Para qué? Has hecho una fortuna comerciando con los moros y los francos, con los sajones y hasta con esos monstruos normandos. Ahora nuestros días se acaban. Los tuyos y los míos. Es la hora de gastar todo eso en el proyecto de tu vida.

—No habrá piedad para nosotros si perdemos —suspiró Nepociano con un estremecimiento—. ¡Sálvate al menos tú, Jimena! —imploró—. ¡Regresa a Aquitania!

—¿Te estás volviendo débil a estas alturas, mi dulce amigo? —rió Jimena, y su risa sonaba como un torrente de agua fresca que cae sobre la piedra y... la hace añicos—. ¿Por quién me tomas? No, querido, hace muchos años que decidí compartir tu destino. Por lo demás, pierde cuidado. Sé que...

De repente, el cuerpo alto y delgado de Jimena se contrajo, como si por un instante se hubiera hecho vegetal. Un escalofrío recorrió su espalda y las puntas de los dedos le ardían.

—¿Qué te ocurre, amor mío? —se alarmó Nepociano.

Transcurrieron unos segundos que pasaron como siglos. La mujer parecía estar viajando fuera del espacio y del tiempo. Sus ojos permanecían fijos en la nada. Las manos, aquellas manos que dibujaban la faz del mundo, se crispaban ahora ante el rostro demudado.

—Lo he visto, mi amigo —cantó al fin Jimena con un hilo de voz—. He visto charcos de sangre y he visto a Ramiro desollando un jabalí. He visto a un genio maligno apoderándose de nuestras vidas, criaturas malévolas que se adueñaban de nuestros cuerpos derramando sobre nosotros baba y hiel. He oído voces normandas en la catedral de San Salvador. He visto también fragor de huestes musulmanas entre desfiladeros de roca y nieve. Y entre ellas, un jinete de luz. Y...

La dama calló tan súbitamente como había empezado a hablar. Trastabilló poseída por un vértigo pasajero. Nepociano sujetó su brazo.

—¿Huestes musulmanas? —inquirió el viejo noble desterrado—. Pero creo que no deberíamos contar a Córdoba lo de Ramiro, al menos por ahora. Pensarán que estamos en inferioridad y, quién sabe, el emir podría retirarnos su apoyo.

—No, no. Tienes razón —suspiró Jimena, como volviendo de un sueño; su boca

aún se contraía en una mueca fatigada—. Córdoba todavía no debe enterarse de esto. Eran solo visiones. Sabes que esas cosas me pasan. Ahora...

—Ahora, salgamos al jardín —ordenó Nepociano—. El frescor de la mañana te hará bien.

La pareja caminó lentamente por entre los rosales silvestres que animaban la piedra gris de aquel caserón. Los campos de húmedo verde, solo manchados por las pallozas de los campesinos, se extendían hasta donde llegaba la vista. Olía a heno y a sal. Al norte, el mar; al sur, la montaña. Un buen sitio para escapar si las cosas se torcían. Pero no, no podían torcerse. Ya no había vuelta atrás. La gran partida estaba sobre el tablero. Lo decía Jimena. Y como siempre, era verdad.



«Id a buscar a Ramiro. Intentad traerle aquí mientras yo aún viva». La orden del rey Alfonso había sido taxativa. Hernán de Mena escogió a cuatro caballeros de la guardia, cuatro fieles del rey, y al alba partió con ellos hacia Galicia, donde el conde Ramiro Bermúdez, hijo del viejo rey Bermudo, mataba sus días como señor rural.

Hernán conocía bien a Ramiro. No le habría visto más de cuatro veces, pero siempre había sido en batalla, donde de verdad se penetra en el corazón de los hombres. Ambos habían peleado juntos en Anceo, casi veinte años atrás. ¡Cómo olvidar aquello!

Ramiro ya era entonces un veterano, porque fue de los que estuvieron en el río Orón, aquella terrible carnicería, pero, para Hernán, Anceo fue su primer gran combate. Los moros habían lanzado una feroz ofensiva en todos los frentes; la primera y, en realidad, última ofensiva del emir Abderramán, recién llegado al trono de Córdoba, pues ya nunca más buscaría una batalla de gran magnitud. Mientras un ejército musulmán flagelaba las tierras de Álava, otros dos cuerpos sarracenos marcharon sobre Galicia. El primero de estos atacó Lugo desde el Bierzo. El rey Alfonso esperó al enemigo en un estrecho valle cerca de Cruzul y lo destrozó. El segundo contingente moro venía de saquear Tuy y tomó dirección noreste, seguramente para encontrarse con su gemelo en el sur de Lugo. La tropa cristiana, dirigida por el veterano Teudano, se apostó en los cerros de Anceo. Hernán solo era entonces un caballero recién iniciado en las asperezas del combate. Y Teudano estaba ya viejo, pero sabía moverse entre los bosques y los montes como un lobo curtido. Los sarracenos no esperaban encontrar enemigos. Los guerreros de Asturias cayeron por sorpresa sobre el ejército moro y no dieron tregua. Fue una matanza. Los pocos supervivientes huyeron a escape dejando en el campo un cuantioso botín. Tal y como era costumbre, los vencedores devolvieron a las iglesias los objetos religiosos y liberaron a los cautivos, pero el resto —víveres, grano, telas, enseres de lo más variopinto— acabó en el zurrón de cada cual. Fue la primera vez que Hernán de

Mena se sintió rico.

En Anceo demostró Ramiro fiereza y determinación. Alguna otra vez combatieron juntos Hernán y el heredero in pectore de la corona; no muchas más, porque Ramiro pronto se dedicó a gobernar sus anchas propiedades gallegas. Pero los dos hombres iban a coincidir años más tarde en Pedrafita, en aquella ocasión en que los ejércitos de Alfonso y Abderramán se encontraron de improviso en medio de ninguna parte. Ramiro y Hernán mandaban cada cual su propia hueste en persecución del traidor Mahamud. Ambos habían estado en el sitio del castillo de Santa Cristina, cerca de Incio, y donde el rebelde de Mérida, desesperado, había hallado refugio... a dos pasos de las tierras del propio Ramiro. Un episodio bastante lamentable, después de todo. La muerte del desdichado Mahamud fue tan triste como su vida: buscando un final glorioso, aquel hombre que había traicionado a Córdoba primero y a Oviedo después encabezó una última carga contra la tropa alfonsí, pero, a poco de salir del castillo, el caballo se le desbocó enloquecido y el jinete cayó a tierra con tan mala fortuna que se rompió la cabeza. No hubo más. Mientras la tropa de Mahamud huía despavorida, una cuadrilla de guerreros gallegos llegó hasta el cuerpo del rebelde. Lo vieron inerme, pero alguno que no se fiaba sacó un hacha y lo decapitó. Y volvía la tropa cristiana de aquella refriega cuando de súbito, a la altura de Pedrafita, apareció el ejército de Abderramán.

Muchos guerreros de Asturias, aún bajo los efectos euforizantes del combate de Santa Cristina, clamaron por atacar a la hueste de Córdoba. Hernán recordaba con transparencia que Ramiro fue uno de los pocos que, al escuchar las irreflexivas llamadas al combate, titubearon. Se quedó plantado en su caballo, mesándose calmoso la barba, moviendo lentamente la cabeza como si estuviera contando el número de la tropa enemiga. El propio rey Alfonso actuó de igual manera. Y también debió de hacerlo el emir, porque allí nadie se movió, ni moro ni cristiano. Durante unos minutos que se hicieron eternos, las piezas estuvieron sobre el tablero dispuestas a atacar y, al mismo tiempo, temiendo que el otro lo hiciera. Alfonso, prudente, ordenó disponer en arco a la caballería mientras los peones tomaban el camino de salida. Exactamente lo mismo ordenó Abderramán. No hubo batalla en Pedrafita.

Desde entonces Ramiro, criado en la corte de Oviedo, educado por el propio rey Alfonso en las tareas de gobierno, representante personal del monarca en tierras gallegas, no había vuelto a participar en ninguna campaña. Más aún, ni siquiera se le había visto por la capital. Un hombre valiente, sí —se decía Hernán—; lo había demostrado en Anceo. Un hombre prudente, también, como había manifestado en Pedrafita. Todas estas cosas se repetía Hernán para convencerse de que Alfonso había elegido bien, que Ramiro sería un buen rey. Sin embargo, algo en su interior le murmuraba que aquel hombre no era digno de ceñir la corona de Pelayo y Alfonso el Casto. Y ese recelo le causaba dolor, porque en la cabeza de Hernán no cabía la idea

de que el rey se hubiera equivocado. Y porque, después de todo, aquel hombre, Ramiro, hijo de Bermudo y señor del Édramo, iba a ser su nuevo rey.

Ramiro Bermúdez extendía sus dominios sobre un amplio espacio más allá de Samos, una rica franja de tierra entre las sierras del Édramo, al norte, y del Courel al sur. Allí las aguas del Mao riegan un suelo grato y generoso, una aglomeración de verdes cerros que hacia el oeste se abre en grandes valles ricos en campos, arroyos, bosques y pastos. El clan gozaba de posesiones más al norte, en comarcas mejor protegidas de las aceifas musulmanas y más acordes con la dignidad de un conde del rey en Galicia, pero Ramiro, que tenía alma de colono, había preferido alejarse de las murallas de Lugo y sus intrigas palaciegas para asentarse allí, cerca de la frontera, donde el mundo nacía nuevo todos los días. Si los moros aparecían en lontananza, siempre cabía buscar refugio en las montañas que a levante cierran el paisaje, entre las faldas boscosas del monte Oribio. Un lugar seguro, en fin. Bajo esa convicción vivían las minúsculas comunidades campesinas que, dispersas aquí y allá, elevaban sus pobres chozas al cielo, en la misma tierra que antaño ocuparon lejanos pueblos de los que no quedaba otro vestigio que sus desmanteladas piedras. Y allí, en lo alto de uno de aquellos cerros, al abrigo de los desvencijados restos de una antiquísima muralla, en la cara sur del Édramo, como director mudo del destino de sus gentes, se erguía un masivo castillo de madera y pizarra: el castillo de Ramiro Bermúdez.

Hernán y los suyos llegaron a aquel paraje después de una larga cabalgada por la vieja calzada que descendía hasta la casi desierta Astorga para ganar después, rumbo noroeste, las tierras gallegas. No era el camino menos peligroso, pero sí el más rápido, y en esta ocasión la premura era lo más importante. Durante dos jornadas, sin descanso, cambiando caballos en postas de lance, los enviados del rey cruzaron montes y páramos, nieblas y solanas, riscos nevados y ríos sin madre, bosques de magia inextricable y campos yermos que pedían a gritos el beso redentor del arado. Y en la tarde del tercer día, cuando el sol tibio de la primavera naciente tomaba el camino del sueño, divisaron su meta.

La breve mesnada de caballeros alcanzó la empalizada del castillo: apenas una cerca de troncos encastrada en muros de pizarra y erizada con un par de delgadas torres. Sobre ellas, unos pocos hombres en armas.

—¡Quién vive! —preguntó una voz expeditiva desde lo alto de la empalizada.

—¡Cristo! —respondieron los visitantes.

El portón de madera se abrió con un quejido holgazán. Ante los jinetes se mostró un patio más parecido a una granja que a una fortaleza. Unos cerdos dormitaban en un rincón y las ocas corrían de acá para allá asustadas por el trasiego de los campesinos. El caballero penetró en cabeza de la comitiva. Hernán de Mena descabalgó. Sus ojos azules, que un día debieron de ser fieros, se plegaban ahora bajo el peso sereno de la edad. Sus movimientos eran mecánicos, como si los músculos, ya

cansados, se obcecaran inútilmente en repetir la elasticidad de la juventud. Sobre el peto de cuero lucía un blasón celeste y, en su campo, un jabalí blanco. Posó la mirada en el rústico caserón: una primera planta de piedra sustentaba un segundo piso de madera bajo una techumbre de planchas de pizarra. Inmóviles en un balcón, rodeadas por cuidadas macetas de flores, dos mujeres contemplaban a los recién llegados.

Ramiro salió de inmediato a recibir a los visitantes. Era un hombre grande y grueso, entrado ya en la cincuentena. Una barba feroz de tonos cobrizos nimbaba su rostro con acentos primitivos. Traía las manos ensangrentadas y, en su diestra, un cuchillo de desollar. Por toda vestimenta no lucía más que un peto de cuero negro y ajado sobre una túnica menesterosa. Ramiro clavó en los caballeros una mirada sorprendida. Sus ojos del color de las castañas brillaron un instante al descubrir a Hernán.

—¡Hernán de Mena! —exclamó asombrado—. ¡Vaya sorpresa! ¿Qué os trae por aquí?

Ramiro avanzó hacia Hernán con los brazos abiertos. El de Mena correspondió con un ceremonial abrazo, no sin aprensión por el sucio peto de su anfitrión —o quizá por el cuchillo que mantenía en su mano derecha.

—¡Disculpa mi aspecto! —se excusó el señor del Édramo, limpiándose las manos en el peto—. Estaba desollando... ¡Estaba desollando un jabalí!

Ramiro rompió en grandes risotadas señalando el jabalí que Hernán de Mena lucía en su pecho. El caballero trató de sobrevolar la broma. Con semblante grave, fue directamente al grano:

—Traigo un mensaje del rey Alfonso. Un mensaje para ti, Ramiro Bermúdez.

La sonrisa de Ramiro se congeló entre la barba enmarañada. Sus ojos de tierra interrogaron a los ojos de mar del caballero. Con la mano que sostenía el cuchillo trazó un gesto imperativo en dirección a la casa. Los dos hombres se perdieron en su interior. Mientras tanto, las damas del balcón intercambiaban incertidumbres.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó la más joven de las mujeres, una lánguida belleza rubia de extraños ojos de cielo.

—Hernán de Mena y Pravia, señor de Pamporquero, en Brañosera, en la montaña de Palencia —respondió la otra, una matrona madura y entrada en carnes.

—Nunca he oído hablar de él.

—No es hombre muy dado al mundo —aclaró la mayor.

—¿Dices que es de Mena y de Pravia? —inquirió la joven.

—Su padre era de Mena. En las Bardulias, que ahora se llaman Castilla. Su madre, de Pravia. Es una historia un tanto agitada. Su madre era Creusa de Pravia, hija del rey Mauregato y de una dama también llamada Creusa. Esta dama, siendo viuda, se casó con el noble Nepociano, conde de palacio. Ni la vieja Creusa ni el conde sabían que la joven había entrado en amores con un caballero llamado Zonio

de Mena. Sabrás que aquel Nepociano secuestró al rey Alfonso, hace ya muchos años. Le rescataron sus caballeros, y entre ellos Zonio de Mena. La ira regia cayó sobre toda la familia. Nepociano, Creusa madre y Creusa hija se vieron desterrados a Aquitania. Pero la joven Creusa llevaba en sus entrañas la semilla de Zonio: o sea, este Hernán de Mena y Pravia que ahora pisa nuestra casa. La mujer murió joven y los ancianos llevaron al niño a Mena, para que se criara con su padre. Desde entonces, Hernán ha formado parte del círculo más leal de los caballeros de la corona.

—¿Y tú cómo sabes todas esas cosas? —rio la joven.

—Has de saber, niña —protestó ofendida la mujer—, que yo serví en la corte antes de que tu padre nos trajera a todos a este rincón de salvajes, donde solo se habla de vacas y cerdos.

La muchacha ahogó su risa en una excusa poco convincente. Sus ojos seguían fijos en algún lugar del horizonte. Siempre en el mismo lugar, en realidad; porque hacía largos años que aquellos ojos no veían.

—¿Cómo es ese caballero? —preguntó la niña ciega.

—Ni joven ni viejo.

—¿Como padre?

—Tu padre ya va siendo viejo. Este es algo más joven.

—¿Y qué más?

—Ni alto ni bajo.

—¿Como padre?

—Más bajo. Y ni gordo ni flaco.

—¿Como padre?

—¡No! Mucho más flaco. Y fuerte. Pero seco.

—¿Cómo tiene los cabellos?

—Negros.

—¿Luce barba?

—Ya muy cana.

—¿Y los ojos?

—Azules.

—¿Cómo los míos?

El aya miró con tristeza los bellísimos ojos azules de Aldonza, grandes y redondos, pero opacos y sin luz.

—No, más oscuros —precisó la mujer—. Casi violetas.

—Tendrá la cara llena de arrugas de sol y cicatrices de lucha —aventuró Aldonza.

—Pues mira, niña, la verdad es que no. No le veo cicatrices. Tiene dos arrugas profundas en las mejillas, como tajos, pero por lo demás parece un doncel.

—Será que las cicatrices las lleva en el resto del cuerpo —insinuó divertida la muchacha.

—Será —respondió el aya, circunspecta ante la equívoca alusión.

—Por lo que me cuentas, me gusta ese hombre. Y su voz suena bien. Suave. Como piedra pulida.

—¡Aldonza! —rio el aya fingiendo escándalo—. ¡Olvídate! Es muy mayor para ti. Y además, viudo, según me han contado.

—Tendrá hijos, claro...

—Me han dicho que tres. Una hija suya casó con un conde en la vega del Pas. Otro ha repoblado tierras en el Pisuerga...

—¿Dónde está eso?

—Muy al sur, al otro lado de las montañas, en la tierra de nadie. Y el tercero...

—Monje, seguro —interrumpió Aldonza.

—Sí. Novicio en un monasterio de Oviedo... o de algún otro lugar de muchas campanillas.

—Muy apropiado para tan noble caballero —rubricó la damisela ciega—. Me gustaría escuchar sus palabras.

—Pues tendrás que esperar un poco. El caballero Hernán acaba de entrar con tu padre en la casa y, por la cara que ambos traían, me parece que el negocio va para largo.

Aldonza respiró profundamente. La sierra del Édramo olía ya a primavera y el último sol de la tarde regalaba una caricia cálida en la piel tibia de la muchacha.

—¿Sabes? Siento que las nuevas que trae ese caballero nos van a cambiar la vida para siempre.

—¡Niña! ¡Tú siempre tan agorera! —protestó el aya.

Pero el aya no pudo evitar que su entrecejo se frunciera en una mueca preocupada y que su alma adquiriera un color gris como la pizarra que vestía las paredes del castillo del Édramo. Porque el aya sabía que Aldonza no se equivocaba jamás.



«Gordo buey, hijo de un cerdo cristiano». Eso le había escupido al eunuco Nasr el príncipe Mohamed, el heredero de Córdoba, irritado porque ya no quedaba en el tesoro más dinero para pagar sus juergas. «Gordo buey...». Nasr había descubierto que esas cosas ya no le causaban el menor dolor. Nada puede dañar a quien ya ha sido sometido a los más atroces sufrimientos. Pero que la afrenta resultara indolora no significaba que no mereciera ser vengada.

Al día siguiente del insulto, muy de mañana, Nasr se presentó en las habitaciones del príncipe Mohamed en el alcázar y humildemente le ofrendó un lujoso collar de gemas engastadas en oro.

—Mi príncipe, no tengo oro para ti hasta dentro de un mes, pero quizás esta pequeña bagatela te sea de utilidad hasta ese momento —recitó Nasr en una

obsequiosa letanía.

Mohamed abrió desmesuradamente los ojos, sonrió con dos grandes hileras de dientes muy blancos, palmeó los hombros del eunuco y, sin dar las gracias, tomó el regalo y lo guardó en la faja de su túnica. El eunuco dibujó una sumisa reverencia y abandonó el lugar con la satisfacción del deber cumplido. Y con la firme determinación de aniquilar algún día al príncipe Mohamed.

Ciertamente, no era fácil destruir al heredero. Pero la bella Tarub, la favorita del emir, había abierto al eunuco una inesperada puerta. La concubina deseaba el trono para su hijo Abdalá. Eso implicaba acabar previamente con Mohamed. Luego Tarub sería su aliada. Ahora solo faltaba otra alianza en la corte; un refuerzo para la gran operación. Y Nasr creía saber dónde hallarlo: en el fanatismo de Yahya ben Yahya, el más influyente alfaquí de la capital.

El anciano Yahya, el alfaquí, pisó con prudencia el umbral de la lujosa almunia del eunuco Nasr. Muchos años de paciente intriga habían convertido al eunuco en uno de los hombres más ricos de todo el emirato. Primero fue el favor de las mujeres del harén. Después, la gestión de los lujosos obsequios que el emir Abderramán regalaba a sus esposas y concubinas. Más tarde, el control de la tesorería de palacio. En cada uno de estos peldaños se las ingeniaba Nasr para aparecer como el más fiel de los sirvientes y, al mismo tiempo, llenar su propia bolsa.

No fue más que el principio. Enseguida Nasr se hizo con las riendas de la información reservada, los mensajes que los espías traían a Córdoba tanto desde tierra enemiga como desde el propio emirato. Una sabia administración de aquellos secretos le permitió mostrarse ante el emir Abderramán como una pieza imprescindible. Tanto que el soberano de Córdoba le encargó personalmente su proyecto más ambicioso: la ampliación de la gran mezquita. Y también en las obras del templo mayor de Al Ándalus supo Nasr combinar una rígida gerencia con la obtención de ricos suplementos para su propia fortuna. Buena parte de esos ríos de oro habían acabado aquí, en la almunia del eunuco, elevada en la orilla del sur del Guadalquivir, entre mares de olivos que prometían aún mayores riquezas. Cada ladrillo de aquella mansión gritaba a voces el éxito de Nasr Abu el-Fath.

El eunuco Nasr, sí, conocía el secreto de la supervivencia en la corte. Tanto lo conocía que procuraba por todos los medios no trasmitírselo a nadie más. Desde aquel lejano día en que, aún niño, perdió la virilidad a manos de un cirujano judío, Nasr se había fijado una norma de conducta: «Saberlo todo de todos y que nadie sepa qué pasa por tu corazón». Y a ella se había atendido siempre.

La fórmula se la había confiado alguien que le conocía bien: su propio padre. El eunuco recordaba con una mezcla de lástima y repugnancia a aquel viejo, un derrotado artesano mozárabe reducido a la esclavitud por no poder pagar la *yizia*, uno de los varios impuestos que colgaban del cuello de los cristianos en el orden andalusí.

Fueron tiempos convulsos, aquellos. Ocurrió en los años de la revuelta del Arrabal, bajo el reinado del emir Alhakán, ese loco. La población cristiana fenecía aplastada por los impuestos. Y la plebe musulmana, por su parte, hervía de indignación hacia un emir al que los alfaquíes acusaban de borracho e impío. Los descontentos de todos los pelajes convivían y malvivían en el barrio del Arrabal, un depósito de humanidad en expectativa de mejora que había ido acumulándose al sur de Córdoba, al otro lado del río. Un día saltó la chispa. Y el Arrabal explotó.

Nunca se supo qué pasó exactamente. Decían las gentes que todo fue por un mameluco, uno de aquellos mercenarios egipcios que servían en los ejércitos del emir. El mameluco había llevado su espada a un bruñidor del Arrabal, un niño. El niño hizo mal el trabajo. El mameluco, despiadado, golpeó al pequeño con la espada hasta matarlo. El gentío, alarmado por los gritos, corrió al lugar. El padre del niño clamaba venganza. La chusma ardió contra el mercenario. Alguien degolló al mameluco. Y acto seguido la muchedumbre, excitada por la sangre, fuera de sí, tomó azadas, varas, piedras, palos, espadas, cualquier cosa que pudiera hacer daño, y marchó contra el palacio del emir dispuesta a borrar del mapa al déspota Alhakán. Entre los que marchaban estaba Samuel, el padre de Nasr.

Samuel era cristiano. No mucho, a decir verdad, pues odiaba a sus hermanos de fe, pero eso, en aquel Arrabal donde varaban los restos de mil naufragios, era lo de menos. Todos, mozárabes y muladíes confundidos, clamaban venganza por el niño bruñidor... y por los impuestos insoportables, y por la impiedad del emir, y por la prepotencia de los mamelucos, y por... El emir se topó con aquella multitud enardecida a la vuelta de una partida de caza. Actuó según su costumbre: ordenó a su guardia que cabalgara sobre el Arrabal y lo incendiara todo. La muchedumbre, al ver el humo en sus hogares, dejó el palacio del emir y corrió al barrio. Pero allí aguardaban los sicarios de Alhakán, que no tuvieron piedad. Todo fue arrasado. Los muertos en el acto se contaron por miles. Trescientos notables del Arrabal fueron crucificados cabeza abajo. Otros varios millares de vecinos, lo mismo moros que cristianos, se vieron desterrados a África. Y a un cierto número de niños se le reservó una suerte peor: la castración.

Toda la familia fue vendida como esclava. De nada le sirvieron a Samuel sus protestas de fidelidad al islam. El padre, la madre, una hermana mayor, un hermano... Todos acabaron en el mercado. Y él, el pequeño, que entonces aún se llamaba Lope, fue añadido al grupo de los que iban a ser castrados. El emir hizo traer a unos doctos judíos de Lucena que se ocupaban de estas cosas, pues el Corán prohíbe a los musulmanes alterar las creaciones de Dios, pero no comprar lo que otros han alterado. Ellos hicieron el trabajo. Los muchachos fueron pasando, uno a uno, por la cuchilla del cirujano. Muchos no sobrevivieron. Los demás se convirtieron en los «varones fríos» de los que habla el Corán.

Nasr, que todavía era Lope, fue confiado a un cadí de Córdoba. Allí aprendió muchas cosas. Aprendió, sobre todo, a odiar a aquel sujeto que lo violó repetidas veces durante la convalecencia de su brutal mutilación. Pero aprendió también a cuadrar cuentas, a entender las leyes, a hablar al modo cortesano... Aprendió a no confiar en nadie y a encontrar en todos y cada uno lo más mezquino, sórdido y bajo de la condición humana. Fue también el cadí quien le convirtió al islam. Desde entonces se llamaba Nasr; más exactamente, Nasr Abu el-Fath, que quiere decir «el padre de la victoria». Victoria del emir, por supuesto. Cuando el emir reclamó a su trofeo, el cadí se lo devolvió; no sobraban los eunucos en Córdoba, y uno como él era pieza valiosa. Entró en el alcázar como guardián del harén. Enseguida murió el emir Alhakán y le sucedió su hijo Abderramán. Y para entonces Nasr ya sabía cómo convertirse en uno de los hombres más poderosos de Córdoba: «Saberlo todo de todos y que nadie sepa qué pasa por tu corazón». Esa era, sí, la fórmula. Y hacía tiempo que el corazón de Nasr no era otra cosa que una áspera cicatriz encallecida.

Ahora el eunuco miraba alrededor y saboreaba las mieles de su victoria. En el viejo Arrabal, donde un día empezó a escribirse su tragedia, se alzaba su propia mansión. El escenario de la derrota era ahora la prueba de su triunfo. Nasr Abu el-Fath: victoria sobre victoria. Y ya no era la victoria del emir, sino la del eunuco.

Yahya el alfaquí conocía todo eso. Lo conocía muy bien, pues él mismo se había beneficiado de las intrigas del eunuco. Yahya odiaba a los cristianos tanto como Nasr, pero había una diferencia: el eunuco odiaba también a los musulmanes y a todo el género humano sin distinción. Era el de Nasr Abu el-Fath un odio frío, seco, sin emociones. Un odio perenne y tranquilo que se abatía sobre sus enemigos con la infalibilidad de un fenómeno meteorológico. El viejo cadí, su mentor, su violador, fue de los primeros en comprobarlo. Un día su cuerpo sin cabeza apareció flotando en el Guadalquivir. Dos sicarios hicieron el trabajo. La cabeza se la llevaron al propio Nasr. El eunuco orinó sobre ella y la arrojó personalmente a las cloacas para que la devoraran las ratas. Nadie hizo nunca ninguna pregunta sobre el cadí.

—Debo agradecerte efusivamente, querido Yahya, que hayas accedido a mi invitación —declamó el eunuco con su voz engolada. Una corte de efebos desplegaba a su alrededor bandejas con viandas y tocaba músicas de acento oriental.

—Nadie puede rechazar nunca una invitación del poderoso Nasr Abu el-Fath —croó el alfaquí—. Siempre es un honor pisar esta casa. Por otra parte, yo también deseaba verte.

—Me alegro. Ante todo, quiero elogiarte por la sabiduría con la que hablaste la otra tarde en el jardín del emir.

Yahya zozobró:

—¿Sabiduría? —exclamó el anciano doctor de la ley—. ¡Pero si tú sostuviste la posición exactamente contraria!

—Cada uno habla en función del lugar que ocupa, querido amigo —contemporizó el eunuco—. Tú debías hablar como alfaquí. Yo, como consejero. Por otro lado, coincido contigo en que el emir, al que Alá guarde muchos años, debería prodigar más los gestos de defensa de la fe.

—En eso coincidimos, sí —aceptó Yahya.

—Y también coincidimos, lo sé, en las esperanzas que todos depositamos en el heredero Mohamed, ese valiente muchacho...

Nasr hizo una estudiada pausa en su discurso. Divertido, contempló cómo las cejas velludas de Yahya se abrían en un arco que casi ocultó el callo de la frente. «Saberlo todo de todos y que nadie sepa qué pasa por tu corazón», pensó una vez más el eunuco.

—Mohamed es un joven prometedor, sí —titubeó el alfaquí—. Pero...

—¿Pero...? —inquirió Nasr.

—Pero aún le queda mucho camino por recorrer. Y además...

El eunuco disfrutaba viendo cómo Yahya cerdeaba, temeroso de dar el paso.

—¿Y además...?

—Oh, bueno, tú lo sabes bien. —El anciano alfaquí meneaba la cabeza y se rascaba la barba buscando una escapatoria—. Necesita mucho consejo, mucho auxilio. En particular en cuestiones de piedad.

—Yo no podría decirlo mejor —palmoteó Nasr, componiendo una beatífica sonrisa—. Y es una evidencia que un hombre así, si algo malo le ocurriera a nuestro emir, que Alá no lo quiera, no sería el mejor sucesor en el alcázar de Córdoba. ¿No es eso lo que querías decir, mi buen amigo?

Yahya ben Yahya, anciano alfaquí de Córdoba, dio un respingo como si le hubieran arrancado el vello del pecho.

—¡Yo no he dicho eso! —denegó con energía—. ¡Eso lo has dicho tú!

—Yo solo he puesto voz a tus pensamientos, mi querido amigo —rió Nasr—. Los tuyos y los de otros muchos dentro y fuera del alcázar. Todos sabemos que Mohamed sería un problema. Y lo que necesitamos es más bien una solución.

Yahya hundió la mirada en la mullida alfombra que vestía el suelo. Sí, Mohamed sería un problema: un jovencuelo arrogante y pretencioso, despótico y violento con todo aquel que no le siguiera en sus caprichos de niño mimado, irreflexivo e inepto, y particularmente desagradable, por qué no aceptarlo, con los ancianos alfaquíes y los sirvientes de palacio. Sí, ese era Mohamed. ¿Pero quién podía osar declararlo a los cuatro vientos? Yahya no se atrevió a cruzar sus ojos con los del eunuco. Sin levantar la vista, fija en sus humildes babuchas, trató de esbozar una vía de salida.

—Pero también todos sabemos —objetó— que la decisión del emir, al que Alá guarde muchos años, es firme: su sucesor será Mohamed.

—Decisión firme, sin duda —aceptó Nasr—, pero no definitiva ni irrevocable.

Nuestro emir, por la misericordia de Alá, goza de buena salud y aún ha de gobernar largo tiempo. No sé si Mohamed estará en condiciones de soportar tan larga espera — aguijoneó el eunuco—. Conociendo su carácter inmaduro, es perfectamente capaz de cualquier cosa.

—¿Qué quieres decir? —se sobresaltó alarmado el alfaquí.

—Quiero decir, mi querido amigo, que cualquiera podría acercarse a Mohamed y excitar sus ansias de poder moviéndole a actuar contra su padre. No sería la primera vez que en Córdoba vemos tales cosas. Y si eso ocurriera...

—¡Rebelarse contra su padre! ¡Es terrible eso que dices!

—Lo es —asintió el eunuco—, y por eso hemos de prevenirlo. Imagina por un instante que, por poner un ejemplo, alguien cuenta a Mohamed que su padre le ha privado de una victoriosa campaña contra los cristianos...

Yahya sintió vértigo. Eso era exactamente lo que todos habían hecho la otra tarde en los jardines del emir.

—¿Crees acaso —continuó Nasr— que Mohamed aceptará de buen grado saber que se le ha vetado la gloria de atacar Oviedo ahora, con el trono de los infieles vacío?

—¡Me escandalizas, amigo Nasr! —protestó Yahya fingiendo enojo—. Claro que si eso ocurriera...

—Hemos de estar preparados para ofrecer la solución que mejor convenga a Córdoba —completó el eunuco—. Cualquier cosa menos una guerra entre parientes, como la que precedió al ascenso al trono de nuestro amado emir Abderramán.

—Al que Alá guarde muchos años —murmuró Yahya.

—Que así sea —ratificó Nasr.

Un espeso y agrio silencio se adueñó de la estancia. Yahya sentía cómo el mundo giraba en torno a su estómago. Nasr, inmóvil, hierático, clavaba sus ojos en la frente del alfaquí, aquella frente hollada por la marca de la oración. El eunuco dejó pasar los segundos. Quería que Yahya quedara totalmente desarmado. Y así fue.

—¿Tienes un candidato? —preguntó el alfaquí, cuando ya no pudo sostener el silencio.

—Nunca lo había pensado —mintió el eunuco—. Pero ya que tú me lo preguntas, y precisamente por el hecho de ser tú —enfaticó, señalando al alfaquí con un índice acusador—, te diré que creo tener a la persona idónea. Un varón joven, de hecho casi un niño todavía, pero vigoroso y valiente y, lo que es más importante, abierto a las enseñanzas del profeta. Y por supuesto, carne de la carne del emir Abderramán.

—¿Quién es él?

—El joven Abdalá, el hijo de la favorita Tarub.

Yahya sintió un sudor frío. Mecánicamente apuró un vaso de agua con esencias de frutas. Trató de no perder perspectiva.

—¿Qué estás pensando hacer exactamente, Nasr, querido amigo?

—¿Hacer? —preguntó el eunuco riendo—. ¡Oh, nada! No hay que hacer nada. Pero las gentes como tú y como yo, en las que Alá ha depositado responsabilidades de gobierno, deben estar preparadas para cualquier contingencia. Simplemente, se trata de evitar que las tormentas nos hagan naufragar, por así decirlo. Me entiendes, ¿verdad?

El anciano alfaquí asintió en silencio. El eunuco aspiró el aroma del aire, ya rico en matices en este comienzo de primavera. Su mente voló hacia aquel día, no muy lejano, en que el príncipe Mohamed se permitió mofarse de su condición. La bella Tarub, testigo del insulto, fue entonces la única que tuvo para el eunuco una mirada de consuelo. Ella vería, sí, a su hijo Abdalá en el trono. Y a Mohamed no le esperaba mejor suerte que a la cabeza del cadí, sucia de orines y devorada por las ratas de las cloacas del Guadalquivir.

3 EL SEÑOR DEL ÉDRAMO

—¿Estás seguro de lo que dices?

Ramiro se doblaba sobre sí mismo como si todas las montañas de Asturias y Galicia hubieran caído en sus espaldas.

—Completamente —rubricó Hernán—. El rey en persona me lo trasladó así.

La sala del castillo del Édramo era fría y oscura, piedra gallega con un áspero olor a ceniza húmeda. El propio Ramiro, nervioso, iba encendiendo candiles aquí y allá, y la luz hacía surgir una cabeza de venado sobre la chimenea, una panoplia de escudos y espadas en la pared principal, un liso tapiz de sucio verde en este otro lado, una tosca mesa de anchas dimensiones, un arcón desvencijado...

—Disculpa el aspecto de todo esto —murmuró una excusa—. No utilizamos mucho estas dependencias. Desde que murió mi esposa... De hecho, nunca viene nadie por aquí. ¡Sancho! —gritó al criado de servicio—. ¿Por qué está la chimenea apagada? ¡Enciéndela de inmediato, por vida de...! ¡Y llama a mis hijos! ¡Ordoño, Gatón, Aldonza...! ¡Que vengan todos!

Hernán posó la mirada sobre el elegido. Tan pronto se agitaba inquieto de un lado a otro como se sentaba, hundido, la barba entre las manos. El de Mena solo sintió compasión: no debía de ser fácil encajar la noticia de que te han nombrado rey. Al fin Ramiro se detuvo. El tal Sancho, el criado, entró en la sala, musitó unas apresuradas disculpas, encendió el fuego de la chimenea y abrió los postigos de las ventanas. A un gesto de su señor abandonó de inmediato la estancia. Ahora la luz del atardecer, filtrada a través de tensas vejigas, dibujaba en el rostro de Ramiro surcos que a Hernán le sugirieron dolor.

—¿Hay testigos de la designación? —preguntó el elegido.

—El obispo Gomelo y el noble Teudano —respondió el caballero.

—Hace años que el noble Teudano no pronuncia palabra —objetó Ramiro.

—Cierto, pero puede testificar por escrito. Por otro lado, el obispo Gomelo...

—Sí, el testimonio de Gomelo es suficiente. Pero es solo un hombre. Otro hombre podría decir lo contrario.

—Gomelo me aseguró que es decisión del consejo del rey. Y que así ha quedado escrito —ratificó firme Hernán.

—Supongo que eso hace inapelable la decisión.

—Así lo creo.

Ramiro levantó la cabeza. Miró al techo. Bufó. Clavó una mirada fiera en los ojos de Hernán.

—¿Y por qué yo? —preguntó el elegido, y había en su tono conminatorio un punto de desesperación.

—Solo soy un mensajero, Ramiro —eludió Hernán la cuestión—. No tengo respuesta para esa pregunta.

—Pero tendrás tus propias ideas sobre este asunto —insistió el hijo del rey Bermudo.

—Sí —aceptó Hernán.

—Habla —ordenó el conde—. Con la verdad.

Hernán de Mena se tomó su tiempo. Quería encontrar las palabras exactas.

—Tú te criaste en la corte, con el rey Alfonso —apuntó el caballero.

—Como muchos otros hijos de la nobleza —objetó Ramiro.

—Tú aprendiste del rey los secretos del gobierno —añadió el de Mena.

—Tampoco fui el único —precisó el señor del Édramo.

—Y te envió a Galicia como conde para que representaras a la corona en su propio nombre —añadió Hernán.

—Sí, y en cuanto pude abandoné las fatuas intrigas de los cortesanos —protestó Ramiro— y me vine aquí, a la frontera. Nada de todo eso que dices explica que Alfonso me haya elegido a mí.

El Caballero del Jabalí Blanco no pudo evitar una intensa corriente de afecto hacia aquel hombre; una corriente hecha a la vez de simpatía y de misericordia. Él mismo, el propio Hernán, se había retirado de la corte y sus mezquindades para abrazar la vida libre de la frontera.

—Creo que Alfonso —dijo Hernán al fin— te ha escogido para cerrar la herida que sigue lacerando al reino. Él tomó la corona cuando abdicó Bermudo, tu padre. Ahora él muere y cede la corona al legítimo heredero de Bermudo, es decir, a ti.

—O sea que no me hacen rey por lo que soy —suspiró Ramiro—, sino por lo que fue mi padre.

—No —objetó Hernán—. Te hacen rey por ser lo que eres: hijo de tu padre. Es distinto.

Ramiro torció el gesto. Una bandada de cuervos se estaba agitando en su interior.

—¿Cómo sé que me puedo fiar de ti? ¿Cómo sé que, según salgamos por esta puerta, tus hombres no van a degollarme y después saquearéis todo cuanto tengo para que vaya a otro la corona? ¡No sería la primera vez!

Hernán no esperaba semejante salida de tono. Se irguió como si le hubieran herido en lo más íntimo de su honor. Con un rápido gesto sacó su espada de la vaina y la blandió en alto. Enseguida, con idéntica rapidez, tomó la larga hoja en sus dos manos y la tendió a Ramiro al mismo tiempo que se arrodillaba e inclinaba la cabeza.

—Aquí tienes mi espada. Decapítame si quieres.

Ramiro respingó, sobresaltado. Tomó a Hernán por los hombros.

—¡Levántate, por amor de Dios! ¡Y perdona mi desconfianza! Ponte en mi lugar —imploró—. Llevo aquí retirado incontables años, sin otro horizonte que el cuidado

de mis tierras y de mis hijos. Desde que falleció mi mujer, ni siquiera tengo el consuelo de un cuerpo caliente en mi casa. Señor del Édramo, me llaman. Que es lo mismo que decir señor de ninguna parte. Y ahora vienes tú a contarme que me han hecho rey, nada menos. Todo esto es una locura.

—Y sin embargo es la verdad de lo que está sucediendo. Ramiro, amigo: vas a ser rey —zanjó el del Jabalí Blanco.

Hernán tomó asiento junto al fuego. El principio de la primavera siempre era frío y húmedo en estas tierras. Ramiro seguía deambulando por la sala, ahora en un tono más pausado. Hablaba dirigiéndose al de Mena, pero en realidad dialogaba consigo mismo:

—¡Rey! ¡Que todos los santos me asistan! Debo contárselo a mis hijos. Ellos han de ser los primeros en saberlo. Y tendré que encontrar esposa, claro. ¡Un rey necesita una reina!

Hernán giró la cabeza, sobresaltado. Eso no estaba en el programa. Y no obstante, Ramiro tenía razón.

—El reino es muy grande —cavilaba el elegido—. Hay gallegos, hay astures, están los cántabros de Trasmiera, hay vascones, están también los mozárabes que vienen fugitivos del sur y además tenemos ahora a los colonos de esa tierra que llamáis Castilla. Alfonso unió todo eso porque llevaba la sangre de Pelayo y no había otro mejor, pero mi situación es diferente. Yo solo soy un señor de la tierra en un rincón de Galicia, hijo de un rey destronado. Si he de unir el país, un matrimonio será lo mejor.

—Razonas con tino, Ramiro —reconoció Hernán—. ¿Y has pensado en alguien a quien desposar?

—A veces la Providencia habla con voz muy clara —rio Ramiro, dando una palmada sobre sus duros muslos de cazador—. Hace apenas unos meses vino a visitarme un noble de las Bardulias, un tal Nuño. A él no le recordarás, pero sí a su yerno: Eneco de Carranza.

Hernán no pudo evitar un gesto de asombro.

—¡Eneco! Por supuesto, el que murió en el asedio de Santa Cristina contra el felón Mohamed. ¡Cómo no recordarlo! Fue una de las pocas bajas que tuvimos en aquel lance.

—Ese es, sí señor —confirmó Ramiro, dejando caer ruidosamente la mano sobre la mesa—. Y Eneco, amigo mío, dejó una joven viuda: Paterna, se llama. Hermosa. Sin hijos. El viejo Nuño vino a ofrecirme la mano de la mujer para mi hijo Ordoño, pero Paterna es demasiado mayor para él. Por el contrario, para un hombre de más edad...

—¿Estás pensando en desposar a Paterna?

—Es lo que ha de ser —confirmó el señor del Édramo—. Es castellana. Hija de

un noble de las Bardulias y viuda de un caballero cántabro. Yo soy fuerte en Galicia. La familia de Paterna me dará la fuerza en el oriente del reino. Por otro lado, es una mujer irreprochable y, además, sin parentescos en la corte que me puedan incordiar.

—Parece una jugada muy clara —aceptó el de Mena—. ¿Y nadie pondrá inconvenientes?

—Nadie se negará a dar una reina al rey, y menos ese bribón de Nuño. Desposaré a Paterna, Hernán. La haré mi mujer. Y así me casaré con Castilla. Deberías alegrarte; es tu tierra, ¿no?

Hernán calló. Estaba más preocupado por llevar a Ramiro a la corte de Oviedo. Porque esas eran las instrucciones del agonizante Alfonso: llevar a Ramiro a la capital, a ser posible antes de la muerte del rey. Y la muerte rondaba muy cerca.

—Se hará como ordenes —zanjó Hernán—. Pero antes hay que ir a Oviedo.

—No, no iremos a Oviedo —negó Ramiro—. Primero iremos a por la mujer. A Oviedo, después.

—Mis órdenes... —empezó a objetar Hernán, pero el elegido había hecho sus planes y no iba a cambiarlos.

—Tus órdenes son las de un rey que muere —se impuso Ramiro—. Si ahora yo he de ser el rey, haré las cosas a mi modo. No quiero llegar a Oviedo como un simple ganadero gallego agraciado por el dedo regio. ¿Qué dirán? ¿«Ahí viene el señor del Édramo»? ¡No, no! Quiero entrar en la corte con mi hueste, mi esposa y mi casa entera. Quiero entrar como rey.

Hernán iba a decir algo, pero un confuso ruido de voces le interrumpió. Eran los hijos de Ramiro, que acudían a la gran sala convocados por Sancho, el criado remolón.

—¡Venid, hijos míos! —gritaba Ramiro con grandes voces—. ¡Este caballero tiene algo muy importante que contaros!

Hernán miró al elegido con sorpresa. ¿Por qué había de ser él quien diera la noticia y no el propio Ramiro? En todo caso, allí estaban ya, expectantes, los hijos del hombre que iba a ceñir la corona. Ordoño, el mayor, un joven de sonrisa franca y facciones hermosas, el rostro afeitado, con los largos cabellos castaños recogidos por una humilde cinta de cuero. Gatón, el segundo, un cíclope rubio de ojos ceñudos con una barba adolescente sobre el montañoso mentón. Aldonza, la menor, la lánguida belleza rubia que Hernán había divisado en el balcón de la casona, encerrada en aquel mundo que se ocultaba tras sus bellos y ciegos ojos azules. Hernán de Mena miró pausadamente a la familia Ramírez. El mayor tenía trazas de príncipe. Gatón, el segundo, estaba visiblemente hecho para la guerra. Y la casi niña Aldonza, escondida tras su hermosura sin esperanza, irradiaba un singular magnetismo. El caballero pensó en sus propios hijos: ellos, los Hernández de Mena, como estos Ramírez de Lugo, iban a heredar el mundo que ahora Alfonso y Ramiro construyeran en aquel

relevo trascendental para la cristiandad.

—He venido —declamó Hernán con toda la solemnidad que pudo— a notificar a vuestro padre la última voluntad del rey Alfonso. Es deseo del rey Casto que Ramiro Bermúdez, vuestro padre, hijo del rey Bermudo, herede la corona de Oviedo. Así lo ha decidido el rey y así lo ha ratificado el consejo privado. Ramiro será rey de Asturias.

Ordoño y Gatón cruzaron gestos de asombro. Apenas un segundo, porque enseguida prorrumpieron en ruidosas exclamaciones de júbilo. Solo la pequeña Aldonza, los labios trémulos, mantenía la ciega impassibilidad de su rostro. Los hijos se abalanzaron sobre su padre con votos de enhorabuena. Ramiro, emocionado, contestaba revolviendo el cabello de Ordoño y golpeando las inmensas espaldas de Gatón. Pero Hernán reparó de inmediato en la aparente frialdad de Aldonza. Y el propio Ramiro, superado el instante de la celebración, también lo hizo.

—¡Hija mía! —exclamó Ramiro, acariciando los largos cabellos rubios de la muchacha—. ¿No te alegras? ¡Seré rey! Y vosotros, mis herederos, con la ayuda de Dios.

Aldonza esbozó algo semejante a una sonrisa, pero el leve temblor de sus hombros, como una flor mecida por el viento, denotaba una profunda inquietud.

—Ahora tendrás que casarte de nuevo —susurró la joven.

Todos se miraron desconcertados. Ramiro sonrió con ternura.

—Mi dulce niña, tú siempre sabes lo que va a pasar antes de que suceda. En efecto, sí, ahora me habré de casar. Es deber de rey. Los tres sabéis cuánto he amado a vuestra madre mientras vivió, y con qué celo he guardado su memoria —se excusó el del Édramo como mirando al cielo—. Pero ahora Dios ha cambiado el curso de las cosas. Sí, ahora tendréis una nueva madre. Y os puedo anunciar ya de quién se trata.

—¡Habla, padre! —instó Gatón—. ¿En quién has pensado?

—En Paterna, la hija del viejo Nuño de la Bardulia. Ese que estuvo hace poco en esta casa.

—Esa mujer es muy joven para ti —protestó fríamente Ordoño.

—¡Bah! No tanto —se irritó Ramiro—. Yo acabo de cumplir cincuenta años. Ella ronda los treinta según me dijo su propio padre. Pero no os preocupéis. No tenéis que verla como a vuestra madre, sino como a la mujer que acompañará a vuestro padre en el trono.

Un silencio visiblemente incómodo se adueñó de la gran sala. Lo rompió Aldonza.

—Seguro que será una buena elección —musitó la niña ciega—. Esas mujeres castellanas tienen fama de sufridas y leales. Y en todo caso, padre...

—¿Qué, mi niña?

—Que tú ahora eres el rey. Y nosotros, tus hijos, te obedeceremos como hemos

hecho siempre. Como padre. Y ahora, además, como nuestro señor.

Un rugido de satisfacción brotó del cuello taurino de Gatón. Su hermano Ordoño lo aplaudió con estridencia. Los tres hijos se abrazaron al ancho torso de Ramiro Bermúdez. Hernán se fijó en la dulce Aldonza, casi desaparecida entre la humanidad de los tres varones. Y el de Mena no pudo desprenderse de la impresión de que la joven ciega había presentido algo doloroso; algo que quizá transmutara aquella estampa de felicidad familiar en un infierno de tormento y desventura.

—¡Vamos, rápido! —exclamó súbitamente Ramiro—. ¡Hay muchas cosas por hacer! ¡Hernán! ¡Partiremos mañana con el alba! Iremos a las Bardulias, a buscar a Paterna. Enseguida te traeré el contrato de esponsales. Servirá el mismo borrador que redacté para mi hijo Ordoño. Pero ahora, además, podré subir el valor de las arras. En cuanto esté listo el documento, enviarás de avanzada a uno de tus caballeros —ordenó el elegido—. Que galope hasta el castillo del viejo Nuño y le traslade la buena nueva. Que lleve mi mejor espada y se la entregue a la dulce Paterna como prenda de compromiso. Llevará también mis condiciones sobre la dote y otros asuntos menores. ¡Y otra cosa! ¡Necesito un obispo junto a mí! Que otro de tus caballeros, Hernán, retorne a Oviedo y busque al obispo Serrano. Le conozco hace tiempo y sé que le gustará estar a mi lado cuando haga mi solemne entrada en la corte. ¡Apresuraos! ¡No hay tiempo que perder!

Aquella noche se cenó cabrito asado en el sobrio castillo de Ramiro Bermúdez, señor del Édramo.



Nepociano acomodó suavemente los largos cabellos grises detrás de las orejas y acarició su barba cana en ademán pensativo.

—Conde Sonna —habló despacioso el magnate—, un viejo caballero de Asturias como yo jamás pondrá en duda la palabra de un hombre cabal como tú lo eres, pero te ruego que reflexiones sobre este punto. ¿Qué sentido tiene nombrar sucesor a Ramiro?

Nepociano miró largamente al conde de palacio. Sonna llevaba muchos años en el séquito de Alfonso. Sonna estaba en la puerta de la cámara donde el rey agonizaba. Sonna se cruzó con el caballero Hernán de Mena cuando este abandonó palacio y, ante sus preguntas, le respondió con aquel enigmático «nada que yo pueda revelar». Sonna, en fin, había oído de labios del obispo Gomelo que Ramiro Bermúdez había sido designado heredero por el rey en su lecho de muerte. Si a alguien era preciso convencer de que la decisión podía resultar ilegítima, ese era el conde Sonna.

—Nepociano, todos conocemos tu historia —acusó el conde—. Ya traicionaste al rey una vez. ¿Qué buscas ahora?

—¡Bah, no me vengas con viejas querellas! —respondió desdeñoso el anciano

caballero—. ¡Hace mucho tiempo de eso! ¡Tú ni siquiera habías nacido! Después vino el matrimonio con Jimena y el perdón regio. ¿Preguntas qué busco? Te lo diré con toda claridad. Defender los derechos de mi esposa, prima del rey, para la que sin duda habrá un renglón en su testamento, y de paso, si es posible, recuperar mis tierras de Pravia ahora que ha muerto el juez que me sancionó, no sea que vayan a caer en manos de cualquier acólito del nuevo monarca. No puedo ser más sincero contigo — rubricó, ambiguo, Nepociano. Y luego atacó—: ¿O acaso tú no temes que, en el vacío de poder, venga alguien con menos títulos a robarte lo que es tuyo?

Sonna cabeceó levemente, incomodado por aquel reto a su sentido del honor. Mientras el rey siguiera vivo, él continuaba siendo conde de palacio. No podía ni contemplar la posibilidad de verse en otra posición que no fuera esa.

—Pero Gomelo lo ha dicho, Nepociano —insistía Sonna—. Es Ramiro el elegido.

—Yo no discuto que Gomelo te haya referido semejante disparate. Pero piénsalo fríamente. ¿Cuánto tiempo lleva Gomelo en vela, en la cámara del rey, sin apenas comer ni dormir? ¿Dos días? ¿Tres? No está en las mejores condiciones para interpretar el delgado hilo de voz de un moribundo. Por otro lado, todos sabemos que la cabeza de un moribundo, en sus horas finales, suele girar de manera asombrosa y traspasar el umbral de la demencia. Solo eso explicaría que un hombre inteligente y sabio como Alfonso haya dado en tamaño desafuero.

—¡Pero el obispo Gomelo asegura que se trata de una decisión del rey ratificada por su consejo privado, y por escrito! —protestó una vez más el conde Sonna.

—¡Ya! —objetó Nepociano—. ¿Y quién tiene ese escrito?

Sonna vaciló antes de contestar:

—El propio Gomelo.

Nepociano chasqueó la lengua, dio una palmada y miró a Sonna con un claro gesto de complicidad. No dijo más. El viejo caballero se levantó y comenzó a pasear de arriba abajo, junto al fuego, con zancadas largas, pero tranquilas. Sonna, desorientado, fue a posar su mirada desamparada en Jimena, que asistía silenciosa a la conversación. La dama escrutaba con interés los evidentes rasgos godos del conde: la cabellera rubia, ya con vetas grises en la barba, los ojos claros sobre una nariz recta y fina, la serena expresión del rostro... Un bello ejemplar, el conde Sonna. Pero Jimena sabía eludir esos peligros. Y sabía también que la forma más audaz de eludirlos era, precisamente, simular que se caía en ellos.

—Sonna, querido amigo —cantó la dama con su voz metálica, fingiendo un eco de coquetería y haciendo bailar entre los dedos la gema regia que adornaba su pecho—. Hemos de pensar muy bien las cosas. Es mucho lo que está en juego. El reino de Asturias es muy grande, mucho. Lo es gracias al esfuerzo de Alfonso, mi primo. Y precisamente por fidelidad a él, a su obra, no podemos precipitarnos en un paso que parece más bien el contubernio de cualquier camarilla de palacio.

A Sonna le habría gustado oponer un argumento sólido ante las consideraciones de la dama, pero no podía. Ganado por la sugestión de aquellos ojos profundos como el mar en invierno, de aquellos cabellos rojos como el fuego, de aquella belleza añeja como de flor congelada en el tiempo, apenas si pudo esbozar una protesta.

—Yo creo a Gomelo.

—¡Y yo también! —respondió rápida la mujer—. Pero dudo que el obispo haya interpretado correctamente las palabras del rey, mi primo. —Y Jimena subrayó su parentesco con un nuevo movimiento de la joya, que empezaba a surtir efectos hipnóticos en el conde.

—Comprendo lo que dices y acepto que son fuertes razones —claudicó Sonna—. Pero no puedo pensar que Gomelo esté intrigando con camarilla alguna.

—Sin embargo, otras veces ha pasado —interrumpió Nepociano—. Yo no tengo nada contra Ramiro. Conocí a su padre, hace ya muchos años. Tampoco desdeño a Gomelo, santo varón de cualidades bien conocidas. Pero sostengo que la sucesión al trono de Asturias no puede quedar bajo la niebla de estas incertidumbres.

Sonna trató de rehacerse. En el fondo de sí estaba dolido por el hecho de que el secreto de la sucesión le hubiera sido confiado a Hernán de Mena, aquel huraño jabalí de Brañosera, y al obispo Gomelo, más dos vejestorios como Tioda y Teudano, mientras que a él, conde de palacio, le habían dejado al margen de trámite tan trascendental. Pero a pesar de su orgullo herido, sentía vértigo solo de pensar en hacer otra cosa que no fuera la voluntad expresa del rey.

—Veo que dudas aún, querido amigo —silbó Jimena—. Te diré lo que haremos. Te ruego aguardes en esta nuestra casa, que es la tuya, la llegada de otro ilustre visitante. Se trata del obispo Serrano, buen amigo de Ramiro Bermúdez. Ya ves que no tenemos nada contra Ramiro y sus gentes. Él, Serrano, viene de la cámara de Gomelo. Nos dirá qué está pasando exactamente. Y podrá darnos consejo sobre las nieblas de este extraño proceso de sucesión. ¿Lo encuentras adecuado?

Sonna no podía considerarlo más adecuado. Eso o cualquier otra cosa que le exonerara de la zozobra de la duda. Incluso si se trataba de aquel Serrano al que nadie conocía muy bien: un tipo enjuto, cetrino, de nariz grande y aplastada sobre un rostro siempre alerta. Serrano había llegado fugitivo de algún lugar de Al Ándalus. Como era hombre de excelente formación, el obispo Gomelo, siempre a la busca de talentos, le había hecho su ayudante para las cosas de palacio. Serrano era eficaz e inteligente, pero además era antipático y forastero, así que ¿qué mejor candidato para desempeñar un puesto cortesano sin temor a que se metiera en conspiraciones de pasillo? Por eso Gomelo le llevó junto a sí. Quizás ahora Serrano pudiera arrojar luz sobre el dilema que laceraba el espíritu del conde.

Pasaron un par de horas durante las que el sol llegó a su cénit para volver a declinar. Los señores y su invitado apuraron unos platos de ternero asado guarnecido

con hortalizas, mientras Nepociano y Jimena, diligentes anfitriones, referían mil anécdotas galantes de la vida en Aquitania, el comercio en las tierras de los francos y las indeseables visitas de los normandos, aquellos salvajes con los que Nepociano, sin embargo, había encontrado un modo de negociar. Sonna, por su parte, refirió a sus huéspedes las pequeñas intrigas de la corte, las historias de este conde que repoblaba en Castilla o de aquel otro que intentó desposar a una noble navarra, y en el ameno intercambio llegó Sonna a la convicción de que nada tenía que temer de aquella encantadora pareja, tan sinceramente preocupada por los avatares del reino.



El eunuco Nasr Abu el-Fath penetró en las dependencias del harén. Solo un eunuco de palacio podía hacerlo y él era el más notable de todos. Con pasos seguros se dirigió a las habitaciones que gobernaba Tarub, la favorita, reina indiscutible de la vida íntima del alcázar. Se hizo anunciar por un efebo emasculado. La bella concubina le invitó a pasar. No era la primera vez.

—Mi querida Tarub, tú siempre tan bella...

Tampoco era la primera vez que Nasr se permitía esas lisonjas. De hecho, era lo que el eunuco decía siempre, desde el primer día, cada vez que ambos se encontraban. Tarub, a solas con el eunuco, apartó el velo que le cubría el rostro. Nasr se extasió —como siempre, desde el primer día— ante la composición perfecta de aquel semblante, la fina nariz mediterránea, los labios dibujados con una geometría milagrosa, el mentón suave, los altos pómulos sobre los que cabalgaban aquellos ojos hechiceros de carbón incandescente. El eunuco Nasr se consideraba dichoso por poder contemplar lo que a todos estaba vetado. Y tenía razón.

—He tenido una larga conversación con Yahya el alfaquí —reportó el eunuco—. Está con nosotros. O mejor dicho, jugará a nuestro favor, aunque él no lo sabe.

—¡Explícate! —rogó la mujer con una risa que sonaba a las cascadas de aguas perfumadas con jengibre que el fiel encontrará en la Yanna, el paraíso que predicó el profeta.

—Se trata de Mohamed —aclaró Nasr—. El viejo Yahya ha entendido que hay muy altas probabilidades de que el heredero se revuelva contra su padre. O mucho me equivoco, o ese potro malcriado que tenemos por príncipe se preguntará pronto por qué el emir le ha arrebatado la gloria de una incursión contra los cristianos en un momento como este, con el rey de Oviedo agonizante. Como es una bestia sin seso, pedirá explicaciones a su padre. Y a poco que forcemos las cosas, un abismo empezará a abrirse entre los dos.

—¡Buena jugada, amigo mío! —palmoteó la bella.

—Es solo el principio, mi dulce flor —sonrió Nasr, fingiendo modestia en la mirada—. Poco a poco se irá abriendo el camino del trono para tu hijo Abdalá.

—¿Cómo podré agradecértelo? —gimió Tarub con su sonrisa hechicera.

No hacía falta agradecerlo, y Tarub lo sabía. La suerte de ambos, el eunuco y la favorita, había quedado trenzada por las circunstancias desde mucho tiempo atrás. El día que Tarub intercedió por Nasr cuando este fue maltratado por el salvaje de Mohamed no hizo sino agradecer a su vez las atenciones que el eunuco le había dispensado desde el primer día en que la muchacha pisó el harén. La una y el otro, esclavos ambos, cautivos sin esperanza, ambiciosos los dos, soldaron una sociedad secreta en cuanto se pusieron la vista encima. Una sociedad en la que no era preciso siquiera enunciar el objeto de la alianza, porque allí, en el alcázar de Córdoba, no había más que una meta posible: sobrevivir y vencer.

—Haremos que Abderramán cambie sus prioridades —aseveró el eunuco con una sonrisa hecha al mismo tiempo de dulzura y determinación.

La favorita se pasó una mano lánguida por el largo cuello tatuado de alheña.

—Mi pobre Nasr, solo ante ti puedo abrir mi corazón. Habrás de cargar con ese peso.

—No es un peso, amiga mía —inclinó Nasr la calva cabeza—. Es una dádiva de Alá.

Y Tarub, grácil cual hurí de cejas negras y cuerpo de ámbar e incienso, sirvió al eunuco un vaso de refrescante agua perfumada con aroma de rosas. La misma agua que cotidianamente servía en los labios del emir Abderramán.

Tarub había llegado a la vida de Abderramán como tantas otras: muchacha esclava de singular belleza incorporada al harén del emir en calidad de concubina. Había muchas en su misma situación. También las había muy bellas. Pero ninguna con su talento.

Apenas recordaba ya de dónde venía ni cuál era su verdadero nombre. Una familia de mozárabes en algún rincón de Al Ándalus, cerca del mar. Una huerta, una madre llorosa, un amo despiadado. Un incendio en un granero, unas deudas, unos hombres armados arrasándolo todo. Y ella, que apenas unas semanas antes había sangrado por vez primera, se vio conducida a un mercado donde se vendía a la gente como a reses. Quiso la suerte que ese día pasara por allí un eunuco del harén del emir; no siempre ocurría. El tipo se fijó en ella y la compró. Después fue conducida a una especie de cuadra donde gruesas mujeres vestidas de negro seleccionaban y clasificaban a las muchachas como ella. Un ulema de rostro siniestro la declaró conversa al islam. Y en pocos días apareció en el alcázar de Córdoba, muerta de miedo y de hambre, donde otras mujeres, estas bellas y lujosamente ataviadas, la bañaron y alimentaron. Tarub entendió de inmediato que para sobrevivir en esta nueva vida tendría que emplear recursos muy distintos a los que su madre le había enseñado. Se propuso olvidar todo cuanto ella era —nombre, padres, religión— y aceptó bañarse en esta nueva identidad. Así empezó todo.

La primera vez que vio a Abderramán, ella supo lo que iba a pasar. El emir llevaba ya muchos años en el poder. Era un tipo todavía vigoroso, aunque no joven. Acudió cierta tarde a revisar la mercancía. «Las nuevas florecillas», como decía el eunuco que las presentó. Abderramán tenía una presencia imponente. A Tarub le llamaron la atención su piel tan morena, su enorme estatura, la nariz aguileña y agresiva, los grandes ojos negros, los bigotes tan separados, la larga barba teñida de color. Pero sobre todo percibió la insistencia con que el emir miraba sus ojos. «Llevas dentro un hechizo —le dijo—. Te llamaré Tarub». Y con ese nombre, Tarub, hechizo, se quedó.

«Le has gustado. Aprovecha tu oportunidad», le susurró la veterana Buhayr, una concubina más mayor y ya desplazada, que esperaba así vengarse de la que había tomado su lugar. Tarub no lo dudó. Un eunuco de fuste le había mostrado cierta simpatía. Ese eunuco era Nasr Abu el-Fath. Él fue quien se encargó de que Tarub aprendiera rápidamente las nociones básicas de poesía y música que tanto confortaba a los emires encontrar en sus concubinas. Cultivó igualmente el arte del perfume, experimentando aromas en su propio cuerpo hasta encontrar aquellos que más hacían vibrar la sensibilidad de su amo. Después, en un paso más, Tarub pudo acercarse a Ziryab, el árbitro de la elegancia, aquel músico de Bagdad al que Abderramán había concedido mansión y renta vitalicia a cambio de que implantara en Córdoba las más refinadas costumbres de Oriente. Ziryab enseñó a la muchacha las destrezas precisas para tocar el laúd y cantar *nubas*. Incluso aprendió a cocinar el reputado *ziriabí* a base de judías blancas. Muy pronto las noches con Abderramán fueron cosa muy distinta al burdo consumo sexual. El emir empezó a sentir una atracción irresistible por su nueva concubina. Llegaron los primeros regalos; cada vez más caros. Llegaron los ricos vestidos de colores bordados en hilos de oro y de plata. Y al cabo de unos pocos meses, en fin, Tarub se dio cuenta de que era ella la que había ganado aquella partida desesperada de amor y poder.

Tarub parió una vez; una niña. Pirió una segunda vez; otra niña. Y al tercer parto sucedió lo que tanto había deseado: un varón. Concebir un varón del emir significaba verse catapultada a lo más alto de la jerarquía en el harén. Dejaba de ser una concubina más —incluso si era la preferida— para convertirse propiamente en una princesa madre. Cuando a Abderramán le presentaron a aquel niño, el emir no pudo evitar un estremecimiento de emoción. Al niño lo llamaron Abdalá, que quiere decir «siervo de Alá». El emir, en agradecimiento, regaló a la mujer el mítico collar de Zobeida, la esposa de Harún al-Raschid. Llamaban a esa joya el Dragón por el valor fabuloso de sus perlas. A Tarub no le importó que aquel collar hubiera adornado antes el cuello de otra concubina: al contrario, el cambio de dueña significaba que, ahora, ella era la primera. Y se propuso seguir siéndolo en lo sucesivo.

Nadie sabía cantar al oído de Abderramán como lo hacía Tarub. Nadie sabía

encontrar como ella las palabras precisas para endulzar los frecuentes raptos de melancolía que se adueñaban del emir. Nadie conocía como ella los resortes secretos del cuerpo del soberano de Córdoba. Pasaron los años. Hubo otras esposas. Hubo otras concubinas. Todas más jóvenes. Algunas, más bellas. Pero ninguna había sido capaz de igualar nunca el hechizo de Tarub. Hasta el punto de que Abderramán, para enojo de visires y alfaquíes, la sentó a su lado en los asuntos del gobierno. Y Tarub pudo empezar a sentirse casi, casi, como una reina.

—¡Nuestras vidas son tan parecidas, mi querido amigo...! —suspiraba Tarub ante el rostro arrobado del eunuco, esclavo como ella, inteligente como ella y que, como ella, había sabido elevarse desde la peor de las desgracias hasta las alturas de la gloria.

Nasr tomó una mano de la favorita. Ni siquiera el primer eunuco de la corte estaba autorizado a hacer una cosa así, pero a Tarub le resultaba tonificante el contacto de una mano amiga, sin lascivia, amistad pura en el vértigo del mundo.

—Nadie podrá destruirnos, mi bella Tarub —besó el eunuco la mano de la concubina—. Y ahora, me perdonarás, debo acudir a supervisar las obras de ampliación de la mezquita. Cuando tenga novedades, te las traeré con la celeridad de una paloma mensajera.

La oronda figura del eunuco, envuelta en su túnica blanca, desapareció como había llegado. Y Tarub, en la soledad del harén, preparó su cuerpo para el baño antes del cotidiano encuentro con el emir. No le diría ni una palabra sobre su repulsivo heredero, el maldito Mohamed.



Llegó el obispo Serrano, sí. Y, para sorpresa de Sonna, no lo hizo solo: le acompañaban tres conocidos terratenientes, Piniolo, Alvito y Aldroito, y el asombro del conde se hizo aún más patente cuando vio entre la comitiva a Escipio, otro de los condes de palacio. La cohorte de notables penetró en la gran sala desnuda de Jimena y Nepociano. Este, en gesto de humildad, se precipitó a besar el anillo de Serrano. El cual, por su parte, regaló a los anfitriones una apresurada bendición.

—He aquí al obispo Serrano —se adelantó Piniolo—. Viene directamente de Oviedo. Me alegra verte entre nosotros, conde Sonna —dibujó Piniolo una breve reverencia—. Los demás ya nos conocemos: el noble Alvito, el noble Aldroito, el conde Escipio... Mi señora doña Jimena, prima del rey Alfonso... Noble Nepociano...

—¿Qué haces tú aquí? —espetó Sonna a Escipio—. Te hacía en Oviedo, guardando la puerta del rey.

—Otros cumplen ahora el turno —respondió Escipio, incómodo—. Pero escucha, el obispo Serrano trae noticias que nos conciernen a todos. Presta atención.

Los labios de Jimena dibujaron un fugaz rictus de alarma. ¿Serrano traía noticias? No era esa la razón de que se le hubiera invitado a la asamblea. A la dama no le gustaban los imprevistos. Se apresuró a tomar la iniciativa.

—Mi querido obispo Serrano, como sabrás, mi esposo y yo te hemos invitado a esta nuestra casa, que es la tuya, para consultarte un delicado problema relacionado con la sucesión...

Jimena hablaba agachando la cabeza en señal de recato y humildad; sabía que a las gentes de Iglesia les agradaba la sumisión y el pudor tanto en los hombres aguerridos como en las mujeres bellas, ¡y ella aún lo era!

—Los rumores acerca de la designación del noble Ramiro —continuó la dama— nos han llenado de desconcierto. Sobre todo por lo inusual del procedimiento: ¡nombrar a un heredero en consejo mínimo, en el secreto del gabinete, sin proclamación pública, sin contar con los grandes nombres del reino...! Convendrás con nosotros en que no es muy usual...

Serrano trató de perforar a Jimena con la mirada. Inútilmente: gruesas capas de misterio protegían a aquella mujer. El obispo llevaba relativamente poco tiempo en Oviedo; apenas si había podido trazar un adecuado mapa de las intrigas palaciegas. Pero le constaba la fidelidad de Sonna y de Escipio. Y sabía también de las riquezas de Piniolo, Alvito y Aldroito. Embajadores todos ellos de suficiente fuste como para que ahora, en presencia de aquella distinguida pareja, el mozárabe tratara de demostrar conocimiento de las cosas del poder.

—No tengo otra noticia de esa decisión que las palabras del propio Gomelo, santo varón —declaró engoladamente el obispo; todo lo que en Gomelo era dulzura apostólica, en Serrano era rigor hierático—. Y sí, en efecto, tal parece ser el designio del rey Alfonso: que le suceda en el trono Ramiro Bermúdez, con cuya amistad me precio, pues coincidí con él durante mi estancia en el monasterio de Samos. Y a propósito, esta misma mañana un mensajero suyo me ha entregado esta carta...

Todos los presentes se miraron con estupor. ¿Una carta de Ramiro? ¡Eso sí que era una sorpresa! Piniolo hizo un mohín cómplice a Nepociano. Esas eran las noticias de las que hablaba Escipio, el cual repitió el gesto de complicidad con destino a Sonna. Serrano, visiblemente satisfecho por levantar tanta expectación y poder mostrar su dominio sobre los acontecimientos ante gente tan principal, extendió el pergamino de becerro y leyó:

Recibo noticia de mi designación como sucesor en la corona. Parto de inmediato hacia Oviedo con mi hueste. Te agradeceré que estés a mi lado.

Serrano dobló el pergamino con aire solemne. Un denso silencio se adueñó de la sala. Aquellas noticias precipitaban las cosas. Nepociano trató de dominar su

ansiedad. Jimena se adelantó:

—Sin duda el buen Ramiro te aprecia, amigo Serrano. Pero percibo algo extraño en esas líneas —añadió, sinuosa, la mujer—. Es como si el elegido se estuviera preparando para la lucha.

Un brillo en los ojos de Jimena advirtió a Nepociano de la trascendencia del momento. El magnate exiliado tomó el relevo de su esposa:

—Dices bien, querida. ¿Para qué acudir a la corte con una hueste? ¿Acaso no las tiene todas consigo y quiere entrar a viva fuerza?

Nepociano paseó la mirada por los circunstantes. Una mueca extraña cruzaba los grandes bigotes canos de Escipio. Sonna mantenía los ojos muy abiertos, como intentando que nada se le escapara.

—Y hay más —agregó Jimena—. ¿Por qué te pide que te pongas de su lado? ¿Tal vez teme que otros se hallen del lado contrario? Todo esto suena muy extraño. El buen Ramiro debería saber —mintió la dama— que todos estamos de su lado.

Serrano se rascó la cabeza justo en la tonsura. Sonna compartía su perplejidad.

—Yo no veo nada de todo eso que vosotros decís —objetó, ingenuo, el conde—. Simplemente leo el mensaje de un hombre que ha sido designado rey y anuncia su llegada a un buen amigo.

—¡Exactamente eso! —rubricó precipitadamente Serrano.

—Tal vez tengáis razón —concedió Jimena con una sonrisa letal—. Pero aun así, si Ramiro ha sido designado con arreglo a la ley, ¿para qué tantas precauciones?

—Hay todavía algo más —añadió Serrano, imprudente—. El mensajero me refirió que Ramiro, antes de acudir a Oviedo, piensa pasar por las Bardulias para encontrarse con la que será su esposa, una dama de los castillos de la frontera.

—¡Pero cómo...! ¿Es que no hay damas en Oviedo? —fingió protestar Jimena—. ¿A cuento de qué ha de casarse con una castellana? ¿O es que...? —La dama del cabello rojo dejó que la temperatura de la sala aumentara hasta lo insostenible. Solo entonces flageló—: ¿O es que tal vez pretende unir a castellanos y gallegos contra los señores de las Asturias?

Un murmullo de escándalo, desaprobación, sospecha e indignación, todo al mismo tiempo, se adueñó de la asamblea. Por un instante, Serrano tuvo el sentimiento de haber desencadenado involuntariamente una tormenta. Nepociano intercambió un rápido guiño con su esposa.

—No saquemos conclusiones apresuradas —moderó el caballero desterrado—. Ramiro es un buen hombre y seguro que alberga las más sanas intenciones. Lo mejor que podemos hacer es aguardar. Obispo Serrano, amigo mío, ¿cuándo crees que llegará el nuevo rey?

—En dos semanas, a lo sumo.

—Bien. Quiero que sepas, buen amigo, pues desde ahora lo eres, que mi casa te

tiene en la mayor consideración —proclamó Nepociano con una reverencia— y que estamos seguros de que desempeñarás un gran papel junto al rey Ramiro. Transmítele, te lo ruego, nuestra fidelidad anticipada en espera de poder hacerlo personalmente en el palacio real. En cuanto a ese asunto de las huestes...

Serrano respiró aliviado, pero notó con claridad cómo una repentina fosa se abría entre él y el resto de los presentes. Pese a las tranquilizadoras palabras de Nepociano, estaban jugando a juegos distintos.

—... En cuanto a ese asunto de las huestes —prosiguió el magnate—, lo más sensato sería estar prevenidos. Cuando uno levanta un ejército en un sitio, nada impide que otro se levante en otro lugar y, a la postre, las armas terminan hablando. Sonna, querido amigo...

—Te escucho —respondió el conde, expectante.

—Puesto que tú tienes autoridad —subrayó Nepociano, adulator—, ¿por qué no escoges a algunos hombres de la guardia de palacio y acudes al encuentro de esa hueste de Ramiro que viene desde Castilla? La presencia de las tropas del rey será la mejor garantía de que la paz se mantendrá en el reino. Y por otro lado, yo puedo auxiliarte con algunos de los hombres que he traído desde Aquitania.

Sonna se sintió atrapado en una ratonera. A Nepociano podía decirle que no, pero ¿qué pensarían los otros? ¿Que tenía miedo? Por otra parte, más valía comprobar en primera persona los detalles de aquel enredo:

—¿De verdad lo consideraréis preciso, Nepociano, Escipio, amigos...? —inquirió el conde.

Todos asintieron.

—Sin duda alguna, Sonna —aseveró Escipio—. Todos estaremos más tranquilos si la hueste de Ramiro entra en Oviedo escoltada por las propias banderas del rey y bajo la autoridad de uno de sus condes.

—Así se hará —aceptó Sonna—. Reuniré a unos cuantos hombres y marcharé hacia el sureste. Me encontraré con la hueste de Ramiro y le daré escolta hasta Oviedo.

—¡Bravo, amigo! —aplaudió Jimena—. Contigo el reino estará seguro.

La dama obsequió al conde de palacio con una de aquellas sonrisas que trasladaban a los hombres al paraíso de lo indecible.

Nepociano, anfitrión exquisito, acompañó a sus invitados al exterior del caserón como si se hallara en los mismísimos jardines del alcázar de Córdoba. Sonna, con el alivio de quien ha subordinado su voluntad a una fuerza mayor, abandonó la casa persuadido de que resolvería aquel enredo. Escipio lo hizo convencido de que se había ganado la alianza de Sonna. Serrano, de que sería el próximo obispo de Oviedo. Piniolo, Alvito y Aldroito, de que habían apostado a caballo ganador.

Cuando los vieron marcharse en la lejanía, bajo la luz del atardecer, Nepociano

susurró a su esposa:

—Ese bruto de Ramiro, con sus ínfulas de gran señor, nos ha dado la oportunidad que estábamos esperando. ¿Crees que Sonna se nos unirá finalmente?

Una emoción secreta afloró a los labios de la dama.

—Lo ignoro —confesó Jimena—. Pero al menos le hemos quitado de en medio. A él y a una buena porción de las tropas de Oviedo. El resto lo hará Escipio. Ahora solo queda esperar.

Nepociano besó la mano de su esposa. El sol empezaba a acostarse, perezoso, envuelto en un fastuoso rompimiento de gloria. Ahora, sí, solo quedaba esperar.

4 LA HORA FINAL

Ramiro y Hernán emprendieron el camino de Castilla una fresca mañana de aquella primavera del año 842. El primero, embriagado por la idea de recoger a una reina para entrar con ella, triunfal, en Oviedo. El segundo, desasosegado por la pérdida de tiempo que aquello suponía: sus instrucciones, dictadas por el rey Alfonso en su lecho de muerte, eran conducir al elegido a la corte. Pero Ramiro había dispuesto cubrir antes aquel trámite matrimonial en la Bardulia, y Hernán, que no podía desobedecer al rey, tampoco podía oponerse a la voluntad del heredero. Al menos —pensaba el caballero— el mensajero enviado al obispo Serrano habría prevenido a la corte de este retraso imprevisto.

A Ramiro no le costó reunir una pequeña hueste de cincuenta jinetes entre clientes, parientes y amigos. Suficiente para afrontar los peligros de un viaje que había de llevarles a través de las infinitas tierras sin dueño del sur. El forzado Gatón acompañaría a su padre. El mayor, Ordoño, pese a sus quejas, quedó en la casa familiar, al gobierno de las tierras, junto a la ciega Aldonza.

—¿Por qué me apartas, padre? —había protestado el primogénito ante aquella decisión.

La respuesta de Ramiro fue expeditiva:

—Porque si a mí me matan en este viaje, el rey tendrás que ser tú.

Todas las familias de la comarca saludaron con alborozo la noticia de que uno de los suyos, Ramiro Bermúdez, iba a ser rey. Entre otras cosas, porque todos los clanes entre los condados de Samos y del Tambre esperaban que un monarca de aquella tierra afrontara de una vez la colonización hacia el sur, hacia el Bierzo, donde anchos campos esperaban la señal de la cruz. Para los señores de la tierra gallegos, así como para numerosos campesinos, el horizonte del Bierzo era una tierra de promisión. Unos hallarían allí nuevas vegas que enriquecerían sus despensas; otros, un pedazo de suelo propio sobre el que construir su libertad. Así había ocurrido en la marca oriental, en las Bardulias, que ahora se llamaban Castilla y donde el linaje de Hernán de Mena había echado raíces. Y lo mismo debería suceder en esta nueva frontera.

Un Ordoño cariacontecido y una Aldonza meditabunda despidieron a los viajeros. Gatón, el cíclope rubio, a lomos de un corcel negro de aspecto salvaje, encabezaba la columna portando un estandarte blanco con la cruz roja: la enseña que Alfonso el Casto había extendido por todo el reino. Sobre la silla de Gatón, una espada de considerables dimensiones; a sus espaldas, un hacha de doble filo. Algún día —pensaba el gigantón— sería él quien se lanzara al galope hacia el sur, escribiendo con sus armas hazañas dignas de ser cantadas por los poetas. Ramiro y Hernán, veteranos caballeros, marchaban tras el impetuoso joven. Y con ellos, la cincuentena de lanzas

enroladas de entre lo mejor de la comarca: hijos de los nobles de Sarria y de Lemos, señores de Gundriz y Santalla y Valverde, jinetes del Incio, incluso dos sacerdotes del monasterio de Samos. Muchos fueron los lugareños que, entre vítores, acudieron a despedir a la comitiva de Ramiro Bermúdez, su nuevo rey.

Los viejos caminos de los romanos seguían abiertos y en buen estado, a pesar de los estragos del tiempo, el agua y el hielo. Ramiro, bajo los consejos de Hernán, aceptó tomar la calzada del sur, desierta de humanidad civilizada y expuesta al peligro de las patrullas enemigas, pero más rápida, y factible para una columna de media centuria de hombres armados. Tomaron vituallas para el alma y para el cuerpo en la iglesia del Cebreiro, donde una comunidad monástica se había establecido desde algunos años atrás para atender a los peregrinos de Santiago. Después, por la calzada de Lugo, llegó la comitiva a Astorga, un montón de ruinas reiteradas veces saqueadas. Ocasionalmente divisaban los jinetes grupos de pastores nómadas, unas pocas sombras con sus cabras, que huían apresuradamente al verlos llegar, temerosos de acabar cautivos y esclavos. Cada jornada a caballo, a través de llanos campos incultos, acrecentaba en los hombres la seducción de estos espacios vacíos y la ambición de dominarlos. Todos y cada uno de los caballeros del séquito, viejos o jóvenes, miraban aquellos páramos con un sentimiento parecido a la lujuria. Ninguno era ajeno al sueño de ser, algún día, señor.

La columna de Ramiro fatigó la calzada hasta León, otro montón de ruinas envuelto en las espectrales presencias de la vieja villa legionaria. Apenas un centenar de almas sobrevivía en aquella ciudad fantasma, al abrigo de los gruesos muros desmochados, ahora condecorados con las pinceladas verdes y rojizas del musgo primaveral. Unas pocas chozas destartadas, envueltas en un hedor de heces viejas y pieles mal curtidas; unos pocos paisanos de gesto desconfiado, unos pocos huertos exhaustos, unos pocos rebaños de ovejas en los alrededores... Los hombres sabían que en este tramo del camino podían toparse con cualquiera de las patrullas bereberes que recorrían el territorio en busca de esclavos. La comitiva se detuvo lo justo para que los caballos abrevaran en el cauce del Bernesga. Nadie ignoraba que aquellas aguas se perdían más al sur, en paisajes de llanuras infinitas que un día fueron suelo de la cruz.

El horizonte sin límites, el cielo absoluto, estimulaban la ambición de Ramiro. Aquel hombre estaba empezando a sentir que el reino era suyo:

—El viejo Alfonso el primero —razonaba el del Édramo—, tío abuelo mío y bisabuelo tuyo, era muy astuto: sabía que los moros no bajarían a trabajar los campos; por eso vació estas tierras de mano de obra que les pudiera servir.

—Y salvó al reino del norte —ratificó Hernán.

—Sí, pero también condenó a estas tierras a la soledad y el abandono.

—Tierra muerta —murmuró el de Mena, taciturno.

—¡La haremos renacer! Algún día, Hernán, repoblaremos esto, con la ayuda de Dios. Te doy mi palabra. León volverá a ser cristiana.

Algún día lo repoblarían, sí, pero por el momento aquellas tierras eran la casa del diablo. Los cazadores de hombres rastreaban cualquier huella de humanidad para cobrarse su botín: víveres que comer, mujeres que poseer, cuerpos que vender en los mercados de esclavos del sur.

Después el camino se extendía transparente hasta las ruinas del santuario de Facundo y Primitivo, en la vieja Camala. Nada había allí salvo piedra calcinada. Nada al sur salvo tierra yerma. Pero al norte, a muchas leguas, sabía Hernán, señor de Pamporquero, que se hallaba su hogar: los montes y campos de Brañosera, cobijados al amparo de las Fuentes Carrionas.

Fue allí, en Camala, después de la misa oficiada por un monje de Samos, bajo un cielo negro sin luna, a la luz ciega de las estrellas, en el duermevela de una noche en alerta, donde Ramiro zozobró por primera vez.

—¿No echas de menos tu hogar, Hernán? —preguntó el elegido.

—Sí, mi señor Ramiro. ¿Para qué negarlo? —contestó el caballero, arrojando un leño al fuego de campaña—. Sé que a unas cuantas leguas hacia el norte está mi casa. Mi tierra. Mi gente. Y el cuerpo tira hacia allá como un caballo tira hacia la cuadra cuando está cansado.

—¡Caballos cansados! —suspiró Ramiro—. Tú y yo somos iguales: viejos caballos de guerra cansados. Ya nos duelen los huesos cuando cambia el tiempo. Hemos vertido mucha sangre y ya nos había llegado la hora de dejar el campo para otros más jóvenes. Tú eres viudo y yo también. Nuestros hijos ya se valen por sí solos. Nos bastaba con ver crecer las cosechas en nuestros pedazos de tierra, tú en Brañosera y yo en el Édramo. Y de vez en cuando, una partida de caza y una francachela en cualquier taberna, para ahogar la vejez. Esa era nuestra vida. Y a mí no me disgustaba. Dime, ¿qué hacemos aquí, durmiendo al raso, la espada en la mano, la piel macerada por la cota de malla, temiendo que aparezca el enemigo como cuando teníamos veinte años? ¿Qué hacemos aquí, Hernán de Mena?

—¡Hacemos lo que Dios nos ha dispuesto, mi señor don Ramiro! —respondió Hernán con una carcajada. Pero la huraña reacción del elegido desconcertó al caballero.

—¡No me lames «mi señor»! Podrías ser mi hermano...

—Pero no lo soy —respondió Hernán—. Y tú, Ramiro Bermúdez, eres rey.

Ramiro clavó sus ojos del color de las castañas en el rostro de Hernán. Bajo aquel fuego, el semblante del elegido adquiriría un rictus de desamparo que el caballero nunca le habría imaginado.

—Tú también podrías ser rey —masculló el señor del Édramo—. ¿No fue rey tu abuelo Mauregato?

Hernán olió peligro.

—Ni siquiera le conocí. Sí, él fue rey —contestó, firme—. Yo, solo un caballero como tantos otros.

Ramiro se recostó en el suelo, sobre el arzón de su silla de montar; un bonito objeto de factura árabe, fruto sin duda del botín de Santa Cristina. Inclino la cabeza como si un peso insuperable se la empujara hacia las profundidades de la tierra.

—Yo soy rey porque mi padre fue rey —cavilaba Ramiro Bermúdez—. No tengo otro mérito. ¿Y qué tipo de rey fue mi padre? ¡Un monarca destronado por sus propios errores! Sin embargo, ciñó la corona. Ahora todos me juzgarán a mí por la memoria del viejo Bermudo... ¿No te pesa la sombra de tu padre, Hernán?

El de Mena no esperaba aquel giro. ¿Eso era, pues, todo lo que apesadumbraba a Ramiro? ¿La vergüenza del recuerdo de una lejana derrota? Hernán colocó las manos sobre su escudo, que yacía a su lado: un jabalí blanco en campo celeste.

—No me pesa, Ramiro. Mi padre, cuando se sintió viejo, me dio este escudo. —Esgrimió el caballero la gran rodela—. Su escudo. Así él dejaba de ser él para convertirse en mí. Y yo empezaba a ser él. En ese momento ya no hubo más Zonio ni más Hernán. Solo el Caballero del Jabalí Blanco. No me pesa su sombra, Ramiro. Yo soy mi padre.

El elegido, el heredero, tomó en sus manos su propio escudo: una cruz dorada sobre fondo rojo. Con la punta de los dedos acarició torpemente la figura, como si temiera dañarla.

—A mí me dio este escudo mi padre cuando ya había renunciado a la corona. Esta cruz fue derrotada en el Burbia.

—Lo sé —murmuró Hernán—. Mi padre estuvo allí. Derrotado también.

—Tu padre solo perdió una batalla —objetó Ramiro—. El mío perdió un reino. Ahora yo tendré que cambiar esta cruz por la otra, la de Alfonso: la Cruz de los Ángeles. Y tendré que cambiar la derrota por victoria.

Hernán intentaba penetrar en la mente de Ramiro. Tal vez tantas jornadas de marcha agotadora y sin pausa habían hecho mella en su determinación. O quizá el paso de los días le había movido a calibrar en toda su magnitud el desafío al que iba a enfrentarse desde el mismo instante en que ciñera la corona.

—Dime, Hernán, ¿cuántas heridas llevas sobre tu cuerpo?

—Seis, mi rey —contestó el de Mena.

—Yo, cinco. Tres de ellas en Anceo, contra los moros. Y todos los días me recuerdan lo viejo que estoy.

—Un rey no necesita juventud, Ramiro —objetó el del Jabalí Blanco—; necesita sabiduría. Y esa la dan los años.

El elegido hundió la frente en las manos.

—Aún no he ceñido la corona y ya me pesa sobre la cabeza como una losa

insoportable.

—Lo sé. No te envidio —musitó Hernán—. Nadie podrá aliviarte ese peso, mi rey. Esa cruz es tuya. En cuanto a mí, por mi honor que prestaré mi espada para lo que sea menester.

—¡Ojalá pudiera yo decir lo mismo! —bufó el heredero—. Sería todo más sencillo. Subordinar mi brazo al destino de otro. Pero mírame ahora: camino de tierra desconocida para encontrar una mujer a la que desposar... ¡a mis años!

Hernán de Mena se arrebujó en su capa roja. Hacía frío en aquella noche de naciente primavera, en el paraje desolado de Camala, junto a las ruinas del monasterio de San Facundo y San Primitivo. Hacía frío en toda aquella estepa de campos desiertos, abandonados a su suerte, fustigados por las campañas de saqueo sarracenas y por el paso inclemente de un tiempo vacío, sin Dios que le pusiera fecha. Hernán echaba de menos su hogar, sí, unas cuantas leguas hacia el norte, donde se levantaba el poblado de Brañosera. Y no, no envidiaba la suerte del nuevo rey.

Después, las estrellas violentas de aquella noche sin luna devoraron el sueño de los viejos guerreros.



—¡Serás reina, hija mía!

Don Nuño agitaba los brazos como poseído por un genio frenético. Su boca desdentada se abría en una risa sin límites. Botando de un lado a otro de la espaciosa alcoba de su hija, en la mano el mensaje de Ramiro, el anciano caballero vivía el día más feliz de su vida.

—¡El contrato de esponsales es terminante! —exclamaba el veterano colono—. ¡Ramiro te tomará por esposa! ¿Lo entiendes? ¡Serás reina!

Don Nuño de Cigüenza no era rey, solo un colono como tantos otros. Sin embargo, nadie discutiría que don Nuño reinaba en las Bardulias, que ahora se llamaban Castilla. Había llegado allí de niño, medio siglo atrás. Sus padres viajaron en las primeras caravanas que vinieron a instalarse en Espinosa, al abrigo de las presuras del abad Vítulo de Mena, el tío de Hernán. Nuño creció entre campos yermos que algún día habría que sembrar y amenazas moras a las que algún día habría que derrotar. Eso le acostumbró a mirar profundo y lejos. Cuando tuvo la edad adecuada, dejó en la aldea a una moza que esperaba, abandonó su casa y marchó a hacer presuras de tierras algo más al sur, en el paraje de Cigüenza, a orillas del Nela. Era una locura. No iba a encontrar otra cosa que ruinas de edades remotas y un molino deshecho por el tiempo. Ni siquiera existía un camino. Pero allí se extendían anchos campos llanos y, a poniente, la sombra amable de los montes ofrecía un excelente refugio si se hacía preciso huir. Él, don Nuño, vio en aquel páramo un porvenir y creó el mundo sobre esa nada.

Dos docenas de familias acudieron al reclamo de la vida naciente; venían, como todos, del norte, y buscaban, como todos, una vida más libre. En pocos años, los campos de Cigüenza produjeron tanto trigo que pudo venderlo al norte en grandes cantidades, y los pastos de la sierra y las huertas de la vega aseguraron el sustento de toda la comunidad. Con piedras de antiguas ruinas levantó don Nuño su propio castillo: medio granja y medio fortaleza, como correspondía a la naturaleza de aquel universo tan agrario como militar. Volvió a la aldea, recogió a la moza que allí había quedado esperando —Sancha, se llamaba; la siempre dulce y paciente Sancha—, la desposó y le ofreció como palacio aquel caserón fortificado sobre los ricos campos de cereal.

Sancha, la dulce y calmosa Sancha. Una mujer tranquila y fuerte. Siete hijos le había dado. Solo tres llegaron a adultos. De los cuatro muertos, uno se fue en el parto, a otro se lo llevaron unas fiebres con tres años, un tercero se llenó de pústulas y murió sin darse cuenta y al cuarto lo mató un lince cuando no era más que un bebé. Sancha insistió en cazar a aquel animal. Cuando los hombres consiguieron atraparlo, ella misma le cortó la cabeza, la mandó disecar y la colocó en lo alto de la chimenea del salón principal de su caserón. Así era Sancha. Una reina rústica e implacable para el no menos implacable rey del llano. Y como tal gobernó todos los asuntos domésticos de su casa y de las casas ajenas hasta que un enfriamiento se la llevó dos años atrás. Ese día las gentes de Cigüenza llevaron luto como si, en efecto, hubiera muerto su reina.

Porque don Nuño, sí, era de hecho un rey. Y muchas cosas más. Si había que sembrar, don Nuño sembraba. Si había que combatir, don Nuño era el primero en acudir a la cita con un puñado de lanzas de su aldea. Si había oportunidad de rapiñar cualquier cosa en los anchos llanos del sur, ya fueran caravanas de mozárabes aniquiladas por los bereberes o columnas cordobesas descalabradas en cualquier parte, allá acudía don Nuño con sus hombres para hacerse con el botín. Si había que comerciar con unos u otros, don Nuño corría con el riesgo. Si había que juzgar cualquier conflicto en el pueblo, él actuaba como juez. Como el monasterio de Espinosa tardaba en mandarle clérigos para su comunidad, él mismo levantó una iglesia con cementerio adjunto —la dedicó a San Andrés— y por su cuenta ofició los bautizos y los entierros hasta que llegó un fraile que quedó estupefacto al ver todo aquello. De manera que don Nuño era un colono, sí, y también un guerrero, y un comerciante, y un juez, y un religioso y un pirata, y lo era todo a la vez y sin ninguna contradicción, porque en aquel tiempo y en aquel país, donde no había nada, era necesario serlo todo. Y si venían los moros y arrasaban la aldea, cosa que en los primeros tiempos pasó un par de veces, don Nuño era el primero en emplear sus brazos para comenzar de nuevo, como la primavera sucede al invierno y el día a la noche y el fruto a la flor. Don Nuño no era un hombre hecho a sí mismo: era un

hombre fabricado pieza a pieza por el alma de Castilla, esa naciente Castilla de gloria, hambre, ambición y fe, siempre con campos por sembrar y enemigos por derrotar, y por eso don Nuño de Cigüenza se había convertido en lo más parecido a un rey de las Bardulias, que ahora se llamaban Castilla.

—¡Reina, Paterna! —apremiaba ahora don Nuño a su hija, incapaz de mantener quieto su baqueteado cuerpo de toro contraído por la edad y el trabajo—. ¿Entiendes lo que significa eso para ti y para mí y para toda la familia? ¡Reina! ¡Reina de Asturias!

Pero la mujer, quieta, silenciosa, inmóvil sobre una silla de tosca traza, parecía muy lejos de la euforia de su padre.

—Es que yo no quiero ser reina, padre —se atrevió a musitar—. Es más, ni siquiera deseo casarme otra vez.

—¡Paparruchas, hija! ¡Malos pensamientos! —gritaba Nuño, mesándose las blancas barbas—. No siempre podemos hacer lo que queremos ni seguir nuestros deseos. Con frecuencia hemos de hacer aquello a lo que nos obliga nuestro linaje. ¡Y mírate! ¿Cuántas mujeres no desearían que su obligación fuera precisamente esta? ¡Ser reina! —Nuño, sin cesar en su agitación, tomó un grueso paquete enrollado en trapos que desenvolvió con mimo—. Mira: esto lo manda Ramiro para ti. Venía con el documento del contrato de esponsales. Es su regalo de presentación.

El viejo castellano desnudó el obsequio. Era una espada. Una larga espada de hoja bien bruñida, con adornos geométricos en la empuñadura y una hermosa gema en el pomo. Con la espada venía un trozo de pergamino escrito. Nuño lo leyó:

—«Ofrezco esta espada a mi dama doña Paterna Núñez y a su padre don Nuño como símbolo de mi compromiso».

Paterna lanzó sobre su padre una larga mirada entre desconsolada y piadosa. Sí, para el viejo Nuño era la culminación de su vida: entregar la mano de su hija a un rey. Bien sabía Paterna que no cabía mayor dicha en el corazón del anciano. Sus dos hermanos, ambos menores que ella, pero ambos varones, habían encontrado el camino habitual: el primogénito, Rodrigo, heredaría las tierras del clan; el otro ya había profesado como novicio en un monasterio de Galicia. ¿Y ella? A ella, en su día —parecía mil años atrás—, se le había procurado un buen matrimonio con el noble Eneco de Carranza. «Serás la esposa de un caballero rico en tierras y honores», le dijo su padre. Y ella, sumisa, lo fue. Hasta que Eneco murió en aquel trágico lance de Santa Cristina. Paterna recordaba bien el funesto día en que llegó la noticia a su casa de Carranza: un mensajero traía el casco, el escudo y la espada del caballero. «Cuatro flechas sarracenas por la espalda. Murió invocando el nombre de Cristo. Le dieron cristiana sepultura en el mismo lugar de su muerte». Eso le dijeron. Y aquel día se hundió el mundo.

—¡Ni siquiera conozco a ese hombre, a ese tal Ramiro! —protestaba Paterna,

frunciendo obstinadamente el limpio entrecejo.

—¿Desde cuándo es eso un problema? —gruñía Nuño—. ¡Tampoco conocías a Eneco y bien feliz que fuiste con él, y buenas tierras que te dejó!

Ah, claro: las tierras. Varias yugadas de buena tierra de labor en Carranza y un monte de pastos frescos. Para Nuño, después de todo, la muerte de Eneco fue un buen negocio. Para ella, por el contrario, fue una tragedia sin límites. Había aprendido a amar a aquel hombre, sí. Que era algo primario, un tanto hosco, no especialmente amable, pero que a cambio era varón de una lealtad sin fisuras y que, en su viril torpeza, trataba de complacer a su esposa como Dios le daba a entender. Cuando marchó a la batalla de Santa Cristina, en busca del traidor Mahamud, Paterna estaba encinta. Cuando recibió la noticia de su muerte, el trauma le hizo perder al niño. A punto estuvo de morir ella también en una brutal hemorragia. Cuando recobró el conocimiento, varios días después, lo único que tenía alrededor era soledad... y aquellas yugadas de tierra en Carranza. Ahora, cada vez que cruzaba las manos sobre el vientre, sentía el vacío del hijo que murió. Su único hijo.

—¡Yo sí conozco a Ramiro! —proclamaba Nuño a grandes voces—. Y puedo decirte que si no es un hermoso muchacho, porque eso no lo es, sin embargo es un hombre de virtudes elevadísimas. Y además, ¡qué demonios! ¡Va a ser el rey!

—Tendré que yacer con él y darle hijos... —rezongaba la mujer.

—Pues claro, hijita mía —ironizaba el viejo—. En eso consiste el matrimonio, bien lo sabes. Y por yacer en su lecho tendrás sirvientes y riquezas, y todas las gentes del reino se inclinarán ante ti.

—Tiene ya hijos mayores —porfiaba Paterna—. Alguno casi de mi edad. ¿No querías tú casarme con el primogénito, ese Ordoño? ¿Qué pensará él ahora? ¡Y Ramiro es viudo! Es decir, que ha habido otra mujer en su vida. Todo cuanto yo haga o diga será comparado con la sombra de la que me precedió. Él me verá y me tocará, y en mí añorará a su primera dama. Y por si eso fuera poco, sus hijos me verán como a la mujer que ha usurpado el puesto de su madre. ¿Crees que eso es plato de gusto? Mis hijos, si los hay, no heredarán el trono. Ramiro tiene otros hijos...

—Eso nunca se sabe —rezongaba don Nuño—. En cualquier caso, ocuparán un lugar decisivo en la corte. Habrá castellanos en la corte.

—Sometidos a otros...

—Paterna, ¡piénsalo bien! Contigo llegará Castilla al trono. Y eso salvará a nuestras aldeas y a nuestra gente. ¿No recuerdas lo que pasó hace cuatro años, cuando los moros decapitaron a miles de paisanos en Álava? Los de Cigüenza y Villarcayo y Mena y Espinosa y Valpuesta necesitamos un castellano en el trono. Esta es nuestra oportunidad.

—Hay otras damas en Castilla —insistía la mujer—. Más jóvenes y mejor dispuestas. Y sin estrenar.

—Sí, hay otras. Pero yo quiero que seas tú. Quiero que ese honor recaiga en nuestro linaje.

Nuño, conmovido —pero solo levemente—, se acercó a su hija y acarició sus largos cabellos del color del trigo maduro.

—Aparta esos pensamientos, Paterna. Entiendo que el precio te parezca alto, pero mira la recompensa: ¡una corona!

Paterna, jugueteando con las anchas mangas de su modesta túnica, gris como el estado de su alma, miró a su padre con algo que deseaba ser una sonrisa.

—¡Buena jugada has hecho, padre! —bromeó—. Fuiste a Galicia buscando un esposo para tu hija viuda, y al cabo te viene la mano en forma de rey. A tus tierras de las Bardulias y a las que Eneco nos dejó en Carranza, añadirás ahora lo que el rey tenga a bien darnos como arras, que será mucho sin duda. Dime, padre, ¿ha sido muy alta la dote?

Nuño sonrió con una mueca atravesada. Su hija Paterna siempre le había parecido demasiado lista para ser mujer.

—No se te escapa nada, ¿verdad? Pues sí, ha sido alta. Y no está de más que tú lo sepas. Mil sueldos de plata. —Nuño vio cómo los ojos de miel de Paterna se abrían hasta parecer soles—. Una pequeña fortuna, sí. El tesoro de los saqueos de muchos años en tierra de moros. Y además, como presentación, una hueste de ciento cincuenta jinetes, caballeros de esta tierra, que le servirán durante un mes. Que os servirán a los dos.

—¡Es mucho...! —ponderó Paterna, pensativa.

—Pero es mucho más lo que tú y yo obtenemos a cambio. ¡Vamos, mírate! —empujaba el anciano colono—. Hace solo dos días eras una joven viuda sin otra expectativa en la vida que tejer lienzos y administrar estas tierras viendo cómo la vejez te consume. Ahora, sin embargo...

—Sí, ya sé —interrumpió la mujer con aire irritado—. Seré reina.

Paterna se levantó de su tosca silla frente a la ventana; la misma silla en la que, pocos años atrás, había esperado, sol tras sol, el retorno de Eneco. Él nunca volvió. Ahora, en esa misma silla, llegaba a sus brazos otro hombre al que, como a Eneco, tendría que aprender a amar. Si su vientre aún era fértil, nuevos hijos nacerían de esa matriz un día arrasada por la desgracia. Todo volvería a comenzar de nuevo, como la primavera sucede al invierno y el día a la noche y el fruto a la flor.

Paterna estaba dispuesta.



Mohamed estaba enfadado. Muy enfadado. En pie, rígido, los brazos cruzados, las piernas abiertas, el ceño y los labios fruncidos en un ademán que solo dejaba de ser infantil cuando se reparaba en el vello que cubría ya bigote y mentón, y en el brillo

despiadado de aquellos ojos verdes que no, ya no eran los de un niño. Alguien, de alguna manera, había hecho llegar al príncipe Mohamed, heredero del trono de Córdoba, el rumor de que su propio padre había vetado su presencia en una aceifa contra tierra de infieles. Y eso Mohamed, el pequeño Mohamed, no lo podía tolerar.

—¡A tus otros hijos, Al Mundir o Al Hakam, no tienes reparo en enviarlos a asolar tierra de cristianos! —protestaba el príncipe aferrando con los puños crispados las mangas de su túnica negra—. Vuelven cargados de botín y de gloria con los que cimentar su fama. Pero a mí, ¿me hurtas tanto la gloria como el botín! ¿Por qué?

—Porque de todos mis hijos —explicaba calmoso el emir— tú eres el único, por nacimiento, que va a heredar este trono. Y por tanto te necesito vivo. Aún no has cumplido veinte años, hijo mío. Es más difícil formar a un gobernante que formar a un general. Tiempo tendrás de encabezar huestes victoriosas y volver a Córdoba cubierto de gloria. Pero ahora, ¿qué sería del emirato si por cualquier azar retornaras sin vida? ¿O aún peor, mutilado o inútil, para recordarme todos los días mi error?

—¿Y qué será de mí —porfiaba Mohamed— si cuando llegue al trono no soy capaz de exhibir ni una sola victoria en el campo de batalla? ¿Quién creerá que el brazo de Mohamed puede empuñar la espada en la guerra santa? ¿Quién me tomará en serio? ¡Ni siquiera mis hermanos!

Mohamed sabía bien lo que decía. Desde mucho tiempo atrás era frecuente que la numerosa parentela de los emires disputara el trono al elegido. El propio Abderramán había tenido que lidiar con ese tipo de conjuras: aquel enojoso asunto de su tío Abdalá, hace tantos años... Y aunque la actitud de Mohamed, tan altanera, le causaba un profundo malestar, el emir ya era lo suficientemente viejo como para mirar las cosas con objetividad al margen de pasiones y sentimientos. Sí, Mohamed no dejaba de tener razón. La fama guerrera no garantizaba la victoria, pero podía disuadir a los eventuales adversarios y siempre era un poderoso aval ante los ojos del pueblo. Algo habría que buscarle al pequeño.

—Hijo, no te faltan razones —aceptó Abderramán con gesto severo y tono paciente—, pero ten presente una cosa: la fama se cimienta sobre las victorias, no sobre las derrotas. ¿Deseas campañas? Tendrás campañas. Pero no seré yo quien te envíe a una aceifa de la que puedas volver derrotado.

—¿Es que no confías en mi talento militar? —se desesperaba Mohamed.

—No es eso. Es que yo sí conozco la guerra de verdad. —Colocó Abderramán las manos sobre los hombros de su hijo—. Ya sé que en los harenes y en los patios y en las mezquitas la gente cuenta hermosas historias de brillantes aceifas en tierra infiel, donde las armas de Córdoba aniquilan sin desmayo a unos politeístas estúpidos, semisalvajes y cobardes. Pero la realidad es muy distinta. Hace mucho tiempo que los cristianos del norte han aprendido a defenderse. Hace mucho tiempo que sus armas son tan buenas como las nuestras. Y si aún no son capaces de reunir huestes que nos

igualen en número, en cambio saben utilizar sus desfiladeros y sus montes como un feroz aliado.

—¡Podría enumerarte las campañas victoriosas de los últimos años y me faltarían dedos en las manos y los pies! —insistió el heredero.

—Es verdad. Pero yo podría enumerarte a nuestros generales vencidos, desaparecidos o muertos en ese mismo periodo —rebató el emir—, y también me faltarían dedos. Mi querido muchacho, gobernar es algo más que vencer una, dos o tres veces en el campo de batalla. Gobernar es obrar de modo que ganes también en las ocasiones sucesivas, o aún mejor, que ni siquiera sea preciso dar la batalla porque sabes que el enemigo de antemano va a caer rendido a tus pies.

Mohamed fijó la mirada en la tierra del jardín. La primavera pugnaba por estallar en Córdoba y ya había insectos merodeando por el suelo en busca de sustento para el próximo invierno. La contrariedad aguijoneaba el pecho del heredero con la insistencia de un tábano. Le humillaba verse privado de victorias guerreras. Y le humillaba también verse objeto de aquellos sermones de su padre, siempre tan político, siempre tan prudente, siempre tan... irritante.

—De todas maneras —contemporizó el emir—, quizá haya algo que podamos hacer por ti.

—¿Una campaña? —despertó Mohamed con un súbito rayo de luz en los ojos.

—Sí. El buen Nasr me ha hecho llegar el último mensaje de nuestro amigo Nepociano. La paloma llegó esta mañana. Desde Oviedo. Nepociano avanza rápidamente en su propósito de conquistar el poder. Ha hecho grandes progresos. Numerosos nobles se han unido a su causa. De donde deduzco que no tardará en tomar las armas contra Ramiro, el rey elegido por los politeístas.

—Eso... —balbució Mohamed—. Eso es... ¡estupendo!

—Escucha lo que haremos —ordenó Abderramán, mirando fijamente a los ojos de su heredero—. Te dirigirás con un ejército al norte, hacia Asturias, y aguardarás en esa tierra que llaman León, antes de las montañas, en la entrada de una calzada que lleva por nombre la Mesa.

—¿Ayudaremos a Nepociano en la batalla? —preguntó entusiasmado Mohamed.

—¡No! —refutó el emir—. Aprende esto: nunca metas a un ejército en un terreno de donde no sabes si podrás salir. Y en esas montañas ya nos ha pasado más de una vez. No, no: aguardarás a que Nepociano derrote a Ramiro. Las tropas que nuestro buen amigo ha contratado con mi oro deberían bastar para eso.

—¿Y entonces... qué hacemos nosotros? —inquirió el desconcertado heredero.

—Una vez Nepociano haya aniquilado a su rival, entonces sí, entraremos en Oviedo —explicó Abderramán.

Mohamed parecía desilusionado.

—¿Y qué haremos allí, si ya no hay guerra que librar?

—No hay guerra, pero habrá victoria. Lo que haremos será someter a Nepociano —afirmó fríamente el emir.

La perplejidad nublaba por completo el rostro del muchacho.

—Creí que Nepociano era nuestro aliado.

—Sí, lo es —sonrió el soberano de Córdoba, y en aquella sonrisa había un eco displicente, como el de quien ha penetrado en el secreto de las cosas—. Pero aprende esto otro: en los asuntos del poder, siempre es mejor tener un siervo que tener un aliado. Fíjate en esos Banu Qasi del Ebro. Con el cuento de que son nuestros hermanos de fe, se dedican a pactar a nuestras espaldas con los cristianos navarros. ¡Cuánto más nos habría valido aplastarles en su día! No, no. Oviedo se rendirá a nuestros pies y será Nepociano quien entregue la pieza.

—¿Él lo sabe? —Mohamed había bajado enteramente los brazos y se limitaba a absorber todo aquello como quien está descubriendo la nuez del mundo—. Quiero decir, ¿conoce el desenlace de esta aventura? ¿Sabe lo que tú esperas de él?

—Debe saberlo. Y si no lo sabe —precisó Abderramán—, es que es menos inteligente de lo que yo creía.

El enojo inicial de Mohamed, que se había transformado en entusiasmo al conocer su misión, había dejado lugar a una estupefacción creciente.

—¿Hará falta combatir? —preguntó el joven.

—Es posible. Pero para entonces —apuntó Abderramán con su índice al heredero— tendrás a tu lado no solo al ejército que lleves contigo, sino también a las huestes del propio Nepociano. Saben bien de dónde sale el oro que paga sus soldadas.

—Una cosa más padre —añadió Mohamed, dubitativo—. ¿Alguien más conoce estos planes?

—Tercera lección, hijo mío —sonrió el emir—: hay ciertos planes que no debes confiar ni a tus mejores generales, ni a tus más íntimos consejeros, ni siquiera a tus amantes. No. Solo yo conozco el plan. Y ahora, también tú. Es mucha la confianza que deposito en ti y espero que lo sepas apreciar. Sé que obrarás en consecuencia. —El emir abrazó a su hijo con un gesto viril, antes de completar sus instrucciones—: Has de empezar a movilizar ya a tus tropas. Te bastarán tres mil hombres entre peones y jinetes. El buen Nasr te ayudará en la tarea. —No percibió Abderramán el rictus de fastidio de su hijo al escuchar ese nombre—. Poca impedimenta. Víveres, los justos. Llegar, esperar, golpear y volver con la pieza cobrada. Esa es la misión. Sé que lo harás bien.

Y el emir Abderramán II, soberano de Al Ándalus, se dio la vuelta y dejó a su hijo Mohamed allí plantado, quieto y trémulo en el jardín del alcázar, como uno de esos árboles que, todavía tímidos, empezaban a reverdecer al calor tibio de la incipiente primavera.



Al fin llegó el inevitable desenlace. El obispo Gomelo, sin poder contener las lágrimas, cerró los ojos del rey Alfonso. Cuatro monjes del monasterio de San Vicente amortajaron el cuerpo aún caliente del monarca. A los pies del lecho, un quinto monje sahumaba incienso. En cada esquina de la cama brillaba un largo cirio votivo. En un rincón de la cámara, lejos de la luminosidad degollada por el parteluz de la ventana, otro grupo de clérigos entonaba cánticos fúnebres. Contaron luego los vecinos de Oviedo que a esa misma hora, cerca del mediodía, una bandada de pájaros cruzó el cielo de la capital del reino. «¡Se llevan el alma del rey!», gritaron las gentes. Nadie dudó de que era verdad.

Fue una muerte largamente preparada, cuidada hasta el último detalle, como le gustaba al rey hacer las cosas. Atrás quedaban las penosas semanas de agonía. La tarde anterior al óbito, un fuerte pinchazo en el pecho le anunció a Alfonso la llegada inminente de la hora final. El soberano de Asturias convocó de inmediato a la corte, a los obispos y a los abades. El obispo Gomelo encabezaba la comitiva. No hubo nada que explicar: todos sabían para qué les había convocado el rey. Iba a ser la última ceremonia de su vida y Alfonso se aseguró de que nada fallara en la liturgia.

El anciano rey ordenó que se le trajera la Cruz de los Ángeles, la preciada joya que cantaba la gloria de su reinado. Alfonso se hizo vestir con el manto regio. Las manos temblorosas de Gomelo depositaron en su cabeza la corona. Más de medio siglo había estado allí. Así ataviado, con todos los signos de la realeza bien visibles, el monarca dispuso se le llevara a la iglesia de San Tirso, dentro de las murallas de la ciudad episcopal. Siempre había profesado un cariño especial a ese templo, el primero de los que se alzaron bajo su cetro: una asombrosa acumulación de volúmenes de piedra, reforzados con contrafuertes, donde el arquitecto Tioda había experimentado todo tipo de combinaciones. Fue el mismo Alfonso quien solicitó la advocación de San Tirso, aquel mártir de Frigia condenado a ser cortado en dos, pero cuya piel no hubo sierra capaz de cortar. Así —pensaba el rey Casto— debía ser el alma de Asturias: una piel tan dura que no hubiera poder capaz de doblegar su resistencia.

Impedido como estaba, fue preciso trasladar a Alfonso en parihuelas desde su palacio de las afueras. Consigo portaba el rey, recogido en su regazo, un objeto cargado de simbolismo: aquella especie de basta lata cilíndrica que se puso en sus manos el día de su coronación y que en su interior guardaba tierra de sepultura. «La tierra de sepultura que guarda este objeto te recordará que el destino de todo hombre es morir y que solo Dios es omnipotente», le dijo el abad Fromistano en la ceremonia de unción regia, tanto tiempo atrás. Ahora se verificaba el vaticinio. Alfonso confesó sabiendo que sería la última vez. Oyó misa sabiendo que sería la última vez. Comulgó sabiendo que sería la última vez.

Después de la eucaristía, cuando ya la noche invadía el cielo, Alfonso fue

trasladado al oratorio de los monjes. Sus voces entonaban uno de los himnos más amados por el monarca: el *O Dei Verbum* de Beato de Liébana, dedicado al apóstol Santiago: «Oh, apóstol dignísimo y santísimo, cabeza refulgente y dorada de España, defensor poderoso y patrono nuestro. Asiste piadoso a la grey que te ha sido encomendada; sé dulce pastor para el rey, para el clero y para el pueblo; aleja la peste, cura la enfermedad, las llagas y el pecado a fin de que, por ti ayudados, nos libremos del infierno y lleguemos al goce de la gloria en el reino de los cielos». Alfonso pasó la noche con los monjes, rezando por su alma.

Al amanecer, la corte, los obispos y los abades volvieron a San Tirso. El rey les esperaba para la ceremonia final. Parecía un esqueleto, pero en la determinación de su semblante sobrevivía el vigor del guerrero. Temblando de fatiga, pronunció la vieja fórmula goda de San Isidoro de Sevilla:

—Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. Dios es mi protector, no temeré lo que puedan hacerme los hombres.

Después, con un último esfuerzo de majestad, se despojó del lujoso manto que envolvía su cuerpo quebrado y enflaquecido. Ciñó a su propio cuello una misérrima soga. Se tendió en el suelo, boca abajo, los brazos extendidos. El obispo Gomelo aplicó la ceniza ritual sobre la cabeza del rey. Alfonso musitó:

—Tuyo es el poder, tuyo es el reino, Señor. Encima estás de todos los reyes y a ti se entregan todos los reinos del cielo y la tierra. Y de ese modo, el reino que de ti recibí y goberné por el tiempo que Tú por tu libre voluntad quisiste, te lo reintegro ahora. Te pido que acojas mi alma, que sale de la vorágine de este mundo, y que la acojas con paz.

Concluida la oración, el rey ordenó que se le condujera de nuevo a su cámara. Ya solo restaba morir.

Cuatro fieles con sus capas rojas guardaron las esquinas del lecho regio. A los pies del monarca permanecían el obispo Gomelo, el caballero Teudano y el arquitecto Tioda; tres ancianos que en sus cuerpos encorvados representaban la gloria de un reinado simpar en el espíritu, la guerra y el arte. Alfonso el Casto perdió la conciencia a media mañana. Poco antes del mediodía, su corazón dejó de latir. «Tras haber llevado por cincuenta y dos años casta, sobria, inmaculada, piadosa y gloriosamente el gobierno del reino», según escribió Gomelo. Con el sol en su cénit, todas las campanas de Oviedo comenzaron a tocar a muerto. El lúgubre tañido proclamaba el salto del rey a la vida eterna.

Vinieron luego los días de luto, que de Oviedo se extendieron a todo el reino. El mundo quedó detenido durante tres largas jornadas. Finalmente, velado por sus fieles, arropado por las oraciones de los monjes, el cadáver de Alfonso fue trasladado al panteón de la iglesia de Nuestra Señora, contigua a la catedral de San Salvador. Así lo había dispuesto el propio rey: que la basílica episcopal consagrada a la Virgen, la

segunda catedral de Oviedo, fuera el lugar de su último descanso. El séquito fúnebre llegó hasta el alto pórtico de la basílica, una sólida construcción de tres naves, la central con recio techo de madera a dos aguas y tejado de un agua las laterales, coronado todo ello en la cabecera con bóvedas de cañón elevadas en piedra toba, aquel prodigioso ingenio de Tioda el arquitecto. Ante la última escolta de Alfonso se abrió el espacio santo de la nave central, flanqueado por seis esbeltos arcos de medio punto primorosamente policromados. A un lado y otro de la nave, una contrita muchedumbre observaba un silencio absoluto, infinito. Incluso las campanas habían enmudecido. El obispo Gomelo musitó unas oraciones. Él mismo se sentía morir. Ni siquiera en el denso silencio de la basílica era posible escuchar su voz.

El habitáculo reservado a panteón se cerraba sobre uno de los extremos de la nave central, el orientado a poniente. El propio Alfonso había hecho construir ese espacio para sí y para su esposa. Bertinalda ya estaba allí. Ahora entraría él. Se trataba de una cámara angosta y oscura, fría como el beso de la muerte, sin más objetos que los sarcófagos regios. Desde el piso del panteón, una breve escalera conducía al coro alto. Allí subieron los monjes de San Vicente, sin dejar de cantar fúnebres salmodias, mientras se preparaba adecuadamente la tumba del rey. La cámara desnuda del panteón no tenía otras salidas que una pequeña portezuela y una angosta ventana, ambas cerradas con gruesas barras de hierro; no cabía mejor representación material de una tumba. Al lado de la portezuela, elevado medio metro sobre el suelo, se abría el sepulcro que el propio rey había escogido: piedra lisa y fría sin adorno ni leyenda. A la luz de unos hachones, los guerreros depositaron el cuerpo de Alfonso en el interior del sarcófago. Gomelo, en alto la Cruz de los Ángeles, musitó un último «descanse en paz». Después, los mismos fieles de capas rojas, ayudados de cuerdas y poleas, cerraron el sepulcro con una gran piedra acofrada de una sola pieza; una vez más, sin adornos ni leyendas. Cuando la piedra cayó sobre la piedra, con el golpe seco de la muerte, Gomelo trazó la señal de la cruz.

El séquito fúnebre salió de la cripta, abandonó la basílica mariana y ganó el atrio del viejo palacio de Fruela y Alfonso, el centro del poder político de Asturias, al otro lado de la catedral de San Salvador y bajo la sombra de la torre que custodiaba el tesoro regio. Allí se formó de nuevo la comitiva para retornar al palacete extramuros. Flanqueado por interminables multitudes de paisanos, el séquito dobló San Salvador y pasó por San Tirso antes de llegar a la puerta Rutilante, cuyo rojo fulgor parecía aún más visible en la despedida del monarca. A su alrededor, los poderosos muros de Oviedo habían adquirido el aspecto adusto y triste de la piedra de cementerio, como si la ciudad entera fuera un sepulcro. Todos estaban allí, en la triste procesión: obispos y condes, caballeros y abades, escribanos y servidumbre. Todos. Todos menos dos.

Solo Serrano, inquieto, osó preguntar al oído de Gomelo:

—¿Dónde está Ramiro?

—Lo ignoro —respondió el prelado, todavía como ausente—. Quizá no le haya dado tiempo a llegar. Por cierto —reaccionó Gomelo, súbitamente despierto, con un brillo alarmado en la mirada—, ¿dónde está el conde Sonna?

Por la cabeza del obispo Serrano cruzaron sombríos pensamientos. Contestó con timidez:

—Creo que ha ido a buscar a Ramiro. Precisamente.

La luctuosa comitiva siguió avanzando lentamente, deshilachándose a medida que cruzaba las calles de Oviedo: las mujeres marchaban a sus hogares, los monjes a sus conventos, los caballeros a sus predios, los menestrales al taller o a la taberna. Y pronto, fuera ya de las murallas, del último séquito del rey Alfonso no quedaron más que algunos nobles y abades, los consejeros y los grandes patricios, que encaminaron sus pasos hacia el palacete del rey difunto con la sorda fijeza del sonámbulo que regresa al lecho.

El rey había muerto. Y aún no había nuevo rey al que aclamar.



Apenas habían abandonado la vieja calzada romana para coger el camino que asciende hasta Amaya, entre bosques torturados y montes ralos, cuando un jinete al galope ganó la vanguardia de la columna de Ramiro.

—¡Mensajero! ¡Mensajero! ¡Traigo un mensaje para don Ramiro!

Las voces del hombre, sudoroso bajo un peto grueso de cuero, alertaron a la mesnada. La columna se detuvo. Ramiro, erguido sobre el piafar de su corcel, se acercó al jinete.

—Yo soy Ramiro. Habla.

El hombre descendió del caballo y trazó una profunda reverencia. Luego, sin abrir la boca más que para tomar aire, abrió un zurrón y extrajo de él, con cuidado casi cómico, un pergamino de becerro. Hernán, rápido, se interpuso, la mano en la espada. Desconfiado, miró al hombre. Cuando estuvo seguro de que no había peligro, recogió el pergamino y, sin abrirlo, lo entregó al heredero. Este lo desplegó con calma. Leyó en silencio. Bajó la cabeza.

—El rey Alfonso Froilaz, Alfonso el Casto, ha muerto —musitó.

Hernán de Mena sintió como si alguien le hubiera golpeado en el pecho. Había fallado en su misión: no había podido llevar a Ramiro a la corte antes del fallecimiento del rey. La culpa era del propio Ramiro, cierto, pero eso, a la luz de sus principios de caballero, no disminuía su propia responsabilidad. El del Jabalí Blanco chasqueó la lengua.

—Deberíamos haber estado allí. Esto traerá consecuencias.

Ramiro le miró, enojado.

—Lo hecho, hecho está. No hay por qué lamentarse. Más bien deberías alegrarte —espetó con gesto suspicaz—. Yo soy ahora el rey.

Hernán observó largamente al heredero. De momento solo era el elegido; aún era preciso coronarle. Y cuanto más iba descubriendo en el hombre llamado a ceñir la corona, peores eran los augurios de su corazón. No obstante, era verdad: ahora él era el rey. Hernán, calmoso, subió a su caballo. Ante la mirada expectante de la hueste, el de Mena levantó la espada y gritó:

—¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

Un alarido de júbilo recorrió la columna. Todos los jinetes formaron círculo en torno a Ramiro Bermúdez, conde en Galicia y señor del Édramo. Gatón fue el primero en hincar la rodilla ante su padre. Luego lo hicieron, uno a uno, los demás. También Hernán. El nuevo rey se situó en medio de su hueste y enarboló el estandarte blanco con la cruz roja.

—¡Caballeros cristianos! —aulló—. ¡Viva siempre el rey Alfonso! ¡Viva el trono de Oviedo! ¡Cuanto entréis conmigo en la capital, tendréis siempre un asiento a mi lado! Y ahora, ¡en marcha! ¡Una reina nos espera!

El elegido, el rey Ramiro, picó su caballo y al trote vivo tomó la cabeza de la columna. Hernán le vio alejarse con una extraña mezcla de duda y satisfacción. Aún había que llegar a las Bardulias, recoger a Paterna, marchar a Oviedo y organizar la coronación. ¡Mientras no fuera demasiado tarde...!

5 BAUTISMO DE SANGRE

Cuando los últimos miembros de la comitiva fúnebre del rey Alfonso llegaron al palacio, las puertas estaban cerradas a cal y canto. No había guardias en la entrada. Tampoco rastro de la servidumbre habitual en la casa regia. Solo clausura y silencio, como si el palacio entero quisiera unirse al rey Casto en su muerte. Los nobles señores, una veintena de nombres de entre los más distinguidos del reino, se miraron desconcertados. El obispo Gomelo llamó en vano a la guardia. Fue el conde Escipio el primero en proponer algo:

—Acudamos a la puerta trasera. Tal vez esa esté abierta.

Gomelo miró a Escipio con suspicacia. Sí, quizás aquella puerta estuviera abierta, pero ¿por qué no había guardias, ni siervos ni huella alguna de humanidad? Sin embargo, los otros caballeros de la comitiva parecían tan dispuestos a seguir a Escipio que el obispo cedió. Allá marcharon Piniolo, Alvito y Aldroito, entre otros muchos. Demasiados.

El palacete que Alfonso se había hecho construir extramuros de la ciudad era una pequeña edificación que llevaba el sello inconfundible de Tioda: elegantes naves de piedra adosadas unas a otras y conectadas en su interior, cubiertas por rojos tejados a dos aguas, abiertas por aiosos ventanales y, en este caso, apoyadas sobre un torreón más estético que bélico, en cuya planta alta había establecido sus habitaciones privadas el difunto rey. Alfonso había visto matar a su padre en un palacio cerrado entre unas murallas igualmente cerradas; tal vez por eso hizo edificar este alcázar lejos de los muros de la ciudad. Aquí solía reunir al consejo, aquí discutía planes de guerra y de paz y aquí recibía a sus más próximos, reservando el palacio intramuros, el contiguo a la catedral, para ceremonias de solemnidad excepcional. Gomelo conocía este palacete como si fuera su propia casa: sus corredores interiores, las salas principales, la cámara personal del rey —la misma en la que había muerto—, el largo comedor, el hermoso salón circular del trono... Alrededor del palacete, una cerca dibujaba el contorno que iba a perderse, a lo largo de la calzada mayor, hasta la iglesia de San Julián y su monasterio, y campo abajo hasta la fuente de la Foncalada y sus baños termales, donde Alfonso gustaba en otro tiempo de sumergirse para tonificar su espíritu. Todo aquello era el predio regio, el territorio privado de Alfonso el Casto. Por eso resultaba tan extraño que no hubiera ahora rastro alguno de guardia ni custodia, pese a la aparente tranquilidad del conde Escipio. El obispo de Oviedo, Gomelo, seguía renuente, oteando los alrededores en busca de algún signo que le iluminara sobre aquel misterio.

—¿Pero dónde está la guardia? —preguntó el obispo a Serrano.

Un rictus de sobrecogedora alarma se dibujó en el rostro de Serrano. Ahora el

mozárabe entendía el sentido de aquella misteriosa reunión en casa de Nepociano y Jimena, y la extemporánea salida del fiel conde Sonna en busca del heredero y sus tropas. Salida a la que él mismo, imprudente, había contribuido al leer el equívoco mensaje de Ramiro.

—Han... han marchado —balbució el mozárabe—... Han marchado con Sonna.

Y fue decir esto y escabullirse Serrano por donde había venido, dejando a Gomelo solo entre los nobles del reino. Cuando el viejo obispo percibió que algo grave estaba ocurriendo, ya era demasiado tarde: una docena de hombres armados había rodeado a los nobles en el patio trasero de palacio y los guiaba hacia el interior. No era la guardia habitual. Sus rostros y sus voces eran extranjeros. No portaban otro distintivo que una túnica verde sobre la cota de malla. Con malos modos, los misteriosos guerreros empujaban a los patricios del reino. Alguno gritaba. Algún otro exigía explicaciones. Pero Escipio, Alvito, Aldroito y Piniolo instaban a la calma y pedían paciencia.

—Vayamos dentro —rogaba el conde Escipio—. Pase lo que pase, aquí estaremos seguros. Estos hombres nos protegerán.

La comitiva, tranquilizada por las palabras de Escipio, entró en palacio por la puerta trasera y a través de los corredores de servicio ganó el salón del trono. Y fue así como la solución del misterio estalló ante sus ojos.

Nepociano y Jimena estaban allí. Dentro. Esperando. En el centro del círculo que dibujaba aquel salón. Iluminados por el sol que se derramaba por los ventanales dibujados por Tioda. En pie, ante el trono que había sido de Alfonso. Ella, soberbia en un vestido dorado, los rojos cabellos sujetos en las sienes con una refulgente diadema y derramándose largos sobre el pecho, el zafiro de su madre adoptiva colgando al cuello. Él, majestuoso, ataviado con una lujosa túnica verde bordada en hilo de oro y una rica cinta domando la larga cabellera blanca. Los dos sonreían: él, obsequioso; la mujer, distante. A sus espaldas, la silla vacía de Alfonso y, sobre ella, la espada del difunto rey. Los nobles de palacio quedaron paralizados ante semejante visión. Después de unos segundos eternos, Escipio, Alvito, Aldroito y Piniolo se acercaron a la pareja entre reverencias. Los demás permanecían petrificados. Gomelo sintió como si un sacrilegio se estuviera perpetrando ante sus mismas narices. Llevado de la indignación, no percibió que la mesnada en armas había entrado tras ellos y tomaba ahora posiciones rodeando a la asamblea.

—¡Nepociano! —rugió el anciano obispo, que recordaba bien al magnate y sus asechanzas—. ¿Qué demonio te ha traído hasta aquí?

—¡Habla, traidor! —gritó también el viejo Teudano, cuya garganta llevaba largo tiempo sin emitir sonido alguno.

Un rumor de cotas de malla y espadas fuera de su vaina llenó el salón del trono con su premonición de sangre. Nepociano, autoritario, levantó las manos.

—¡Alto! —gritó a los hombres—. ¡No haya sangre amiga en este lugar sagrado! Soy Nepociano, sí. Muchos me conocéis. Ella es mi esposa, Jimena, prima del difunto rey Alfonso, como atestigua la gema que reposa sobre su pecho.

A Gomelo le pareció que se le licuaban los huesos cuando escuchó el nombre de la mujer; el último gran secreto que el rey Alfonso le reveló concernía precisamente a esa dama de porte arbóreo y rojos cabellos que ahora mostraba la joya de su colgante. Teatralmente, Nepociano tomó en sus manos la espada que descansaba en el trono vacío. Mostró el pomo y lo acercó al colgante de Jimena. Eran los zafiros gemelos de la reina doña Munia.

—En nombre de nuestro parentesco con el rey don Alfonso, que en paz descansa —declamó el magnate—, y en nombre de la noble sangre de los caballeros aquí presentes, os invito a todos a deliberar sobre el procedimiento de la sucesión. Una sucesión arbitraria e ilegal que pone en peligro la paz del reino.

Una barahúnda de voces airadas colmó la estancia hasta la bóveda. Nepociano y Jimena permanecían inmóviles, en pie, las miradas perdidas en la turbamulta. Mientras tanto, sus partidarios forcejeaban con el resto de los caballeros, que no sabían a qué carta quedarse.

—¡Usurpador! —gritó encolerizado el obispo Gomelo—. ¡Bien sabes que el rey Alfonso designó en sus últimos días como sucesor a Ramiro, hijo del rey Bermudo! ¡Y que ese designio fue ratificado por el consejo! ¡Aquí estamos Teudano, Tioda y yo para confirmarlo! ¡Y tú, Escipio! —gritó el obispo al conde—. ¡Tú sabes sobradamente que esto fue así!

Nuevas voces llenaron el salón del trono. Ahora Nepociano mantenía en sus manos la espada de Alfonso y la esgrimía con desgana, como quien sostiene un bastón. Habló despacio, silabeando.

—Eso es precisamente lo que ponemos en duda —sentenció—. Mi esposa y yo, y también muchos de los nobles caballeros aquí reunidos.

—¡Reunidos a la fuerza! —gritó uno de los aristócratas.

Nuevos forcejeos siguieron a estas palabras. Se multiplicaron los gritos y los empujones. Los nobles se acosaban con bastones y dagas. Incluso Gomelo tuvo que usar su báculo. De pronto, todo se precipitó. El anciano Teudano, sangre guerrera hasta el final, se encaró con uno de los guardias y trató de arrebatarle la lanza de la mano.

—¡Entrega ese arma a quien ha sido tu general! —rugió con voz cavernosa.

Pero aquel pobre diablo no había tenido jamás por general a Teudano. De hecho, no era asturiano ni gallego, ni cristiano ni moro, ni nada que se le pareciera. Nepociano había tenido buen cuidado de reclutar a su hueste mercenaria en nidos muy lejanos al que ahora pretendía ocupar. El mercenario, descompuesto, empujó al anciano, que cayó al suelo. Apoyándose en su bastón, el héroe decrepito se incorporó

y descargó un golpe seco en el rostro del guardia. Entonces otro mercenario enarboló su lanza y atravesó el costado de Teudano, que se desplomó con un terrible estertor. En pocos segundos la sangre cubrió su cuerpo menudo, envuelto en la capa roja de los fieles del rey. Enseguida dejó de respirar. Al fin el viejo general moría defendiendo el trono, como siempre quiso. La asamblea quedó atónita.

—¡Esto no tiene que pasar! —gritó Jimena.

Todos volvieron la vista hacia la mujer. Jimena se había subido al trono, en pie, y desde allí ordenaba sumisión a los nobles del reino.

—¡Llevaos el cuerpo de ese hombre! —mandó Nepociano a sus guardias.

Gomelo se inclinó sobre Teudano, leal compañero de tantos años de afanes, y esbozó apresuradamente sobre su rostro la señal de la cruz.

—¡Y a este otro encerradlo en una mazmorra hasta que se tranquilice! —gritó Nepociano, señalando a Gomelo, ante la estupefacción del obispo.

Los misteriosos soldados sin nombre arrastraron el cuerpo de Teudano hasta el exterior del salón. Una larga mancha de sangre selló su paso. El viejo Gomelo, derrumbado, apenas opuso resistencia a los brazos que ahora le expulsaban de la asamblea. Tioda quiso decir algo, pero el anciano arquitecto sintió en sus riñones la presión de un objeto punzante que le retuvo: era la daga de Piniolo, que amenazaba con perforar su piel. Los demás caballeros, amedrentados por la visión de la sangre, quedaron mudos. Nepociano hizo una seña a Escipio: era su turno.

—Todos me conocéis. Soy Escipio de Pravia y mi fidelidad a este trono no ofrece duda alguna —proclamó el conde de palacio—. Yo he sabido, como vosotros, que según dice el obispo Gomelo el rey designó heredero a Ramiro. Pero yo os digo que semejante decisión no cabe en cabeza sana. El rey estaba agonizando. Gomelo, todos lo habéis visto, es un anciano al borde de la demencia. Y en cuanto a Ramiro, ¿quién de vosotros le conoce bien? ¿Quién puede decir que su frente sea realmente digna de ceñir la corona? ¿No será más razonable que nosotros, los primeros nombres del reino, decidamos aquí y ahora nuestro futuro? ¡Como siempre ha sido en este reino!

Los nobles caballeros volvieron a mirarse entre sí, náufragos en el desconcierto. Piniolo, Alvito y Aldroito rompieron el silencio con vítores y aclamaciones.

—Escipio ha hablado bien —dijo entonces Nepociano—. Henos aquí a los nombres más importantes del reino. Hablemos, pues, de lo que nos concierne. Y si mi esposa Jimena, prima del rey, y yo hemos venido hoy ante este trono, es porque tenemos algo que proponeros.

—¡Que hable Nepociano! ¡Que hable! —gritaron a coro Piniolo, Alvito y Aldroito.

Nepociano miró intensamente a Jimena. Durante muchos años había preparado este momento: el momento de conquistar el cetro de Asturias. Con ademán delicado, volvió a depositar en el trono vacío la espada de Alfonso. Se acarició la blanca barba.

Dulcificó cuanto pudo su expresión. Carraspeó con cierta solemnidad. Elevó las manos.

—Todos sois hombres nobles. Todos, cumplidos caballeros. Todos, patricios de fortuna. La suma de vuestras tierras bastaría para sostener a un reino en paz durante largos años. Pero todos habéis sufrido las inclemencias de la guerra. Todos habéis perdido hijos y hermanos en el campo de batalla. Algunos incluso habéis visto cómo se llevaban esclavos a vuestros siervos. Y yo os digo, ¿para qué? —Nepociano paseó la mirada por los aristócratas, que le escuchaban sin atreverse a hacer el menor movimiento—. Es noble enfrentarse al enemigo, pero es de idiotas persistir en ello cuando no se puede ganar —sonrió el magnate—. Es pío defender la cruz, pero es demencial convertir esa defensa en el único horizonte de la vida y, sobre todo, es cruel y diabólico esconderse tras la cruz para colmar la propia ambición. Sé que a alguno le escandalizarán mis palabras. Pero mirad dentro de vosotros y decidme si no habéis sentido alguna vez, incluso muchas veces, que así son las cosas. No temáis reconocerlo. Porque esa voz que os habla en vuestro interior no es la palabra torpe del miedo, sino al contrario, la palabra certera de la luz. Yo os pido ahora que escuchéis a vuestra conciencia...

Nepociano se detuvo. Volvió a mirar a Jimena. La dama mantenía una perfecta quietud, y en su brillo de ropas doradas y cabellos rojos parecía una llamarada que se hubiera hecho carne.

—... Por el contrario, la decisión de Alfonso, si realmente fue tal, no es palabra guiada por la luz, sino por la oscuridad. ¿Quién es Ramiro Bermúdez? ¿Qué quiere hacer con el reino? ¿Quién de vosotros cree verdaderamente protegidos sus bienes, sus tierras, sus siervos, con ese hombre en el trono? ¿Qué hará? ¿Lanzarse de nuevo a la guerra contra Córdoba para vengar la derrota de su padre en el Burbia? ¿Qué puede traer Ramiro a este reino sino incertidumbre y sospecha? ¿Sabéis qué está haciendo ahora Ramiro? ¡Se dirige hacia aquí con una hueste armada! ¡Y trae una esposa castellana! ¿Qué significa eso sino que viene dispuesto a doblaros la espalda?

Ahora las palabras de Nepociano se vieron saludadas por las exclamaciones de aprobación de sus fieles. Y algunos otros que dudaban empezaron a pensar que tal vez aquel hombre tuviera razón.

—Nadie con mejores títulos que nosotros puede recusar la decisión delirante del rey que agonizaba —agregó Nepociano—. No se trata de tomar el trono para nosotros. Se trata de que nuestra voz sea escuchada y la corona responda al interés real del reino.

—¡Dirás a tu interés, traidor! —exclamó de repente Fáfila de Lugo, uno de los nobles allí reunidos—. ¡Eso que tú llamas paz es simplemente rendición!

—¡Sí! —gritó otro de los patricios—. ¿Dónde está el conde Sonna?

—¡De nuestro lado! —mintió Jimena.

—¿Por qué no hay aquí ningún hombre de Iglesia? —bramó un tercero.

Era verdad. ¿Dónde se había metido el obispo Serrano, a quien Nepociano creía haber atraído a su causa? Fáfila volvió a la carga.

—¡Eso que tú llamas paz solo es humillación! Tendrás la paz con Córdoba, sí, ¡pero a cambio de la guerra en nuestra propia casa! ¿O qué crees que harán estos nobles señores cuando sean sus siervos los que haya que entregar como esclavos? ¡O sus mujeres! —subrayó el noble gallego—. ¿Es que nos quieres devolver a los infames tiempos de Aurelio?

Nuevamente las voces y los empellones se adueñaron de la asamblea. Pero esta vez ya no habría más palabras. Piniolo sacó su daga, la que había apretado los riñones de Tioda, y de un rápido y certero golpe cortó la garganta de Fáfila. El gallego ahogó su último hálito en un borbotón de sangre y cayó desplomado. Sus ojos sin vida, desorbitados, parecían exigir una respuesta. Piniolo se la dio.

—¡Basta de chácharas y componendas! —gritó el asesino—. ¡Nepociano es el rey! ¡Nepociano es el rey por el poder de esta asamblea! ¿Quién no está de acuerdo?

Ante las miradas aterradas de Jimena y Escipio, que no habían previsto un desenlace tan sangriento, el resto de los nobles agachó la cabeza. La mujer intercambió un rápido gesto de alarma y reproche con su esposo. A Nepociano le dolió. Sin embargo, las cosas marchaban bien. Alvito y Aldroito, espada en mano, izaron sus armas al grito de «¡Nepociano es el rey!». Los demás, abochornados, se limitaban a callar mientras miraban de reojo las amenazadoras lanzas y los rostros sin nombre de los guardias. El cadáver de Fáfila, aún arrojado en el suelo, se desangraba lentamente hasta manchar los pies de sus compañeros. Finalmente, Escipio, que como conde de palacio era la mayor autoridad presente, resolvió dar un toque de formalidad a la conjura.

—Propongo —dijo el conde, atusándose las guías de sus largos bigotes blancos— que la presente asamblea, constituida como consejo regio, designe a Nepociano regente del reino hasta que se aclare el trámite de la designación de Ramiro, y se elucide si fue una decisión consciente del rey o más bien vino motivada por la demencia de un moribundo. ¿Quién se opone?

Nadie se opuso.

—Propongo asimismo —continuó Escipio— que, puesto que la mayor parte de la guardia del rey ha marchado con el conde Sonna, se forme de inmediato una hueste con las fuerzas de los señores aquí presentes para mantener la paz en el reino mientras dure la regencia. Yo mismo prestaré a mis propios hombres para ese menester. ¿Quién se opone?

Nadie se opuso.

—Propongo que, en este trance, se faculte al caballero Nepociano, aquí presente, para que forme consejo y actúe en todo y a todos los efectos como soberano de la

corona de Oviedo, en la guerra y en la paz. ¿Quién se opone?

Una vez más, nadie se opuso.

—Gracias, queridos amigos —susurró Nepociano—. Piniolo, Alvito y Aldroito serán mis consejeros en tanto dure este interregno. Escipio, me complace confirmarte como conde de palacio con funciones de jefe de nuestros ejércitos. En cuanto a los demás...

Nepociano trazó un breve giro. Tomó la mano de Jimena, que permanecía inmóvil, pálida, impresionada por las muertes de Teudano y Fáfila. Suavemente condujo a la mujer hasta el trono, la silla de Alfonso, y la sentó.

—... En cuanto a los demás, sé que cuento con vuestra fidelidad como nobles hijos de vuestros linajes. Y ahora, id y decidlo por todas partes. En Oviedo hay un nuevo poder que a todos traerá paz y beneficio. Es la palabra de Nepociano.



El conde Sonna había salido de Oviedo con una docena de fieles del rey y medio centenar de hombres de la guardia de palacio. No necesitaba más para una misión como aquella. ¿Se trataba de encontrar a Ramiro y pedirle explicaciones? Bien, él lo haría. Conocía a Ramiro Bermúdez. Había combatido junto a él en Santa Cristina. No le resultaba especialmente simpático, pero era un hombre de honor. Si de verdad pretendía entrar en Oviedo con una hueste armada, como quien penetra en territorio hostil, tendría que darle las preceptivas explicaciones. A él. A Sonna. No en vano el caballero Sonna era conde de palacio, nombrado por Alfonso el Casto en persona como recompensa a sus muchos y muy notables servicios de armas. Y entonces, cuando Ramiro hablara, se aclararía el misterio. No habían contado con él a la hora de arbitrar la sucesión, cosa que había herido su amor propio y seguía sin aceptar, pero ahora la palabra del conde Sonna sería tan decisiva como la sentencia de un juez.

Sonna venía de una vieja familia de guerreros. Sus antepasados estuvieron con el duque Pedro de Cantabria en la fracasada defensa de Amaya contra los sarracenos, y después formaron en las huestes que aniquilaron a los moros cuando la retirada de Covadonga. No era la suya una familia de gobernantes ni de cortesanos, ni de terratenientes con peso junto al trono; él era el primero de su nombre que ocupaba un puesto palaciego. Pero siempre hubo un hombre de su linaje en los grandes hechos de armas del reino, ya fuera en la derrota del Burbia o en las victorias de Lisboa y del Orón. Él mismo había combatido sin tregua. Unas veces, defendiendo el suelo cristiano frente a las aceifas moras; otras, atacando sin piedad los asentamientos bereberes que aún sobrevivían en la frontera. Y cuando no ardía la guerra en el reino, Sonna había prestado su brazo, siempre en nombre de su rey, para empuñar la espada en Pamplona o donde hiciera falta. Su escudo, un aspa negra de San Andrés sobre

fondo amarillo, era célebre en todas partes. No era un hombre con estudios ni un fino político, pero había ofrecido su vida al reino y a la cruz, y pocos podían blasonar de mejores hazañas que él. Ramiro cedería. Ramiro lo entendería. Estaba seguro. Y Sonna le acompañaría al mismísimo salón del trono para hablar ante el consejo. Así había que hacer las cosas.

De momento, lo prioritario era encontrar a la hueste de Ramiro antes de que llegara cerca de Oviedo. Venía de Castilla, le habían dicho; de buscar esposa. Bien: pues él acudiría a los caminos que desde Castilla entran en las Asturias de Santillana. Era improbable que el señor del Édramo se aventurara a aparecer en las ciudades de la costa, si realmente traía intenciones torcidas. Lo más verosímil sería que escogiera las rutas interiores. Así la hueste del conde Sonna enfiló el camino de Infiesto y Cangas para seguir luego por el cauce del Cares hasta Peñamellera y, desde ahí, controlar los caminos que venían de las Bardulias. Ramiro no se le podía escapar.

No era una ruta ajena al gusto del conde Sonna. El rey Alfonso le había concedido ciertos jugosos terrenos entre Cangas de Onís y Arriondas, en las amables lomas de Parres, en un acusado meandro del río Piloña. Además de buenos pastos y huertas primorosas, el conde de palacio había encontrado en aquel rincón dos tesoros que cultivaba con ahínco casi fanático: los caballos asturcones y las caderas de Gadea la molinera. No le pareció a Sonna que la misión de buscar a Ramiro Bermúdez fuera a resentirse gravemente si, aprovechando el viaje, su espíritu cansado hallaba una jornada de reposo en los brazos amorosos de Gadea. La cual, por su parte, sin duda agradecería este inesperado solaz en el yermo páramo de su temprana viudez.

A Sonna le querían mucho en el pueblo, y no solo Gadea. Era un triunfador. Y como era de natural franco y generoso, le gustaba compartir con los demás los frutos de su triunfo. Un triunfador, sí. Apenas había pasado la raya de los treinta años y ya tenía detrás una carrera espectacular en las armas y, después, en palacio. Tenía nombre. Tenía honores. Tenía tierras. Tenía oro, porque la fortuna siempre le había sonreído en los saqueos en campo musulmán. Ahora pensaba que algún día, quizá muy pronto, se vería obligado a sentar la cabeza y casarse conforme corresponde a un caballero de su rango, pero una aplastante pereza se apoderaba de él cada vez que contemplaba esa perspectiva. Las damiselas de Oviedo, las doncellas de la corte, las hijas de los grandes señores no le inspiraban más que hastío o repulsión. Se sentía mucho más a gusto envuelto en la sonrisa descarada y la espontaneidad casi animal de Gadea la molinera, en sus cabellos negros y su piel de nata cuajada. Tan a gusto se sentía que Sonna jamás recibió el mensaje que alguien le había enviado desde Oviedo informándole de los últimos acontecimientos: cuando el conde salió de la acogedora alcoba de Gadea, ignoraba que Alfonso había muerto y que ahora en Oviedo mandaban Nepociano y Jimena.

Cumplido el imprescindible descanso en las tierras de Parres, la hueste del conde

cabalgó largos días por la encrespada ruta de las montañas de oriente, excavada por el tiempo y los hombres entre sierras y prados que todos los guerreros del reino del norte habían cruzado más de una vez. El camino era relativamente fácil hasta la sierra del Cuera, donde las montañas levantan una muralla frente al mar. Entre desfiladeros y quebradas, ríos generosos y bosques imponentes, la mesnada del conde Sonna llegó sin novedad a la comarca que llaman Peñamellera. Ni rastro de Ramiro ni de nada que se le pareciera. Pero allí, en Peñamellera, a la altura de la aldea de Alles, algo llamó la atención de la hueste. Primero fue una leve columna de humo. Después, un inusual silencio. El conde resolvió explorar el sitio y envió a dos jinetes. Al poco volvieron ambos con el rostro desencajado y el alma en vilo.

El paraje era una antesala del infierno. Los prados parecían haber sufrido el paso de una manada de toros salvajes. El torreón que dominaba el campo se hallaba enteramente ennegrecido por el fuego. Cerca de él, una pequeña iglesia agonizaba con el techo desplomado; aún salía humo de alguna de sus ventanas. A medida que se acercaron al lugar, los jinetes descubrieron más y más terribles cosas. El ganado había sido sacrificado por puro afán de hacer daño: allí había una vaca con las tripas abiertas y las entrañas pudriéndose al sol, allá un cerdo decapitado, en aquel otro rincón un caballo que boqueaba con las patas rotas. Pero aún no habían visto lo peor: de las ramas de un frondoso castaño colgaban por los pies varios cadáveres. Sonna los descubrió alertado por el vuelo de los cuervos. El conde se aproximó al horror. Los cadáveres estaban semicalcinados de abajo arriba y en el suelo permanecían las señales del fuego; sin duda habían sido torturados de esa brutal manera hasta la muerte. Eran visiblemente dos hombres, una mujer y dos niños. Imposible reconocer sus rostros. Sonna ordenó bajarlos de aquel potro de tormento y darles cristiana sepultura. Aún encontrarían más cadáveres entre el castaño y el torreón: hombres, mujeres y niños, hasta una docena en total, degollados sobre el terreno y abandonados a las alimañas. El conde sintió que todo su cuerpo hervía bajo la cota de malla.

—¡Hijos del demonio! —exclamó en una maldición que venía a ahogar un sollozo—. ¡Maldito Ramiro!

Porque a Sonna no le cabía duda: esta atrocidad era obra de las huestes de Ramiro, que marchaban sobre Oviedo desde Castilla arrasándolo todo a su paso. El conde, como cualquier guerrero, había matado, robado, esclavizado a los vencidos y quemado pueblos enteros, pero siempre había hecho esas cosas en el marco de la guerra, donde la vida solo vale lo que uno esté dispuesto a arriesgar para conservarla, lo cual normalmente exige acabar con la vida del prójimo. Sin embargo, esta locura de crueldad y muerte no era producto de la guerra: solo podía deberse a la mano de un diabólico demente.

Los hombres de la hueste entraron en el maltratado torreón. Aún humeaban las vigas en su interior. De una de ellas colgaba un perro destripado; otra exhibición de

crueledad premeditada. No había signo alguno de vida. Tampoco enseres de valor que pudieran dar alguna pista: todo había sido saqueado a conciencia. En un rincón, cubiertas de cenizas y escombros, yacían algunas armas de muy rústica factura: a aquellos desdichados ni siquiera se les había permitido defenderse.

—¿Qué criatura de Satanás puede haber hecho algo así? —se desesperaba Sonna, fuera ya el yelmo, las manos hundidas en los rubios cabellos.

En ese momento se escuchó un ruido apagado en una de las habitaciones contiguas. Dos hombres se precipitaron hacia el lugar. Movieron un viejo arcón. Tras él apareció un muchacho sucio y andrajoso, las ropas hechas jirones, la cara cubierta de ceniza y la angustia pintada en el rostro.

—¡No me matéis! —gritaba como un poseso—. ¡No me matéis!

Los soldados del conde tuvieron que emplear toda su fuerza para reducir al chiquillo, que seguía agitándose, gritando y lanzando dentelladas. Era el vivo retrato del espanto.

—¡Dejadle! —ordenó Sonna—. No temas, muchacho —habló con voz tranquila, acercándose al pequeño—. Somos hombres del rey.

—¡Ellos también eran hombres del rey! —aulló el chico en un estertor de puro pánico.

—¡Ramiro no es rey! —exclamó Sonna, rojo de ira—. ¡Es un asesino que mata a su propio pueblo!

El muchacho calló súbitamente. Se había hecho un ovillo en el suelo, en un rincón, como si intentara desaparecer. Sus ojos parecían querer escapar de las órbitas. Le temblaban los labios, le temblaba el cuerpo frágil bajo las ropas destrozadas, le temblaba el alma.

—No se llamaba Ramiro —acertó al fin a decir en un susurro.

Sonna se detuvo en seco. Se aproximó aún más al chiquillo. Se sentó en cuclillas, junto a él.

—¿Quién ha hecho esto, rapaz? —preguntó—. ¿Quiénes son los muertos que están ahí fuera?

—¡Dadme agua! —suplicó el muchacho por toda respuesta.

Sonna hizo que se le acercara un pellejo de agua mezclada con vino. El chico bebió como si sus tripas fueran el fondo del océano. Tomó aire. Rompió a sollozar en un llanto convulso y desesperado, derramando todas las lágrimas que hasta entonces había reprimido. Sonna le puso un brazo sobre el hombro y le dejó llorar durante largo rato. Cuando le creyó tranquilizado, volvió a preguntar:

—¿Quién eres? ¿Quién ha hecho esto? ¿Quiénes son los muertos de ahí fuera?

El muchacho miró a Sonna con una desconfianza animal. El miedo aún le atenazaba el espíritu.

—No tienes nada que temer —insistió el conde—. ¿Quién ha hecho esto? ¿Y

quién eres tú?

—Me llamo Guma —dijo al fin el mozo—. Soy criado en esta casa. Esta era la torre del señor don Alvar, dueño de estas tierras de Alles. Él es quien está colgado ahí fuera. Él, su mujer doña Gotina, sus hijos Telmo e Ilduara, y el viejo don Telmo, padre de don Alvar. A mis padres también los mataron. A ellos y a toda la clientela de la casa. Yo pude escapar...

El chico rompió a llorar de nuevo. Sonna volvió a acercarle el pellejo de agua y vino y le tendió un trozo de pan duro de su propia bolsa. El pequeño Guma se abalanzó sobre él como una fiera hambrienta. A juzgar por el estado de los cadáveres, la hacienda había sido destruida dos o tres días atrás. El muchacho no había comido nada desde entonces.

—Vinieron unos hombres —continuó Guma su relato, la boca aún llena de migas—. Hombres armados. Entraron a caballo, en tropel, sin avisar.

—¿Castellanos? —preguntó Sonna.

—¡No! —desmintió el chico—. Hablaban lenguas incomprensibles y tenían un aspecto muy extraño.

—¿Cómo vestían? ¿Cómo musulmanes? —inquirió el conde.

—No. Como vosotros, con cotas de malla. Pero no llevaban capas rojas. Tenían túnicas verdes.

Sonna frunció el ceño y sintió que algo se descomponía dentro de su cabeza. Verdes eran las túnicas que portaban las tropas mercenarias de Nepociano; las había visto alrededor del caserón del magnate. Claro que cualquiera podía haberse vestido así. O incluso podía tratarse de un simple saqueo de esos guerreros sin honor.

—¿Por qué hicieron esto?

—No lo sé —contestó Guma—. Yo estaba lejos, en la braña, con las ovejas. ¡Se han perdido todas!

—No te preocupes por eso ahora —le tranquilizó Sonna—. Cuéntame lo que viste y vengaremos a tus padres.

Guma apuró el pedazo de pan duro y pidió más agua. Luego continuó:

—Vi a los hombres entrar a caballo. Se dirigieron al torreón. Enseguida salieron con don Alvar y doña Gotina. Los llevaban atados. Gritaban en una lengua que yo no entiendo. Pero uno de ellos sí hablaba lengua de cristianos. Empezó a amenazar a los señores mientras los abofeteaba. A los dos.

—¿Qué les decía? —insistió Sonna.

—Les decía: ¿aceptáis como rey a Nepo... a Nenciano...? No sé, un nombre extraño.

—¿Quizá Nepociano? —preguntó Sonna con un estremecimiento.

—¡Ese es! —exclamó Guma—. ¡Nepociano! ¡Aceptad como rey a Nepociano! ¡Eso les decía!

Al conde Sonna se le cayó el mundo encima en ese momento. Se sentía casi tan confundido como el propio Guma. ¿Qué sentido tenía semejante atrocidad?

—¿Quién gritaba eso? —preguntó una vez más—. ¿Cómo era ese hombre?

—Un tipo grande, con la barba muy negra —respondió el chico—. Iba con siete mozos más jóvenes que no se separaban de su lado.

—Hay mucha gente así en este reino —bufó el conde—. ¿Tenía algo especial? ¿Un gesto, una cicatriz...?

—Solo vi que movía mucho la capa, una capa negra, como haciéndola bailar.

¡La capa! Por la descripción y el gesto, podía tratarse de Piniolo. Pero Sonna seguía sin encontrar sentido a esa historia: Nepociano gozaba de amplio respaldo en el consejo; no necesitaba recurrir a salvajadas como la perpetrada en Alles. Por otra parte, el tal Alvar no tenía la menor importancia en las cosas del gobierno. ¿Y qué pintaba aquí Piniolo con sus siete hijos?

—¿Qué pasó después? —volvió el conde a su interrogatorio.

—Los señores dijeron que no —relató Guma—. Entonces los hombres de verde se lanzaron sobre la clientela, que estaba toda mirando lo que pasaba, y empezaron a degollar a todo el mundo. Salieron corriendo, pero no pudo ser. Mis padres cayeron allí. ¡Yo vi cómo los mataban! Quise llegar hasta ellos, pero tuve miedo y... ¡me escondí! —volvió a sollozar el chico.

—¡Pobre muchacho! —se compadeció Sonna—. ¡Los vengaremos! Continúa...

—El de la barba negra seguía gritando que el rey era ese... Nepociano, y dijo además que tenían que entregarle sus tierras. Los señores se desesperaban diciendo que no, que esta tierra es suya, y entonces los hombres de verde cabalgaron hasta la iglesia, sacaron de allí a dos frailes, atados con cuerdas, y los decapitaron. Luego cogieron a los hijos de los señores y los mataron también. ¡Delante de ellos! Después, al abuelo don Telmo. Y por fin cogieron a los señores, los colgaron del castaño por los pies, y al mismo tiempo iban colgando a los niños y al viejo, y prendieron fuego debajo. Allí murieron mis señores.

Guma rompió a llorar sin consuelo posible. Sonna no le interrumpió; también a él le costaba mantener la entereza. Ordenó a sus hombres cavar fosas. Él mismo se puso al trabajo. No volvió a llamar a Guma hasta el momento en que los fieles del rey comenzaban a inhumar los cadáveres, para que el chico reconociera a los muertos y pudiera escribirse su nombre en una cruz. Cuando terminaron ya era noche cerrada, pero el conde no quería permanecer en aquel lugar ni un minuto más.

La hueste volvió al camino del Cares y allí, al abrigo de una choza de pastores, se dispuso a pernoctar. Guma marchó con ellos. Al chico le habían roto la vida y ya no tenía dónde ir. El muchacho les ofreció uno de sus corderos. Era de lo poco que se había salvado en aquel monstruoso episodio. Los jinetes de la guardia y los fieles del rey mantenían un silencio como el que precede a los cataclismos. Miraban al conde

insistentemente. Necesitaban una respuesta, algo que explicara lo que habían visto con sus propios ojos, algo que diera sentido al horror. Pero Sonna era incapaz de abrir la boca.

El espíritu del conde Sonna voló al amable caserón donde había conocido a Nepociano y Jimena. Trató de recordar segundo a segundo la conversación con aquellas nobles personas que tan excelente impresión le habían causado, intentando encontrar un resquicio, solo uno, que pudiera iluminarle sobre la atrocidad que acababa de presenciar. No lo halló. Pero si esto había sucedido en Alles, tal vez podía haber ocurrido en otros lugares. O quizá, durante su ausencia de Oviedo, nuevos acontecimientos habían transformado el paisaje. Pero ¿por qué? No podía apartar de su alma la imagen de Alvar, su esposa, su padre y sus hijos, colgados del siniestro castaño. El tal Alvar de Alles no tenía relevancia política alguna; no era más que un pequeño señor rural como tantos otros. ¿Para qué exigirle que reconociera como rey a alguien a quien probablemente ni siquiera conocía? Salvo que todo fuera una treta para hacer creer que Nepociano estaba detrás. Y aun así, ¡qué absurdo y cruel laberinto!

El conde Sonna necesitaba una iluminación. Y creía saber dónde encontrarla: no lejos de allí, por el mismo camino, estaba la aldea de Panes, y en ella una iglesia dedicada a San Vicente, cuyos monjes eran célebres por su sabiduría y piedad. Sonna los conocía bien. Muy bien. Tal vez ellos estuvieran al corriente de los últimos sucesos y pudieran explicarle por qué en el reino del norte se había desatado el mal.



El eunuco Nasr Abu el-Fath apuraba con pulcra sutileza la infusión que la bella Tarub le había preparado. La favorita sabía dar a sus hierbas un delicado equilibrio que siempre cautivaba el gusto. Eso, más los exquisitos movimientos de sus manos y de su cuerpo todo al servir el brebaje conferían al momento una belleza sublime, como si uno se hallara en presencia de las huríes, las vírgenes danzarinas del paraíso.

—Y así están las cosas, mi querida amiga —expuso el eunuco—. El emir Abderramán ha decidido que, finalmente, el pequeño Mohamed encabece una aceifa en tierra de cristianos. Tanto le insistió el muchacho, y con tales argumentos, que el soberano se ha visto obligado a ceder. Y a mí me ha ordenado que le ayude a preparar la campaña.

Tarub depositó suavemente las copas de cristal en la mesita de refinada madera labrada. El poeta Ziriyab había impuesto el uso del cristal, como se estilaba en Bagdad, en vez de los tradicionales vasos de oro y plata. La favorita, con todo su rostro en tensión, clavó en el eunuco sus ojos incandescentes.

—¿Qué tipo de aceifa? ¿Larga o corta?

—Corta —confirmó Nasr—. Dos semanas a lo sumo. Llegar, golpear y volver.

—¿Y dónde? ¿En la frontera oriental? ¿En Galicia? —Tarub preguntaba fríamente, con una expresión neutra que enmascaraba tempestades en su corazón.

—He aquí lo más notable —expuso el eunuco levantando las manos—. El emir me ha dejado entender que se trata de castigar la frágil frontera que llaman Castilla, pero sospecho que Mohamed pretende encaminarse hacia el ombligo del reino infiel. Claro que el emir también me ha ordenado que aporte fondos y vituallas para una aceifa corta, pero Mohamed la quiere larga. Y yo, sinceramente, no sé a quién satisfacer.

—Es en verdad extraño —comentó la bella favorita.

—De momento —continuó Nasr—, mis órdenes son disponer de inmediato una fuerza de tres mil hombres.

—No son muchos —evaluó Tarub, pensativa.

—No. Lo cual deja pensar que la campaña será rápida y el objetivo, asequible —interpretó el eunuco.

—¿De dónde? ¿Soldados de Córdoba?

—Para nada. Bereberes del valle del Tajo.

—Es normal —concedió la favorita—. Abderramán no se fía de nadie. Por tanto, no va a prescindir de sus tropas en la capital. Y dime, mi buen guardián: ¿esos bereberes vendrán a Córdoba?

—Al contrario. Mohamed partirá hacia Toledo con una escolta de un escuadrón de eslavos, esos fulanos rubios cuya lengua nadie entiende, y se reunirá allí con los bereberes. Después, el ejército tomará el camino del norte.

—¿Y nada más? —preguntó Tarub, extrañada.

—Ahí terminan mis instrucciones. Nada más conozco de los planes del emir. Ni de lo que Mohamed guarda en su interior.

Tarub derramó una vez más delicadeza al servir una nueva taza de aquel delicioso brebaje que nadie más que ella sabía preparar. Las especias que Ziriyab había hecho importar de oriente daban al *shay* un aroma que superaba con mucho la vulgaridad del agua de rosas o de naranja. La favorita no solo empleaba la hierbabuena como toque final de las infusiones, sino que además había incorporado otras misteriosas plantas cuya combinación solo ella conocía y, por supuesto, a nadie iba a revelar. Nasr Abu el-Fath se abandonó a la fragancia de su vaso —¿cardamomo, quizá?— antes de preguntar a su vez:

—¿Tú no has podido averiguar nada, querida amiga?

—Absolutamente nada —negó Tarub—. Con frecuencia Abderramán me confía algún detalle de los asuntos que le ocupan, pero en este caso no es así. Últimamente solo está interesado en... ¡los espárragos! —exclamó la favorita.

—¿Espárragos? —preguntó asombrado Nasr, enarcando las cejas sobre la superficie calva de su frente.

—Sí, espárragos. Es la última extravagancia de ese Ziriyab, el poeta. Los ha hecho plantar por todas partes. Y el emir los adora. ¡He tenido que aprender a cocinarlos! —suspiró Tarub con la pesadumbre de quien soporta una onerosa carga.

Nasr rio de buena gana. De todas las horas de sus largos días en palacio, de todos los días de sus largos años en el alcázar, los únicos que podía decir realmente dichosos eran estos minutos que de vez en cuando dedicaba a Tarub. Un tiempo efímero que, sin embargo, dejaba en su alma la huella de sentirse no solo respetado, sino incluso amado.

—Hay algo más —apuntó el eunuco—. Quizá no sea importante, pero...

—Habla. Nada de lo que tú percibes es irrelevante.

—Se trata del viejo Yahya —expuso Nasr, dejando suavemente el vaso sobre la alfombra que mullía su cuerpo grande y adiposo.

—¿El alfaquí? —interrogó la favorita—. Creí que estaba con nosotros...

—Oh, sí, y eso es precisamente lo interesante. El emir —susurró el eunuco acercando la cabeza a la de su anfitriona— le ha ordenado que acompañe a Mohamed.

—¿Ese anciano en campaña? —contestó Tarub, echándose hacia atrás, como quien desea mantener la distancia—. ¡Sorprendente! ¿Y para qué?

—Según me ha referido el propio Yahya, que vino a contármelo presa de una vivísima agitación —sonrió el eunuco—, Abderramán está preocupado por el, digamos, escaso fervor religioso de su heredero.

—¿Y pretende que Yahya le adoctrine en la fe del profeta? —preguntó la bella sin poder disimular un gesto de asombro.

—Exactamente. Yahya acompañará a Mohamed en esta campaña con el único objetivo de dotar al heredero de una religiosidad más... acabada.

Tarub, silenciosa, concentrada, acarició su vaso como si, al contacto de su mano, fuera a aparecer un genio que le revelara la entraña de este nuevo misterio.

—No sé cómo acogerá semejante idea el heredero... —musitó al fin la mujer.

—Yo sí —palmoteó Nasr Abu el-Fath—. Él mismo me lo dijo, entre quejas por el poco dinero que su padre ha dispuesto para la campaña, imprecaciones contra los bereberes del Tajo y chistes obscenos sobre los eslavos que han de darle escolta.

—Imagino que se subiría por las paredes con la perspectiva de verse acompañado por Yahya —rio la bella.

—Pues, curiosamente, no —desmintió el eunuco—. Me habló del asunto con buenas palabras, ciertamente sin entusiasmo, pero no parecía que le molestara especialmente.

Tarub volvió a acariciar su vaso, esta vez con un transparente ceño de preocupación sobre sus ojos incandescentes.

—Me alegro por el viejo alfaquí, pero convendrás conmigo, querido amigo, en

que este nuevo movimiento no nos beneficia. Me quedaría más tranquila si fueras tú quien acompañara a Mohamed en la aceifa —galanteó la favorita.

—¡Oh, no creas que no se lo propuse así al emir! ¿Y sabes lo que me contestó? Se echó a reír y me dijo: «Mi querido Nasr, tú y yo no estamos hechos para la vida de campaña. Lo nuestro son los libros y los jardines de palacio». Y me dejó plantado con la palabra en la boca. A veces pienso que nuestro amado emir se está haciendo viejo.

—¡Mi buen Nasr! —rio Tarub—. Te aseguro que Abderramán no tiene la menor impresión de estar envejeciendo. Al revés, en los últimos días lo he notado muy animado. Y eso me da que pensar —agregó la bella, entornando los ojos bajo el abanico negro de sus pestañas.

Nasr se masajeó la calva cabeza con las dos manos. Adoraba estar con Tarub, pero le fastidiaba tener que pensar. ¡Sería tan grato limitarse a mirarla tal y como estaba ahora, el rostro descubierto, el cuerpo envuelto en aquella pudorosa túnica del color del azafrán...!

—Veamos lo que tenemos ante los ojos —razonó el eunuco—. Una aceifa de pequeña dimensión, puesta en manos de Mohamed con el evidente propósito de complacerle, y con Yahya como tutor para que el heredero profundice en su fe. La verdad es que todo parece de lo más razonable.

—Y sin embargo... —musitó la favorita.

—Sí, yo también tengo la impresión de que hay algo que se nos escapa.

Nasr apuró un nuevo vaso de aquel exquisito brebaje de Tarub. No, no era cardamomo. Tampoco, desde luego, nuez moscada o anís.

—Dejémoslo ahí —resopló el eunuco—. Cada vez que trato de penetrar en las fuerzas que mueven la mente del emir, huelo el peligro. De todas maneras...

—Sí —atajó Tarub—. Debemos pensar en el modo de sacar algún provecho de todo esto.

—De momento, tenemos a Mohamed en campaña. ¿No era exactamente eso —recordó Nasr— lo que tú propusiste al emir?

—Sí. A veces el destino teje con hilos caprichosos.

—Bien. Eso nos da una oportunidad. Porque el joven Mohamed, en campaña, y aun rodeado por los mejores generales, no deja de quedar expuesto a cualquier peligro —sonrió el eunuco.

—¿No estarás pensando en...? —preguntó Tarub, sobresaltada—. ¡Habría centenares de hombres protegiendo su vida en todo instante!

—¡No, no, querida! ¡No estamos en condiciones de llegar tan lejos! —exclamó Nasr, subrayando el plural—. Pensaba en algo mucho más sencillo. Un revés, un contratiempo, cualquier cosa que obligue a ese gallo a volver a Córdoba cabizbajo y desplumado y...

—¡Y deshonrado a ojos de su padre!

—Me lees el pensamiento, mi bella Tarub.

—Eso le restaría bazas en el camino a la sucesión...

—Y reforzaría las posibilidades de tu hijo Abdalá, sí.

—Pero no es fácil muñir semejante enredo —advirtió la reina del harén—.

Estamos moviéndonos en el filo de la navaja.

La palabra «navaja» siempre despertaba en Nasr sensaciones muy desagradables. Trató de borrarlas con un nuevo sorbo del delicado *shay* de Tarub.

—Déjalo de mi cuenta —zanjó el eunuco—. Haré que Mohamed muerda el polvo.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó la bella.

—Tú encárgate de que todo el mundo sepa que Mohamed parte en aceifa contra los infieles. Que lo canten las mujeres en el serrallo y los poetas en los baños públicos. Que todo el mundo aguarde el retorno de Mohamed cargado de gloria y botín. Cuanto más alto se ponga hoy al heredero a ojos del pueblo, más duro parecerá el golpe mañana, cuando se despeñe. Y ahora, querida...

Ahora Nasr Abu el-Fath, secretario personal del emir, administrador del tesoro del alcázar, guardián mayor del harén y jefe de los espías de Córdoba, además de supervisor de las obras de ampliación de la mezquita, debía abandonar la grata compañía de Tarub para sumergirse en sus nuevas ocupaciones, porque el eunuco, por si fuera poco todo eso, tenía que hacerse cargo de la intendencia general de la primera campaña en solitario del príncipe Mohamed.

Tarub despidió al eunuco con una larga y maternal sonrisa. Tan maternal que no pudo evitar —pero nunca podía evitarlo— que su corazón evocara al pequeño Abdalá, el hijo varón que su vientre había ofrecido al emir. ¿Cuánto tiempo llevaba sin verlo? ¿Cinco meses? ¿Seis? En el alcázar era costumbre que los muchachos de la vasta progenie del emir, antes de cumplir los doce años, abandonaran las faldas de sus madres y pasaran a criarse en la corte, entre varones, limitando las visitas a sus madres a unas pocas y breves ocasiones bajo la austera y ceñuda vigilancia de los alfaquies. La última vez que le vio ya apuntaba el bozo en su bigote. Un muchacho hermoso, de piel atezada como su padre, pero con los rasgos de su madre inscritos en el rostro y con un carácter vivo y alegre. Algún día él sería el emir. Tenía tanto derecho como cualquier otro; incluso tanto como Mohamed. Y Tarub estaba dispuesta a cualquier cosa para conseguirlo. A cualquier cosa.



El segundo mensajero alcanzó a la columna de Ramiro cuando esta tocaba ya los pies de la Peña Amaya, a escasas leguas de su destino. Y esta vez el extenuado jinete no venía de Galicia, sino de la mismísima Oviedo.

La fortaleza natural de Amaya se erguía sobre un escarpado roquedal que brotaba

del suelo como un monstruo surgido de las profundidades. En su inexpugnable cresta habían hallado los hombres refugio y defensa desde la noche de los tiempos, también cuando los musulmanes echaron a pique el viejo reino godo. Hoy Amaya no era más que piedra desmantelada, pero aquí se hizo fuerte el duque Pedro de Cantabria, suegro de don Pelayo, y aquí el primer rey Alfonso, el Católico, hijo de Pedro y yerno de Pelayo, quiso adelantar la línea de la frontera. Al sur de la Peña se extienden los campos que descienden hasta la gran llanura, y hacia el norte parten los caminos que conducen al mar. El viejo sendero que lleva al Campoo y a Bárcena de Pie de Concha penetra en las montañas cantábricas y con sus bosques y riscos confunde al extranjero. Algún día pasarían nuevamente por aquí caravanas de colonos dispuestos a fundar el mundo sobre la nada, pero, por el momento, el paraje de Amaya solo era un desierto más en el largo camino de vacíos y soledades que cruzaba el espacio entre el Ebro naciente y el inabarcable valle del lejano Duero. Tierra de reconquista.

—¡Cuánto suelo por repoblar! ¡Cuánto trabajo por hacer! —había exclamado Ramiro al volcar sus ojos sobre tantos espacios infinitos.

La mente de Hernán voló a aquel lejano día en que, siendo niño, fue presentado a su padre en el castillo que este gobernaba en Tedeja, al sur de Espinosa. Entonces todo aquello era tierra abierta al peligro, un vigía mudo en el vacío, como hoy esta otra tierra de Amaya. Pero ahora, casi treinta años después, allá las manchas blancas y ocres y grises de las casas campesinas vestían el paisaje como flores heroicas en un inesperado jardín. Del mismo modo —pensaba el de Mena—, estos páramos conocerían pronto la dulzura de las campanas de las iglesias, los cantos de las mujeres en la siega, los mugidos de las reses y las risas de los niños. Y conocerían también, sin duda, los alaridos del dolor y las amarguras de la guerra, como sucede en toda tierra fronteriza, pero una y otra vez los hijos del reino cristiano del norte volverían a plantar sus simientes en los campos arrasados por el fuego. Tal era el designio divino que aquellos hombres obedecían sin desmayo.

—Fíjate en esta Peña —instruía Ramiro a Hernán, señalando con su índice la roca de Amaya—. Desde su cumbre se contempla todo el valle del sur y se vigilan los caminos que entran en las montañas. El día que estemos en condiciones de repoblar este espacio y asegurar su defensa, nada nos impedirá lanzar a nuestras mesnadas hasta las mismísimas aguas del Duero. Y todos estos campos que se abren al sur, amigo mío, serán la despensa de nuestro pueblo.

Ramiro razonaba ya en términos de rey, no de colono. Y Hernán se sorprendió a sí mismo pensando, al contrario, como un campesino clavado en su terruño y no como el guerrero que era.

Entonces llegó el mensaje. Cuando Ramiro vio aparecer al jinete, compuso un banal gesto de fastidio. No deseaba que nadie le importunara en un momento como aquel, a pocas horas de conocer a la que sería su esposa y reina. Despachó a su hijo

Gatón para que atendiera al recién llegado.

—¿Qué se te ofrece, mensajero? —interrogó el joven Gatón al jinete.

—Mensaje de Oviedo para el señor don Ramiro —contestó el interpelado—. ¿Eres tú?

Gatón sacó al mensajero de su error. El cíclope rubio acompañó al hombre hasta su objetivo.

—Este es Ramiro. Mi padre y nuestro rey.

El mensajero descabalgó y puso una rodilla en tierra. Sin abrir la boca, tendió un pergamino. Hernán, una vez más, se adelantó, lo tomó sin perder de vista al enviado y pasó el mensaje al rey.

—Es del obispo Serrano, mi buen amigo —murmuró Ramiro con la ligereza de quien va a leer una carta de felicitación. Pero su semblante cambió de súbito—. ¡Dios nos asista! —Hundió Ramiro las manos en la pelambre de la barba—. ¡Han ocupado el trono! ¡Un usurpador en Oviedo!

El elegido pasó el documento a su lugarteniente. Hernán, precipitado, tomó el mensaje de sus manos. Lo leyó. Cerró los ojos como quien siente que el mundo se disuelve a su alrededor.

Un usurpador ha ocupado el trono. Han matado al viejo general Teudano y al conde Fáfila. Han encarcelado al obispo Gomelo y a Tioda el arquitecto. El usurpador se llama Nepociano. Con él está su esposa Jimena, prima del rey. Muchos señores de Asturias le apoyan. Pretenden formar un ejército contra ti. Te prevengo, Ramiro, en el nombre de Dios Nuestro Señor.

¡Nepociano! ¡Otra vez él! ¡El hombre en cuya casa de Aquitania habían transcurrido los lejanos días de su propia niñez junto a su madre, Creusa de Pravia! Nepociano había sido enemigo de su padre, Zonio. Ahora lo era de él, Hernán. Con la relevante diferencia de que Hernán había comido su pan, bebido su agua, vestido las ropas que él le costeaba. Y sí, muy pronto salió de allí para ser entregado a su padre, y desde entonces hasta hoy había vivido como un guerrero cristiano de fidelidad sin tacha, pero los nuevos acontecimientos venían a enturbiar su espíritu con una mancha tan odiosa como inesperada. ¿Qué decir ahora? ¿Qué decirle a Ramiro?

—Sé quién es ese hombre —resolvió Hernán—. Un conspirador nato que aspira a un entendimiento con Córdoba.

—Ya sé que le conoces —golpeó Ramiro, suspicaz—. ¿Has seguido manteniendo relación con él?

—Puedes jurar que no —respondió el de Mena, molesto—. Estas historias, para mí, son cosas del tiempo de mi padre —zanjó Hernán, sin mentir del todo, para cambiar enseguida el centro de la atención—. Y dime, ¿quién es este obispo Serrano

que tan bien te quiere? ¿Es de fiar?

—Oh, absolutamente —confirmó Ramiro—. Es un mozárabe de Segovia que huyó cuando las últimas persecuciones y encontró cobijo en Oviedo. Ya sabes que Alfonso ha convertido la capital en una especie de refugio para cuantos clérigos quieran abandonar tierra de moros. Yo le conocí en Samos, en cuyo cenobio habitó durante unos meses. Un hombre estricto, de mucha doctrina. Si él me manda una carta así, no puedo dudar de que todo es verdad. ¡Y en qué mal momento!

Las entrañas de Ramiro empezaron a partirse en dos. Por un lado, estaba a pocas leguas de encontrarse con Paterna, la que sería su reina. Por otro, era urgente volver a sus dominios gallegos y preparar un ejército con el que desalojar al usurpador. La mañana era fresca al pie de Amaya, pero Ramiro Bermúdez sudaba, y no era por el calor.

—¡Debí haberte hecho caso, marchar primero a Oviedo y dejar lo de Paterna para más tarde! —aceptó el rey destronado antes de ceñir la corona—. Pero ahora es demasiado tarde para lamentaciones.

—Lo es, sin duda —concedió Hernán—. Es urgente que vuelvas a tus tierras del Édramo y te armes. Pero ¿qué hacemos con Paterna?

Ramiro juntó las palmas de sus manos sobre los labios. Se diría que impetraba el auxilio divino. El rey sin corona podía ser un tipo irreflexivo, pero no era en absoluto un pusilánime. Un brillo de firme determinación se adueñó de sus ojos oscuros.

—¡Tú te encargarás! —ordenó como tocado por una inspiración—. ¡Sí, esto es lo que haremos! ¡Mensajero! —llamó el elegido al jinete—. Vas a volver al norte, pero no irás a Oviedo, sino a mi casa en Galicia. Yendo solo tardarás menos que nosotros. Allí entregarás a mi hijo Ordoño el mensaje que ahora te daré. Yo llegaré pocos días después con mi hijo Gatón y cuarenta de estos hombres que ahora ves aquí. Y tú, Hernán —dijo dirigiéndose al de Mena—, irás a ver a Paterna con diez de los nuestros. Explicarás al viejo Nuño cuál es la situación, recogerás a la dama y tomarás el camino del norte. No quiero que vengáis a Galicia. Nos encontraremos en un lugar seguro. Liébana, por ejemplo.

—Haré lo que ordenes —aceptó Hernán.

—En cuanto al mensaje para mi hijo... Escribe, mensajero, en el dorso de ese mismo pergamino, y grábatelo también en la cabeza; si pierdes el mensaje, al menos la cabeza no la perderás. ¿Sabes escribir? Pues apunta: «Este mensajero me precede. Un usurpador ha tomado el trono de Oviedo. Debes reunir un gran ejército para recuperar lo que es nuestro. Me pondré al frente y marcharé sobre la capital». No hay más. Y que sea lo que Dios quiera. ¡Y corre, por amor de la Virgen! ¡No hay tiempo que perder!

El mensajero salió a escape sobre su fatigado corcel. Ramiro se alejó con su hijo Gatón para explicarle las funestas noticias. No tardarían ni una hora en disponer a la

hueste para desandar lo andado y volver a sus tierras del Édramo. Y la mente de Hernán, que antes había revivido sus primeros días en la Castilla de los colonos, voló ahora a los años tiernos de Aquitania, bajo el dulce abrazo de los ojos azul violeta de su madre... y también bajo la mirada nunca limpia de Nepociano. Hoy, tanto tiempo después, el de Mena tendría que vencer a los fantasmas de su propio pasado.

6 TRIGO EN EL CABELLO

La ruta que conducía de Amaya a Cigüenza era un esquivo laberinto donde se entrecruzaban los viejos caminos romanos con las sendas de los pastores y las trochas labradas por las bestias. Había que vadear el Ebro en sus Hoces y atravesar después una agotadora sucesión de lomas, cerros y páramos, entre moles de piedra toba —como esa que el arquitecto Tioda había hecho llevar a Oviedo en grandes cantidades, por su ligereza— y cursos de agua tan caprichosos y efímeros como el amor de una doncella. Aquí, en este paraje severo de tierra indómita, la primavera todavía no había dicho su nombre. Ralos matorrales y oscuros bosques de dura vegetación delataban la inclemencia de los inviernos en estos pagos. Sobre el cielo, el vuelo majestuoso de los buitres pregonaba las mil tragedias que todos los días escribían los linceos, los lobos y los osos en sus sangrientas batallas por la supervivencia.

Hernán y su hueste, reducida ahora a diez jinetes, franquearon fosas y ríos en un sepulcral silencio solo roto por el jadeo de los caballos. Para quien nunca hubiera cruzado los espacios vacíos de la tierra sin dueño, la atmósfera debía de resultar semejante a la que rodeará a nuestras almas cuando emprendan su último viaje ante el juicio de Dios. El de Mena advertía en los rostros de sus compañeros, guerreros de Asturias acostumbrados a la vida con el prójimo y al combate con el enemigo, el sobrecogimiento que se apodera de quien súbitamente ha de enfrentarse al sonido de la nada. Pero Hernán, hijo de colono, criado en un castillo al borde mismo de los confines del reino, había aprendido a escuchar las voces del vacío y a ver en aquella nada un universo de promesas por realizar.

El horizonte cambiaba al pasar las sierras, a favor de los barrancos que vierten sus aguas en el Nela. Aquí la aspereza del paisaje amainaba y en su lugar aparecían suaves laderas y verdes llanos que reclamaban la mano tierna del hombre. El rumor lejano de los cencerros de las reses anunciaba vida civilizada. Y un poco más adelante, apenas un par de leguas, empezaba a verse la huella de la repoblación: campos limpios y ordenados, cercas y setos, agrestes chozos de pastor, alguna columna de humo y, al fin, la breve silueta, chaparra y ancha, de una rústica iglesia. Habían llegado a Cigüenza.

Aquí era donde el viejo Nuño había plantado su castillo. En torno a él, prados y huertas regados por las aguas del Nela y pastos que ofrecían al ganado alimento inagotable. El castillo de Nuño era una rudimentaria torre apenas almenada, un montón de piedras elevadas a favor de un risco natural y, adosada a él, una espaciosa casa con gruesas vigas de madera. Fosos bien dispuestos y grandes rocas a modo de dientes de dragón convertían aquello en una fortaleza digna de ese nombre. De todos

los castillos que Hernán había visto en la frontera, aquel era probablemente el menos guerrero. Pero en verdad aquel lugar necesitaba poca defensa: las montañas que la hueste acababa de atravesar regalaban a los lugareños refugio seguro en caso de aceifa musulmana. Al sur y al este, la sierra de la Tesla y los montes Obarenes encerraban el valle del Nela en un espacio inexpugnable. Y al fondo del valle, en la puerta natural del desfiladero de la Horadada, un castillo cubría la entrada: el castillo de Tedeja, la fortaleza a la que un caballero de Asturias, treinta años atrás, había consagrado su vida; el castillo levantado por Zonio de Mena, el padre de Hernán.

Un vigía en servicio de anubda corrió hacia la aldea. Los hombres de Hernán le vieron surgir de entre la espesura y partir a toda velocidad. Al poco salió al encuentro de los recién llegados un grupo de jinetes. Venían armados. La casa de Nuño no estaba, pues, tan desprotegida como parecía a primera vista. Hernán dio orden de descabalar. Recibiría a los anfitriones pie a tierra, para demostrar sus intenciones pacíficas. Los de Cigüenza, apenas una docena de hombres de visible aspecto campesino, se mantuvieron en sus monturas y rodearon a la hueste. Traían toscas azagayas, hachas de talar, espadas de pobre factura... Lo suficiente, sin embargo, para hacer daño. El más joven de ellos, un mocetón pecoso de revueltos cabellos negros, interpeló a Hernán en tono amenazante:

—¿Quiénes sois? ¿Qué os trae por aquí?

—Me llamo Hernán de Mena, fiel del rey. Venimos a ver a tu padre, don Nuño de Cigüenza.

—¿Cómo sabes que es mi padre? —repuso el muchacho, desconcertado.

—Cuando en un grupo habla el más joven, es porque otro le da autoridad —contestó Hernán—. Venimos de Galicia, en nombre del rey don Ramiro. Buscamos a tu padre y a tu hermana Paterna.

—Os esperábamos, pero... ¿no viene el rey? —preguntó el mocetón, visiblemente contrariado.

—Venía con nosotros, pero a la altura de Amaya se vio obligado a volver a Galicia. Llévanos ante tu padre y os lo explicaré todo.

El joven quedó pensativo unos segundos. Se rascó la nuca. Luego tendió una mano firme.

—Soy Rodrigo Núñez. El primogénito varón de don Nuño. Paterna es mi hermana mayor. Montad y seguidnos.

La comitiva atravesó los suaves campos de Cigüenza, tendidos sobre amables lomas que iban a recostarse en las aguas del Nela. Aún duraba el sueño del invierno, pero muy pronto el calor y la lluvia iban a despertar a las simientes dormidas bajo la tierra. El viejo Nuño y sus colonos habían construido aquí un auténtico vergel. Apenas habría dos docenas de casas, casi todas agrupadas cerca del río, pero aquella poca gente se las había arreglado para organizar su subsistencia en condiciones

envidiables. Hernán no podía dejar de pensar que, pocas leguas más al sur, el Nela recibía las aguas del Trueba, donde tantas veces se había bañado cuando niño, y que en sus ondas corría la memoria de sus antepasados. Y tampoco podía apartar de su corazón la estampa de sus campos de Brañosera, su pequeño señorío serrano, con sus bosques y sus pastos. Al corazón le venía la voz aún juvenil de su hijo Zonio, que llevaba el nombre de su abuelo y que ahora debía de estar explorando algún punto del cauce del Pisuerga. Y cuando estas ideas le asaltaban, zozobraba ante la duda. ¿Y si Ramiro tuviera razón? ¿Y si en verdad ellos, el rey y él, estaban ya demasiado viejos para estas aventuras?

Don Nuño recibió a la comitiva en el portalón de la exigua empalizada que protegía su casa. Junto a él se hallaba el mensajero que Ramiro, días atrás, había enviado para anunciar su llegada. Los ojos de Nuño, pequeños y vivos, bailaban tratando de buscar algo; se preguntaban dónde estaba el rey. Pronto el baile se convirtió en ceñuda decepción. Hernán descabalgó, solemne.

—Mi señor don Nuño, me llamo Hernán de Mena —dijo el caballero en una sobria reverencia—. El rey don Ramiro, en cuyo nombre vengo, me pide que te presente sus más dolidas disculpas. Asuntos de extraordinaria gravedad le han obligado a regresar a Galicia cuando ya habíamos llegado hasta la Peña Amaya. Y a mí me ha ordenado que recoja a doña Paterna y la proteja en su viaje hasta la capital.

El anciano Nuño de Cigüenza escuchó el parlamento de Hernán plantado en jarras, la mirada ofendida y la boca crispada en un rictus de extraordinaria desazón. Guardó silencio unos segundos sin dulcificar aquel semblante de hombre burlado.

—Esto... Esto... ¡Esto es completamente irregular! —protestó al fin—. Si no fueras hijo de quien eres, pensaría que todo esto es una broma.

—Si me permites unos segundos a solas —se excusó Hernán, que agradeció la alusión a su linaje—, te confiaré los trascendentales sucesos que han forzado la marcha del rey. Nadie merece más que tú conocerlos. Entonces lo comprenderás todo.

Nuño condujo a Hernán hasta el interior del caserón. El joven Rodrigo quiso acompañarles, pero un imperativo ademán de su padre le mantuvo en el umbral, provocando un sonoro bufido por parte del muchacho. Los dos hombres se acomodaron en una sala ancha y oscura, apenas iluminada por un fuego mortecino. Sobre la chimenea, la cabeza sin vida de un lince mostraba sus colmillos en una amenaza superior a la muerte.

Fue así como el de Mena refirió a su huésped el largo viaje desde Galicia, la muerte del rey Alfonso, la turbia maniobra que había llevado al poder al usurpador Nepociano y el obligado retorno de Ramiro, en son de guerra, a sus posesiones gallegas. Nuño musitó una oración y, bajando la cabeza como un hombre derrotado, suspiró:

—Es decir, que ahora soy suegro de un rey sin corona ni corte. Y he empeñado

toda mi fortuna en dotar un matrimonio que quizá nos lleve a la tumba a mi hija y a mí, antes incluso de haberse celebrado. ¡Maldita sea mi suerte!

—No está todo perdido —le tranquilizó Hernán—. Ramiro es hombre de recursos. Su designación ha sido legal y la razón le asiste. Los mejores nombres del reino están con nosotros. Daremos la batalla. Él será rey. Y tu hija, reina.

—¿Cuántos hombres hacen falta? —preguntó súbitamente el viejo.

—¿Cuántos...? ¿Para qué? —repuso Hernán, confundido.

—¡Para qué va a ser! —exclamó Nuño, irritado—. ¡Para sumarlos a la hueste de Ramiro y aniquilar al usurpador! ¡Nadie va a quitar a mi hija la corona de Oviedo!

—Ya hablaremos de eso —rio Hernán, reconfortado por la determinación del anciano colono—. De momento, mis instrucciones son acompañar a Paterna hasta la tierra de Liébana y aguardar allí la llegada del rey. Y para este viaje, en efecto, no me vendría mal contar con jinetes de refuerzo. Los diez caballeros que me acompañan son buenos guerreros, pero es muy posible que tengamos que enfrentarnos a peligros imprevisibles.

—Cuenta con ello, hijo de Zonio —prometió el viejo, fijando la mirada en el lince que adornaba la estancia; el lince que le había matado a un hijo—. Bastará tu nombre para que un centenar de caballeros de los alrededores enarbole la lanza. Nadie ha olvidado aquí quién fue tu padre, Caballero del Jabalí Blanco. Y ahora, sigamos con lo dispuesto. Acompáñame. Te presentaré a mi hija.

Nuño y Hernán se perdieron por una puerta que daba acceso a un recoleto patio interior. Sus corredores, sostenidos por gruesos pilares de madera, recordaban la arquitectura de un claustro monacal. En el centro del patio había un pozo. Y junto al pozo, sentada, absorbiendo los rayos tímidos de un sol todavía tibio, estaba ella. Así conoció Hernán a Paterna. Una mujer que sería para él mucho más que una reina.



El arte de las palomas mensajeras lo aprendieron los árabes de los romanos, y estos de los griegos. Eso le contó a Nepociano el eunuco Nasr Abu el-Fath el día, ya lejano, en que le confió aquellas dos jaulas con unas cuantas palomas bravías.

—Son mucho más eficaces que los mensajeros humanos. Y más discretas —subrayó el eunuco.

El sistema permitió a Nepociano, desterrado en Aquitania, disponer de un sistema de comunicación permanente con Córdoba. Pingües negocios habían florecido en la estela del vuelo de aquellos bichos, y tanto Nasr como Nepociano habían obtenido considerables sumas vendiendo en las tierras del norte de Europa las delicias de oriente. Nasr recibía desde el sur la mercancía —sedas, especias, esclavos— y la libraba a las costas de Aquitania. Allí la acogía diligente Nepociano, que acto seguido la colocaba en las cortes de Aquisgrán, Tolosa, Fráncfort y hasta en la propia Roma,

pagando puntualmente al eunuco su parte. El circuito también funcionaba en sentido inverso, y no pocas veces Nepociano había enviado su material a Córdoba; en particular esclavos de Inglaterra e Irlanda, muy cotizados en Al Ándalus por sus cabellos rojos y por su piel tan blanca, y que el magnate adquiriría a muy buen precio a los navegantes normandos. No hay barreras para el hombre que sabe lo que quiere.

Ahora, inmerso en este nuevo negocio del poder, Nepociano acababa de comunicar a Córdoba, palomas mediante, la inminencia de su éxito. Hacerlo antes habría sido contraproducente: una larga experiencia en las cosas del comercio había enseñado al magnate que, cuando tienes un socio, solo hay que darle las buenas noticias, y guardar las otras para ti. Fue una buena noticia que Alfonso agonizara, fue una buena noticia que los notables del reino se sumaran a su causa y era una noticia excelente el desenlace del golpe de mano en palacio: el trono de Asturias estaba ya en el horno. ¿Cómo no referir tan buena nueva al querido Nasr Abu el-Fath? Así Nepociano había colocado un pequeño rollo de pergamino en la patita del animal. «El palacio es mío. Cuento con el consejo. Procedo ahora a vencer a Ramiro en el campo de batalla». Ese había sido el mensaje. Y no tenía duda de que le vencería, sí, con aquellas aguerridas huestes mercenarias traídas de mil campos de batalla y soberbiamente pagadas con oro de Córdoba y con su propia fortuna personal.

Cuando el animal voló hacia su destino en un aleteo de plumones y heno, Jimena entró en el improvisado palomar instalado en la torre de palacio.

—Sale una paloma y entra otra —comentó Nepociano, adulator.

—La tuya va a Córdoba, pero yo me quedo a tu lado —replicó ella, amorosa—. Dime, ¿de verdad es eunuco?

—¿Quién? ¿Nasr?

—Sí. ¿De verdad le han cortado... eso?

—En efecto. Todo —confirmó el magnate.

—¡Qué espanto! —tembló la mujer—. No sé cómo puedes tratar con esos bárbaros...

—Es cuestión de perspectiva —contemporizó Nepociano—. Nosotros, aquí, vemos a las personas de forma distinta a como ellos las ven allí, en su mundo. Para nosotros, mutilar a un tipo es algo que se hace solo como castigo por algún grave crimen. Pero para ellos, en oriente, la mutilación tiene una función... ¿cómo decir? Una función social. De hecho, este pobre Nasr, con sus... cositas puestas, jamás habría pasado de ser un simple artesano del Arrabal. Por el contrario, ahora, sin eso en su cuerpo, ahí lo tienes: el sujeto más rico de la corte de Abderramán.

Jimena no parecía muy convencida. Atrajo a su marido hacia la mesa de su alcoba, improvisada en una de las plantas altas de palacio. El matrimonio de conspiradores se había instalado en el palacio real intramuros; no habían considerado de buen tono ocupar las dependencias de Alfonso fuera de la ciudad, que, por otra

parte, a Jimena le causaron espanto en cuanto puso el pie en ellas. Alfonso se había construido en torno a su palacete una singular corte de guerreros y monjes inevitablemente viril, marcial, austera, un poco desaliñada, con una severidad que rayaba en la pobreza. Por el contrario, la casa de gobierno del interior de las murallas, de traza sólida y señorial, adornada con un suntuoso solario sobre austeros soportales, enfrente de San Salvador y con la torre del tesoro a su lado, ofrecía un aspecto mucho más acorde con lo que Jimena entendía por ser rey. Ella misma, siendo muy niña, había vivido allí, cuando fue entregada al rey Fruela. La dama apenas recordaba nada de aquel tiempo, pero el retorno a la regia casa despertaba en su ánimo una intensa sensación de triunfo, de victoria, y también de círculo que se cierra, de vida extraviada que finalmente encuentra su justo camino. Nepociano no pudo estar más de acuerdo en la elección. Bajo ningún concepto quería estar demasiado lejos de las murallas y de las catedrales, basílicas y monasterios que en su interior se alzaban, y donde el viejo magnate, ahora regente del reino, veía un turbio nido de potenciales conspiradores.

La dama de rojos cabellos y ojos como de mar en invierno se colgó del brazo de su esposo y lo condujo hasta el triclinio improvisado junto a su cámara. Les esperaba un singular desayuno a base de confitura de grosellas negras, infusiones de plantas medicinales, hongos de misterioso cultivo y otras delicias de herboristería con las que Jimena exploraba el secreto de la eterna juventud.

—He estado pensando —comentó Nepociano mientras atacaba una suerte de paté con aceite y ajo—. Ha sido una lástima lo de Teudano y Fáfila. No tenían por qué morir. Pero ya te advertí de los riesgos.

—Fue lamentable, sí —confirmó Jimena con aire luctuoso—. Y es un pésimo augurio. La sangre solo puede lavarse con sangre.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó el magnate con aire desamparado.

—Lo hecho, hecho está —sentenció la mujer—. Me preocupa mucho más el obispo Gomelo. Los muertos no pueden hablar, pero ese obispo... ¿Dónde lo has metido?

—En el monasterio de Ablaña, un pequeño cenobio algunas leguas al sur.

—Ah, sí —deslizó ella, con fastidio—. Las viejas posesiones de tu antigua esposa.

Nepociano y Jimena llevaban juntos más de veinte años, pero ella seguía evocando con amargura la pretérita existencia de otra mujer. Nepociano prefirió eludir el obstáculo.

—Allí está en lugar seguro. Ni él puede salir ni nadie puede entrar —garantizó el magnate—. También Tioda está neutralizado, confinado en su casa y con una feroz escolta de mis guerreros de túnica verde. Y el buen Escipio ha colocado guardia doble en las puertas de las murallas de Oviedo: la Rutilante, la de Sansón y la de

Santa María, y también en las salidas de la Noceda y la Viña. No hay de qué preocuparse.

—Bien. Ahora tenemos otro problema —planteó la dama—. Aquel patricio que habló en la sesión de la otra tarde tenía razón: no hay hombres de Iglesia en tu séquito. Y necesitamos uno.

—Estás en lo cierto —aceptó el regente—. Había pensado en el obispo Serrano, ese amigo de Ramiro que compareció en nuestra casa para leernos aquel mensaje provocador. Le he hecho buscar por todas partes, pero no está. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¡El pobre debe de estar escondido en algún agujero, muerto de miedo y esperando lo peor! —rió Jimena—. ¿Crees que es de fiar?

—Al menos parecía lo suficientemente seducido por el poder como para comparecer ante nosotros —retrató Nepociano—. ¿Tú viste en él otra cosa?

—Vi mucha ambición en su mirada —completó la mujer—. Es el tipo de hombre que se siente llamado a altos destinos y transigirá con lo que sea para alcanzarlos.

—Si es cuestión de dinero... —apuntó el magnate.

—No, no —refutó ella—. Si fuera simplemente por sed de oro, Serrano se habría quedado en Segovia dejándose mimar por los gobernadores del emir y traicionando a sus fieles, como han hecho tantos otros. No, este hombre quiere otra cosa; este quiere una mitra y un báculo, y sentarse junto al trono para estar más cerca de Dios. ¿Por qué no le haces obispo de Oviedo? Él te deberá un favor y tú tendrás a tu lado al hombre de Iglesia que necesitas.

Nepociano acarició con una mano tímida los pómulos altos y huesudos de su amada. Jimena tenía siempre las soluciones más simples para los problemas más complejos.

—¿Y si rehúsa? —preguntó él, dubitativo.

—Bastará con recordarle la suerte de Fáfila y Teudano —respondió la dama, despiadada—. Ahora eres tú quien tiene la sartén por el mango. No puede haber tregua.

—¡A propósito de eso! ¿Te importaría —sugirió el magnate— acompañarme mientras paso revista a las tropas? El buen Escipio ha preparado un pequeño espectáculo para la nobleza local: una exhibición de poder en una campa cercana, camino de la Foncalada. El ejército de Jimena y Nepociano, más fuerte y numeroso que el de ningún rey anterior. Creo que será bueno que los patricios de la ciudad te vean en todo tu esplendor, con tus mejores galas y la gema regia sobre tu pecho. Que se vea que estamos juntos en esto.

—En esto y en todo, mi bien —silabeó despaciosamente la dama.

—Así sea.

Y juntos salieron de palacio para, flanqueados por regia escolta, cabalgar hasta los

campos de la Foncalada.

Lo que Escipio había preparado tenía todo el aspecto de un alarde al mejor estilo romano. Nunca se había visto en Asturias nada igual: más de un millar de hombres con la misma túnica verde bajo bruñidas corazas y, en la mano, lanzas cuyo brillo parecía de plata. El conde Escipio dispuso a la hueste en cuadro, con una geometría compacta que admiraba y al mismo tiempo causaba temor. Grandes pendones y estandartes de vivo color verde ondeaban al viento sobre las cabezas de la tropa. Alrededor del cuadro, una abigarrada muchedumbre de paisanos se congregaba atraída por el colorido de la función. Cuando Jimena y Nepociano aparecieron, a caballo, frente a la masa armada, todas aquellas lanzas resplandecientes y todos aquellos pendones y estandartes se agitaron con un movimiento violento y único, mientras las gargantas de la mesnada proferían vivas al hombre que les llenaba la bolsa. Nepociano, majestuoso en un caballo blanco como la nieve, se paseaba altanero ante la primera línea y levantaba la mano derecha con un ademán más abacial que guerrero.

Corsarios de las costas de Berbería, desertores de las armas carolingias, vikingos fugados de algún barco normando, salvajes pastores del Pirineo, facinerosos en busca de dinero fácil o fugitivos de cualquier parte de Al Ándalus. Con ese material había construido Nepociano su propio ejército. Lotario de Fráncfort, Alí Husein, Gautier de Carcasona, Ragnar Haraldson, Sancho Jimeno... Los nombres de sus capitanes cantaban a los cuatro vientos la heteróclita composición de la hueste mercenaria. Ni siquiera faltaba un capellán: Vidal de Lombardía, un abad relapso, obeso y borrachín, que había encontrado en esta caótica asamblea una grey digna de su magisterio. Toda aquella gente se entendía en un latín degenerado que apestaba a vinazo rancio y a casa de lenocinio, pero que bastaba para que las órdenes se cumplieran. El noble Escipio, conde de palacio, terrateniente acomodado, carecía de experiencia militar, pero, a cambio, conocía bien todos los secretos del arte de la ganadería. Y así, como a ganado bien alimentado, pastoreaba desde algunas semanas atrás a la aguerrida hueste que Nepociano había puesto en sus manos.

Más grueso de lo conveniente sobre un caballo más rústico de lo deseable, Escipio avanzó hacia su señor.

—Helos aquí, noble Nepociano: tu ejército —saludó solemne.

—El ejército de la regencia de Oviedo —rectificó Nepociano—. El ejército que traerá la paz al reino. Bravo, buen Escipio. Dan miedo, que es de lo que se trata. Pero ¿dónde están los demás? Aquí solo hay una pequeña parte de la tropa. ¿Y dónde paran las huestes de los señores locales?

—Cumpliendo otras funciones —respondió afanoso el improvisado general—. Tengo una mesnada cerca de Ablaña, en el camino del sur. Tengo otra hacia Gozón, cubriendo el oeste. Una tercera está en el camino de Santillana. Y otra la he repartido

en las casas de los miembros del consejo. Para asegurar su protección, naturalmente.

Nepociano intercambió una sonrisa cómplice con su lugarteniente. Aparecieron entonces Piniolo, Alvito y Aldroito, espada en mano, la túnica verde bajo los petos de cuero, a modo de tribunos de aquella estrafalaria legión.

—Te saludamos, Nepociano, nuestro señor —jadeó Piniolo—. Nosotros y nuestras huestes estamos a tus órdenes.

—Gracias, noble amigo. Alarguemos un poco más este momento —secreteó el magnate con sus fieles—. Que las gentes de Oviedo perciban sin género alguno de duda el poder de nuestras armas. Después, tocará hablar con los miembros del consejo para escribir el acto final.

—¿Quieres que vayamos a buscarlos? —preguntó diligente el noble Alvito.

—No, no —negó Nepociano—. Nada de asambleas. Los veré uno a uno. Con los condes y con los obispos pasa como con los relámpagos: uno a uno son admirables y hasta hermosos, pero todos juntos solo traen calamidad. ¿Dices, Escipio, que están bien custodiados en sus casas?

—Así es, mi señor.

—Bien. No se sentirán presos —razonó el magnate—. O sí. Pero en realidad no son presos de nuestra hueste, sino de su propia presencia en la muerte de Fáfila y Teudano. Que vengan uno detrás de otro. Que una cuadrilla de los nuestros escolte a cada cual desde su casa a palacio y luego de vuelta a su casa. Ya solo falta...

Nepociano miró a Jimena, que permanecía detrás, a prudente distancia, hermosa como un hada que cabalgara un unicornio. Era urgente resolver ese asunto del obispo.

—¿Alguien sabe dónde está el obispo Serrano?

El séquito del magnate cruzó miradas de incertidumbre.

—¡Escondido en algún agujero! —rio Piniolo, secundado a coro por los demás.

—¡Encontrádmelo! ¡Quiero verle! —ordenó Nepociano, insensible a las chirigotas.

Y levantando una vez más las manos ante su devoto ejército, y repitiendo después el gesto ante el pueblo que, pasmado, miraba el espectáculo, el regente tomó el camino de regreso a palacio. A aquella partida le quedaban muchos movimientos por jugar.



El eunuco Nasr Abu el-Fath recibió al general Walid con una cortés inclinación de su cabeza redonda y calva. El general devolvió la reverencia llevándose la mano al pecho, pero no dobló la espalda.

—Te saludo, eunuco —habló Walid, desabrido—. Me has mandado llamar y aquí estoy.

Nasr miró largamente en silencio a su invitado. No era frecuente que el general

pisara las dependencias privadas del alcázar. Pero el eunuco había querido recibirle aquí, en su despacho del palacio, para dejar claro que él, Nasr, estaba por encima de su invitado. Todo político sabe que a los militares conviene dejarles muy claras las jerarquías. Incluso si el soldado era un antiguo esclavo, como en este caso.

Walid era lo que en Córdoba se llamaba un «eslavo», es decir, uno de esos guerreros francos, sajones, normandos, germanos o propiamente eslavos que habían pagado con la esclavitud el error de no morir en el combate. Como los emires de Al Ándalus no se fiaban de sus aliados bereberes, de sus mercenarios magrebíes ni de sus paisanos árabes, y menos aún de la población local, pronto decidieron formar su guardia personal con guerreros traídos de muy lejos, ya se tratara de mamelucos egipcios o de esclavos europeos. Abderramán II había mostrado una patente inclinación a comprar esclavos para este cometido, porque ofrecían una ventaja suplementaria: sus lenguas eran incomprensibles, de manera que jamás podrían intimar con las gentes de Córdoba.

Así había llegado Walid al emirato: un guerrero picto de Escocia atrapado por los vikingos veinte años atrás, cuando apenas había dejado de ser un niño, y vendido como esclavo en los mercados del sur de Francia. Un mercader judío lo adquirió, lo cebó y, cuando estuvo recuperado, lo vendió a su vez —y fue un buen negocio— a los esclavistas musulmanes que buscaban reclutas para los ejércitos del emir. Lo metieron en la sentina de una galera junto a otro centenar de desdichados y, al cabo de unas semanas de pesadilla en la mar, apareció en Algeciras. La cuerda de cautivos fue llevada a un rústico cuartel donde cada cual, bajo los golpes del látigo y al ritmo de unas voces que ninguno entendía, debía demostrar su aptitud para las armas. Otra semana de tormento, sed, hambre, sangre y dolor. Algunos murieron. Cuando concluyó aquel suplicio, la cuerda de esclavos, siempre encadenada, fue conducida a Córdoba. Aquí comenzó su nueva vida. Le quitaron las cadenas, le dieron buenas ropas y buenas armas, y lo enviaron a luchar.

Walid estuvo en la guerra del emir Abderramán contra su tío Abdalá. Brilló después en la campaña de la *kora* de Tudmir: luchó en la batalla de Lorca y en la destrucción de Eio, aquella carnicería, y en la fundación de Murcia. Aquí dejó de ser Oenagan, que tal era su nombre de pila, para convertirse en Walid, que significa «recién nacido». Aprendió el árabe y se convirtió al islam. Vinieron más campañas y más ascensos: Osona, Barcelona, Gerona... Por méritos de guerra pudo comprar su libertad. Tras quince años de combates, él era el único superviviente de aquella cuerda de cautivos que un lejano día llegó de Francia. El emir le hizo general. Ahora era el jefe de la guardia eslava de Abderramán.

—Te he mandado llamar porque necesito estudiar contigo los detalles de la expedición del príncipe Mohamed —explicó el eunuco Nasr—. Es una operación delicada que requiere mucha atención.

A pesar de sus lujosas ropas de general, Walid olía a caballo o, más bien, a cuadra. Su rostro era un paisaje calcinado de arrugas y cicatrices. Los cabellos rojos, ralos ya en las sienes y la frente, salían disparados como llamaradas sobre las orejas, y la barba desmañada presentaba el aspecto de un campo en barbecho. El eslavo abrió una boca enferma, bien visibles los huecos de tres dientes fugitivos, y escupió:

—El emir en persona me ha confiado la seguridad del heredero y también la de Yahya el alfaquí. No sé qué tengo que hablar contigo, eunuco —espetó el guerrero con la jactancia de quien ha perdido el miedo a la muerte, de tanto intimar con ella.

Nasr respiró profundamente. No soportaba bien las impertinencias. Sin embargo, necesitaba ganarse la confianza de Walid.

—Tienes que hablar conmigo —razonó pausadamente el eunuco— porque Mohamed es un jovencito inexperto y mi buen amigo Yahya no tiene la menor idea de campañas militares. Si tú tienes instrucciones directas del emir, yo también las tengo. Y a mí se me ha ordenado que controle hasta el último detalle de una expedición que, por si te interesa saberlo, yo mismo he desaconsejado.

Walid observó al eunuco con una mueca atravesada, tal vez una sonrisa. Era probablemente la única persona en Córdoba que no temía a Nasr. Ni a él, ni a nadie más que al emir. Pero el eunuco tenía razón.

—Me interesa, sí —contestó el general—. Y por si te interesa a ti, has de saber que yo también he desaconsejado esa campaña.

—¿Cuáles son tus razones? —preguntó Nasr en tono neutro, como el escriba que se limita a tomar nota.

—No me fío de Mohamed. Es demasiado... joven —explicó Walid—. Tampoco me fío de Yahya. Esos alfaquíes sueñan todos los días con la guerra santa, pero los que sangran son otros, nunca ellos. No me fío de los bereberes que han de unirse a nosotros en Toledo. Esos chacales mauritanos solo valen para la violación y el saqueo; son tan implacables en la victoria como ingobernables en la retirada, y aún no les he visto ni una sola vez moverse con cabeza cuando las cosas vienen mal dadas. Y para terminar, no me fío tampoco de los cristianos del norte.

—Pero los cristianos están en guerra civil —opuso Nasr con una mirada ambigua—. Tendrán sus tropas empeñadas en sus propias querellas, ¿no crees?

—Ese es el problema —refutó el eslavo—. Todo el reino cristiano del norte debe de ser en este momento una turbamulta de huestes armadas que van de un lado para otro. Nada más fácil que toparse con una de ellas en cuanto pongamos el pie en la frontera. Y no es eso lo que quiere el emir.

El eunuco obsequió al general con una sonrisa distante. Todo lo que había dicho era verdad. Y sin embargo, la campaña debía hacerse.

—Mohamed me insiste en preparar las cosas de tal manera —reveló el eunuco— que cualquiera diría que se propone entrar en territorio cristiano por las montañas del

Bierzo. A mí me parece que eso es una auténtica locura.

—Yo creo lo mismo —confirmó Walid—. Una campaña de ese género necesitaría más hombres de los que llevamos.

—General, con sinceridad —rogó Nasr—. ¿Qué intenciones crees que alberga el príncipe?

El eslavo miró al eunuco con desconfianza. Sus largos años de servicio en Córdoba le habían enseñado a temer a quienes piden sinceridad. Pero, por otro lado, la supervivencia de la expedición dependía del eunuco, que como intendente debía autorizar y revisar armamentos y víveres. Más valía hablar con la verdad.

—No es la primera vez que me encuentro en una campaña con un objetivo determinado, y sobre la marcha el jefe cambia de objetivo según un plan secreto concebido de antemano.

Nasr se acarició la calva cabeza. No se le había ocurrido ese giro. «Hay algo que se nos escapa», le había dicho él mismo a la bella Tarub. ¿Era ese el misterio? ¿Abderramán había confiado a Mohamed una misión secreta, tan reservada que ni siquiera él, el eunuco, el propio intendente de la campaña, podía conocer su naturaleza?

—Eso explicaría por qué el emir nos hace creer una cosa y Mohamed, sin embargo, se comporta como si fuera a hacer otra distinta —propuso el eunuco.

—El viejo quiere enseñar bien al chiquitín —comentó Walid con cierto aire de desprecio—. Nosotros somos alfiles y peones. Ellos se quedan la parte del rey. Así es la vida. Siempre.

La mente del eunuco Nasr Abu el-Fath, acostumbrada a desentrañar a toda velocidad las más enrevesadas combinaciones, trataba de hallar una solución para aquel misterio. No podía confiar en Walid, pero le necesitaba para hacer su propio juego. El contenido exacto de la misión de Mohamed —se repetía una y otra vez el eunuco, para mantener claro el norte— era lo de menos; el verdadero objetivo era buscar la forma más eficaz de desprestigiar al heredero. Nasr decidió explorar un poco más los sentimientos de su interlocutor.

—Pensemos —invitó el eunuco al general—. Tú, Walid, has dirigido ya muchas campañas. Y conoces bien las peticiones de Mohamed, que son desorbitadas —agregó Nasr mostrando un pergamino lleno de anotaciones—. Con toda esta comanda de víveres y pertrechos, ¿qué tipo de campaña podrías acometer?

Walid miró detenidamente la lista. Sus ojos claros iban abriéndose cada vez más a medida que leía las peticiones de Mohamed: eran todavía más cuantiosas de lo que el propio heredero le había confiado. Se rascó ruidosamente la barba. Chasqueó la lengua un par de veces en la boca desdentada.

—Con todo esto que hay aquí —dijo al fin—, y con los hombres que nos han asignado para esta aceifa, yo podría marchar hasta Galicia, demorarme un mes y

volver sin haber consumido todos los víveres. ¿De verdad el pequeñín te ha pedido todo esto? ¡Inepto! —escupió el esclavo.

Nasr volvió el rostro hacia el general con una expresión de asombro infinito. Nunca había oído a nadie insultar al heredero con semejante desenvoltura. Si los planes de Tarub y el eunuco salían adelante y Mohamed quedaba a los pies de los caballos, el general Walid no sería de los que derramaran lágrimas por el joven príncipe. Pero había que ser prudente. «Saberlo todo de todos y que nadie sepa qué pasa por tu corazón», se repetía el eunuco. Convenía mostrar indignación por la osadía del general.

—¡Esclavo! —amonestó Nasr—. Cuida tu lengua. ¡No serías el primer general al que Abderramán hace crucificar cabeza abajo!

Walid abrió mucho la boca sin dientes, y esta vez sí que era una sonrisa lo que se dibujaba en aquel páramo quemado por el sol y la sangre.

—¡No, bien lo sé! —rio el esclavo—. La diferencia es que esos señores temían morir, mientras que yo ya he muerto dos veces. Murió el pequeño muchacho pinto que yo era cuando me trajeron a estas tierras, y murió el guerrero esclavo cuando compré mi libertad. Si ahora he de morir una tercera vez, y si esta ha de ser la definitiva, déjame elegir el cómo y el cuándo, eunuco. Y no me apetece hacerlo por la imprevisión o por la ambición de un muchacho sin conocimiento.

Nasr volvió a mirar al general, impresionado por su desparpajo.

—Tú misión es proteger a Mohamed —insistió el eunuco.

—No —corrigió el esclavo—. Mi misión es que el ejército, Mohamed incluido, regrese a Córdoba con el menor número posible de bajas y con el mayor botín que podamos recoger. Y eso es muy difícil cuando uno no sabe qué terreno va a pisar. ¡Entenderás que este asunto me incomode!

—¿Y la misión de Mohamed? —deslizó sibilinamente el eunuco.

—Eso es lo que me gustaría saber, porque te aseguro —apuntilló el general— que aquí alguien nos está engañando.

El eunuco y el general permanecían en pie, inmóviles sobre los mármoles que vestían el suntuoso despacho. Nasr rompió la escena caminando lentamente hacia su silla. Sabía que así daba la espalda al esclavo; sabía que así le incomodaría. Se dejó caer en el asiento ahogando un bufido. Miró al esclavo con insistencia; un brillo violento bailaba en los ojos del eunuco. Ni siquiera un tipo tan rocoso como Walid pudo evitar un estremecimiento de alarma.

—Te diré lo que haremos —habló al fin Nasr, y sus palabras no eran consejos, sino órdenes—. Acompañarás a Mohamed y a Yahya según lo previsto. No harás más preguntas. Llevarás contigo una jaula de palomas mensajeras que yo mismo incluiré en la impedimenta, aunque el príncipe no la ha pedido. Cada novedad que consideres significativa, me la comunicarás por ese medio. De esta manera yo sabré en todo

instante dónde está la expedición y qué se propone Mohamed. Y si algo ocurriera que hiciera preciso enviar ayuda, la tendrás al instante. Tú tendrás éxito en la misión de escoltar a Mohamed. Yo tendré éxito en la misión de que esta campaña salga con bien. Y todos contentos. ¿Estás de acuerdo?

Walid se tomó unos segundos antes de contestar. Miraba al eunuco como tratando de descubrir alguna trampa. No la halló.

—Estoy de acuerdo. Te informaré de todo y tú podrás controlar desde aquí nuestros movimientos. Me parece un buen plan.

El eslavo no dijo más. Volvió a llevarse la mano al pecho, dio media vuelta y se marchó por donde había venido. Nasr no pudo evitar una sensación de simpatía hacia aquel hombre que, como Tarub o como el propio eunuco, había sabido salir del estercolero de la vida para auparse a lo más alto. Y Walid tampoco podía evitar un sentimiento de admiración hacia ese sujeto que sin pene ni testículos, sin vigor físico y sin saber manejar la espada, podía sin embargo dar forma a las fuerzas subterráneas que mueven a los hombres y a sus ejércitos.



Trigo en el cabello, miel en los ojos, vino en los labios, leche en la piel. Una extraña cuerda ya olvidada vibró en el interior de Hernán cuando le fue presentada aquella mujer.

Hacía mucho tiempo que el veterano caballero no experimentaba nada semejante al amor. Quedaban muy atrás los años de su matrimonio con Atilia, la dama tolosana que, en su mocedad, le había sido entregada como esposa en recompensa por sus servicios a la corona. Atilia venía de las tierras de los francos. Las nupcias de la dama y el caballero no fueron sino uno más de los numerosos lazos que en aquel tiempo vincularon al reino de Asturias con el imperio carolingio, como las propias nupcias del rey Alfonso con Bertinalda. Matrimonios de estado. Pero Atilia era una mujer dulce y hermosa, y Hernán estaba dispuesto a ser un marido devoto, de manera que aquella unión fructificó en un amor sincero del que brotaron tres hijos. Después Atilia murió. El caballero quedó viudo. Hernán se propuso firmemente no amar a ninguna otra mujer y había sido fiel a su palabra durante diez largos años. Después, todo fue guerra. Llegó un momento en el que Hernán, buscando siempre el combate para huir de sus propios recuerdos, ya solo encontraba paz en la vida de campaña, en las noches al raso, en la espada hundida en vientres enemigos, en las largas cabalgadas por estepas vacías o en las agotadoras marchas por riscos de hielos perpetuos. El dolor de la guerra había ayudado a enterrar el aliento del amor. Por eso, algo igualmente doloroso se despertaba ahora en sus entrañas ante la visión de la mujer más hermosa que Dios había puesto nunca ante sus ojos.

¿Hermosa? En fin... Paterna no era exactamente una mujer hermosa. Tampoco

era fea, pero su rostro no entraba en el molde que los hombres dibujan en sus sueños. Tenía la nariz un poco demasiado larga. La boca un poco demasiado grande. Los pómulos un poco demasiado altos. La mandíbula un poco demasiado recia. Las cejas, finas y rectas como dos dagas. El dibujo de los ojos, un poco demasiado inclinado, como si una especie de fuerza telúrica empujara hacia la tierra el pliegue sobre los párpados. La arquitectura de su rostro era más militar que doméstica. Se sostenía sobre un cuerpo alto y esbelto y flexible, como el de un ciervo, impresión subrayada por la larga túnica parda bien ceñida al talle. Pero, sobre todo, miraba como si todos los secretos del universo se hallaran ocultos tras aquellos ojos... del color de la miel.

«No parece un guerrero. —Es lo que pensó Paterna cuando ese tipo entró en el patio de la casa, acompañado por el viejo don Nuño—. Demasiado aseado. Tampoco parece un rey. Pero no es feo».

—¿Mi señor don Ramiro? —preguntó Paterna, inclinándose levemente y dejando que su trenza, trigo en el cabello, acariciara el suelo. El caballero se apresuró a sacarla de su error.

—No. Hernán de Mena, señor de Pamporquero, en Brañosera, para serviros —declamó, poniendo en el trance toda la ceremonia de la que fue capaz—. Vengo en nombre del rey don Ramiro, vuestro prometido, para protegeros y llevaros a lugar seguro hasta que se calmen las cosas en el reino.

—¿Y el rey? —dudó la dama, decepcionada por la ausencia.

—En guerra, mi señora. Vuestro padre sabe, porque así se lo he referido, que estábamos ya en Amaya cuando ha tenido que volver a Galicia. Graves sucesos ocurren en el reino.

Paterna miró a Hernán de arriba abajo. «Curioso escudo, ese del jabalí. ¡Un jabalí! Ya no es un niño, este caballero. Peina canas. Dentro de poco parecerá mi padre. ¡Y esos modales! ¿Dónde los habrá aprendido?».

—Mis instrucciones, mi señora —continuó Hernán—, son llevaros hasta un monasterio amigo cuya identidad aún no os puedo revelar. Nos escoltarán los diez hombres que traigo, todos caballeros de confianza plena, así como las lanzas que vuestro noble padre tendrá a bien añadir.

«Decididamente relamido —pensó Paterna—. Pero, claro, está hablado con una reina. ¿A partir de ahora todo el mundo me tratará así?».

—Ignoro si habíais preparado equipaje para el trayecto —prosiguió el de Mena—. Si es así, tened en cuenta que ahora las circunstancias cambian y tal vez haya que pensar en viajar con la mayor ligereza posible.

Paterna miró al caballero una vez más. Hasta el momento, Hernán apenas había osado levantar los ojos. Cuando lo hizo, fue para perderse en la trenza de trigo que coronaba el cuerpo atlético de aquella dama. Paterna reparó en el extraño azul de los ojos de Hernán, casi violetas, un detalle sorprendente en un señor de...

¿Pamporquero? «Curioso nombre —pensó la mujer—. Tan curioso como el jabalí que lleva en el pecho».

—Mi equipaje siempre es ligero —habló al fin Paterna. Tenía una voz fina, pero endurecida por un timbre decidido—. No os causará problema alguno. Y si la voluntad del rey, mi señor, es que aguardemos en lugar seguro, no cabe sino acatarla de buen grado. Ahora bien, la ausencia del rey me alarma y me desconcierta —objetó enseguida la dama—. Tanto vos como vuestro señor don Ramiro debéis ser conscientes de que mi predisposición a este matrimonio queda afectada por un suceso tan... irregular.

—¿Cómo de afectada? —preguntó Hernán, perplejo, después de unos segundos de asombrado silencio.

—No firmaré el contrato de esponsales hasta hallarme en presencia de don Ramiro. Y solo lo haré si efectivamente es rey —declaró firme la mujer.

—¡Paterna! —exclamó don Nuño, estupefacto.

—Padre —interrumpió Paterna con palabras serenas—, soy una mujer adulta, señora de mis propias tierras, legadas por mi difunto esposo, y por tanto con patrimonio personal. No arriesgaré ese patrimonio en un lance de resultado incierto. He aceptado el matrimonio con Ramiro Bermúdez bajo la condición de que será rey. Lo hago por ti, padre, y por nuestras tierras y por el reino. Pero si Ramiro no es rey...

No hizo falta que Paterna dijera más. Don Nuño miró a su hija como si algún demonio le estuviera arrancando el estómago a mordiscos. Hernán tuvo que hacer un esfuerzo para enterrar la sonrisa de admiración que afloraba a sus labios. Paterna permanecía inmóvil, altanera, el mentón elevado y las manos serenamente recogidas sobre el regazo.

«No es un lacayo —pensaba la dama—. Si lo fuera, habría reaccionado de otra manera a estas palabras. ¡Y mi pobre padre...! ¡Qué disgusto! Pero si piensan que me van a convertir en reina viuda antes de casarme, se equivocan. No habrá más remedio que partir en busca de ese rey loco, pero será con mis condiciones».

—Estoy seguro —rompió Hernán el hielo— de que podremos debatir todas estas cosas con calma hasta encontrar una solución satisfactoria.

—Yo también estoy segura —confirmó Paterna, aún glacial.

Hernán respondió con una reverencia. Don Nuño, pasado el susto, miró a su hija con un eco admirativo. Sería una gran reina, estaba convencido.

—Esta noche cenaremos en familia. Don Hernán —dijo Nuño al de Mena—, por supuesto que estáis invitado.

—Es un honor que no merezco —respondió el caballero, solemne.

—Y mañana partiréis —sentenció el viejo.

—... Si todo queda conforme —matizó la mujer.

Paterna abandonó el patio con una breve reverencia y tras ella iba dejando una

estela de majestad. Trigo en el cabello, miel en los ojos, vino en los labios, leche en la piel.



Dos monjes de humilde figura cruzaron con pasos quedos el umbral del monasterio de Ablaña, casi cuatro leguas al sur de Oviedo, a orillas del río Caudal. La noche empezaba a caer entre un manto de bruma que asperjaba gotas de agua en las duras hojas de los setos. Junto al cenobio, adosado a sus muros, se alzaba, o quizá se hundía, una destartalada chabola de gastada madera con trazas de cuadra o almacén. Los monjes, oculto el rostro bajo las caperuzas, abrieron un desvencijado portalón. A la mortuoria luz de un candil penetraron en el interior. Tres, cuatro, cinco, seis pasos. Allí, en el suelo, una trampilla, y sobre la trampilla una argolla. Uno de los monjes iluminaba; el otro tiraba de la gruesa anilla manchada de orín. La trampilla, al abrirse, dejó escapar un rayo de luz que anunciaba vida subterránea. Una voz resonó en el sótano:

—¿Quién va? ¿Traéis el libro que os he pedido?

El obispo Gomelo se había acomodado, mal que bien, entre un catre de heno, un banco corrido, una mesa precaria y un taburete cojo. Junto a las paredes negras de moho se amontonaban caóticamente libros y legajos de toda condición. Los ratones patrullaban impertérritos por el suelo húmedo de la estancia.

—¡Bajad! ¡Bajad! —seguía voceando el obispo preso—. Si no fuera por la falta de sol y por la humedad, este antro sería el paraíso de un anacoreta.

Los dos monjes descendieron por la frágil escalera que conducía a la bodega.

—El Señor esté contigo —musitó uno de ellos con un timbre que a Gomelo le resultó extrañamente familiar.

—Y con tu espíritu —respondió Gomelo, intrigado.

Los monjes se desprendieron de la capucha que ocultaba su rostro. Bajo una de ellas apareció la nariz grande y aplastada del obispo Serrano.

—¡Serrano! —exclamó Gomelo—. ¡Por todos los santos! ¡Te creía fugado! ¡O aún peor: muerto!

—¡Gomelo, maestro, amigo mío! —se precipitó Serrano en los brazos de su protector—. ¡Gracias a Dios!

—Dime, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué está pasando ahí fuera? Sabrás lo de Nepociano, supongo... ¡La desgracia se ha abatido sobre el reino!

Serrano y el otro monje tomaron asiento en el banco adosado a la pared. El obispo mozárabe miraba al suelo, como buscando las palabras entre los ratones que correteaban por el heno.

—Hay algo que debo confesarte —dijo al fin Serrano—. Fui yo quien puso a Nepociano sobre aviso de los movimientos de Ramiro.

—¡Tú! —exclamó Gomelo—. ¿Has perdido el juicio?

—Fue involuntariamente, por supuesto —puntualizó Serrano—. El conde Escipio me condujo ante ese caballero y yo ignoraba entonces de quién se trataba. Por otro lado, no creí que aquella reunión fuera tan importante. El hecho es que allí referí detalles sobre el mensaje que el propio Ramiro me envió. Y así Nepociano supo cuándo debía actuar.

—¡Por vida de todos los santos!

—Lo peor es que Ramiro, como sabes, es amigo mío. Me protegió en Samos como tú lo has hecho en Oviedo. De manera que ahora debo encontrar un modo de rectificar mi torpeza.

—Incalificable torpeza, añadiría yo...

—Incalificable, sí —reconoció Serrano.

—¿Y cuándo te diste cuenta de lo que estaba pasando? —inquirió Gomelo, suspicaz.

—Cuando Escipio nos condujo a todos al palacio. La ausencia de la guardia me alarmó. Y entonces entendí que aquello era una encerrona.

—Y huiste dejándome solo... —reprochó el viejo obispo de Oviedo.

—Como Pedro a Jesús ante el sanedrín, sí —confirmó Serrano—. *Mea culpa*. Incalificable...

—¿Sabes que de aquel encuentro salieron muertos el venerable Teudano y el noble Fáfila?

—¡Jesús, María y José! No, no lo sabía.

—Al menos has llegado ahora hasta aquí. Y dime, ¿por qué sabías que estaba en Ablaña? ¿Te lo dijeron tus amigos Escipio y Nepociano? —preguntó Gomelo, con la sospecha aún viva en sus ojos cansados.

—¡No, Gomelo, por Dios! De hecho, no he vuelto a ver a esos señores desde aquel infausto día. ¡Me andan buscando, ignoro para qué!

—¿Entonces...?

—Entonces —explicó Serrano— recordé aquella historia que me contaste sobre el día, tantos años atrás, en que un magnate secuestró al rey Alfonso. Recordé que ese magnate se llamaba... ¡Nepociano! Y recordé, según tus propias palabras, que el traidor encerró al rey en el monasterio de Ablaña. No era difícil conjeturar que contigo haría lo mismo. Al menos, había una posibilidad. Resulta que precisamente a estos muros había venido a parar uno de mis hermanos de Segovia, este buen fray Martín que aquí me acompaña. El resto fue tirar del hilo.

El tal fray Martín compuso una humilde sonrisa mientras bajaba la mirada, como azorado por su participación en el lance.

—Y has encontrado la madeja, querido amigo Serrano.

—Te he encontrado a ti, que era lo que realmente me preocupaba. No hubo

problemas con los guardias —aclaró Serrano—. No les extrañó que dos monjes entraran en el convento. Pero otra cosa será salir. Mucho me temo que vas a pasar varios días entre estos muros.

—Pues es una contrariedad —comentó Gomelo, flemático—. Es urgente advertir a Ramiro. Y es urgente deshacer el bloque que Nepociano ha compuesto en torno a sí. ¿Qué ha sido de los miembros del consejo?

—Están encerrados en sus casas, custodiados por esos mercenarios que Nepociano ha traído de Aquitania. Les ha dicho que es por su seguridad.

—Presos, pues. Pero, a decir verdad, presos de sí mismos —acusó Gomelo—, de su ambición y de su cobardía. Nepociano ha movido siempre mucho oro. Sobre todo oro de Córdoba. Puedes tener la seguridad de que ese oro está lubricando en este preciso instante muchas voluntades en Oviedo y en otras ciudades del reino. ¡Hay que detener a ese hombre!

—¿Pero cómo piensas derrotar a Nepociano? —preguntó el mozárabe, incrédulo—. Del viejo consejo solo quedáis vivos tú, aquí encerrado, y el arquitecto Tioda, que debe de estar preso en su casa. El usurpador ha convencido a numerosos nobles de Asturias y Trasmiera. Con su oro, en efecto, ha comprado la voluntad de muchos señores de la tierra. Tiene un ejército numeroso. Y al rey legítimo, Ramiro, no se le ve por ninguna parte. ¿Dudas realmente de la victoria total de Nepociano?

Gomelo miró a su protegido con un gesto entre triste y misericordioso. Se tomó su tiempo antes de contestar.

—Mi querido Serrano —explicó el obispo de Oviedo—, has de intentar entender la fuerza que mueve el espíritu de este reino. Vosotros, los mozárabes, venís de un mundo donde la huella del Dios verdadero ha sido borrada por un invasor cruel que ha traído su religión extranjera. Algún día reconquistaremos para la cruz toda esa España perdida, como siempre soñó el rey Alfonso, pero, en tanto eso ocurra, vuestra condición allá es la de peregrinos en tierra hostil, como el pueblo de Moisés en Egipto. Aquí, por el contrario, hemos construido la tierra de promisión, la casa de Dios, y su ley ha de prevalecer por encima de todo. «Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad», dice el salmista. No caben componendas ni medias tintas. Todo el mundo sabe eso en Asturias. Y quienes coquetean con el enemigo son perfectamente conscientes de que están violando algo más que la fidelidad a un juramento humano. Por eso te digo que Nepociano, finalmente, saldrá derrotado. Tarde o temprano, los que se han sumado a él abandonarán su partido. Bastará con recordarles quiénes son y a qué han consagrado su vida.

—No siempre estarás tú para guiar a los señores del reino, hermano Gomelo —refutó Serrano.

—No, eso es verdad. ¿Pero qué importo yo, pobre siervo de Dios? —rio Gomelo—. Si por mí fuera, con gusto abandonaría púrpuras y dignidades y me recluiría aquí,

o en cualesquiera otros muros como estos, para dedicarme a orar. Créeme, esa es mi más secreta ambición. Siempre habrá pastores que tomen mi lugar, como a mi vez yo tomé el del viejo Adulfo, y este el del abad Fromistano. Nosotros no importamos. Cuando Beato de Liébana y Eterio de Osma se rebelaron contra Elipando, el obispo hereje de Toledo, no lo hicieron por ambición de poder, sino para recordar a los fieles dónde está el camino de la verdad. Nuestra voz no es nuestra. Solo repetimos el eco de Nuestro Señor. A nada más debemos aspirar. Pero precisamente por eso los señores de la tierra nos escuchan.

—Mucho fías en el sentido del deber de nuestros condes —rebatíó Serrano, desengañado.

—Tal vez. Pero sé que, en el fondo de sí, ninguno es insensible a las leyes del honor. Por cierto —improvisó Gomelo, revolviendo unos legajos en la pila que yacía en el sótano—, me vas a permitir que te lea dos sentencias muy ingeniosas que por azar he encontrado aquí. Son del santo varón Isidoro de Sevilla. Una dice así: «Es justo que el príncipe obedezca a sus leyes. Y debe pensar que entonces todos guardarán las leyes, cuando él mismo les preste acatamiento». ¿Lo entiendes? Y la otra, que en realidad es la misma idea: «Los príncipes están obligados a sus leyes y no pueden quebrantar consigo las leyes que imponen a los súbditos. Porque la autoridad de su voz es justa si lo que prohíben a sus pueblos no se lo permiten a sí mismos».

—¿Y bien...? —preguntó Serrano, confuso.

—¡Pues que es exactamente lo que ahora está pasando en el reino! —bramó Gomelo—. Un hombre viola la ley en nombre de la ley, y exige a los demás que la acaten... una ley que en realidad es solo suya. ¿Pero cómo obedecer a alguien que no cumple las leyes? Con su violencia sobre el consejo, Nepociano se ha convertido en el príncipe injusto por antonomasia.

—Y entonces la rebeldía contra el príncipe queda justificada —apuró Serrano el razonamiento de su protector.

—Exacto.

—De todas formas —huyó Serrano—, creo que te haces una idea equivocada si crees que los señores de la tierra van a conmoverse por lo que venga escrito en la ley.

—Quizá no por la ley escrita en los códigos —rebatíó el obispo de Oviedo—, pero sí por la ley inscrita en su corazón. Y esa, amigo mío, la ha escrito el propio Dios, que es quien nos insufló la idea de lo justo y de lo bueno.

Serrano miró a Gomelo con un enigmático semblante que no se sabía si denotaba compasión o admiración. O quizás ambas cosas a la vez.

—¿Qué propones que hagamos? —preguntó al fin el mozárabe.

—Tú debes ante todo llegar al lado de Ramiro —ordenó el de Oviedo—. Que sepa que la Iglesia de Dios está con él. Nuestros amigos, los monjes de esta casa de

Ablaña, nos harían además un favor suplementario si aceptaran enviar a los grandes señores del reino un pequeño mensaje con estas frases de Isidoro de Sevilla que acabo de leerte, para moverles a reflexión. Tratándose de simples monjes, con perdón, hermano Martín, ni siquiera esas bestias armadas que ha traído Nepociano os molestarán.

—Así se hará, padre Gomelo —asintió fray Martín, que había asistido a la charla entre la fascinación y el asombro.

—Y una última cosa —agregó el viejo obispo.

—Tú dirás...

—¿Sería demasiado pedir que el prior de esta santa casa me cambie de agujero? Cualquier celda bastará. La más humilde. Prometo no escaparme. ¡Pero la humedad de este sótano me está matando...!

7 EL PASADO QUE NO PASA

—Yo conocí a vuestro esposo, Eneco de Carranza. Buen caballero. Que en paz descanse.

Era lo único que se la había ocurrido decir a Hernán en la cena con Paterna y Nuño; una forma de romper el hielo, de acortar distancias, de ganarse la benevolencia —pensaba él— de aquellos anfitriones cuyo ánimo oscilaba entre la expectativa de una corona y la frustración de ver cómo su trono se escapaba. No fue un acierto.

—Luchó con bravura y murió con honor. Descanse en paz —insistió Hernán, redundante.

Silencio. Más silencio. El recuerdo de Eneco, visiblemente, en Paterna no despertaba otra cosa que dolor. Y en Nuño la mención del difunto caballero inspiraba sentimientos enojosos, como si un incómodo obstáculo invisible se interpusiera entre su hija y la corona que ahora se acercaba a su cabeza.

Fue una cena larga. Muy larga. Y terminó haciéndose opresiva. Un intercambio de interrogaciones mudas bajo la mirada de ese lince muerto cuya cabeza presidía la estancia, y que en aquel trance se diría más vivo que los comensales. El asunto del desposorio y la demora impuesta por Paterna apenas si se despachó con cuatro frases secas. La mujer insistía en que aceptaba el matrimonio, pero si, y solo si, Ramiro era rey; es decir, si vencía al usurpador Nepociano en la guerra que inevitablemente se avecinaba. Don Nuño pondría todo de su parte, huestes incluidas, para favorecer la victoria de Ramiro, y la mujer, por su lado, aceptaba trasladarse hacia el oeste como Ramiro había pedido, pero no firmaría el contrato de esponsales hasta hallarse en presencia del novio y con ese requisito fundamental de su triunfo. Paterna explicó a su padre que solo estas condiciones garantizaban que la familia no quedara arruinada. El viejo lo entendió. Y Hernán tuvo que reconocer que, de hallarse él en pareja situación, habría exigido exactamente lo mismo.

Lo demás fue un mutismo rutinario, sin secreto alguno tras la ausencia de voz. Nuño y Paterna parecían acostumbrados a vivir en perpetuo silencio, como quienes se lo han dicho todo ya. Incluso cuando Hernán cambió de tercio y rompió a hablar de la repoblación, de los colonos, del heroísmo cotidiano de la vida en la frontera, sin otra ley que el esfuerzo diario por sobrevivir... incluso entonces, Nuño no contestó sino gruñidos que lo mismo podían significar agrado que asco, y Paterna mantuvo su mirada ausente, clavada en algún lugar por detrás de sus compañeros de mesa, como una estatua que hubiera viajado más allá de la vida. Al menos, eso sí, la cena sirvió para que Hernán abandonara el incómodo uso de la tercera persona.

Agradeció el caballero que llegara la hora del sueño, que fue inquieto y áspero, y después el alba y, con ella, el momento de partir. La hueste que escoltaba a la futura

reina se había multiplicado por cuatro: a los diez jinetes con los que Hernán llegó se sumaban ahora otros treinta aportados por el viejo Nuño entre su propia gente y los caballeros de los parajes cercanos. Cuarenta guerreros. Más un fraile venido de la cercana Espinosa. Más un aya de aspecto vegetal que parecía surgida de alguna vetusta huerta y que acompañaría a la novia. Más dos mulas con la impedimenta de Paterna.

—Te confío a mi hija en una hueste formada solo por hombres —dijo solemnemente el castellano—, para que la guíes con bien hasta el trono que la espera.

—Respondo de eso con mi vida —contestó el de Mena—. Y estoy seguro de que estos caballeros, también.

Puso Nuño especial empeño en que Paterna llevara consigo la espada que Ramiro le había enviado como regalo de compromiso. Aquel arma era una suerte de salvoconducto que atestiguaba la condición regia de la dama en un viaje no exento de peligros.

Hubo más. Los treinta caballeros del lugar bastaban para la escolta, pero no eran suficientes para la batalla que inevitablemente habría de venir, de manera que el padre de la novia cursó también aviso a los castillos de la frontera: que aportaran hombres en defensa de Ramiro —les pedía— y acudieran a Galicia, donde el rey legítimo estaba formando su ejército. Así en aquellas horas empezaron a movilizarse caballeros de Salcedo, Lantarón, Añana, Frías... Y, por supuesto, de Tedeja, el legendario bastión de Zonio de Mena, el primer Caballero del Jabalí Blanco. Cuando Paterna y Hernán tomaron el camino de Asturias, toda la Bardulia vibraba ya con la voz sombría de los cuernos de guerra.



—¿Por qué un jabalí? —preguntó Paterna. Era la primera vez que abría la boca desde su salida de Cigüenza.

Cabalgaban los dos en silencio, el sol ya en lo alto, a través de las quebradas que conducían al valle de Manzanedo, al abrigo de la sierra de Tudanca, donde habrían de recuperar el camino que les llevaría al norte. En las laderas y los valles brotaban minúsculas aldeas, apenas cuatro casas en torno a una granja y un molino. Era la huella fresca de los pioneros que buscaban en estos pagos una vida libre, ser señores de sí mismos aun a riesgo de verlo todo deshecho por un enemigo siempre presente. Si estaba de Dios, sus pequeñas fundaciones se convertirían en aldeas, y luego en villas, y la mano del Señor bendeciría sus cosechas, y pronto un castillo protegería sus vidas, como había ocurrido en Mena, en Espinosa, en Valpuesta, en Cigüenza, en Brañosera y en tantos otros lugares a lo largo de la frontera. Si no, la muerte se llevaría para siempre el nombre de aquellos osados y todo su esfuerzo se volatilizaría entre las cenizas del saqueo y el humo de la desolación.

El valle era una explosión de promesas. La primavera se enseñoreaba del paisaje y una vida nueva se anunciaba en los sonidos de aquellos abigarrados bosques de robles, encinas, hayas, tejos, bojés, madroños; bajo la sombra de las águilas que, majestuosas, describían misteriosos signos en el aire, y en el inconfundible himno del urogallo en celo. Aquí y allá, como arrojados por la mano caprichosa de Dios, se erguían megalitos de edades remotas que hablaban el turbador idioma de los viejos espíritus, y en un paraje a orillas del río, aprovechando la ductilidad de la roca arenisca, a favor de una pendiente donde la piedra se derramaba como si algún día hubiera sido líquida, pías manos habían excavado una iglesia rupestre dedicada a San Pedro. Una solitaria columna sostenía el pórtico natural abierto en la montaña. En su interior, huecos excavados sobre la roca hacían la función de altares y hornacinas, y el vientre cóncavo del monte se ofrecía como bóveda vestida con pinturas de vivo color. Los viajeros se detuvieron apenas el tiempo de una breve oración.

—¿Que por qué un jabalí? —contestó Hernán, súbitamente sobresaltado por la pregunta de la dama—. Es una vieja historia familiar —explicó el de Mena—. Mi padre, siendo casi un niño, vio un jabalí blanco en los bosques de Liébana.

—¿Blanco? —se extrañó Paterna—. Nunca había oído nada igual.

—¡Pues eso no es lo más extraordinario! —rio él—. Mi padre siguió el rastro del jabalí y se vio llevado ante unos brujos que celebraban una misteriosa ceremonia.

—¡Brujos! —exclamó la dama abriendo mucho sus ojos de miel, y el caballero no sabía si aquello era un gesto de asombro o de incredulidad—. ¿Y qué fue del jabalí?

—El jabalí, que había desaparecido, retornó de pronto arremetiendo contra los brujos y perdiéndose después en la noche.

—¡Fantástico...! —La trenza de trigo del cabello danzó sobre el capote rojo que cubría aquel cuerpo adorable.

—Muchos años después —prosiguió Hernán en tono rutinario; ¡había contado esa historia miles de veces!—, mi padre, nombrado caballero del rey Alfonso, hubo de elegir escudo y optó por el jabalí blanco. Desde entonces...

—Sí, del Loco del Jabalí Blanco sí he oído hablar —le interrumpió Paterna—. En la frontera todos conocemos las hazañas de tu padre. Los viejos las cuentan en las noches de invierno. Las grandes batallas en el Orón y en Pancorbo. Los asaltos a las granjas de los moros. Los rescates en la tierra de nadie, donde se pierde el Duero... —Paterna hizo una estudiada pausa—. Y cuentan también la historia de su hijo nacido en el destierro.

Hernán bajó la mirada, puerilmente avergonzado. Era incómodo saberse en boca de otros. Como estar desnudo. Paterna advirtió su azoramiento y cambió el tono de la conversación:

—Te confieso que no me gustan los jabalíes —comentó la mujer entre risas—. ¡Huelen muy mal!

—¿Incluso los blancos? —preguntó Hernán, dispuesto a seguir el juego.

—Eso lo ignoro. Nunca los he visto. Pero me gustan más los lobos. O incluso los lince.

El caballero miró a la dama con sorpresa. De repente brillaba en el gesto de Paterna, en la sonrisa de sus labios de vino, un destello de fuerza, casi de violencia, que Hernán no había advertido antes. Un lince, sí.

—Como el que tiene tu padre sobre la chimenea. ¿Es una especie de símbolo familiar?

—¡No sé qué hace ahí ese bicho! —rio ella—. Está sobre la chimenea desde que tengo memoria. Es la alimaña que mató a mi hermano Ruy cuando solo era un bebé. Mi padre lo cazó hace mucho, en nuestros primeros meses en Cigüenza. Pero, sí, seguramente es ya un símbolo familiar. ¿Te asustarás si te digo que a veces lo miro y me veo a mí misma?

—No, no me asustaré —respondió Hernán, conciliador—. Los lince nunca cazan jabalíes, que yo sepa.

—Los lobos, sí —atacó la dama.

—Hacen falta muchos lobos para acabar con un jabalí —advirtió el de Mena, entrando a la provocación—. Y ni una manada entera podría contra varios jabalíes. Todo tiene su sentido. Por otro lado, no puedes comerte un lobo. En cambio, un jabalí...

—Luego, si te lo puedes comer, ¡no será tan fiero como lo pintas! —Volvió a reír Paterna, y en aquella risa todo su cuerpo de lince bailaba con la peligrosa delicadeza de un felino dispuesto a saltar sobre su presa.

—Depende, mi señora, de la mano que lo dome —respondió el de Mena con una reverencia.

Hernán calló bruscamente, como si una mano invisible le hubiera abofeteado el rostro. Sin darse cuenta —o quizá sí—, el fluir de la conversación le había llevado a un parloteo galante completamente fuera de lugar. ¡Paterna iba a ser la mujer de otro! Hernán trató de meterse esa idea en la cabeza. Ella, por su parte, bajaba la mirada de miel en un mohín de recato desmentido por la sonrisa felina. No, aquello no estaba bien —pensaba también la dama—. Honesta viuda de un reputado caballero, prometida a un rey de Asturias... Mejor callar, sí. ¡Pero llevaba tanto tiempo sin hablar con un hombre...!

Soledad. Esa era la nube negra que ahogaba el alma de Paterna desde mucho tiempo atrás, más del que podía recordar. Se sintió sola de niña, única hija en una familia de hombres cuya madre, por otro lado, se afanaba por ser madre también de todas las familias de la comunidad, porque así era doña Sancha. Se sintió sola después, siendo ya esposa de Eneco de Carranza, porque su marido prefería la guerra y la caza a la vida de alcoba. Se sintió sola cuando murió Eneco, y más aún cuando

murió el hijo que esperaba. Se sintió sola, en fin, cuando la muerte de doña Sancha la convirtió en ama de las tierras de Cigüenza y las tareas de administrar la hacienda la alejaron definitivamente de cualquier relación que no fuera contable. Soledad.

Toda su vida había añorado una presencia a su lado que le hiciera sentirse acompañada, segura. Ella no era una mujer posesiva ni absorbente; no podía serlo en un mundo como el suyo, donde lo único que legítimamente absorbía cualquier existencia era la necesidad de sobrevivir. Pero necesitaba a alguien junto a sí; alguien con quien no se sintiera sola. Y ahora, con un extraño estremecimiento, con una agria sensación de culpa, debía reconocer que se sentía bien. Desde la misma noche de la cena en el caserón familiar de Cigüenza, Paterna experimentaba la compañía de Hernán como un bálsamo que aliviaba su amargura. Apenas sabía nada de aquel hombre. Solo que había llegado a su vida enviado por otro para que la llevara ante el altar. Apenas había cruzado con él unas pocas palabras que más parecían tanteos de ciego en la oscuridad. Y sin embargo, la proximidad del veterano caballero despertaba en ella una sensación electrizante, como la que dejan los relámpagos en el aire del verano cuando hay noche de tormenta. Era un sentimiento turbador. Era un sentimiento prohibido. Pero era un sentimiento que despertaba en su interior una calidez inédita, que caldeaba su pecho de mujer con una alegría infantil y primitiva. Paterna nunca se había sentido así.

La comitiva, a buen paso, ganó el cruce de Amaya y enseguida tomó rumbo noroeste, hacia las ruinas de Vellica y el arruinado castro de monte Cildá, en un seco páramo de viento y soledades, entre muretes de piedra que algún día fueron un hogar y ahora no eran sino cadáver mineral. A su sombra se prepararon para recibir la noche. Los caballeros agruparon las monturas al cobijo de un roble extrañamente solitario. Se prendió un gran fuego. Luego dibujaron un círculo en torno a la hoguera y los guerreros se desplegaron en la circunferencia. En el centro, cerca del fuego, se improvisó una tienda para que durmieran la señora y su aya. Hernán designó los turnos de guardia. Él veló la primera hora. Una luna lechosa regaló a los centinelas su blanca luz para iluminar la vigilia. Esa noche, arrullada por la música inquietante de los sonidos nocturnos, Paterna soñó con extrañas fieras que ejecutaban danzas de muerte en las sombras de los profundos bosques de Castilla.



El eunuco Nasr Abu el-Fath salió al balcón de su cámara, en el alcázar de Córdoba, para asistir a la partida de la expedición de Mohamed. El emir, en un gesto inusual en él, había acudido en persona a la puerta del Puente para despedir al heredero. Al eunuco, diestro en el arte de interpretar los signos no escritos, no le pasó desapercibido el hecho. Recordó la conversación con Tarub: «Hay algo que se nos escapa».

Lucía imponente Mohamed, tocado con un gran turbante blanco con una pluma blanca, envuelto en una capa blanca, a lomos de un caballo blanco lujosamente enjaezado, como un jinete de luz... blanca. A su lado, el eslavo Walid, los cabellos rojos asomando bajo el yelmo, encerrado el cuerpo en una gruesa coraza de cuero y malla, observaba una solemne inmovilidad. Tras Walid, sus diez mejores capitanes enarbolaban los estandartes, siempre blancos, de los omeyas. Y junto a ellos, el alfaquí Yahya ben Yahya trataba de disimular su vejez con una pose de rígida marcialidad. El emir abrazó a Mohamed. Este, ceremonioso, se prosternó ante su padre. Abderramán le obsequió con una espada de hermosa empuñadura.

—Es mi deseo que veas en ella la espada de Alá —dijo ceremonioso el emir—. Empúñala como Alí empuñó la legendaria Zulfiqar de punta bífida. Que su espíritu te haga invencible.

Mohamed besó la punta de la espada. El joven vibraba de emoción. Acto seguido la brillante comitiva partió hacia la puerta de Hierro —«del Salvador», la llamaban los cristianos de la ciudad—, donde se uniría a la cohorte de jinetes eslavos, medio millar finalmente, que habría de escoltar al príncipe. De aquella puerta salía el camino que, atravesando el arroyo Piedras, conducía a Toledo.

Una cohorte a caballo, a buen paso y sin castigar a las bestias, puede cubrir cómodamente la distancia entre Córdoba y Toledo en cuatro días. Los ejércitos del emir lo habían hecho muchas veces. «Camino del Armillat», llamaban a esta ruta. El camino se encrespa al llegar a las montañas, pero, después, la tierra se amansa y los grandes llanos abren amables la vía hacia el norte. Para que la marcha fuera más ligera, el eunuco Nasr Abu el-Fath, buen logístico, había tomado la providencia de que la columna del príncipe Mohamed partiera prácticamente sin impedimenta. Las guarniciones de Adamuz, primero, y Almagro después, convenientemente alertadas de antemano, se harían cargo de su avituallamiento sobre la marcha. Muy poco equipaje llevaba consigo la comitiva. Y todo lo había seleccionado cuidadosamente el eunuco Nasr Abu el-Fath.

Una vez en Toledo, la columna recibiría la incorporación de las huestes bereberes: desde la rica Talabira, a orillas del Tajo, hasta la pequeña fortaleza de Ocaña, centenares de jinetes y peones se sumarían a la expedición. Dueños de la tierra y profesionales del pillaje, aquellos bereberes llevaban allí más de cuatro generaciones, desde los primeros tiempos de la conquista. Los árabes les dejaron los despojos: para la aristocracia de Arabia, del Yemen o de Siria, ellos, los bereberes, no eran más que una molesta masa de maniobra; útil para vencer, pero ni mucho menos apta para gobernar. Por eso los bereberes se rebelaron —hacía ya un siglo de aquello— y abandonaron las posiciones ganadas al norte del Duero, deserción que el viejo rey Alfonso el Católico se apresuró a explotar en beneficio de la cristiandad. Los árabes comprendieron que, si querían mantener bajo su bota aquel tesoro que era Al

Ándalus, no tenían otra opción que aplicar una poco sutil combinación de generosidad y mano dura. Así hubo clanes bereberes decapitados por miles, pero otros muchos se vieron favorecidos con anchas extensiones de tierra en los valles del Tajo y del Guadiana y al otro lado de las grandes sierras, donde la línea de la frontera se borraba en los inabarcables llanos de la meseta.

Aquellos pastores del norte de África —ellos se llamaban a sí mismos *imazighen*, que quiere decir «hombres libres»—, trasplantados a la vieja Hispania, llevaron consigo sus inveteradas divisiones tribales: matgaras, miknaniés, nafzies, hawaríes, zenatas... Para Córdoba fue un auténtico quebradero de cabeza tratar de mantenerlos en orden. Hasta que, simplemente, se renunció a intentarlo. Eso presentaba sus inconvenientes a la hora de pelear, porque era frecuente que, en plena campaña, las distintas tribus entraran en lucha entre sí, cuando no se aliaban todas para pelearse con los árabes o con los andalusíes. Por eso Abderramán II decidió no formar contingentes homogéneos de bereberes, sino encuadrarlos en unidades de composición diversa y, normalmente, con jefes ajenos a sus propios clanes. Ahora, para esta aceifa del príncipe Mohamed, tres cuartas partes de bereberes de distintos clanes y una cuarta parte de eslavos se integrarían en tres columnas con un jefe bereber y dos eslavos, respectivamente, con el implacable Walid supervisando la amalgama. Si no se mataban entre sí, podría funcionar.

El eunuco Nasr Abu el-Fath odiaba a los bereberes, como odiaba a casi todo el mundo. Le molestaban sobremanera su primitivismo y su irracionalidad, y también su incapacidad para organizar el gobierno de sus propias tierras. Orgullosos como eran, no permitían que los árabes metieran la nariz en sus asuntos. Pero como tampoco sentían la menor inclinación hacia la administración de las tierras que dominaban, ponían el gobierno en manos de muladíes, hispanos conversos al islam, o de judíos o, aún peor, de mozárabes, cristianos que aprovechaban el privilegio para suavizar las condiciones de vida de sus hermanos de fe. Así —pensaba el eunuco— era imposible hacer nada serio, y a saber cuántas riquezas había perdido el tesoro cordobés por la torpeza de esa gente.

A cambio, los bereberes resultaban muy eficientes en el combate, sobre todo cuando se trataba de arrasar las campiñas de los cristianos del norte. Ese negocio sí lo entendían: llegar, saquear, matar y marcharse con el botín. El general Walid tenía razón cuando censuraba a los *imazighen* por su nulo sentido de la disciplina y por su incapacidad para retirarse en orden, pero esa eventualidad era bastante poco frecuente: desde hacía muchos años las ofensivas cordobesas sobre el norte consistían en simples aceifas de pillaje sin enfrentamientos armados dignos de ese nombre, de manera que el refinamiento táctico era un recurso superfluo. Esta campaña de Mohamed no iba a ser otra cosa; no podía ser otra cosa.

Nasr lo había calculado todo, como en él era costumbre. No solo los puntos de

avituallamiento antes y después de Toledo, sino también detalles como el carruaje ligero que habría de transportar a Yahya el alfaquí, demasiado viejo para cabalgar durante tanto tiempo. Puso especial cuidado el eunuco en satisfacer los deseos más nimios del príncipe Mohamed. El heredero no había pedido mujeres en el equipaje — cosa que Nasr agradeció vivamente—, pero, a cambio, no resultó nada fácil satisfacer sus exigencias en materia de alimentación. El príncipe había heredado el gusto de su padre por las viandas refinadas y exóticas, manjares que no suelen formar parte de las avaras raciones del soldado. Carne de carnero en salazón, abundante *garum* para sazonar, pan de jengibre, jarabe de membrillo para enriquecer el agua, el inevitable *ziriyabi* de habas, la *tafaya* —otro invento del poeta Ziryab—, dátiles envueltos en miel... Caprichos del «chiquitín», como motejaba Walid al heredero.

El eunuco supo aprovechar estas exigencias para desplegar su propio talento. Ordenó confeccionar unas cestas de mimbre y forrar su interior con lienzos de lino. Allí dentro, bien acolchados, dispuso personalmente los alimentos que componían la dieta del príncipe. Así, ahora partía la comitiva con una cuerda de monturas suplementaria: la que transportaba en grandes alforjas la comida del príncipe. Para evitar accidentes, las mulas con las cestas de Mohamed irían uncidas al carruaje ligero de Yahya. El alfaquí quedaba convertido en custodio no solo de la fe, sino también de las digestiones del heredero. El carro serviría asimismo para transportar la jaula con las palomas mensajeras que iban a permitir a Nasr saber en todo momento dónde se hallaba la expedición. Cuatro esclavos negros del Níger, a lomos de sendas mulas, responderían con su vida de que viandas, palomas y alfaquí, por este orden, superarían el periplo sin novedad.

El eunuco Nasr Abu el-Fath, discretamente asomado al balcón de su suntuoso despacho en el alcázar de Córdoba, vio con ojos melancólicos cómo se alejaba la triunfal comitiva del príncipe Mohamed, el general Walid, Yahya el alfaquí y los capitanes de la tropa eslava. Ahora el tiempo haría el resto. «A veces —razonaba el eunuco—, la solución a los problemas más enrevesados está en los procedimientos más sencillos».



Sonna llegó a su destino. El sitio de Panes, donde el Cares va a perderse en el Deva, al pie de la imponente Peña Mellera que da nombre a la comarca, era una humilde aldea de una docena de casas en torno a la iglesia de San Vicente, y esta era una no menos humilde construcción de traza muy primitiva, piedra y madera en estado de agonía, donde, sin embargo, había florecido una notable comunidad.

Medio siglo atrás, la corona había dado tierras a los monjes en este valle; us presencia atrajo a unas cuantas familias de los alrededores y así pudo surgir un oasis de orden y prosperidad en medio de los grandes bosques y empinadas gargantas de

aquel rincón del reino. El autor del prodigio era el padre Fructuoso, un sacerdote de Cangas cuya edad ya nadie estaba en condiciones de numerar y que había encontrado aquí, en Panes, la misión de su vida. Junto a él, unos pocos frailes consagraban sus días a venerar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a la santa madre de Dios y a San Vicente de León, benedictino, abad de San Claudio, que dio su vida por defender la divinidad de Cristo.

—Fue en tiempos de los suevos de Galicia —narraba el padre Fructuoso a todo visitante que por allí caía—. Los suevos eran arrianos, como los primeros visigodos, y negaban que Jesucristo fuera persona divina; igual que los musulmanes, por cierto. Los suevos invadieron el reino godo al mando de un feroz caudillo llamado Reciano. Con sus estandartes del dragón verde llegaron por sorpresa a León y asaltaron el monasterio de San Claudio, donde Vicente era abad. Le apresaron y torturaron a fin de que abjurara de la divinidad de Cristo Jesús. San Vicente se mantuvo firme. Finalmente le mataron con un tajo de espada en la cabeza. Mataron también al prior, el buen San Ramiro, y a doce monjes más. Apenas treinta años después, el rey visigodo Leovigildo derrotaba a los suevos. Los cuerpos de San Vicente y San Ramiro fueron recuperados. No hace mucho que el rey Alfonso el Casto mandó llevarlos a Oviedo. Hoy aquí veneramos la memoria del santo abad.

El conde Sonna conocía muy bien a Fructuoso. Desde un día en que, por puro azar, el guerrero pidió posada en esta iglesia, el monje se había convertido para él en una singular mezcla de consejero, confesor y padre, todo al mismo tiempo. De eso hacía ya diez años. A Sonna, hombre de armas, incapaz de llevar una vida que no tuviera por eje la espada, le impresionaba la elección de estos clérigos que voluntariamente renunciaban a la guerra, a la paternidad, al sexo y a la riqueza, y se recluían en lugares como este de Panes a orar y trabajar. Porque los monjes de San Vicente trabajaban: la docena de familias del lugar que habían acudido al cobijo del cenobio pastoreaban a las vacas, cuidaban los prados y atendían las huertas, pero el molino y la fragua eran competencia de la comunidad. El conde, muy de cuando en cuando, se dejaba caer por Panes. Convivía unos cuantos días con los monjes, hablaba largamente con el padre Fructuoso y, una vez aliviado su espíritu, se volvía a marchar sin fecha fija de retorno. Fructuoso le regalaba invariablemente lo mismo como obsequio de despedida: un queso y un tarro de miel. «Nuestro viático para el viaje a la Tierra Prometida», decía el monje.

Sonna siempre había sospechado que algo debió de contribuir el padre Fructuoso a su nombramiento como conde de palacio. Aquel prior de un convento diminuto en una esquina recóndita del reino desplegab su influencia por caminos tan invisibles como implacables. Sonna —al conde le constaba— no era el único notable que acudía a Panes a buscar consejo e iluminación. Fructuoso nunca regateaba ni lo uno ni lo otro. Y jamás pedía nada a cambio. Ahora, trastornado hasta el borde de la

locura por el horrible hallazgo de la matanza de Alles, el conde Sonna necesitaba más que nunca que la palabra de Fructuoso le arrojara luz.

El prior de San Vicente recibió al conde en un chozo que no formaba parte de la iglesia, sino de las dependencias de trabajo de la comunidad: una suerte de desvencijada alacena donde se amontonaban cántaros de distintos tamaños y formas, todos ellos con algún tipo de vianda en su interior:

—¡Hermano Sonna! —le dijo al recibirle, entre efluvios de ajo, manteca de cerdo y un festival de hierbas aromáticas—. Pasa, pasa dentro. Estoy terminando de preparar el adobo para conservar la matanza. Una labor delicada...

El conde de palacio penetró en la humilde estancia con paso apresurado. Con la misma precipitación besó la mano —embadurnada de adobo— del padre prior. Y este enseguida vio que algo anormal ocurría.

—¡Mal aspecto tienes, por vida de María Santísima! —exclamó, dejando a un lado su tarea—. ¿Vienes de la guerra?

—Peor que eso, padre —bufó el conde—. ¡Vengo del infierno!

Fructuoso miró a Sonna con expresión lastimera. El tiempo había nimbado el cuerpo pequeño y enjuto de aquel fraile con una orla blanca de cabello que confería un aspecto leonino al rostro anguloso y consumido. El prior se limpió cuidadosamente las manos. Luego hizo un gesto al conde.

—Has de contarme eso —ordenó—. Sígueme.

El guerrero y el monje salieron a un pequeño jardín de flores silvestres primorosamente criadas; el principio de la primavera parecía allí un estado eterno. Fructuoso se sentó en un modesto banco de piedra e invitó a Sonna a hacer lo mismo.

—Padre —comenzó el conde—, tú sabes que he visto y vivido cosas terribles, atrocidades sin cuento, todas las formas posibles del mal...

—Es un continente que nunca se explora del todo —corrigió el prior—. Pero sí, has visto mucho mal. Sigue.

—Ha sucedido aquí al lado, en Alles. Ayer mismo. Mis hombres y yo estamos atravesando estas tierras en busca del conde Ramiro, que según nuestras noticias se dirige a Oviedo al frente de una hueste para hacerse con la corona. Pues bien...

—He sabido, sí —interrumpió Fructuoso—, que Ramiro ha sido designado heredero por el difunto rey Alfonso.

—¿Difunto? —exclamó el conde, abriendo la barba rubia en un abismo de sorpresa—. ¡Cuando salimos de Oviedo estaba vivo!

—Nadie os ha informado, pues, del fatal desenlace —observó el prior—. Debió de ser a las pocas horas de vuestra marcha. Pero continúa, hijo.

—Bien. A la altura de Alles hemos descubierto una matanza atroz. El señor del lugar, un tal Alvar...

—Lo conozco, sí —confirmó el fraile—. Y a su encantadora esposa, Gotina.

—Los dos están muertos. Torturados en circunstancias horribles y muertos. Y su hacienda, arrasada.

—¡No puedo creer lo que me estás contando! —respingó Fructuoso—. ¿Y el viejo don Telmo? ¿Y los niños?

—Asesinados también.

—¡Por amor de la Virgen María! ¿Y la iglesia?

—Destruída. Y los frailes que allí hubiera, muertos. Y toda la clientela que allí servía —añadió Sonna— igualmente degollada. Solo ha habido un superviviente. Un muchacho. Por cierto...

—Sí, sí, descuida —adivinó el padre Fructuoso—, nosotros nos encargamos de él. Pero... ¡Es terrible esto que me cuentas! ¿Quién ha podido hacer una cosa así? —se santiguó el fraile.

—¿Sabes algo de un tal Piniolo? —apuntó el conde, liberando la sombra de una sospecha.

—Claro que sí —confirmó el prior—. Tiene muchas tierras en esta comarca de Peñamellera. Un tipo hípido. Peligroso. Vive con sus siete hijos, que son hechura de su padre.

¡Los siete hijos de Piniolo! Guma le había contado que el asesino de Alles iba con siete mozos que no se separaban de su lado. Cada vez estaba más claro que Piniolo era el responsable de aquella atrocidad.

—¿Y te suena de algo el nombre de Nepociano? —inquirió Sonna, tratando de desenredar el ovillo.

Fructuoso se llevó el índice y el pulgar al entrecejo y cerró los ojos en un gesto de cansancio. Suspiró con aire fatigado. Luego acarició su larga barba blanca.

—Claro que me suena. Mira —dijo, llevándose las manos a los bolsillos de su escapulario—, lee esto que he recibido esta misma mañana desde Oviedo.

Fructuoso sacó un trozo de pergamino. Sobre él, escrito en trazos apresurados, figuraba un texto que Sonna leyó en voz alta:

—«Es justo que el príncipe obedezca a sus leyes. Y debe pensar que entonces todos guardarán las leyes, cuando él mismo les preste acatamiento. Los príncipes están obligados a sus leyes y no pueden quebrantar consigo las leyes que imponen a los súbditos. Porque la autoridad de su voz es justa, si lo que prohíben a sus pueblos no se lo permiten a sí mismos».

—Así ha de ser —rubricó el prior.

—Pero... ¿qué es esto? —se sorprendió Sonna.

—Son palabras del santo varón Isidoro de Sevilla —aclaró Fructuoso—. Parece ser que están recorriendo el reino de un monasterio a otro. Y tienen mucho que ver con lo que está pasando ahora en Oviedo y con ese Nepociano del que me hablas.

—Sinceramente... No veo lo que...

—Escucha —atajó el prior antes de que Sonna pidiera más explicaciones—. Alfonso el Casto, al que Dios tenga en su gloria, ha muerto. Su último designio fue elegir a Ramiro Bermúdez como heredero del trono. Pero el tal Nepociano, cuyo turbio historial nadie desconoce, ha sido nombrado regente por un consejo de nobles.

El conde miró al monje con sorpresa infinita. ¿Regente, Nepociano? Cuando él dejó Oviedo nadie había planteado cosa semejante.

—¿Regente del reino? —preguntó Sonna—. ¿Estás seguro?

—Absolutamente. Más aún —agregó Fructuoso—, ese hombre se hizo con el poder en una turbulenta sesión en la que acabaron muertos el viejo general Teudano y el noble Fáfila de Lugo. Incluso el obispo Gomelo ha desaparecido.

—¡Muertos Teudano y Fáfila!

—A manos de los hombres de Nepociano —rubricó el monje—. Pero... ¿cómo es que ignoras todo esto? ¿Dónde has andado metido?

Sonna evocó con algún remordimiento el amable regazo de Gadea la molinera. ¡Aquella jornada perdida en Parres...! Se veía a sí mismo como un naufrago en medio del infierno. Y se sentía culpable por haber abandonado Oviedo en circunstancias tan dramáticas.

—¿Estás seguro de que la elección de Ramiro no ha sido fraudulenta? —preguntó el conde con gesto suspicaz, como buscando un último madero al que asirse en su naufragio.

—Lo ignoro por completo —concedió el fraile—. Pero sí sé que a Nepociano no lo ha elegido nadie más que sus propias intrigas. Y ahora tú me cuentas esa atrocidad de Alles... ¡Que Dios haya acogido a esos inocentes en su seno!

—La matanza se cometió en su nombre, sí, aunque él no estaba allí.

—Eso no le exonera —sentenció Fructuoso—. Es el príncipe que invoca en su provecho la ley al mismo tiempo que la viola. Exactamente el tipo de hombre contra el que nos prevenía el venerable Isidoro. Como dice ese pergamino...

Sonna hundió la cabeza entre las manos. Los mechones rubios se enredaban en sus dedos como si quisieran reproducir el laberinto interior que apresaba al conde. Se sentía desarmado.

—¿Por qué Dios permite esto? —suspiró el caballero.

—No culpes a Dios de los males de los hombres —le reconvino el prior.

—Pero él es omnipotente —contraatacó Sonna—. Eso decís los curas.

—Lo es —afirmó Fructuoso—. Tanto que puede incluso permitirse dotar a los hombres de libertad, aun si la usan para el mal.

—Yo confiaba en Nepociano —confesó el conde—. Su esposa es una prima del rey. Jimena, se llama. —Sonna no percibió el respingo de Fructuoso al escuchar el nombre de la dama. Prosiguió—: Escipio estaba con ellos. Todo parecía tan... ¡razonable! De hecho, si estoy aquí es por encargo suyo, y para verificar las

intenciones de Ramiro. Y ahora...

El prior de San Vicente de Panes veía cómo Sonna zozobraba, pero se sentía incapaz de sacarle del remolino. Puso una mano huesuda y pesada sobre el hombro del caballero. El conde percibió que aún olía a adobo.

—Hijo mío —expuso el fraile—, yo no puedo decirte si la elección de Ramiro Bermúdez es legal. Tampoco puedo decirte si la matanza de Alles ha sido obra premeditada de Nepociano o más bien alguna salvajada de sus hombres. Pero sí debo decirte unas cuantas cosas. Ante todo, yo no me fiaría de Nepociano ni de esa serpiente que tiene por esposa. Sí —subrayó el prior ante el gesto incrédulo de Sonna—, una serpiente. Tengo la impresión de que muy pronto puede empezar a correr la sangre de los inocentes sobre el suelo de este reino bendecido por Dios, el pueblo que el Señor ha escogido como su heredad. Sería una profanación terrible. Tú eres un hombre justo y cabal. Ve a buscar a ese Ramiro Bermúdez y averigua sus intenciones. Hazlo, si a ello te has comprometido. Pero no le juzgues antes de escucharle. Porque es posible que las circunstancias te hayan situado en el bando erróneo.

—Uno tiene que saber dónde está el bien y dónde el mal —susurró Sonna.

—Exactamente. Aunque a veces no es fácil orientarse, sobre todo cuando uno vive en palacio —advirtió Fructuoso—. Con frecuencia es preciso quemarse los dedos con las llamas de la Gehena para encontrar el camino del bien.

El conde Sonna abandonó la iglesia de San Vicente de Panes, no sin recibir su preceptivo queso con el consabido tarro de miel, inveterados obsequios de Fructuoso. Al recoger su caballo posó la mirada sobre los labriegos que aquí y allá atendían los campos. Labriegos como los que había enterrado unas pocas leguas al oeste, en el infierno de Alles. «Con frecuencia es preciso quemarse los dedos con las llamas del infierno», decía el padre prior. Sonna se había quemado en Alles no solo los dedos, sino toda el alma. Ahora tenía que escoger el camino correcto. Pero ¿cuál era?



Estaba atardeciendo en los montes de Pedrafita y una pertinaz llovizna anegaba las pallozas campesinas y embarraba los precarios senderos de los pastores. Una sucesión de lomas boscosas emergía sobre la niebla como crestas de dragón. Ramiro despachó a la mayor parte de su escolta unas pocas leguas antes de llegar a casa del Édramo.

—Id y anunciad a mis hijos que apareceré mañana por la mañana —ordenó el rey sin corona—. Decidles que antes deseo visitar el sepulcro de San Eufrasio, en el convento de Santa María del Mao. Pasaré la noche con los monjes. Al amanecer estaré en casa.

San Eufrasio, todos los sabían, fue uno de los siete varones apostólicos, discípulos de Santiago, ordenados en Roma por San Pedro y San Pablo, que

evangelizaron España. Cuando llegaron los moros, unos monjes que huían de Andújar trajeron consigo el cuerpo del santo. Fue un acontecimiento en toda la comarca. Los padres de Samos decidieron instalar el sepulcro en Santa María del Mao, en el pueblo del Incio, y desde entonces eran muchos los que acudían allí buscando orientación y consuelo.

—¡Vosotros os venís conmigo! —ordenó Ramiro a dos de su hueste—. Los demás, aseguraos de que mi hijo Ordoño lo tiene todo preparado a mi llegada. ¡Gatón! —se dirigió el rey a su otro hijo varón—, explícale a Ordoño cómo están las cosas según nos ha informado el buen obispo Serrano. Y ahora, ¡cabalgad!

El rey no reparó en la mirada suspicaz de Gatón. O quizá sí, pero no le dio la menor importancia. El grueso de la mesnada partió en dirección al castillo del Édramo. Ramiro y sus dos escoltas tomaron el camino del oeste. Llegaron, en efecto, a Santa María del Mao. Respetuosos, penetraron en el templo. Guiados por los pocos monjes del minúsculo cenobio, se postraron ante el sepulcro de San Eufrasio. Oraron en silencio. Después de unos minutos, se levantaron, salieron y retomaron sus caballos.

—Vamos al camino de Godral —ordenó Ramiro con una mirada equívoca—. Debo solucionar un asunto.

No hacían falta más explicaciones porque los dos caballeros de escolta conocían sobradamente el verdadero destino del viaje. Bajo un ocaso de lluvia tenaz, los tres jinetes cabalgaron hasta un ancho y lujoso caserón con aspecto de fortaleza. Descabalgaron ante los muros de piedra enfoscada. El propio Ramiro golpeó con fuerza el portalón de madera y clavos.

—¿Quién va? —contestó al poco una voz cascada.

—¡Ramiro Bermúdez! —respondió el rey.

La puerta se abrió. Un viejo sirviente sostenía un fanal de tripa de borrego entre la lluvia que se había hecho ya aguacero y se derramaba como una cascada sobre el suelo de pizarra. Todos pasaron a una suerte de garita junto al portalón.

—Mi señor... —musitó el criado.

—¿Está tu señora? —preguntó Ramiro con la familiaridad de quien conoce la casa.

—Está —respondió lacónicamente el otro.

—Avísale de que he llegado. Y atiende a estos dos caballeros como merecen —ordenó, señalando a sus escoltas—, que venimos empapados y hambrientos.

El sirviente desapareció con los jinetes en el interior. Después de unos minutos, regresó.

—La señora os recibirá ahora.

Ramiro cruzó el patio. Conocía hasta el último adoquín de aquel piso encharcado. Despidió al siervo y entró solo en la pieza principal de la casa. Y allí estaba ella.

—¡Creí que no vendrías nunca a contármelo! —exclamó una mujer con voz cantarina—. ¡He tenido que enterarme por boca de otros de que te han hecho rey!

Ramiro se precipitó a abrazar a la mujer.

—¡Gontroda! ¡Eres la hogaza de pan blanco que uno encuentra en casa cuando vuelve fatigado del camino! ¡Perdóname, mi bien! —se excusó entre torpes risas—. Vengo empapado... Rey, sí. Y tú, tan bella como siempre.

Gontroda se deshizo como pudo del abrazo fluvial de Ramiro y, sacudiéndose las gotas que el hombre había dejado sobre su cuerpo, tomó asiento frente al fuego. La sala parecía un pequeño palacio de mármoles y objetos preciosos. Mármol en el suelo, mármol en las paredes, mármol en los pilares de la gran estancia, mármol en el cuerpo de la chimenea. El mármol del Incio era materia cotizadísima desde muchos siglos atrás y la viuda Gontroda, que heredó el negocio de su difunto marido, gobernaba aquel universo de piedra con la magnificencia de la reina de Saba. Ramiro paseó una vez más los ojos por las vetas azuladas del mineral: siempre perdía la mirada y, tras ella, los sueños en esas líneas absurdas como caminos que no llevan a ninguna parte.

El señor del Édramo no se cansaba de admirar las formas caprichosas de aquellas piedras. Había bloques de mármol pulimentado y puro como el hielo de la montaña. Otros mostraban vetas rojas que labraban dibujos inquietantes. Aún otros exhibían una superficie rugosa y frágil de arenisca, y en ellas el mármol apenas se manifestaba como un delgado hilo de color azul en la superficie blanquecina. Los que más le gustaban, los que le hacían soñar, eran aquellos en los que el dibujo blanco de las vetas trazaba rumbos misteriosos en la piedra azul, laberintos como aquellos que de vez en cuando se encontraban esculpidos en las lajas de pizarra de los cercanos castros del Édramo y que los niños de la aldea aprovechaban para pintar sobre ellos el mundo de sus juegos. La vida entera era un laberinto dibujado en el azul mármol del Incio.

—Vas a enfermar con esas ropas mojadas —dijo solícita la reina del mármol mientras envolvía en unas mantas los pies ateridos de Ramiro.

—El fuego me secará —la tranquilizó el rey despojándose de la túnica y la cota de malla—. ¿Cómo estás? ¡Hace tanto que no te veo!

—Tres meses y dos semanas, exactamente —apuntó Gontroda, arrugando los carnosos labios en un mohín de reproche.

—Has de disculparme. Han sido meses complicados —se excusó el hombre—. Nada me habría gustado más que ahogar mis penas en tus brazos, como tantas otras veces.

—¡Palabras! —replicó Gontroda con un gesto de disgusto.

Ramiro observó largamente a la mujer: su cuerpo generoso hasta lo exuberante, los largos cabellos negros que caían ondulados sobre los hombros redondos y el

pecho lleno, la blanca cara de luna con dos ojos oscuros que bailaban al mirar. El tiempo había dibujado líneas blancas en la cabellera y finas arrugas en el cuello y bajo los ojos, pero ¿acaso hay algún primor que el tiempo respete?

—Te he echado de menos, mi señora —zollipaba Ramiro, buscando una caricia de aquellas manos regordetas y dulces como golosinas.

—¡Siempre dices lo mismo! —rio Gontroda—. Pero luego...

—Luego me voy, pero mi alma queda aquí contigo, y tú permaneces siempre en mi pensamiento.

—¡Nunca te había visto tan poético! —rio nuevamente la mujer.

—Quizá porque nunca habían sido tan graves las cosas que me han pasado como estas que ahora me atribulan —respondió el rey con aire ceñudo.

Gontroda dejó pasar un largo silencio. Solo el crepitar de la hoguera y los resoplidos de Ramiro llenaban el vacío. Y en ese vacío cantaba el eco del corazón de Gontroda, como siempre que aquel hombre aparecía a su lado.

—¿Tan serio es? —preguntó ella al fin.

—Sí —respondió seco el rey—. Un usurpador en Oviedo y una guerra en ciernes.

—¿Tu nueva esposa...? —dejó Gontroda la pregunta en el aire.

—Tienes que entenderlo, mi bien —se excusó Ramiro antes de que se le imputara la acusación.

—Oh, claro que lo entiendo —frivolizó la dama—. Un rey tiene que elegir esposa... políticamente. Y una castellana... Porque es castellana, ¿no? Ella te dará la pata que te falta para apoyar bien el reino. Y yo...

—Tú eres la mujer más deliciosa que he conocido jamás —protestó precipitadamente el rey sin corona.

—Pero no para desposarme —se dolió ella—. Ni antes, ni mucho menos ahora.

—¡Hemos hablado de esto demasiadas veces! —alegó malhumorado Ramiro.

—Sí, ya sé. Yo soy una viuda que camina hacia la vejez, con hijos mayores, regente de un negocio de mármol heredado de un caballero que... No es el perfil de una reina, ¿verdad?

Gontroda bajó la cabeza en una sonrisa resignada. Las ondas de su cabellera morena, con aquellas vetas blancas que la vestían como los dibujos estriados del mármol, se derramaban en una cascada de melancolía sobre el largo vestido negro. Diez años llevaba ya luto por su marido, el difunto don Suero del Incio. La casaron cuando apenas había dejado de ser una niña. Le dio seis hijos; cuatro vivieron. El negocio del mármol le había ofrecido una posición pudiente. Don Suero no fue mal esposo. Pero en el mismo funeral de su marido conoció a Ramiro, conde de la corona en Galicia. Ella nunca había amado de verdad a nadie. Hasta ese momento. Y ahora, esta noche de agua y fuego, Gontroda veía claramente que el amor se le terminaba.

—Siempre has sabido que esto tenía que pasar —musitó el rey.

—Siempre —concedió ella.

—Mi corazón nunca dejará de estar contigo —volvió a susurrar Ramiro.

—Nunca.

—Gontroda... —suplicó el hombre.

—No volveremos a vernos, ¿verdad? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió Ramiro.

Gontroda, lánguida, se levantó, asió a Ramiro de la mano y le condujo a la alcoba. Entre mármoles, se amaron en la convicción de que sería la última vez.



La sierra de Híjar dibujaba al oeste su perfil de afilados cuchillos. Un persistente viento azotaba los rostros y a Hernán le parecía escuchar, entre los vagidos del aire, llantos familiares que le llamaban desde muchas leguas más allá. Justo ahí debajo, al pie de aquella sierra, estaba Brañosera, su casa. Y los lamentos que el viento traía eran como la voz de su tierra, que le reclamaba con la insistencia de una esposa abandonada.

—Allí está mi pueblo —suspiró Hernán—. Brañosera.

—¿Muy lejos? —preguntó Paterna.

—Desde aquí, y a buen paso, apenas un día de marcha.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo ahí? —En realidad, a la dama no le importaba aquello, pero necesitaba escuchar a Hernán, necesitaba sentir la caricia de esa voz que borraba su soledad.

—Más del que recuerdo. Mi padre estuvo en la fundación del concejo y firmó en el fuero. El conde de Castilla le dio un pequeño señorío...

—Sí, Pamporquero —interrumpió Paterna—. Lo dijiste el primer día.

—Eso es. Pamporquero. Un bonito collado de bosques y pastos, al oeste del pueblo, con mucho monte y un arroyo cantarín que va a dar en el Rubagón. Cuando mi padre murió, me dejó eso en herencia.

—¿Tienes mucha gente contigo?

—Cinco familias que se ocupan de los pastos y del ganado —asintió el del Jabalí Blanco—. No necesitamos más. No es como Cigüenza: vuestra casa es rica en comparación con la mía.

—Mi padre —explicó Paterna— siempre ha visto nuestro terruño como su pequeño reino. Se quiere ocupar de todo: del grano, del ganado, de la vega, de la iglesia... ¡y hasta de con quién se tiene que casar cada cual, como hacía mi madre, Sancha!

—Un jefe nato, el viejo Nuño —concedió Hernán—. Ya me he dado cuenta.

—Él ha nacido para esto —sonrió filialmente Paterna—. Tú, sin embargo... ¿Cómo acabaste ahí? Quiero decir...

—Ya, ya sé lo que quieres decir —adivinó el de Mena—. Cómo un caballero del rey ha acabado en la frontera, tan lejos de la corte y sus oropeles, en vez de hacer carrera como conde de palacio. ¿No es eso?

—No quería herirte —se excusó la mujer, precavida.

—No lo haces. La explicación es bien sencilla: me casé, cumplí años, tuve hijos, la vida de palacio empezó a resultarme molesta y, sin renunciar a mi servicio al rey, obtuve permiso para instalarme en mi tierra. Eso fue todo. No hay ningún misterio detrás. El misterio es lo que voy a hacer a partir de ahora, cuando llegue Ramiro al trono.

Ante la vista de la comitiva se extendían los cerros, cada vez más romos, que iban a dar al Campoo. A orillas del río Camesa, preñado ahora con las aguas del deshielo, algunos colonos habían ocupado viejas ruinas romanas para dar nacimiento a las aldeas de Camesa y Rebolledo. Apenas cincuenta años atrás, aquí no había más que miedo y desolación; ahora ya se elevaban las cruces de las iglesias. La calzada se desplegaba llana hasta el sitio de Reinosa, pero el camino de la reina Paterna no iba a ser ese. «Nos encontraremos en Liébana», había ordenado Ramiro buscando un lugar seguro para su esposa. Ahora bien, llegar a Liébana sin cruzar el reino no era fácil. Las nieves del invierno todavía devoraban la piedra de las montañas y frustraban cualquier intento por hallar un camino más corto. Hernán había dedicado largas horas a trazar la ruta. No quedaba otra vía que ascender el valle del Híjar por el sitio de Argüeso, buscar la calzada de las Mazcuerras que lleva a Cabuérniga y, a la altura de Saja, cruzar los montes por la senda que pasa al valle del Nansa, a la aldea de Tudanca. Desde ahí era posible bordear por el sur la sierra de Peña Sagra para marchar dirección oeste hasta Pesaguero y la Vega de Liébana. El pequeño monasterio de Santa María, en Piasca, sería un buen refugio antes de llegar a San Martín de Turieno. Era una ruta segura, pero exigente: había por delante no menos de tres días de marcha.

Hacía frío en la gran llanura del Campoo. La noche no tardaría en caer de nuevo.

—¿Tuviste hijos? —preguntó Paterna, y en el mismo momento de hacer la pregunta sintió que lanzaba un cebo en aguas revueltas.

—Tres: Zonio, Creusa y Alfonso. El primero, que lleva el nombre de mi padre —explicó Hernán—, debe de estar ahora explorando el Pisuerga o allí, en Brañosera, si es que no le han llegado ya las nuevas de tu padre don Nuño pidiendo lanzas para el rey Ramiro y la reina Paterna. —Miró el caballero a la dama con un mohín en el que Paterna quiso ver fastidio—. Creusa, que lleva el nombre de mi madre, se casó con un señor del otro lado de las montañas, en la vega del Pas. Y el tercero, que lleva el nombre del rey, profesó recientemente como novicio en un monasterio de Trasmiera. Eneco y tú no tuvisteis hijos, ¿me equivoco?

Paterna dobló mecánicamente las manos sobre su regazo, como siempre que en su

vida aparecía el hijo que no tuvo.

—Cuando recibí la noticia de la muerte de Eneco, estaba encinta. El niño murió al poco. Nunca vio la luz. Iba a ser un varón. Lo esperábamos con mucha ilusión. Pero ni siquiera eso me dejó como legado; nada sobrevivió en el linaje del pobre Eneco.

—Lo siento. Un ángel sin nombre —musitó Hernán como en una jaculatoria—. Atilia y yo tuvimos dos así.

—¿Atilia?

—Era mi mujer.

La castellana, azorada, perdió sus ojos de miel en algún lugar de los cuchillos de la sierra.

—¿Cómo murió? —preguntó ella.

—Nunca lo supe. Fue un año después del parto de Alfonso. Debí haberme dado cuenta de que algo no marchaba bien: su palidez, su fragilidad, su cansancio... Pero no lo supe ver. Cuando murió, yo estaba fuera. Llegué a casa y... ¡Un horror!

—Debió de ser difícil criar a los tres hijos tú solo. ¿Nunca pensaste...?

—¿En casarme otra vez? Nunca —zanjó Hernán—. En aquel tiempo era lo último que se me podía pasar por la cabeza. Además, también mi padre me crio a mí tras la muerte de mi madre. No me resultaba un paisaje desconocido.

El viento del oeste traía el frío de las cumbres y anunciaba lluvia. Paterna escondió su cabellera de trigo maduro bajo la caperuza de su abrigo. Dominó un estremecimiento.

—¿Y tú? —preguntó a su vez Hernán—. ¿Por qué no te casaste? Eres aún joven y hermosa y... —se interrumpió, pensando haberse propasado de nuevo.

—¿De verdad viste morir a Eneco? —asaltó Paterna a bocajarro—. ¿Es verdad lo que me contaron? El asedio, las flechas... ¿todo eso?

—Sí —confirmó Hernán—. Yo estaba a pocos pasos de él. De hecho, alguna de las flechas que nos lanzaron fue a parar a mi montura y... —El caballero se detuvo, paralizado por una sensación de alarma—. ¿Realmente quieres saber cómo fue?

—Sí —respondió Paterna con un gesto que era al mismo tiempo un ruego y una exigencia y la aceptación de un tormento.

—Sea —suspiró el de Mena—. Habíamos cercado al traidor Mahamud en el castillo de Santa Cristina, cerca del Incio, en Galicia. Cuando sus hombres abrieron las puertas para salir en carga, el rey ordenó que nuestra vanguardia galopara hasta allí para entorpecer sus movimientos. En la tropa íbamos Ramiro y yo. Y Eneco. Tu marido era un buen jinete y manejaba muy bien la espada. Llegamos a tiempo. Trabajamos combate con los jinetes de Mahamud apenas salieron de la fortaleza. Entonces desde el castillo dispararon una salva de flechas. Era inconcebible. —Chasqueó Hernán la lengua—. ¡Mahamud ordenaba disparar incluso sabiendo que heriría a sus propios hombres! Yo lo vi y pude protegerme con el escudo. Pero Eneco

no, porque estaba de espaldas, peleando con un moro. Recibió seis heridas. Una de ellas le atravesó de parte a parte, a la altura del corazón. Cayó fulminado.

—¿Sufrió? —Más que una pregunta, el susurro de Paterna era una súplica.

—No —mintió Hernán—. Murió en el acto.

—¿Y después? —La mujer buscaba respuestas con una ansiedad que sobrecogió al caballero.

—Después fue el propio Mahamud el que, viéndolo todo perdido, salió al galope buscando una muerte heroica. Dios no se la quiso dar: apenas había recorrido unos pasos cuando su caballo tropezó y...

—No —atajó Paterna—. Me refiero a qué pasó después con el cuerpo de mi marido.

Hernán observó a Paterna con ojos dolientes. Nunca había tenido que contarle a una mujer cómo murió su esposo. Pero la angustia con la que la castellana esperaba detalles merecía quedar satisfecha.

—Cuando todo hubo terminado, recogimos a los nuestros. Con Eneco cargué yo.

—¿Cómo era su expresión? —La mujer temblaba como una hoja en la tempestad.

—Paterna, te estás haciendo daño. —La voz de Hernán sonaba como una amonestación sacerdotal.

—¡Quiero saberlo! —gritó ella con el semblante desencajado, y era la primera vez que Hernán la veía perder el dominio de sí—. ¡Siempre he querido saberlo!

—Sea —concedió Hernán—. Tenía los ojos abiertos en una expresión serena. La boca cerrada, con un rictus de cansancio. La cara estaba limpia, sin sangre. Todas las heridas las llevaba en su interior.

—¿Tú le recogiste?

—Yo le recogí —confirmó el caballero—. Y Ramiro me ayudó. Pusimos buen cuidado en que su espada y su escudo no se perdieran. Los recibirías, supongo...

—Sí. Aún los guardo —dijo Paterna, ahogando un sollozo.

—Después enterramos a todos nuestros muertos...

—¿Juntos en una fosa?

—¡No! Uno a uno, cada cual con su responso. Al pie de los muros de la iglesia de Santa Cristina. Allí están Eneco y los demás. Y una cruz con su nombre.

Paterna se santiguó en silencio. Respiró profundamente. Sin lágrimas; quizá también estas se hallaran en el interior, como las heridas de Eneco de Carranza. La castellana se estremeció dentro de su pesado abrigo de piel. El aire se enfriaba a toda velocidad a medida que el sol acariciaba el horizonte.

—Gracias por contármelo —musitó la mujer después de un silencio que a Hernán le pareció rojo de sangre—. Nunca había querido hablar de esto. Hasta hoy.

—Gracias a ti por escucharlo. Y por tu entereza —respondió Hernán, admirado—. Eneco fue un hombre afortunado por tener una esposa como tú, aunque el Señor

se lo llevara antes de tiempo.

Hernán volvió a morderse la lengua: una vez más, temía haber ido demasiado lejos. También se sentía avergonzado por haber expresado un sentimiento; en el mundo de Hernán de Mena, ese tipo de efusiones eran siempre signo de debilidad. Pero Paterna, las manos dobladas sobre el regazo, no escuchó nada: se había sumergido en sus pensamientos y en sus recuerdos, en ese dolor tantos años clavado en las entrañas y del que ahora, de algún modo, se liberaba a través de ese relato que nunca antes se había atrevido a escuchar.

Acamparon en un paraje desolado, de arbustos batidos por el viento, al cobijo de dólmenes misteriosos cuyo lenguaje ya nadie entendía. La noche cayó sobre el Campoo con un himno lúgubre, donde el aullido de los lobos se entremezclaba con el triste canto de los autillos. De madrugada, comenzó a llover.

8 ESPIRITUS ANTIGUOS Y NUEVOS

—¿Tú tampoco puedes dormir?

La voz de Paterna sobresaltó a Hernán. El de Mena se había apuntado el primer turno de guardia, según solía. Allí, entre las grandes piedras elevadas por hombres de otro tiempo, mataba la melancolía de una noche lluviosa poniendo al raso las zozobras de su corazón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el caballero—. Deberías estar en la tienda, con el aya. No es seguro que salgas.

—Descuida —sonrió Paterna—. Nunca en mi vida he tenido tantos y tan fieros guardianes como los que ahora velan por mí.

Hernán miró en derredor. Sus jinetes dormían envueltos en las capas, en la negrura de la noche acuchillada por el agua, al cobijo de los dólmenes, bajo los que se había encendido una incierta hoguera.

—No parecen muy fieros ahora —bromeó el caballero.

—Quietos y casi muertos. Como estas piedras —susurró la dama, acariciando con los dedos la superficie musgosa del mineral.

La miró. Con calma. Con delectación. Como había deseado hacerlo desde el primer momento en que la vio. Embozada en un pesado abrigo de pieles apenas desbastadas, la cabeza nimbada por el pelo animal, Paterna ofrecía su rostro al beso de la lluvia. El agua dibujaba sobre su semblante surcos que, a la luz ciega de la noche, le daban un aire mágico, como de aparición sobrenatural. Hernán habría deseado ser lluvia para poder besar él también ese rostro.

—Los paisanos de estas campas dicen que fueron los dioses antiguos —explicó Paterna.

—¿Quiénes? —preguntó Hernán, desorientado.

—Los que levantaron estas piedras —aclaró la mujer—. Los dioses antiguos. Fue hace muchos, muchos años, cuando el mundo era otro y aquí aún no había llegado la cruz. Verás. Dios creó el mundo. Y las piedras que le sobraron, las arrojó aquí para sepultar a los dioses antiguos. Estos las levantaron y, obedientes, se enterraron bajo ellas para que en la tierra no hubiera más que un solo dios.

—Jamás había oído esa historia —sonrió Hernán—. Suena casi sacrílega.

—Me lo contó una anciana cierta noche de invierno, en mi niñez; una noche de nieves que se prolongó un día, y otro, y otro, y nos tuvo a todos encerrados casi una semana en el castillo de Cigüenza. Fue un duro invierno, aquel.

Paterna mantenía la vista fija en la piedra, aparentemente ajena —pero solo era apariencia— a la mirada devoradora de Hernán. Sabiéndose observada, más aún, admirada, descubrió su cabeza, acomodó la trenza de trigo sobre los hombros y prestó

su perfil a la luz ambigua del fuego y la noche.

—Están enterrados aquí debajo, bajo estas piedras, pero no están muertos — prosiguió la mujer con su historia—. Siguen vivos y nos observan. Por eso de vez en cuando, en los días de viento, se escucha su llanto. ¿No lo has oído tú hoy? Yo sí.

Hernán, en efecto, había escuchado el llanto que traía el viento.

—¿Y qué dice ese llanto? —preguntó el caballero.

—A cada cual le dice lo que quiere oír. Hay quien escucha voces de seres queridos. Otros, impulsos de muerte. Aun otros, descabellados sueños de gloria y de poder.

—¿Y tú qué escuchas? —quiso saber Hernán.

La mujer calló. En sus labios de vino afloró una sonrisa de profundidad insondable. Con suavidad, apoyó la frente sobre la piedra del menhir, como si quisiera oír las voces de los dioses antiguos.

—Dime, ¿cómo es él? —preguntó al fin Paterna.

—¿Quién? ¿Ramiro?

—Sí.

—Un hombre cabal. Honrado. Valiente. Prudente —enumeró Hernán—. Tiene muchas virtudes.

—¿Y cómo soy yo? —preguntó la dama sin dejar de mirar al menhir, ahora como queriendo perforar sus secretos.

—Eres... Eres la mujer que cualquier hombre desearía para sí —tartamudeó Hernán.

La sonrisa de la castellana se ensanchó como una grieta en la roca. Pasó lentamente las dos manos sobre la gran piedra, dibujando figuras arbitrarias con los dedos. Hernán no pudo evitar el impulso de poner sus manos sobre las de ella. Paterna giró súbitamente el rostro, pero en su mirada no había turbación ni miedo.

—¿Serás capaz de vivir con un hombre al que no amas? —preguntó el caballero.

—¿Serás tú capaz de servir a un rey en el que no confías? —preguntó ella a su vez. La mujer había descubierto al genio malévolo que roía las entrañas de su custodio.

—Confíe o no en él, es mi rey —afirmó el de Mena.

—Le ame o no —respondió ella—, será mi esposo.

Hernán bajó la cabeza y apretó los puños para dominar la pasión que, frenética, se había despertado en su pecho. Ella acarició una vez más la piedra musgosa del menhir antes de mirar al caballero con una expresión que parecía, sí, dictada por los dioses antiguos y sus oscuros designios. La vio marchar lentamente, bajo la lluvia, hasta el dolmen que cobijaba su tienda. Entre sus telas blancas desapareció.

Hernán de Mena se arrebujó en la capa. Hundió la cabeza en las manos. Aún permanecía en sus dedos el perfume de Paterna. Cerró los ojos y se tapó los oídos. No

se sentía capaz de escuchar más voces de dioses. Ni antiguos ni nuevos.



El caballero Flaín de Castañeda pisó con paso inseguro el umbral de la torre de San Salvador de Oviedo, aquel cubo de piedra con una sola ventana que el arquitecto Tioda, bajo las órdenes del rey Alfonso, había hecho elevar junto al palacio y la catedral. Nadie permanecía insensible a la imponente imagen de su pórtico, cinco arcos sucesivos en ladrillo que subrayaban el rango de aquella casa. Cámara del tesoro, atalaya de vigilancia, torreón eclesial y torre del homenaje, todo en uno, la torre de San Salvador ofrecía al visitante la poderosa impresión de los espacios inexpugnables. Como era cosa conocida que allí se guardaba el tesoro de la corona, la mole pétreo irradiaba el fulgor que los espíritus atribuyen al oro. Y como era espacio sagrado, a la sugestión de la riqueza se sumaba la de la santidad, que siempre recordaba a los hombres la propia pequeñez. Flaín de Castañeda estaba sobrecogido.

Nepociano, regente de la corte de Oviedo, había abierto allí, en la primera planta de la torre, su mesa de tráfico de voluntades. Con frecuencia subía al piso superior, penetraba en la cámara donde se almacenaba el tesoro del reino y, pausadamente, cofre tras cofre, dejaba que su espíritu se extasiara en la contemplación de aquellas maravillas: sueldos carolingios de plata pura en tal cantidad que quebrarían el eje de un carro, joyas de orfebrería lombarda ricas en piedras y gemas, sacos de piezas de oro cuyo fulgor devolvería la vista a un ciego, coronas ornadas con zafiros y lapislázuli dignas de reyes de leyenda, lámparas votivas de edades remotas, diademas de altas señoras cuyo nombre se perdió en el tiempo, camafeos de estirpe imperial, ónices y ágatas brutos como los que Adán pudo regalar a Eva... Era el premio del poder.

El regente sabía que nadie, por orgulloso que fuera, por mucho poder que tuviera, entraba en aquel recinto sin sentir temor o zozobra. Por eso recibía allí a las voluntades que se proponía comprar. Si hay que negociar con los grandes —razonaba el magnate—, si hay que doblegar a los que se elevan, nada más apropiado que hacerlo en un escenario que los predisponga a la sumisión. El resto corría de su cuenta. Elegante y distinguido en el espacio vacío de la torre, embutido en su lujosa túnica verde bordada de oro —un regalo de Córdoba, pero ¿a quién le importaba eso?—, aparentemente frágil con sus largos cabellos grises llorando sobre los hombros y esa barba cana —la fragilidad de la vejez—, un perpetuo guiño cómplice en la mirada clara, Nepociano iba recibiendo uno a uno a los señores de la tierra y, con paciencia de padre, les explicaba por qué era imperativo que se pusieran de su lado. Por eso estaba allí Flaín de Castañeda, como otros antes que él.

—Quiero agradecerte que hayas encontrado un momento para honrarme con tu visita —saludó Nepociano, los brazos abiertos, corriendo al encuentro de Flaín—.

Deseaba mucho hablar contigo.

—Soy yo el honrado, noble Nepociano —acertó a balbucir Flaín, todavía inquieto por la amenazante premura con la que Piniolo y Aldroito le habían conducido hasta allí.

—No ignoras —explicó el magnate sin otros preámbulos— que el consejo ha decidido nombrarme regente en tanto se aclara el paisaje de la sucesión a la corona. Como titular de la regencia, mi principal ocupación ahora es pacificar el reino y dar voz a los señores de estas tierras. Los nobles consejeros y yo deseamos cambiar algunas cosas con el fin de aprovechar mejor los recursos del reino, que son cuantiosos y que, en una atmósfera de paz, podrían convertir el país en un vergel. Dime, francamente, ¿cómo verías que se te aliviara de parte de los tributos que pagas a la corona?

Nepociano clavó los ojos en Flaín. No era una mirada agresiva ni amenazante la del magnate, tampoco inquisitiva. Era mucho peor: era una mirada opaca, como un portalón de hierro, como los propios muros de piedra de aquella torre, y lo que imponía en ella no era lo que se adivinaba, sino, precisamente, la imposibilidad de adivinar ninguna cosa.

—Lo vería bien —concedió Flaín, sorprendido—. Hay cargas que se hacen muy pesadas.

—¿Es mucho lo que tributas? —se interesó Nepociano, forzando el tono de la amabilidad.

—Al año, un carro de grano de cada diez que cosecho —enumeró el de Castañeda contando con los dedos—. Más una vaca de cada diez que crío. Y todas las primaveras, un hombre para el servicio de las armas de cada cinco siervos de mis dominios.

—Mmm... Es más de lo que pagan otros —mintió Nepociano.

—Lo ignoraba —respondió Flaín, visiblemente molesto. Le costaba mucho esfuerzo mantener ese señorío y, al mismo tiempo, aspirar a una vida de alto estilo. Tanto le costaba que incluso había acariciado la idea de vender todo a un monasterio cercano y dedicarse a vivir de las rentas.

—Es normal. Bien —prosiguió Nepociano—, el hecho es que tan pesadas cargas son exigencia de la perpetua guerra que vivimos, pero, si eso cambiara, las cargas disminuirían. ¿Me sigues?

—Por supuesto —contestó el de Castañeda, expectante.

—Podríamos perfectamente —continuó el magnate— ir hacia una situación en la que los tributos disminuyeran a, en tu caso, un carro de grano de cada veinte y una vaca de cada treinta.

—¡Eso sería excelente! —exclamó el terrateniente, sin poder ocultar su entusiasmo.

Nepociano se tomó unos segundos para cartografiar el semblante de Flaín: un ya no joven señor rural como tantos otros, de buena planta, con un rostro atezado de agradables facciones y, sin embargo, una mirada que denotaba ciertos lamentables vicios. Muchos años de negocios habían enseñado al magnate a descubrir los secretos más íntimos de los hombres con solo estudiar su fisonomía.

—En cuanto al tributo de mozos para el servicio de las armas y la construcción de los castillos... Dime —continuó el regente—, ¿a cuántos siervos has recuperado después de acabada esa labor? ¿Cuántos han vuelto a tus tierras?

—La verdad es que muy pocos —se dolió el de Castañeda—. Los que no mueren o quedan lisiados en la batalla aprovechan para marcharse a otros lugares, sobre todo los jóvenes. ¡Sabe Dios cuántos, en lugar de volver al predio, se han fugado a esas tierras que llaman Castilla!

—Es una sangría de hombres intolerable —confirmó Nepociano, satisfecho. Había tocado el punto más sensible—. Pero en una situación de paz con Córdoba, no habría que perder ni a un siervo. Ni uno. Salvo los que tú mismo escojas cuando te corresponda aportar alguno en prenda de paz, cosa que ni mucho menos será todos los años.

¿Prenda de paz? Flaín miró al magnate con ojos de asombro.

—¿Estás pensando en pagar tributo a los musulmanes? ¿Y qué será de... de la defensa de la cristiandad? —preguntó, repitiendo una fórmula que en su boca sonaba inverosímil.

—¡Oh, bueno, esto no tiene nada que ver con la cristiandad! —respondió Nepociano moviendo las manos, como quien se desprende de una carga menor—. Y por supuesto, tampoco vamos a tolerar una invasión. Pero si el precio de la paz fuera un tributo sensato y ventajoso, ¿no sería más beneficioso para todos?

El regente de Oviedo posó sobre su invitado una sonrisa beatífica y comprensiva, como la del padre que enseña a su hijo los secretos elementales de la vida.

—Eso —farfulló Flaín—... Eso es ¡vasallaje, como en los tiempos de Aurelio!

—¡No, de ninguna manera! —exclamó Nepociano, fingiendo indignación—. El rey Aurelio era un mentecato que no supo entender lo que querían los musulmanes. Lo nuestro no es vasallaje; es comercio, que es cosa distinta. Todos ganamos.

—¿Habrá que entregar esclavos? —planteó el de Castañeda.

—¿Esclavos? No me gusta esa palabra —objetó el regente—. Digamos, más bien, que podemos permitirnos que la mano de obra cambie de dueño. Y en esa transacción, por cierto, las muchachas tendrían más valor que los mozos. Tus campos no quedarán desatendidos.

—¿Muchachas? ¿Para los moros? —preguntó bobamente Flaín, abriendo mucho los ojos.

—Alguna vez será preciso, sin duda —concedió Nepociano, encogiéndose de

hombros, con el aire de quien se resigna al mal menor por el bien de la comunidad.

—No será fácil explicar eso al pueblo —masculló el terrateniente.

Nepociano miró fijamente a Flaín. Hacía tiempo, sí, que el viejo magnate había aprendido a leer en el corazón de los hombres, y la lectura se le mostraba tanto más transparente cuanto más negra fuera la tinta en la que venían escritos sus secretos.

—No tienes que explicar nada —le tranquilizó el regente—. Al revés, todo el mundo entenderá que es por el bien de todos. Por otro lado... En fin... Eso también te dará oportunidad de... ¿cómo decirlo?... Sí, de conocer en profundidad a las muchachas de tus tierras antes de entregarlas en prenda de paz —soltó Nepociano, manteniendo el semblante imperturbable; casi podía escuchar el efecto de sus palabras en el alma torcida de Flaín.

—No parece mal negocio —respondió el de Castañeda, disimulando apenas un brillo de lascivia en los ojos—. Y dime, noble Nepociano, ¿qué esperas exactamente de mí? ¿Solo mi respaldo?

El regente posó una mano sobre el hombro del terrateniente. Bajo la apariencia del gesto paternal se adivinaba la satisfacción del depredador que ha cazado a su presa.

—Sí, tu respaldo de palabra y de obra. De palabra, porque preciso que te sumes a los nobles señores que están defendiendo nuestra bandera en el consejo. Y de obra, porque nada de esto se conseguirá sin esfuerzo. Voy a contarte algo —susurró el regente— que debes mantener en secreto. ¿Cuento contigo?

Flaín afirmó mecánicamente con la cabeza.

—Un emisario de la corte —explicó Nepociano, bajando mucho la voz—, el conde Sonna, al que sin duda conocerás, ha partido al encuentro de Ramiro Bermúdez para pedirle que se someta al voto de los nobles en el consejo. Por toda respuesta, Ramiro ha huido a Galicia y está levantando un ejército para... ¡marchar sobre Oviedo! —Golpeó el regente sus manos con un ademán teatral.

—Es... Es muy grave eso que dices —tembló Flaín.

—Por eso necesito tu respaldo. Como el de tantos otros que, desde Gozón hasta Santillana, están uniéndose a nuestra causa con su lanza y sus hombres. Dime —instó el regente a su invitado—, ¿cuento contigo?

Flaín de Castañeda asintió dócilmente. Nepociano, solemne, le besó en las mejillas.

—No olvidaré esta conversación —dijo el magnate a modo de despedida—. Tus justas reclamaciones serán satisfechas. Y ahora, ve en buena hora. Sé que con brazos como el tuyo la justicia está salvada.

Flaín se marchó del salón con la misma torpeza con la que había entrado. Descendió medroso las escaleras de la torre sin poder reprimir una mirada a la cámara donde, según se decía, descansaba el tesoro del reino. Fuera le esperaban

Piniolo y Aldroito. Con ellos aguardaba otro caballero que igualmente iba a someterse a la persuasión de Nepociano. Como Osorio de Amieva. Como Suero de Tineo. Como Flaín de Castañeda. Uno más en el nuevo consejo del reino.



Después de un par de días cabalgando al vivo ritmo de la caballería eslava, después de un par de noches durmiendo en la jubilosa compañía de las canciones de los soldados y las estrellas del cielo manchego, el príncipe Mohamed terminó recibiendo la visita doctrinal de Yahya el alfaquí. El heredero sabía que, tarde o temprano, el viejo acudiría a su jaima. El emir se lo había impuesto como carabina, y aquel saco de huesos resacos —bastante deteriorado por el viaje, por cierto— no podía sino aparecer. La noche había caído con la contundencia del abril de la estepa, cuando el calor del sol se apaga de repente para dejar paso a un frío medular e implacable, como si de nuevo despertaran las voces del invierno con su acento de hielo. El príncipe, solo en su tienda, satisfecho después de una larga jornada de sudor y polvo, se disponía a dar cuenta de una de las cestas que con tanto primor había preparado el eunuco Nasr Abu el-Fath. Y entonces la cabeza arrugada del alfaquí asomó por la puerta.

—Mi príncipe...

—¡Mi querido Yahya ben Yahya! —exclamó Mohamed con una sonrisa resignada, ahogando como pudo la contrariedad que le producía la inoportuna presencia del alfaquí—. Pasa, pasa. Te esperaba. Toma asiento, por favor.

El alfaquí se sentó trabajosamente en los cojines que mullían la alfombra de la tienda del príncipe. Rígido, clavó sus ojos pequeños, dos alfileres al rojo vivo, en el rostro de Mohamed. Al joven heredero le sorprendió la intensidad de esa mirada. No había en ella ni rastro del habitual aspecto lacayuno del viejo. Al contrario, se diría que quien allí estaba sentado era uno de aquellos imponentes profetas del desierto que solo se alimentaban con dátiles y leche de cabra y cuya palabra cautivaba la voluntad de los hombres.

—¿Tú quién eres? —espetó Yahya ben Yahya.

—¿Has perdido el juicio, viejo? —El príncipe no daba crédito—. ¿Quién voy a ser? ¡Mohamed, bien lo sabes!

—¿Tú quién eres? —repitió el alfaquí, y ahora su rostro entero parecía irradiar el fuego de las arenas de Arabia.

—El príncipe Mohamed —repuso el joven con orgullo—, hijo del emir Abderramán, de los Omeyas de Córdoba.

—No —objetó el anciano—. Tú eres un servidor de Alá. Y después, todo lo demás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mohamed, desorientado.

—¿Quiénes son los Omeyas? —preguntó Yahya por toda respuesta.

—¡Mi linaje! —contestó el príncipe, sin perder el ademán orgulloso—. Los descendientes de Uzmán ibn Affan, esposo de Rukaya y Umm Kulthum, hijas del profeta; los constructores del califato; la dinastía legítima. Los creadores del emirato independiente de Al Ándalus.

—Correcto —concedió el alfaquí—. Pero sin Alá y su palabra, recibida por Mahoma, no seríais nada más que una tribu de pequeños y mezquinos comerciantes en las arenas de La Meca.

Mohamed miró al alfaquí con sorpresa. Nadie se había atrevido nunca a hablarle en tales términos. ¿Quién se había creído ese viejo fanático que era? Pero el anciano que allí se sentaba, hierático y solemne, no parecía el Yahya de siempre.

—Has de entender algo importante —continuó el alfaquí—. Tú no serías nada sin la palabra del profeta. Ni tú, ni tu padre Abderramán ni tu abuelo Alhakán. Ni ninguno de nosotros. Sin la palabra de Mahoma, no seríamos más que tribus miserables en desiertos sin esperanza. ¿Qué éramos antes de la Hégira? Una miriada de clanes que se desangraba en guerras necias por un camello, un oasis, una mujer o un pedazo de tierra arenosa, mientras adorábamos a las piedras y a las fuentes y hacíamos sacrificios a fantasmas sin sentido. El profeta cambió todo eso. Hoy somos el pueblo de la única verdad. «Coged la cuerda de Dios, el islam y no os separéis», dice el Libro santo. «Recordad el bien de Dios que bajó sobre vosotros cuando erais enemigos y reunió vuestros corazones: con su bien os transformasteis en hermanos». Así fue.

Mohamed estaba intimidado. Por primera vez bajó la mirada. Sus ojos verdes fueron a posarse en las babuchas de Yahya, dos despojos más ajados que las míticas babuchas de Abu Kassim. Aquella visión cómica le permitió recuperar los ánimos. Pero el alfaquí no había terminado.

—¿Qué sabes de Alá? —preguntó Yahya, como quien lanza una acusación.

—Que no hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta —respondió mecánicamente Mohamed.

—Correcto —asintió el alfaquí—. ¿Y eso qué significa?

El príncipe heredero zozobró. Nunca se había hecho esa pregunta. Se tomó unos segundos para reflexionar, frunciendo los labios como si las palabras se le estuvieran apelotonando en el interior de la boca.

—Significa —dijo al fin Mohamed— que todos los demás dioses y todos los demás profetas son falsos, productos del engaño y del mal, y por tanto deben ser extirpados de la faz de la tierra.

—Bien —aprobó el alfaquí—. De algo han servido las lecciones que has recibido. En el mundo, joven príncipe, hay dos grandes continentes. Uno es el de la fe y la sumisión: Dar al-Islam, donde reinan la palabra del profeta y la voluntad de Alá. El

otro es la casa de la guerra: Dar al-Harb, donde gobierna la blasfemia. Nuestra misión es redimir Dar al-Harb para convertirlo en Dar al-Islam y llevar la sumisión a los infieles. «¡Combatid a quienes no creen en Dios ni en el último día —dice el Corán— ni prohíben lo que Dios y su enviado prohíben, a quienes no practican la religión de la verdad entre aquellos a quienes fue dado el Libro! Combatidlos hasta que paguen la capitación personalmente y ellos estén humillados». Así hemos de conducirnos. ¿Qué es la sumisión?

—El islam es la sumisión —respondió el heredero.

—¿Y cómo se manifiesta?

—¿Obedeciendo la ley? —aventuró Mohamed.

—En parte —concedió Yahya—. Pero hay mucho más. Hay cinco pilares que sostienen el islam. ¿Cuáles son los cinco pilares?

—¡Lo sé! —exclamó jubiloso el príncipe, como el alumno en apuros que se ve agraciado con una pregunta asequible—. Creer en Alá y la revelación de Mahoma, orar, dar limosna, ayunar en el Ramadán y peregrinar a La Meca.

—Bien —aplaudió el alfaquí—. Y todo eso, ¿qué quiere decir?

Mohamed no pudo evitar que se le escapara un gesto de infinito desconsuelo. Le habían enseñado a responder preguntas, pero nunca a hacerse nuevas preguntas sobre las respuestas. Miró al vacío como buscando una inspiración. Pero el examen de Yahya era retórico.

—Mi joven príncipe, tú serás algún día emir. —El vaticinio del alfaquí sonaba más a maldición que a buena ventura—. Eso te convierte en intérprete aventajado de las enseñanzas del profeta, como lo es hoy tu padre. Después de Mahoma ha habido otros hombres santos, pero ninguno hay ni habrá con palabra de profeta. La de Mahoma fue la palabra definitiva. A ti te corresponderá mantener encendida la luz. Tendrás que ser sabio y prudente para aplicar el Corán y la sunna, la verdad revelada y las enseñanzas de Mahoma. No te fíes de los otros libros —advertía Yahya, levantando un índice tieso como la primera palmera de Córdoba—: la Torá de los judíos o el Evangelio de los cristianos, porque estos infieles, en su torpeza, han alterado sus textos, sordos a la verdad. ¿Cómo creer a esos blasfemos que deforman al espíritu del desierto, al dios de la ira, y lo travisten como a un muñeco con sus santos y sus fiestas? El Corán es la última y definitiva palabra de Alá.

—Lo entiendo —contestó Mohamed con un movimiento de cabeza.

—Entiende también que tu posición te exige saber de qué hablas. Has de comprender el alcance de la creación del mundo por Alá. Has de comprender por qué hay ángeles y por qué no son semidioses, como parecen creer esos politeístas cristianos con sus santos y sus serafines. Has de aceptar que Alá ha marcado tu camino, tu destino, y que la sumisión a sus designios te garantizará la entrada en la Yanna, la vida después de la vida.

—Lo entiendo —repitió Mohamed.

—Entiende asimismo —prescribió Yahya— que nada de eso se consigue sin un esfuerzo interior. La guerra santa, la *yihad*, se libra al mismo tiempo dentro y fuera de ti. Es imprescindible que hable la espada. El arcángel Gabriel dio al mismísimo Mahoma la espada Zulfiqar de punta bífida, la misma con la que su yerno Alí derrotó al dragón. Por eso, como dice el Corán, «no hay ciudad a la que nosotros no aniquilemos o atormentemos con terrible aflicción antes del día de la resurrección».

—¡Yo ardo en deseos de empuñar la espada! —aulló Mohamed.

—Lo sé —atajó el alfaquí—. Pero también en esto hay normas que deben gobernar tu conducta. ¿Contra quién es lícito empuñar la espada?

—¿Contra los enemigos de la fe? —apuntó el joven.

—Más precisamente: infieles, apóstatas, rebeldes, ladrones, sediciosos que rechazan la autoridad del islam —enumeró calmosamente el anciano—. Todos ellos deben pasar bajo la espada. Tendrás que saber también que no todo está permitido. La guerra santa ha de ser librada por hombres, y es bueno que sea cada año, pero solo contra hombres podrás dirigirla. Salvo que debas hacer frente a enemigos declarados del islam o rebeldes que se niegan a pagar la capitación. En ese caso, todos, también ancianos, mujeres y niños, podrán ser objeto de tu ira santa.

—Juro ser fiel a esos preceptos —afirmó orgulloso Mohamed.

—Bien —aplaudió al alfaquí—, pero hay más, porque existe otro tipo de guerra santa en la que también deberás vencer.

—Te escucho —musitó el príncipe, dispuesto a beber todo cuanto saliera de la boca de aquel hombre.

—No se trata solo de hacer la guerra al infiel —precisó Yahya ben Yahya—. Además, hay que saber vencer al enemigo que vive dentro de cada uno de nosotros. Tu padre Abderramán siempre lo ha entendido. Por eso goza de autoridad y el pueblo le ama y le teme. Tu abuelo Alhakán, por el contrario, únicamente era capaz de ver la guerra exterior; nunca se venció a sí mismo, y así fue borracho y jugador, para escándalo del pueblo. Debes aprender de los aciertos y los errores de tus antepasados —sentenció el viejo doctor de la ley ante la atónita mirada del príncipe, que por primera vez escuchaba a alguien cantarle las verdades sobre su linaje.

Siguió un gran silencio en el que el rostro de Yahya fue poco a poco dulcificándose. Los ojos del anciano, hasta ahora radiantes como bolas ígneas, empezaron a plegarse bajo los párpados como si una persiana se cerrara. Las arrugas del rostro dejaron de parecer los secos barrancos de Tabernas y cobraron la ductilidad de grietas en el barro. Su misma voz, antes tonante, fue recuperando la opacidad cascada de la vejez. A Mohamed le pareció que incluso el cuerpo del alfaquí se reducía a su primitiva dimensión después de haber ocupado toda la jaima como si fuera Iblís, el señor de los genios.

—Esto es lo que quería decirte por hoy —susurró Yahya ben Yahya—. Mañana, si quieres, seguiremos.

Mohamed miró asombrado al alfaquí. Si alguna vez se había preguntado por qué aquel saco de huesos calcinados gozaba de tanta influencia ante su padre, ahora había encontrado la respuesta. El príncipe heredero escanció un vaso de agua de rosas que ofreció al anciano. Después tomó una de las cestas con viandas que había preparado el eunuco Nasr Abu el-Fath. La abrió con delicadeza. Eran dátiles. Sirvió un puñado a su maestro. Porque Yahya ben Yahya, el alfaquí, ya era su maestro. Afuera, una intempestiva escarcha de abril sepultaba las voces de la noche. Mañana, cuando la columna retomara la marcha, el príncipe Mohamed, diecinueve años, tendría un objetivo más ancho en su vida.



A Ramiro se le llenó el corazón de gozo cuando divisó, por el camino de Samos, su cerro de la sierra del Édramo y, sobre él, la silueta de su hogar. Después de las asperezas de la meseta, aquel festival de colores verdes le resultó tan entrañable como el sonido de las gaitas, como la risa inmoderada de las aldeanas, como la carne blanda y tibia de Gontroda.

Una viva agitación se extendía por todo el valle. Había grupos de hombres errando aquí y allá, jinetes que iban y venían por entre las casas de piedra con techumbres de paja y los establos de madera carcomida por el agua, estrépito de herrería y fragua entre humaredas guerreras, campesinos que vendían sus cerdos o sus gallinas, mujeres que voceaban mercancías decentes e indecentes entre las tiendas que las tropas habían improvisado en los prados, monjes que confesaban al personal a campo abierto, carros de vituallas que subían y bajaban del castillo a la aldea y de la aldea al castillo... Se estaba formando un ejército.

Gatón, sobre su negro caballo de aspecto salvaje, corrió al encuentro de su padre. El cíclope rubio exultaba pensando en las batallas que ahora se abrían ante sí, lizas decisivas en las que su espada iba a decidir el futuro del reino.

—¡Ordoño ha trabajado bien! —exclamó Ramiro al verle—. ¡Como siempre!

—Sí, padre —murmuró Gatón con un cierto tono de fastidio. El joven aún no había hollado su casa desde su llegada la noche anterior, había pasado la jornada entre los herreros y en las tiendas de la tropa, y le molestaba que su padre, como siempre, tuviera solo ojos para el trabajo de Ordoño. A veces se le hacía complicado amar a su hermano.

—No es el mejor jinete del mundo, y la caza tampoco es lo suyo, pero como organizador no tiene precio —continuaba el rey.

—Sí, padre —repitió neutro Gatón.

—¡Nunca te separes de él, hijo mío!

—No, padre —salmodió una vez más el segundón.

A medida que avanzaban por entre el gentío, Ramiro y Gatón recibían el grito victorioso de los paisanos. Se diría que todos, hombres y mujeres, labriegos y caballeros, marchaban a la guerra por igual. Ordoño había tenido a todos los herreros de las fraguas del Sarria y del Mao fabricando flechas, venablos, dardos, puntas de lanza y hachas que ahora se acumulaban en grandes carros a los lados del camino. Gatón, enarbolando el pendón regio con sus brazos de oso, saludaba a la muchedumbre aullando: «¡Viva el rey!», y el gentío contestaba con vivas y salves que sonaban a gloria temprana en los oídos del elegido.

Ordoño se había plantado en el portalón del castillo. Desde allí tenía una visión completa de la aldea y del valle, y podía controlar tanto a las mesnadas que acudían a la llamada del rey como a las columnas de suministros que afluían desde todas partes. Ordoño tenía los cabellos castaños del padre, pero todo lo demás era herencia de su madre: las facciones regulares hasta la perfección, subrayadas por la ausencia de barba; la sonrisa franca, la mirada azul, un gesto de perenne inteligencia en la compostura de la boca... Al verle allí, erguido en medio de los mensajeros que iban y venían, rodeado de auxiliares que le referían los mil detalles de la campaña, Ramiro pensó una vez más que él, Ordoño, sí que sería un gran rey.

El padre descabalgó ágilmente antes de llegar al puesto de mando. Ordoño, al divisarle, se precipitó en sus brazos. Gatón, detrás, también tuvo su abrazo.

—¿Cuántos hombres tenemos? —preguntó Ramiro sin más.

—De Samos, veinte jinetes y cincuenta peones —refirió puntualmente Ordoño, mirando sus pergaminos—. De Lemos, lo mismo. De Trava y Sobrado, cien jinetes y trescientos peones. De Compostela, seis jinetes y cien peones. Del Narcea esperamos una tropa de veinte jinetes y doscientos peones. De...

—¡Basta! —interrumpió Ramiro, impaciente—. Dime el total.

—Aquí presentes, trescientos jinetes y unos dos mil peones —resumió el primogénito—. En camino, otro tanto. Llegarán entre hoy y mañana.

—¡Mucha gente! —bufó el rey sin corona—. ¿Cómo has conseguido tanto brazo?

—El abad de Samos ha hecho de mediador —explicó Ordoño con aire satisfecho—. Ninguno ha podido negarse.

—¡Excelente! ¿Podremos dar de comer a todos?

—Dos días —respondió Ordoño, escueto—. Ni uno más.

—¡No hará falta más! ¡Bravo, hijo! —Ramiro palmeó la espalda del joven—. Esperaremos a los que faltan un día más. Y al alba de pasado mañana partiremos hacia la Mariña.

—¿La Mariña? —se sorprendió Ordoño—. Yo había imaginado que citarías a los caballeros en Lugo. Es la capital, allí están el obispo Adulfo y las grandes casas de los nobles, sus murallas son seguras y...

—De ninguna manera —atajó Ramiro, tranquilo pero firme—. No quiero citarlos en Lugo. No me fío del obispo Adulfo con sus enrevesadas intrigas. Prefiero a esa gente a campo abierto, lejos de los palacios. Todos esos linajes son demasiado conscientes de su poder. Algunos de ellos ya eran dueños de sus tierras en tiempos de Roma. Llegaron los suevos y se hicieron suevos para no perderlas. Cuando los godos vencieron a los suevos, se hicieron godos. Y de buena gana se habrían hecho musulmanes si la espada de Alfonso el primero no hubiera sido más fuerte. Para esta gente, Ordoño, hijo mío, entiéndelo, ver a un tipo en el trono significa bien poca cosa: están acostumbrados a que los reyes cambien, uno detrás de otro, mientras ellos siguen ahí. Para gobernar a esos caballeros hay que inspirarles temor, no dejarles conspirar en los pasillos y, sobre todo, no darles nunca la espalda. No, no. Los quiero ver cara a cara, al aire libre y espada al cinto. Los reuniremos en la Mariña, en las campos de Mondoñedo, y que acudan con sus huestes. Que se sientan vigilados no solo por mí, sino también por sus propios hombres.

—Así se hará —aceptó Ordoño.

—Después, marcharemos sobre Oviedo. Y a propósito... —titubeó el elegido—, ¿alguien se ha negado a enviar huestes?

—Sí —confirmó el joven con un visible malestar—. Al este del Narcea, los señores dudan. Mucho me temo que Nepociano haya comprado su voluntad.

—¡Me lo temía! —se lamentó Ramiro—. ¡Se arrepentirán! Otra cosa. ¿Qué sabemos del obispo Serrano? Recibí un mensaje suyo camino de Castilla. ¿Ha llegado ya?

—Ni ha llegado ni tengo noticia de él —informó el joven—. No podemos descartar que haya sido también asesinado, como Teudano y Fáfila, o que esté encerrado como Gomelo.

—¡Cerdo traidor, ese Nepociano! —resopló Ramiro—. Acabaré con él. Y ahora, vayamos dentro. Deseo ver a mi Aldonza.

La casa de Ramiro no había quedado al margen de la agitación bélica. Los criados cruzaban sin cesar el patio acarreando armas y bruñendo escudos y corazas, o acumulando en carros grandes tinajas con carne en salazón. Solo Aldonza, aislada en su mundo sin luz, parecía guardar la cabeza en medio del frenesí. Ramiro la halló sentada frente a la chimenea, escoltada por su inseparable aya. Con su ayuda estaba bordando un pendón. Cruz roja en fondo blanco. Un pendón para Ramiro. Para su rey y padre.

—¡Hija! ¡Ya estoy aquí! —bramó Ramiro nada más entrar en la estancia.

Los ojos sin vida de la muchacha dibujaron una sonrisa azul.

—¡Padre! ¡Qué alegría! ¿Estáis bien? ¿Gatón...?

—Aquí también, pequeña —respondió el cíclope rubio.

—¿Y el caballero que os acompañaba? —interrogó Aldonza—. ¿Ese de

Brañosera?

—Ha quedado en Cigüenza con Paterna, mi prometida —respondió triunfal el rey. Pero el rostro de la muchacha se descompuso en un rictus de alarma.

—¿Has dejado a tu prometida en manos de otro hombre más joven y apuesto que tú? —exclamó como quien denuncia un pecado mortal. Ramiro perdió pie.

—¿Y con quién iba a dejarla si no? —farfulló el elegido.

—¡No entiendes nada de mujeres! —le reprochó Aldonza—. ¡Eres un insensato!

—Óyeme —ordenó Ramiro, repentinamente suspicaz—, ¿y tú cómo sabes que es apuesto si no le has podido ver?

—El aya me lo dijo.

Ramiro fijó en el aya unos ojos fieros que literalmente fulminaron a la vieja criada.

—¡Bah! ¡Apuesto! Cosas de mujeres —ventiló el padre—. ¿Apuesto? Yo no entiendo de eso. Yo solo reconozco la apostura en las mujeres y en los caballos. Bueno, y en las vacas también —agregó entre grandes risotadas.

La sospecha de Aldonza, sin embargo, hizo mella en el ánimo siempre alerta de Ordoño.

—Padre, ¿ese hombre es de fiar?

—¡Qué crees! —bramó Ramiro—. ¿Que va a seducir a mi prometida?

—No, no —denegó Ordoño—. ¿Pero no has pensado que tal vez, en una situación como la que estamos viviendo, ese Hernán de Mena podría entregar a Paterna a Nepociano por su propio provecho personal? ¿Qué mejor rescate que la prometida de tu adversario...?

Ramiro se rascó la barba revuelta. No, no lo había pensado. Jamás se le había pasado por la cabeza que alguien fuera capaz de tamaña felonía. Y menos que nadie, un caballero cristiano.

—Hijos, me desconcertáis —musitó el rey en un silbido. Pero enseguida recobró la firmeza—. Conozco a Hernán de Mena desde hace muchos años. He peleado a su lado. Sé su historia. Nadie le ha podido hacer jamás el menor reproche en cuanto a sentido del honor y de la lealtad. Si en alguien puedo confiar para que cuide de Paterna, ese es Hernán. Sé que daría su vida por ella. Quiero decir —rectificó sobre la marcha—, por mí. Y ahora, cenemos algo —dijo abruptamente—. Deseo revisar a las tropas antes de que caiga la noche.

Esa tarde se cenó en silencio en la casa de Ramiro Bermúdez.

4 SERPIENTES

Primero se escuchó un alarmado cuchicheo. Después, tintineo de metales y rumor de movimientos entre el jadeo ahogado de los caballos. Enseguida, sonido de pasos apresurados y roce de ramas y apagados choques de piedra y acero. En un recodo del camino de Argüeso a Cabuérniga, apenas media legua antes de que el Saja reciba las aguas del Argoza, cerca de un paraje que llaman Los Tojos, dos huestes armadas se habían descubierto la una a la otra. Los hombres de una y de otra habían desmontado rápidamente para tomar posiciones bajo la sombra de las hayas. Una mesnada enarbolaba el estandarte blanco con la cruz roja del reino cristiano del norte. La otra, también.

—¿Quién va? —se gritó desde la una.

—¿Quién va? —se gritó desde la otra.

—¡Huestes del rey! —contestó la una.

—¡Huestes del rey! —contestó la otra.

—¡Dejad paso a la espada del rey don Ramiro! —se ordenó desde la una.

—¡Dejad paso al caballero Sonna, conde de palacio! —se ordenó desde la otra.

Hernán de Mena, mientras sus hombres se desplegaban a los lados del camino, había permanecido a caballo, la espada fuera de la vaina. A su lado, otro caballero mantenía alto el estandarte. Tras ellos, a unos pasos, protegida por otros dos jinetes, Paterna continuaba igualmente en su montura. Hernán, entre mil precauciones, el escudo del jabalí blanco cubriendo el torso, avanzó lo justo para dejarse ver en el ángulo de la curva del camino.

El conde Sonna, erguido sobre su corcel, observaba el arco que sus hombres habían formado en torno al sendero. Si alguien osaba aparecer por cualquier punto, sería inmediatamente asaeteado. Sonna ordenó a su lugarteniente que mantuviera bien visible el estandarte. Desenvainó la espada. Terció el escudo con el aspa negra de San Andrés. Lentamente, en solitario, avanzó.

—¡Conde Sonna! —exclamó Hernán.

—¡Caballero Hernán de Mena! —se sorprendió Sonna.

Los dos hombres se acercaron. Ambos hicieron gestos a sus guerreros para que bajaran la guardia. De entre las sombras del espeso hayedo aparecieron varias decenas de cuerpos. Muchos de ellos, en ambos bandos, portaban las capas rojas de los fieles del rey. Cuando unos y otros se reconocieron, guardaron sus armas y rompieron a saludarse a su vez. Ahora las dos huestes parecían solo una. Pero los caudillos de una y otra no habían perdido la prudencia.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Sonna en tono conminatorio.

—Lo mismo debería preguntarte yo —respondió Hernán con semblante

desconfiado.

—Hemos salido de Oviedo en busca del conde Ramiro Bermúdez —respondió Sonna—. ¿Por qué no estás con él?

—El rey don Ramiro —replicó el de Mena, subrayando la condición regia del ausente— ha partido hacia Galicia para hacer frente a un usurpador. Eres tú quien debería estar con él.

Sonna y Hernán se miraban fijamente, dos almas gemelas en una situación que tenía algo de fraticida. El conde se preguntaba qué hacía el de Mena con una hueste tan corta en el camino de Oviedo. El de Mena trataba de adivinar qué podía buscar el conde Sonna en medio de aquel hayedo, en vez de estar cubriendo sus obligaciones en palacio.

—¿Cómo has dado con nosotros? —inquirió el Caballero del Jabalí Blanco.

—Tengo destacamentos en todos los caminos que vienen de Castilla —explicó Sonna en una exhibición de autoridad—. En las Mazcuerras, en Puentenansa, en Cabezón, incluso en Liébana. Lo difícil habría sido no encontraros. A mí me ha cabido el honor —añadió el conde con un punto de sarcasmo.

En ese momento, Paterna, siempre a caballo, se aproximó.

—¿Quién es ella? —inquirió Sonna.

—Doña Paterna Núñez, hija de don Nuño de Cigüenza, prometida del rey don Ramiro —respondió Hernán, ceremonioso—. Tu futura reina.

—Una flor de las Bardulias —comentó Sonna con alguna ironía.

—Una dama de Castilla —repuso la propia Paterna, elevando el mentón y clavando en el conde unos ojos fieros. Sonna inclinó respetuoso la cabeza, como si se la hubieran herido con una flecha de rosas y azahar.

Castilla... Aún no habían pasado dos generaciones desde que aquel rincón de las Bardulias había empezado a llamarse así, Castilla, y a Sonna no dejaba de impresionarle el orgullo con el que esa gente de la frontera pronunciaba su nombre. Estaba especialmente bella Paterna esa mañana, como si el sol de la primavera temprana le hubiera transmitido su fulgor. Su cabello de trigo maduro resplandecía sobre el gesto altivo. Para sorpresa de los dos caballeros, Paterna descabalgó. Los hombres se apresuraron a imitarla. La dama caminó pausadamente hacia el conde Sonna y tomó la iniciativa.

—Mi prometido, el rey don Ramiro —explicó la mujer con una sonrisa cortés, distante—, nos ha ordenado aguardarle en lugar seguro. El caballero Hernán de Mena es responsable de mi custodia. Lo que no esperábamos —agregó— era que una cohorte de caballeros del reino viniera a nuestro encuentro.

Sonna se inclinó y besó la mano de la dama. Estaba realmente impresionado, y no tanto por el aspecto físico de Paterna como por su manera de conducirse, por su dominio de sí, por su compostura de gran señora. Hernán, neciamente, se sintió

celoso y al mismo tiempo orgulloso de haber entrado en la vida de aquella mujer. Mientras tanto, los guerreros de la hueste del conde habían ido acercándose para observar a la reina. De algún lugar tras los setos surgió también el aya de Paterna, que se apresuró a situarse junto a ella, como para protegerla de las miradas de los hombres. Pero Paterna, visiblemente, no necesitaba otra protección.

—¿Qué hacéis aquí tú y esta hueste, Sonna? —volvió a preguntar Hernán—. ¿De qué lado estáis?

—¿Qué quieres decir? —repuso ofendido el conde.

—Bien lo sabes —acusó el caballero—. Oviedo debe de estar ardiendo en este momento. La palabra del rey Alfonso ha sido traicionada. Su elegido, Ramiro, se ve obligado a empuñar las armas para defender lo que es suyo. Un usurpador, Nepociano, le ha robado el trono. Va a haber guerra, si es que no ha empezado ya. ¡No me digas que ignoras todo esto! Te repito, ¿de qué lado estáis? —insistió el de Mena.

El conde Sonna escrutó el semblante de Hernán tratando de descubrir alguna mentira, alguna trampa, alguna intención oculta... Pero no, el del Jabalí Blanco era tan incapaz de albergar doblez como el propio Sonna. Honor y fidelidad: el uno y el otro estaban cortados por el mismo patrón.

—¿Estás seguro de que la decisión del rey Alfonso fue esa? ¿Fue legítima la elección de Ramiro? —preguntó una vez más Sonna, y ahora su demanda tenía acentos de súplica: aquel asunto le estaba lacerando el alma.

—Que no te quepa la menor duda —aclaró Hernán—. Él me llamó en su lecho de muerte, me confió que Ramiro era su heredero y me ordenó protegerle. Por eso salí de Oviedo. El obispo Gomelo me confirmó la decisión del rey. No necesito más. Quizá debí decírtelo cuando me preguntaste, en la puerta de la cámara del rey, y ahora lamento no haberlo hecho, pero mis instrucciones no eran esas.

—Acusan a Gomelo —opuso Sonna— de haber malinterpretado la decisión del rey. Puesto que solo el obispo custodia el documento con la designación, se le achaca que en realidad todo es cosa suya. Y por tanto la decisión de nombrar heredero a Ramiro es ilegítima.

—¡Eso es una locura, Sonna! —exclamó el de Mena—. ¿Desde cuándo el obispo Gomelo ha torcido la voluntad de nadie, y menos aún del rey? Además, está el testimonio del consejo.

—Solo Teudano y Tioda rubricaron la decisión —objetó el conde.

—¿Y por qué no les has preguntado? —exclamó Hernán.

Sonna bajó la mirada. Nada de todo aquello tenía sentido. El conde refirió al caballero los últimos acontecimientos.

—Me he enterado de que Tioda está encerrado. Y Gomelo, seguramente preso. En cuanto a Teudano, está muerto.

—¿Muerto? —bramó el de Mena.

—Lo mataron en una sesión del consejo —detalló Sonna.

—¡En el consejo! —exclamó Hernán, escandalizado—. ¿Cómo lo has consentido, desdichado?

—Yo no estaba en Oviedo en ese momento. Estaba... estaba... —al pecho de Sonna volvió el recuerdo tibio de los brazos de Gadea la molinera—, estaba en camino para localizar a Ramiro —dijo al fin sin mentir del todo—. Precisamente salí por consejo de Nepociano y su esposa, doña Jimena, y con el aval del conde Escipio. Se trataba de elucidar las circunstancias de la designación. ¿Cómo no iba a aceptar esa tarea?

Hernán de Mena se rascó pensativo la barba. Todo lo que Sonna acababa de referirle era una catástrofe. Nepociano, Jimena, Escipio... Todos estaban en la conspiración. Y Teudano, el viejo y bravo Teudano, muerto. Y Gomelo, preso. El reino, cabeza abajo.

—¿No te das cuenta, Sonna? —reprochó el de Mena—. Te han alejado de Oviedo para poder perpetrar su traición. Y tú te has dejado engañar como un niño.

Sonna iba a musitar algo parecido a «yo no lo sabía», pero su sentido del honor le vetaba el recurso a excusa alguna. Estaba claro que había cometido un error gravísimo. Pero, aun así, necesitaba más información para reconstruir el paisaje.

—¿Dónde está ahora Ramiro? —preguntó.

—Lo ignoro —respondió Hernán, sin reparar en el ceño desconfiado de su interlocutor—. Imagino que en algún lugar entre Galicia y Asturias, organizando a su ejército y dispuesto a aniquilar al usurpador.

—¿No ha pasado por Alles? —aventuró Sonna, aún bajo el efecto de la matanza de la casa de don Alvar.

—Difícil lo veo —dijo el de Mena, ajeno a la tragedia—. Eso queda muy lejos de su camino.

—¿Cuántos hombres tiene Ramiro? —volvió a interrogar el conde.

—¿Para qué quieres saberlo? —repuso a su vez Hernán, y ahora la desconfianza afloraba a su rostro como una máscara de hierro.

—¡No es lo que estás pensando! —se apresuró a excusarse Sonna—. Pero ocurre que Nepociano ha traído consigo una tropa mercenaria de dimensiones considerables. No será fácil acabar con esa gente. Todo eso sin contar con las huestes que Escipio y otros como él hayan podido movilizar en su favor.

La mente de Hernán voló hacia las mesnadas que a estas mismas horas, desde todos los puntos de Castilla, se movilizaban para acudir a la batalla. Alguna incluso habría llegado ya a su destino. Imploró a Santiago que ninguna hueste enemiga se interpusiera en el camino de aquellos valientes. En esas mesnadas marchaba, entre otros, el joven Rodrigo Núñez, el hermano de Paterna.

—¡Ven con nosotros! —sugirió de repente Paterna—. Únete a nuestra hueste y marchemos juntos hacia el campamento de Ramiro.

—No puedo —objetó Sonna, depositando en la dama una mirada entre admirativa y desconsolada—. He comprometido mi palabra con Escipio y los otros caballeros. Debo volver con ellos.

Hernán miró a su alrededor. Las huestes de uno y otro lado del camino, enmudecidas las armas, formaban ya una piña que se intercambiaba risas, historias, trozos de pan, pellejos de agua, incluso juegos de dados y, por supuesto, comentarios entusiastas sobre la nueva reina, esa castellana de trenza de trigo y gesto orgulloso que domaba a los jefes guerreros con un solo movimiento de sus manos. No había escenario menos apropiado para imaginar una guerra civil en el reino. Era preciso encontrar una salida a este embrollo. El de Mena asió a Paterna por un brazo e hizo una seña al conde Sonna. Ante la mirada recriminatoria del aya, los tres se alejaron un trecho. A instancias de Hernán, tomaron asiento en un claro del hayedo, bajo la sombra de un árbol cuyas ramas lucían ya las primeras hojas nuevas.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó al viento el conde Sonna.

Paterna, Hernán y el conde cruzaron sus miradas buscando una solución a su angustia. El de Mena iba a decir algo, pero entonces la castellana habló:

—Creo que sé lo que podemos hacer —musitó Paterna—. Y tal vez sea la mejor salida para todos.



—¿Cuántas horas llevas apedreando pajarillos?

—No estoy apedreando pajarillos.

Ordoño estaba, en efecto, apedreando pajarillos. Subido en un carro de siega varado, los pies colgando, el gesto aburrido, como un niño contrariado, combatía su frustración con aquel bobo ejercicio. A su alrededor, el patio vacío del castillo, despejado ya de guerreros y caballos y promesas de combate. Frente a sí, un paisaje infinito: desde el cercano castro de Formigueiros hasta el poblado de la Castiñeira se extendían las diminutas manchas de las aldeas que señalaban la frontera de la repoblación.

—Es un hombre extraño, nuestro padre —murmuró Ordoño—. Cuando estuvo en la corte con el rey Alfonso, declinó ser conde de palacio y pidió serlo en Galicia. Y cuando obtuvo el nombramiento en Galicia, no se instaló en ningún lujoso palacio ni en ningún castillo de fama, sino que vino aquí, a la frontera, a esta sierra en medio de ningún lugar...

—Quizá porque siempre ha querido construir algo por sí mismo —apuntó Aldonza—. ¡Y deja ya de apedrear pajarillos!

—No estoy apedreando pajarillos.

—No me engañes —sonrió Aldonza—. No puedes.

—¿Y cómo sabes lo que estoy haciendo si eres ciega? —espetó Ordoño a su hermana.

—No me hace falta verte para saber lo que estás haciendo. —La muchacha dirigía su sonrisa triste hacia algún lugar del gran patio del castillo, como si hablara con las piedras.

—¿Tienes un ojo oculto en algún lado? —provocó Ordoño.

—¡No seas idiota! —rio la hija de Ramiro—. Sé lo que estás haciendo porque eres mi hermano y te conozco. Además, hacías lo mismo cuando eras niño y algo te contrariaba. Y yo entonces veía. Lo recuerdo muy bien.

Ordoño miró largamente a su hermana. Tan bonita. Tan frágil. Con esos ojos tan hermosos... tan ciegos. El primogénito de Ramiro no podía evitar que una ola de compasión invadiera su pecho cada vez que miraba a su hermana Aldonza. A pesar de los muchos años transcurridos, no podía acostumbrarse a la idea de que su hermana ya no vería nunca más.

—¿Qué recuerdas, Aldonza? —preguntó Ordoño—. ¿Qué imágenes tienes? Quiero decir... ¿Me ves a mí con el aspecto que tenía cuando perdiste la vista? ¿Me ves como a un niño?

—Es difícil explicarlo —respondió la muchacha—. No, no te veo como un niño. Guardo tu imagen de entonces, sí, pero tengo que esforzarme mucho para llevarla a la mente. Lo que ahora veo son otras cosas: olores, sonidos, tactos... También el espíritu.

—¡El espíritu! —exclamó el joven.

—Sí. Yo lo llamo así. ¡No quiero decir que vea tu alma! —rio Aldonza—. Llamo espíritu a lo que siento de la gente cuando la tengo cerca. Como a ti ahora. Y siento con toda claridad que estás muy enfadado.

—¡Cómo no estarlo! —bufó Ordoño—. Primero, padre me apartó del viaje para buscar a Paterna. Me dejó aquí y tuve que encargarme del trabajo más tedioso: formar un ejército y convencer a todos esos señorones de que valía la pena correr el riesgo. Y ahora, cuando llega la hora de la batalla, la hora de la gloria, vuelve a dejarme aquí. Se lleva consigo a Gatón como si fuera un perrito faldero, y a mí me deja con los viejos y las mujeres. ¡Cómo no voy a estar enfadado!

Aldonza sonrió suavemente. Su inseparable aya la ayudó a sentarse junto a su hermano en el viejo carro que aguardaba, año tras año desde que la muchacha tenía memoria, el día de la siega. Solo ese día aquel carro dejaba de ser un armatoste inútil y se convertía en regia carroza vestida con granos de oro.

—Padre tiene razón —sentenció al fin la muchacha.

—Eso dices siempre —murmuró Ordoño con tono de enojo.

—No, no lo digo siempre porque no siempre tiene razón —repuso ella, firme—.

Pero en este caso, sí. Tú tienes que permanecer aquí.

—Ya, ya sé: porque si pasa algo malo, yo seré el rey, ¿no? ¿Y qué rey voy a ser si aún no he sacado la espada de la vaina? ¡El rey de los viejos y las mujeres!

—Es más complicado que todo eso, y tú lo sabes. —Aldonza paseaba suavemente los dedos sobre el rostro de su hermano: lo había sentido cambiar año tras año, y ahora ese rostro era ya el de un hombre—. La batalla puede salir bien, y entonces todos iremos a Oviedo, o puede salir mal, y en ese caso caben muchas posibilidades. Una batalla en tablas exige que alguien tenga mano libre para reunir nuevas huestes: tú. Una derrota con retirada necesita que alguien tenga cubierta la retaguardia: tú. Una derrota con cautividad requiere que alguien esté en condiciones de negociar un rescate decente: tú. Tú y solo tú. Esas cosas no las puede hacer Gatón, que es muy bueno y muy fuerte, ¡pero muy bruto! —volvió a reír Aldonza—, ni puedo hacerlas yo, que no soy más que una damisela ciega. Tiene que hacerlas alguien inteligente y con carácter. O sea...

Ordoño apretó la mano de Aldonza entre las suyas, la besó con suavidad y la apartó de su rostro. Lanzó otra piedra a los pajarillos que se aventuraban a descender sobre el patio en busca de cualquier migaja, los restos del paso del ejército de Ramiro.

—¡Me dejas estupefacto! —exclamó el joven, burlón—. ¿Es que estuviste oyendo anoche a padre?

—No, no escuché.

—¿Entonces todo eso se te ha ocurrido a ti sola?

—Sí. ¡Y deja ya de apedrear pajarillos! —ordenó Aldonza.

La partida del ejército de su padre, después de tantos días de intensos preparativos, había dejado dentro de Ordoño una suerte de vacío que no sabía cómo llenar. Se sentía postergado, relegado a un papel secundario. Pero además tenía la impresión de que algo no estaba funcionando bien, como si alguna circunstancia se le hubiera escapado, y eso le laceraba el alma con un escozor de angustia.

—¿Qué más ves, Aldonza? ¿Qué sientes?

—Miedo —confesó la muchacha de inmediato—. Tengo miedo por padre. Y por Gatón y por ti. Tengo miedo de que esa Paterna sea una mujer ambiciosa que solo busque honores para su familia. O aún peor, que engañe a padre con ese Hernán del Jabalí Loco, o como se llame, o con cualquier otro.

—¡Aldonza! —se escandalizó Ordoño—. ¡Paterna es una mujer decente!

—Sí, pero padre está viejo y esa mujer podría ser tu hermana mayor.

—¡Las mujeres siempre pensando en lo mismo! —rio el joven.

—En lo mismo que pensáis los hombres, sí. ¿O me vas a negar que Paterna es hermosa? —acusó la muchacha con el tono de quien ha sorprendido a alguien en una falta.

—Solo la vi una vez —protestó el primogénito—, y de lejos. Y me pareció muy mayor. De todas maneras, creo que ves fantasmas. Paterna es honesta y Hernán es amigo de padre. Fantasmas, sí. Eso es lo que ves. O esos espíritus que dices que sientes. ¿Qué te dijo el espíritu de Hernán? —preguntó Ordoño sin abandonar el tono burlón.

Aldonza suspiró. Nada de lo que estaba ocurriendo le inspiraba el menor apetito de broma. Porque eso que ella llamaba «los espíritus» le estaba hablando, sí. También el de Hernán.

—Me dijo que es un hombre leal, fuerte y severo —certificó Aldonza—. Y cansado.

—¿Cansado? —se extrañó el joven.

—Cansado de pelear. Cansado de su lealtad. Me dio esa impresión. Es la misma que me da padre muchas veces.

—Pues yo —bromeó Ordoño— no vi a padre nada cansado esta mañana, cuando marchó al frente de la hueste. ¡Parecía un paladín de Carlomagno en sus años mozos!

—Que no te engañe la euforia del combate. Padre está cansado —sentenció la muchacha—. Lo sé. Lo siento. Y por eso también tengo miedo. Temo que, llegado el momento crucial, reaccione con torpeza.

—¿En la batalla?

—La batalla —corrigió Aldonza— es lo que menos me preocupa. No es la primera vez que padre pelea. Eso lo sabe hacer. No, me refiero a lo que haya de venir después.

—¿Después? Tú mandas y los demás obedecen. Eso es ser rey, ¿no? —frivolizó el joven—. No veo dónde está la dificultad.

—La dificultad, Ordoño, está en que padre, y tú y todos vamos a tener que enfrentarnos a batallas mucho más peligrosas; batallas contra otras personas que aspiran a tener lo que nosotros tendremos, y que no darán la cara en un combate, sino que moverán sus dagas a traición y en la oscuridad de palacio.

Ordoño volvió a fijar la vista en el rostro de su hermana. Era como si Aldonza estuviera reviviendo vidas pasadas, tragedias de existencias anteriores, pesadillas de generaciones que ya no circulaban por el mundo de los vivos. Quiso quitarle importancia.

—Me parece que tu aya te ha contado demasiadas cosas de los viejos tiempos —bromeó, dando un impertinente codazo al aya, que asistía a la conversación en perfecta mudez.

—¡No son de los viejos tiempos! —repuso Aldonza, casi indignada—. ¿Es que no has visto lo que está pasando ahora, tú que tienes ojos capaces de ver? Ese Nepociano ya ha matado a varios nobles del consejo. Y más que matará si hace falta. Y después de Nepociano vendrán otros. Y...

—¡Me dirás que prefieres ver tus días apagarse aquí, en esta sierra que no puedes ver, en unos campos cuyos colores te resultan invisibles, en una vida aburrida y monótona, sin... sin...! —Ordoño no sabía qué decir.

—Sin riesgos. Sin muertes. Sin ambiciones —asintió la muchacha.

—Aldonza... ¡Eso no es vida! —protestó Ordoño, jovial.

—Así habla un rey guerrero —sonrió la niña ciega.

—Mi pequeña...

Ordoño abrazó a su hermana y acarició su larga cabellera rubia. Las ondinias de los ríos debían de ser así, como Aldonza, medio niña y medio mujer, cuando abandonaban las profundidades de los lagos y emergían a la orilla para contar a los hombres historias de hechizos y embrujos y secretos de tesoros escondidos en grandes pozas olvidadas de Dios. La muchacha reclinó su cabeza sobre el pecho de Ordoño. Era ya un pecho de hombre, ancho y duro. Lo había sentido crecer día tras día, año tras año, y ahora su hermano ya no era un niño; era un hombre que algún día iba a ser rey. Y ese día —temía Aldonza— perdería a su hermano Ordoño para siempre jamás.



Para grave disgusto del general Walid, que desconfiaba de Mohamed y despreciaba a Yahya, la intimidad entre el maestro y su pupilo había crecido de manera ostensible a medida que la columna marchaba hacia el norte. El alfaquí Yahya ben Yahya aprendió pronto a apreciar la exquisita confección de las viandas que el príncipe Mohamed guardaba en aquellas cestas preparadas por el buen eunuco Nasr Abu el-Fath. El alfaquí hacía frecuente exhibición de austeridad y ascetismo, e incluso había quien decía que solo se alimentaba de pistachos y leche cuajada, pero no por ello desdeñaba los placeres de una buena mesa. Las cestas del eunuco, aviadas según las inflexibles órdenes del heredero, guardaban tesoros gastronómicos que resultaban aún más valiosos en aquel áspero caminar del ejército de Córdoba hacia el reino cristiano del norte. Yahya, noche tras noche, acudía a la tienda de Mohamed para instruirle en la recta doctrina del islam. Y Mohamed, alumno agradecido, adornaba las lecciones abriendo al azar alguna de aquellas cestas y obsequiando el reseco paladar del alfaquí con inesperados deleites. De manera que el anciano, al cabo de unas pocas sesiones, había empezado a sentirse como aquel muchacho de la vieja leyenda de Bagdad, que quedó encerrado en una cueva llena de tesoros y pasó años descubriendo maravillas cofre tras cofre.

Todo eso —pensaba el eslavo— solo podía traer malas consecuencias. Ya era bastante difícil gobernar a aquel rebaño de bereberes como para que, además, el heredero dedicara tantas horas a instruirse en la fe. ¿Es que iba a tener que hacerlo todo él solo? Aunque, bien mirado, quizá fuera mejor así: que Mohamed metiera las

narices en la organización de la tropa no podía ser más que un estorbo. Pero con todo y con eso, el general habría agradecido que el príncipe hiciera algún gesto de interés por el avituallamiento de las tropas, por el estado de las armas, por la salud de los caballos, por la moral de los combatientes... Al menos, alguna indicación orientativa sobre el destino final del viaje. Porque desde que salieron de Toledo se había hecho patente que no marchaban a la frontera de Álava, sino hacia poniente y enseguida al norte. Iban, pues, al habitual camino que seguían las aceifas sobre tierras gallegas. Nada definitivo, sin embargo, había salido de la boca de Mohamed.

Las palomas mensajeras del convoy permitieron a Walid comunicar a Nasr el cambio de rumbo. Esto era importante: si había algún sobresalto, cualquier revés en el camino, Córdoba podría enviar refuerzos en pocos días. Pero al general tal garantía solo le tranquilizaba a medias. Entre la recepción del mensaje y la llegada del auxilio podía correr mucha sangre. Bien, se pelearía: para eso estaban allí, después de todo, y Walid volvería a demostrar que no había en Al Ándalus mejor guerrero que él. Por lo demás, el veterano eslavo se sentía como un aya obligada a responder del comportamiento de un chiquillo imprevisible. Lo cual aumentaba su resquemor hacia Mohamed, Yahya, los bereberes y el universo mundo en general. «Tomamos el camino que lleva a Astorga», decía el último mensaje que había enviado al eunuco. A Nasr le correspondía ahora obrar en consecuencia.

Se lo había temido desde el principio, al ver la exorbitada lista de demandas del heredero: una aceifa larga y a lugar lejano. Nada de una excursión campestre a las mal defendidas tierras de la frontera oriental. Y al mismo tiempo, demasiada poca hueste para una gran campaña en el noroeste. ¿Cuál era el verdadero juego? Solo Mohamed sabía realmente adónde se dirigían y para qué. No es que esto fuera nuevo para Walid. Su vida consistía en obedecer órdenes sin hacer más preguntas que las precisas. Pero eso significaba que, si algo le ocurría al heredero, aquel ejército quedaría varado sin rumbo en medio de la planicie infinita del valle del Duero. Tarde o temprano, Mohamed tendría que confiar a su general el destino final del viaje, el verdadero objetivo de la expedición. Pero los días pasaban, el camino se hacía largo, las montañas del Bierzo ya estaban a pocas jornadas y el heredero seguía sin proporcionarle el menor detalle sobre la auténtica naturaleza de su misión. Mohamed solamente parecía tener oídos para aquel viejo alfaquí con el que compartía largas veladas de charla y no menos largas sesiones de solaz con el contenido de sus malditas cestas.



Fue entonces cuando ocurrió. Cierta noche fresca de aquel abril estepario en una llanura sin nombre, a orillas de un río que los bereberes conocían como Zapardiel, después de una larga y tediosa jornada de marcha. Walid acababa de pasar revista a la

guardia y se había sentado junto al fuego, fuera el yelmo, fuera también la coraza, para comer un poco y calentarse los huesos antes de rendirse al sueño. En ese momento un espeluznante alarido de dolor surgió de la tienda del heredero. Enseguida vino otro grito, este de puro terror. Walid, como impulsado por un resorte, saltó espada en mano hacia la jaima de Mohamed. Arrolló a los cuatro esclavos nigerianos que se agolpaban ante la puerta. Y allí lo vio. Vio a Mohamed con la boca abierta en un gesto de espanto supremo. Vio a Yahya tirado en el suelo, retorciéndose de dolor, los largos dedos huesudos aferrados al rostro. Y vio a la serpiente.

La cobra egipcia es un animal muy hermoso: largo como un hombre, fuerte, con bandas de vivo color negro cerca de la cabeza, que se abre en forma de capucha al atacar. Algunos ejemplares son incluso enteramente negros, lo cual aumenta el miedo que inspiran. Es fama que su veneno resulta mortal. Ningún bereber ignora que conviene mantenerse alejado de su siseo, precedente infalible del ataque. Ahora aquel bicho estaba allí, en un rincón de la jaima de Mohamed, levantada la cabeza y la boca abierta, hinchado el cuello y tembloroso el cuerpo, casi como un espejo del propio Mohamed y de los esclavos nigerianos, todos paralizados por el pánico. Walid, sin titubear, decapitó al animal de un solo tajo. La cabeza fue a caer sobre las viejas babuchas de Yahya ben Yahya, que agonizaba sin remedio en un aterrado estertor.

—¡Salió...! ¡Salió de la cesta! —balbuceaba histérico el heredero, el semblante pálido como el de un muerto—. ¡De la cesta!

Yahya el alfaquí dejó de respirar casi al instante. La cobra le había mordido una primera vez en el cuello y luego otra en la cara; esta segunda mordedura había sido más prolongada, a juzgar por los orificios sanguinolentos que el anciano mostraba en el rostro. La muerte llegó en pocos minutos.

—¡Yo le acerqué la cesta! —sollozaba Mohamed—. ¡La serpiente estaba dentro!

En sus sesiones gastronómicas, Mohamed había adoptado la costumbre de ofrecer al alfaquí las cestas de viandas al tiempo que abría su tapa. El alfaquí, ceremonioso, acercaba la cabeza y cantaba el contenido: dátiles, olivas, *ziryabi*, *tafaya*... ¡cobras! Así ocurrió. El viejo no tuvo tiempo de reaccionar. Apenas había asomado el rostro a la canasta entreabierta cuando el reptil salió disparado sobre su cuello. Enseguida, en fracciones de segundo, el animal se aferró a su rostro. Ese fue el alarido que había alertado a Walid. Después el ofidio trató de protegerse en un rincón. Aquella serpiente no era de las que uno encuentra en las estepas hispanas. Era una cobra de Egipto, típica del norte de África. Tampoco podía haber entrado en la cesta por accidente. Alguien tuvo que colocarla allí. Había soportado casi una semana de marcha sin alimento ni agua. Cuando se abrió la tapa, saltó con la furia de la desesperación. Ahora su cuerpo se enroscaba lánguido en un rincón de la jaima del príncipe Mohamed, heredero del emirato de Córdoba, mientras su cabeza permanecía muerta entre las babuchas del alfaquí.

—Esto es un mal augurio —observó en voz baja uno de los numerosos bereberes que habían acudido al lugar.

Walid miró al bereber de arriba abajo.

—No es un augurio. Es una serpiente, imbécil. Nada más —zanjó el general.

Pero las secas palabras del eslavo no bastaron para disuadir a los bereberes de que aquello, en efecto, era un mal augurio, una sombra que a partir de ahora iba a proyectarse sobre la expedición de Mohamed envolviéndola en aciagos presagios.

Mohamed tardó horas en rehacerse. Cuando lo logró, dispuso personalmente los detalles para el entierro del alfaquí. El cadáver del anciano doctor de la ley fue lavado con agua del Zapardiel y amortajado con los preceptivos sudarios. Como no había lienzos para hacer los tres que manda la tradición profética, se usaron solo dos. Con tablones del carromato que transportaba a Yahya se confeccionó un precario féretro. El propio Mohamed se encargó de recitar las *takbiras* y la *taslima*, las plegarias fúnebres. Después los esclavos del Níger cavaron un hoyo profundo con buen cuidado de que quedara orientado en sentido perpendicular a la dirección de La Meca.

Bismillahi Rahmání Rahím. Alhamdulillah Rabbil ‘Alamín. En el nombre de Dios, Clemente, Misericordioso. Alabado sea Dios, Creador del Universo. El príncipe Mohamed no podía apartar de su cabeza la idea de que aquella serpiente iba dirigida a él. Que él tenía que haber sido la víctima del ataque. Del atentado. Porque era un atentado, de eso no le cabía duda. Un atentado contra el heredero del emirato. ¿Pero quién era el criminal? ¿Quién había metido la cobra en la cesta? ¿Un bereber? ¿Un eslavo? ¿Uno de los esclavos negros? ¿Quizás alguien en Córdoba? ¿Y qué tendría que decir de todo esto el eunuco Nasr Abu el-Fath?

La columna de Mohamed se puso en marcha dejando atrás la improvisada sepultura del alfaquí Yahya ben Yahya. Poco antes de partir, el general Walid mandó una nueva paloma a Nasr:

Yahya ben Yahya ha muerto. Le mordió una serpiente. Ha sido enterrado conforme al ritual. Seguimos camino.

Ya nada iba a ser igual en el alma del príncipe Mohamed.



Melusina, hija del hada Presina y de Elinas, rey de Escocia. Por faltar al amor filial la condenó su madre a convertirse todos los sábados en serpiente de cintura para abajo, para volver a ser mujer normal el resto de la semana. El hombre que la desposara se vería bendecido por la fortuna y por una abundante progenie. Pero si el marido llegara a descubrir su secreto, entonces Melusina quedaría maldita para siempre y

nunca más volvería a ser enteramente mujer. He aquí que Melusina desposó a un príncipe de la Aquitania, el cual se comprometió a nunca buscarla en sábado. La mujer serpiente concibió diez hijos y construyó numerosos castillos. Grande fue la dicha del príncipe y Melusina. Hasta que el marido, un sábado, no pudo resistir la curiosidad e hizo un agujero en la puerta tras la que se ocultaba su esposa. Y allí vio a Melusina bañarse en una gran cuba de mármol, mujer de cintura para arriba, serpiente de cintura para abajo. La mujer serpiente se vio obligada a huir. Nadie volvió a verla nunca más con forma enteramente humana.

Nepociano cerró cuidadosamente el libro que el abate Vidal le había hecho traer desde Poitiers: *Legendarium* era su nombre. Los monjes de San Hilario el Grande lo habían transcrito, por encargo expreso del muy docto abad Mellebaude, a partir de una antigua copia del santo varón Venancio Fortunato, que fue obispo de aquella ciudad. El misterio era cómo aquella joya había ido a parar a las manos del abate borrachín, pero Nepociano conocía a Vidal lo suficiente como para saber que era hombre de recursos inagotables.

Era sábado, y Jimena, como todos los sábados, se demoraba atendiendo a su cuidado personal: largos baños en vapores de esencias y delicados masajes con exóticos aceites. No, no era Melusina. Él la había podido ver muchas veces, en manos de sus sirvientas, desnuda de la cabeza a los pies, prestando su piel y sus músculos y sus huesos a la oculta sabiduría de aquellos dedos que la hacían rejuvenecer cada vez que aplicaban su energía sobre el cuerpo de su amada. Y sin embargo —razonaba el regente—, probablemente era una mujer como Jimena la que había inspirado originalmente la leyenda.

Nepociano se veía triunfador. Lo controlaba todo. O casi todo. El consejo del reino estaba dominado. Nadie en Oviedo se oponía a su regencia. El buen Escipio había trabajado bien, siempre bajo la convicción de que la designación de Ramiro había sido fraudulenta. Tarde o temprano se enteraría de la verdad, pero, para entonces —pensaba el magnate—, Escipio estaría ya tan atrapado en la red del poder que no podría salir de ella. Solo una cosa inquietaba a Nepociano: que alguien más supiera la verdad, que alguien más estuviera en condiciones de atestiguar que el difunto Alfonso, plenamente lúcido, había designado a Ramiro heredero de la corona. No le preocupaba el acta del consejo: esta la tenía Gomelo, pero el viejo obispo se hallaba encerrado y alejado del mundo. Ahora bien, le desasosegaba no saber nada del otro obispo, el joven, ese Serrano de nariz grande y aplastada que había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. Y tampoco le resultaba tranquilizador el hecho de que el conde Sonna no hubiera dado señales de vida desde su marcha en busca de la comitiva del gallego. Todos esos eran cabos sueltos que había que atar.

Ahora, en todo caso, lo prioritario era acabar con Ramiro y su partido. En Oviedo

el horizonte estaba despejado: todos los nobles, unos por dinero y otros por miedo, habían aceptado la situación. Los que no se fiaban de Nepociano se acogían a la acrisolada lealtad de Escipio. Los señoríos cercanos, amedrentados por las exhibiciones del ejército mercenario del magnate, se habían avenido igualmente a doblar la cerviz. Tan asustados estaban que ni siquiera protestaban por las continuas aportaciones de víveres que se veían obligados a prestar para mantener a la soldadesca. Quedaban por amansar los ariscos castellanos y los salvajes vascones, pero de estos ya se encargarían las huestes de Abderramán en cuanto Nepociano les abriera la puerta. Así pues, la única batalla que de verdad importaba era la de Galicia: marchar sobre el oeste, entablar combate con las gentes de Ramiro, derrotarlas sin paliativos y clavar en una pica las cabezas del heredero y sus hijos. Y entonces, sí, el reino del norte sería suyo.

Escipio había traído informaciones preciosas sobre el ejército del gallego: no llegaba a los cinco mil hombres. Salvo los caballeros hechos a la guerra en la frontera, que eran pocos, la gran mayoría de las fuerzas de Ramiro era tropa de fonsado, paisanos comunes que tomaban las armas por obligación hacia la corona. Pan comido para un ejército como el de Nepociano, cuyos hombres mataban por profesión.

—¿Qué nuevas tenemos del granjero gallego y su becerrilla castellana? —La voz de Jimena, metálica, siempre bien templada, sacó a Nepociano de sus cavilaciones.

—Estás esplendorosa, querida —contestó el magnate. Y realmente lo estaba con aquella tez reluciente, ruborizada en las mejillas, la cabellera roja derramándose sobre su cuerpo juncal, como las hojas de un sauce en otoño.

—Gracias, mi bien —correspondió la mujer—. Siempre tan gentil. Algún día deberías acompañarme en mis baños.

—Prefiero dejar esos misterios a la intimidad de Melusina —musitó el magnate con aire soñador.

—¿Perdón...? —preguntó Jimena, confundida.

—No, nada. Viejas historias. —Se abanicó Nepociano con las manos como invocando un cambio de atmósfera—. Me preguntas por el granjero y su... ¿cómo la has llamado? ¿Becerrilla?

—Becerrilla —confirmó la mujer—. Becerrilla castellana.

—¡Es un mote digno de un genio! —rio el hombre a grandes carcajadas—. ¡Me encargaré de que todo el mundo, a partir de ahora, los llame así!

—Me alegra que te agrade. —Acarició suavemente la mujer las barbas grises de su esposo—. Pero ahora, dime, ¿qué sabemos de ellos?

—Que siguen separados —respondió Nepociano—. La becerrilla, en algún lugar entre las Bardulias y la Liébana. Esperemos que el conde Sonna la encuentre pronto. Y en cuanto a Ramiro, que ha tenido que renunciar a su... becerrilla, sabemos que

intenta poner en pie algo que se parezca a un ejército. Con poca fortuna, añadiré.

Jimena avanzó suavemente, cogió a su marido de la mano y lo condujo hasta el balcón de su alcoba en palacio. Todo cuanto podía verse alrededor transpiraba orden y paz. Los campos, cultivados, preparados para recibir el sol de la primavera. Las calles, limpias. Las catedrales, silenciosas. Los soldados, bien repartidos por la capital hasta donde se perdía la vista.

—Lo estamos consiguiendo —susurró Jimena, y en la caricia de su voz jugueteaba con la gema regia que brillaba en su pecho.

—Esto no es más que el principio —precisó el magnate—. Enseguida habrá que nombrar cargos en el consejo, dibujar de nueva mano las fronteras del reino, entablar nuevas paces con Córdoba, revisar los acuerdos con Navarra y con los francos, abrir nuevas vías al comercio...

—¡Espacio, espacio! —rio Jimena—. Cada cosa a su tiempo.

—Sí —rio a su vez Nepociano—. Y ahora es tiempo de batallas. A no tardar habrá que ir a buscar al ejército de Ramiro... con o sin becerrilla.

—¿Están las gentes dispuestas? —preguntó la mujer.

—Escipio asegura que sí. Solo falta que vuelva Sonna.

Jimena apretó fuertemente la mano de su marido.

—No te ocultaré que me preocupa esa batalla —confesó con un hilo de voz—. Tú nunca has conducido ejércitos. Ramiro, por el contrario...

—¡Por favor! —atajó Nepociano, irritado—. Ramiro solo es un granjero. Y sus capitanes, terratenientes que se doblegarán primero en el campo de batalla y después en el salón del trono.

—Todos ellos han librado otras batallas antes —apuntó Jimena.

—Menos batallas que los caudillos que conducirán a mi ejército —protestó el regente, levemente zaherido—. Además, querida, las batallas no se ganan en el campo de la sangre, sino antes, con la mente, y después, con la voluntad.

—Y ni mente ni voluntad te faltan —concedió la mujer.

—Ni a ti —requebró Nepociano.

—Dime —inquirió la dama—, ¿te fías de la gente que te rodea?

—Con sinceridad, de mis hombres me fío. Están conmigo por dinero y nadie aquí puede darles más oro del que yo les doy. Me inquietan algo más —agregó Nepociano, entornando los párpados— los terratenientes del país. No dejan de ser labriegos ennoblecidos, con esa mezquindad sorda del campesino. Ya sabes a qué me refiero...

Jimena perdió los ojos, esos ojos del color de la mar en invierno, en algún lugar del monte Naranco. Tantos años esperando volver aquí, a este palacio, a estos montes, y ahora que al fin lo conseguía se sentía una extraña. ¿Qué tenía que ver ella con todo esto? Fue arrancada de esta tierra por una tragedia de sangre y odio; de su niñez no recordaba más que a aquella mujer, Munia, su madre adoptiva, entregándola en el

remoto convento de San Miguel del Pedroso. Se escapó de allí en cuanto pudo y desde entonces su vida había transcurrido en la Aquitania. Ahora retornaba a su solar natal guiada por aquella gema que descansaba sobre su pecho, pero, en realidad, ¿para qué?

—... Por eso hemos de marchar cuanto antes sobre Galicia —continuó Nepociano—. Cuanto más tiempo tengan estos labriegos para pensar lo que están haciendo, peor. La acción, por el contrario, les marcará una ruta y no podrán volverse atrás.

La acción, sí —pensó Jimena—, estaba marcando su propia ruta y ya no cabía vuelta atrás. Ella misma había empujado a su marido a cumplir su destino, fuera cual fuere el final de esta historia. Mañana las huestes formarían para marchar en busca de su sino. Y a partir de ese momento, las manos que hubieran de tejer la tela ya no serían humanas.



Amanecía cubierto en la Mariña de Lugo. Ramiro había levantado su cuartel general en los alrededores de Mondoñedo: una plaza bien comunicada y con anchas campos que pudieran acoger a las huestes que de todo el reino venían a ponerse a sus órdenes. Tal y como Ordoño anunció, en torno a seiscientos jinetes y unos cuatro mil peones se concentraban ya bajo la bandera del rey legítimo. La cruz roja sobre fondo blanco, bordada por Aldonza y su aya, flameaba frente a la tienda del gallego. Y este, muy consciente de su nuevo papel, había recompuesto su aspecto, habitualmente destartalado, para ponerlo a tono con lo que la gente espera de un rey: no solo se había recortado la barba, que ahora ya no presentaba su característico aspecto selvático, sino que además se había enfundado una elaborada cota de malla bajo la immaculada túnica blanca, y a vestir sus pies había destinado un par de lujosas botas musulmanas, de cuero repujado, que guardaba en el arcón desde los días de Santa Cristina, junto a otras piezas del botín. Por consejo de su hijo Gatón, sobre la cabellera cobriza exhibía un trabajado yelmo con adornos de gemas, que no era una corona pero podía parecerlo. Y de semejante guisa se paseaba Ramiro de tienda en tienda, de caballero en caballero, entre sonos de gaitas, tambores y caramillos, dando ánimos y prometiendo victorias con la cordial convicción con que solo podía hacerlo un rey.

En esas estaba Ramiro, dispuesto ya a marchar sobre Oviedo, cuando su hijo Gatón apareció rojo de sofoco y resoplando como un toro.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Está aquí! —bramaba el cíclope rubio.

—¿Quién está aquí? —preguntó el rey.

—¡Serrano! ¡El obispo Serrano!

Y en efecto, Ramiro salió a la puerta del palenque y vio acercarse, a lomos de un burro, la silueta inconfundible del obispo mozárabe, con sus crespos cabellos negros

vigilando la tonsura y su nariz grande y aplastada sobre el rostro cetrino. Tras él cabalgaban en poderosos rocines cuatro jinetes envueltos en capas rojas: eran fieles del rey, los restos de la guardia del difunto Alfonso. Traqueteado por el caminar del burro, Serrano iba repartiendo bendiciones aquí y allá a medida que avanzaba entre la hueste, y los hombres respondían con vítores a Ramiro y a Cristo, porque semejante aparición venía a confirmar que Dios estaba de su lado. Ramiro se precipitó sobre el obispo.

—¡Serrano! ¡Por todos los santos! ¡Te hacía muerto o encerrado en alguna mazmorra!

—Cerca hemos estado, sí, mi buen rey Ramiro —contestó manso el obispo mozárabe mientras bajaba trabajosamente de su pollino con la tranquilidad de quien acaba de concluir una jornada de pesca.

—¿Cómo has conseguido escapar? ¿Cómo están allí las cosas? —le interpeló Ramiro, ansioso.

—Veo que recibiste mis mensajes —apreció Serrano—. ¡Alabado sea Dios! Conseguí escapar de Oviedo gracias a la benevolencia de los hermanos del monasterio de Ablaña, donde Gomelo está encarcelado.

—¡Gomelo vive! —exclamó Gatón.

—Sí —confirmó el obispo—. Nepociano no se ha atrevido a matarle. Pude verle en Ablaña. Por cierto...

El mozárabe extrajo de su escapulario un rollo de pergamino que tendió al señor del Édramo. Este lo leyó con desconcertado interés.

—¿Qué rayos es esto?

—Obra de Gomelo, precisamente. Lo ha rescatado de unas viejas palabras del sabio y santo Isidoro de Sevilla. Aquellas en las que dice que el príncipe que viola la ley no puede exigir que se cumpla la ley.

—¿Y...?

—Nepociano. Es Nepociano. El príncipe injusto por antonomasia. Contra el que toda rebelión es lícita.

—¡Vaya! —exclamó el rey sin corona, satisfecho—. Veo que Gomelo no se ha estado quieto a pesar de su encierro. Y tú, ¿cómo has podido llegar hasta nuestras líneas?

—Después de Ablaña, la Providencia quiso que me tropezara con estos cuatro fieles del rey que me han acompañado hasta aquí.

—¿Qué ha sido del resto de la guardia? —preguntó Ramiro inquieto.

—Es difícil decirlo —dudó Serrano—. Unos, muertos. La mayor parte, con Sonna. Otros, huidos. Algunos, con Hernán de Mena.

—Sí, esto último lo sé. Bien —ordenó Ramiro a su hijo Gatón—, que atiendan a estos caballeros como merecen.

Los cuatro fieles del rey, silenciosos y secos, agradecieron al unísono el gesto con una reverencia. Ramiro estaba deseando quedarse a solas con Serrano. Solo él podía contarle la verdad de cuanto estaba ocurriendo en Oviedo.

—Las cosas están recias en la capital —advirtió el obispo mozárabe—. El usurpador controla todos los resortes del poder. Ha comprado la voluntad de muchos miembros del consejo. Se diría que cuenta con fondos infinitos. ¡Y además el muy canalla dispone de su propio ejército!

Ramiro asió al obispo por la manga de la cogulla y le hizo pasar al interior de su tienda. Hizo una seña a Gatón para que les acompañara. Escudos de vivos colores, exhibidos en pie, apoyados sobre los mástiles de la carpa, proclamaban la naturaleza guerrera de aquel espacio. Haces de lanzas y azagayas se amontonaban en el suelo, y solo el lecho de paja de un catre permitía intuir que allí alguien, además de guerrear, dormía.

—Vayamos por partes —ordenó Ramiro, sentando al obispo en un banco cojo y sirviéndole un vaso de vino—. La situación política la conozco. Ya nos ocuparemos de eso en su momento. Ahora lo prioritario es saber a qué nos enfrentamos.

—Sí —aprobó Gatón—. ¿Cuántos hombres tiene Nepociano?

—No sabría decirlo con exactitud —vaciló Serrano, apurando de un trago el vinazo espeso de Ramiro—. Ellos hablan de diez mil, pero quizá sea una exageración.

¡Diez mil! Gatón se rascó la cabeza con aprensión. El rey se mesó la barba. En una mesa de tosca factura, bajo un crucifijo de simple latón, había desplegado un largo pergamino con nombres y líneas. Ramiro fijó la vista en el pliego de becerro.

—¿Exageración? Más nos vale que así sea. Dime la verdad, ¿se han puesto muchos señores de su lado?

—Desde el castillo de Gauzón hasta las Asturias de Santillana —contestó Serrano abriendo mucho los brazos, como si quisiera abarcar el reino—, casi todos. Parece ser que Nepociano les ha untado bien. ¡Se diría que ese hombre saca el oro de las piedras!

—Lo saca de Córdoba y de sus sucios negocios, lo cual viene a ser lo mismo —comentó Ramiro, displicente.

—¡Banda de ratas! —se indignó Gatón—. ¡Ya les llegará a todos su hora!

—Calma, hijo —le reconvino el rey—. Hay un momento para la pelea y otro para los negocios. Quieras o no, a muchos de los señores que están hoy en el otro lado tendremos que sentarlos mañana a nuestra mesa. Los asuntos de gobierno son así —explicó calmoso Ramiro, insensible a la ira que asomaba a los ojos del cíclope rubio.

—Trae consigo un ejército mercenario que da miedo —proseguía Serrano con su informe—. Tipos que ha reclutado en Aquitania y que vienen de medio mundo.

—Los mercenarios no me asustan —sonrió Ramiro—: Cuando se acaba el dinero,

se marchan. Por otra parte, si es verdad que vienen de medio mundo, eso les complicará la comunicación. Le pasará a Nepociano como a Abderramán con sus eslavos, que no entienden las órdenes de sus otros jefes.

—¿Y eso es importante? —preguntó el obispo, despistado.

—Mucho —confirmó el rey sin corona—. Cuando estás en batalla, todo tiene que moverse al unísono. Si una parte del cuerpo no entiende lo que dice la otra, entonces el movimiento se descompone y el cuerpo se cae. Eso, por cierto, me da una idea —apuntó Ramiro, chasqueando los dedos—. Cuando empiece la pelea, hay que procurar dividir a sus fuerzas de manera que no puedan actuar a la vez.

—Tú sabrás, querido amigo —concedió amablemente Serrano mientras atacaba un pedazo de queso que algún alma caritativa había depositado sobre la mesa.

Ramiro trazó algunos números sobre el pergamino. Seiscientos jinetes y cuatro mil peones. Esa era la fuerza con la que contaba. Si el enemigo realmente había alineado hasta diez mil hombres, la batalla iba a ser áspera. Claro que, en las cifras del gallego, faltaba incluir bajo sus banderas a los hombres de Castilla, que en ese mismo momento debían de estar recorriendo los caminos que cruzan las montañas para prestar sus lanzas a la empresa. Ramiro dibujó un trazo desde el sur de Oviedo hasta el Campoo.

—¡Castellanos! —escupió Gatón, adivinando los pensamientos de su padre—. ¡Paletos armados con azagayas cabalgando bestias de tiro!

—No los infravalores —meneó la cabeza Ramiro—. Tú y yo no somos otra cosa que eso mismo, con la única salvedad de que mi padre, tu abuelo, fue rey. Y eso, a estos hombres de la frontera, les resulta indiferente. Esa gente —reconvino el elegido a su hijo— se juega la vida todos los días, ¿sabes para qué? ¡Para ser señores de sí mismos! Están acostumbrados a pelear. No vas a ganártelos enseñando un árbol genealógico. Su vida es sudor y sangre. Y la única manera de ganar su respeto es mostrarte dispuesto a sudar más que ellos y a sangrar más que ellos. ¿Lo entiendes?

Gatón bajó la cabeza. Un mechón de su cabellera rubia oscilaba sobre la obstinada mirada azul. ¡Se parecía tanto a su madre! Ramiro revolvió la melena de su hijo con la misma rusticidad con que lo hacía cuando era un niño que volvía a casa con un conejo en el zurrón. Gatón había nacido para pelear, sí. ¡Si su madre lo pudiera ver ahora, con aquella cota de malla corta sobre el peto de cuero, todo músculo y vigor, el hacha descomunal bailando en sus manos con la ligereza de un junco...!

—Es importante enlazar con los castellanos —concluyó Ramiro—. Gatón, ocúpate tú: que varios mensajeros vayan a los caminos de Bárcena de Pie de Concha y de las Mazcuerras, y que traten por todos los medios de trabar contacto con las mesnadas que vienen de Castilla. Que las dirijan hacia el Narcea. Intentaremos dar allí la batalla.

—Como ordenes, padre —respondió Gatón.

—Otra cosa: llama a los señores de las huestes. Que se presenten en mi tienda de inmediato. Si el paisaje está como lo pinta el buen obispo Serrano, debemos preparar bien la estrategia.

—Así lo haré —contestó el cíclope rubio saliendo de estampida.

Serrano saludó la referencia levantando una vez más su copa. Los efectos del vino, después del largo viaje desde Ablaña, habían acentuado su cordialidad. Buena cosa para Ramiro, que necesitaba suelta la lengua del obispo.

—Dime, amigo mío —preguntó el rey con toda la dulzura que pudo—, ¿a quién tiene Nepociano a su lado? ¿Quiénes son sus lugartenientes?

—Está Escipio, conde de palacio, que es su mano derecha —apuntó Serrano.

—Le conozco —confirmó Ramiro—. No es mal hombre. Mucho tiene que haberle prometido el usurpador para que abrace su causa. ¿Y el conde Sonna?

El rostro del obispo Serrano palideció súbitamente. Sobre su conciencia pesaba el haber delatado el viaje de Ramiro a Castilla en aquella desdichada entrevista con Nepociano. Ahora trataba de enmendar el error, pero eso le obligaba a moverse en un complicado laberinto de medias verdades y medias mentiras:

—El conde Sonna también está con él, aunque menos convencido. Y me consta que Escipio y los demás le persuadieron para que fuera en tu busca a Castilla, no sé si para quitarle de en medio o con la secreta esperanza de que te matara.

Ahora fue el rostro de Ramiro el que palideció, apenas un instante.

—¡Sonna! ¡Increíble...! Le tenía por mejor caballero. Habrá que ocuparse de toda esta gente cuando entremos en Oviedo —sentenció el rey—. ¿Cuentan con hombres de Iglesia en sus filas?

—No. Salvo cierto abate Vidal, monje relapso, que forma con la hueste extranjera de Nepociano.

—Eso es buena noticia. Debe quedar claro que la Iglesia de Asturias está con nosotros. Lo primero que pienso hacer en cuanto Dios nos dé la victoria es confirmar a Gomelo como obispo de la capital.

—¡Oh, no sé si él aceptará! —deslizó Serrano, sibilino—. En Ablaña me dijo que tan solo deseaba retirarse a orar y a leer en cualquier monasterio apartado...

Ramiro miró a Serrano con suspicacia. ¿Se estaba postulando para el cargo? Algo iba a decir el rey a su amigo, pero en ese momento entró en la tienda Gatón con los jefes de la hueste.

—¡Mis queridos amigos! —exclamó Ramiro, adoptando súbitamente el tono del caudillo invencible.

Allí estaban, sí, los capitanes de las tropas del rey sin corona. Ramiro fue presentándolos uno a uno. Paio de Guitiriz, un veterano de barbas blancas sobre un rostro agrietado por la intemperie. Yago de Mondariz, el guerrero más mozo de su

casa, dado a bravuconerías y peticiones. Gonzalo de Lemos, un maduro terrateniente cojitranco, cuyo vientre delataba al hombre que lleva muchos años alejado de la guerra. El obispo Ataúlfo de Iria-Compostela, joven prelado de maneras solemnes y aspecto impoluto. Ergica de Tuy, un tipo enjuto y membrudo, famoso por sus correrías en tierra de moros al sur del Miño. Arias de Pallares, majestuoso aristócrata de hermoso semblante y reluciente espada. Y con ellos, los cuatro hijos varones de Fáfila de Lugo, el terrateniente asesinado por la gente de Nepociano en el mismísimo salón del trono; un abominable ultraje que era preciso vengar.

—Señores —habló solemne el rey—, tengo el honor de presentaros al obispo Serrano, auxiliar de nuestro buen obispo Gomelo de Oviedo, encarcelado cruelmente por Nepociano el usurpador. Mi amigo Serrano ha logrado huir de la capital y me informa de que el enemigo ha reunido una numerosa y aguerrida hueste. Más de la mitad son mercenarios extranjeros, sin duda pagados con el oro de Córdoba. Señores, la hora es grave: el enemigo nos superará en número, pero nosotros estamos obligados a vencer o morir, a mayor gloria del reino y de Dios Nuestro Señor.

Un comedido murmullo de aprobación saludó las palabras de Ramiro. Serrano bendijo a los presentes y se inclinó a besar la mano de su colega de Compostela.

—El obispo está a vuestra disposición para referiros cuantos detalles deseéis sobre la situación en el reino. Lo hará gustoso, estoy seguro —dijo Ramiro en un guiño a Serrano que este no correspondió de buen grado—. Lo más importante es esto: hemos de actuar rápido. Hay que partir cuanto antes. No nos llevará menos de una semana llegar a la capital. Y cada día que tardemos en entablar combate, el número de los enemigos crecerá y el poder del usurpador se hará más fuerte. Mañana mismo tomaremos el camino de Oviedo. Preparad a vuestras huestes. La orden de marcha será al alba. Vosotros, mis capitanes, compartiréis conmigo la gloria. Y ahora, id en buena hora, amigos míos. Yo me retiraré a orar.

Los capitanes abandonaron la tienda de Ramiro envolviendo literalmente al obispo Serrano, que, asido al brazo de su colega compostelano, trataba de dar respuesta a las mil preguntas de los caballeros. El rey los vio marchar con una ancha sonrisa, como la del hombre que está seguro de su victoria. Pero en cuanto el último paladín se hubo ido, la sonrisa se le borró mecánicamente del rostro.

—Déjame, hijo —ordenó a Gatón—. Es verdad que necesito rezar un rato. Porque solo Dios puede sacarnos con bien de esta.

Gatón se marchó, obediente, y Ramiro se sentó dejándose caer a plomo frente al crucifijo. Se desembarazó de la cota de malla, que empezaba a castigarle el cuerpo, y se desabrochó los correaes. Ahora ya no era el rey Ramiro, sino Ramiro Bermúdez, el colono gallego, el señor de la sierra del Édramo, el señor de ninguna parte, empujado por el destino a luchar por una corona que él no había pedido. «Compartiréis conmigo la gloria», había dicho a sus capitanes. Sí, la gloria. Si no la

de la victoria, al menos, seguramente, la gloria de la vida eterna, porque no había ni una sola razón para pensar que aquello fuera a salir bien. Su corona estaba en la cabeza de otro. El usurpador controlaba la capital, el gobierno, el tesoro regio y, para colmo, alineaba un ejército que doblaba al suyo en número. Su prometida andaba perdida en algún lugar entre las Bardulias y Liébana, en manos de un hombre en el que confiaba, sí, pero que solo era un hombre. Las tropas a su mando no eran más que una colección de huestes mal avenidas, compuestas por labradores, ganaderos y pescadores, y dirigidas por terratenientes que distaban de ser los mejores generales del mundo. Ramiro clavó en el tosco crucifijo de latón sus ojos del color de las castañas. No imploró. Simplemente le dijo a Dios que estaba resignado a aceptar su destino, aquella corona que Él había puesto en sus manos y que, como la otra, podría ser una corona de espinas. Lucharía por ella y moriría si era preciso. Pero pedía su ayuda porque únicamente un milagro podía darle el triunfo.

Comenzaba el mes de abril del año 842 de Nuestro Señor y una tibia llovizna empapaba los campos de la Mariña.



El conde Sonna y sus hombres se marcharon en dirección a Cabuérniga. Allí acamparían antes de retornar a Oviedo para ponerse a las órdenes del regente Nepociano, como era su deber. Sonna había empeñado su palabra con Escipio y los demás: volvería con noticias. Ahora tenía noticias, luego estaba obligado a regresar. Paterna y Hernán despidieron a la hueste con sentimientos encontrados.

—Es un buen guerrero —dijo Hernán—. Lástima que no esté con nosotros en este lance.

—¡Qué caprichos del destino! —comentó melancólica Paterna—. A veces la vida separa a las almas hermanas y las coloca en bandos rivales.

La columna del conde de palacio se alejó hasta perderse entre el dibujo verde del hayedo. Paterna había ofrecido una solución a los caballeros. Ahora había que ocuparse de algo más inmediato: decidir cómo continuar camino. Cuando la hueste de Sonna hubo desaparecido de la vista, Hernán expuso a Paterna su plan:

—No podemos ir a Liébana.

—¡Pero es lo que Ramiro ha ordenado! —objetó la mujer.

—Cierto —repuso el de Mena—. Pero ya has oído a Sonna: si hay tropas hostiles en todos los caminos de entrada desde Castilla, Liébana incluida, lo más posible es que alguna patrulla nos intercepte. Y no todos serán tan razonables como el conde.

—Sin embargo —porfió Paterna—, hemos de llegar al lado del rey.

—Tenemos que buscar otro método. Y creo que sé cómo hacerlo. ¿Confías en mí? —preguntó Hernán, y la expresión de sus ojos decía algo más que esas palabras.

—Confío —contestó Paterna, y en esa simple fórmula quiso decir mucho más de

lo que su posición le permitía.

Hernán llamó a cuatro de sus caballeros: cuatro *fidelis regis* con sus capas rojas, la guardia personal del rey de Asturias. Laín, de las Bardulias; García, de Santillana; Froilán, de Lugo; Gonzalo, de Siero. Todos habían peleado junto al de Mena. Los conocía como si fueran sus hermanos. No dudaría en poner su propia vida en las manos de esos hombres.

—Hasta aquí hemos llegado cuarenta guerreros, una reina —dijo Hernán inclinando la cabeza ante Paterna—, un fraile y un aya. Ahora hemos de dividirnos.

—Separados seremos más débiles —arguyó Gonzalo de Siero, un tipo enjuto y moreno, de mediana edad, con la guerra escrita a fuego en las arrugas del rostro—. No podremos pelear.

—El objetivo no es pelear —rebatía Hernán—, sino desaparecer. ¿No os dais cuenta de que nos han localizado?

—Pero Sonna nos ha dado su palabra de dejarnos pasar —protestó Laín, un mozo de tamaño colosal que parecía surgido de los megalitos del Campoo.

—No desconfío de Sonna —explicó el de Mena—, pero nada nos garantiza que alguno de sus hombres no vaya a irse de la lengua. Y si eso ocurre, todas las patrullas que Nepociano ha dispersado por la región batirán el bosque hasta encontrarnos. Será una partida de caza donde a nosotros nos tocará el papel de la presa. Y os recuerdo a todos que nuestra misión no es dar la batalla aquí, sino escoltar y proteger a la reina —concluyó Hernán, volviendo a mirar a Paterna.

—Podemos regresar a Castilla —propuso Froilán, el de Lugo, un sujeto calmoso de aspecto inmaculado y mirada transparente.

—Pero entonces alejaríamos a la reina de su rey —objetó el del Jabalí Blanco—, y eso tampoco podemos hacerlo.

—¿Qué propones entonces? —terció Paterna, que hasta ese momento había asistido a la asamblea en absoluto silencio.

—Yo os lo diré —contestó por su cuenta García de Santillana, un maduro caballero con mucha guerra a sus espaldas—. Lo que haremos es dividirnos en grupos, sembrar pistas falsas, confundir a los que nos persiguen y salir de estos bosques con bien. ¿No es eso, Hernán?

El de Mena miró a García con una ancha sonrisa. Había combatido junto a ese hombre, codo con codo, mil veces; juntos habían devastado las granjas de los bereberes, juntos habían cargado en Santa Cristina, juntos habían escapado más de una vez entre los bosques del Bierzo o en las conchas de Haro, zafándose de patrullas moras que los perseguían precisamente como a presas de caza.

—Es exactamente eso —corroboró el caballero—. Hemos de desvanecernos en el paisaje. Que nadie nos encuentre. Y si alguien lo hace, que no halle lo que busca. ¿Qué buscan los hombres de Nepociano? No a nosotros, sino a Paterna, la reina.

Porque para nosotros ya es reina. —La dama agradeció la alusión con una mirada cómplice—. A ella es a quien hemos de proteger.

—¿Cómo nos dividiremos? —preguntó Laín, el mozo megalítico.

—Aprovechemos las bazas que tenemos en la mano —dijo Hernán—. Tú, Laín, conoces la frontera de Castilla. Acudirás con doce hombres a la casa de don Nuño, de donde venimos. Es posible que envíen gente hostil a buscar allí a nuestra dama. Tendrás que poner vigilancia en los caminos, defender el lugar lo mejor que puedas y...

—Y degollar al que se acerque.

—Si no hay otra opción, sí. En cuanto a ti, García, tú eres de Santillana, conoces la región y en la región te conocen. Cogerás a otros diez hombres y te dirigirás a tu casa de Santillana, de ahí a San Vicente y después hacia Gijón por el camino de la costa. Te dejarás ver bien ostensiblemente, que nadie dude de que vas a Oviedo a prestar tu brazo al regente. El tránsito de huestes por todo el reino debe de ser ahora mismo tan intenso que a nadie le extrañará.

—Entendido —aceptó el veterano—. ¿Y una vez en Gijón?

—Una vez en Gijón, tendrás que prever la manera de controlar la ciudad lo antes posible y quedarte allí, esperando. Porque si todo se tuerce, necesitaremos algún sitio para cobijar a la reina.

Paterna dirigió a Hernán una mirada alarmada. ¿Si todo se tuerce? ¿Estaba pensando en una derrota? «Cobijar a la reina», decía el de Mena. ¿Y el rey? ¿Acaso le daba ya por muerto? Al caballero no le pasó desapercibida la aprensión de la dama.

—Hay que prever todas las eventualidades —explicó Hernán—. En Gijón tenemos amigos. Es una plaza fácil de defender. Un veterano curtido como García, más diez de nuestros hombres, más los amigos que tenemos allí son más que suficientes para hacerse fuertes en la ciudad. Y hay puerto, es decir, barcos. Un lugar excelente si de lo que se trata es de poner a salvo a la reina. A la reina y al rey —añadió para tranquilizar a la mujer—. Y esperemos que no sea preciso jugar esa baza. Además...

—Conozco bien Gijón —interrumpió Gonzalo de Siero, una suerte de bloque de hierro de reducida estatura pero fuerte como un toro.

—Precisamente. Además, tú, Gonzalo —prescribió Hernán—, cogerás a otros ocho hombres y seguirás de momento el camino hacia Cabuérniga...

—¡El camino de Sonna y los suyos! —se sorprendió Gonzalo.

—Sí —corroboró el de Mena—. De esta manera podrás observar si regresan hacia aquí o si, por el contrario, marchan a Oviedo, que es lo más probable. Si regresan, vendrás corriendo a avisarnos. Si no, y ya digo que es lo más probable, seguirás la ruta del Cares hasta Siero, tu tierra, y te dirigirás a Gijón por el camino viejo de La Collada y Fano. En Gijón te reunirás con García.

—Me fastidia perderme el gran combate —refunfuñó el de Siero.

—Y a mí también —admitió Hernán—, pero nuestro papel en esta historia es otro.

—¿Qué haré yo? —preguntó Froilán de Lugo, reflexivo, mesándose las cuidadas barbas.

—A ti te toca hacer de cebo. Con el aya, el fraile y otros ocho hombres te dirigirás a Liébana, al monasterio de San Martín de Turieno.

—¡Bonita misión guerrera! —protestó Froilán.

—¡Más de lo que tú crees! —rio Hernán—. Si alguien va a correr peligro en este trance, ese vas a ser tú, porque todos creerán que llevas a la reina. En cuanto puedas, procúrate un carromato.

—En Saja los habrá.

—Perfecto —aplaudió el de Mena—. En el carromato irá el aya. Si hay patrullas, al ver el carro y la escolta pensarán que se trata de doña Paterna.

Paterna no pudo sofocar una carcajada al imaginar a la pobre aya metida en tales peripecias. A Hernán aquella risa le sonó como un golpe de agua fresca sobre el rostro en un día de calor.

—Llegarás a San Martín —prosiguió el del Jabalí Blanco— con el fraile en cabeza de la comitiva. Con los estandartes al viento y sin disimulos. Que se vea que es una mesnada del rey. Si hay combate...

—Sabremos qué hacer —completó flemático el de Lugo.

—Estoy seguro de ello —rubricó Hernán.

—¿Y nosotros qué haremos? —preguntó Paterna.

Todos los capitanes miraron a la reina. No había el menor asomo de temor en el rostro de la dama. Paterna despedía tal majestad que incluso aquella humilde piedra musgosa en la que ahora se sentaba parecía un dorado sitial. ¿Y qué harían ellos, sí? Era lo que todos se estaban preguntando.

—La reina Paterna, tres guerreros y yo seguiremos camino hacia poniente hasta completar la misión —respondió Hernán—. No os voy a revelar nuestra ruta. Es más seguro para todos que la desconozcáis. No me cabe duda de que comprendéis mis razones.

Los cuatro caballeros asintieron al unísono. Sin más palabras, Hernán hizo una señal a tres jinetes: tres de los castellanos que les habían acompañado, hombres de la tierra de Paterna, fieles a su padre don Nuño, que darían la vida por la dama. Ellos le acompañarían. Por su parte, los *fideles regis*, Laín, García, Froilán y Gonzalo, seleccionaron a los hombres que habrían de seguir a cada cual. No había tiempo que perder.

—Nos veremos en Oviedo. Al pie del trono de Ramiro y Paterna —se despidió Hernán de Mena.

Entonces Paterna, sin perder su actitud majestuosa, se desprendió de la modesta toca que sobre el abrigo cubría sus hombros, esgrimió un pequeño cuchillo que portaba en el cinto y rompió la tela en cuatro largas tiras. Con gesto solemne y una sonrisa que prometía el reino de los cielos, fue anudando cada una de las cintas en las lanzas de los *fideles regis*.

—Mis capitanes —dijo la dama—, con esta cinta quedáis unidos a una reina sin corona. Cuando volvamos a vernos, lo juro, tendréis un lugar destacado junto al trono del rey don Ramiro. Y yo nunca olvidaré que debo mi corona al valor de estos cuatro caballeros.

Laín, García, Froilán y Gonzalo, sin disimular su emoción, se arrodillaron ante Paterna y uno a uno besaron su mano. Hernán de Mena sintió que algo parecido a los celos invadía su pecho. Avergonzado por aquella reacción infantil, se arrodilló a su vez para recibir la bendición de su dama.

Los caballeros partieron hacia su destino. Lo último que escucharon Paterna y Hernán, mezclados con el fragor de los cascos de los caballos, fueron los gritos de protesta del aya, que en vano pugnaba por deshacerse de la solícita vigilancia del buen Froilán. Ahora todo estaba en las manos de Dios.

Paterna se sentía reina. Por primera vez desde su salida de Cigüenza, tantos días atrás, la hija de don Nuño empezaba a verse como soberana de hombres y destinos. El juramento de los caballeros le había impresionado vivamente. Más que la espléndida espada enviada por Ramiro como regalo de compromiso, más que la fabulosa dote reunida por su padre, más incluso que la nutrida comitiva de lanzas y espadas que hasta entonces había acompañado sus pasos, lo que realmente le había hecho sentirse reina eran los rostros de aquellos hombres: Hernán, Laín, García, Froilán, Gonzalo, arrodillados ante ella, recibiendo con mansedumbre la bendición de sus manos, anudando con orgullo en sus lanzas aquel simple trapo blanco, un girón de una modesta toca, transmutado mágicamente en bandera de victoria por el solo hecho de haber salido de sus dedos. Ver entregada a sus pies la voluntad de aquellos caballeros, hombres de combate, tipos hechos al sufrimiento y a la muerte —a darla y a recibirla—; comprobar que aquellos guerreros, de los que cualquier mujer huiría, estaban dispuestos a verter su sangre por el nombre de Paterna era algo que insuflaba en el alma de la castellana una extraordinaria sensación de autoridad y poder.

Caminaban ahora entre los hayedos eternos que entrelazan los valles del Saja y del Nansa, como si aquellos dos ríos hubieran querido celebrar su matrimonio en un lecho de bosques interminables. La incipiente primavera anunciaba ya su llegada en las hojas que empezaban a recubrir las ramas hasta poco antes desnudas. Sonaban a primavera los trinos de los pájaros, los aullidos de los lobos, el rumor vehemente de los arroyos que lloraban el deshielo de las cumbres. Era un grito de victoria que surcaba la floresta hasta donde se perdía la vista, y en sus ecos escuchaba Paterna las voces que la invitaban a cumplir, también ella, la misión: sortear a las fuerzas de Nepociano, llegar a las líneas de Ramiro, vencer en el campo de batalla y, como recompensa de la victoria implacable, entrar en Oviedo en condición de reina. Por primera vez Paterna se sentía reina, sí, y ahora además entendía, igualmente por primera vez, por qué con la llegada de la primavera los hombres porfiaban por salir a luchar.

Tres jinetes. Un caballero. Ella. Los tres jinetes eran los castellanos escogidos por Hernán de Mena: tres tipos adustos y callados, sufridos como la tierra de la nueva frontera, templada en la forja de los veranos severos y los inviernos inclementes; tres rostros en cuyos surcos se leía un linaje guerrero y una existencia a la intemperie, hecha al mismo tiempo de combates con los moros y de pugnas por arrancar a la tierra sus frutos. Telmo, Tello y Mendo se llamaban. De sus bocas apenas había salido otra cosa que sus nombres. Paterna no los conocía, pero habían brotado del mismo suelo que ella y eso bastaba para que los considerara sus hermanos. Hernán de Mena,

el caballero, los gobernaba prácticamente sin gestos ni palabras, como un jinete veterano monta a un caballo experimentado. Hay un cierto tipo de autoridad que no se impone, sino que llueve e impregna las almas de los hombres. Y ella, en fin, la reina, se sabía en la cúspide o, mejor, en el centro de todos los afanes de aquellos valientes. Como la tierra en torno a la cual giran los astros, según enseñó a Paterna el viejo abad Beltrán de Mijangos.

Además estaba el amor. O lo que debía ser tal. Una confusa sensación que embriagaba a todas horas el pecho de Paterna y que se mezclaba de manera explosiva con la certidumbre del poder. Un amor prohibido. Un amor sin sentido. Un amor sin esperanza. Ella nunca había amado realmente a nadie. Ahora lo sabía. Hubo un tiempo, muchos años atrás, en que creyó amar a Eneco, pero su difunto marido jamás le había inspirado esa especie de sordo vacío doloroso que ahora Paterna sentía cuando se hallaba cerca de Hernán. Con Eneco aprendió el amor de la costumbre, de la obligación convertida en devoción por un acto de la voluntad. Lo de ahora era completamente distinto. Esa necesidad enfermiza de la presencia del otro, del amado, veneno y antídoto a la vez; esa búsqueda permanente de su mirada, de su sonrisa; ese miedo sin nombre que atenazaba su corazón cada vez que Hernán se alejaba para explorar el camino o buscar alguna pieza de caza... Todos esos sentimientos jamás habían anidado antes en el espíritu de la castellana.

Hablaban de amor las comadres. Hablaban de amor las doncellas. Sí, ella sabía todas esas cosas. También ella había hablado de amor. Pero esto que ahora quemaba sus entrañas se parecía muy poco a esa mema excitación que arrancaba rubores en las mejillas adolescentes y risas bobaliconas en los cuerpos en agraz. La otra noche, entre los menhires del Campoo, ella había deseado que él la tomara. Cuando colocó sus manos sobre la piedra, nada le habría satisfecho más que ver las manos de Hernán apoderándose de las suyas. Cuando notó el agua de la lluvia correr sobre su rostro, nada la habría saciado más que la boca de Hernán bebiendo aquellas gotas. Bajo la luz ciega del cielo sin estrellas había sentido todo su cuerpo húmedo y tenso, como una loba esperando al macho. Nunca se había hallado tan hembra. Nunca le había palpitado el corazón de la manera en que ahora lo hacía. Semejante tempestad interior, ella era muy consciente, debía de ser pecado. Pero también descubría que ni siquiera la conciencia del pecado aplacaba el calor que la devoraba. Eso anegaba su alma en un profundo terror y, a la vez, en una pasión abrasiva.

No podía ser. Era imposible. Ella no iba a ser reina. Ella iba a ser la esposa del rey. Cosas distintas. Todo lo que ahora estaba viviendo no tenía otro origen: un hombre designado como rey la había escogido a ella como esposa. A ese hombre debía respeto, fidelidad y obediencia. Era ese hombre, Ramiro, quien la había elevado a la condición más alta. «¿Serás capaz de vivir con un hombre al que no amas?», le había preguntado Hernán bajo el cobijo feroz de los dólmenes. ¡Cuánto más habría

preferido ella que, en vez de preguntar, la hubiera tomado en sus brazos para fundir sus bocas, sin palabras ni remordimientos! «¿Serás tú capaz de servir a un rey en el que no confías?», había preguntado ella a su vez. Ahora se arrepentía de haberlo dicho. No porque no fuera verdad, sino porque aquello había abierto súbitamente una fosa entre dos cuerpos que se acercaban el uno al otro sin que sus conciencias fueran capaces de mantener el control. «Le ame o no, será mi esposo», había contestado Paterna a la pregunta de Hernán. Y bien, no le amaba. De hecho, ni siquiera le conocía. Al que amaba era a Hernán. Y un fatídico ardor se apoderaba de su cabeza, de su pecho, de su vientre, cada vez que aquellas palabras venían a su mente: le amaba.

¡Tanto tiempo sin un hombre al que poder llamar suyo! ¿Y él, Hernán? ¿Cuánto tiempo sin una mujer a la que poder decir suya? Y después de todo, ¿qué era Ramiro para ella? ¿Hasta qué punto estaban realmente comprometidos? Él había hecho sus regalos y el viejo Nuño había librado la dote, cierto, pero ella no había dicho sí, ella no había aceptado nada, más aún, ella ni siquiera había visto al que debía ser su marido, ni siquiera había firmado el compromiso. ¿Era eso realmente un compromiso, una palabra que tuviera que respetar? Aún no, se decía Paterna. Aún era libre, se repetía. Y cuando se decía y repetía estas cosas, sabía que eran subterfugios artificiales, excusas para escapar a su obligación, pero le daba igual, y eso también lo sabía. Con estos pensamientos su corazón y su vientre construían un castillo donde ella y Hernán pudieran refugiarse, siquiera unos pocos días, antes de que el destino la convirtiera en esposa de un rey. Pero enseguida otros pensamientos venían a derruir el castillo de su amor, porque todo aquello —se decía— solo eran ensoñaciones pecaminosas para ceder a la pasión, aún peor, para justificar una traición. Por eso sufría Paterna.

La dama miró al de Mena. Iba delante, solo, cabalgando en tensión, la vista alerta, el oído despierto, oteando el cerrado horizonte que permitían las luces y las sombras del bosque. A su espalda llevaba el escudo con el jabalí, ese bicho, bailando sobre la capa roja. Era lo único que delataba su condición. Hernán había insistido en disimular lo más posible cualquier atisbo guerrero en la corta comitiva. Él había sustituido su túnica blanca por un tosco sayal que casi ocultaba la cota de malla. Los tres castellanos habían prescindido del casco y en su lugar se cubrían con caperuzas campesinas. La propia Paterna ocultaba el lujo de sus ropas bajo un mantón que la tapaba hasta el punto de que nadie podría decir si aquella figura que cabalgaba era hombre o mujer. Los ojos de Paterna seguían fijos en Hernán de Mena. He ahí a un hombre que daría la vida por su rey, de eso no había duda. Y sin embargo, ese hombre, ella lo sabía, también la amaba. Y no precisamente como se ama a una reina.



No fue hasta cerca de Astorga cuando el príncipe Mohamed se dignó confiar al general Walid su punto de destino.

—Habrás visto que no nos dirigimos hacia la frontera oriental. Eso es obvio. Te estarás preguntando cuál es el destino real de nuestra marcha —peroraba el heredero con suficiencia, dejando que las palabras hirvieran en los oídos del eslavo—. Yo te lo explicaré. Siguiendo órdenes directas de mi padre, el emir Abderramán, al que Alá guarde muchos años, nos encaminamos hacia el corazón del reino de Oviedo. No iremos a Galicia. Tampoco saquearemos los montes del Bierzo. Entraremos en terreno enemigo por la calzada de la Mesa y nos aproximaremos lo más posible a la mismísima capital.

El príncipe Mohamed, sí, había decidido actuar por su propia cuenta. No era penetrar en el reino de Oviedo lo que su padre le había ordenado; sus instrucciones prescribían no entrar, sino aguardar a que hubiera noticias de la batalla final entre Nepociano y Ramiro. Solo entonces, con el campo seguro, debería avanzar el heredero de Córdoba al frente de sus huestes para llegar a la capital y plantar sus banderas. Pero Mohamed quería combate. Mohamed quería victoria. Mohamed quería gloria. Mohamed quería vengarse con una campaña triunfal de los menosprecios y las murmuraciones de quienes le consideraban simplemente un chiquillo. Mohamed quería lavar en sangre la traición de quien había colocado una cobra en su comida. Mohamed quería hacer honor a las sabias enseñanzas del alfaquí Yahya ben Yahya y su predicación de la guerra santa. Sin darse cuenta de que en este empeño, como le ocurrió a su abuelo, olvidaba librar antes la batalla contra sí mismo.

Ahora el príncipe miraba a Walid con gesto rapaz, como esperando que el ánimo del veterano general flaqueara ante el anuncio de su objetivo. Pero el ánimo de Walid estaba curtido en situaciones mucho más rudas que aquella.

—No es un camino exento de peligros —se limitó a observar el eslavo—. En tiempos de tu bisabuelo, cuando los saqueos de Oviedo, se usó alguna vez esa ruta. He oído de labios de supervivientes de aquello que las vueltas y revueltas de la calzada se prestan a emboscadas de todo género. En ese tipo de terreno, ni la superioridad numérica ni el arte militar son bazas que uno tenga en su mano, porque ahí solo manda, precisamente, el terreno. ¿Eres consciente de ello, mi príncipe?

—¿Tienes miedo? —preguntó a su vez Mohamed.

Walid miró al heredero con insolencia. Estaba acostumbrado a las impertinencias del «chiquitín», pero el eslavo se sorprendió al constatar que los ojos de aquel muchacho ya no eran los del presuntuoso petimetre de hace unas pocas semanas, sino que ahora había en ellos un fulgor extraño, maléfico, un brillo violento y asesino. El muchacho había cambiado. ¿Quizá bajo los efectos de las charlas del alfaquí? ¿Quizá impresionado por la muerte de Yahya? ¿Quizá, simplemente, por la dureza del camino? Sea como fuere, Walid no tenía miedo.

—Yo no temo más que a Alá y al emir, mi príncipe. Los cristianos y sus riscos no me hacen temblar. Pero mi deber es decirte lo que veo.

Los cristianos y sus riscos... Le gustaban aquellos riscos a Walid. Le recordaban su propio suelo natal, aquellas altas montañas y aquellos páramos siempre batidos por el viento y la lluvia. ¡Tanto tiempo ya...! Hacía muchos años que su vida era otra. Aquel joven guerrero picto había muerto para metamorfosearse en el eslavo Walid. Pero el veterano general soñaba con un retiro en algún paraje de este mismo aliento, entre montes y bosques. Quién sabe... Quizá la gobernación de una fortaleza al pie de los Pirineos o bajo la sombra del Moncayo, un lugar en el que descansar los huesos fatigados por las marchas y tostar al sol y al viento las cicatrices de tantos años de combate; un buen sitio para dejar pasar los últimos años de servicio en sencillas rutinas de cuartel, revistando tropas y hablando con comerciantes y hacendados, sin vecinos bereberes, solo tropa y campesinos, entre los cuidados de cuatro esposas complacientes, y esperar allí la llegada siempre infalible de la muerte. «Me estoy haciendo viejo», pensaba a veces Walid. Y esa sensación de vejez prematura se acentuaba ahora en presencia del joven chacal, el príncipe Mohamed, aupado en toda la petulancia de sus veinte años.

—No hay de qué preocuparse, general —contestaba el príncipe con una mueca peligrosa—. Los cristianos están enfrascados en su propia guerra interior. Nuestra ruta, según las indicaciones de mi padre, será la calzada de la Mesa, que transcurre por las alturas, lejos de gargantas y angosturas. Tendremos el camino libre.

Una mueca peligrosa, sí. Por inconsciente. Habría guerra allí en Oviedo, sería verdad si Mohamed lo decía, pero eso no significaba que el camino estuviera expedito. Ni siquiera la calzada de la Mesa estaba libre de amenazas. Un desfiladero, un recodo sin visibilidad, un barranco, aunque solo sea uno, siempre es una tentación para cualquier cuadrilla de bandoleros. Bastan unos pocos hombres para sembrar el infierno sin más armas que las piedras lanzadas por las pendientes. Además, Mohamed tenía que ser consciente de que la posición de su ejército ya no era la de unas semanas atrás. Cuando salieron de Toledo, la hueste superaba los tres mil hombres —así calculaba Walid pese a su renuencia a considerar hombres a los bereberes—, bien armados y con la moral alta, dispuestos a saquear toda tierra cristiana que hallaran a su paso. Pero ahora la cifra había descendido por la deserción de no menos de quinientos jinetes, la moral de la soldadesca estaba por los suelos y una especie de atmósfera de maldición se había desplomado sobre los corazones de los hombres.

Todo había empezado con la muerte del alfaquí. Yahya no era un espejo de virtud, pero a ojos de los bereberes, gentes simples y sugestionables, no dejaba de ser un hombre santo en su condición de doctor de la ley. Que una serpiente lo matara bajo la tienda del mismísimo príncipe había sido, para ellos, algo más que una desgracia;

había sido un aviso, una advertencia... un augurio. Los bereberes creen en misteriosas energías negativas, en espíritus y en genios, en demonios que viven en las aguas o en las piedras, en el mal de ojo, en la magia, en fuerzas oscuras que se desatan cuando los hombres bajan la guardia. Para una gente tan supersticiosa, la muerte de Yahya ben Yahya no podía ser otra cosa que una señal.

La tropa hablaba en corrillos de estas cosas; los hombres se intercambiaban amuletos o aprovechaban la soledad de las guardias para entregarse a extraños rituales con el objeto de conjurar el mal. Poco a poco, las filas empezaron a clarear. Una noche desertaron diez bereberes de golpe. La siguiente, tres. Después, otros siete. Y así, noche tras noche, en un goteo insoportable. Muchos seguían en la columna porque la ambición del saqueo podía más que el miedo a los malos espíritus, y otros permanecían allí por puro pavor a las represalias, pero el hecho era que aquel ejército se había convertido en una masa imprevisible, atenazada por oscuras potencias. Y al general Walid le irritaban sobremanera tanto la imprevisión como la oscuridad.

La columna sarracena, obediente a las órdenes del príncipe Mohamed, cruzó los últimos llanos después de Astorga y se encaminó hacia el norte buscando los muros derruidos de la vieja ciudad de León. A partir de ahí, un rosario de montes y valles les conduciría hasta la ruta ansiada: el camino de la Mesa, la llave que por el sur abría las puertas de Oviedo. Mohamed sabía que, al otro lado, le aguardaba la victoria. Entonces se acabarían todas las suspicacias de los bereberes, incluso los temores del demasiado viejo Walid. El príncipe se ocupó de que todos los hombres de la hueste conocieran su objetivo. Eso les daría ánimos y estimularía su ambición. Derramarse sobre el reino de los politeístas como una marea de furia vengadora. Capturar esclavos y rico botín. Sembrar en los vientres cristianos la semilla de hijos musulmanes. Entrevistarse con el amigo Nepociano. Y después, como el emir le había indicado, cobrarse la pieza: el reino cristiano del norte. Pero solo después. Antes, Mohamed quería la gloria.

Volvería a Córdoba con carros colmados de cabezas enemigas. Aún más, entraría en el alcázar con las llaves del palacio real de Oviedo y la cabeza de Ramiro en una de aquellas cestas del eunuco Nasr Abu el-Fath. El pueblo entero le aclamaría. El emirato se rendiría a sus pies. Su buen padre no solo no le recriminaría su desobediencia, sino que, sin duda, le asociaría al trono. Tiempo habría entonces para indagar sobre el extraño asunto de la cobra asesina. Rodarían cabezas en Córdoba o dondequiera se hallara el culpable. El camino del poder absoluto se abriría ante su triunfal figura. Ese era el sueño del joven príncipe Mohamed.



Rodrigo Núñez no daba crédito. El primogénito varón de don Nuño de Cigüenza, el

hermano de la reina Paterna, al frente de la mesnada con la que acudía a la gran batalla por la corona, se había extraviado.

Habían cabalgado a buen paso hasta León. Trescientos hombres de lo más aguerrido de las Bardulias. Lanzas y espadas que ya habían medido su acero con los musulmanes en la última aceifa mora. Todos ellos querían pelear. Todos deseaban vengar la cruel suerte de los paisanos alaveses. Todos habían visto las granjas incendiadas, los campos devastados, los cadáveres decapitados. Todos habían escuchado los lamentos desgarrados de las mujeres violadas y de las viudas ante cuyos propios ojos se había degollado a sus maridos o sus hijos. Todos ardían en deseos de venganza. Ahora llegaba la hora. Ahora era posible combatir a un usurpador sobre el que volcar toda la furia acumulada. Ahora era posible, además, poner en el trono a una de las suyas, a una mujer de la frontera, a Paterna, y empujar al rey Ramiro para lanzarse sobre las líneas moras. Ojo por ojo y diente por diente. Con un nuevo rey más joven y enérgico, y una reina de la tierra, las lanzas de Castilla caerían sobre las granjas moras como los sarracenos habían caído sobre la tierra cristiana: a sangre y fuego. Ahora era el momento de demostrar cuánto valía una lanza de la frontera. Pero ahora... se habían extraviado.

El camino era claro: la vieja calzada hasta León, después la ruta que conduce hacia las montañas para llegar a la antigua Lucus Asturum, buscando el puerto de Ventana y, tras él, el largo descenso hasta San Martín. Allí sería fácil localizar el emplazamiento del ejército del rey Ramiro. Las indicaciones que Rodrigo había recibido eran muy concretas sobre accidentes naturales y puntos de referencia. Pero lo que el hermano de Paterna había anotado en su cabeza tenía muy poco que ver con lo que ahora aparecía ante sus ojos. El camino iba hacia el norte, sí. Y allí había montañas, sí, y ríos como los que se le había indicado, pero la frecuencia de los jalones del recorrido no era la que tenía que ser. Por otro lado, la ruta parecía huir por sí sola hacia el oeste, y eso no era lo previsto. Rodrigo Núñez estaba en un serio aprieto.

—Más hacia el oeste o menos, lo mismo da. Por aquí llegaremos con toda seguridad a Oviedo —le decían los hombres de la mesnada tratando de tranquilizarle. Pero nada parecía capaz de disminuir el ostensible nerviosismo del heredero de don Nuño de Cigüenza.

La mera hipótesis de faltar a la cita le producía sudores fríos. ¿Qué iba a pensar su padre? ¿Qué iba a pensar Paterna? ¿Qué iban a pensar sus hombres? Era la primera vez que se le confiaba el mando de una mesnada tan numerosa, una hueste de guerra. No podía fallar. Sobre todo, su prestigio como heredero del sitio de Cigüenza quedaría irreversiblemente arruinado si fracasaba en esta primera empresa. Rodrigo Núñez, alto y fuerte, el rostro pecoso bajo el cabello negro, se sentía sobradamente capacitado para mandar pese a sus pocos años. Ya otras veces había cabalgado la

frontera hasta la mismísima Astorga; ya otras veces había tenido que pelear contra las patrullas bereberes que buscaban esclavos y presas fáciles; ya otras veces había sentido el horror de la muerte y el fuego de la venganza, como tres veranos atrás, cuando la aceifa mora sobre Álava. Pero siempre había hecho todo eso en nombre de su padre y bajo sus órdenes directas. «Cuando en un grupo habla el más joven, es porque otro le ha dado autoridad». Eso le había dicho el tal Hernán de Mena. ¡Qué impertinente! Por muy hijo de Zonio que fuera, aquel tipo del Jabalí Blanco se daba unos aires realmente irritantes. Rodrigo llevaba años mandando a los hombres de su tierra. Ahora era la primera vez que lo hacía en su propio nombre. Y todo estaba a punto de irse al traste.

—Creo que sé lo que ocurre —aventuró el más viejo de la hueste, un veterano llamado García cuyo cuerpo parecía construido con haces de sarmientos—. Siempre he oído que para llegar desde aquí a Oviedo hay dos caminos: el de la Mesa y el de Ventana. Nosotros deberíamos haber cogido el de Ventana. Pero sospecho que estamos en el de Mesa.

Rodrigo se sintió como el náufrago desesperado que de repente recibe un madero al que aferrarse. Sí, solo podía ser eso: estaban cabalgando por un camino paralelo.

—El de la Mesa y el de Ventana van a parar al mismo sitio —dijo Rodrigo queriendo aparentar conocimiento, y enseguida se arrepintió de sus palabras.

—Sí y no —contestó el viejo García—. Por los dos se va a Oviedo, pero hay ramales que te conducen a distintos puntos. Por el de la Mesa podemos acabar demasiado a poniente, en un sitio que llaman Lapedo.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Rodrigo.

—Tuve una moza ahí —respondió el veterano, despertando las carcajadas de la hueste.

Ahora la cuestión era qué hacer. Rodrigo Núñez no tenía miedo a pelear, pero le daba pavor verse perdido en un camino desconocido, sin meta reconocible y con víveres limitados. Hacía frío en estas alturas. Había aún mucha nieve en varios tramos de la ruta. A los caballos les costaba encontrar alimento. En tres días se habrían terminado las provisiones de la hueste. Era imperativo llegar a destino antes de esa fecha.

—Tenemos dos opciones —expuso Rodrigo con ademán autoritario—. Una, seguir adelante y confiar en nuestra intuición. La otra, dar media vuelta y tratar de encontrar el camino de Ventana.

El joven Núñez miró a sus hombres. Constató que les era del todo indiferente una cosa o la otra. Cualquiera de ellos podía sobrevivir por sí solo en cualquier parte, con nieve o sin ella. Lo único que querían era pelear. Tal determinación alivió al hijo de don Nuño: facilitaba las cosas.

—Os diré lo que haremos —resolvió al fin el hermano de Paterna—. Que dos

hombres cabalguen tres o cuatro leguas, no más, hacia el punto del que venimos. Vosotros lo haréis —se dirigió el joven a dos jinetes escogidos al azar—. Reconoced el terreno por si encontráis el camino de Ventana. Si es así, lo tomaremos. Si no, seguiremos por esta calzada de la Mesa. Nosotros, mientras tanto, tratemos de encontrar comida y demos descanso a los caballos.

Los dos castellanos designados por el dedo de Rodrigo Núñez partieron al trote. De su pericia y suerte dependía ahora que la hueste escogiera la vía correcta. El hermano de Paterna, hecho un manojito de nervios, se dedicó a revisar armas y bagajes. El tiempo corría en su contra. Una insufrible sensación de angustia le atenazaba el pecho. Tenía miedo. No a los moros, sino al fracaso. Rodrigo estaba a punto de explotar.



Ocurrió porque ella así lo quiso.

La mejor hora para cazar venados es el amanecer, cuando el animal busca agua para refrescarse. La mejor hora para el jabalí es algo más tarde, con el sol ya alto, porque es cuando el puerco, cansado, se retira para el encame. Eso al menos decía el amigo Telmo, uno de los adustos castellanos de la pequeña hueste. Los otros dos, Tello y Mendo, siguiendo sus instrucciones, marcharon tras él aquella mañana, antes del alba, husmeando el rastro de un venado junto al arroyo o la improvisada madriguera de algún jabalí poco avisado. Pero lo que en verdad iban a encontrar — así lo vaticinaba Telmo— era algún conejo y unos pocos pichones, y con eso bastaría, porque tampoco iban a echar raíces en aquel paraje.

Hernán y Paterna quedaron solos junto a los caballos. No era difícil alimentar a las bestias en aquellos bosques ricos en hierbas de todos los tamaños y colores. Habían dejado atrás las brañas de Sejos, con sus grandes piedras que un día, según las gentes del lugar, sirvieron de montura al diablo. Desde allí la ruta descendía rápidamente hacia el valle bajo del Nansa y las hayas cedían su lugar a las encinas a medida que el caminante se alejaba de las sombras de Peña Sagra. La comitiva eludió las minúsculas aldeas levantadas donde el Vendul vierte en el Nansa: no quería Hernán dejar demasiados testigos de sus pasos. Y así habían acampado en aquel claro a orillas del gran río, retirados del camino que lleva a Camijanes, alejados también de las herrerías que desde poco tiempo atrás habían empezado a instalarse en el cauce para aprovechar la fuerza del agua como motor de sus fraguas. La noche había sido templada. Las cumbres ya quedaban lejos. Se sentía la proximidad del mar. Abril empujaba. Solo tres días más de viaje y habrían llegado a su destino.

Paterna emergió de entre los mantones que envolvían su cuerpo. Hernán le había construido un precario cobertizo a base de ramas tiernas; lo suficiente para proteger a la dama de la humedad. La castellana asomó la cabeza desgredada por el hueco de la

improvisada techumbre. El cabello del color del trigo maduro cubría su rostro como una cascada vegetal. El sol temprano despertaba destellos de oro en su melena. Hernán la miró. Con deseo. Ella se despezó sin remilgos. Clavó la vista en el caballero y sonrió. Lentamente se puso en pie y acomodó con coquetería sus ropas revueltas.

—¿Dónde están todos? —preguntó Paterna.

—Han marchado a buscar algo de caza —respondió Hernán, atizando el fuego de la hoguera que había velado durante la noche—. ¿Quieres desayunar? Tenemos harina, agua y longanizas secas.

—No. Quizá más tarde —declinó la mujer con un gracioso movimiento de cabeza—. Ahora querría lavarme un poco. ¿El río...?

—¡El agua estará helada! —objetó el de Mena.

—¡Vosotros, los hombres, siempre buscando excusas para no tocar el agua! —rio Paterna—. Vuelvo enseguida. Tú, vigila.

La dama se alejó unos pasos, hasta el cauce de un crecido arroyo sin nombre que vertía en el Nansa. Hernán la siguió con la mirada. Giró luego la vista en derredor. Nadie. Nada. Solo el trino de los pájaros. Y el latido de su corazón, que se le desbocaba en el pecho. Fue ese corazón quien tomó el mando. El caballero abandonó el fuego y siguió la estela de Paterna. En cada paso, su razón decía «no»; en cada paso, su corazón decía «sí». Vio cómo la mujer se desprendía de dos capas de túnicas hasta quedarse con una suave prenda de lino. Para asombro de Hernán, la dama sumergió los pies en el arroyo, sobre las heladas cuchillas de aquellas aguas torrenciales, hijas del deshielo de las cumbres. La castellana se inclinó sobre el agua y se lavó el rostro, los brazos, el cuello. Hernán la imitó. Se desprendió de sus botas. Entró a su vez en el arroyo.

Paterna lo vio. Miró al hombre con una expresión preñada de misterio en sus ojos de miel. No hizo el menor gesto de desagrado. Él se acercó. Fascinado, examinó el cuerpo de la mujer. El beso del agua helada había dibujado con explosiva nitidez sus volúmenes bajo la camisa de lino. El agua estaba fría. Muy fría. Pero ni siquiera el frío que mordía sus pies podía atemperar el fuego que ardía en su interior. La tomó en sus brazos. La besó. O ella le besó. Permanecieron allí abrazados, en pie sobre el agua gélida del arroyo, durante unos segundos. El contacto de los cuerpos despedía un calor salvífico en medio de la corriente helada. Así eran sus vidas —pensó Paterna—, un fugaz momento de calor en medio de una existencia de hielo. Juntos, cogidos de la mano, abandonaron el arroyo. Se sentaron junto a la hoguera.

Ella acercó las manos. Hernán no pudo sino tomarlas. Ella acercó el rostro. Hernán no pudo sino acariciarlo. Ella acercó la boca. Hernán no pudo sino besarla. Fundieron sus cuerpos en el abrazo desesperado de quienes se aman sin esperanza.



Los exploradores de la hueste de Rodrigo regresaron a galope tendido, arriesgándose a terminar en el fondo de cualquiera de los barrancos que la calzada abría en sus peligrosas curvas. Venían sofocados y excitados, agitando mucho los brazos y gritando algo que el hermano de Paterna no entendió. Únicamente cuando estuvieron a un centenar de pasos pudo el joven descifrar sus apresuradas palabras.

—¡Los moros! ¡Vienen los moros!

Rodrigo Núñez sintió que un escalofrío le recorría toda la columna vertebral mientras sus piernas dominaban malamente un inoportuno temblor. Agarró a uno de los exploradores por los hombros y lo agitó como si fuera una sábana.

—¡Explícate! ¿Qué moros? ¿Cuántos son? ¿Dónde están?

Rodrigo hablaba aún más atropelladamente que el explorador, el cual, por su parte, apenas si lograba recuperar el resuello.

—¡Unos dos mil! —dijo el hombre—. ¡Por la calzada! ¡Como a tres leguas de aquí! ¡Traen caballos y mucha gente!

—¿Llevan banderas o estandartes o algún distintivo? —preguntó el hermano de Paterna.

—Sí —respondió el otro explorador, más tranquilo que su compañero—. Estandartes blancos.

—¡Omeyas! —aulló Rodrigo.

Cuando un personaje de la familia del emir salía en campaña, siempre los estandartes blancos de los omeyas acompañaban sus pasos. Rodrigo Núñez había aprendido eso en sus largas charlas con veteranos, en las noches invernales, junto al fuego del caserón de Cigüenza. Había aprendido también que en las huestes sarracenas combatían gentes de muy diverso pelaje, y no era lo mismo habérselas con la guardia eslava del emir que con los saqueadores bereberes o la tropa de leva andalusí.

—¿Cómo son? ¿Qué aspecto tienen? —urgió el joven Núñez a su interlocutor.

—Hay huestes de dos tipos, me ha parecido ver —respondió minuciosamente el explorador tranquilo—. Unos visten ropas muy semejantes, de cierto lujo, con buenas corazas, y por su cara no parecen moros. Los otros, que son los más, van envueltos en túnicas y turbantes oscuros, casi todos de color negro, y yo diría que son como los bereberes que vimos hace cuatro años en Álava.

Rodrigo miró fijamente a este segundo explorador: un tipo pequeño y cuadrado, ya no joven, de ojos marrones en un rostro curtido de hielo y de sol, con rasgos que, desde la nariz al mentón, parecían esculpidos a puñetazos. Lo conocía, sí, pero ¿cuál era su nombre? Le costaba recordarlo.

—¿Cómo te llamas?

—Como tú, joven señor: Rodrigo. De Tedeja.

—Escúchame, Rodrigo de Tedeja. Es importante esto que te voy a decir. ¿Estás

seguro de que son bereberes?

—Por la traza, lo parecen —respondió flemático el explorador.

—Y los otros serán, sin duda, esclavos de la guardia del emir —observó el hermano de Paterna hablando para sí.

Un confuso rumor se había adueñado de la hueste. ¡Moros! Era lo último que esperaban encontrar. Aquellos hombres habían partido para tratar de hallar el camino perdido, y ahora la hueste, trescientos jinetes de Castilla, se topaba de bruces con un pequeño ejército enemigo.

—¡Vamos a por ellos! —bramó de repente uno de la mesnada, y el grito se convirtió en un clamor saludado por todos los demás.

Rodrigo Núñez meneó la cabeza. Tenía tantas ganas como sus hombres de mojar su acero en sangre sarracena, pero ellos eran solo trescientos frente a dos mil moros, estaban en un territorio que no conocían y, además, su misión no era entrar en combate con las huestes de Córdoba, sino acudir a la cita con el rey Ramiro. Difícil tesitura. La cabeza del joven Núñez maquinaba a toda velocidad. Necesitaba una solución. Reparó entonces en el veterano García, el de la novia en el sitio de Lapedo.

—García —llamó Rodrigo, dirigiéndose al veterano—, ¿tú conoces este camino?

—Solo el final, joven señor —respondió el hombre.

—¿Podemos galopar desde aquí hasta ese punto a buena velocidad?

—No —negó García sin dudar—. La calzada es estrecha, ya has visto que hay nieve en algunos tramos y, además, en demasiados puntos se abren barrancos peligrosos para las bestias.

—Luego no podemos eludir el choque huyendo —concluyó Rodrigo—. Habrá que pensar otra cosa. Tedeja —interpeló el joven Núñez al explorador—, ¿dices que están a tres leguas de aquí y que vienen a caballo?

—Más o menos —respondió el otro.

—Es decir que en dos horas habrán llegado hasta el punto donde ahora nos encontramos —dedujo el hermano de Paterna—. Por supuesto, doy por hecho que no os han visto...

—Puedes estar seguro, Rodrigo Núñez —contestó el explorador—. Es más, venían muy tranquilos, como si no esperaran encontrar a nadie.

—Seguramente saben que el reino arde en guerra —aventuró el joven caudillo—. ¿Traían exploradores en cabeza?

—Sí —afirmó el de Tedeja—. Cuatro. Cuatro bereberes. Como a media legua de distancia del grueso de la tropa.

Rodrigo Núñez clavó la vista en el suelo, pero miraba a sus hombres por el rabillo del ojo. Todos le observaban inquietos; todos estaban deseando medirse con el enemigo. Era una locura, pero habían salido de su casa para hacer la guerra y ahora la Providencia les había dado una inesperada oportunidad. Y sin embargo, ¿cómo dar la

batalla de manera que hubiera al menos una esperanza de victoria? Ellos, los moros, eran muchos más. Por confiados que vinieran, si se les atacaba por sorpresa no tardarían en rehacerse. Y la hipótesis de una emboscada, en un camino como el de la Mesa, era impracticable. Precisamente la calzada de la Mesa es una ruta que transcurre casi enteramente por cumbres y lugares altos, lejos de desfiladeros y hondonadas. Un rumor de cuchicheos se levantaba desde la hueste, cada vez más alto, como un coro de palabras que no quieren ser entendidas. Y entonces Rodrigo tuvo una iluminación.

—García, Rodrigo de Tedeja —dijo, dirigiéndose a los dos veteranos—, vosotros sois los más viejos de la hueste. Escuchad. Hace algunos años oí contar a un viejo guerrero que aquí, en este mismo camino, hace muchos años, el rey Alfonso venció a los sarracenos. Aquel guerrero hablaba de un barranco junto a un río. ¿Os suena esta historia?

—A mí sí —respondió García, visiblemente satisfecho de poder contar algo más que sus amoríos en Lapedo—. Mi propio padre estuvo allí. Fue poco antes de que yo naciera. O sea, hace casi cincuenta años. Los moros venían de saquear Oviedo. Mi padre estaba en la mesnada del rey. Cuando la morisma volvía de la capital, cargados de botín, Alfonso los esperó en el único punto peligroso de este camino: el paraje de Lutos.

—¡Lutos, eso es! —exclamó el otro veterano, el de Tedeja—. Un pasillo entre dos cerros a orillas del río Pigüena. Lo llaman así, Lutos, por el lodazal que cubre una hoya junto al río. Allí se ahogaron los sarracenos.

¡Lutos! Ahora Rodrigo Núñez recordaba los detalles de aquella historia. Una curva en el camino. Al oeste, una cresta. Al este, una prolongada pendiente que va a dar en la hoya de lodo. Los guerreros de Alfonso se dispersaron por las sendas que salen de la calzada en todas direcciones. Aguardaron en la cresta. Siendo muy inferiores en número, sacaron el máximo partido al terreno: cuando los moros llegaron al recodo del camino, de la nada surgió un grupo ante ellos, otro por detrás y, por fin, un tercero sobre la cresta. Este último lanzó una tormenta de piedras, dardos y troncos justo sobre el centro de la columna mahometana. Los que intentaban huir hacia delante o hacia atrás se topaban con los guerreros cristianos que cerraban el camino. Así se destruyó el ejército que mandaba... ¿Cuál era su nombre? Sí, Abd al-Malik. Y ahora Rodrigo recordaba, además, cómo se llamaba el guerrero que mató a Abd al-Malik: Zonio de Mena, el padre de Hernán.

Rodrigo volvió la vista a sus hombres. Todos aguardaban en pie, tensos, expectantes. El hermano de Paterna bramó:

—¡Repetiremos la hazaña de Lutos! ¡Aniquilaremos a los asesinos de nuestros hermanos de Álava!

Un alarido de júbilo recorrió la hueste. El paraje de Lutos quedaba a unas pocas

leguas hacia el norte. Si se daban prisa, podrían llegar al lugar con tiempo suficiente para preparar a esos sarracenos y a su caudillo omeya una sorpresa que tardarían en olvidar.



—Deberíamos dejarlo todo y huir a alguna parte. Juntos. Solos. Tú y yo.

Hernán perdía la vista en el fuego. Paterna permanecía junto a él, hombro con hombro, cuerpo con cuerpo, sentada frente a la hoguera. Habían secado su piel. Habían retomado sus ropas. Ahora el alivio del deseo satisfecho se mezclaba de manera dolorosa con el sentimiento de la culpa.

—Sabes que eso no puede ser —musitó Paterna—. Lo sabes tú y lo sé yo. Igual que sé que me amas. Igual que sé que te amo.

Ella acarició las manos del caballero. Las cogió entre las suyas. Apretó como si fuera una despedida. Después volvió a hilar los cabellos de su trenza.

—He traicionado a mi rey —suspiró Hernán.

—Aún no soy su esposa —objetó Paterna—. No he firmado. Ni siquiera me lo han presentado.

—Eso te salva a ti —concedió el de Mena—, pero no a mí. Y sin embargo...

Paterna miró al caballero con dulzura. Se sentía dichosa, después de todo. Su piel aún se erizaba al evocar el abrazo sobre las aguas heladas del arroyo. Había añorado muchos años el cuerpo de un hombre que la amara. Ahora iba a ser entregada a otro hombre al que ni siquiera conocía. No podía sentirse culpable: había sido amada por el hombre que ella había elegido y en el momento que ella había decidido. Ahora sabía qué era el amor. Y sabía también que no podría olvidarlo.

—¡Eres tan hermosa...! —susurró Hernán—. Pero el deber...

—Tu deber es entregarme a Ramiro —dijo la mujer suavemente—. El mío es desposarle. Tú me vas a entregar. Yo le voy a desposar. Así serán las cosas. Lo sabías antes de pisar el río. Yo también.

—No sé si este dolor que siento es por mi palabra quebrantada o por la furia que me produce el mero pensamiento de entregarte a él.

—Y yo no sé —agregó la dama— si este vértigo que ahora nubla mi vista es por haber faltado al compromiso de mi padre o por saber que te voy a perder para siempre.

—Para siempre... —repitió pensativo Hernán—. No, no será para siempre. Jamás podré olvidar tu calor.

La dama había terminado la confección de su trenza. Se puso en pie. Abrió su cuerpo a las llamas de la hoguera.

—Nuestra felicidad se quema en este fuego como un leño generoso. —Los ojos de miel se habían empañado con algunas impertinentes lágrimas—. Pero te miro y

soy incapaz de verme pecadora.

—Yo, por el contrario, tendré que fundirme en esas brasas para perdonarme. No por ti —aclaró Hernán—, sino por él.

—Él jamás lo sabrá —afirmó Paterna.

—Y yo nunca lo olvidaré. Nunca te olvidaré.

Hernán de Mena se puso en pie. Asió a Paterna por la cintura. Acarició su piel de leche. Delicadamente depositó en los labios de vino un largo beso. El último beso.

Pronto se escuchó el rumor de los tres hombres que volvían. Tello, Telmo, Mendo. La mejor hora para cazar el venado es el amanecer, y para el jabalí, algo más tarde, cuando el sol ya está alto. Pero los tres castellanos, como el sabio Telmo había predicho, apenas habían capturado otra cosa que un conejo y algunos palomos. Lo suficiente, en todo caso, para completar la provisión de víveres hasta su destino. Tres días. Tres días y habrían alcanzado las líneas del rey Ramiro. Tres días y los caminos de Paterna y Hernán se separarían para siempre. Entre ellos quedaría el recuerdo del amor y el peso de la culpa.

11 RODRIGO DE CASTILLA

El príncipe Mohamed cabalgaba con decisión por la calzada de la Mesa. Las grandes cumbres nevadas habían quedado atrás. Un sol generoso iluminaba el cielo y lo pintaba de un azul suave, casi blanco. Había pasado ya el mediodía y la tarde empezaba a dibujar sus fatigados colores sobre el verde intenso de la montaña, de la infinita cadena de lomas y cerros que desciende hasta el corazón de Asturias. Un hermoso mundo, aquel; un mundo digno de ser dominado por la espada del príncipe Mohamed.

Su padre, el emir, tenía razón: el camino de la Mesa discurre casi enteramente por las alturas, de manera que era imposible sufrir una emboscada a manos de aquellos asnos salvajes. No obstante, el general Walid, que marchaba al lado del príncipe, no las tenía todas consigo: demasiada soledad, demasiados barrancos, demasiado estrecha la senda. El eslavo, como todos los veteranos, había oído hablar de la catástrofe que se abatió sobre las tropas de Córdoba medio siglo atrás, en un recodo de esta misma calzada. Bien, ahora las cosas eran distintas: ellos estaban avisados y los cristianos, por su parte, se hallaban en guerra civil, lo cual no les permitiría movilizar tropas para frenar a los invasores. «Tomamos la calzada de la Mesa rumbo a Oviedo». Había sido el último mensaje enviado por Walid al eunuco Nasr en las patas de una paloma. El eunuco sabría qué hacer.

En lo alto del cerro que gobierna un recodo del camino, oculto entre los matorrales, el joven Rodrigo Núñez observaba cómo la columna agarena iba acercándose al punto crítico. Una confusa mezcla de sentimientos oprimía hasta el tormento el pecho del hermano de Paterna. El sudor le empapaba hasta chorrear impertinente sobre sus ojos. Tenía miedo. No era la primera vez, pero nunca como ahora se había hecho tan manifiesto. También sentía unas irrefrenables ansias de venganza. La matanza de Álava le había herido en lo más profundo, como a todos sus hombres. Y además, Rodrigo sentía una especie de aguja ardiente y punzante que se le clavaba en las entrañas. Esa aguja le decía que si vencía, si desarmaba a los sarracenos, si aparecía ante el rey Ramiro llevando la cabeza del jefe moro, fuera quien fuere aquel omeya, el nombre de Rodrigo Núñez crecería hasta adquirir las dimensiones de un gigante. Un mundo nuevo se abriría ante él. Incluso, por qué no, podría aspirar a ser conde en Castilla. Aquella aguja ardiente y punzante era la ambición.

Los bereberes de la hueste de Mohamed miraban de un lado a otro. Ya no estaban nerviosos. La muerte de Yahya ben Yahya había sido un mal presagio, pero lo cierto era que nada más había ocurrido durante la marcha. Ese muchacho, el hijo del emir, parecía saber bien lo que hacía. A medida que la columna iba recorriendo aquel

camino seguro y despejado, libre de amenazas visibles, el humor de los bereberes se fue relajando. Incluso se oían de vez en cuando risas entre la mesnada. Los propios esclavos que marchaban en vanguardia, rodeando al príncipe, se contagiaban de aquella jovialidad guerrera, por más que todos ellos tuvieran un pobre concepto de sus compañeros de armas. El camino estaba libre, sí. Los exploradores que iban y venían hacia delante y hacia atrás, precediendo a la hueste, así lo confirmaban: no había rastro humano; apenas un par de boñigas de caballo; nada que permitiera pensar en un enemigo armado. Iban a tomar a los cristianos por sorpresa. En dos días a lo sumo habrían llegado a Oviedo. Llenarían sus alforjas con los tesoros del arrogante e impío reino del norte.

Los hombres de Rodrigo Núñez se desplegaron en la cresta del cerro. Trescientos. Serían suficientes para desencadenar una tempestad. Rodrigo lo había pensado todo. Al de Tedeja y a otros cuatro les había ordenado desandar el camino y limpiar todo resto de su paso, desde excrementos de caballo hasta huellas de pisadas o cualquier otro rastro, para que los moros no sospecharan que una hueste armada había pasado por allí. A García, con otros diez, les había encomendado adelantar las monturas una legua, de manera que el enemigo no pudiera oír ni ver a las bestias. Después habría que tomar posiciones entre el cerro y el camino: ocultarse bien, tapar cotas de malla y espadas de modo que el sol no delatara su presencia con cualquier inoportuno destello.

Un grupo de un centenar de hombres se camufló a la salida de la curva. Irrumpiría en el momento oportuno para cerrar el camino. El resto, el grueso de la tropa, había hecho acopio de proyectiles en lo alto del cerro. A sus flechas y dardos sumaban grandes rocas y troncos muertos dispuestos para rodar pendiente abajo. No había suficientes hombres para cubrir también la retaguardia mora e impedir la huida del enemigo. Lástima —pensaba Rodrigo—: muchos escaparían a la aniquilación. Pero incluso así, la emboscada no podía fallar. Podía ocurrir, es verdad, que los moros fugados se rehicieran y trataran de volver a la carga. Habría que disponer arqueros para hostigar a los fugitivos e impedirles reorganizarse. Quizá tampoco esto fuera suficiente. Si ese caso llegaba, no quedaría otra opción que hacerse fuertes en el camino, entre el cerro y la calzada, y taponarlo hasta que los sarracenos renunciaran a su presa. La victoria no era segura. Aun así, valía la pena correr el riesgo.

Todo ocurrió en unos minutos. Cuando la despreocupada hueste mora llegó a la cerrada curva del camino, una ola de rocas, gruesos maderos, flechas, dardos y jabalinas cayó sobre el centro de la columna. No hubo trompas ni cuernos ni tambores, ni voz humana alguna; solo el espeluznante fragor de una montaña que caía sobre aquella gente. La marea de hierro y piedra envolvió a la columna de Mohamed como una nube letal. Centenares de enemigos, hombres y caballos confundidos, se despeñaron pendiente abajo hasta perderse en la hoya de fango, muy licuada y

crecida por las aguas del deshielo. En ese mismo instante un alarido feroz retumbó en las cumbres y ante la vanguardia mora apareció, en la salida de la curva, una tropa de cristianos que se abalanzaba sobre el enemigo entre gritos de muerte. Y cuando la columna agarena quedó paralizada por la avalancha de piedra y hierro a su izquierda y por el ataque en su frente, en lo alto del cerro apareció el grueso de la tropa cristiana precipitándose sobre el camino. «¡Santiago y la Virgen! ¡Santiago y la Virgen!», aullaba Rodrigo Núñez como un poseso mientras, espada en mano, corría pendiente abajo seguido por doscientos castellanos.

«¡Esto es Lutos! ¡Esto es Lutos!», bramaba el general Walid al ver, impotente, el hundimiento de su columna. Él lo había advertido. Esto ya había pasado aquí una vez. Ahora volvía a pasar. Ese ridículo petimetre de Mohamed debió haberle escuchado. Pero ya era demasiado tarde para lamentaciones. El veterano eslavo, de un rápido y experto vistazo, constató que la vanguardia de su columna retrocedía aterrorizada por el infierno que se había desatado ante ella, que el centro de la fuerza sangraba como un corazón abierto hacia el abismo por el ataque con rocas y troncos, primero, y por la carga de los cristianos pendiente abajo después, y que la retaguardia se deshacía entre unos que huían como alma que lleva el diablo y otros que, al revés, empujaban hacia delante, provocando aún más confusión y muerte en el centro, arrojando al hondo lodazal a sus propios compañeros. No había duda: todo estaba perdido. Solo había una misión importante: salvar la vida del príncipe Mohamed. Bien sabían todos los dioses que Walid muy a gusto le habría cortado el cuello a aquel imbécil, pero esa no era ahora la cuestión. La misión es sagrada y hay que cumplirla a cualquier precio. El general, atenazado por la muchedumbre de sus propios hombres que se apiñaba en vanguardia, desenvainó la espada y rompió a lanzar mandobles a un lado y a otro, lo mismo a moros que a cristianos, hasta llegar donde estaba el príncipe, paralizado a su vez por el miedo y por la presión de la hueste inmóvil.

—¡Fuera de aquí! ¡Vete! —gritaba Walid—. ¡Fuera de aquí!

Mohamed miró al eslavo con gesto de pánico. No podía moverse porque un montón de bereberes se estrujaba en torno a él y, aún peor, la piña humana iba moviéndose inadvertidamente hacia el abismo, en cuyo fondo fangoso yacían ya centenares de sarracenos. Walid, entendiendo lo que pasaba, azuzó a su caballo, cargó contra los bereberes que rodeaban al príncipe y le abrió un hueco.

—¡Fuera de aquí! —repitió—. ¡Vete!

El príncipe no se lo pensó dos veces. Huyó al galope arrollando a sus propios hombres y ganando rápidamente la retaguardia, donde ya eran muchos los que habían optado por retirarse a toda la velocidad que les permitían sus piernas o sus caballos. La desbandada arrancaba nubes de piedra y polvo del suelo de la calzada mientras a su alrededor rompían el aire las saetas de los arqueros sagazmente situados por Rodrigo Núñez para acosar a los huidos. Lo último que vio Mohamed fue la silueta

de Walid perdiéndose entre la desesperada muchedumbre de su ejército vencido. En apenas un instante, los sueños de gloria del joven príncipe se habían convertido en un lodazal de oprobio.

Rodrigo se detuvo. Estaba cubierto de sangre. Con alivio comprobó que era ajena. Había cargado, trastabillado, caído, y se había levantado de nuevo para dejar que su espada volara segando cuanto encontraba a su paso. Miró con ansiedad la marcha del combate. Ahora la columna mora no era sino un rimero de carne que se apelotonaba malamente en la calzada, entre el pie del cerro y el precipicio letal. Rodrigo estaba ganando. La vanguardia sarracena ofrecía el aspecto de un rebaño resignado a la muerte, aprisionado entre el empuje de la tropa cristiana que cerraba el camino, la carga de los que bajaban por la pendiente y la confusión de la propia retaguardia mora, sin otra escapatoria que el vacío a la derecha de la calzada. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Solo faltaba un apretón más. Y entonces vio a Walid.

En medio del brutal desconcierto, el general se movía con precisión, incluso con calma. Al contrario que sus hombres, que habían desmontado para conservar el equilibrio y no caer a la hoya, Walid se mantenía a caballo, lo cual le permitía apartar a la muchedumbre que le empujaba y empujar a su vez a los cuerpos que caían sobre él. El eslavo ya no distinguía entre bereberes y castellanos: su única preocupación era abrir hueco a golpes de espada para alejarse del borde del camino, del precipicio fatal. Y lo estaba consiguiendo. Rodrigo no sabía quién era Walid, pero no resultaba difícil constatar que aquel hombre era el jefe enemigo. Y fue a por él.

El eslavo, moviéndose por puro instinto, trataba de avanzar hacia su izquierda y ganar la cuneta de la calzada al pie del cerro, lejos del abismo, y al mismo tiempo intentaba ordenar en torno a sí una línea de defensa, un muro de espadas y lanzas que le permitiera trabar combate. Con rápidos golpes de vista se había esforzado por calibrar el número de los enemigos. Eran pocos. Aún no estaba todo perdido. Si lograba organizar a sus hombres, aunque solo fuera a un centenar, podría hacer frente al ataque de aquellos desharrapados, y entonces se vería quién era mejor en el campo de la muerte. Habría muchas pérdidas, sí, pero se habría ganado la batalla. No podía confiar en los bereberes, pero sus disciplinados eslavos, los mismos que ahora trataban desesperadamente de resistir en la vanguardia, sabrían cumplir la tarea.

Rodrigo Núñez intentó llegar hasta el jefe enemigo. Apenas le separaban de él veinte pasos, pero la masa humana que se agolpaba en el camino era tan numerosa que ofrecía el aspecto de un muro impenetrable. Segó aquí un brazo, pinchó allá un cuello, evitó tres o cuatro acometidas enemigas, torpemente guiadas por la furia de la desesperación. No había manera de acercarse a aquel general que se mantenía erguido sobre su caballo blanco. Podía ver su rostro cuajado de cicatrices, su violento gesto de determinación, su ferocidad sin asomo de miedo, bajo los cabellos rojos que nimbaban aquella cabeza como un círculo de fuego. Entonces el hermano de Paterna

advirtió lo que ocurría: el jefe moro estaba logrando organizar a sus guerreros. Era imperativo acabar con aquel hombre cuanto antes. Rodrigo recogió del suelo una jabalina sin amo. Apuntó. Apenas veinte pasos. Era un golpe factible. Retrocedió un poco para ganar altura. Inspiró con toda la calma que pudo. Espiró lentamente. Arrojó el proyectil como si le fuera la vida en ello. De hecho, le iba la vida en ello.

Walid sintió en el pecho un golpe atroz que empujó su cuerpo hacia atrás. El apiñamiento humano era tal que no pudo caer del caballo. Abrió mucho la boca. Con espanto vio el asta de la jabalina que le había partido el tórax. Se aferró a ella tratando inútilmente de arrancarla. Percibió con claridad que sus músculos se quedaban sin fuerzas. Una marea de sangre ascendió violentamente a su boca. La vista se le nubló. Desmadejado, cayó sobre el cuello de su montura. Con un vano esfuerzo trató de agarrarse a las crines del animal. Su último pensamiento fue para el imbécil de Mohamed y para esos malditos bereberes. Después vino a su mente una estampa de altas montañas brumosas y húmedos páramos batidos por el viento, una música primitiva de entrañables acentos y rostros pelirrojos y fieros, muy parecidos a los de los hombres que le habían derribado. Así murió el general Walid, el eslavo, antes llamado Oenagan el picto.

Rodrigo Núñez exhaló un aullido de furia y victoria al ver cómo el jefe moro se desplomaba sin vida sobre su caballo. Lo que quedaba de tropa sarracena, descompuesta por la caída de su jefe, huyó precipitadamente. Fue una carnicería casi peor que la del combate: los hombres se arrollaban unos a otros, los más débiles eran aplastados por los más fuertes, muchos se despeñaban al lodazal, donde ya se amontonaban centenares de cadáveres, y una buena parte de los que conseguían escapar eran abatidos por las flechas de los arqueros apostados en el cerro. Algunos otros, los que habían permanecido en la vanguardia mora, casi todos esclavos, arrojaron sus armas al suelo en signo de rendición. Un exultante alarido de triunfo anegó las gargantas castellanas. Rodrigo Núñez había ganado aquella batalla contra un enemigo siete veces superior.

Después del grito de júbilo llegó el gran silencio. Los hombres se hallaban exhaustos. Todo el campo, hasta donde alcanzaba la mirada, era un sembrado de muerte. Abajo, en el abismo, un confuso lamento envolvía la extinción de los despeñados. Un único pensamiento se apoderó del espíritu de Rodrigo Núñez: sus guerreros. ¿Cuántas bajas? ¿Cuántos muertos? ¿Cuántos heridos? El joven interpeló a Rodrigo de Tedeja:

—¡Reúne a la hueste! ¡Junta a los prisioneros!

El de Tedeja estaba allí, junto al joven jefe, con el rostro manchado de sangre y una mueca de ferocidad sin límites en la boca crispada. Atento a la orden, corrió hacia la salida del camino, donde los hombres de la vanguardia castellana empezaban a apelotonar a los cautivos. No daba crédito a lo que veía: habría más de doscientos

moros, heridos la mayor parte, desarmados, aguardando con aire resignado su hora final. Poco a poco fueron llegando también los guerreros de Castilla, antes dispersos por todo el campo, agrupados ahora en secciones de a veinte. Rodrigo Núñez los contó: había doscientos setenta hombres. ¡Solo treinta bajas! Quiso buscar a García, el veterano, el de la novia en Lapedo, pero no lo halló. Volvió los ojos al de Tedeja.

—Buscad a nuestras bajas. Hay que tratar de salvar a los heridos.

El veterano hizo una señal a cuatro hombres. El grupo se aplicó a la penosa tarea de revolver cadáveres. La mayor parte de los caídos cristianos había sucumbido en la salida del camino, en su combate contra la vanguardia mora. Poco a poco fueron conduciendo los cuerpos hasta la cuneta de la calzada, al pie del cerro. Había uno inconsciente. Había seis heridos. Los demás, muertos. Mientras el de Tedeja y sus ayudantes se ocupaban en este menester, el hermano de Paterna se había aproximado al corro de los cautivos, sentados en el suelo, rodeados por una ceñuda cohorte de lanzas castellanas. Rodrigo contempló a los prisioneros. Les miró a los ojos, cruel, saboreando el miedo que ahogaba sus corazones, como un lobo paladea la sangre de su presa. De súbito, sin decir nada, giró sobre sus talones y, chapoteando entre los muertos, llegó hasta donde había caído el jefe enemigo. Se inclinó sobre el cadáver. Le quitó el yelmo. Contempló detenidamente su rostro. «Un hombre valiente», se dijo. Agarrándole por las tiras de la coraza, lo incorporó.

—¿Quién es? —gritó Rodrigo, dirigiéndose a la cuerda de cautivos—. ¿Es que nadie habla mi lengua? ¡Quién es!

Uno de los presos se levantó lentamente. Traía el peto de cuero hecho jirones y la manga de un brazo negra de sangre seca.

—Yo hablo tu lengua —dijo el hombre en un latín que a los castellanos les sonó extrañamente familiar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hermano de Paterna.

—Me llamo Cernín. De Pamplona. Esclavo de Abderramán desde hace cinco años.

—¿Esclavo? ¡Pero bien que nos has combatido, traidor! —le escupió Rodrigo.

El navarro bajó la cabeza. Se llevó el brazo sano a la manga ensangrentada ahogando una mueca de dolor.

—Casi todos los que tienes ante ti pueden contar la misma historia —siguió Cernín—: son francos o pictos o germanos o normandos; eslavos, nos llaman a todos. Apresados y convertidos en soldados del emir. Los otros, los de negro, son bereberes.

Rodrigo miró a la doliente cuerda de cautivos. Sus rostros eran los de quienes han sido derrotados más de una vez.

—¿Quién es él? —volvió a preguntar el joven Núñez, señalando el cadáver del jefe enemigo.

—Es Walid, nuestro general —respondió el navarro—. El jefe de la guardia

eslava del emir Abderramán.

—¿Mandaba él la hueste? —Rodrigo trataba de no aparentar emoción alguna, pero su interior vibraba ante la noticia de que había acabado nada menos que con un general de Córdoba.

—No —contestó Cernín—. La mandaba el príncipe Mohamed, hijo del emir.

Rodrigo Núñez, sobresaltado, miró a su alrededor, como buscando al tal Mohamed. ¡Un hijo del emir! ¡Si pudiera llevar esa cabeza a Oviedo...! Pero el cautivo navarro le disolvió cualquier esperanza.

—Huyó antes de la derrota. No le encontrarás.

El hermano de Paterna asintió lentamente, resignado a conformarse con Walid. Ya era suficiente premio un general. Pero aún quería saber más.

—¿Qué hacíais aquí? ¿Cuál era vuestro objetivo?

—Oviedo —confirmó Cernín—. Al parecer, vuestro reino está en guerra civil. No sé mucho, pero me pareció entender que el objetivo era llegar a Oviedo y combatir junto a uno de vuestros bandos. Ignoro cuál.

El joven castellano quedó como aturdido por aquella explicación. ¿Ayudar a uno de los dos bandos? ¿A cuál? Rodrigo no se imaginaba al rey Ramiro pactando con los moros una ayuda militar. Si así fuera... ¡él, sin saberlo, acababa de dismantelar al ejército auxiliar de su cuñado! Pero no, no podía ser. Precisamente lo que estaba en juego ahora en Oviedo era la prolongación de la resistencia. Si a alguien iban a ayudar aquellos sarracenos, era sin duda al otro bando; el de Nepociano, el usurpador.

—¿Te dice algo el nombre de Nepociano? —interrogó Rodrigo al cautivo.

—Jamás lo había oído antes —negó el navarro, y el joven Núñez vio en sus ojos que decía la verdad—. ¿Qué vas a hacer con nosotros? —preguntó Cernín; en su mirada no había rastro de súplica ni de esperanza.

El hermano de Paterna no sabía qué iba a hacer con ellos. No había previsto esa contingencia. Y aún más lejos de sus previsiones estaba el contar con nada menos que doscientos prisioneros. No podía llevar consigo a semejante multitud. Su propia fuerza se limitaba ahora a doscientos setenta castellanos. Era absurdo dirigir una hueste con casi tantos cautivos como guardianes. Tampoco se le pasó por la cabeza la idea de matarlos a todos. Su primer impulso fue quedarse con una cuerda de cincuenta presos, algo que poder llevar ante Ramiro como testimonio de su triunfo, y liberar a los demás. Sin embargo, las miradas de sus hombres estaban pidiendo otra cosa. Querían sangre. Rodrigo Núñez volvió a sentir miedo. Esta vez no era miedo al fracaso, ni tampoco al enemigo vencido, sino miedo a la fiera que estaba despertándose en el interior de sus guerreros, en los ojos brillantes de furia, en las bocas crispadas por el deseo de venganza. Uno gritó:

—¡A muerte! ¡A muerte!

De inmediato los demás, esgrimiendo sus lanzas y sus espadas, sus hachas y sus

azagayas, corearon la sentencia:

—¡A muerte! ¡A muerte! ¡A muerte!

Un sudor frío se apoderó del hermano de Paterna. Él había visto, como los demás, los centenares de cadáveres sin cabeza de la llanada de Álava pudriéndose al sol, pasto de las alimañas. Él había visto, como los demás, los pueblos arrasados, las mujeres violadas y asesinadas, los niños raptados como esclavos, las iglesias calcinadas, los frailes degollados. Y sin embargo, él no sentía deseos de venganza. No ahora, cuando acababa de mandar al infierno a un millar de sarracenos. Rodrigo trató de mantener la mente fría en medio del coro de muerte que le rodeaba. No pudo evitar que su mirada fuera a posarse en Cernín, el cautivo navarro, obligado a servir en aquel ejército de esclavos. Tampoco pudo dejar de pensar que, si las cosas hubieran sido de otra manera, él mismo, Rodrigo Núñez, podía haber caído cautivo de los moros y verse obligado a servir como soldado para escapar de la muerte. Pero no era el momento de la piedad. Un gesto suyo bastaría para que aquella gente fuera degollada en masa. Otro gesto contrario, tal vez, le valdría la enemistad de sus hombres, enardecidos hasta el paroxismo por la fiebre de la venganza, que jamás entenderían un acto de clemencia cuando tenían al enemigo en sus manos. Era la decisión más difícil que había tenido que tomar en sus veinte años de vida. Optó por lo que le pareció la solución menos cruel.

—¡Silencio! ¡Nosotros no somos salvajes! —ordenó Rodrigo Núñez, tratando de desmentir con la fuerza de su voz la lividez de su rostro—. ¡Cernín! —gritó al navarro—. Tú elegirás a los que van a vivir. Escoge a cincuenta hombres. Vendréis con nosotros a Oviedo como cautivos. A los demás, ¡pasadlos por las armas!

El navarro palideció. Tembloroso, buscó entre los presos a sus amigos. Los vencidos le miraban con expresión angustiada, esperando una señal, y algunos sollozaban con gemidos de agonía, y otros se sentaban en el suelo hundiendo la cabeza porque sabían que no estarían entre los elegidos, y aún otros increpaban a Cernín con insultos en árabe que sonaban a maldición eterna. Concluida la selección, el navarro se retiró con los agraciados. Todos fueron atados de pies y manos. Así habrían de caminar hasta Oviedo. Quedaba ahora lo peor. Los hombres de la mesnada no esperaron a la orden de Rodrigo para abalanzarse sobre los demás, cortando cuellos y abriendo vientres. El joven Núñez, alejado de la escena, los puños apretados, sudando como un manantial, intentaba permanecer ajeno a los aullidos de los verdugos, «¡Por los de Lantarón!», «¡Por los de Salcedo!», «¡Por los de Valpuesta!», con los que proclamaban el crimen que justificaba la brutal sentencia. Fue cuestión de minutos. Una masacre. No sería la última.

Sobre el campo quedaba ahora un amasijo de cuerpos y multitud de objetos de todo tipo, armas pero también vituallas, esparcidos hasta donde alcanzaba la vista. Rodrigo sabía lo que tocaba hacer.

—¡Rematad a los heridos! —ordenó a sus hombres—. ¡Y apilad el botín!

Los castellanos barrieron el paisaje después de la batalla hendiendo espadas, lanzas y cuchillos en los cuerpos que aún respiraban. «Mejor una muerte rápida ahora que una muerte lenta esta noche, devorados por los buitres», pensaba el hermano de Paterna. Al mismo tiempo, los vencedores iban apilando en el centro del camino espadas, jabalinas, escudos, corazas, cascos, joyas arrancadas a los cadáveres, botas, cinturones, sillas de montar... Alguien encontró un carro; el mismo carro que había servido para transportar a Yahya ben Yahya, el alfaquí. Ahora serviría para llevar a Oviedo el botín del combate. Rodrigo curioseó en el interior del carruaje. Con sorpresa descubrió algunas cestas. Hurgó dentro. Había comida. Repartió algunos dátiles entre los hombres que tenía a su alrededor. Cuando cesaron los gritos de los moribundos, el hermano de Paterna, dominando el temblor de la voz, se dirigió a uno de sus guerreros, un tal Beltrán:

—¡Tu hacha!

Beltrán dio el hacha a Rodrigo. Este se aproximó al cadáver del general Walid. Con un golpe certero le seccionó la cabeza. La cogió en sus manos. La miró con respeto, con admiración, casi con dulzura: aquel valiente le había proporcionado su primera victoria como caudillo. Medio siglo atrás, un rey de Asturias había vencido en este mismo paraje. Ahora la victoria era para él, Rodrigo Núñez de Cigüenza, Rodrigo de Castilla. Ante los ojos atónitos de amigos y enemigos, el joven guerrero besó la frente sin cuerpo del eslavo. Meticulosamente depositó la testa en el suelo. Solemne, clavó la espada en la tierra roja de sangre. El arma se convirtió en cruz. Se arrodilló. Todos sus hombres le imitaron. También los cautivos. Rodrigo rezó:

—No sea la gloria para nosotros, Señor, sino para tu nombre. Te damos gracias por esta victoria sobre los enemigos de la cruz. Gracias por guiar nuestros brazos y nuestros espíritus en la batalla. Apiádate de las almas de los caídos. Acoge a los cristianos en tu seno y sé clemente con los infieles que ahora descubrirán la verdad. Apiádate sobre todo de este hombre, Walid, que era un hombre valiente. Y a nosotros, te lo ruego, sigue protegiéndonos para que nuestras espadas puedan cantar tu gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Luego, con sumo cuidado, el hermano de Paterna metió la cabeza dentro de la cesta. Una de aquellas cestas primorosamente confeccionadas bajo las órdenes del eunuco Nasr Abu el-Fath. Una cesta que días antes había contenido serpientes. Una cesta que ahora serviría para portar la cabeza del general Walid.

—¡Nos vamos! —gritó Rodrigo—. ¡Un rey nos espera!

12 PADRES E HIJOS

Paterna apenas abrió la boca durante el resto del trayecto. Cabalgaba permanentemente ensimismada, sumergida en sus pensamientos, como buceando dentro de sí. Ni siquiera se inmutó cuando, a la altura del soto de Cangas, a orillas del Güeña, una cuadrilla de salteadores se acercó a la comitiva y los hombres tuvieron que echar mano de sus espadas para disuadir a aquellos desdichados que los habían tomado por simples caminantes. Los salteadores, a la vista del acero, huyeron como gorriones y Paterna se limitó a agradecer el gesto con una lánguida mirada que Hernán recibió como lluvia de estío. No era difícil entender que la castellana se estaba despidiendo de su anterior vida y preparaba su espíritu para lo que hubiera de venir.

—Ahora tú y yo nos separaremos para siempre —le había susurrado a Hernán la noche antes de entrar en el corazón del reino—. Vamos a una guerra. Tú te jugarás la vida y yo también. Tú volverás a tus tierras, a tu gente, pero yo...

—Tú serás reina —le decía el caballero para confortarla.

—... Yo seré una extraña en un mundo que desconozco, junto a un hombre del que nada sé, con una vida ajena a todo lo que he sido y soy.

—Lo harás bien —le aseguraba Hernán—. Te ganarás el corazón de Ramiro y de todas las gentes del reino.

—¡El corazón...! —suspiraba Paterna—. El mío lo he perdido ya.

Sin embargo, quería pensar Hernán, pocas cosas se reconstruyen tan fácilmente como el corazón de una mujer. El alma del caballero navegaba entre sentimientos encontrados. Por un lado, le aliviaba ver a Paterna dispuesta a asumir su destino. Por otro, no podía dejar de experimentar su entrega como una pérdida, como una mutilación personal: lo que iba a entregar a Ramiro ya no era simplemente una mujer a la que desposar, sino un pedazo de sí mismo. Y quizás aquel sentimiento de verse amputado, aquel dolor tan punzante y sin consuelo, era la justa penitencia para su pecado, una mortificación solo endulzada porque ella, Paterna, compartía su tristeza.

En Cangas unos campesinos les dijeron que numerosas mesnadas guerreras estaban atravesando el reino en dirección al oeste. En tierras de Piloña supieron además que la guerra estaba lejos, a orillas del Narcea. No tuvieron indicaciones más precisas hasta llegar al pequeño monasterio de San Bartolomé, en la comarca que llamaban Nava. Allí los caminantes buscaron cobijo. Y lo que encontraron fue algo distinto.

—¿Qué queréis? ¿Comida? ¿Oro? ¿Mujeres? ¡Por todos los diablos! ¡Fuera de aquí! ¡Somos frailes, no hacendados!

El que así hablaba era un sujeto grueso y colorado, de redondo vientre y

explosivas barbas cárdenas, que se había plantado en jarras en la puerta de la modesta iglesia y agitaba los brazos y levantaba los puños con un desparpajo casi grosero. Si no fuera por el hábito, más habría parecido un asentador de ganado en el mercado de Esles de Trasmiera. Hernán se acercó a él, intrigado.

—Salud, hermano.

—¡Ni salud ni peste! —respondió el estafalario monje—. ¡Ya no nos queda nada que ofrecer! ¡Si queréis comida, tendréis que ir a otra parte!

—No buscamos comida —aclaró Hernán—. Solo un techo y un fuego para pasar la noche.

En ese momento Telmo, siempre silencioso, descendió de su caballo, abrió una de las alforjas y extrajo de ella un conejo y una sarta de pichones que ofreció al fraile.

—Es poco, pero es lo que tenemos —dijo el castellano, lacónico, abriendo en su rostro de tierra un surco que no llegaba a sonrisa. El fraile relajó el ceño.

—Somos comerciantes de las Bardulias de camino a Oviedo —mintió Hernán—. Ella es mi hermana —dijo señalando a Paterna—; estos de aquí, mis socios. Solo buscamos un techo para pasar la noche —repitió— y mañana nos iremos.

El monje esbozó una mueca procax entre las grandes barbas. La mueca fue creciendo hasta convertirse en una insolente carcajada.

—¡La única verdad que has dicho es que venís de las Bardulias! ¡El acento os traiciona! Pero no sois comerciantes. Reconozco a un guerrero a leguas de distancia. Y ella tampoco es tu hermana. ¡Nadie mira así a su hermana, caballero! —concluyó el grueso fraile entre risotadas.

El de Mena enrojeció. Paterna no pudo contener una risa sofocada. Aquella furia vestida de monje no dejaba de tener su gracia. La dama resolvió entonces tomar la iniciativa. Majestuosamente bajó del caballo, avanzó unos pasos y, para estupor de Hernán, se dirigió al clérigo:

—Me llamo Paterna Núñez. Soy la prometida del rey don Ramiro. Este caballero es Hernán de Mena, mi protector. Los otros, mis paladines Telmo, Tello y Mendo, todos de Castilla. —Los tres castellanos se miraron con asombro: nunca nadie les había llamado «paladines»—. Estamos atravesando el reino en busca de mi prometido, para unirnos a las filas del rey. Nadie debe saberlo. Por eso te hemos mentido. ¿Estás satisfecho, hermano?

La mueca del fraile había ido encogiéndose a medida que Paterna desgranaba sus explicaciones. Ahora el rostro del religioso era una bola peluda con dos ojos muy abiertos y una boca redonda como la luna llena. Hernán y los tres castellanos, por su parte, habían descubierto sus capas para mostrar las armas en ademán amenazante; nadie debía conocer su auténtica identidad, en efecto, y las temerarias palabras de Paterna multiplicaban el riesgo.

—No... No tenéis nada que... que temer aquí —tartamudeó el fraile—. Yo me

llamo Ginés. Soy prior de esta casa. Corréis mucho peligro. Aquí estaréis seguros —añadió nerviosamente—. Ocultemos los caballos y pasad al interior.

El monasterio de San Bartolomé en Nava parecía en realidad una especie de choza alargada: si ya la iglesia era más bien una ermita, el cenobio propiamente dicho no pasaba de palloza campesina, como cualquiera de esas cabañas de lance que los caminantes habían encontrado en las altas brañas de la sierra del Cordel. Lo asombroso era que en el interior de aquel espacio se hacinaban no solo los monjes del lugar —seis, según las cuentas de Hernán—, sino también varias familias de los alrededores. Había mujeres con niños, ancianos, algún tullido...

—Vinieron aquí huyendo de la soldadesca —explicó fray Ginés—, de las huestes que desde hace días cruzan estas tierras en todas direcciones. Lo esquilman todo. Y hacen cosas aún peores.

Hernán asintió en silencio. La guerra siempre lleva consigo estragos de ese género. Los jinetes del Apocalipsis. Los conocía como si fueran de su propia familia.

—¿Y los hombres? —se extrañó el de Mena al no ver varones jóvenes.

—Vino un hombre y los reclutó por la fuerza para el ejército de ese tal Nepociano, el regente usurpador.

Paterna dirigió al fraile una mirada de simpatía: aquellas palabras, con el calificativo de usurpador, delataban a un partidario de la causa de Ramiro. Pese a la desconfianza de Hernán, la dama tiró del hilo.

—Te arriesgas mucho, fray Ginés, al esconder aquí a esta gente. Y te arriesgas mucho más al escondernos a nosotros.

El grueso fraile, perdida ya la hostilidad del primer contacto, colocó las dos manos sobre el crecido vientre y suspiró.

—Será lo que Dios quiera. En sus manos nos abandonamos. Además, no es la primera vez que vivo algo parecido a esto —dijo, mesándose las explosivas barbas—. Pasó también en Eio, la tierra de la que yo vengo.

Así conocieron Hernán y Paterna la cruel historia de fray Ginés en la ciudad muerta de Eio, en la *kora* de Tudmir.



—Trataremos de dar aquí la batalla —Ramiro colocó firmemente su dedo sobre un punto del pergamino—: cerca de Cornellana, a orillas del Narcea; un lugar lo suficientemente llano para que las tropas se muevan con soltura, pero con cerros y pasos de agua que impedirán al enemigo desplegarse en toda su línea.

La hueste del rey había acampado en el paraje de Trevías, a un día de marcha de Cornellana; un apacible llano verde cruzado por las aguas del Esva donde los pastos habían ganado espacio al bosque y los labriegos seguían su rutina como si la guerra que incendiaba el reino no fuera con ellos. Cuando los oficiales de Ramiro dijeron a

las gentes del lugar que el rey estaba allí, los campesinos preguntaron si era don Alfonso; cuando les informaron de que Alfonso había muerto, les pareció imposible; cuando les explicaron que había guerra, echaron mano de sus guadañas y azadas para protegerse de aquellos forasteros. El propio Ramiro tuvo que dejarse ver entre la veintena escasa de familias que poblaba aquella campa para obtener de buen grado las vituallas que el ejército necesitaba. Y eran muchas vituallas.

—¿Por qué no tomamos lo que necesitamos y punto? —había sugerido el turbulento Yago de Mondariz, provocador.

—Porque sería malo para nuestra bandera —respondió Ramiro—. Del viejo rey Alfonso aprendí una cosa: que el pueblo ha de verte como a su protector, no como a su amo. De estos últimos ya hay muchos en el otro lado.

—Sabias palabras —rubricó el obispo Serrano, que desde la Mariña se había convertido en la sombra del rey—. Nada causa más gozo en el cielo que ver cómo un poderoso se postra ante los débiles para lavarles los pies.

—No será preciso llegar tan lejos —ironizó el rey—. Bastará con que vean que nuestra causa es la suya.

Y así Ramiro Bermúdez repartió generosas dádivas entre los paisanos de Trevías a cambio de unas cuantas vacas viejas, un rebaño de corderos y varios sacos de harina de centeno. Los lugareños, impresionados por la prodigalidad del monarca y por el brillo del oro, mataron además algunos cerdos para completar las necesidades de la tropa, cedieron una amplia campa para que la hueste levantara sus tiendas y, aún más, ofrecieron al rey la mejor casa de la aldea para que instalara allí su cuartel provisional. El señor del Édramo tendría que compensar de alguna manera a las buenas gentes de Trevías. Pero antes era necesario ganar la guerra.

Ramiro Bermúdez había convocado a sus capitanes en la modesta casa aldeana prestada por los lugareños. Si aquello fue alguna vez un hogar, ahora parecía cualquier cosa menos eso: toda la planta baja era una ancha sala vacía donde no destacaba más que el duro camastro del monarca y una gran mesa que parecía tallada a hachazos. Sobre la mesa, un crucifijo. Bajo él, un extenso pergamino de becerro. Y en la piel del animal, curtida por diestras manos anónimas, un plano que el propio Ramiro había dibujado con todo lujo de detalles. El rey conocía su reino. Por eso quería atacar en Cornellana.

—¿Por qué Cornellana? ¿Por qué no más cerca de Oviedo? —preguntó uno de los hijos de Fáfila de Lugo, que ardía en deseos de venganza—. ¡Cuanto más cerca de la boca del lobo, mejor!

—En absoluto —negó Ramiro—. No me fío de los señores de esas tierras. Casi todos han cedido ante Nepociano: o están en su bando o le tienen miedo, que para el caso lo mismo da. No podemos alejarnos demasiado de nuestra propia casa.

—¿Y más al norte, en Pravia? —objetó el veterano Paio de Guitiriz acariciando

sus barbas blancas—. Hay más llano y es más fácil combatir.

—Hay más llano, sí —reconoció el rey—, pero Pravia es tierra controlada por el conde Escipio, y este forma con Nepociano. No, no podemos ir más al norte. Cornellana es nuestra mejor opción.

—Conozco ese sitio —apuntó Ergica de Tuy, el famoso guerrero—. Es buen lugar, pero solo si llegamos antes para controlar el río y las alturas. Si no, estamos perdidos.

El rey acogió con satisfacción la aportación experta de Ergica. Era importante que el resto de los caballeros confiara en las dotes del rey como estratega.

—Precisamente, Ergica. Lo has visto muy bien. Hemos de tratar de llegar antes que el enemigo; así podremos dominar las alturas y, sobre todo, controlar el único puente que cruza el río en ese tramo. Ellos marchan hacia el oeste, pero no saben adónde nos dirigimos. Eso nos da ventaja para pisar los primeros el campo de batalla. Mientras seamos capaces de llevar la iniciativa y empujar al enemigo a nuestro terreno, al abrigo de las lomas cercanas, la batalla será nuestra. Mi hijo Gatón ya ha salido con un centenar de hombres para fortificar el puente y reconocer el terreno.

—¿Para pasar al otro lado? —se sorprendió el de Tuy.

—No —aclaró el rey—. Para obligar al enemigo a situarse ahí, en ese punto preciso. Pasaremos después.

—¿Y si no podemos pasar? —preguntó el obispo Ataúlfo de Iria, cuyo pálido semblante delataba al hombre que combate por primera vez.

—En el peor de los casos —contestó calmoso Ramiro— retrocederemos hasta aquí, hasta Salas, al oeste, donde los montes obstaculizarán el paso del enemigo y nosotros podremos reorganizarnos y contraatacar.

Los caballeros intercambiaron miradas significativas. El plan parecía bueno. Ramiro Bermúdez había pensado en todo.

—¡Solicito para mí el honor de la primera línea! —exclamó Arias de Pallares, el majestuoso aristócrata, y su cabeza parecía una de esas estatuas que de vez en cuando encontraban los campesinos removiendo antiguas piedras romanas.

Ramiro acogió la petición con gratitud, pero meneó la cabellera.

—Gracias, don Arias, pero no es así como lo haremos. Mañana, cuando estemos en Cornellana, sobre el terreno, conoceréis todos vuestro cometido en el combate. Y es imprescindible que os atengáis estrictamente a él. Algo muy importante debo deciros —añadió el rey, adoptando el aire más grave que pudo—: las circunstancias de la batalla exigen que haya un solo mando; no podemos permitirnos dilapidar esfuerzos en escaramuzas de facción. Sobre esta misma mesa, ante este crucifijo y en presencia de nuestro amigo el obispo Serrano, auxiliar de Oviedo, os pido que me deis el mando y la autoridad sobre todas nuestras huestes.

Los caballeros se miraron entre la suspicacia y la sorpresa. Ramiro reclamaba el

mando. Y es que aquel hombre ya no era Ramiro Bermúdez, señor del Édramo y conde del rey en Galicia, sino que era el propio rey quien les estaba hablando. Tendrían que acostumbrarse a ello.

—Sé que cuento con vuestra obediencia —zanjó Ramiro como respuesta al silencio de sus capitanes—. Cada cual debe cumplir su misión de manera escrupulosa y pensando en el resto de nuestro ejército. Sé también que alguno pensará que esto no es un ejército, que esta muchedumbre de pescadores, labradores, ganaderos, artesanos y herreros no puede enfrentarse a guerreros experimentados. Pero yo os digo que con un buen mando, las ideas claras y la ayuda de Dios, lo conseguiremos.

Don Paio de Guitiriz, desde las alturas de su edad, fue el primero en contestar al rey.

—Don Ramiro, mi señor, he servido a vuestro predecesor, el rey Alfonso, hasta donde me llega la memoria, y mi padre sirvió a la corona de Oviedo como mi abuelo y mi bisabuelo, cuando el trono aún estaba en Pravia. Mi espada —proclamó el veterano caballero desenvainando el arma— está al servicio del rey de Asturias, que eres tú por la gracia de Dios. Obedeceré tus órdenes como voluntad que son de mi rey. Y estoy seguro de que todos los caballeros aquí presentes harán lo mismo que yo.

—¡Cuenta con mi brazo, rey Ramiro! —bramó Ergica de Tuy, rindiendo la espada a los pies del monarca.

Uno a uno, todos imitaron a Paio y Ergica. Ramiro, ceremonioso, fue palmeando las hojas de frío acero, una tras otra, como queriendo en ese gesto hacerlas suyas. El obispo Serrano, a tono con la ocasión, tomó en sus manos el crucifijo que descansaba sobre la mesa y lo irguió por encima de sus cabezas mientras musitaba bendiciones. El rey, una vez que hubo aceptado con sus manos las espadas de los paladines, esgrimió su propia arma y la besó en la cruz. Luego la izó ante sí, el brazo extendido, e invitó a los capitanes a hacer lo mismo. Las espadas se besaron con amor de acero.

—¡Por Cristo y la corona! —gritó Ramiro Bermúdez.

—¡Por Cristo y el rey! —corearon los demás.

—Y ahora, señores, preparémoslo todo —ordenó el monarca—. Armas bruñidas. Espadas afiladas. Arcos bien tensados. Flechas bien ordenadas. Monturas descansadas. Que los hombres coman bien y duerman todo lo que puedan. Cada hueste, dividida en grupos de cincuenta. Elegid bien a vuestros oficiales. Mañana saldremos antes del alba y tomaremos posiciones. Necesito a mi ejército bien fresco. Mañana nos jugamos la vida, caballeros. El enemigo se cree más fuerte. Le demostraremos lo equivocado que está.



El eunuco Nasr Abu el-Fath entró con pies temerosos en el jardín privado del emir Abderramán. A los pies del soberano, la favorita Tarub, la bella entre las bellas,

rasgueaba una lánguida *nuba* con su laúd. Nasr se postró cual solía, de rodillas, la frente en el suelo, la calva cabeza apuntando al emir.

—Bienvenido, mi buen Nasr —musitó Abderramán, tratando de disimular su enojo en una afabilidad paternal—. Muy graves deben de ser las nuevas que traes cuando tanto has insistido en verme a estas horas.

Era tarde, sí. Los almuecines habían cantado ya la hora de la oración del Maghrib, que el profeta prescribió para cuando el sol se pone. Abderramán se había retirado a la intimidad del jardín con su concubina. La dureza del día, envuelto en discusiones con embajadores de los Banu Qasi del Ebro, no le aconsejaba sino un buen descanso entre la belleza de la música y la hermosura de Tarub. Aún eran frescas, casi frías las noches en aquel abril cordobés. Un té humeante reposaba sobre una lujosa bandeja de plata repujada. Nadie ofreció nada al eunuco. Este, sin levantarse, desveló el secreto de su visita.

—Se trata de la expedición de tu hijo, mi señor —aclaró Nasr—. He estado recibiendo mensajes de la columna, mensajes que el general Walid me enviaba a través de palomas, como siempre hacen todas las expediciones que salen de Córdoba —agregó el eunuco para disipar cualquier sospecha de práctica irregular.

—Es una sabia costumbre —observó Abderramán—. Con razón dicen que nada se te escapa. ¿Y bien?

—La cuestión —el eunuco seguía en el suelo— es que el último de esos mensajes me resultó muy sorprendente. Decía así: «Tomamos la calzada de la Mesa rumbo a Oviedo». Pero eso no tiene nada que ver con el objetivo inicialmente asignado a la campaña.

Abderramán miró al eunuco con una sonrisa atravesada. Con un movimiento de sus manos le instó a levantarse. Tarde o temprano —pensaba— alguien se enteraría de la auténtica misión de Mohamed. Era lógico que Nasr Abu el-Fath hubiera sido el primero. Y si aquel mensaje decía que habían puesto rumbo a Oviedo, era porque la tarea ya estaba prácticamente concluida: así se lo había indicado a su hijo, y no cabía suponer que hubiera contradicho sus órdenes.

—Yo he mandado a mi hijo Mohamed dirigirse a Oviedo, sí —explicó el emir—. Los acontecimientos en el reino cristiano del norte exigen una intervención directa. ¿Te parece mal, mi buen eunuco?

—Mi señor —se excusó Nasr envuelto en sudor—, jamás he puesto en cuestión ninguna de tus decisiones, que siempre son sabias y han traído al emirato muchos años de gloria. Es solo que...

—¿Qué? —apremió el emir a su lacayo.

—Que los cálculos de intendencia, avituallamiento y armas no preveían una campaña de ese género —se lamentó el eunuco—. Y aunque el príncipe Mohamed hizo peticiones más elevadas, que yo satisfice en cuanto pude, temo que el

aprovisionamiento no haya sido suficiente. Por otro lado, mi señor, ¿debo ordenar nuevos puntos de avituallamiento en el camino de vuelta?

El emir se levantó con gesto cansado. Dio dos o tres pasos en torno a Tarub, que seguía tocando su instrumento, pues nadie le había ordenado lo contrario. Con dedos suaves, Abderramán tapó las cuerdas del laúd de su favorita. Silencio. Carraspeó.

—Vosotros dos estabais conmigo cuando decidí no lanzar una ofensiva militar sobre el norte. Quizá penséis ahora que en algún momento cambié de opinión. — Sonreía el emir—. Quizá penséis que la presión de mi hijo Mohamed, que enérgicamente me pedía el mando de una campaña, doblegó mi voluntad de padre. Bien: sí y no. Sí, porque las razones de Mohamed me parecieron dignas de ser tenidas en consideración. Y no, porque la decisión de intervenir en Oviedo ya estaba tomada de antemano. Pero no se trataba ni se tratará de una intervención militar, sino de una acción política de apoyo a nuestro amigo Nepociano.

Tarub y Nasr seguían con gesto sumiso las explicaciones de Abderramán. El soberano de Córdoba parecía hablar más bien para sí mismo.

—Los cristianos se hallan en guerra civil. Nepociano es nuestro aliado. Pero hay que prevenir que se convierta en un enemigo. Por eso era necesario enviar un cuerpo expedicionario a Oviedo. Algo pequeño, no un gran ejército. Y no para entrar en batalla, sino para hacer acto de presencia. Lo suficiente para recordarle a nuestro amigo quién manda aquí. Una fuerza militar que le ayude a conseguir el trono y, de paso, imponga nuestras condiciones.

—Clarividente estrategia, mi señor —musitó el eunuco.

—Mi hijo Mohamed —continuó el emir sin acusar recibo del elogio— quería una campaña. Mohamed es un muchacho impulsivo; verde para las cosas de la guerra y poco ducho en la doctrina del profeta, pero bien ilustrado en materia política. Él quería una campaña para asentar su fama en Córdoba. Bien. Tendría su campaña. Para llenar sus lagunas en materia militar, hice que le escoltara Walid, mi mejor general, con sus esclavos. Y para darle la formación religiosa que le falta, escogí a Yahya ben Yahya, el alfaquí. Yo mismo recomendé a mi hijo, una vez tuviera noticias de Oviedo, tomar el camino de la Mesa, pues discurre entre alturas y no cabe temer inoportunas emboscadas. Eso es todo.

Nasr Abu el-Fath sintió que la punta de la lengua le ardía. Estaba a punto de decir algo, pero la perorata de Abderramán no había terminado.

—A estas horas —vaticinaba el emir—, mi hijo debe hallarse ya a las puertas de Oviedo o en compañía de las tropas de Nepociano, dispuesto a barrer de un plumazo la obra del funesto Alfonso. Si el negocio sale mal, a Mohamed y su pequeño ejército no les costará ganar de nuevo territorio seguro. Los enviados de Nepociano me aseguraron que la frontera está desguarnecida, con todos los hombres absortos en su propia guerra. Y si el negocio sale bien, mi hijo llegará al trono de Córdoba con el

mayor timbre de gloria posible: haber obligado a los politeístas del norte a agachar la cabeza y a besar sus pies.

El emir cerró su exposición con una palmada satisfecha, incapaz de sospechar que su hijo hubiera hecho algo diferente a lo que se le había encomendado. No reparó Abderramán en la mirada turbia de Tarub, que masticaba odio hacia el príncipe Mohamed. Pero fue entonces cuando el eunuco dijo lo que se estaba guardando:

—Hay algo más que debo referiros, mi señor.

—Habla —ordenó el emir.

—Se trata del alfaquí Yahya ben Yahya. Un mensaje anterior me informaba de que el alfaquí ha muerto.

Tarub dejó caer su laúd con estrépito. Nerviosa, se apresuró a pedir perdón. Abderramán enarcó una ceja.

—¿Muerto? —preguntó—. ¿La dureza del camino, tal vez?

—Ignoro las circunstancias, pero el hecho es que Yahya ben Yahya falleció en una llanura sin nombre, a orillas de un río llamado Zapardiel.

Nasr recordaba muy bien el mensaje que le envió Walid: «Yahya ben Yahya ha muerto. Le mordió una serpiente. Ha sido enterrado conforme al ritual. Seguimos camino». Pero de la serpiente no diría nada. El eunuco no daría más detalles. No podía darlos. Ni siquiera se lo confiaría a su muy estimada Tarub.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —inquirió el emir con gesto ceñudo.

—Porque no lo supe hasta hoy —mintió el eunuco—, cuando me han traído los mensajes de estos últimos días.

Abderramán se mesó pensativo la larga barba negra teñida de alheña. Aquello del alfaquí era un feo asunto. Bien es cierto que un viaje tan largo no podía hacerle ningún bien a un cuerpo tan anciano como el de Yahya ben Yahya.

—Dime una cosa, mi buen Nasr...

—A vuestra disposición, mi señor —susurró el eunuco.

—¿De cuándo es el último mensaje, el del camino de la Mesa? —preguntó Abderramán, y en su mirada oscura había una nube de funestos presagios.

—De anteayer, mi señor —respondió Nasr, solícito.

—Bien. Avísame en cuanto llegue el próximo mensaje —ordenó el emir—. Y si en dos días a partir de hoy no ha llegado mensaje alguno, infórmame también. No conviene perder el control sobre este asunto.

El eunuco Nasr Abu el-Fath volvió a postrarse, se levantó con esfuerzo y abandonó la estancia caminando hacia atrás, de manera que su orondo corpachón pudiera multiplicar las reverencias hacia su amo. Abderramán volvió a su asiento, pero su ánimo estaba tenso como las cuerdas del laúd de la bella Tarub.

—Sigue tocando, dulzura mía —rogó el soberano—. Necesito consuelo.

Y la bella Tarub volvió a su lánguida *nuba* mientras Abderramán acariciaba

suavemente sus largos cabellos de azabache. Si la mano del emir hubiera sido la vara de un zahorí, habría podido detectar la tempestad que en aquel momento se agitaba en el interior de aquella mujer.



Jimena no acompañó a Nepociano hasta la línea de combate. Se quedó en Oviedo, en palacio, entregada a la consulta de los astros. Hasta el último momento había guiado a su esposo en la preparación de la batalla final. Había examinado con él los mapas del oeste, siguiendo palmo a palmo los caminos que van y vienen de Oviedo a Galicia. En algún lugar tenía que estar el ejército del pretendiente Bermúdez. Después, juntos, recibieron la noticia de que su adversario había pasado a la Mariña de Lugo y, de ahí, a la tierra de Luarca. Se movía deprisa, el condenado. ¿Adónde podía dirigirse? El regente estaba casi seguro de que marchaba sobre Pravia, un terreno llano donde podría mover sus tropas con comodidad. Claro que él, el regente, gozaría de la misma ventaja.

Los agentes de Nepociano le habían ilustrado con bastante precisión sobre los efectivos de Ramiro: unos cinco mil hombres, como habían dicho los informadores del conde Escipio. Muchos gallegos; asturianos del oeste; mesnadas castellanas y de la frontera. Eso era todo. Por el contrario, la tropa mercenaria del regente, más las huestes aportadas por los terratenientes del reino y que habían quedado bajo el mando de Escipio y Sonna, duplicaban ese número. No podían sino vencer. Jimena, sin embargo, percibía peligros invisibles.

—Seguimos sin un obispo que bendiga nuestra espada —había amonestado a su esposo.

—Es verdad —concedió Nepociano—. Serrano se ha pasado al enemigo. Y ya has visto el papelito ese que circula por las sacristías: los curas están haciendo campaña contra nosotros.

—¿Irás a la batalla sin hombres de Iglesia?

—Tenemos al abate Vidal —se excusó el regente, tratando de tranquilizar a su esposa—. Le he nombrado obispo auxiliar de Oviedo en ausencia de Gomelo. Nadie se ha opuesto.

—¿Bastará?

—No lo sé —confesó Nepociano—. Pero al menos nuestros hombres verán a un prelado compartiendo con ellos el dolor del combate.

Jimena permanecía concentrada, como abstraída, leyendo mensajes ocultos en la melodía del viento y en el vuelo de los pájaros y en las formas de las nubes que pintan de blanco el cielo. Miraba su zafiro, su joya regia, buscando en los destellos y colores de aquella gema alguna advertencia sobre cómo afrontar la hora decisiva.

—Me preocupa el conde Sonna —le había prevenido la mujer pocos días atrás—.

Le veo como ausente. Poco sólido. Me inspira malos presagios. No te fíes.

—No me fío —confirmaba Nepociano—. Pero le necesito. Me hace falta un tipo como él porque fue conde de palacio con Alfonso. Igual que Escipio. Sin ellos, la mitad de mi legitimidad desaparecería. Por el contrario, con Escipio y Sonna formando en mis líneas, todo el pueblo y, sobre todo, los señores de la tierra verán en mí al heredero natural de Alfonso el Casto.

—Ya sé todo eso —protestaba Jimena—. Aun así, no te fíes.

—Es verdad que está comportándose de manera extravagante —reconocía Nepociano—. Pero creo saber la causa de su desazón. ¿Sabes lo que me ha pedido? Le dije: «Conde Sonna, estás en condiciones de solicitar a esta regencia cuantos favores deseas». Y él, después de pensarlo mucho, me contestó: «Siendo así, solicito que se otorgue la propiedad de los molinos del sitio de Parres a la señora Gadea de...». ¿Te das cuenta? ¡Una mujer! —había exclamado Nepociano riendo—. ¡Todo es por una mujer!

—Aun así —porfiaba la dama del cabello rojo y los ojos del color del mar en invierno—. Aun así, no te fíes.

Ciertamente, Sonna había vuelto extraño de aquel viaje; cambiado. Era como si el fracaso en la empresa de encontrar a Ramiro le hubiera hecho un hombre más taciturno y reservado. Cuando se presentó ante Nepociano, lo hizo aún ataviado con la ropa de viaje, lleno de sudor y polvo.

—Veo, buen señor, que te han nombrado regente en mi ausencia —dijo el conde al magnate apenas penetró en el palacio real de Oviedo, y en su tono había un deje suspicaz que parecía hecho de espinas.

—¡Mi querido Sonna! —exclamó teatralmente Nepociano—. ¡El hombre que faltaba para tener completas las piezas del tablero! ¿Cómo ha ido tu misión de búsqueda? ¿Has encontrado al granjero gallego y a su becerrilla castellana?

—Ni rastro del uno ni de la otra —mintió Sonna, y era la primera vez que lo hacía en aquel salón—. Cuando llegué a los caminos que vienen de las Bardulias, ambos habían tomado ya la ruta del oeste. Supongo que a estas horas los dos se hallarán juntos en Galicia.

—Supongo, sí, supongo —confirmó Nepociano enigmáticamente—. Pero lo mismo da, porque los dados bailan ya sobre la mesa.

Sonna se marchó y ahora estaba allí, en los alrededores de Pravia, al frente de una de las alas del ejército de Nepociano. La otra la mandaba el conde Escipio. Con los dos condes de palacio en sus líneas, nadie podría dudar de que ese, y no otro, era el auténtico ejército del rey de Asturias. Claro que Escipio y Sonna no serían más que comparsas en el gran combate. Sus alas se limitarían a ocupar espacio y obstaculizar los movimientos del enemigo. Y además, estarían permanentemente vigiladas por hombres de confianza: Piniolo, Alvito, Aldroito... Para la pelea de verdad, para la

lucha a muerte, Nepociano contaba con sus propios recursos: su hueste mercenaria y las máquinas de guerra que, generosamente, el emir de Córdoba le había facilitado.

Fundíbulos, onagros, balistas, catapultas... Las máquinas bramaban como toros al mover sus pesadas ruedas sobre el suelo de Asturias. Bastaba su presencia para infundir en el rival un terror pánico. Nepociano cabalgaba ahora entre ellas, como el rey de un universo mecánico, y a su alrededor, feroces en sus corazas, marchaban los capitanes de la hueste. Los auténticos capitanes.

Lotario de Fráncfort, Alí Husein, Gautier de Carcasona, Ragnar Haraldson, Sancho Jimeno... Nepociano podría escribir la historia de cada uno de ellos, y ninguno quedaría como un héroe. Todos tenían alguna deuda pendiente con la justicia o con la vida. Lotario era un energúmeno rubicundo que desertó de las huestes carolingias para dirigir una banda de salteadores en las ricas tierras de la Provenza. Alí Husein, un moro renegado de Zaragoza que se pasó a los Banu Qasi, primero, y a los francos después, para terminar convertido en guerrero de fortuna. Gautier, pequeño y moreno, era un profesional de la guerra que había hecho carrera en Barcelona, a las órdenes de Bernardo de Septimania, hasta que se le acusó del asesinato de Berenguer de Tolosa. Bernardo, que fue quien le ordenó cometer aquel crimen, prescindió de él como quien se quita un grano. Ragnar Haraldson, normando, había llegado a Aquitania huyendo de sus hermanos de sangre y desde entonces se había alistado bajo cualquier bandera que le pagara bien. En cuanto a Sancho Jimeno, navarro del Roncal, una torre con cara de oveja y corazón de lobo, se había curtido en las frecuentes querellas de los Banu Qasi, aliados de Pamplona, contra los omeyas de Córdoba, hasta que un mal paso con cierta dama musulmana de Tudela le obligó a huir al otro lado del Pirineo. Estos eran los capitanes de Nepociano. Nadie tenía que explicar al viejo regente sus puntos débiles. Pero el magnate creía saber cómo tratarlos.

—Hasta ahora os he visto en escaramuzas de pequeña entidad, tomando aldeas indefensas o haciendo rapiñas en los campos —les decía Nepociano con una sonrisa enojosa—. Ha llegado la hora de demostrar de verdad lo que sois.

Los capitanes reían a mandíbula batiente. Sí, ahora demostrarían lo que realmente eran. El viejo regente adivinaba sus pensamientos: ese ejército de labriegos no era rival para ellos. Pero Nepociano sabía que no hay nada peor que el exceso de confianza.

—No subestiméis a nuestro enemigo —les advertía el magnate—. Ramiro no es más que un ganadero y sus soldados son labradores, pastores y pescadores, es verdad. Pero yo he visto a los padres y a los abuelos de esa gente derrotar a ejércitos de Córdoba y hasta a las huestes del mismísimo Carlomagno. Conocen la tierra que pisan y tratarán por todos los medios de llevar el combate donde a ellos les interese. No podemos caer en esa trampa. Ateneos a las instrucciones.

Las instrucciones, ¿de quién? ¿De un viejo magnate dedicado a la venta de cualquier cosa que cayera en sus manos, esclavos incluidos? ¿Ese era el hombre que iba a decirles, a ellos, cómo debían combatir? Pero Nepociano, como siempre, se anticipaba a los sentimientos más secretos de sus mercenarios.

—Sé lo que pensáis. Que yo no soy un hombre de guerra. Y no lo soy, cierto, pero he visto cosas que os dejarían con la boca abierta: cañones que escupen llamas en Constantinopla, balistas que lanzan tormentas de fuego en Damasco, torres de asedio altas como palacios en Persia... He visto batallas y he entendido cómo se ganan y, sobre todo, cómo se pierden. La inteligencia es lo primero; después, la fuerza. Nunca al revés. Nosotros tenemos las dos cosas. Nuestro plan de batalla es sólido. En campo abierto, somos invencibles. Les aniquilaremos. Si la tropa se mueve con disciplina, la victoria será segura.

Y el premio. Era importante no olvidar el premio. Si aquella gente lograba conquistar un reino, su recompensa sería la más generosa a la que jamás habría podido aspirar.

—Habría oro, vino y mujeres para todos —prometía Nepociano—. Y a vosotros, mis capitanes, os otorgaré tierras de calidad en este reino. Muchas tierras con sus rentas. Viviréis como potentados el resto de vuestras vidas. Pero para eso hay que ganar mañana a las gentes de Ramiro. Sé que cuento con vuestro brazo.

«Por la cuenta que os trae», podría haber añadido Nepociano. Realmente aquellos hombres nunca habían tenido una oportunidad como esta. Lo cual explicaba su buen humor, cerca ya del ocaso, en cabeza del vasto ejército del regente. Nepociano había querido llegar a Pravia flanqueado por ellos, por sus capitanes, envuelto en estandartes verdes, de manera que tanto el pueblo como los soldados percibieran claramente dónde estaba la autoridad. Tras este grupo de cabeza, el abate Vidal, grueso y lujosamente ataviado, cabalgaba precedido por un fraile que portaba una alta cruz. Y detrás de Vidal, a unos pocos pasos, marchaban los dos condes de palacio, Escipio y Sonna.

Escipio y Sonna hablaban; hablaban sin parar. Desde el retorno de Sonna, ambos condes habían entrado en una especie de parlamento constante cuyo contenido empezaba a intrigar sobremanera a Nepociano, pues nada había pasado desapercibido a la siempre atenta mirada del regente. Ahora, en todo caso, estaban allí, poniendo su nombre al servicio de la causa; eso era cuanto esperaba de ellos.

Ya sonaba la hora decisiva. Por los jinetes de Escipio supo Nepociano que la hueste de Ramiro se dirigía hacia el puente de Cornellana. Habían partido esa misma mañana. Si no habían llegado ya, estarían a punto de hacerlo. Las tropas del regente se encontraban a tres horas de camino. Caía la tarde. Pronto se pondría el sol. Pero era importante llegar cuanto antes al lugar de la cita.

El ejército del regente maniobró hacia el sur y se puso en marcha. Las máquinas

de guerra, arrastradas por largas recuas de bueyes, rompieron a rugir sobre sus pesadas ruedas por el camino que lleva de Pravia a Cornellana, a la vera del Nalón y el Narcea. Tras los fundíbulos y catapultas, una infinita hilera de hombres empezaba a prender antorchas. «Marcharemos toda la noche si es preciso». Esas eran las órdenes de Nepociano. Una marcha pesada, lenta, condicionada por el trabajoso movimiento de las máquinas, pero cuyo aspecto era en sí mismo un arma definitiva. Que la gente de Ramiro llegara al campo de batalla y viera el inmenso poder de su enemigo. Que el miedo les robara el sueño. Que todos supieran que iban a morir.

Nepociano recobró la cabeza de la columna. Junto a ellos, sus capitanes. Después, el abate. A su cola, Sonna y Escipio. Luego, las máquinas. Y por fin, el grueso de la hueste. Diez mil hombres. Entre las gentes de a pie, vanguardia de aquella magna procesión de antorchas, marchaban en primer lugar las cohortes mercenarias del regente, ataviadas con sus limpias corazas que al fuego de los hachones brillaban en la noche. Después, las mesnadas de la tierra, las huestes que los señores locales habían puesto al servicio del nuevo amo de Asturias. Una tibia llovizna arruinó el espectáculo: se hacía difícil mantener las antorchas encendidas. Sin luz, el camino sería mucho más lento. Pero no importaba, había que llegar e impresionar al rival. Había que vencer en el primer golpe de vista.

El magnate desterrado iba a librar la batalla definitiva de una guerra que había empezado medio siglo atrás, cuando por vez primera se cruzó con el entonces joven rey Alfonso en un camino de Oviedo. Y en esta ocasión, estaba seguro, ganaría él.



Gatón Ramírez saltó de gozo cuando vio acercarse por poniente a las tropas de su padre. Fiel a su plan, el rey Ramiro llegaba a Cornellana antes que su rival. La batalla sería donde él quisiera. Para un ejército que era la mitad que su oponente, resultaba una ventaja fundamental.

El joven cíclope rubio había trabajado toda la noche anterior y también todo el día que ahora concluía. Había llegado con un centenar de hombres al paraje de Cornellana. Pudo reconocer sin trabas el terreno, palmo a palmo. Estudió el cauce del río, no muy ancho, pero crecido con las aguas del deshielo y defendido con marcados taludes en las orillas; una barrera natural que no sería fácil cruzar, y por eso era tan importante aquel puente. A lo largo del río, que discurría de sur a norte, se desplegaba un ancho llano que se hacía más extenso en la orilla derecha, donde iba a instalarse el enemigo. En la margen izquierda, el terreno escogido por el rey, se alzaban tres elevaciones naturales —Sobrerriba, Folguerinas, Santueñina— que facilitarían el combate. Ramiro había elegido bien el sitio.

El centro de todo el paisaje era el puente, la única vía que en muchas leguas permitía cruzar el Narcea; un viejo puente romano construido con aquellas mismas

piedras que en su día debieron de sustentar también villas y alquerías, pero que ahora habían sido recuperadas por los aldeanos para levantar sus chozas. Las casas de los labriegos, muy pocas, se estiraban a lo largo del río. Y cerca del puente, en el llano, una iglesia: un pequeño cenobio consagrado a San Salvador, apenas una ermita con casa adosada, cuidado jardín y larga tapia para proteger el conjunto.

Gatón tenía instrucciones de avisar a los vecinos de que llegaba la guerra y, en consecuencia, desalojar el pueblo. Lo hizo acudiendo directamente al prior de San Salvador, un joven fraile de aspecto señorial. Los hermanos del convento, apenas unos quince, se encargaron de comunicar a los vecinos la triste nueva. El propio convento fue evacuado, aunque el prior —fray Fruela se llamaba— insistió en permanecer en la casa «para servir a la causa del rey legítimo don Ramiro». Mientras durara el combate, el cenobio serviría como cuartel general del rey y para albergar a los vecinos que no hubieran podido encontrar cobijo en otra parte. Eso contrarió a Gatón: el pequeño monasterio estaba demasiado cerca del puente. La presencia de paisanos sería un estorbo. Pero, por otra parte, no le vendría mal disponer de unos cuantos brazos que pudieran acarrear agua y víveres de un lado a otro del frente.

Lo más importante era preparar la batalla en torno al puente de Cornellana. Las órdenes del rey eran precisas: sembrar de obstáculos la margen derecha, por donde habrían de atacar los enemigos, e instalar puntos de resistencia en la margen izquierda. Gatón ignoraba cuál era el sentido de todo aquello, pero tampoco se lo preguntó: confiaba en su padre ciegamente y obedeció sin dudar. Su gente había trabajado sin descanso. Allá donde el río se estrechaba, clavaron empalizadas que impedían el cruce. En la entrada por la margen derecha levantaron una improvisada barrera de dientes de dragón con grandes piedras traídas de los alrededores. Pasada la barrera, excavaron un foso lo suficientemente hondo como para frustrar una carga de caballería. Y después del foso, prácticamente a la entrada del puente, se erizaba ahora una mortal línea de afilados troncos dispuesta a ensartar en sus agujas a los hombres de Nepociano. Otros ingenios de similar corte salpicaban el paisaje al otro lado del río. Para comprobar la eficacia de su despliegue, el propio Gatón pasó a la margen derecha y ordenó a sus hombres que midieran el tiempo que tardaba en cruzar al otro lado. El resultado no podía ser más satisfactorio.

Al mediodía, casi concluidos los trabajos, apareció una mesnada galopando en el este, al otro lado del río. Serían poco menos de mil hombres. Gatón, sobresaltado, alineó a su gente y empuñó las armas: parecía demasiado exigua esa hueste para ser el ataque enemigo, pero toda precaución era poca. El cíclope rubio respiró aliviado cuando divisó, entre la turbamulta de los jinetes, una enseña blanca con la cruz roja, así como las capas igualmente rojas que cubrían las espaldas de algunos de aquellos caballeros. ¡Eran fieles del rey! La tropa relajó el paso al llegar al puente. Gatón mismo, a lomos de su semisalvaje corcel negro, salió a recibir a los recién llegados.

—¿Quién vive? —preguntó el hijo de Ramiro, plantado en medio del camino, titánico sobre su no menos titánica montura, sin más compañía que cuatro jinetes de su hueste.

—¡Cristo! —contestó el que parecía ser el jefe de aquella columna—. ¡Castellanos! ¿Eres tú el rey Ramiro?

Gatón no pudo contener una carcajada; en parte por la confusión, en parte por la alegría de recibir refuerzos, en parte también porque estaba agotado después de trabajar sin reposo durante una noche y un día.

—No —respondió el joven—. Soy Gatón, hijo de Ramiro. Avanzadilla de su ejército. El rey —y a Gatón se le hinchaba la boca al utilizar esa palabra para referirse a su padre— llegará aquí en pocas horas. ¡Sed bienvenidos! ¿Con quién tengo el honor...?

—Olmundo de Erice, fiel del rey, caballero de Álava —respondió el guerrero—. Venimos de la tierra de Ayala, y de las Bardulias, y de Campoo y también de Carranza. He ido recogiendo por el camino a toda esta gente. Vamos a luchar al lado de tu padre.

—¿Esto es todo lo que viene de Castilla? —preguntó el hijo del rey sin ocultar un gesto de contrariedad.

—Falta la columna de Rodrigo Núñez, el hermano de la reina Paterna —informó el tal Olmundo de Erice—. Otros trescientos hombres, calculo. Deben de estar al llegar.

A Gatón no dejó de incomodarle que aquel hombre hablara de una reina cuando ni siquiera se había desposado aún con su padre, pero no era momento de susceptibilidades. El tal Olmundo parecía un tipo de una pieza: un veterano tostado por el sol, curtido y serio, de mirada franca en un rostro sereno. Mil castellanos y otros trescientos en camino. No bastaba para equilibrar las fuerzas, pero era un valioso apoyo.

—Has trabajado muy bien, Gatón Ramírez —dijo el castellano estudiando con atención el dispositivo de defensa del puente—. ¿Lo habéis hecho vosotros solos?

—Solos —afirmó Gatón con orgullo.

—¡Admirable! —corroboró Olmundo—. Deduzco, pues, que aquí será la batalla.

—Así lo ha dispuesto mi padre el rey —confirmó el joven.

—Buen sitio —observó el castellano, paseando la mirada por las alturas que presidían el paraje—. Inteligente. Buen sitio. Ahora...

—Ahora —atajó Gatón— os ruego que me acompañéis y toméis posiciones en este lado del río. Mi padre estará al llegar.

Apenas una hora después, la columna de Ramiro surgió en el horizonte por el camino de Salas. Lo primero que vio Gatón fue la figura enjuta y agresiva de Ergica de Tuy, galopando fiero, en la mano el estandarte blanco con la cruz roja. Detrás

venían otros jinetes y, entre ellos, el propio rey, empuñando el cetro legado por el rey Alfonso: una larga cruz sobre un asta de rica madera. Gatón se preguntó cómo había llegado semejante tesoro a manos de su padre. Algo tendría que ver en ello el obispo Serrano, que cabalgaba junto al monarca y sus capitanes: Paio de Guitiriz, Arias de Pallares, el obispo Ataúlfo de Iria-Compostela, Yago de Mondariz, Gonzalo de Lemos... Tras ellos, un río humano, algunos a caballo, la mayoría a pie, bajo un bosque de lanzas y picas cuyas puntas de acero brillaban con el sol rojo de la tarde.

—¡Gatón! ¡Hijo!

El rey Ramiro descabalgó y abrazó a su vástago con estruendo. Fue como si chocaran dos piedras. De una rápida ojeada, Ramiro Bermúdez examinó las líneas de defensa. Mientras lo hacía palmoteaba el rostro de Gatón con aire satisfecho. No se había equivocado con aquel hijo suyo. Podía ser un poco primario y extraviarse en las cuentas y en las letras, pero había nacido para la guerra.

—Han llegado unos castellanos —comentó Gatón.

—Vamos a verlos ahora mismo —apremió el rey.

—He dispuesto que te instales en la iglesia —añadió el joven—. El prior nos ha abierto las puertas y está de nuestro lado.

—Excelente —aplaudió Ramiro—. Reuniremos allí a los capitanes en una hora. Ocúpate, hijo. Vamos a repartir los papeles para la función de mañana.

A toda velocidad, pues no había tiempo que perder, la mesnada de Ramiro Bermúdez se distribuyó por las campas que circundan el solar de Cornellana. Era preciso descansar y velar armas.

Apenas el sol se puso, una fina llovizna comenzó a empapar la verde tierra de Asturias. No mucho más tarde, los centinelas divisaron movimientos al otro lado del río. Primero fueron unas sospechosas sombras rodeadas por una luz incierta. Después, una línea de antorchas que temblaban bajo la lluvia. Al final, una ingente masa de hombres que tomaba posiciones entre gritos y blasfemias de campaña. Había llegado el enemigo. Y su número superaba con mucho la peor previsión del rey.



Fray Ginés hizo pasar a Paterna, Hernán y sus tres castellanos a un rincón de la atestada nave del convento. Junto a las paredes y en las esquinas se tendían camastros de paja seca. En el centro ardían dos hogares bajo una chimenea que parecía construida por hombres de las cavernas. Un corro de mujerucas, rodeadas por niños con cara de hambre, hervía nabos en grandes cazuelas. La reina y el de Mena aguardaban, intrigados, las palabras de fray Ginés. El monje refirió su historia.

—La tierra de donde vengo, Eio, ya no existe —contó fray Ginés—. Fue arrasada piedra a piedra por las tropas del emir Abderramán. De eso hace más de veinte años. Muchos tuvimos que huir de allí, en particular los que habíamos abrazado los hábitos.

Por eso acabé en este rincón de Asturias.

»Veréis. Mi tierra se llama hoy *kora* de Tudmir y en tiempos se llamó Aurariola. Es una tierra fértil y hermosa, bañada por el mar y por el sol, llena de huertas y rica en todo género de bendiciones. Muchas ciudades nacieron en su seno: Eio, Orihuela, Hellín, Alicante, Lorca, Mula, Elche, Cartagena, Villena... Cuando empezó la guerra de los witizianos, que anegó en sangre el reino godo, mandaba en Aurariola un rico terrateniente visigodo: Teodomiro era su nombre. Un hombre inteligente y valiente, que había rechazado a los bizantinos cuando trataron de invadir la región y al que el pueblo, después de todo, tenía en estima. La guerra lo cambió todo. La guerra rompió el reino, la corona se quebró, nadie sabía quién empuñaba el cetro. Los witizianos llamaron en su auxilio a los musulmanes. Estos entraron en España y recogieron el cetro del suelo. El reino godo murió por sus pecados. Por nuestros pecados. Pero esto ya lo sabéis.

»Teodomiro, que era hombre con recursos, se las arregló para mantener sus anchas tierras de Aurariola al margen de la guerra. Pero un día, como era inevitable, aparecieron los enviados del poder musulmán. Llegaron con sus ejércitos, arrogantes y victoriosos, dispuestos a arrasarlo todo como habían hecho en otros lugares. Teodomiro tenía solo dos opciones: o resistir hasta el martirio, o capitular. Era hombre ya viejo, Teodomiro, sin otra descendencia que una hija cuyo nombre no recuerdo. El jefe moro, Abdelaziz, hijo de Musa, le planteó la alternativa fatal: sumisión o muerte. Teodomiro eligió la sumisión. Firmó con el sarraceno un pacto que le garantizaba continuar como gobernador de Aurariola y mantener la propiedad de sus numerosas tierras. A cambio, tendría que rendir vasallaje al califa de Damasco y pagar un tributo anual: cada familia de la región se vio obligada a aportar todos los años un dinar de oro, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de zumo de uva y cuatro de vinagre, dos medidas de miel y dos de aceite de oliva; incluso los siervos tendrían que pagar, aunque solo una medida de todas estas cosas. El propio Teodomiro entregó a su hija a un jefe guerrero árabe, un tal Abd al-Yabbar ibn Jattab. Cualquier cosa con tal de conseguir la paz.

»Dicen que Teodomiro se convirtió al islam y adoptó el nombre de Tudmir. Eso no lo sé. Lo que sí sé es que Aurariola perdió su libertad. Los cristianos podíamos practicar nuestra religión, es verdad, siempre y cuando pagáramos el tributo. Teodomiro seguía velando por el orden en los campos y las ciudades, también es verdad, aunque fuera bajo la vigilancia de las tropas moras que poco a poco fueron llegando a nuestras tierras. Era una vida tolerable, eso pensaban muchos: no había guerra, no había muerte, no había hambre. Innumerables propietarios se convirtieron al islam para mantener sus posesiones, siguiendo el ejemplo de Teodomiro. Pero, en realidad, el pacto no era otra cosa que un aplazamiento de la esclavitud. Porque Teodomiro, o Tudmir, murió pronto. E inmediatamente después comenzó la lucha a

dentelladas por el territorio.

»A Teodomiro le sucedió otro noble local, un tal Atanagildo. De entrada, Córdoba le hizo pagar veintisiete mil sueldos de oro; decían que por atrasos en el pago de impuestos. A decir verdad, se trataba de una pelea a muerte por las riquezas de mi pueblo. Peleaban los nobles godos renegados, como Atanagildo, que no querían perder sus tierras y prebendas; peleaban los jefes de guerra musulmanes llegados en los años anteriores, como los egipcios, fascinados por la fertilidad de los campos; peleaban los enviados de Córdoba, que no iban a dejar escapar semejante tesoro. Pronto empezaron a pelear también los árabes que Córdoba había traído como guerreros y a los que premió con tierras en propiedad. Había tribus mudaríes, que vienen del norte de Arabia; había tribus yemeníes, que vienen del sur de ese mismo mundo. La pieza más anhelada era la ciudad de Eio, mi suelo natal.

»Hará hoy unos veinte años, yo era un joven novicio en el convento de San Vicente, en Eio. Mis padres eran cristianos: mozárabes, como se nos llama. Teníamos unas pocas tierras, pero generosas, y no pasábamos necesidad. Mis padres se negaron a renegar de la fe. A mí me destinaron a la vida religiosa y, aunque nunca he sido un santo, le encontré gusto a aquella forma de vivir. Para entonces las cosas ya habían cambiado mucho en la *kora* de Tudmir. No quedaba ni rastro de la vieja libertad. Los alfaquíes apretaban el lazo para que la existencia de los cristianos fuera cada vez más dura, hasta lo insoportable. Dios, que es providente, había bendecido a las gentes de Eio con el vergel de la Sangonera, pródigo en vid, olivo y cereales. Pero aquella bendición despertaba demasiadas codicias. Así llegó la ruina de la ciudad de Eio.

»Mudaríes y yemeníes se declararon la guerra. Aún peor, no solo se declararon la guerra entre sí, sino que además se la declararon al emir de Córdoba, que ya era el segundo Abderramán. Ebrios de codicia, los clanes de las dos tribus se combatieron con saña diabólica. Se mataban unos a otros, arrasaban las haciendas del bando contrario, y en esta lucha quemaban y asolaban cuanto encontraban a su paso. En Lorca se libró una tremenda batalla campal. Nunca había corrido tanta sangre por las acequias de mi tierra. El emir aprovechó la circunstancia para hacer una exhibición de poder. Envió un gran ejército al mando de un general de su casa, un tal Unmayya ibn Mu'awiya. Mudaríes y yemeníes, sorprendidos, trataron de negociar con el enviado de Córdoba, pero no hubo opción: aquel hombre no venía a negociar, sino a sumergir a los rebeldes en una tormenta de fuego.

»Los ejércitos del emir pasaron por encima de yemeníes y mudaríes. Mataron a todos los que les salieron al encuentro. Tres mil muertos en pocas horas. Y eso solo entre las gentes de armas. Al jefe de los yemeníes, Abu Samaj, le dieron muerte y clavaron su cabeza en una pica. Después, la hueste cordobesa marchó sobre la ciudad. Demolieron cuanto pudieron. Los vecinos apenas tuvieron tiempo de escapar. Todo fue incendiado. Eio desapareció.

»Yo pude huir a tiempo. Un lugareño vino al convento a contarnos lo que ocurría y el abad, un buen hombre, decidió que no había llegado aún la hora del martirio. Los pobladores de Eio se dispersaron por toda la provincia. Muchos desaparecieron. Mis padres, por ejemplo, nunca supe si lograron escapar con vida de allí. Los de Córdoba, como escarmiento, decidieron fundar una nueva ciudad: Madina Mursiya, la llamaron; o sea, Murcia. La memoria de Eio quedó maldita.

»Después vino el exilio. Sin lugar adonde ir y con el alma quebrada por la destrucción de Eio, anduve dando tumbos de un lado a otro. Dejé los hábitos. Fui buhonero en Zaragoza, soldado en Pamplona, artesano en Urgel. Fui también bebedor, ladrón y putaño. Cansado de aquella vida, supe de la aparición del sepulcro de Santiago en Compostela y peregriné. Aprendí que nuestro rey Alfonso, que Dios le tenga en su gloria, acogía a cuantos mozárabes llamaban a su puerta. Me presenté en el obispado de Oviedo. Después de una buena confesión y una penitencia adecuada a mis pecados, volví a los hábitos. Me enviaron aquí, a esta humilde iglesia de San Bartolomé de Nava, con cuatro novicios más bien cortos de luces, pero limpios de alma. Hará de eso diez años. Aquí he encontrado la paz. Hasta hoy. Hoy veo que en Oviedo puede ocurrir lo mismo que en Eio.

»Puedo entender que Nepociano aspire a una paz ahora. Bajar las armas e inclinarse ante los musulmanes. A cambio de tierras y prosperidad. Lo entiendo. Es un anciano sin hijos. Me cuentan que su esposa, esa tal doña Jimena que dice ser prima del rey Alfonso, también es mujer de edad y sin descendencia. Para ellos el mundo se acaba hoy. Lo mismo había dentro del espíritu de Teodomiro cuando pactó con los moros. Ninguno pensó en lo que sucedería más tarde, cuando el viejo príncipe muriera y los nuevos amos reclamaran lo que era suyo. La claudicación de Teodomiro le salvó a él, pero condenó a muerte a las siguientes generaciones. Esa gente que veis ahí, esas mujerucas que hierven nabos en el fuego para alimentar a sus hijos tienen más y mejor sentido de la vida que los ricos señorones. Ellas saben que la vida continúa, que la memoria y el nombre de las cosas se transmite de generación en generación. Por eso no hay que rendirse. La vida de nada sirve si el nombre no se perpetúa. El combate y hasta la muerte son deseables si a cambio se logra preservar el linaje y la fe.

»Es bueno que los reyes tengan hijos, que los vean crecer, y que escuchen a sus mujeres, pues ellas portan la vida en su vientre. Y si no los tienen, que vean en cada súbdito a un hijo, como hacía el rey Alfonso. Porque si el rey solo piensa en su bienestar y en su seguridad, entonces el futuro del reino se desvanece. Quiera Dios que el rey Ramiro gane esta guerra. Y que su mujer y sus hijos le recuerden que su obligación es servir a los linajes por venir. Me han dicho que todas las tropas cabalgan ya hacia Cornellana, a orillas del Narcea. Parece que allí será la batalla. En todas las iglesias del reino se reza por la victoria de Ramiro Bermúdez. Amén».

Fray Ginés calló. Sumergió la mirada en una escudilla de caldo humeante. Ofreció a sus invitados algunos cazos de aquel líquido que olía a tierra y hierba. Después, cada cual se arrebujo como pudo para pasar la noche. Mañana estarían en Cornellana. Paterna, la reina, nunca olvidaría la historia de la destrucción de Eio, en la *kora* de Tudmir.

13 LA BATALLA DE CORNELLANA

El cielo ha despertado limpio de nubes esta mañana. La humedad de la lluvia reciente aún empapa la campiña. Una ligerísima brisa del norte trae aromas de mar y sal y disuelve la suave neblina que algodona el paisaje de Asturias. El sol temprano arranca destellos de esmeralda en el verde de los bosques y los prados. Un día hermoso en una tierra hermosa. El rey sin corona sube a su puesto de mando, en el camino a las alturas de Folguerinas, donde su hijo Gatón ha escogido un observatorio privilegiado. A sus pies se despliega el valle de Cornellana, espléndido en este amanecer primaveral, atravesado por las aguas de plata del Narcea. Un día excelente para luchar.

Ramiro, imprimiendo un ritmo atroz a sus tropas, ha conseguido su objetivo: llegar antes que el enemigo al cauce del Narcea. Pero, prudente, no ha cruzado el río, porque desde allí hasta el cercano Nalón se extienden llanos que habrían podido suponerle un serio revés de haber encontrado al enemigo a campo abierto. Por eso el rey sin corona ha optado por clavarse en la ribera y situar a su ejército en posiciones ventajosas a favor del terreno.

—Ellos vienen como una ola que todo lo anega. Nosotros nos defenderemos como un toro bien clavado en el suelo —ha explicado Ramiro a sus capitanes la noche antes, en la pequeña iglesia de San Salvador—. El morro de ese toro será nuestra vanguardia en el puente sobre el Narcea. Sus cuernos serán nuestras tropas en las lomas de Sobrerriba, a la derecha del puente, y Santueñina a la izquierda. La vanguardia taponará el puente. Cuando la ola enemiga quiera pasar por uno u otro lado, los cuernos de nuestra formación le abrirán el vientre.

El viejo puente romano sobre el Narcea, muy cerca de donde el gran río recibe las aguas del pequeño Nonoya, junto al diminuto templo de San Salvador, es necesariamente el centro de la batalla. No hay otro puente hasta Pravia, muchas leguas al norte, donde el Narcea ya se ha derramado en el Nalón, y la orografía del lugar hace impensable que las tropas de Nepociano lo empleen hoy para dar un rodeo y envolver a las huestes de Ramiro. Así pues, hay que defender el paso sobre el río, obligar al enemigo a estrellarse allí y, de esta manera, debilitarlo hasta que ceda su fuerza. Entonces llegará el momento de la gran decisión: cruzar el puente y marchar sobre Oviedo.

Para defender el puente se precisa energía y fiereza. Ramiro no ha dudado en encargar la misión a sus capitanes más jóvenes: su bravo Gatón y los hijos de Fáfila de Lugo, cuyo odio hacia Nepociano, el asesino de su padre, va a redoblar su voluntad de combate. Ellos harán impenetrable la línea. Detrás, al mando de un destacamento de caballería, forman Ergica de Tuy y el castellano Olmundo de Erice

para castigar al enemigo: cada vez que la presión del adversario amaine, debilitada por los obstáculos que Gatón ha sembrado en el camino, Ergica y Olmundo pasarán con sus jinetes al otro lado y golpearán sin piedad para volver enseguida al propio campo.

En las alas, en los cuernos de ese toro que es el dibujo táctico de Ramiro, se sitúan los dos guerreros más veteranos, porque sangre fría y vista larga es lo que hoy hace falta. En las lomas de Sobrerriba está don Paio de Guitiriz, con el pendenciero Yago de Mondariz bajo su mando; mejor no dejar solo al impulsivo joven. En el otro flanco, en las primeras alturas de Santueñina, se aferra al suelo don Arias de Pallares con sus propias tropas y las del obispo Ataúlfo. Ambos cuernos tienen misiones idénticas: hostigar a base de flechas y jabalinas a las tropas enemigas que se acerquen por los flancos y evitar que los hombres de Nepociano tiendan pontones paralelos al puente principal. Además, cada tres horas ambas alas enviarán peones de refuerzo al puente: para relevar a las inevitablemente exhaustas tropas de Gatón.

Ramiro ha puesto especial cuidado en mantener limpia la ruta de retaguardia hacia Salas, al oeste. Por ahí van a llegar los pertrechos y las vituallas si la lucha se alarga, y por ahí habrá que emprender la retirada si las cosas se tuercen. Ahora echa de menos a su hijo Ordoño, porque este trabajo exige una cabeza bien templada. A falta de Ordoño, el rey ha encomendado la tarea a don Gonzalo de Lemos, el grueso terrateniente cojitranco, que no es un guerrero experimentado, pero sí un eficiente administrador.

Es preciso prever la necesidad de mover continuamente a las tropas. El ejército de Nepociano trae máquinas de guerra: fundíbulos, catapultas francesas de torno y esas ballestas gigantes que los moros llaman *jarkh*, que pueden hacer mucho daño si sus proyectiles alcanzan a una masa humana inmóvil. El fragor pesado de las grandes ruedas y los gritos frenéticos de los hombres que empujan tales ingenios ya han empezado a hacer mella en el ánimo del combatiente antes incluso de que comience la lucha. Y cuando la pelea rompa, las piedras y los venablos de las máquinas pueden desatar un infierno a su alrededor. Así pues, hay que organizar cambios de emplazamiento periódicos no solo de los hombres, sino también de los depósitos de víveres.

Ramiro no alinea máquinas porque habrían retrasado mucho su marcha, pero a cambio ha dispuesto líneas móviles de arqueros ocultas entre los setos de Santueñina y Sobrerriba. La dura experiencia del asedio de Santa Cristina le ha enseñado lo mortíferos que pueden llegar a ser unos arqueros bien entrenados y que sepan adónde disparar. Las mesnadas de los señores gallegos no poseen grupos específicos de arqueros, pero Ordoño ha tenido la previsión de alistar a numerosos cazadores de los herméticos bosques de los Oscos y Pedrafita, excelentes en el uso del arco. A esa gente no ha habido que enseñarle a disparar, pero sí a moverse en grupo, y Gatón se

ha desgañado durante días hasta conseguirlo. Asimismo, Ordoño ha gastado jornadas enteras en hacer buena provisión de flechas de diferentes pesos y medidas para ser usadas en distintas circunstancias del combate, así como barriles de brea que podrán procurar un muy oportuno fuego a pesar de la humedad del suelo. El rey cree haberlo previsto todo.

—Nepociano está seguro de vencer —ha explicado Ramiro a sus capitanes en el austero silencio de San Salvador—. Eso cuenta a nuestro favor. Sabe que nos duplica en número, luego no tomará precauciones. Más aún, hemos de intentar que su sensación de superioridad sea todavía más acentuada. La segunda línea del puente, la de Ergica y Olmundo, no se dejará ver hasta que el combate haya empezado. Y las mesnadas de las alas en Sobrerriba y Santueña expondrán a la vista del enemigo solo la mitad de sus efectivos. Cuanto más rápidamente se lance Nepociano al ataque, y cuanto más confiadamente lo haga, tanto mejor para nuestra causa.

La noche antes del combate, Ramiro y sus principales caballeros se han retirado ante el sagrario de la pequeña iglesia de San Salvador. «Un lugar digno de elevar algún día un monasterio», ha pensado el rey. Allí, a la luz de unos mortecinos candiles y ante una imagen de Cristo que parecía tallada por las manos de un cantero, tan ruda era su figura, han rezado durante horas impetrando el auxilio divino. Ahora, con las luces del amanecer, los cuernos de la tropa del rey rasgan el aire fresco de la mañana con un largo mugido de guerra. Suena la hora decisiva.

Ramiro desciende al puente. Le acompañan Gatón y el obispo Serrano. El rey va a hablar a sus hombres, desplegados en torno a las alturas que rodean el paso del río, como en una suerte de ciclópeo teatro natural. No todos podrán oír la voz del rey, de manera que Gatón ha encargado a los jefes de hueste que repitan sus palabras; que nadie ignore la voluntad de Ramiro en esta hora trascendental. El señor del Édramo, envuelto en su mejor coraza, en la cabeza el yelmo ricamente adornado, mira a su alrededor. Hay cinco mil hombres que han puesto sobre él sus ojos y sus miedos y sus esperanzas. Ramiro vacila. ¿Qué decir? ¿Cómo empezar? ¿«Queridos súbditos»? Pero no, hoy no es a los súbditos a quienes quiere dirigirse, sino a los guerreros. ¿«Mis guerreros»? Pero no, pocos de hecho lo son. ¿«Hombres de Asturias, de Galicia, de Castilla...»? Sí, pero todos son hoy los mismos hombres, sin diferencias de tierra ni de cuna. El obispo Serrano vacía en el rey una mirada preocupada; se diría que Ramiro está zozobrando.

Ramiro, el rey Ramiro, desenvaina la espada y la eleva al cielo. De manos de Gatón toma el cetro de Alfonso, la larga cruz de rica asta. Así plantado, la espada en una mano y la cruz en la otra, compone la figura de un campeón de la cristiandad. Y eso precisamente es él en esta hora, como lo son todos sus hombres.

—¡Soldados de Cristo! —exclama Ramiro Bermúdez—. ¡Campeones de la cristiandad! ¡Hombres del reino del norte! ¡Esa es hoy nuestra condición! ¿Alguno de

vosotros se pregunta aún por qué luchamos? No es por mi corona. No es por mi trono. ¡Es por la fe y por la libertad de nuestro reino! Al otro lado de la línea, al otro lado del río, están la esclavitud y la claudicación. Esos hombres de allí, tanto el usurpador que los encabeza como los traidores que le acompañan, pretenden devolvernos a los infames tiempos de Aurelio. Pretenden entregar a vuestros hijos, vuestras hijas, vuestros pedazos de tierra, como prenda de sumisión a Córdoba. Pretenden rendir la cruz a los pies del moro. ¡No podemos consentirlo! Hoy aquí, como ayer en Covadonga, la sangre cristiana luchará. Puede que ellos sean más. Bien. Así será más brillante nuestra victoria, porque son más, pero no son ni más fuertes ni mejores. La justicia está con nosotros. Hoy he pedido el auxilio de Dios. Hoy Dios nos ha hablado. Hoy Dios nos dice que la limpieza de su nombre descansa sobre nuestros brazos. El reino de Oviedo, desde la tumba del apóstol Santiago hasta los montes de los vascones, desde las aguas del mar del norte hasta la frontera del sur, se juega hoy su supervivencia. Cada herida que hoy recibamos, cada gota que sangremos, será una piedra más en el muro que defiende el reino desde hace generaciones. Su libertad depende hoy de nuestro valor en el combate. Nuestros hijos y nuestros nietos y los nietos de nuestros nietos cantarán nuestros nombres. En nuestros linajes permanecerá nuestra memoria y la memoria de este día. Hoy, el reino lucha por seguir siendo libre y cristiano. ¡Soldados de Cristo! ¡Levantad vuestras armas y gritad conmigo! ¡Victoria o muerte! ¡Por Dios nuestro señor! ¡Victoria o muerte!

Un aullido que desgarrar montes y mares se eleva desde el cauce del Narcea en torno al puente de Cornellana. Los cuernos guerreros mugen enloquecidos. Victoria o muerte. La batalla va a comenzar.



Nepociano no va a hablar a sus hombres. ¿Qué podría decirles? Cuanto debía hacerles saber lo ha hecho ya distribuyendo una moneda a cada uno de ellos como anticipo de su victoria. El tesoro de Oviedo ha hablado por él. Nepociano no tiene nada que temer. De hecho, aún confía en que el mero despliegue de poder de su ejército provoque la deserción de los señores gallegos antes incluso de entablar combate. Con calculado método ha alineado a su tropa a lo largo de todo el cauce del Narcea, desde los altos de las Dorigas y el reguero de la Canal, en el norte, hasta el camino de Loreda y el arroyo del Fresno, en el sur. Ha habido que emplear toda la noche en ello. Los hombres apenas han dormido. Pero ahora la maniobra confiere a la hueste un aspecto formidable, invencible.

El magnate ha hecho instalar sus máquinas de guerra, dirigidas por Gautier de Carcasona, al pie del altozano que llaman Moratín: desde allí sus fundíbulos y catapultas pueden machacar a placer tanto el puente como a las tropas que lo

custodian. Piedras grandes como terneros. Bolas de cuero y paja embadurnadas de brea ardiente. Gruesos dardos que podrían ensartar a tres hombres a la vez. El ingenio de los hombres a la hora de matar no conoce límites. Hoy el regente pondrá ese ingenio a su servicio.

Por su parte, Nepociano ha emplazado su cuartel general en la cara posterior del mismo cerro, un lugar cubierto desde el que podrá ordenar los movimientos sin riesgo alguno y, además, prevenir la llegada de nuevos contingentes. Es posible que lleguen más castellanos a las filas de Ramiro. Y sobre todo, es posible que lleguen los amigos de Córdoba, un secreto recurso que el regente no ha confiado ni siquiera a sus capitanes.

—Somos más que ellos —ha dicho Nepociano a sus jefes de guerra—. Nuestras armas son mejores. La razón también está con nosotros. Solo podemos vencer. El granjero gallego ha puesto todo su empeño en defender el puente. Bien. Empujaremos en ese puente hasta aniquilar a los pobres diablos que lo defienden. Pero lo que Ramiro ignora es que nosotros podemos fabricar nuestros propios puentes.

En efecto, el ejército mercenario de Nepociano ha dedicado la jornada anterior a capturar barcas en todo el cauce del Narcea: frágiles barquichuelas de río sin más valor que la madera con la que están hechas, pero que ahora, convenientemente encadenadas unas a otras, van a servir para tender pontones de batalla. Los moros lo han hecho más de una vez en el Ebro; el regente ha sacado buen provecho de aquella lección. La mente del magnate vuela hacia las historias que ha escuchado de labios de grandes hombres en Italia y en el reino de los francos; historias en las que un poderoso ejército, enfrentado al reto de cruzar un río, lo ha hecho deteniendo físicamente el curso de las aguas con una presa construida al efecto. Lástima que la batalla de hoy no se preste a tales ejercicios de grandeza, porque para ese tipo de recursos se precisa tiempo: escoger el lugar adecuado de modo que el agua no se desborde, acarrear los materiales apropiados, construir el dique... No, hoy no habrá presas. Ha sido Ramiro quien ha elegido el terreno de combate, el cauce del río, con el evidente propósito de utilizarlo como barrera. Pues bien, él, Nepociano, romperá la barrera. Esas barcas, transportadas ahora por tierra esperando el momento oportuno, son el arma secreta de Nepociano en este combate.

—Por supuesto, ellos intentarán impedir que hagamos nuestros puentes —ha advertido el regente a sus capitanes—. Pero entonces habrá que ver quién es más rápido: si ellos disparando o nosotros construyendo.

La noche anterior, sobre el mismo camino de Cornellana, Nepociano ha departido uno a uno con sus jefes de guerra. A los condes del país, Escipio y Sonna, les ha confiado las alas del frente. El regente está seguro de haberse ganado su complicidad política, pero otra cosa será que arriesguen la vida en el campo, de manera que ha

decidido apartarlos del esfuerzo principal. Los patricios del reino han apostado por Nepociano con la única finalidad de obtener más poder; el magnate lo sabe sobradamente. No es el tipo de situación en el que uno pueda esperar sacrificios. Así las cosas, las mesnadas de Asturias intervendrán solo como apoyo: ocupar los flancos, emplazar los pontones y cruzar el río cuando el enemigo ya haya sido convenientemente macerado en el centro del combate. Para prevenir eventuales flaquezas de ánimo, los más duros capitanes de la tropa mercenaria van a dirigir los trabajos de los pontoneros: el navarro Sancho Jimeno y el franco Lotario de Fráncfort.

Hay más. Las advertencias de Jimena, su esposa, han puesto sobre aviso al regente. Ella siempre ve cosas que permanecen ocultas para los demás. Si Jimena desconfía de Sonna, será prudente controlar sus movimientos. Así Nepociano ha resuelto mezclar a las huestes de sus amigos Piniolo y Aldroito con las de los dos condes de palacio. Sintiéndose vigilados, ninguno hará movimientos extraños. El otro colaborador de Nepociano, Alvito, tendrá una función a la medida de su fidelidad: guardará las espaldas de la vanguardia mercenaria con un cuerpo de tropa que surtirá permanentemente de relevos a los hombres de avance. Con esa presión en el puente, más el desgaste causado al enemigo por las máquinas de guerra y los pontones de barcas en los flancos, la ofensiva necesariamente ha de tener éxito.

El regente intenta concentrarse para dibujar mentalmente el mapa completo de la situación. La batalla de hoy es el eje en torno al que todo gira, pero no hay que perder de vista el resto de los elementos del paisaje. Los informadores de Escipio le han referido que en Gijón dos rebeldes han tomado la ciudad. Se llaman Gonzalo de Siero y García de Santillana, le han dicho. Esos nombres no significan nada para él. Dos fieles de capa roja. Dos de esos fanáticos alfonsíes que, si por ellos fuera, sumergirían al reino entero en una guerra sin esperanza. Tiempo habrá para ocuparse de ellos: Gijón no es más que un poblacho encima de un cerro. Por otra parte, está el asunto de la becerrilla castellana, esa Paterna de las Bardulias. Lo último que sus informadores le han contado es que una dama escoltada por varios guerreros ha llegado al monasterio de San Martín de Turieno. ¿Será ella? En todo caso, será fácil averiguarlo. Y si los monjes de San Martín se oponen, habrá sangre en el valle de Liébana.

¡Ah, los monjes! Nepociano no esperaba semejante oposición por parte de la Iglesia de Oviedo. Ha tenido que encerrar a Gomelo, el anciano obispo. Serrano se ha pasado al enemigo. De convento en convento circula un pergamino donde se acusa a Nepociano de ser el príncipe injusto por antonomasia. Cuando la batalla acabe, cuando la cabeza de Ramiro cuelgue de una pica, habrá que ocuparse de la Iglesia de Oviedo. El abate Vidal servirá para la función. No deja de ser un hombre de Dios. Es bebedor, sí, y mujeriego y, además, adopcionista, pero... ¡Adopcionista! Mil veces han hablado de eso: «¿Qué más te da, amigo Vidal, que Jesús sea persona divina o

que sea un hombre adoptado como hijo por Dios?»). Pero Vidal se mantiene firme en sus trece: no es divino, es humano. Medio siglo atrás, esa cuestión había roto a la Iglesia española. Los de Toledo decían que era humano; los de Oviedo, que divino. Tuvo que intervenir Carlomagno en persona para que el papa dictaminara que Jesús era divino, y así la Iglesia de Oviedo quedó por encima de la vieja sede toledana. Lástima —piensa el regente—, porque aquel asunto habría podido acercar a cristianos y musulmanes, y ahora todo sería más fácil. ¡Quién sabe! Quizás el propio Vidal pudiera recomponer las cosas. Habrá que consultar este asunto con Jimena.

Nepociano está cansado. Toda la noche en marcha. Toda la noche en vela. Pero lo esencial del trabajo, la colocación sobre el campo de batalla, ya está concluido. Ahora está amaneciendo. Un día espléndido de finales de abril. Un día que anuncia sol. El rey de los astros saludará la victoria del regente. Nepociano ha intentado dormitar un rato, pero la tensión puede con sus nervios. Jimena le ha preparado unas raíces que le ayudarán a mantener el temple y la vigilia. El regente mastica. Y así, masticando, le sorprende el grave sonido de unos cuernos de guerra. Ramiro llama al combate. Ramiro está loco. Hoy, en Cornellana —piensa Nepociano—, Ramiro se dejará la vida. Y con ella, la corona.



Un formidable griterío ha respondido a la voz profunda de los cuernos. Las mesnadas de Asturias que forman con el regente, inexpertas, han quedado sobrecogidas, pero la hueste mercenaria, que conoce bien esa música, ha respondido golpeando sus escudos con las espadas mientras sus gargantas profieren alaridos en todas las lenguas que salieron de Babel. A los aullidos de la mesnada del regente contestan a su vez los hombres de Ramiro con bramidos de desafío. Bien está. El rey observa que el miedo casi ha desaparecido de los rostros de sus guerreros. Pero también Nepociano quiere jugar esta partida y ordena a Gautier de Carcasona y sus artilleros que carguen los fundíbulos. De inmediato, un granizo de gruesas piedras se desploma sobre los hombres que guardan el puente. Las piedras caen con estrépito quebrando maderas y huesos. Se hace un silencio solo roto por algún gemido de dolor. Y entonces emerge la figura titánica de Gatón, sin casco, el cabello rubio al viento, gritando puño en alto:

—¡Has fallado, Nepociano! ¡Prueba otra vez!

Los hombres corean la fanfarronada y Ramiro no oculta una sonrisa, pero la bravuconería de su hijo ha destapado la caja de los truenos. Una nueva carga de piedras choca contra las empalizadas dispuestas alrededor del puente, obligando a Gatón y los suyos a buscar nuevamente refugio. Y en ese momento, la vanguardia mercenaria del regente, envuelta en sus túnicas verdes, marchando en formación cerrada, con disciplina imponente, empieza a avanzar hacia su objetivo. El rey esperaba ese instante. Levanta un trapo teñido de azul y a su orden una lluvia de

flechas se precipita sobre los guerreros de fortuna. Ragnar Haraldson y Alí Husein braman algo en sus toscos idiomas. Con una obediencia mecánica, los mercenarios elevan sus escudos y se cubren con rapidez. Las flechas, clavadas en los escudos, recubren a la hueste enemiga como espinas de erizo. Algunos han caído, pero muy pocos. A un nuevo grito de sus jefes, los guerreros de Nepociano se descubren y echan a correr hacia el puente.

Gautier de Carcasona ha visto a los arqueros de Ramiro. Llevaba tiempo buscándolos. Ordena a sus artilleros que apunten hacia allí sus balistas. Tres dardos gruesos como el brazo de un hombre surcan el cielo dejando tras de sí una estela de humo; es el fuego que arde en la punta de los proyectiles. Los dardos ardientes se estrellan contra los setos que hasta hace unos segundos ocupaban los arqueros. La disciplina impuesta por Gatón y Ordoño en las jornadas de instrucción ha funcionado bien: los hombres, apenas disparadas las flechas, se han movido rápidamente varios pasos atrás. Los dardos de Nepociano incendian algunas zarzas, pero no tocan a los soldados de su rival.

Mientras los dardos de fuego rompen el cielo de la mañana, la vanguardia de Nepociano, peones y jinetes mezclados, se lanza a la carrera hacia el puente. Llueven flechas sobre ellos, pero los arqueros de Ramiro, perdida la posición, no dan en el blanco. Como una marea humana, los hombres de verde se derraman sobre las posiciones que guarda Gatón. Doscientos pasos. Ciento cincuenta. Cien. Gatón ya puede ver los rostros feroces de Haraldson y Husein. El hijo del rey se yergue entonces sobre sus piernas y grita:

—¡Por Cristo y por el rey Ramiro!

El bravo joven se adelanta a la entrada del puente. Sus hombres le imitan. La hueste de Gatón avanza hacia el erizo de afilados troncos que cierra el paso y forma una piña a su cobijo. Todos espada en mano, preparados tras los escudos, picas y lanzas apuntando hacia el rival, dispuestos a recibir el choque del enemigo. Aguardan... aguardan... Y entonces a la mesnada de Nepociano se la traga la tierra.

La trampa ha funcionado. La vanguardia mercenaria, encelada con la vista de la línea enemiga, no ha reparado en el foso que, cuidadosamente cavado y camuflado la noche anterior, acaba de abrirse bajo sus pies: una larga zanja en forma de uve, con el vértice apuntando hacia el puente, tan profunda como la estatura de un hombre y de más de cien pasos de longitud en cada brazo. Del hoyo asciende un coro de maldiciones, blasfemias y lamentos de huesos rotos. La línea se ha deshecho. El desconcierto se adueña de los hombres de la túnica verde. Es el momento que aprovecha Ergica de Tuy para cruzar el puente y guiar a sus hombres hacia el enemigo. Gatón le sigue con los suyos. Sorteando los maderos de la barricada que ellos mismos han emplazado, los guerreros de Ramiro acometen a la tropa mercenaria. Unos llegan hasta el foso y golpean con furor a los que pretenden salir,

otros rodean la trampa y se abalanzan sobre la descompuesta línea rival. Haraldson y Husein son expertos luchadores: ven que están siendo embolsados, aunque sean más, y no se arriesgarán a una encerrona. Suena un silbato y los de Nepociano se repliegan con todo el orden que pueden. Las espadas de Gatón y Ergica aún logran abatir a mucho enemigo, pero el de Tuy, veterano, ve lo que está pasando: sus adversarios han roto el cerco y, al retroceder, han arrastrado hacia sí a los de Ramiro.

—¡Atrás! ¡Atrás! —grita Ergica de Tuy.

Nepociano ha visto la maniobra. Ramiro también. Nepociano ordena a Gautier de Carcasona que sus catapultas lancen nuevas olas de piedra sobre los de Ramiro, para facilitar la retirada de sus propios hombres. Ramiro, por su parte, ordena a los arqueros que cubran de flechas a la hueste mercenaria fugitiva, para sacar el máximo partido del lance. Los de Gatón y Ergica ganan a duras penas el puente y las protecciones en él emplazadas. Junto al hijo del rey, un hombre pasa volando como impulsado por unas alas invisibles: una piedra de Nepociano le ha golpeado la espalda empujándole hacia delante con una fuerza atroz. El hombre está muerto.

Ahora en el campo hay un informe montón de cuerpos tendidos, inmóviles unos, arrastrándose otros. La mayoría porta la túnica verde. El primer acto del combate ha favorecido a Ramiro. Con todo, Nepociano sigue doblándole en número. El regente, dispuesto a demoler el ánimo de su rival, ordena a sus artilleros que envíen nuevas bolas de fuego y más dardos en llamas sobre el campo contrario, esta vez a discreción. Al mismo tiempo, indica a sus arqueros que disparen en masa a las filas de Ramiro allí donde estas se han hecho visibles. La exhibición de pirotecnia descompone el orden táctico del rey. Una bola de fuego va a caer cerca del obispo Ataúlfo, el caballo se asusta y el obispo da con sus huesos en tierra. Don Arias de Pallares, siempre majestuoso, se acerca al prelado y le ayuda a levantarse:

—Esto no ha hecho más que empezar —comenta flemático.

—¿Cuándo atacamos? —pregunta el obispo por toda respuesta.

Ramiro, desde su puesto de Folguerinas, trata de mantener la sangre fría y estudia los recursos del enemigo. Un excelente fundíbulo, dos viejas catapultas, tres balistas. El fundíbulo de Nepociano alcanza trescientos pasos. Algo más sus tres balistas. Las dos catapultas han llegado cómodamente hasta el río; unos doscientos cincuenta pasos. Por el contrario, los arqueros de Ramiro malamente podrían cubrir más de cien pasos, pese a que el viento les favorece. Enseguida el rey revisa sus líneas. Conforme a las instrucciones, los hombres se han movido bien para eludir que el regente concentre sus proyectiles en un único punto. Pero eso no durará todo el día; tarde o temprano, habrá que acabar con las máquinas de guerra del usurpador.

Nepociano, en el altozano de Moratín, mira el campo y reflexiona: va a ser difícil batir a un enemigo tan móvil y bien asentado en las elevaciones del terreno. Es evidente que Ramiro no va a tomar la iniciativa. Por su parte, el regente no está

dispuesto a perder todo el día lanzando piedras y enviando oleadas de sus mejores tropas al puente. Si Ramiro no ataca, es porque sabe que no tiene fuerza. Y si no tiene fuerza —razona—, es el momento de atacarle. Nepociano llama a su fiel Alvito y le transmite las órdenes. Ofensiva general. Primero, que las máquinas de guerra lancen nuevas andanadas a discreción. Acto seguido, que se preparen los arqueros detrás de cada línea. Después, que los guerreros de la túnica verde se lancen de nuevo contra el puente. Y al mismo tiempo, que las alas de Escipio y Sonna emplacen los pontones para atravesar el río al sur y al norte del puente romano de Cornellana.

Ramiro no sabe qué ha ordenado Nepociano, pero observa una agitación generalizada en todo el bloque enemigo. Las alas, que hasta ahora han permanecido casi estáticas, empiezan a moverse. Se percibe algún tipo de actividad en la retaguardia de las alas. ¿Qué será? Imposible saberlo. Pero si el ejército enemigo se mueve por completo al mismo tiempo, hay que extremar la precaución. El rey cursa aviso a los defensores del puente: que su hijo Gatón esté preparado. Y que Dios le ayude. Asimismo ordena a las alas de Arias de Pallares y Paio de Guitiriz que permanezcan atentas; en cualquier instante tendrán que descender de las lomas que ocupan y ganar el cauce del río.

El primer saludo de la ofensiva de Nepociano es una enorme bola de fuego que va a estrellarse sobre el puente. Las protecciones que Gatón ha dispuesto son de madera. El ambiente sigue húmedo por la lluvia de la noche, pero esa bola parece llevar algún tipo de combustible en su interior. Pronto toda la empalizada arde en llamas. Hay hombres que ven el fuego adherido a sus cuerpos. Hay gritos de horror. Algunos saltan al río tratando de apagar aquello. Gatón ruge, y de inmediato salen del convento de San Salvador dos hileras de individuos —niños, viejos, mujeres— con baldes de agua. Ramiro sonrío. Gatón ha sido previsor.

Pero la bola de fuego ha sido solo el anuncio de lo que viene. De inmediato aparece tras el cerro de Moratín una hueste a caballo; traen las túnicas verdes de la tropa mercenaria del regente. Ramiro hace cálculos: le han dicho que esa tropa forma más de cuatro mil hombres. Ha visto a unos quinientos en la vanguardia que antes atacó el puente. Tras ella, inmóvil en el centro de la línea enemiga, habrá otros dos mil. Ahora ve a otros quinientos en la caballería que viene. ¿Dónde están los demás? No hay tiempo para responder porque la caballería está cargando sobre el puente de Cornellana. El foso ha detenido a los peones, pero los caballos pueden saltarlo limpiamente. Tras él no hay más que la solitaria línea de troncos afilados dispuesta por las gentes del cíclope rubio, frágil defensa para una carga masiva. Gatón está perdido.

Ramiro y Nepociano están viendo lo mismo. El frente de la caballería mercenaria ataca arrasando todo a su paso. El erizo de palos no será sino un leve obstáculo. En ese momento Gatón se pone en pie, tercia el escudo, empuña la espada, grita algo

ininteligible y toda su hueste corre con él hacia la entrada del puente formando una barrera de lanzas. «¡Está loco!», piensan Nepociano y Ramiro al unísono. ¿Pretende detener la carga de la caballería él solo? Al mismo tiempo, dos hileras de peones, apenas cubiertos con su escudo, se han desplegado en columna a ambos lados del puente. ¿Qué extraño dibujo es ese?

Gatón se yergue como si quisiera recibir a la muerte en pie. La caballería ya está a doscientos pasos. El joven grita algo a su espalda. Ergica de Tuy y Olmundo de Erice corren con sus huestes hacia la misma posición. Cien pasos. Gatón sigue en pie. Setenta pasos. Las lanzas de los de Ramiro muestran sus afiladas puntas a la marea enemiga. Cincuenta pasos. La caballería acaba de saltar el foso. Veinte pasos. «¡Ahora!», aúlla el hijo del rey. Y al grito del joven caudillo, las hileras de peones desplegadas en los lados tensan con toda la fuerza de sus almas dos, tres, cuatro gruesas maromas ocultas en la vegetación del suelo. Las maromas tiran hacia arriba de la frágil línea de afilados troncos y he aquí que el erizo se convierte en estrella mortal. No era una línea de palos: eran ocho, unas apoyadas en otras, trenzadas hasta formar una estructura compacta, ocultas bajo el suelo de hojas y yerba. La caballería enemiga no tiene tiempo material de reaccionar. Con un estruendo infernal hombres y bestias se ensartan en las estrellas de aguzadas maderas. Los que vienen detrás chocan con los de delante y la punta de lanza del ataque de Nepociano se astilla como se están astillando esos troncos de Gatón bajo el peso de los cadáveres enemigos. El hijo del rey ya está entre ellos. Sin perder un segundo, ha salido de su posición en el preciso instante en que la caballería caía en la segunda trampa. Tras él cargan Ergica y Olmundo con los suyos. Sus lanzas y espadas ya están nuevamente llenas de sangre de caballos y guerreros.

«¡Trucos de niño! ¡Quieren pararnos con trucos de niño!», grita Nepociano. Ordena retirada a su caballería y simultáneamente manda que una nueva andanada de piedras castigue desde sus catapultas a los bravos defensores del puente. Gatón, al ver que la caballería se marcha, vuelve instintivamente sobre sus pasos y ordena a su vez regresar a las protecciones del puente. Demasiado tarde: las piedras ya están en camino. Varios hombres son heridos en su fuga. Un proyectil roza el casco de Ergica con tal violencia que se lo arranca de la cabeza y, al salir, saja el cráneo del caballero de Tuy con una profunda brecha. Ergica cae sin sentido. Es Olmundo de Erice quien lo carga a su espalda.

Ramiro está orgulloso. Gatón ha conseguido detener dos ataques de un enemigo muy superior y le ha obligado a retroceder. Pero algo muda súbitamente la sonrisa que se dibuja en su rostro. En las alas, los hombres de Nepociano se mueven. Ahora descubre el rey el porqué de aquella agitación: de entre la hueste enemiga, en uno y otro flanco, empiezan a aparecer barcas cargadas a hombros por los guerreros de túnica verde. ¡Van a emplazar pontones para cruzar el río por los lados! Ahora sabe

también dónde estaba el resto de la tropa mercenaria: atareada en ese menester. Varias respuestas a un tiempo que exigen una rápida reacción. El rey mueve sus banderas y ordena a los jefes de los flancos, don Paio y don Arias, que ejecuten la maniobra prevista.

Nepociano entorna los ojos; no sonrío porque la tensión no le permite mover ni un músculo, pero los movimientos de su ejército se están sucediendo conforme a lo previsto. El ataque de la caballería en el puente, aunque frustrado, ha permitido maniobrar con más soltura a los pontoneros que ahora se acercan al cauce con sus barcas y sus tablones. Allí están el buen Piniolo y el buen Aldroito, con Lotario de Fráncfort y Sancho Jimeno. Esas alas las mandan Sonna y Escipio, pero poco importa en realidad: la única función de sus hombres es cubrir, con sus cuerpos si es preciso, el trabajo de los pontoneros.

Ahora el cauce del río es en toda su longitud un hervidero de gritos y de muerte. Los de don Paio han bajado desde el cerro de Sobrerriba y los de don Arias han hecho lo propio desde las lomas de Santueñina. Se han acercado a la ribera y desde allí hostigan al enemigo, al otro lado, con una lluvia de flechas, jabalinas, dardos, piedras... cualquier cosa que se pueda arrojar para herir. Bajo el aguacero de proyectiles, los hombres de Nepociano, en la otra orilla, intentan armar las barcas que les servirán de pontones. Escipio está en el sur, en el camino de Loreda, cerca del arroyo del Fresno. Le vigila de cerca Aldroito, que ha entregado el mando de las tropas a Lotario de Fráncfort. El conde de palacio se siente humillado sin poder dirigir a sus hombres, pero Nepociano ha tejido bien su tela. En el norte, en el flanco derecho del regente, está el conde Sonna, que ha visto cómo Piniolo y sus siete hijos han tomado el mando para dárselo a su vez a Sancho Jimeno. Al contrario que Escipio, Sonna no está sorprendido. Sabe que su papel en esta comedia es de simple comparsa para mayor gloria de Nepociano. Pero aún no se ha dicho la última palabra.

El conde Sonna contempla la batalla con una mezcla de rabia y melancolía. Ha insistido en asistir al combate con el estandarte blanco con la cruz roja, la enseña del reino; no está dispuesto a combatir bajo otra bandera. Mira hacia abajo, hacia el cauce del río, y menea la cabeza. Esos hombres que están muriendo ahí, en la orilla, son sus hombres. Sancho Jimeno ha hecho traer desde la retaguardia, a hombros de grupos de veinte guerreros, barcas encadenadas de tres en tres por los costados. Detrás de los que llevan las barcas, otro grupo de soldados de túnica verde transporta una larga pasarela. El objetivo es asegurar bien en tierra un bloque de tres barcas, amarrar a este otras tres sobre el agua, y hacer aun lo propio con un tercer bloque. Dada la anchura del río, nueve barcas bastarán. Acto seguido se tenderá sobre el pontón la pasarela. La maniobra es sencilla, pero hay que contar con la agresividad del enemigo, que desde el otro lado no cesa en su empeño de frustrar el propósito. Para proteger a los soldados que, a base de postes y cuerdas, intentan asegurar en

tierra el primer bloque de barcas, Sancho Jimeno no solo ha ordenado devolver flecha por flecha y dardo por dardo, sino que, despiadado, ha forzado a una cuadrilla de hombres de Sonna a desplegarse con sus escudos en torno a los pontoneros. Los dardos y jabalinas lanzados por la tropa de Arias de Pallares se clavan en los escudos, los atraviesan, hieren la carne; las piedras enviadas por los honderos descalabran cabezas y rompen costillas. Cuando la línea de escudos humanos clarea, Sancho la reemplaza por otra que Piniolo ha reunido a punta de espada. En el flanco sur, el de Escipio, está ocurriendo lo mismo. Es una carnicería.

Ramiro, en la altura de Folguerinas, estudia la maniobra y hace cálculos. El río baja caudaloso y fuerte. Al enemigo no le será fácil sujetar las barcas con una mínima seguridad. La argucia de ensamblar unas con otras es ingeniosa, pero la operación es arriesgada: hay que soltarlas en el río sin que la corriente se las lleve, hay que amarrarlas fuertemente a la orilla, hay que ensamblar una segunda pieza, hay que lanzar pasarelas para completar el trabajo... Les llevará tiempo. Sobre todo si los hombres de Paio y Arias, yendo y viniendo en torno a la orilla, siguen hostigando al enemigo con esta intensidad. El rey, previsor, ordena a Gonzalo de Lemos que haga llegar más flechas a las unidades de los flancos.

Las catapultas de Nepociano han empezado a lanzar sus proyectiles sobre el cauce que a norte y sur ocupan las gentes de Ramiro. Las gruesas piedras desordenan las filas, pero no hacen demasiado daño a una tropa deliberadamente dispersa y móvil. El rey ve cómo los suyos se afanan en impedir el emplazamiento de los puentes. Los de Nepociano contestan con idénticas armas, arrojando dardos y jabalinas, pero no están móviles, sino estáticos, lo cual les hace sufrir más bajas; es evidente que su jefe no se preocupa demasiado por sus vidas. Ramiro sufre por ellos. Después de todo, esos que ahora están muriendo al otro lado, bajo los dardos y jabalinas y flechas y piedras de su tropa, no son enemigos; son sus súbditos, y mañana le obedecerán si hoy se gana el combate. Pero el ánimo del rey se oscurece. Si esa gente consigue su propósito, si las huestes de Nepociano logran cruzar el río, todo estará perdido.

Es mediodía. El sol envía sus rayos sobre la humanidad en guerra como si quisiera sumarse a la lucha y demostrar quién es el verdadero rey. Los de Nepociano han conseguido ensamblar dos grupos de barcas en ambos sectores del río. Los cadáveres que se apelotonan sobre los botes son inmediatamente arrojados al agua para que no entorpezcan el trabajo. La maniobra para colocar el tercer y definitivo bloque es aterradora. Sobre las barcas ancladas, mecidas por el caudal furioso del Narcea, se ha tendido una larga pasarela de madera. Por la pasarela avanzan ahora seis hombres, cada cual con dos gruesos escudos, uno en cada mano, tratando de cubrir el mayor espacio posible. Tras ellos, otro grupo de veinte soldados trae el tercer bloque. Lo transportan sobre sus cabezas para que las propias barcas les

protejan de los proyectiles enemigos. A los lados, sendas hileras de desdichados intentan tapar cualquier hueco con más escudos, pero la lluvia de proyectiles es tan intensa en ambas orillas del río que pronto algunos empiezan a caer heridos sobre las aguas; rápidamente son reemplazados por otros que no tardarán en correr la misma suerte.

Río arriba, en el sector del sur, el del conde Escipio, la resistencia de Paio de Guitiriz está siendo brutal. Los cuernos del toro táctico de Ramiro hincan sus agujas sin piedad. El número de los muertos es ya incontable. Los cuerpos caen al agua y el Narcea, como un eficaz sepulturero, los arrastra curso abajo. Algunos cadáveres corren hasta apilarse en el puente, donde la noble piedra romana detiene su viaje; otros pasan bajo la estructura y siguen hasta la posición del conde Sonna y Arias de Pallares, donde chocan contra el pontón de barcas antes de perderse definitivamente rumbo al Nalón y, por fin, al mar, donde el recuerdo de los hombres se desvanece para siempre.

El conde Sonna ve sin entusiasmo que, en su sector, los hombres de Nepociano están a punto de conseguir el objetivo. Ha costado muchas vidas, pero el tercer bloque de barcas está casi ensamblado y la pasarela, empujada desde la orilla, en cualquier momento puede alcanzar el otro extremo del río. Sonna ve caer a las huestes que nominalmente encabeza: hombres atravesados por flechas, ensartados por jabalinas, derribados por una piedra certera. En la vanguardia, en el punto más avanzado de la pasarela, donde los escudos protegen el trabajo de los pontoneros, un pobre diablo ha muerto bajo los dardos enemigos; ha caído sentado, dando la espalda a la orilla rival, sujeto por los dos escudos que él mismo portaba, y los pontoneros están utilizando su cuerpo como si de otro escudo se tratara. Tienen valor esos mercenarios, trabando sogas y hierros a escasas varas del enemigo, maniobrando entre una lluvia de proyectiles; pero los cuerpos que les sirven de parapeto son de los hombres del propio Sonna.

Nepociano siente que tiene ya la victoria entre los dedos. En absoluto echa de menos la ayuda de Córdoba. Lo va a conseguir él solo. Un poco más de paciencia y los dos pontones estarán concluidos. Cuando eso ocurra, toda su hueste pasará al otro lado y arrollará a Ramiro Bermúdez. Y si finalmente aparece el refuerzo musulmán, el moro no hallará a un aliado necesitado de apoyo, sino a un triunfador que ha vencido por sus propios medios. El enemigo está redoblando la presión en las alas. Es el momento de aliviar carga en el centro. El regente se dirige a Alvito, su fiel Alvito, que se ha revelado como un excelente oficial de órdenes. Ahora tendrá que hacer algo más.

—Cursa aviso a Ragnar y Alí —dispone el magnate—. Cargamos con todo en el centro de la línea. Que todos sus hombres marchen sobre el puente. Es crucial llegar al cuerpo a cuerpo en ese punto.

—¿Yo...? —interrumpe Alvito; quiere luchar.

—Tú también, mi buen amigo, ponte a la cabeza de la retaguardia y marcha como una segunda ola contra la defensa de Ramiro. Otra cosa —agrega Nepociano—: di a nuestros amigos que no teman, que protegeré su movimiento con las máquinas de guerra. Lo importante es entablar combate sobre el puente para debilitar la presión enemiga en las alas y acabar de una vez esos pontones. De vuestro empuje depende que las alas puedan pasar al otro lado. ¡Rápido!

El conde Sonna percibe el movimiento del regente. Toda la fuerza de su infantería, más de tres mil hombres bien pertrechados y acostumbrados a la guerra, va a concentrarse en el puente de Cornellana. Las catapultas y las balistas empiezan ya a enviar su carga mortífera sobre la línea que defiende el joven Gatón, ahora con el castellano Erice a su lado. El conde de palacio mira alrededor. Es el momento de tomar la decisión. Sonna iza el estandarte blanco con la cruz roja. Hace llamar a sus tropas. Y se va.



Ramiro no puede creer lo que está viendo. En el ala derecha de la línea de Nepociano, sobre las lomas de las Dorigas, frente a las alturas de Satueñina, las tropas enemigas se retiran. No es una huida, menos aún una desbandada; más bien parece un lento goteo de hombres que abandonan el campo. ¿Una maniobra de Nepociano? ¿Una trampa? ¿Una argucia para distraerle? No tiene sentido; no justo ahora, cuando al pontón enemigo solo le falta asegurar las últimas tres barcas para que la pasarela llegue hasta la orilla opuesta. Pero el asombro de Ramiro Bermúdez llega hasta el infinito cuando constata que en el otro lado del frente, en el sur, donde cruza el camino de Loreda, el conde Escipio está haciendo lo mismo que su colega: ha levantado el estandarte del reino y se retira calmadamente con su hueste, dejando a los pontoneros de Lotario sin protección. ¿Qué está pasando?

El conde Sonna no baja la mirada. Abandona su puesto en las Dorigas mirando fijamente a los ojos de Piniolo, el hombre que Nepociano ha puesto ahí para vigilarle. Piniolo, rodeado por sus siete hijos, camina apresuradamente hacia Sonna, la capa negra terciada en un brazo, el rostro crispado bajo la barba negra, braceando como un poseso, la mirada furibunda y amenazante:

—¡Sonna! ¿Qué estás haciendo? ¡Maldito traidor! —impreca el terrateniente al conde.

Sonna no abre la boca. Tiene la espada en la mano, pero no va a usarla. Se limita a mirar a Piniolo con una expresión entre la lástima y el desprecio. Pica suavemente a su caballo con los talones, da media vuelta, ofrece su espalda desguarnecida a la ira de los siete hijos del esbirro y, lentamente, se retira de la escena. La conmoción en la hueste es completa. «Es lo que debo hacer, es lo que debo hacer», se repite Sonna una

y otra vez. El gesto del conde no ha pasado desapercibido a los hombres. Unos pocos, decididos, abandonan igualmente su puesto y marchan tras él. De inmediato, otros les siguen ante el estupor de los guerreros de túnica verde, que no entienden qué está pasando. Los hijos de Piniolo, y Piniolo mismo, intentan retener a los que se van: los agarran por las capas, los amenazan con sus espadas... Pero las amenazas ceden en cuanto los fugitivos, que son más, forman bloque para seguir su camino. Y así, poco a poco, el grueso del ala derecha de Nepociano se ve desmantelada mientras abajo, en la orilla, el pontón está ya a punto de alcanzar su objetivo. Piniolo, desesperado, se muerde los puños de rabia observando impotente cómo el conde se aleja por el camino que lleva a Pravia.

En el ala izquierda, en el sur, río arriba, el conde Escipio ha tomado la misma decisión: a la vista del estandarte de su colega, ha hecho una seña a sus caballeros más próximos, ha girado igualmente dando la espalda a Aldroito, el hombre que Nepociano le ha puesto para anular sus movimientos, y está abandonando el campo por el paraje de Loreda. «Más me vale que Sonna tenga razón», piensa el conde. Marcha más deprisa Escipio, como si temiera que alguien fuera a lanzarle una jabalina por la espalda, pero no hay tal. Como ha ocurrido en el ala derecha, también aquí el grueso de la tropa reconoce a su jefe natural y, sin arrojar las armas, desaloja el campo entre los gritos y los insultos de los mercenarios de túnica verde, que súbitamente se quedan sin masa de maniobra. Ante los ojos atónitos de Aldroito, que en vano ha tratado de retenerle, Escipio gana a paso vivo el camino de la puebla de Grado.

Mientras esto ocurre en las alas, la situación en el centro del combate, en el puente romano, se ha hecho crítica. Los mercenarios de la túnica verde están ya en la entrada. Se baten con bravura, con firmeza. Los paisanos que componen la hueste de Ramiro a duras penas pueden contenerlos. Gatón, en primera línea, se defiende como mejor sabe. Ha resuelto que nadie ganará el puente si no es por encima de su cadáver. A su lado, Olmundo de Erice reparte mandobles con furia. Incluso Ergica de Tuy, con la cabeza vendada, se ha reincorporado al combate y trata de envolver al enemigo por su flanco izquierdo, pero ¿cómo envolver a una fuerza varias veces superior? Finalmente, las huestes de los tres capitanes, Gatón, Olmundo y Ergica, quedan rodeadas por el número avasallador de sus adversarios. Ya solo pueden hablar las espadas.

Nepociano siente que su corazón está a punto de colapsarse. Ha visto el movimiento de Sonna y Escipio. Primero ha pensado que se trataba de una maniobra táctica: bajar hasta el pontón dando un rodeo. Pero enseguida se ha percatado de que está asistiendo a una desertión en toda regla. «No te fíes de Sonna», le había dicho Jimena. ¡Cuánta razón, como siempre, tenía su esposa! ¡Han desertado! ¡Los condes de palacio han desertado! Nepociano advierte los latidos de su sangre revuelta

batiendo con fuerza en las sienes. Ha de calmarse. Es preciso enfriar la cabeza y pensar. Sonna y Escipio se están llevando a sus hombres. Eso significa que ahora será mucho más difícil pasar al otro lado de los pontones. Por bravos que sean sus guerreros, cuando lleguen a la orilla opuesta estarán en trágica inferioridad. Hay que cambiar el plan de inmediato. Pero Nepociano no sabe qué hacer. Ordena una nueva andanada de sus catapultas sobre las posiciones de los pontones, una primero, la otra después, pero enseguida comprende, con sangre, que no puede utilizar ese recurso sin herir a sus propios hombres; unos hombres a los que necesita para que taponen el acceso, para que no dejen entrar al enemigo. Nepociano queda inmóvil. Por vez primera en mucho tiempo, su cerebro está paralizado por el miedo y la ansiedad.

Ramiro está perplejo. No reacciona. No entiende la maniobra de Sonna y Escipio. Los condes han esperado a que sus pontones estuvieran casi terminados para abandonar el campo del usurpador. ¿Por qué? ¿Para facilitarle el paso a él, al rey legítimo? ¿Y no habría sido más fácil para todos que le hubieran apoyado desde el principio, sin necesidad de dar esta batalla? O tal vez todo sea una trampa... Pero no, no puede ser. Nadie juega al escondite con su presa cuando la tiene ya en las fauces. Sonna y Escipio se han marchado. Han dejado al ejército de Nepociano con las alas rotas. Más aún, el regente queda expuesto a un contraataque por los pontones, que ahora ya no van a servir para que ataquen los guerreros de la túnica verde, sino que van a permitir a las tropas de Ramiro pasar al otro lado. Este es, sin duda, el milagro que el rey esperaba y que Dios al fin ha concedido a su servidor.

Ramiro Bermúdez no lo duda: a por ellos, a través de los pontones. Ahora las fuerzas están equilibradas. El ataque será a muerte. Es la única oportunidad. El rey ordena que suenen los cuernos de guerra con el inconfundible toque de carga. Ya se escucha, atronadora, la voz grave de las trompas, dos toques largos, muy largos, luego un tercero: ataque sin cuartel. Los hombres de Paio de Guitiriz y Arias de Pallares, cubiertos con sus escudos, se aproximan a la pasarela entre una lluvia de proyectiles enemigos. Las tornas han cambiado. Ramiro reza. Había pedido, sí, insistentemente un milagro. Helo aquí.



Ragnar Haraldson y Alí Husein, en el centro del ataque, ignoran lo que está pasando en las alas. Solo les preocupa abrir brecha, romper esa muralla humana que se apiña en la entrada del puente. El cuerpo a cuerpo es brutal. Las espadas, los escudos y las lanzas chocan con frenesí en el espacio de un palmo. Los guerreros apenas si tienen sitio para moverse. Únicamente los más fuertes consiguen, a empellones, trazar a su alrededor un mínimo hueco que les permita manejar las armas con alguna soltura. Ragnar el normando, en un momento de respiro, observa movimientos extraños en los flancos, pero no puede prestarles más atención. La acumulación de cuerpos es tan

intensa que le lleva de un lado a otro como un río enloquecido, como ese Narcea que, a pocos pasos de su posición, arrastra de orilla a orilla los cuerpos rojos de sangre de los caídos. Toda la voluntad de Ragnar está ahora puesta en que sus hombres mantengan un orden, una formación, algo que parezca una línea de combate, y no ese caos de brazos y armas donde solo el azar dictamina quién vive y quién muere.

El otro capitán de Nepociano, Husein, se fija en Gatón. Hace largo rato que estudia a ese gigantón de cabellos rubios cubierto con un casco demasiado pequeño para una cabeza tan grande. Ha visto que parece el jefe de los defensores del puente. Ha comprobado que es fiero y peleón. Ha entendido que, si el gigantón cae, toda la defensa se vendrá abajo. El moro renegado de Zaragoza entorna los ojos de carbón y examina los movimientos de su enemigo; porque es su enemigo, el único enemigo que en este momento hay en el mundo, el único hombre al que, por encima de cualesquiera otros, considera prioritario matar. El gigantón rubio pelea con bravura, pero no es un virtuoso. Mueve la espada como si estuviera talando árboles. Además, parece muy joven; inexperto, por tanto. Husein es más pequeño (¿quién no es más pequeño que Gatón?), pero también es más veterano y su espada no ha sido derrotada jamás. El capitán moro de Nepociano se abre paso a empujones entre sus propios hombres, se ajusta el lujoso casco y enfila hacia el hijo del rey. Quiere cortar esa cabeza rubia, quiere adornar su collar con las orejas del gigante, quiere colgarse en el cinto sus testículos. Ese hombre —piensa Alí Husein— morirá hoy.

Un tipo grandón con cota de malla, escudo largo y espada maciza. Así ven los ojos homicidas de Alí Husein a Gatón Ramírez. Cuando descarga sus golpes es letal —piensa el moro—, pero tarda más de lo debido en recuperar la guardia. Hay que acercarse, provocarle, dejarle golpear una, dos, tres veces; a la tercera, el propio brazo, cansado, subirá más lento por mucha velocidad que su dueño quiera imprimirle. En ese momento el gigantón dejará al descubierto, aunque no sea más que una fracción de segundo, su pecho o su vientre. En ese preciso instante habrá que lanzar un golpe certero y el titán rubio morderá el polvo. Alí Husein se cubre con el escudo, empuña la espada y avanza.

Gatón ha perdido ya cualquier referencia del conjunto de la batalla. Ha escuchado el largo y grave sonido del cuerno. Su padre ha decidido atacar. Eso puede ser muy bueno o muy malo; muy bueno, si es que la batalla se está ganando y hay posibilidad de atacar con provecho: muy malo, si es que ya está todo perdido y no queda otra opción que morir matando. Pero Gatón no puede ver nada. Solo tiene ojos para la nube de enemigos que le rodea. Se mueve como un torbellino. Lucha con una energía titánica. Clava, siega, hiende, pincha. A fuerza de gritos ha conseguido formar una línea de combate con sus mejores hombres, brazo con brazo, escudo con escudo, de manera que los mercenarios de Ragnar y Alí Husein se estrellan sin remedio contra esa muralla infranqueable. Junto al hijo del rey está Olmundo de Erice. Tras ellos,

una segunda línea de guerreros esgrime largas picas con las que asesta mortales lanzadas a la marea rival. Ahí está, aún herido pero activo, Ergica de Tuy.

De pronto, un frente de escudos enemigos se abalanza sobre la línea de Gatón y Olmundo. Quieren romper la formación. Ergica y sus piqueros acometen contra los mercenarios, desgarran rostros, atraviesan cuellos, pero el empuje de la masa enemiga es bestial. Los de Ramiro pierden terreno. La línea se quiebra. Gatón queda aislado. Entonces el cíclope rubio ve cómo una figura se dirige a la carrera contra él. No sabe que ese hombre se llama Alí Husein y que busca su cabeza.

Husein golpea con furia sobre el hijo del rey. Este opone la dura consistencia de su pesado escudo de madera, hierro y cuero. Husein, con una velocidad endiablada, asesta un segundo golpe que Gatón detiene con su espada. El joven se pregunta quién es aquel sujeto de aspecto sureño, que lucha con armas como las de los ejércitos de Córdoba y cuya mirada delata un odio frío y asesino. Pero esas preguntas vuelan sobre su cabeza sin permanecer más que un instante, porque ahora toda su alma está puesta en esquivar y detener la catarata de mandobles y estocadas que aquella furia ha desatado sobre él. Gatón aguarda a que el atacante ceda un poco en la velocidad de su ofensiva, pero aquel hombre no se cansa: es un experto espadachín que hace volar la hoja en torno a sí con prodigiosa facilidad, como si no le costara esfuerzo alguno.

Alí Husein lanza un largo tajo con su espada hacia la cabeza de Gatón. Este consigue esquivar la hoja que roza su cuello y, aprovechando el instante, empuja al moro con su escudo para abrirse hueco. Ahora puede observar, apenas dos segundos, a la fiera que tiene ante sí: luce una bonita coraza de cuero reforzado con placas de metal sobre la túnica verde, y bajo esta se protege con una cota de malla; parece mentira que con tanto hierro encima pueda moverse tan rápido. En todo caso, será difícil herirle. Gatón estudia también los lujosos brazaletes que adornan las muñecas de su enemigo y el largo trapo rojo anudado en torno al yelmo. Está claro que se trata de un pez gordo, un gerifalte de aquella chusma. Y es musulmán, sin duda, como proclama la adarga que lleva por escudo. Con estupor repara, por fin, en los extraños objetos que penden de su cuello: son orejas; orejas humanas. Ese tipo es un asesino. Gatón entiende que su próxima víctima va a ser él. Pero el cíclope rubio no va a dejarse matar fácilmente.



En el ala izquierda del frente de Ramiro, sobre las alturas de Santueñina, el flemático Arias de Pallares ha oído el largo toque de los cuernos de ataque. También él permanece estupefacto por la maniobra del conde Sonna. Eso que ha hecho no es racional; bien es cierto —piensa el caballero— que en la guerra, una vez ha empezado la batalla, pocas cosas son racionales. Don Arias calcula la distancia: unos doscientos pasos pendiente abajo desde donde él se halla hasta el pontón. A caballo,

un suspiro. Al pontón le quedan unos dos metros para alcanzar la orilla. Puede intentarlo. Es una locura, pero puede intentarlo. Arias de Pallares se encomienda a Santiago apóstol, descompone su armónico rostro en un aullido salvaje, azuza a su montura y se lanza pendiente abajo arrastrando a algunos de sus propios hombres.

—¡Por Cristo y por el rey Ramiro! ¡Al ataque! —grita Arias de Pallares mientras su caballo, un portentoso ejemplar alazán, salta desde la orilla al pontón, patea el piso de madera levantando astillas con sus cascos, resbala levemente pero mantiene el equilibrio y finalmente llega a la otra orilla sembrando el pavor en los rostros enemigos. La hueste del caballero, eufórica por el gesto de su jefe, irrumpe como un ciclón por el precario puente de tablas y barcas y salta a la orilla entre gritos de muerte. Incluso el obispo Ataúlfo, que vive su primer combate, se suma a la carga con su delicado corcel tordo.

Río arriba, en el ala derecha, el joven Yago de Mondariz ha decidido prescindir de los sabios consejos del veterano Paio de Guitiriz. Al escuchar los cuernos de ataque se ha lanzado como una exhalación sobre la orilla apremiando a sus hombres para ganar el pontón. Demasiado pronto: una jabalina enemiga cruza por encima del río como un pájaro de muerte, se clava en su brazo derecho, desprotegido, y la violencia del golpe arroja al joven caballero al suelo. El viejo Paio de Guitiriz cabecea con parsimonia, frunce el ceño, masculla una blasfemia, escupe hacia un lado y vuelve el rostro a sus hombres.

—¡El puente es nuestro! ¡A por ellos! —grita el veterano guerrero al tiempo que su caballo se precipita hacia la orilla, salta al tablón de madera y cruza como volando hasta la ribera que ocupan los de Nepociano.

Nepociano suda. Es un sudor sofocante que parece acumulársele en las sienes, devoradas por un calor nacido del miedo y de la ira. Está perdiendo la batalla. La traición de esos dos hombres le ha vencido. Pensaba ganar el río por las alas, pero ahora las alas ya no están. Pensaba destrozar al enemigo con sus máquinas de guerra, pero ahora estas sirven de bien poco cuando los dos bandos pelean tan cerca que los proyectiles matarían a sus propios hombres. Busca a Alvito; ha olvidado que él mismo le ha enviado allá abajo, al centro del ataque, al puente romano, y que en este mismo instante debe de estar batiéndose en una batalla sin salida. Busca entonces al abate Vidal, pero con sorpresa repara en que no está.

—¿Y el abate? ¿Dónde está el abate? —pregunta malhumorado a un criado de servicio.

—El abate se ha marchado, mi señor —responde el criado—. En una mula.

¡También el abate...! ¿Qué está pasando aquí? Nepociano sigue sudando. Cierra los ojos con fuerza, intentando concentrarse. La batalla no está perdida; no está perdida, se repite. La desertión de Escipio y Sonna le ha restado casi la mitad de sus hombres, pero aún le queda la otra mitad y esta es la mejor: la tropa mercenaria,

profesionales de la guerra que sabrán batirse hasta morir. Los hombres de la túnica verde —piensa el regente— resolverán la situación. Hay que reunirlos. Juntar las líneas. Dejarles combatir como ellos saben.

—¡Rápido! —ordena Nepociano al criado—. ¡Toque de repliegue! ¡Que los hombres retrocedan y ordenen sus líneas! ¡Esto no ha acabado! —brama mientras las trompas de sus esbirros cubren el aire de Asturias con su sonido de grave metal.

A Ramiro le ha pasado desapercibida esa última maniobra de Nepociano. Solo tiene ojos y oídos para lo que está sucediendo en los pontones, donde sus hombres han pasado al otro lado, y para el curso de la batalla en el puente, donde apenas distingue ya a su hijo entre el hormiguero humano que allí se apiña. Ramiro Bermúdez, rey sin corona, está rezando por su hijo Gatón. Es entonces, al subir la vista al cielo, cuando de golpe repara en el movimiento de las tropas enemigas. ¡Se están reagrupando! ¡Hay que evitarlo a toda costa! Ramiro siente que un fuego casi doloroso le invade el cuerpo, las sienes le palpitan, el estómago se le encoge, los músculos se le tensan hasta hacerle apretar los puños y una bola ardiente se incendia en su pecho. Y así, Ramiro grita algunas palabras ininteligibles a los caballeros que le rodean, reclama su caballo, toma el largo cetro del rey Alfonso, la cruz de Asturias, sube a su montura y desenvaina la espada:

—¡Es la hora, caballeros! —grita el rey—. ¡Es la hora de vencer o morir con honor por nuestra causa, que es la causa de la corona y de Dios! ¡Detrás de mí! ¡Sus y a ellos! —Y el caballo de Ramiro arranca a galope tendido desde los altos de Folguerinas, y tras él sus guardias, y al fin los peones de reserva del ejército del rey, y la columna se arroja sobre el estrecho espacio del puente de Cornellana, y en todo el frente se sabe que el rey en persona ataca en cabeza de sus huestes, e incluso el enemigo entiende que aquel hombre se va a jugar el todo por el todo en esta carga final.



Alí Husein sonrío con crueldad. Examina brevemente a su rival. Solo un chicarrón. Más fuerte que otros, sí, pero solo un chicarrón. Se sabe superior. Ha matado a muchos como este gigantón rubio que ahora tiene delante. El moro se ajusta bien la ovalada adarga en el brazo izquierdo. Empuña con ligereza la espada en la mano derecha y salta hacia delante. Un golpe, dos, tres. A Gatón le resulta casi imposible replicar. No puede hacer otra cosa que oponer la solidez de su escudo, bien seguro en su brazo formidable, y esperar hasta que un error de su enemigo le permita colocar una estocada. Un cuarto golpe, un quinto. Ahí sigue esa sonrisa que dibuja el llanto del infierno. Gatón se ha confesado esa noche con el prior de San Salvador de Cornellana, el buen padre Fruela. Sabe que entrará en el paraíso. Ahora no piensa más que en resistir todo lo posible, en mantener la posición para dar tiempo a que el

ataque anunciado por los cuernos de combate salga con bien. Un nuevo golpe. Gatón suda por todos sus poros. Cree ver hueco. Se lanza con toda la fuerza de su cuerpo en ancho tajo. Solo hay aire.

Gatón pierde pie; la finta del moro le ha desequilibrado. Incapaces de retener su descomunal peso, sus cansadas piernas trastabillan y el joven cíclope se ve en el suelo, rodando entre el polvo y la sangre. Por fortuna, su agilidad le ha permitido dominar la caída. Se apoya en el escudo y rueda sobre sí mismo para volver a levantarse. En el instante preciso, porque una nueva estocada de Alí Husein ha ido a pinchar precisamente sobre el escudo. Gatón se incorpora de un salto. Ahí vuelve de nuevo la espada de esa bestia infatigable. Gatón para el golpe con un enérgico movimiento, pero esta vez todo sale mal: su arma se rompe bajo el impacto de un mejor acero. El hijo del rey ha perdido la espada. La boca de Alí Husein dibuja una mueca siniestra. Ahí está, plantado con las piernas abiertas, la espada en una mano y la adarga en la otra, relamiéndose como el lobo que va a devorar al cordero. Gatón puede leer en sus ojos la palabra muerte.

Por la mente confusa de Gatón pasa otra palabra: hacha. Con toda la rapidez que sus brazos le permiten, echa mano del hacha que pende de su espalda. Alí Husein se arranca a la carrera. Gatón blande el arma salvífica. Alí levanta la espada. Gatón lanza el hacha. El pesado filo de acero se clava entre la frente, bajo el casco, y la nariz. La cabeza de Alí Husein se abre bajo el impacto del arma. La inercia de su cuerpo aún le permite descargar con su espada un terrorífico golpe que el escudo de Gatón detiene. Ahora Alí Husein está en el suelo, la frente abierta, la cara roja de sangre que mana a borbotones, la boca abierta en una mueca crispada, los ojos preguntando al cielo por dónde se va al infierno. Gatón domina un estremecimiento. Con la mano roja de sangre enemiga se seca el sudor de la frente, de las mejillas, del mentón. Arranca el hacha del entrecejo de su enemigo. De un golpe seco, le corta la cabeza. La sangre de Alí Husein riega el verde campo de Cornellana.



En el norte del frente, el mercenario navarro Sancho Jimeno ve cómo sus líneas quedan desbordadas por los peones de Arias de Pallares. Ha oído el toque de repliegue. No entiende la maniobra ordenada por Nepociano. ¿Replegarse? Un centenar de hombres más le habrían permitido mantener la posición e incluso empujar al río a esos labriegos. Busca a Piniolo y sus siete hijos. Los ve correr despavoridos hacia el cerro de Moratín. No hay otra opción que retirarse, sí. Reúne a cuantos hombres puede, forma un grupo compacto y, manteniendo el orden, trota con calma hacia el punto indicado. Será una batalla campal al pie del cerro.

Al otro lado, en el sur, en el camino de Loreda, Lotario de Fráncfort ha visto cómo sus jabalinas derribaban al imprudente Yago de Mondariz, pero también cómo

el veterano Paio de Guitiriz cruzaba el río seguido por su hueste. El mercenario franco discute con Aldroito.

—¿Un repliegue? ¿Ahora? —se exaspera el guerrero—. ¡Somos más! ¡Mejor pide que el viejo nos envíe doscientos hombres de esos que ahora están apelonados en el centro, en el puente, sin poder moverse, y resolvemos este asunto en un abrir y cerrar de ojos!

—¡Imposible! —contesta Aldroito—. ¡La orden es de repliegue y eso es lo que hay que hacer! ¡Vámonos de aquí!

Y el terrateniente sale de estampida hacia el Moratín, seguido por los pocos hombres que le han quedado después de la fuga del conde Escipio, mientras los guerreros de la túnica verde, a la voz de su jefe Lotario, tratan de huir hacia el mismo sitio con algún orden. Pero es difícil replegarse cuesta arriba, muy difícil, y los caballos de Paio de Guitiriz dan caza a muchos de los fugitivos, que perecen entre ríos de sangre y desgarradores aullidos de dolor.

Ramiro ha llegado al puente de Cornellana. Le sigue otra docena de jinetes. En el otro extremo, Ergica de Tuy, la cabeza vendada, la larga pica aún en la mano, se desgañita intentando que sus hombres no formen un tapón, que no obstruyan el paso de los propios refuerzos. Una salida demasiado estrecha; detrás, los restos desarbolados del erizo de troncos; después, el foso lleno ahora de cadáveres. Demasiados obstáculos para moverse con orden. Hace un instante el propio Ergica ha estado a punto de perecer asfixiado por el empuje de una masa sin rostro ni nombre. Por fortuna, el toque de repliegue de Nepociano ha aliviado la presión y ahora es posible distribuir a la hueste a derecha e izquierda de la salida del puente. Cuando ve aproximarse al rey, Ergica eleva la pica en señal de victoria y sin palabras le señala el movimiento enemigo. Ramiro entiende. Hay que evitar que los mercenarios de Nepociano se reagrupen.

Gatón está en pie, inmóvil, como ido, en una mano el escudo y el hacha, en la otra, la cabeza sobre el pecho, exhausto. Tiene ante sí el foso; a su espalda, el erizo de troncos. Alrededor, docenas de cadáveres. Es el centro mismo del infierno. Ramiro se acerca hasta su hijo. Va a decirle algo, pero se queda sin palabras cuando Gatón se gira y el rey ve, en la diestra de su hijo, la cabeza sanguinolenta de un enemigo. Ramiro comprende. Menea la cabeza en signo de asentimiento. Empuña el cetro de la cruz y con él señala hacia el cerro de Moratín.

—¡Al cerro! —grita el rey a los hombres que se han apiñado a su alrededor—. ¡Vamos a partir en dos a esos desgraciados! ¡Castellano! —se dirige a Olmundo de Erice—. ¡Toda tu hueste conmigo!

Ramiro azuza a su caballo. Tiene la maniobra en la cabeza, o más bien en el corazón, porque a estas alturas de la batalla todo es cuestión de pecho. El enemigo se está replegando sobre el Moratín. Pretende organizar sus líneas, formar una masa

compacta y presentar batalla. Ahora las fuerzas están equilibradas, pero ellos, los de verde, siguen siendo expertos guerreros. En un combate en formación, llevarán las de ganar. Hay que frustrar la maniobra de Nepociano. Hay que llegar al cerro de Moratín antes que el enemigo. Hay que impedir que los hombres de verde unan sus líneas. A derecha e izquierda, los jinetes de Paio de Guitiriz y Arias de Pallares persiguen a sus respectivos rivales en una cabalgata de muerte. Al rey le corresponde hacer lo propio en el centro del campo: avanzar lo suficiente para partir a la tropa enemiga en dos fragmentos hostigados a su vez por las alas. Esa es la llave de la victoria.

En el centro del despliegue de Nepociano, el caballero Alvito busca a Ragnar Haraldson y Alí Husein. Ha encontrado al normando y le ha ordenado replegarse al cerro. Pero no halla ni rastro del moro de Zaragoza. Es como si se lo hubiera tragado esa masa de enemigos que ahora avanza hacia él dando vivas al rey. Alvito piensa un instante si acaso no se ha equivocado de bando; si de verdad fue buena idea apostar por el regente. Pero no puede pensar mucho más. De súbito siente un golpe seco en la nuca y luego nada. Una flecha arrojada a corta distancia le ha hecho añicos las cervicales a pesar de la cota de malla que envuelve su cabeza. El caballero Alvito cae a plomo sobre el suelo ensangrentado de Cornellana. Ve pasar sobre él hombres a la carrera. Ve pasar sobre él caballos al galope. Luego, más hombres. Luego ya solo ve la definitiva oscuridad.

La caballería de Ramiro se abre paso como una avalancha de furia entre la masa enemiga. Ragnar Haraldson mira alrededor. No ve a Husein; debe de haber caído. Luego dirige la vista hacia la altura de Moratín. Los labriegos del granjero gallego — que así llaman a Ramiro en la hueste mercenaria— están llegando ya a la cumbre. No hay opción; va a ser imposible reagrupar a la tropa. La batalla está perdida. Entonces el normando piensa en Nepociano. Nunca le ha gustado ese tipo, pero él es quien guarda el oro de su soldada mercenaria. Ragnar hace una discreta seña a seis hombres, normandos como él, y corre hacia la parte posterior del Moratín, allí donde Nepociano ha instalado su tienda de mando.

Sancho Jimeno ha perdido completamente el control. Ya no hay forma de hacer que sus hombres mantengan una línea organizada. Muchos de ellos han emprendido la fuga. No les culpa. Habían ido a combatir contra una banda de destripaterrones mandada por un granjero, e iban a cobrar un buen estipendio por ello; ahora constatan que la mitad de su ejército se ha marchado, que los destripaterrones saben pelear, que el granjero sabe dirigir una batalla, que la victoria está muy lejos y, por tanto, el oro también. El mercenario navarro, abatido, escupe y baja los brazos mientras observa la fuga de sus guerreros de túnica verde. En ese momento da media vuelta y descubre ante sí a un vistoso clérigo cómicamente ataviado con una cota de malla bajo la ropa talar.

—¡Date preso, canalla! —grita el joven obispo Ataúlfo de Iria-Compostela,

espada en mano, solo en medio del torbellino de humanidad que corre hacia el cerro. El mercenario navarro lo observa con curiosidad. Sería suficiente una pedrada para descabalar a aquel petimetre y cortarle el cuello. Pero no, hoy no es el día.

—A ti me entrego, noble obispo —responde Sancho Jimeno, sin poder reprimir una sonrisa cansada, muy cansada—. Y como caballero cristiano que soy —agrega, inclinando la cabeza—, bajo tu autoridad pongo mi vida desde este momento.

Ataúlfo le mira sorprendido. No esperaba semejante invitación. Sancho se aproxima a la montura del obispo, agarra la espada por la hoja y se la entrega a Ataúlfo. Después, calmosamente, se desprende de la túnica verde y del casco. Aferra las riendas del caballo de su captor y con toda naturalidad, como si fuera su paje, le guía hacia al cerro de Moratín. Ataúlfo hincha el pecho y da gracias al Señor de las Batallas por esta victoria digna de ser contada en las largas noches de invierno. Sancho Jimeno suspira aliviado. Mientras esté bajo la protección del obispo, mantendrá la cabeza sobre los hombros. ¿Y quién sabe? Quizás el obispo necesite guerreros de confianza para su propia hueste. Ha habido suerte, después de todo.

Paio de Guitiriz ha llegado a la altura de Lotario de Fráncfort, el mercenario franco del regente. Los hombres del caballero gallego, siguiendo a su jefe, han cruzado el río y acogotan a la tropa mercenaria al pie del cerro de Moratín. Lotario observa las órdenes que don Paio, austero y conciso, imparte a su enfervorizada hueste. Ese viejo conoce su oficio. El franco no ha entendido la maniobra de Nepociano: replegarse y abandonar los pontones cuando estaban a punto de pasar al otro lado. ¿Por qué? Un repliegue en esas condiciones significa exponer a toda la formación al ataque del enemigo por tres lados: el centro y los flancos, encajonándola entre el cerro Moratín y las mesnadas de Ramiro. Por muchas bocas de fuego que ese hombre haya visto en Bizancio, esto de hoy es un error de niño. «Salvo que... — piensa el mercenario, y una sombra muy negra cruza por su cerebro—. Salvo que precisamente ese haya sido el objetivo de la maniobra: encerrar a la tropa, fijar toda la atención del enemigo en las columnas desarboladas de las túnicas verdes, encelar a Ramiro con la victoria y aprovechar el momento para poner pies en polvorosa». Lotario mira arriba, hacia el cerro: ahí debería estar Nepociano dando órdenes, pero no es así. Sin duda, se ha fugado abandonando a sus hombres a la suerte del perdedor. El franco no va a pasar por ahí. De ninguna manera. Y Lotario de Fráncfort, con una última mirada a la figura severa y tranquila de don Paio, se desprende de túnica y casco y corre hasta perderse por los montes de donde baja el Narcea.



Nepociano se ha asomado brevemente al escenario del combate. Lo que ha visto le ha dejado sin aliento: la maniobra del repliegue ha sido un fracaso, la tropa mercenaria no ha tenido tiempo ni fuerza para replegarse en orden, los que han conseguido llegar

al pie de Moratín se ven acosados por todos los flancos y, aún peor, la vanguardia de Ramiro está partiendo en dos el centro del campo y pugna por llegar al propio palenque del regente. Sin esfuerzo vislumbra docenas de pequeñas figuras que corren en todas direcciones, huyendo de la batalla. Son fugitivos de su ejército. No ve a Piniolo ni a ninguno de sus siete hijos. No ve a Alvito. No ve a Aldroito. Busca a Gautier de Carcasona, el jefe de las catapultas. Tampoco está. Incluso los siervos que hace unos minutos permanecían con él, ahora han desaparecido. Nepociano se ha quedado solo. Todo está perdido. Esperaba más de esos hombres, esos guerreros de túnica verde cuya fama les decía invencibles. Helos ahora, vencidos y en fuga. El regente lanza una última mirada melancólica a sus máquinas de guerra, inmóviles e inservibles, porque sus servidores se han marchado detrás del canalla de Gautier. ¡Si al menos hubieran aparecido los refuerzos de Córdoba...! Pero no, incluso el emir le ha abandonado. Solo le queda Jimena.

El magnate vencido, intentando sobreponerse a la amargura infinita que le invade, hurta en el interior de su tienda. A pocos pasos le aguardan los caballos. Recogerá ciertos documentos valiosos y huirá él también. No hay otra salida cuando todo alrededor es derrota y desolación. Quizá sea posible —piensa el regente— obtener una negociación. A pesar de la derrota, él sigue siendo el regente; consigo lleva las actas del consejo en el que los nombres más importantes del reino le ofrecieron su respaldo. El obispo Serrano no podrá ser insensible a estos avales. La justicia está de su parte. Aún se puede salvar algo del naufragio.

De súbito, Nepociano escucha ruido de pasos y voces cerca de la tienda de mando. Un escalofrío recorre de punta a punta su anciano cuerpo. Echa mano de su daga. Esperará a la muerte en pie y armado.

—¡Nepociano! —grita una voz mientras un cuerpo voluminoso entra en la tienda del regente.

—¡Ragnar Haraldson! —exclama el viejo magnate.

Ve a Ragnar. Ve a los hombres que le acompañan. Puede leer la codicia y el rencor en sus rostros. Sabe lo que buscan. Ellos son más jóvenes y más fuertes. Pero él es más viejo y astuto.

—¡Ragnar, hijo mío! —Se acerca el regente al normando con los brazos abiertos, como quien encuentra a un amigo perdido—. ¡Estás vivo! ¡Estáis vivos todos! ¡Mi corazón desborda de alegría! —Ragnar Haraldson abre los ojos desmesuradamente; mataría ahora mismo a ese hombre, pero el oro lo tiene precisamente él—. ¡El cielo os envía a mí para salvarme! ¡Para salvarnos todos! —sigue parloteando Nepociano, fingiendo una emoción que está lejos de sentir, y enseguida arroja el cebo que realmente le va a salvar la vida—. Hemos de apresurarnos. ¡Llegar a Oviedo y salvar el tesoro! ¡Salvar el tesoro! ¡Que al menos vosotros podáis tener vuestra justa recompensa!

Las palabras del regente desarmen a los normandos. El tesoro, sí. Eso es lo que habían ido a buscar. Pero si matan ahora a Nepociano, se quedarán sin las ansiadas monedas de oro. El viejo sabe lo que hace. Ragnar intercambia una mirada significativa con sus compañeros.

—¡Sí, eso es! —rubrica el normando—. ¡Vamos a los caballos! ¡Nosotros te ayudaremos!

El grupo abandona apresuradamente la tienda de mando y marcha hacia la cercana campa donde aguardan las monturas. Allí ya no hay nada más que hacer. Dos de los normandos ayudan al viejo regente a subir a su cabalgadura. Hay que llegar a Oviedo. Ha empezado a caer la tarde. Si los caballos responden, estarán en la capital antes de que sea noche cerrada. Nepociano y su improvisada escolta vikinga se alejan al galope del campo de Cornellana.



Ahora, por primera vez, Ramiro se siente auténticamente rey. Ha subido al cerro de Moratín y desde allí contempla el campo de batalla. Ha ganado, no hay duda. El río ya es enteramente suyo. Sus hombres avanzan desde los flancos y consolidan su posición en el centro. La hueste mercenaria de Nepociano, por el contrario, no ha podido replegarse para plantar cara; no ha podido o no ha querido, porque por todas partes se ven sombras que, fugitivas, se alejan del campo dejando armas y bagajes. El mercenario —piensa Ramiro— se gana la vida peleando, no muriendo; si muere, se acabó el negocio, y por eso en la derrota huye en vez de resistir. Una lección que él ya conocía, pero que quizá Nepociano no ha sabido entender.

¡Nepociano! —piensa inmediatamente después—. Hay que atraparlo. La corona ya está en la cabeza de Ramiro Bermúdez, pero no habrá paz hasta que el usurpador sea apresado y sobre él caiga todo el peso de la ley. Ramiro cabalga alrededor de la cumbre del cerro. Sabe que ahí está la tienda de mando de su enemigo. Y en efecto, a la vuelta de un recodo la encuentra, sobre un pequeño llano, en la ladera opuesta al campo de batalla. A su pie descansan, mudos, los fundíbulos y las balistas que tanto terror han inspirado a sus hombres al comienzo del combate. Ahora parecen artefactos inservibles, como fantasmas de una guerra muy lejana. Ramiro desmonta, esgrime la espada, se acerca cauteloso a la tienda del usurpador. Presta oído; no se escucha nada.

—¡Nepociano! ¡Vengo a por ti! —aúlla.

Solo silencio. Ramiro levanta la tela que cubre la entrada de la tienda. Lo hace rápido, como temiendo que alguna mano enemiga aceche detrás. Mira en todas direcciones. Allí ya no hay nadie. Ve una mesita y, sobre ella, algunos planos desordenados y una jarra. Ve también un camastro de campaña. Todo lo demás está vacío. El enemigo ha huido. Junto a la tienda llora un estandarte verde clavado en

tierra: la enseña de su rival. Ramiro tira de él con fuerza hasta arrancarlo y, blandiéndolo como si fuera un desmesurado báculo, camina lentamente hacia la cumbre.

El rey está allí. En el punto más alto del paisaje. Grita a los cielos invocando el nombre de Dios. Los hombres, aún atareados en recoger heridos y atar prisioneros, cesan en sus trabajos, levantan sus armas y saludan al rey con un bramido atronador. Ramiro Bermúdez eleva el estandarte verde y lo arroja al suelo con furia. Un nuevo bramido responde al gesto. La batalla está ganada.

Entonces el rey repara en una titánica figura que asciende hasta la cima con paso cansado. Las ropas del hombre están enteramente cubiertas de sangre seca y negra. En el brazo que porta el escudo trae un hacha. En la otra mano, un objeto que el rey no tarda en identificar. Es una cabeza. La cabeza de Alí Husein. Y la figura que ahora sube por la ladera del cerro es la de Gatón, el bravo hijo del monarca, que ha llevado sobre sus hombros el peso del combate desde el día anterior, cuando comenzaron los trabajos de fortificación en torno al puente, y ahora va a entregar la victoria a su padre. Ramiro no puede evitar que dos gruesas lágrimas de pura emoción afloren a sus ojos del color de las castañas. Gatón llega a la altura del rey. Sin palabras, arroja a sus pies la cabeza del enemigo. Después, envuelve a su padre en un largo abrazo nervioso, convulso, incapaz de dominar un sollozo de agotamiento extremo cuyas lágrimas se tiñen de rojo al entrar en contacto con la sangre seca que mancha el rostro. Gatón suelta a Ramiro y se arrodilla ante él.

—La victoria es tuya, mi rey. —Y sin mirar a su padre, Gatón se levanta, marcha hacia la tienda de Nepociano, descubre una jarra de agua y vino, se la bebe de un trago, encuentra un camastro, se tumba y se echa a dormir.

El rey contempla a sus pies el espectáculo de la muerte y la victoria. Paio de Guitiriz, Arias de Pallares, el obispo Ataúlfo —con un extraño paje—, Ergica de Tuy, Olmundo de Erice, incluso Yago de Mondariz, aún herido, y Gonzalo de Lemos. Todos están allí, al pie del cerro, elevando estandartes blancos con la cruz roja y gritando vivas al rey. El obispo Serrano, solemne, se abre paso entre la muchedumbre de guerreros victoriosos, gana un altozano, eleva los brazos y un silencio estremecedor se adueña del paraje. Serrano canta el himno que Beato de Liébana escribió en honor a Santiago apóstol. Los hombres le siguen. Después, el obispo alza el cetro de la cruz y obsequia a los guerreros con una larga bendición entre bramidos de gloria.

Empieza a caer la tarde y los cerros y prados de Cornellana, regados por las aguas del Narcea y la sangre de los combatientes, cantan la victoria de Ramiro Bermúdez, rey de Asturias. La batalla ha terminado.

14 LA REINA Y EL USURPADOR

Cuando Paterna y Hernán llegaron al campo de Cornellana, todo había concluido ya. En los últimos tramos del camino, el constante tránsito de hombres que huían en sentido inverso, desprendiéndose apresuradamente de sus túnicas verdes, ya había dado noticia al de Mena sobre la batalla y su resultado. El enemigo emprendía la fuga. Ramiro había vencido.

Marchaba Hernán con la capa roja bien visible sobre su atuendo de caballero, y también los otros hombres del grupo —Tello, Telmo, Mendo— se habían desembarazado de las pobres ropas que hasta pocas leguas atrás ocultaban su identidad para mostrar ahora sus armas y cotas de malla. Solo Paterna se mantenía envuelta en los mantos que la ocultaban por completo.

—Eres reina, mi señora —decía Hernán a Paterna al constatar el triunfo de Ramiro, pero en un rincón de su pecho, en la mazmorra de los sentimientos prohibidos, esos que nos asaltan contra la razón y la voluntad, quedaba sepultado para siempre el secreto deseo de que las cosas hubieran rodado de otra manera.

—Aún no está todo hecho —musitaba Paterna con un mohín de preocupación en sus labios de vino, pero la dama sentía cómo un poderoso estremecimiento interior la elevaba por encima del tiempo que vivía y del suelo que pisaba, y esa emoción la transportaba a una región lejana e inefable, a ese mundo donde un destino largamente esperado se nos revela como un estallido de luz.

El cauce del Narcea olía a muerte, a vísceras, a sangre, a heces, a ceniza, a orines, a fuego; olía a guerra. El eco de los gritos de victoria se mezclaba en una música demencial con el lamento de los heridos. A los del bando vencido se los remataba sin contemplaciones y a los del bando propio se los intentaba sanar, y aquí había un barbero cosiendo carnes y en aquel otro punto un cirujano amputando miembros. Una discreta legión de guerreros mudos recorría el paisaje apilando cadáveres y despojando a los muertos de cualquier cosa que pudiera ser utilizada por los vivos. Junto a la legión de los sepultureros marchaba otra de paisanos que registraban a conciencia a los caídos; eran los vecinos de Trevías y Cornellana, a los que Ramiro, en agradecimiento por sus servicios, había dado permiso para saquear el campo. Allí una vieja disputaba con un soldado por un colgante de oro, y allá un niño porfiaba por quedarse con un yelmo que otro guerrero quería para sí. Los muertos miraban todo eso con ojos vacíos e indiferentes, porque en el mundo al que ahora marchaban ya no necesitarían ni yelmos ni colgantes.

Paterna no pudo evitar una prolongada sensación de repugnancia que se manifestó en una sucesión indomeñable de náuseas. La guerra es hermosa cuando empieza y terrible cuando acaba; la victoria es sublime cuando te besa y repulsiva cuando,

concluida la fiesta, hay que limpiar el campo. La euforia y el dolor bailan la misma danza.

Al otro lado del valle de la muerte, en esa tienda de blancas lonas que se elevaba sobre un cerro, aguardaba a la dama su próxima vida: iba a compartir el lecho de un hombre al que no conocía y llevaría sobre la cabeza una corona por la que centenares de hombres igualmente desconocidos habían cruzado el umbral de la muerte. Toda esta sangre y todos estos cadáveres, pensaba Paterna, eran el rescate que otros habían pagado para que ella fuera reina. La magnitud del precio despertaba en la dama un cierto eco de misericordia, pero en su ánimo era mucho más fuerte el sentimiento de gloria, de triunfo, de poder, y por eso Paterna, a pesar de su asco y sus arcadas, seguía manteniendo fija la mirada en el campo de la muerte. Una mirada que no le pasó desapercibida a Hernán: la mirada del lince que se ha cobrado finalmente su presa.

Una cuadrilla de jinetes salió al encuentro de los recién llegados. Eran hombres de la guardia de Ramiro. Hernán los conocía porque habían cabalgado con él hasta Amaya en la frustrada expedición del rey. La última vez que los vio, huían hacia Galicia temiendo que el cielo se desplomara sobre sus cabezas. Ahora, por el contrario, saboreaban la victoria. Hernán se adelantó a sus palabras.

—Gran triunfo, vive Dios. Os saludamos —cantó el de Mena con una mesurada sonrisa—. Id y decid al rey, os lo ruego, que aquí está su prometida Paterna.

—Acompañadnos —se limitó a contestar el jefe de la cuadrilla.

La comitiva ascendió trabajosamente, a lomos de sus monturas, por el sendero que desde el llano del río sube al cerro de Moratín. Pocos pasos antes de llegar a su meta, uno de los jinetes se adelantó, llegó a la tienda del rey, descabalgó y se perdió tras las telas blancas, sucias ya de ceniza y barro. Enseguida se vio salir la silueta inconfundible de Gatón, titánica y rotunda.

—¡Eo! —voceó el hijo del rey—. ¡Ha llegado el del Jabalí Blanco! ¿Y ese otro bulto es...? ¡Padre! ¡Padre! —llamó Gatón, perdiéndose en la tienda a su vez.

Apareció Ramiro. Venía sucio y desgredado, cual corresponde a quien ha clavado los pies en el campo de la muerte. Ya era otra vez el Ramiro del Édramo, como aquel que pocos días atrás —pero hoy parecía que fue en otra vida— había recibido a Hernán de Mena con un cuchillo de desollar jabalíes entre las manos.

—¿Qué hacéis aquí? —gruñó por toda bienvenida—. ¡Creí haberte dicho que aguardaras en Liébana!

—Todos los senderos estaban vigilados —respondió Hernán mientras descabalgaba, calmoso, y se acercaba al vencedor—. Era más seguro seguir camino. Enhorabuena por esta victoria, mi rey —agregó, poniendo una rodilla en tierra.

—¿Y ella? —preguntó Ramiro, rebuscando con la mirada entre el grupo de jinetes que permanecía, a distancia, detrás de Hernán.

—¡Aquí! —exclamó una voz de mujer entre los caballeros.

Paterna se despojó de la caperuza que cubría su cabeza y ofreció al cielo su trenza del color del trigo maduro. Ágilmente descabalgó, con parsimonia se desprendió del manto que ocultaba su figura y bajo las gruesas telas apareció un esbelto cuerpo de mujer envuelto en una lujosa túnica blanca. La dama había escogido con sumo cuidado su atuendo para este instante. Despacio, con un paso que al mismo tiempo expresaba humildad y resolución, se acercó al rey.

—Yo soy Paterna Núñez, mi señor don Ramiro —silabeó inclinándose en una reverencia.

Ramiro contemplaba embelesado aquella aparición de puro fulgor en medio del escenario hediondo y sucio de la guerra. Trigo en el cabello, miel en los ojos, vino en los labios, leche en la piel. Y sobre todo, aquella mirada que parecía navegar sobre mares de gloria.

—Hasta ahora pensaba que la mayor bendición de este día era el milagro que nos ha dado la victoria —declamó Ramiro, untuoso—, pero veo que me aguardaba una bendición aún mayor. Pasad, os lo ruego —invitó el rey a la dama—; mi tienda es pobre y yo estoy sucio, pero ambos quedamos a vuestros pies.

Paterna asintió con un suave gesto que aún no era una sonrisa, al tiempo que hacía una seña a Hernán para que le diera escolta.

—Esta es la tienda de mando de Nepociano, el usurpador, ahora vacía —farfulló Ramiro a modo de excusa—. Aún no hemos tenido tiempo de instalar aquí nuestros propios aposentos.

Paterna y Hernán penetraron en la ancha carpa. Una mesa, varios taburetes, algún pellejo de agua, cachivaches variados por el suelo y los rincones... Allí estaban, en pie, un clérigo de cabellos negros y nariz aplastada sobre el rostro moreno, y también un joven gigantón rubio aún sucio de barro y sangre.

—Mi señora doña Paterna —siguió el rey—, os presento al obispo Serrano, desde este día auxiliar de la diócesis de Oviedo, que nos ha acompañado en esta hora crucial, y a mi hijo Gatón, capitán de mis ejércitos, que se ha cubierto de gloria en el campo de batalla.

Paterna, señorial, se inclinó a besar el anillo del obispo y desarmó al joven Gatón con una maternal sonrisa. Estaba radiante, Paterna. Se sentía observada, admirada, reverenciada. Era perfectamente consciente de la impresión que había dejado en el ánimo del rey y del efecto que estaba causando en todos aquellos hombres que la miraban como si una hembra de leyenda hubiera descendido sobre el campo de la muerte para ornar con laurel la frente de los vencedores. Gatón estaba mudo. El obispo Serrano, sin embargo, trató de sobreponerse al encanto de la dama para cargar sobre sus hombros las cuestiones de detalle.

—Me honra conoceros, mi señora —recitó el obispo con la distancia de la tercera persona—. Me han hablado mucho de vuestras virtudes y compruebo que todos los

relatos se han quedado cortos. El obispo Gomelo y yo —improvisó Serrano— seremos muy dichosos el día en que podamos officiar la ceremonia de vuestro enlace con nuestro señor el rey don Ramiro. Y a propósito de eso, ¿tenéis en vuestro poder los documentos de esponsales? No quisiera apremiaros, pues acabáis de llegar de un viaje largo y sin duda difícil, pero...

—Los traigo conmigo, señor obispo —atajó Paterna con una sonrisa ancha, demasiado ancha para ser sincera—. Yo también he oído hablar de vuestra diligencia y buen sentido, y estoy segura de que la corona de mi esposo tendrá en vos a un leal servidor. El caballero de Mena —agregó la dama, volviendo la vista a Hernán— os presentará de inmediato los documentos que requerís.

Hernán acogió la indicación con un marcial movimiento de cabeza, salió de la tienda y rebuscó en las alforjas de su montura. Allí estaban, sí, los documentos. Pero también hurgó en las alforjas de Paterna en busca de otro objeto no menospreciado en aquel momento: la espada que Ramiro envió a la dama como signo de compromiso. En un instante se halló de vuelta en la tienda. El rey no pudo disimular una sonrisa de satisfacción al ver su arma entre los bagajes de su prometida: un bonito detalle. Hernán tendió a Paterna el rollo de pergamino que Serrano demandaba.

—Aquí lo tenéis, señor obispo —dijo la dama, ofreciendo a su vez el documento—: El contrato de esponsales redactado por mi prometido don Ramiro Bermúdez.

Serrano, con pose doctoral, abrió el pergamino. Leyó para sí sus cláusulas. De pronto, su semblante mudó de expresión.

—Pero... ¡Pero está sin firma! —exclamó el obispo sorprendido.

Ramiro volvió hacia Paterna unos ojos alarmados. Hernán, en su interior, sonrió, pero se guardó mucho de exteriorizar la menor emoción.

—Está sin firmar, ciertamente —explicó calmosa Paterna—. Mi señor don Ramiro entenderá perfectamente que no podía dar firma a mi matrimonio, ni empeñar mis tierras y bienes, sin tener plena garantía de que era en efecto un rey quien me desposaba. Cuando el caballero Hernán de Mena llegó a Cigüenza sin el rey —prosiguió la dama ante un Ramiro cabizbajo—, decidí, con la anuencia de mi señor padre, suspender la formalización del contrato hasta tener la completa seguridad de que todos sus extremos eran veraces.

Paterna se detuvo para buscar la mirada de Ramiro. El rey estaba visiblemente molesto y, a la vez, intimidado, y movía de un lado a otro la barba como intentando digerir las palabras de su dama. No le causaba el menor placer verse bajo sospecha, aunque hubiera sido transitoria. En todo caso, y desde cualquier punto de vista, Paterna tenía razón.

—Hoy he podido comprobar aquí, en este suelo de Cornellana —siguió la mujer—, que Ramiro Bermúdez ha deshecho a sus enemigos y por tanto la corona, que

legítimamente era suya, irá a sus sienes. De esta manera se verifican todos los extremos del contrato de esponsales y aquí mismo, en presencia de mi prometido y de vosotros, nobles señores, firmaré el documento que me habrá de convertir en legítima esposa del rey Ramiro de Asturias.

Paterna bajó la mirada fingiendo recato. Ramiro hizo un gesto de apremio al obispo Serrano, tan desconcertado como el propio rey y como su hijo Gatón, que no terminaba de entender qué estaba pasando. Serrano tradujo la hosca mímica del rey y rebuscó entre sus bártulos una pluma de ave y una pequeña calabaza llena de tinta.

—¿Tú sabías esto? —masculló Ramiro al oído de Hernán.

—Sí, lo sabía —respondió el de Mena con un tono de voz en el que el rey, si hubiera sido capaz de leer las almas, habría podido descubrir al amante despechado. Por fortuna para ambos, el obispo Serrano rompió el hielo.

—¡He aquí lo que buscaba! —exclamó mientras exhibía triunfal la pluma, como si de una espada mágica se tratara—. Ahora todo quedará conforme al recto juicio de Dios.

Paterna, decidida, tomó asiento, requirió el pergamino, mojó la pluma y con trazo lento y claro dibujó su nombre al pie del contrato. Ramiro se mordisqueaba los labios sin poder apartar la vista del aura que desprendía aquella mujer. Era muy distinta a lo que él esperaba. Le habían hablado de una mujer castellana de cierta edad, hija de un afamado colono, viuda de un conocido caballero y administradora de sus propias tierras, y todo eso le había llevado a componerse la figura de una matrona reposada y algo sosa, pero lo que ahora tenía ante sí, firmando su propio contrato de esponsales como un rey que firma pactos de familia, envuelta en esa túnica blanca, era una especie de hada de los ásperos bosques de Castilla. Cuando ella concluyó, el rey la tomó de la mano, la ayudó a levantarse y, delicado, la invitó a salir al exterior.

—Mi señora, puedo juraros, como lo haré pronto ante el altar, que habéis firmado mi felicidad, la vuestra y la de nuestro reino —silabeó el rey ante la pasmada mirada de Hernán, que nunca antes había oído a Ramiro producirse en términos tan cortesanos—. Y ahora os ruego que me acompañéis al campo. He de enseñaros el escenario de mi victoria. De nuestra victoria —corrigió el rey de inmediato. Pero Paterna no había cerrado aún la caja de las sorpresas.

—Sobre eso —apuntó la mujer— también hemos de daros alguna noticia importante, mi señor.

—¿Noticias importantes? —rió Ramiro—. ¡Las escucharé con placer! Pero la noticia más importante, mi señora Paterna, amigo Hernán, es el milagro que súbitamente quebró al ejército de Nepociano —explicó el rey mirando al obispo Serrano y dedicándole una reverencia, como si el autor del milagro hubiera sido él—, permitiéndonos vencer a una fuerza que nos doblaba en número.

—Precisamente de eso se trata, mi rey —completó Paterna—. Porque en el

transcurso de nuestro viaje... Pero quizá —dudó la dama— será mejor que os lo explique don Hernán.

Ramiro volvió sobre el de Mena unos ojos inquisitivos, ensombrecidos por un ceño hostil. El rey tenía de repente la impresión de que alguien iba a aguarle la fiesta. Hernán, a su vez, miraba a Paterna con urgencia. Todo habría sido más fácil si ella hubiera tomado la responsabilidad de contar lo ocurrido. Pero no era el momento de andarse con rodeos.

—Fui yo, mi rey —explicó concisamente el del Jabalí Blanco—. Yo hablé con los nobles que acompañaban a Nepociano. Más precisamente, con el conde Sonna. Por eso Sonna y Escipio abandonaron el combate.

El rey Ramiro sintió que el mundo giraba sin sentido a su alrededor.



Jimena lo había visto. Había visto la derrota. La imagen vino a ella en forma de nube oscura que anegó su alma como una ola de dolor. Sintió en su vientre un desgarró, como de algo que se rompía, y un miedo indecible recorrió todo su cuerpo. Entonces supo que habían perdido.

La dama había pasado la noche anterior en vela, orando ante un altarcillo que ella misma había dispuesto en un rincón de sus aposentos de palacio. Un pequeño crucifijo labrado en madera de acebo, pues el acebo da fruto en invierno, como el maduro Nepociano; un haz de hierbas que se había hecho traer del campo de Cornellana cuando supo que allí sería la batalla; la garra de un lobo, símbolo de fiereza en el combate; piedrecillas del suelo de San Salvador, sagradas como la catedral; un sahumero de lavanda, pues la lavanda es buena para los huesos; la espada de Alfonso el Casto, alma del poder en el reino del norte; un cazo de agua del Narcea, cuyo cauce quedaría regado con la sangre de los combatientes; el zafiro que desde niña colgaba de su cuello, eco de la sangre regia; un mechón de los cabellos grises de Nepociano, personificación de su amado esposo... Todo ello dispuesto con un raro sentido de la armonía, como en un mapa de las fuerzas que iban a dirimir su destino en el campo de batalla. Alrededor del altarcillo prendió infinidad de luminarias, tantas que su resplandor rivalizaba con el del sol. Dio noche libre al servicio y se encerró ante aquella reproducción en miniatura del cosmos.

Cuando encendió el sahumero de lavanda, la fragancia vegetal le dijo que Nepociano aguantaría el trance; no había que temer por su vida. Frotó Jimena los cabellos de su esposo sobre el crucifijo de acebo y por el contacto supo que la Iglesia de Oviedo no secundaría su causa, pero supo también que nada estaba decidido, pues no sintió que la madera rechazara el mechón. Depositó las piedras del suelo de la catedral en el cazo con agua del Narcea, y quedó maravillada al constatar que algunas de ellas flotaban: si el mineral de San Salvador no se hundía en el agua de la batalla,

era señal clara de que el reino sobreviviría a la decisiva lid que ahora se libraba en el cauce. Envolvió después la garra de lobo en los mechones de Nepociano y la deslizó sobre las hierbas de Cornellana. Con aprensión comprobó que los mechones saltaban al tocar la hierba, como si el campo rechazara al guerrero. Aquello despertó en la dama una acuciante inquietud. Pero lo más turbador vino cuando conjuró la fuerza de su zafiro uniéndolo al que descansaba en el pomo de la espada de Alfonso y, aterrada, vio que ya no parecían gemelos: la piedra era la misma, sí, pero su brillo era muy distinto, como si en aquel instante los destinos de ambas gemas se hubieran separado para siempre. Y así percibió Jimena que todo se iba a torcer.

Rezó mucho la dama de cabellos rojos; rezó mientras lágrimas de hiel afloraban a sus ojos del color de la mar en invierno. Rezó al Dios Señor de los Ejércitos, rezó a las piedras y a los árboles de Asturias, rezó a las fuerzas oscuras que mueven las pasiones de los hombres, rezó al genio de las aguas del Narcea, rezó a Cristo Jesús crucificado, rezó a su Santa Madre y también a todas las madres que de sus vientres hacían nacer legiones de guerreros vengadores, rezó al espíritu del difunto rey Alfonso y rezó a las almas en pena. Los vecinos de Oviedo pudieron escuchar aquella noche, rayana el alba, un canto lúgubre que con palabras ininteligibles invocaba al mismo tiempo al Dios de Israel y a la Fortuna. Entonces Jimena se quedó dormida.

Un extraño malestar la despertó horas después. Se acercaba ya el mediodía. La batalla —pensó la dama— debía de estar en su punto álgido. Jimena se acercó a la agonizante hoguera que había acompañado su vigilia, avivó el fuego y se entregó a la liturgia final. Ahogó el sahumerio de lavanda en el agua del Narcea. Cuidadosamente introdujo en el cazo las hierbas de Cornellana, las piedrecillas de San Salvador, los cabellos de su esposo, el pequeño crucifijo de acebo y la garra del lobo. Depositó la mezcla sobre las llamas. Cuando el hervor empezó a desprender nubes de humo, en el vapor vislumbró Jimena espectros amenazantes. Dispuesta a vencerlos, ató su zafiro a la gema hermana de la espada de Alfonso y, tomando el arma por la empuñadura, la sometió al fuego hasta que el acero empezó a cambiar de color. Con ojos ansiosos examinó la hoja. Lo que allí pudo ver sumergió su espíritu en un océano de desconsuelo.

Vio Jimena primero su propio rostro, pero horriblemente deformado, y vio después el rostro del rey Alfonso como grabado a fuego en el metal. Alfonso la miraba y sonreía. Era el Alfonso niño que ella había conocido, y era a la vez el Alfonso hombre que la mandó al destierro, y era al mismo tiempo el Alfonso anciano que pocos días atrás acababa de expirar. Alfonso la miraba y sonreía, sí, y de algún modo le hablaba con la voz del espíritu y le decía que todo había terminado, que su aventura había concluido, que la derrota acudiría pronto a visitar los aposentos regios que su marido y ella habían usurpado. Y una palidez de ultratumba se apoderó del rostro de Jimena.

La dama cayó en una especie de doloroso trance. Durante varias horas no pudo pronunciar palabra. Cuando al fin se recuperó, tenía la completa certidumbre de que todo estaba consumado. Solo cabía rogar para que al menos Nepociano saliera con bien y ambos pudieran emprender la fuga. A toda prisa hizo provisión de un ligero equipaje. Fue entonces cuando oyó, en el exterior, en la oscuridad de la noche cerrada de Oviedo, ruido de cascos trotando sobre la piedra. Jimena sintió que era él.

La dama asomó sus cabellos rojos por el ventanal del patio de palacio. Lo que vio le heló la sangre en las venas. Porque quien llegaba no era Nepociano, sino Lotario de Fráncfort y Gautier de Carasona, dos de los peligrosos capitanes de la tropa mercenaria, huidos del combate y, con toda probabilidad, sedientos de botín.



Ramiro miraba alternativamente a Hernán y a Paterna como si alguno de los dos le hubiera vaciado el alma. Ni en sueños se le habría podido pasar por la cabeza que el abandono de los condes Sonna y Escipio fuera una estratagema tejida por su prometida y el caballero al que había encomendado su escolta.

—¡Por todos los santos! —bufó el rey—. ¿Por eso huyeron los rebeldes?

—Por eso —confirmó Hernán—. No fue difícil hacerles ver que estaban jugando la apuesta equivocada. Sonna ignoraba que tu designación como rey era legítima. De hecho, Nepociano y sus hombres le habían convencido de lo contrario. Con engaños le hicieron salir de Oviedo en tu busca. Nos encontró a nosotros. Es un hombre cabal, de manera que fue posible explicarle la verdad de la situación. Los propios hechos y la fuerza de persuasión de tu prometida, doña Paterna, le hicieron rectificar. Cuando se presentó en este campo de Cornellana...

—¡Ahora lo entiendo! —suspiró Ramiro, chocando los puños—. Cuando se presentó en este campo ya había hablado con Escipio y ambos habían decidido abandonar las filas del usurpador. Por eso esperaron a que estuvieran contruidos los pontones de ese canalla...

—¿Pontones? —interrogó Hernán.

—Sí, una añagaza de ese Nepociano. Pero ya te contaré otro día la batalla —protestó Ramiro, moviendo las manos como quien espanta una mosca—. Ahora dime, ¿qué es exactamente lo que hablaste con Sonna?

—En mis tratos con él —subrayó el de Mena la primera persona, exonerando a Paterna de toda responsabilidad— llegué a ciertos compromisos que debo mantener. Mi palabra está en juego.

—Habla —apremió el rey con un fulgor suspicaz en sus ojos del color de las castañas.

—Me comprometí —dijo Hernán— a que los bienes de esos nobles señores serían respetados.

—Hecho —concedió Ramiro.

—Y hay algo más —añadió el caballero—. Me comprometí a que la vida de Nepociano sería respetada.

—¡Respetada! —estalló el rey—. ¡Tú estás loco! ¡Respetar la vida de un rebelde contra la corona!

—Mi señor, ese fue el pacto con el conde Sonna —repitió Hernán, firme—. Los nobles abandonarían a Nepociano en el campo de batalla si a cambio sus bienes eran respetados y si se permitía a Nepociano volver sano y salvo a la Aquitania.

—¿Sano y salvo? —aulló el monarca—. ¿Sin juicio ni pena?

—Se aceptará un juicio para escarmiento de futuros conspiradores —detalló el del Jabalí Blanco—, pero la pena no podrá ser otra que el destierro.

—¿Y en nombre de qué suscribiste semejante monstruosidad, Hernán de Mena? —inquirió Ramiro, rojo de cólera.

—Era el único modo de ganar esta batalla, mi rey —contestó el de Mena, bajando la cabeza.

—Y yo estuve de acuerdo en esas condiciones, mi señor —terció Paterna para sorpresa de todos, empezando por el propio Ramiro—. Cualquier otra cosa habría significado poner en tu contra a los nobles de palacio, llevar la derrota a tus filas, arruinar tu corona y, por supuesto, frustrar nuestro matrimonio. Por eso lo acepté —concluyó firme la dama.

—¿Aun sin haber firmado nuestro contrato de esponsales? —preguntó Ramiro con una sonrisa torcida. Quería devolver a la dama una ración de su orgullo. Pero Paterna se sentía dueña de la situación.

—Mi rey —desgranó lentamente las palabras, con autoridad de reina, y deliberadamente abandonó la tercera persona para dirigirse al monarca—, viendo a tu hijo Gatón no tengo la menor duda de que habríamos ganado en cualquier caso esta batalla, y viendo aquí al obispo Serrano tampoco dudo de que la Iglesia de Oviedo nos habría apoyado sin fisuras. Pero esas victorias —añadió, mirando a Serrano y Gatón— no nos habrían llevado a parte alguna si, al día siguiente, nuestras banderas hubieran encontrado cerrado el camino de Oviedo por la hostilidad de los nobles. Ahora, por el contrario...

Paterna dejó que el silencio completara la frase. Ahora, sí, por el contrario, Ramiro tenía la batalla ganada, la corona en su mano, una reina a su lado, la nobleza del país a sus pies y las puertas de Oviedo abiertas de par en par. Eso era lo único importante.

—Has obrado bien, mi señora —rezongó Ramiro depositando en Paterna una mirada que, como no se le escapó a Hernán, era ya una mirada de enamorado—. Ha sido una buena jugada. Y si antes era feliz por tener una esposa, ahora lo soy más por tener junto a mí a una verdadera reina. Todo se hará conforme a vuestro acuerdo con

el conde Sonna.

Paterna devolvió el cumplido con una graciosa inclinación de cabeza. Gatón, satisfecho, golpeó ruidosamente la espalda de Hernán. Solo el obispo Serrano mantenía un gesto de discreto recelo en los ojos oscuros, que viajaban de Hernán a Paterna y de Paterna a Hernán como queriendo descubrir algún secreto inconfesable. El de Mena empezaba a sentir un insoportable calor en las sienes al constatar el embeleso del rey y la amable receptividad, simulada o no, con la que Paterna lo acogía. Tuvo que carraspear dos veces para atraer la atención de Ramiro Bermúdez.

—Ahora, mi señor...

—Dime —contestó el rey, sin apartar la vista de la trenza dorada de su dama.

—Ahora —completó Hernán— es el momento de partir en busca de Nepociano para llevarle a juicio y desmontar la trama que ha urdido contra el reino y contra ti.

—¿Ahora? —se extrañó Ramiro—. No tardarán dos horas en caer la noche...

—Ahora, sí —reafirmó el de Mena, que visiblemente tenía prisa por marcharse de allí—. Dame a una docena de hombres que no hayan padecido demasiado en el combate, marcharé con ellos a la capital y acabaremos esta historia.

—¿Doce? Bien. Tuyos son, Hernán de Mena —concedió el rey—, y parte en buena hora. Nos veremos en Oviedo. Ahora debo explicar a mi señora doña Paterna los pormenores de la batalla —concluyó el rey, tomando la mano de su dama y conduciéndola a lo alto del cerro.

Gatón ahogó una sonrisa aviesa. Dio unas cuantas voces y junto a la tienda se presentaron algunos caballeros. Ellos acompañarían a Hernán en su búsqueda de Nepociano. Porque esta historia, en efecto, aún no había acabado.



El conde Sonna también cabalgaba hacia Oviedo. Una pequeña hueste le acompañaba: algunos fieles de capas rojas y una veintena de guardias de palacio. No necesitaba más. El resto, el grueso de la mesnada con la que el conde había comparecido en la batalla, estaba retornando ya a sus hogares después del episodio de Cornellana. No había sido un combate para escribir en los libros, pero se había salvado la corona. Ahora los hombres volvían a sus casas con la agrídulce sensación de haberse desangrado en una comedia sin sentido. Para endulzar el trago, el conde Escipio se había comprometido a recompensar a los combatientes y, sobre todo, a las familias de los caídos. Poco más se podía hacer.

Sonna se sentía culpable. Culpable por haber sospechado del rey Alfonso y su círculo de viejos consejeros. Culpable por haberse dejado engatusar por Nepociano, Jimena y Escipio. Culpable por haber perdido un día en los brazos de Gadea en vez de atender a su deber. Culpable por no haber podido impedir la matanza de Alles. Culpable por haber adoptado una actitud sumisa ante Paterna Núñez y Hernán de

Mena. Culpable por haber abandonado el campo de batalla en una acción impropia de un caballero. Se sentía culpable por todo eso y también por todo lo contrario. Todo cuanto había hecho y dicho en las últimas semanas se le antojaba un error detrás de otro, una de esas situaciones en las que uno da un mal paso y ya es incapaz de rectificar los siguientes. Había cumplido con su deber, sí. Había hecho lo correcto, sí. Una y otra vez se lo repetía. Pero no podía dejar de pensar que si no hubiera cometido aquel primer error, si hubiera confiado en la palabra del rey, su honor no estaría ahora manchado con tanto horror y tanta mentira.

Al menos Escipio había respondido a la llamada. Eso sí era una victoria. Y gracias a la rectificación de Escipio había sido posible enderezar la situación. Sonna había acudido a verle en cuanto hubo llegado de su viaje por los caminos de Castilla. Después de su entrevista de trámite con Nepociano, en la que ocultó el encuentro con Paterna y Hernán, el conde citó a Escipio en las caballerizas del palacio de Alfonso, extramuros de la ciudad. Porque era muy grave lo que Sonna debía confiar a su colega y el secreto era indispensable. Fue allí, en las caballerizas, donde Sonna reveló a un atónito Escipio la naturaleza de su conversación con Hernán y Paterna, el pacto al que había llegado con ellos y su decisión de abandonar a Nepociano. Aquella fue la entrevista que cambió el curso de las cosas.

El palacio de Alfonso el Casto en las afueras de la ciudad, a pocos pasos de la puerta de Santa María, había quedado prácticamente vacío desde la llegada de Nepociano y Jimena a la regencia. Las instalaciones que el viejo rey había hecho construir para sí lloraban ahora descuidadas y solas, como viudas sin consuelo. Solo estaba Escipio. El veterano conde se había empeñado en trasladar allí su puesto de jefe de los ejércitos, en parte por fidelidad a la memoria de Alfonso, en parte porque le gustaba sentirse dueño de aquel lugar de poder y en parte, en fin, porque alrededor del palacio había grandes campos que le facilitaban la tarea de alojar a las tropas mercenarias de Nepociano y a la vez mantenerlas fuera de las murallas de Oviedo. Las caballerizas se elevaban a espaldas del gran caserón palaciego, en el camino que desciende hasta los baños de la Foncalada. Un día hubo aquí una excelente colección de caballos de guerra, incluso un soberbio ejemplar regalado por la corte de Ludovico Pío, el hijo de Carlomagno, así como corceles árabes capturados a los musulmanes. Ahora no había más que tres o cuatro criados indolentes entre las cuadras vacías.

El conde Sonna, ocultos los rubios cabellos bajo un discreto manto campesino, llegó primero. La soledad del lugar se le antojó retrato perfecto del pulso del reino, secuestrado por una ambición extranjera. Escipio tardó muy poco en aparecer: alto, grueso, satisfecho, con sus grandes bigotes de patriarca adornando un rostro redondeado por la edad y la buena vida.

—¡Sonna! —Escipio había recibido al conde con aire festivo, abriendo una arrogante sonrisa bajo sus largos mostachos—. ¿Ya estás de vuelta? Dime, ¿has

encontrado al granjero gallego y a su becerrilla castellana?

—Escipio, debo hablarte —le urgió Sonna—. Y es muy importante. Mucho.

—Tú dirás —aceptó Escipio con una suerte de amable indiferencia.

—He encontrado a Paterna Núñez, sí —confirmó Sonna—. No a Ramiro porque, como bien sabes, está levantando un ejército en Galicia.

—Sí, lo sé. Te enviamos un mensajero a...

—No importa —zanjó el joven conde—. Eso es ahora lo de menos.

—No, no. ¡No es lo de menos! —se indignó Escipio—. ¿Quieres decirme que has encontrado a la prometida de Ramiro y no la has apresado? ¡Nepociano te hará ahorcar cuando se entere!

—Se lo he ocultado —confesó Sonna—. Y no se enterará si tú no se lo cuentas. Eres el único que lo sabe.

—¡Estás loco, Sonna! ¿Por qué la dejaste marchar?

—Porque yo soy un conde de palacio, no un secuestrador de doncellas. Y porque ella no tiene por qué pagar nuestra traición.

—¡Sonna! —exclamó Escipio ofendido.

—Lo que quiero decirte es esto, Escipio: nos hemos equivocado. Tú te has equivocado al apoyar a Nepociano. Y yo, también.

—No sé de qué me hablas...

—La elección de Ramiro es legítima —afirmó Sonna—. Y tú lo sabes.

—Legítima, ¿en nombre de qué? —El asombro de Escipio crecía por momentos.

—En nombre del derecho del rey a designar sucesor.

—Un derecho discutible —observó Escipio—. En realidad...

—Basta, Escipio —zanjó Sonna una vez más—. Me habéis engañado. Y quiero creer que también te han engañado a ti. ¿O me equivoco?

—No entiendo...

—Lo entiendes perfectamente. El rey tomó esa decisión en sus cabales. El obispo Gomelo la registró conforme a la costumbre. El procedimiento correcto debería haber sido que la decisión del rey pasara al consejo del reino y allí Gomelo la expusiera ante los nobles. Pero el golpe de Nepociano lo ha torcido todo.

—Sonna, amigo mío —le amonestó Escipio—, es inaceptable que un rey, como ha hecho Alfonso, quiera designar sucesor sin haber escuchado antes a los nobles del reino.

—Muy posiblemente —asumió el joven conde—. Pero también es inaceptable que los nobles del reino acepten el oro de un conspirador extranjero para violar la ley y la costumbre.

—Nepociano no es extranjero —opuso Escipio, agarrando el rábano por las hojas.

—Como si lo fuera. Estaba desterrado precisamente por traidor.

—Pero doña Jimena, la prima del rey, su esposa...

—Su esposa es tan traidora como él —golpeó el conde.

—Sonna, recapacita. Tú tienes linaje, nombre, fortuna y tierras. —Hablaban Escipio pausado y hasta afable, tratando de reconducir a su colega—. No podemos permitir que todo nuestro patrimonio se convierta en hierba seca porque un rey agonizante...

—Un rey al que tú has jurado obedecer —observó Sonna—. Como yo.

—Un rey muerto —protestó Escipio.

—Un rey que nos ha legado una última voluntad para ser cumplida.

—No lo comprendes, Sonna —negó Escipio, meneando la cabeza—. ¿Qué sería de todos nosotros si permitiéramos que el destino del reino descansase sobre solo unos hombros? ¿Qué sería de nosotros si permitiéramos a un hombre, a un único hombre, elegir sucesor a su voluntad, sin prestarnos antes oído?

—Nuestro juramento... —iba a decir Sonna, pero Escipio se adelantó.

—Nuestro juramento es ante todo para guardar al reino. No el capricho de un rey.

—Hace mucho tiempo que los reyes tienen la prerrogativa de elegir heredero. —Hablaban ahora Sonna en ademán doctoral, como quien conoce la verdad de las leyes—. Lo hizo Pelayo, lo hizo el primer Alfonso, como lo hicieron los viejos reyes de Toledo.

—¡Sí! —rio Escipio—. Y no pocas veces han tenido que hablar las armas para corregir esas decisiones. Por eso mataron a Fruela. Por eso destituyeron a Bermudo. Y eso, por cierto, también ocurría en tiempos de los viejos reyes godos de Toledo.

—Escipio, te escucho y no te reconozco —se desesperaba Sonna—. Tú has servido al rey Alfonso el Casto. Conoces como nadie que en su alma no ha cabido jamás otro pensamiento que no fuera para Dios, para el reino y para su pueblo. Antes de que él llegara al trono, nuestras tierras no eran más que campo de botín para esos demonios del sur. Ahora, por el contrario, desde Aquisgrán hasta Roma todo el mundo nos mira.

—También Córdoba nos mira —musitó Escipio con aire desengañado.

—¡Con ojos codiciosos alimentados por ese traidor de Nepociano —exclamó Sonna con vehemencia—, que os ha prometido riquezas a todos vosotros y al mismo tiempo se las ha prometido a Córdoba! ¿De verdad crees que habrá para todos? ¿Cuánto tardarás en verte obligado a dar tus bienes en prenda de paz, o a las mozas de tu predio para hacerlas esclavas, como en tiempos del infame Aurelio?

—Nepociano no sería capaz de eso —movía las manos Escipio, desdeñando los argumentos de su colega.

—¡Nepociano! —exclamó Sonna con aire despectivo—. ¿Te das cuenta de que estás apostando por un anciano? ¡Nepociano es una reliquia de tiempos de Mauregato! ¿Cuántos años le quedan de vida? ¿Cinco? ¿Seis? Y después, ¿qué? ¿En qué manos quedará el reino?

Escipio bajó un instante los ojos, como avergonzado, como si le hubieran sorprendido en un gesto indigno. Un significativo silencio sembró de desconsuelo el alma de Sonna.

—¡Oh, no! ¿Es lo que yo creo? —preguntó el joven conde—. ¿Crees realmente que tú, Escipio, serás el depositario del poder cuando Nepociano muera? ¿Crees que todos esos advenedizos que están a su alrededor, Piniolo, Alvito, Aldroito y demás, permitirán que tú te quedes con el premio?

—Son caballeros de palabra... —titubeó Escipio.

—¡Asesinos! ¡Eso es lo que son! —acusó Sonna—. Te diré de lo que Piniolo es capaz, porque lo he visto con mis propios ojos. ¿Te dice algo el nombre de don Alvar de Alles?

—Nada.

—A mí tampoco me lo decía —explicó Sonna, y a su rostro volvió la huella del horror— hasta que pasé por allí en mi búsqueda de Ramiro. Vi a este don Alvar, a su esposa, a su padre y a sus hijos, colgados de un castaño y muertos entre terribles torturas. Vi a toda su servidumbre degollada y a los frailes de la ermita pasados por las armas. Y todo eso lo hicieron los hombres de Nepociano para servir a Piniolo, que seguramente ambicionaba esas tierras. Tal es el destino que ese canalla ha reservado al reino de Asturias.

—Un caso aislado... —farfulló Escipio, quitando importancia al suceso.

—¡De ninguna manera! —opuso Sonna—. Habla con los priores de los monasterios. Habla con las gentes de la Iglesia. Habla con los campesinos. Verás lo que te dicen.

—En todo caso, ya es demasiado tarde. El consejo...

—El consejo no existe. —Ahora era Sonna quien dismantelaba los argumentos de su colega—. Una asamblea de terratenientes dominados por el miedo no es un consejo.

—¡Somos los primeros nombres del reino!

—¡El primer nombre del reino es Nepociano y todos los demás sois sus marionetas! —bramó el joven conde.

—¡Sonna, me estás ofendiendo!

—¡Te ofendes tú solo, Escipio, al haberte prestado a este sucio juego! ¿Quieres alguna prueba más?

—Prueba, ¿de qué? —preguntó Escipio, desorientado.

—¿Dónde ha instalado su despacho Nepociano?

—En la torre de San Salvador.

—¿Qué hay en la torre de San Salvador?

—El tesoro —confirmó Escipio.

—¿De quién es ese tesoro?

—Del reino, pero...

—¿Estás seguro de que es del reino? ¿Con qué va a pagar Nepociano a esos mercenarios que ha traído sabe Dios de qué infierno? ¿Con qué va a pagaros a quienes habéis doblado la espalda ante él? ¿Con qué va a pagar a Córdoba esas prendas de paz que dice haber negociado ya?

Escipio dudó un momento. Ahora, ante aquel argumento del tesoro junto al que tan celosamente se había instalado Nepociano, empezó a abrir por primera vez su mente a la sospecha.

—Es una acusación sin fundamento... —musitó Escipio después de dudar unos segundos.

—¿Y tú? ¿Qué va a ser de ti, conde Escipio? —Sonna acosaba a su colega como el cazador a la presa en una montería.

—A mí me ha nombrado jefe de sus ejércitos —proclamó Escipio, atusándose las guías del bigote.

—¡Valientes ejércitos! —rio Sonna—. ¿Te ha nombrado jefe de sus mercenarios? ¡Esa gente solo obedece a quien les paga! ¡Y no eres tú! Vamos, Escipio, reflexiona. ¿Qué suerte crees que te reserva Nepociano cuando haya vencido en la batalla a Ramiro Bermúdez, y tú y yo ya no seamos más que obstáculos en su camino? —Sonna miraba a su colega con ojos inquisitivos, como si estuviera viendo un final trágico para Escipio—. ¿No te ha enseñado nada el asesinato de Teudano y de Fáfila de Lugo, o el secuestro de Gomelo?

—Penosos incidentes que...

—Tan penosos como que llevan inscrita nuestra sentencia de muerte. La tuya y la mía.

—Creo que infravaloras nuestro poder —trataba de razonar Escipio—. Tanto tú como yo y otros señores tenemos huestes que...

—¿Huestes que harán la guerra por nosotros? ¿Por dos condes dispuestos a entregarlos como esclavos a Córdoba? ¡Te niegas a ver la realidad, Escipio!

—Hay otros señores en el reino...

—¿Cuáles? —bramó Sonna, exasperado—. ¿Los gallegos que están abanderando la causa de Ramiro? ¿Los castellanos que a estas horas cruzan todos los caminos para unirse al ejército del elegido por Alfonso? Yo vengo de las sendas de Castilla, Escipio, y puedo decirte lo que he visto: si Nepociano triunfa, el reino entero se hundirá en otra guerra civil. Y así el legado que Alfonso nos dejó en herencia quedará reducido otra vez a una amalgama de tribus enfrentadas entre sí y dispuestas a lamer los pies de Córdoba para salvar su propia vida.

—En eso he de darte la razón —contemporizó Escipio—. Acaban de contarme que Gijón se ha levantado contra Nepociano.

—¿Cómo ha sido eso? —se sorprendió Sonna.

—Dos fieles del rey. Tú los conoces, como yo: García de Santillana y Gonzalo de Siero.

—Ha sido cosa del de Mena —dedujo Sonna—. Ambos iban con él cuando nos encontramos.

—Sea como fuere —completó Escipio—, el hecho es que García y Gonzalo aparecieron en Gijón con una corta mesnada y tanto miedo le metieron en el cuerpo al señor local, el conde Cuervo, que este terminó sumándose a los intrusos. Y así tenemos a Gijón sublevado contra la regencia.

—Y habrá más aunque Nepociano venza a Ramiro en el campo de batalla —advirtió Sonna—. El usurpador ha roto el reino y eso únicamente puede enderezarse si Ramiro Bermúdez gana la corona.

Siguió un denso silencio. Un silencio durante el que Escipio acarició la idea de desenvainar la espada. Un silencio durante el que Sonna se planteó derribar de un puñetazo a su colega. Pero Escipio estaba empezando a entender.

—En todo caso, ya es demasiado tarde para...

—¡No! ¡No lo es! —objetó Sonna—. ¡Y solo tú y yo podemos hacer algo para evitar este desastre!

—No veo qué... —dudaba Escipio—. Nepociano ha comprado a muchos señores. Tiene un ejército fuerte que gobierna con mano de hierro. Yo mismo estoy comprometido con su causa. No veo cómo...

—Yo te lo explicaré —puso Sonna las manos en los hombros de Escipio, como en un último llamamiento—. Podemos cambiar el curso de la batalla.

—¡Me estás pidiendo que rompa mi palabra! —protestó Escipio.

—¡No! ¡Te estoy dando una oportunidad para recuperar el honor que perdiste cuando traicionaste la palabra dada al rey Alfonso!

Escipio dudaba, sí, pero la mera idea de cambiar de caballo en plena carrera le daba vértigo.

—Creo que esos dos, el de Mena y la castellana, te han sorbido el seso —dijo, mirando a Sonna con gesto de reproche—. ¿Eres consciente en verdad de cómo están las cosas?

—Si no lo fuera, amigo Escipio, no estaría ahora hablando contigo.

—Lo más probable, amigo Sonna, es que termines muerto por mano de los soldados de Nepociano.

—Sinceramente, Escipio, a estas alturas prefiero morir antes que vivir con la culpa de una traición sobre mi alma.

—Creo que habrías hecho mejor quedándote con esos dos —observó Escipio—. O pasándote al bando de Ramiro.

«Bien a gusto lo habría hecho», pensó Sonna. Aquella dama de ojos de miel, Paterna, le había hablado con una franqueza y una determinación que anunciaban a

una gran reina. Por ella valdría la pena dar la vida. Pero no, el sitio de Sonna no estaba allí. Sería mucho más útil volviendo al vientre del dragón.

—No —negó Sonna—. Mi sitio está aquí. Precisamente porque las cosas están como están. Escipio, ¡maldita sea! ¿Es que no te importa el manto de estiércol que va a caer sobre tu nombre y el de tus hijos? ¿Qué les explicarás? ¿Que su padre fue infiel a la palabra del rey y abrazó la causa de un usurpador porque así lo mandaban las circunstancias?

—Conde Sonna, estás yendo demasiado lejos —advirtió Escipio a su colega, presa de un creciente enojo—. ¿Y si diera parte de esta conversación al regente Nepociano?

—No lo harás. No lo harás porque sabes que tengo razón —insistió Sonna—. Y también sabes que estás en el bando equivocado. ¡Vamos! ¡Piensa en esos miles de hombres a los que vamos a llevar a la muerte en una guerra entre hermanos! ¿Qué sentido tiene eso? ¡Pero aún estamos a tiempo!

Por la mente de Escipio pasaron muchas cosas al mismo tiempo. Sus hijos, su esposa, la gente de su casa, sus tierras de Pravia, las largas sesiones de trabajo con el rey Alfonso, el lejano día en que entró en palacio como conde, la ambición de Nepociano, que él bien conocía...

—¿Qué te propones hacer? —preguntó al fin, pasando sus dedos sobre los bigotes.

—Confío en tu palabra de caballero hasta el extremo de que te lo diré. Sé que no me delatarás —dijo Sonna con un rayo de esperanza en la mirada.

—Mucho fías, amigo —sonrió tristemente Escipio.

—¿Cuántos años hace que te conozco? ¿Diez? ¿Doce? Sí, fío tanto como para revelarte ahora que yo no empuñaré la espada contra Ramiro, que es el rey legítimo. Abandonaré la batalla. Pondré a salvo a los hombres que se me han confiado. Y te ruego que tú hagas lo mismo.

—¡Estás loco! —protestó Escipio.

—La locura es seguir entrando en la tela de araña que han tejido Nepociano y Jimena. Aún estamos a tiempo de saltar. Y además, salvaremos la vida del propio Nepociano.

—Cada vez te entiendo menos, amigo. —Volvió Escipio a menear la cabeza como si se hallara inmerso en una pesadilla grotesca.

—Es lo que he pactado con Hernán de Mena y Paterna Núñez —aclaró Sonna—. Abandonar el campo de Nepociano. Invertir el curso de la batalla que inevitablemente se habrá de librar. A cambio, el rey no tocará nuestros bienes y nuestra posición. Y la vida de Nepociano y Jimena será respetada. No tendrán otro castigo que el exilio.

—¿Has hablado en mi nombre con esos dos? —se indignó Escipio.

—No. Pero sí me comprometí con ellos —explicó Sonna— a que te confiaría

nuestro plan y trataría de ganarte para la causa del rey legítimo. Por eso te he citado aquí.

Escipio se apartó. Dio la espalda a Sonna. Trazó unos breves pasos en círculos. Miró las caballerizas. Estaban vacías, como todo en lo que un día fue palacio del rey Alfonso. Vacías como el trono de Oviedo. Vacías también como sus propias esperanzas.

—No puedo prometerte nada —suspiró al fin el viejo conde—. Puedes, eso sí, tener la seguridad de que no diré nada a nadie. Esto que hemos hablado quedará entre tú y yo. No quiero tener sobre mi conciencia la cabeza de un caballero y un amigo. Pero no me pidas que te secunde. No me pidas que me juegue mi vida y la de mi familia en una aventura descabellada.

Sonna miró a Escipio largamente. No podía reprocharle su actitud. Quizá él mismo dudaría si tuviera tantas obligaciones como Escipio. Pero el conde hizo un último intento.

—Bien. Te lo agradezco en cualquier caso. Pero déjame pedirte una cosa más —expuso Sonna—. Llegado el momento, yo izaré el estandarte del rey; será la señal de mi partida. Te ruego que lleves tú otro estandarte. Si decides abandonar el campo,ízalo; si no, mantenlo oculto. Así sabré cuál ha sido finalmente tu decisión. Tampoco yo deseo tener tu vida sobre mi conciencia.

Escipio se limitó a asentir con un brusco movimiento de cabeza. Estrechó el brazo de Sonna y se marchó. Los dos hombres no volvieron a verse hasta la misma noche de la partida hacia Cornellana. En el trayecto hablaron; hablaron sin cesar. Hablaron del reino, de los linajes de Asturias, de las batallas contra los musulmanes, de las damas de la corte, de la repoblación en la frontera... Hablaron de todo menos de la maniobra que Sonna se proponía ejecutar. Y sin embargo, de aquella larga conversación, en apariencia intrascendente, sacó Sonna la conclusión indudable de que Escipio había reflexionado. Después, en el combate, Sonna hizo lo pactado: elevó su estandarte. Escogió para ello el momento crítico: el instante en el que los pontones sobre el Narcea permitían el paso a través del río. Cuando Sonna vio que Escipio, al otro lado del frente, hacía lo mismo, una alegría sin límites invadió el pecho del joven conde. En ese momento supo que el reino estaba salvado. Escipio marchó a sus tierras de Pravia. Desde allí organizaría su propia resistencia, junto a sus hijos, por lo que pudiera pasar. Sonna, mientras tanto, tenía una última cosa que hacer.

El tesoro. Era imprescindible salvar el tesoro. Sonna estaba convencido de que Nepociano y Jimena, en el trance de la derrota, no dudarían en escapar con la mayor cantidad de oro posible, pues solo el oro alivia la condición del vencido. Sin duda —razonaba el conde—, Nepociano habría llevado consigo a algunos de sus mercenarios. Seguramente Jimena estaría aguardándole, con todo preparado para la fuga. Había que frustrar la última traición de Nepociano. Por eso Sonna marchaba

ahora hacia Oviedo.



Cuando vio aparecer a los dos mercenarios ahí abajo, en el patio que daba entrada a palacio y a la torre del tesoro, Jimena no dudó un instante sobre la naturaleza de su visita: Gautier de Carcasona y Lotario de Fráncfort buscaban el tesoro real; querían sacar provecho del desconcierto de la derrota para robar todo el oro que pudieran y poner pies en polvorosa. Jimena llamó a la guardia; nadie contestó. Salió al vestíbulo de su cámara buscando, al menos, al servicio. Tampoco quedaba nadie. Todos habían huido. Todos se habían marchado. Estaba sola.

La dama del cabello rojo y los ojos como de mar en invierno, quizás irreflexiva, o quizá cegada por la codicia, no dudó. Como una centella se lanzó por el estrecho y oscuro pasillo que comunicaba las dependencias de palacio con la torre y desembocaba en el vestíbulo de la cámara del tesoro. Había decidido cerrar las puertas a todo visitante. Pero, por desgracia para Jimena, los mercenarios llegaron antes. Cuando abrió la portezuela que daba al vestíbulo, Gautier y Lotario ya estaban allí.

—¿Qué hacéis aquí, cobardes? —les increpó la mujer, aparentando autoridad—. ¿Por qué no estáis en el campo de batalla con vuestro señor, como es vuestra obligación?

Lotario sonrió cruelmente. La arrogancia de la dama no le intimidaba.

—¡Este sí que es un premio inesperado! —masculló pastosamente el guerrero al escuchar la voz de Jimena—. ¡Veníamos buscando oro y vamos a encontrar, además, mujeres!

Gautier de Carcasona y Lotario de Fráncfort, dos villanos derrotados una vez más, y que una vez más se las habían arreglado para sobrevivir, forcejeaban en las barras de hierro que a modo de puerta cerraban la cámara del tesoro. Unos pocos pasos les separaban de su objetivo: más riquezas de las que nunca hubieran podido imaginar. Lotario intentaba violar la cerradura haciendo palanca con su hacha francisca. Gautier, con la punta de su cuchillo, hurgaba en el mecanismo buscando, en vano, algún resorte que cediera. La aparición de la dama les detuvo. El de Carcasona compuso una trasparente expresión de fastidio. El de Fráncfort, por el contrario, rio, y aquellas carcajadas helaron el alma de Jimena.

Jimena leyó en el rostro de Lotario. Lo leyó todo, claro y meridiano. Leyó ese vil fulgor que muchas otras veces había descubierto en ciertos hombres cuando el mal absoluto se adueña de sus vísceras. Leyó la muerte y algo peor que la muerte. Jimena intentó controlar a Lotario con la mirada, pero el demonio que habitaba dentro de ese hombre era demasiado poderoso. El de Fráncfort había clavado en ella unos ojos de violencia sin límite. No era lascivia lo que había en ellos; era simplemente furor

homicida. A Lotario no le estaba moviendo el deseo, sino una potencia mucho más oscura: el odio, un odio infinito, un rencor de siglos, un odio anterior a los hombres y anterior a los dioses, un apetito animal de ver humillada a esa hembra altanera, un hambre de pisar su orgullo de mujer y escupir sobre él, de robarle el alma, de absorberle hasta la última gota de humanidad y después vomitarla como quien regurgita la victoria.

Lotario de Fráncfort abandonó su tarea en la cerradura y se dirigió, hacha en mano, hacia la mujer. Caminaba despacio, saboreando en cada paso el terror que había aflorado en el rostro de la dama. Farfulló algo que Jimena no entendió. Un brillo de saliva asomó a la boca del guerrero, crispada en un rictus que no podía ser una sonrisa. El hacha devolvía a su vez ese brillo convertido en luz letal, la siniestra luz que precede a los castigos divinos. De pronto Lotario soltó sobre el rostro de Jimena un bofetón con su mano izquierda. La mujer cayó al suelo. Con la misma mano, sin perder el hacha en la otra, Lotario agarró a Jimena por el cuello y la levantó en vilo. Volvió a dejarla caer contra el duro piso de la cámara del tesoro. La dama sintió que toda la furia del infierno se estaba abatiendo sobre ella. No era un hombre quien la atacaba: era un genio diabólico parido en oscuras cavernas, era una siniestra criatura engendrada en el vientre de una hija de Caín por la semilla de algún ángel caído, era un *nefilim* que no conocía el nombre de Dios ni la luz del espíritu. El hombre, el demonio, el *nefilim*, izó una vez más a Jimena, ahora con las dos manos, y de un brutal tirón le rasgó la túnica dejando al descubierto el pecho. Lotario apoyó el filo de su hacha sobre la garganta de la mujer. Apenas reparó un instante en el zafiro que colgaba del cuello. Levantó las faldas de la túnica de Jimena. Volvió a reír con aquellas carcajadas bestiales que eran la voz de Satanás. Y entonces un borbotón de sangre manó de la boca abierta de Lotario al tiempo que la punta de un cuchillo afloraba a la altura de su nuez.

—¡Esto no! ¡Esto no! —repetía Gautier de Carcasona mientras retorció el cuchillo en la nuca de Lotario—. ¡Esto no!

Jimena cayó al suelo una vez más, sentada, temblando como una hoja. Miraba a Gautier con los ojos fuera de las órbitas, el rostro bañado en un sudor frío y fúnebre, los cabellos rojos empapados sobre la frente. Todo su ser saltó de espanto al sentir cómo caía junto a sí el cuerpo exánime de Lotario. Miraba a Gautier, sí, y no le veía; solo veía una sombra entre los hachones que iluminaban la antesala de la cámara, una sombra que ahora hundía la cabeza y dejaba caer el cuchillo rojo de sangre maligna.

—¡Te... te debo algo más que la vida! —acertó a decir por fin Jimena.

—Y yo —musitó apesadumbrado Gautier de Carcasona— tengo ahora otra vida sobre mis espaldas.

Y allí quedaron los dos, la dama y el mercenario, contemplando el cadáver de Lotario de Fráncfort con el horror de quien ha descubierto que los dragones existen.



Ya se acostaba el sol, perezoso, tras las lomas de Santueña, cuando un guardia avisó al rey Ramiro: llegaba Rodrigo Núñez, el hermano de Paterna, con trescientos castellanos.

Ramiro acababa de dejar a su dama en unos improvisados aposentos: la tienda abandonada por Nepociano era ahora sede de la futura reina. Él, Ramiro, había hecho traer su propia carpa desde el otro lado del campo de batalla para instalarla igualmente en el cerro de Moratín. Alrededor de ambas, un cordón de guerreros montaba guardia. El señor del Édramo, con un minucioso protocolo impropio de él, había ordenado asimismo disponer en torno al espontáneo palenque un ancho círculo de antorchas clavadas en tierra y, coronándolo todo, altos estandartes blancos con la cruz roja del reino. Quería impresionar a Paterna. Quería que su dama se sintiera reina. Y lo estaba logrando.

El valle del Narcea ya estaba limpio de cadáveres, aunque todavía flotaba en el aire el olor atroz de los cuerpos quemados. Los paisanos habían desaparecido, recogida su cosecha de botín. El obispo Serrano, con el obispo Ataúlfo, el prior fray Fruela y unos pocos monjes de San Salvador de Cornellana paseaban cantando en procesión por la tierra pisoteada, pero la soldadesca, antes fervorosa, ya apenas les prestaba atención y prefería concentrarse en celebraciones más mundanas. Corría el vino, alguien había sacado una gaita, y con la intendencia de Gonzalo de Lemos había venido una cuadrilla de mujerzuelas desgüeñadas que vendía aquí y allá su ajada mercancía. Gatón, exhausto y dichoso, con el olor de la sangre de Alí Husein aún adherido a sus ropas, a su piel, a su alma, deambulaba como embriagado y observaba todo aquello con los ojos de quien vive un sueño. Cuando supo que el tal Rodrigo Núñez llegaba, corrió cerro arriba junto al rey. No quería perderse el acontecimiento.

Rodrigo venía en cabeza de su hueste. Traía gesto de fatiga. La mesnada castellana había cabalgado sin apenas descanso desde el paraje de Lutos, la marcha forzosamente ralentizada por el paso de los cautivos. Antes de alcanzar el improvisado palenque del rey, el hermano de Paterna dio orden a sus hombres de permanecer en la pendiente opuesta del cerro y se adelantó con su tocayo de Tedeja y unos pocos guerreros más. Así llegó hasta la tienda de Ramiro, majestuosa entre todos aquellos guardias, estandartes y antorchas. El rey salió de la carpa. Vio a Rodrigo. Se plantó en jarras.

—¡A buenas horas llegas, cuñado! —le espetó con cruel jovialidad—. ¡Aquí ya está todo hecho! ¿Dónde andabas metido?

Rodrigo descabalgó y se acercó sonriendo, la espada al cinto y la mano en la empuñadura. Al llegar ante el rey clavó una rodilla en tierra.

—¡Traigo presentes para ti, mi señor!

Ramiro miró con gesto sorprendido.

—¿Presentes? ¿Te crees que esto es una recepción de palacio?

Rodrigo no dijo nada. Se limitó a hacer una seña a algunos de los hombres que aguardaban al otro lado de la cumbre del cerro. Cinco guerreros avanzaron con cestas en las manos.

—¿Qué... qué es esto? —preguntó Ramiro Bermúdez.

—Presentes andalusíes —afirmó Rodrigo con una ancha sonrisa—. Aceite de oliva, vino, harina de trigo, dátiles, habas...

—¿De dónde has sacado todo esto? —Ramiro estaba estupefacto—. ¿Y a cuento de qué...?

—Eso no es todo —le interrumpió el hermano de Paterna.

A una nueva seña del joven caudillo, otros cinco de sus guerreros salieron de detrás de la loma. Tras ellos, diez caballos y un carro. Los castellanos, ante el gesto desconcertado de Ramiro, procedieron a sacar del carro y las alforjas de las bestias montañas de armas sarracenas: espadas, lanzas, flechas, arcos, escudos, dagas, sillas de montar, que depositaron ante los pies del rey.

—¡Por vida de Santiago apóstol! —exclamó el rey—. ¡Bien nos habría venido todo esto hace apenas unas horas! Pero dime...

—Aún hay más —atajó Rodrigo—. Mira.

Otra seña del joven Núñez y aparecieron ante Ramiro los cautivos sarracenos, Cernín el navarro en cabeza. El rey se rascó sorprendido las grandes barbas revueltas.

—¿Son...?

—Son presos moros —ratificó Rodrigo—. Los hemos capturado en la calzada de la Mesa. Por eso hemos llegado tarde al combate. Pero aún falta lo más importante.

El hermano de Paterna hizo un gesto y Rodrigo de Tedeja avanzó llevando en sus brazos una canasta. Con ceremonia la entregó a su jefe. El joven Núñez la abrió, muy despacio, y meticulosamente, agarrándola de los cabellos, extrajo la cabeza del general Walid.

—Se llamaba Walid —dijo ante los ojos desorbitados de Ramiro—. Un general. Un hombre valiente. Era el jefe de la hueste mora. Con ellos venía el príncipe Mohamed, hijo del emir Abderramán. Por desgracia, se nos escapó. Marchaban sobre Oviedo con el propósito de ayudar al bando de Nepociano. Les tendimos una emboscada en el paraje de Lutos o Los Lodos, en el camino de la Mesa. Cayeron en la trampa. El número de sus muertos nublaría el sol.

Ramiro Bermúdez cogió en sus manos, no sin un gesto de aprensión, la cabeza del eslavo. Le sorprendió su cabello rojo.

—Es la segunda cabeza sarracena que me traen en el día de hoy —dijo el rey, dirigiendo una sonrisa a Gatón. Luego miró largamente al joven Rodrigo—. Esto que has hecho... ¡Esto que has hecho es extraordinario! Muy posiblemente ese ejército al

que has derrotado habría desequilibrado el combate. Por otra parte, esto confirma que Nepociano trabaja en complicidad con Córdoba. ¿Eres consciente de la importancia de tu acto, Rodrigo Núñez?

—Solo he servido a mi rey —respondió Rodrigo, envolviéndose en falsa modestia—. Sin mis hombres, ninguna victoria habría sido posible.

—¡Te recompensaré! —exclamó calurosamente Ramiro—. ¡A ti, y a todos tus hombres! Y ahora, ven conmigo. Vamos a buscar a tu hermana.

No hizo falta llamar a Paterna porque esta, al oír la algarabía en el palenque, había salido ya de la tienda y corría hacia su hermano con una ancha sonrisa, la dorada trenza meciéndose sobre los hombros. La dama se detuvo en seco al divisar el aspecto desastrado de Rodrigo, sucio de sangre y polvo. Volvió a correr hacia él. De nuevo, más cerca, quedó petrificada al reconocer el contenido de aquella cesta, con esa cabeza allí dentro. Finalmente, despaciosa, ante la mirada embelesada de Ramiro, Paterna se acercó a su hermano y le abrazó.

—¿Qué es todo esto? —exclamó la mujer—. ¡Parece que hayas estado en el combate!

—¡Lo estuve, hermanita! —respondió Rodrigo—. Tuvimos un tropiezo con los moros en el camino. Dios nos ayudó. ¡Y mira, también tengo algo para ti!

El joven se aproximó al carromato que transportaba parte del botín y, con ayuda de dos de sus hombres, hizo desembalar un grueso paquete. Era una tienda. La jaima del príncipe Mohamed.

—Este es tu regalo —rio Rodrigo Núñez—. Una tienda digna de un príncipe de Córdoba. Ahora es tuya.

Paterna miró a su hermano con una sonrisa feroz en el rostro. Una sonrisa que turbó a Ramiro. Una sonrisa de lince que ha cazado alguna buena presa. A la escena del palenque habían llegado ya, atraídos por la aparición de los castellanos, los obispos Serrano y Ataúlfo, y fray Fruela, y también los capitanes del rey, el de Guitiriz y el joven Mondariz, Arias de Pallares y Ergica de Tuy, Olmundo de Erice y, por supuesto, Gatón, que contemplaba con ojos de envidia el rico botín conquistado por el joven de Cigüenza.

—Tu hermano —habló el rey para romper su propia estupefacción— ha derrotado a un ejército moro que venía a unirse a Nepociano. Trae botín y cautivos. Ha salvado al reino. Será debidamente recompensado.

—Mi recompensa es ver a mi hermana reina, mi señor —contestó solemne Rodrigo, y Paterna no pudo evitar una risita al escuchar tanto protocolo en aquel muchacho pecoso que apenas tres años atrás solo era un niño.

—He firmado el contrato de esponsales, Rodrigo —informó la dama a su hermano—. Ramiro ha ganado la batalla. Ahora marcharemos sobre Oviedo para la boda y la coronación.

—He ganado la batalla, sí —agregó el rey—, gracias entre otras cosas a tu hermana y a Hernán de Mena, que pudieron convencer a los condes de palacio para que abandonaran las filas del usurpador. Y también —añadió Ramiro— gracias a que tú, Rodrigo Núñez, has desarbolado a los refuerzos sarracenos.

—¡Alabado sea Dios! —rubricó el obispo Serrano.

—Por siempre sea alabado —respondió el rey con cierto tono de desengaño—. Pedí un milagro y este vino, pero no en mi espada, sino en los labios de mi señora Paterna y en los brazos del joven Rodrigo, que son los que realmente han decidido la batalla...

—¡No! —objetó el obispo Serrano—. ¡No, mi rey! Todos somos instrumentos en manos de Dios, lo mismo reyes que condes o siervos. Tú pediste un milagro y este vino en forma de encuentros providenciales. ¿No fue providencial que doña Paterna y don Hernán encontraran al conde Sonna? ¿No fue providencial que don Rodrigo —el joven castellano se irguió al verse tratado de «don»— se topara con la hueste agarena? No veas en esto méritos ajenos —sermoneaba el obispo mozárabe a Ramiro Bermúdez—, sino una señal de que Dios ha bendecido tu corona. ¡Eres un elegido de Dios, rey Ramiro! ¡La señal es manifiesta!

Los capitanes gritaron elevando sus espadas. Los monjes cantaron una vez más sus himnos, bajo la respetuosa mirada de los caballeros, mientras Paterna, ajena a los caballeros, ajena a los himnos, ajena a Ramiro, ajena incluso a su hermano, pasaba los dedos por las ricas telas de la jaima del príncipe Mohamed.



Caía ya la noche cuando un grupo de jinetes penetró al galope en Oviedo. Era Nepociano con la improvisada escolta normanda de Ragnar Haraldson. Los vencidos de Cornellana habían buscado la puerta vieja de la Viña, la que da al sureste, la más humilde de todas las puertas de la capital, en previsión de que alguna fuerza enemiga se hubiera hecho con el control de la ciudad. Pero no había guardias en las puertas, ni siquiera se atisbaba sombra alguna en las gruesas torres redondas de las murallas. Nadie en las casuchas que habían crecido adosadas al exterior de los muros. Nadie tampoco en las ya más airosas casas del interior. Nadie en el dédalo de las calles que conducían a los palacios e iglesias de la capital. Nadie, en fin, salvo el silencio débilmente iluminado por antorchas que aquí y allá orientaban al caminante. Oviedo les recibía con un vacío que a Nepociano se le antojó desprecio.

—Han huido todos —comentó Ragnar con la indiferencia de quien observa que empieza a llover.

—Alguien habrá traído noticia de la batalla —repuso Nepociano—. En todo caso, eso ya nos importa poco.

—¿Vamos a palacio? —preguntó el normando.

—No —respondió el regente con una sombra suspicaz en la mirada—. Acudamos directamente al tesoro. Ante todo debo pagar vuestros servicios. Después, veremos.

El anciano magnate había fijado su orden de prioridades: primero y por encima de cualquier otra cosa, salvar la vida de su esposa Jimena; después, salvar la suya propia; en tercer lugar, huir de Oviedo con la mayor porción posible del tesoro regio, para así, al menos, sacar algún provecho de esta desdichada aventura. La mente de Nepociano trazó rápidamente todas las combinaciones posibles: «Una: vamos a palacio, allí los normandos nos matan a Jimena y a mí, nos arrebatan las llaves del tesoro y lo saquean a libre voluntad. Dos: no nos matan, sino que nos entregan a Ramiro, para obtener a cambio su libertad y el perdón regio. Tres: nos encierran para que Ramiro nos encuentre con vida y se llevan el tesoro igualmente. Cuatro: vamos al tesoro, les doy una parte sustanciosa del botín y les suplico que nos escolten a Jimena y a mí lejos de la capital. Cinco: cobran su parte, se marchan y nos dejan en la ciudad, abandonados a nuestra suerte. Seis: cobran su parte y acto seguido nos matan. Siete: cobran su parte y, encelados en su codicia, saquean el resto del tesoro, probablemente matándonos antes. Ocho...».

La octava combinación era la única posibilidad de supervivencia. De alguna manera Nepociano tenía que hacer ver a sus peligrosos amigos que les resultaba imprescindible mantenerle con vida. Y aún más, que debían ayudarle a escapar de Oviedo, preferiblemente con parte del tesoro en sus manos. Los normandos eran cualquier cosa menos cándidos caballeros. Nepociano podía leer en sus rostros el demonio de la avaricia, que no retrocedería ante el asesinato. Necesitaba urgentemente un argumento capaz de convencer a aquellos animales.

El grupo cruzó en un silencio preñado de amenazas las callejas que desde la puerta de la Viña conducen a la torre. Allí se guardaba el tesoro. Y a su lado, el palacio donde Jimena debía de estar esperando el retorno de su esposo. Salvar a Jimena; salvarse él; llevarse el tesoro. El cerebro de Nepociano trabajaba a toda velocidad. Pero no encontraba la forma de eludir un destino siniestro.

Ragnar Haraldson descabalgó primero. Miró a un lado y a otro. A una seña suya, descabalgó igualmente el resto de los normandos. Ragnar invitó a Nepociano a imitarles. Los mercenarios rodearon al regente. Imposible saber si para protegerle o para amenazarle, o ambas cosas al tiempo. Nepociano, transidos los huesos de un frío mortal, el frío del miedo, comprobó con asombro la ausencia de los guardias que a todas horas custodiaban la puerta de la torre. ¿Incluso ellos habían huido? Eso le dejaba en manos de los demonios del norte.

—Venid conmigo —trataba el regente de sobreponerse al miedo mostrando dominio de la situación—, os pagaré lo prometido y, además, una buena recompensa por haber protegido mi vida.

Ante las ávidas miradas de los normandos, Nepociano empujó el grueso portalón

de la torre. No debía estar abierto, pero alguien había entrado ya. Aunque una intensa inquietud azotaba el ánimo del regente, se cuidó mucho de manifestar la menor emoción delante de una escolta a la que cada vez más percibía como una cuadrilla de verdugos. Sus verdugos.

Con toda la agilidad que sus huesos le permitieron, Nepociano subió la escalera que conducía al primer piso, donde él había instalado sus habitaciones de trabajo. Una vez más, nadie: ni guardias ni servidumbre. Siguió escaleras arriba, en busca de la cámara del tesoro. Percibió que los normandos le miraban con ansiedad. Sin duda se estarían preguntando dónde paraba la llave de aquel portalón de barras de hierro que, como todo el mundo sabía, vetaba el paso a la codiciada sala. Pero no iba a ser él, Nepociano, quien les facilitara el trabajo. Si querían su oro, tendrían que plegarse a lo que el regente dispusiera.

El grupo llegó a la antesala de la cámara. Nepociano, sin aire. Los normandos, poseídos por el genio de la ambición. Y entonces lo vieron.

El cadáver de Lotario de Fráncfort yacía en un charco de sangre, todavía el hacha francisca en la mano. En pie, junto a él o, más bien, sobre él, Jimena, que había recompuesto sus ropas, mantenía en las manos la llave de la cámara. A su lado, Gautier de Carcasona permanecía rígido como una estatua que escoltara a la dama.

—¡Nepociano! ¡Al fin! —gritó Jimena, corriendo hacia su marido.

—¿Qué ha pasado aquí? —exclamó Nepociano—. ¿Quién ha matado a Lotario?

—Yo, mi señor —contestó la voz opaca de Gautier de Carcasona.

—Ese hombre me ha salvado la vida —sollozó Jimena. Nunca había visto Nepociano a su mujer tan frágil, tan quebrada, tan desamparada.

—¿Lotario te atacó? —se asombró el regente.

—Y Gautier le mató —confirmó la dama.

—Debería hacerte ahorcar por haber abandonado las catapultas, pero te recompensaré por esto, Gautier de Carcasona —dijo Nepociano mientras envolvía a su esposa en un abrazo que más parecía un manto.

Los normandos se miraron, perplejos. Gautier estaba con Jimena. Jimena tenía las llaves de la cámara del tesoro. El uno y la otra habían matado a Lotario porque, con toda probabilidad, el de Fráncfort pretendía robarlo, exactamente igual que ellos. Y no era fácil matar a Lotario. Gautier miró a su vez a los normandos. No le costó entender lo que se proponían. Discretamente desenvainó su espada hasta la mitad de la hoja. Ragnar Haraldson entendió.

—Pobre diablo, ese Lotario —comentó con indiferencia—. No merecía otra cosa. Ha muerto por su debilidad. Ahora, mi señor —añadió, dirigiéndose a Nepociano—, debemos darnos prisa. Saquemos cuanto podamos y huyamos de esta ciudad maldita. Hay oro de sobra para todos —concluyó, lanzando sobre sus normandos una mirada de autoridad.

Jimena, con manos aún temblorosas, llevó la llave a la cerradura. Nepociano sintió que el aire volvía a sus pulmones. Jimena, que había estado a punto de morir, quedaba a salvo, y los normandos parecían haber abandonado cualquier intención asesina. El regente penetró con paso rápido en la cámara. Conocía todos y cada uno de los arcones que allí dormían el sueño del oro. Caminó hacia una pila de cofrecillos. Abrió uno de ellos. A la luz de los hachones, los ojos de los normandos bailaron ebrios cuando vieron su contenido.

—Hay un cofre como este para cada uno de vosotros —informó exultante Nepociano—. Basta para haceros ricos de por vida. Gautier y Ragnar, a vosotros —añadió, fingiendo emoción— os corresponden dos a cada cual. Lo merecéis más que nadie.

El regente paseó la mirada por los rostros de los mercenarios. Sabía que estaba pisando el umbral decisivo. Ahora era cuando los normandos podían sacar sus espadas y cortarles el cuello a todos, también a Gautier, e incluso cabía que unos empezaran a pelear contra otros por quedarse con la parte del prójimo. Y sobre la mente retorcida de Nepociano descendió una súbita iluminación.

—Pero esto no es más que una parte —agregó, calculando cuidadosamente sus palabras—. En otro lugar secreto he escondido más riquezas. Joyas y oro cuya existencia solo yo conozco y no están por tanto en los registros de palacio. Es decir, un botín por el que nadie os perseguirá, pues nadie hay para reclamarlo.

Los hombres miraron a Nepociano con gesto de estupor infinito. Solo Jimena entendió.

—¿Qué nuevo truco es este? —escupió Ragnar Haraldson con una mueca suspicaz.

—¿Truco? —rio Nepociano—. No, Ragnar querido. Seguridad; seguridad nada más. Este oro que tenéis en vuestras manos está marcado; tiene un dueño que es el rey. No es improbable que Ramiro quiera recuperarlo. Pero en estas semanas de gobierno he ido sacando de aquí ciertas riquezas para mi propia seguridad y la de mi esposa. Es justo que ahora las comparta con vosotros: contigo, Ragnar, que me has sacado del campo de batalla, y contigo, Gautier, que has salvado la vida de mi adorada Jimena.

—¿Dónde están esas riquezas sin dueño? —preguntó el normando, sin que la sospecha hubiera desaparecido de su rostro.

—¡Me comprenderás si te oculto el lugar! —volvió a reír el regente—. ¡Imagina que por el camino te cogen los hombres de Ramiro, te torturan, confiesas y me dejas sin premio! ¿Quieres saber dónde se hallan esos tesoros? Ven conmigo, venid todos —matizó, mirando a Gautier—, y lo sabréis. Y no temáis. Cuando veáis de qué se trata, comprenderéis que nada sería más ridículo que pelear entre nosotros por semejantes riquezas. Cuando uno se sienta sobre una montaña de oro, no busca

pleitos con el vecino. Y eso es lo que os ofrezco: una auténtica montaña de oro para cada uno de nosotros. Seguidme, amigos, y no os arrepentiréis. Que este oro que ahora os doy en recompensa por vuestros servicios sirva como prenda de mi palabra.

Teatralmente, Nepociano fue repartiendo los cofrecillos entre sus hombres. Todos abrieron el suyo. Todos quedaron igualmente maravillados. Nunca habían tenido tanta riqueza en sus manos. Las monedas de oro bailaban entre sus dedos como pequeñas estrellas brillantes, con ese tintineo que desde el principio de los tiempos despierta en el interior de los hombres al dragón de la codicia.

—Iremos contigo, mi señor —dijo al fin Gautier de Carasona—. Pero hemos de darnos prisa. Con toda seguridad los hombres de Ramiro marchan ya sobre Oviedo. Y el primer lugar al que se dirigirán es sin duda esta cámara.

—Tienes razón, mi buen Gautier —concedió el regente—. Hemos de huir cuanto antes. Nos espera la fortuna.

Los normandos respondieron con bramidos de avidez y victoria a la invitación de Nepociano. Incluso el receloso Ragnar Haraldson parecía convencido.

—¿Acaso no hay caballos allí abajo? —dijo el mercenario—. ¡Pues no perdamos tiempo!

Jimena, que había recuperado el dominio de sí, volcó sobre su marido aquellos ojos como de mar en invierno. Siempre había admirado su astucia, pero esta jugada superaba cualquier hazaña precedente. Con solo un gesto de sus manos había cambiado la derrota en victoria y mudado la dirección del destino.

15 LA CÁMARA DEL TESORO

Galopando entre las sombras, como teas en la oscuridad, la hueste de Hernán de Mena alcanzó las murallas de Oviedo. Había caído ya la noche y el instinto de los caballos reconocía el secreto del camino mejor que los ojos de los jinetes. Como una inquietante columna de fuego, los caballeros cruzaron en silencio los prados desiertos y las casas oscuras; los campesinos, paralizados por el miedo, apenas si se atrevían a mirar entre los postigos de las ventanas el fulgor de aquella cohorte fantasmal. Dos gruesos hachones iluminaban el arco de ladrillo rojo de la puerta Rutilante, la principal entrada de la muralla, majestuosa bajo la cruz de Asturias. Y allí, desplegados en torno a la puerta, antorchas en mano, estaban los hombres que Hernán esperaba encontrar.

—¡Quién vive! —gritó una voz desde el grupo de la puerta.

—¡Hueste del rey Ramiro! —respondió Hernán mientras sus jinetes, ya al paso, se acercaban a la muralla.

El conde Sonna salió de entre el grupo. Su escudo amarillo con el aspa negra brillaba de una manera extraña bajo la luz de las teas. Hernán descabalgó y se acercó tendiendo el brazo.

—Has cumplido, conde Sonna.

—¿Lo dudaste alguna vez? —rio Sonna, estrechando el brazo de Hernán.

—Nunca.

—¿El rey ya lo sabe todo? —preguntó el conde; para lavar su honor era imprescindible dejar claro qué fuerza le movía cuando abandonó el combate.

—Todo —confirmó Hernán.

—Bien —suspiró aliviado Sonna—. Y ahora, que sea lo que Dios quiera. A estas horas Escipio debe de haber enviado ya a Ramiro su propuesta de homenaje. Solo queda...

Hernán paseó un ceño preocupado por la mole negra de las murallas. Se había ganado la batalla, pero la capital aún encerraba mil peligros. Sobre todo, era preciso evitar que el usurpador robara el tesoro del reino.

—¿Están dentro? —quiso saber el de Mena.

—Sí. Nepociano y Jimena están ahí con toda certeza —aseguró el conde—. Sabemos que además cuentan con algunos hombres. No muchos, tal vez menos de una docena.

—Hemos llegado a tiempo —resopló Hernán. Aún era posible frustrar la fuga y el robo.

—Habrán saqueado cuanto hayan podido y ahora estarán pensando por dónde escapar —conjeturó Sonna—. Hay que atraparlos vivos.

—La ciudad tiene cuatro puertas más, además de esta en la que nos hallamos —cavilaba el de Mena—. A la izquierda está la de Santa María. A la derecha, la de Sansón. Detrás, la puerta vieja de la Viña y la de la Noceda.

—Todas están controladas —aseguró el conde—. La guardia ha huido y se ha puesto a nuestro lado; mis hombres han podido entrar y han hecho saltar los cerrojos sin el menor obstáculo. No había ya nadie para defenderlas. Pero Nepociano y los suyos pueden huir por cualquiera de ellas.

—No lo creo —meneó Hernán la cabeza—. Si han robado el tesoro, necesitarán una salida que les lleve con rapidez a algún camino por el que puedan escapar a caballo o en carro. Por la Noceda o por la Viña solo acabarán en las huertas de los labriegos. Eso nos deja tres puertas. Pero también pueden haberse dividido.

—Es lo más probable —coincidió Sonna—. También he mandado soldados a las puertas traseras, en todo caso. Y un destacamento algo mayor cubre la puerta de Sansón.

—Nos quedan estas dos. Si yo estuviera en su lugar —reflexionó el Caballero del Jabalí Blanco—, huiría por aquí.

—La Rutilante y la de Santa María, sí. Por ellas —cavilaba Sonna, dibujando un plano imaginario en la palma de su mano— podrán ganar rápidamente la calzada principal. Hasta en plena noche es un buen camino. Y llegarían al mar en poco tiempo.

Hernán evaluó el número de sus fuerzas. Incluso con los hombres enviados a cubrir las otras tres puertas, aún quedaba disponible medio centenar. Era imposible que Nepociano escapara, pero había que prever cualquier resistencia dentro de las murallas.

—¿Cuántos hombres puede tener Nepociano ahí dentro? —Hernán hablaba más para sí que para Sonna, pero el conde contestó.

—Te repito que muy pocos. Estoy seguro porque he interrogado a los propios guardias de la muralla. Me han contado que Nepociano volvió de Cornellana al caer la noche y le acompañaban pocos jinetes. Y me han contado también que no solo los guardias de la muralla, sino también la propia guardia de palacio salió precipitadamente en cuanto llegaron a Oviedo las primeras noticias de la batalla. El usurpador se ha quedado absolutamente solo.

¡El usurpador! A Hernán no dejaba de sonarle extraño aquel calificativo para un hombre al que conocía desde niño, por más que supiera de sus intrigas y conspiraciones. Ahora iba a tener que prenderle para conducirlo ante el rey, y la memoria del de Mena se llenaba de remotísimas imágenes de un palacio en Aquitania, de largas tardes de invierno en compañía del preceptor que le enseñó a leer y a escribir, y a su espíritu venían también la mirada tierna de su madre, el rictus amargo de su abuela y la presencia siempre inquietante de aquel hombre de hielo,

perpetuamente absorbido por sus extraños negocios y sus oscuros rencores. Vio a Nepociano por última vez el día que murió su madre, la dulce Creusa, y el magnate dispuso que el chico fuera enviado junto a su padre, a la naciente Castilla. Una forma de quitárselo de en medio, evidentemente. De eso hacía ya treinta años. Ahora volvería a ver el rostro del hombre que desposó a su abuela. No podía sentir odio alguno hacia Nepociano. Pero Hernán miraba en su interior y descubría que tampoco quedaba ya el menor resto de gratitud.

—No podemos permanecer aquí toda la noche. Si les damos más tiempo, capaces son de coger rehenes en la ciudad. Vamos a separarnos —propuso al fin el de Mena—. Yo entro con mis hombres por la puerta Rutilante. Tú entras con los tuyos por la de Santa María.

—Entremos, sí —aceptó Sonna—, pero mantengamos un retén de guardia cada uno. Daré aviso a los destacamentos de las otras puertas para que hagan lo mismo.

—Bien pensado. Un retén en cada puerta y columnas avanzando. Que cada columna se dirija desde su punto de partida hacia la torre de San Salvador —dibujó Hernán—. De esa manera no podrán escapar.

—Recuerda —advirtió Sonna—, los necesitamos vivos. Al menos a Nepociano y Jimena.

Hernán asintió con la cabeza. Vio marchar a Sonna y sus hombres hacia la puerta de Santa María. Él se aprestó a abrir a viva fuerza las puertas de la Rutilante. Su hueste desenvainó las espadas. Iba a correr la sangre por las callejas oscuras y estrechas de Oviedo.



—Mis hombres han oído movimiento en las puertas de la ciudad —informó Ragnar Haraldson con su habitual aire de indiferencia mientras mantenía bien pegado al cuerpo su cofrecillo de oro.

Nepociano giró la blanca melena, alarmado. No esperaba encontrarse tan pronto con los hombres de Ramiro Bermúdez. Había eludido a la muerte en el campo de batalla. Había encontrado a Jimena sana y salva. Tenía en sus manos una buena porción de oro. Pero era preciso escapar de Oviedo. La fortuna no podía abandonarle ahora.

—¿Movimiento? —se inquietó el regente—. ¿Cuántos hombres? ¿Van armados?

—Imposible saber cuántos —informó el normando—, y sí, con toda seguridad irán armados. Hay al menos dos grupos. Si queremos salir de aquí, habrá que hacerlo espada en mano.

La cabeza de Nepociano volvió a trabajar a toda velocidad. Jimena. Pensó en Jimena. El oro no importaba. Ni siquiera su propia vida. Lo único perentorio era salvar a Jimena. Aquellos normandos podrían rebanarles el cuello a ambos en

cualquier momento. Tampoco cabía descartar que, para salvar sus vidas, los normandos entregaran a la pareja. Era preciso separarse. Confiar a Jimena en manos de alguien que no fuera a matarla por un cofre de oro o a entregarla a las gentes de Ramiro. Gautier de Carcasona ya había protegido a Jimena una vez cuando nada le obligaba a hacerlo. Nepociano no podía estar seguro de que hubiera una segunda vez, pero era su única alternativa.

—Separémonos —ordenó el regente—. Será lo más práctico.

—¿Separarnos? —preguntó Ragnar con desconfianza—. ¿Y cómo sé que no nos abandonarás?

—Porque tú vendrás conmigo, Ragnar Haraldson —jugó Nepociano—. Jimena y Gautier, coged dos caballos y salid por la puerta Rutilante —ordenó—. Ragnar y yo iremos por la puerta de Santa María. Vosotros —indicó a los normandos de Ragnar— huid por la Noceda.

—¡De ninguna manera! —protestó uno de los vikingos, perforando a Ragnar con ojos desafiantes—. Nosotros vamos todos juntos.

—Sea, no hay tiempo ahora para discusiones —concedió el magnate—. Venid conmigo si así lo deseáis. Confío en vuestras espadas para defendernos en este trance. Pero los hombres de Ramiro me buscan a mí. Jimena y Gautier deben salir por otro lado.

—Es justo —sentenció Ragnar.

Nepociano se acercó a su esposa. La tomó en sus brazos y la besó.

—Nos veremos en el caserón de oriente, donde ha estado nuestro viejo cuartel general —dijo el caballero, acariciando los rojos cabellos de su dama—. Desde allí iremos en busca del gran tesoro.

Jimena miró a su marido tratando de ocultar el miedo que empapaba su alma. ¿Realmente había otro tesoro y ella lo ignoraba, o era simplemente una jugada más para salvar la vida aquí y ahora? Y en este caso, ¿qué pasaría después, cuando hubiera que explicar a los normandos y a Gautier que...?

—¡No hay tiempo! —urgió Ragnar Haraldson—. ¡Rápido! ¡A los caballos y fuera de aquí!

Los vencidos de Cornellana bajaron a toda velocidad las escaleras de la torre de San Salvador. Detrás, en las caballerizas de palacio, les aguardaban sus monturas. Nepociano y los normandos enfilaron en dirección a San Vicente para ganar la puerta de Santa María. Jimena y Gautier tomaron el camino de San Tirso para salir a la puerta Rutilante. El regente se sintió como el jugador que arroja una mano de dados en la oscuridad. A vida o muerte.



Ocurrió aquella noche en el campamento del rey Ramiro un suceso que sería

largamente comentado en los años por venir, y fue que dos cautivos, ambos navarros, colocaron al rey en la tesitura de actuar como juez por vez primera. Los cautivos eran Sancho Jimeno, el capitán de Nepociano apresado por el obispo de Compostela, y Cernín, el eslavo capturado por el hermano de Paterna en la calzada de la Mesa. Todo sucedió cuando los capitanes de la hueste de Ramiro, una vez celebrada la llegada de Rodrigo, se dispusieron a volver a sus tiendas para aguardar la hora del bien ganado descanso. Rodrigo, en cabeza de sus guerreros y de sus cautivos, buscaba refugio en los muros de la iglesia de San Salvador de Cornellana. El obispo Ataúlfo, haciendo valer su condición de tal, había obtenido ya espacio en la austera pero cálida celda del prior fray Fruela. Y al coincidir las dos columnas, la del obispo y la de Rodrigo Núñez, en las puertas de San Salvador, de la cuerda de presos moros brotó un grito de júbilo que dejó a todos con el alma en suspenso.

—¿Sancho? ¡Sancho! ¡¡Sancho!! ¡Hermano!

Y el navarro Cernín, eslavo en las huestes sarracenas, se precipitó sobre Sancho Jimeno con el mismo ímpetu que si volara, a pesar de los hierros que encadenaban sus manos y sus pies. Sancho, que seguía ejerciendo de paje del obispo, guiando flemáticamente el caballo episcopal, dio un respingo, se giró, abrió mucho los ojos, abrió mucho la boca, fue a decir algo que nunca salió de su garganta, frunció los labios como quien ahoga un sollozo y al fin, soltando las riendas de la montura del obispo Ataúlfo, aulló entre una catarata de lágrimas:

—¡Cernín! ¡Cernín! ¡Cernín! ¡Hermanito! ¡Cernín!

Sancho Jimeno y Cernín el eslavo, que ahora era ya otra vez Cernín Jimeno, como antes de caer preso de Abderramán, se abrazaron, se golpearon, se tiraron de los cabellos, se palmearon las espaldas, se mojaron uno al otro con lágrimas fraternas, rieron balbuciendo palabras incomprensibles, palabras como las que debieron de pronunciar los primeros hombres antes de que Dios les insuflara el lenguaje, y se apretaron las barbas, y se arañaron los rostros, y se dieron puñetazos en el pecho y bailaron como osos mientras bramaban al unísono su felicidad. Sancho, gigantesco, envolvía literalmente a su hermano, mucho más pequeño, y al verlos juntos nadie diría que llevaban la misma sangre, pero la exhibición de alegría borraba cualquier duda sobre su identidad.

El obispo Ataúlfo, desde lo alto de su corcel, miraba la escena con un aire de perplejidad infinita. Rodrigo, a pie, todavía en sus manos la cesta con la cabeza del general Walid, le imitaba. Fray Fruela no daba crédito a lo que estaba aconteciendo bajo sus ojos. Transcurrió un largo rato sin que nadie se atreviera a decir nada, porque lo inesperado de la circunstancia había dejado a todos sin habla. Al fin, Sancho Jimeno, prevaliéndose de su problemática confianza con el obispo, habló:

—¡Es mi hermano! ¡Monseñor, es mi hermano! —casi sollozaba Sancho, hipando como un volcán, sin soltar a Cernín de entre sus brazos—. ¡Mi hermano apresado por

los moros, llevado a Córdoba como esclavo y enrolado a la fuerza en las tropas del emir! ¡Es mi hermano! ¡Bendito sea Dios!

—Por siempre bendito y alabado —contestó calmoso el obispo—. ¿Cuánto tiempo llevabais sin veros?

—¡Cinco años! —gritaron ambos a la vez—. ¡Cinco largos años de cautiverio! —mugió Cernín.

—¡Por la Virgen Santísima que esto es extraordinario! —proclamó el obispo, pero los hermanos habían empezado a intercambiar noticias como si el resto del mundo no existiera.

—¿Qué haces aquí, Sancho?

—Caí preso del señor obispo —contestó el gigantesco roncalés de cara de oveja y corazón de lobo—. Combatía para un tal Nepociano. Y hemos perdido. ¿Y tú? ¡Tienes un aspecto horrible! —rió Sancho Jimeno.

—Caí preso también, de este joven señor castellano —explicó Cernín—. Venía con un ejército sarraceno para... bueno, supongo que para ayudaros a vosotros. Pero...

—¡Basta de viejas historias! —exclamó jubiloso el obispo Ataúlfo, interrumpiendo a los hermanos—. Una coincidencia tan extraordinaria solo puede ser fruto de la divina Providencia. Amigo Cernín, tu hermano es mi prisionero, sí, y ahora mi paje, pues ha hecho penitencia y promete volver al buen camino. Y tú, pobre alma capturada por los enemigos de la fe, tendrás un sitio a nuestro lado si vuelves a la fe de Cristo y...

—¡Alto ahí, señor obispo! —gritó de repente Rodrigo Núñez—. ¿Qué es eso de que tendrá un sitio a tu lado? ¡Ese tipo es mi prisionero!

—Pero..., mi joven amigo... —titubeó el obispo Ataúlfo sorprendido por la fiereza del hermano de Paterna—. ¿No ves lo que ha ocurrido? ¿No ves aquí una señal divina?

—Yo solo veo a dos cautivos vencidos en combate —repuso Rodrigo con una mirada que, por un momento, al obispo le recordó a un lince—. ¡Y uno de ellos me pertenece!

—Ciertamente te pertenece —concedió Ataúlfo—, pero ¿qué piensas hacer con él? Porque...

—¡Haré lo que me plazca! —zanjó el joven castellano—. ¡Es mi derecho de guerra!

—Lo es, por supuesto —cedió una vez más el obispo—, pero apelo a tu sentido de la caridad, mi joven amigo. Y en nombre de la fe que ha de recibir de nuevo a estos dos hijos pródigos, y en nombre de la misericordia que Cristo nos enseñó, yo te pido que...

—¡No! —bramó Rodrigo—. ¡No te daré a mi cautivo! ¡Y yo también necesito un

paje! —agregó, camuflando en una sonrisa otra mueca de agresividad sin límites.

—Rodrigo Núñez, recapacita, te lo suplico —rogó el obispo—. No negaré tu derecho a disponer de la vida de ese hombre, pues le has hecho preso en buena lid, pero...

—¡No! —repitió Rodrigo.

—¡Pues te lo compro! —estalló súbitamente el obispo Ataúlfo, y él mismo se sorprendió de las palabras que habían salido de su boca.

—¡No está en venta! —se obcecaba Rodrigo.

—¡Eso es ilegal! —bramaba ahora Ataúlfo, perdida sin remedio toda dulzura apostólica.

—¡Pues que decida el rey! —explotó a su vez Rodrigo, y también él se arrepintió *ipso facto* de aquella apelación a la justicia del monarca.

Mientras duraba la discusión, la escena se había ido poblando de centenares de curiosos que asistían al drama. Y ahora todos, sin faltar uno, seguían a Ataúlfo, guiado su caballo por Sancho, y a Rodrigo, que tiraba de las cadenas de Cernín, ambos cerro arriba, camino a la tienda del rey Ramiro. Rodrigo estaba rojo de ira y apretaba los labios en un rictus obstinado. Ataúlfo no se sentía menos iracundo, pero la suya no era una ira roja, sino blanca, y paseaba altiva su lividez a lomos de la montura que Sancho conducía. Ramiro, alarmado por el alboroto, salió de su tienda a medio vestir, desprendida ya la coraza, los cabellos revueltos. Paterna, que había abandonado igualmente su carpa, no pudo evitar una sonrisa maligna cuando vio al rey de semejante guisa.

—¡Qué demonios pasa aquí! —gritó Ramiro—. Con perdón, amigo Serrano —se excusó enseguida ante la presencia del obispo mozárabe, que se había unido a la multitud.

—¡Traemos un problema de justicia! —declamó Ataúlfo.

—¡Y yo apelo a la justicia del rey! —añadió Rodrigo.

—Bien. Sea. Os escucharé. —Moderó el tono el rey Ramiro, mesándose perplejo la barba revuelta—. Muy serio debe de ser el pleito cuando me importunáis a estas horas. ¿De qué se trata?

Ataúlfo y Rodrigo rompieron a hablar al mismo tiempo y los gritos de uno ocultaban los gritos del otro, ante lo cual Cernín y Sancho rompieron a vocear a su vez, y enseguida hicieron lo propio los partidarios del uno y los del otro entre la muchedumbre que allí se había congregado, y la algarabía creció hasta el punto de que el obispo Serrano temió una batalla campal. Ramiro, exasperado, se levantó, izó ambos brazos y berreó con toda su alma:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Todo el mundo en silencio! ¡Silencio he dicho, por vida de Santiago apóstol! —repitió ante la terquedad del tumulto, que no obstante iba bajando de tono a medida que las miradas se concentraban en el rey. Ramiro se situó en el

centro del palenque, rodeado por los estandartes y los hachones que iluminaban el campamento regio, y requirió una silla. Luego preguntó—: ¿Hay aquí alguien que haya presenciado los hechos y pueda informar como testigo neutral?

Las miradas de Ataúlfo y Rodrigo se posaron simultáneamente sobre fray Fruela, el prior de San Salvador, que había asistido tanto al reencuentro de los dos hermanos como a la discusión entre el obispo de Compostela y el hermano de Paterna.

—¿Fray Fruela? —instó Ramiro.

—Con tu permiso, mi rey —carraspeó el monje—. He aquí un caso de lo más singular. Ese hombre grande que ahí ves se llama Sancho Jimeno y era uno de los capitanes de la tropa de Nepociano. El obispo Ataúlfo de Compostela lo ha capturado en batalla y lo ha acogido a su servicio. Y este otro hombre pequeño que ahí ves se llama Cernín: es uno de los cautivos de Rodrigo Núñez en su combate con los moros en la Mesa, un cristiano apresado por los musulmanes, hecho esclavo y obligado a combatir en los ejércitos del emir. ¡Ahora viene lo asombroso! —exclamó fray Fruela, levantando teatralmente las manos—. Resulta que este Sancho y este Cernín son hermanos, y ambos, cuyas vidas estaban perdidas, han ido a reencontrarse aquí, en el campo de Cornellana, el día de la gran victoria del rey sobre el usurpador. ¿Dónde está el conflicto? En que el señor obispo de Compostela desea adquirir a Cernín para que pueda unirse a su hermano y redimir juntos sus culpas, pero el señor don Rodrigo —miró el monje a Paterna, como buscando comprensión— reivindica su derecho a disponer de la vida del cautivo como le plazca y se niega a la venta. Y este es el suceso que nos ocupa y que nos ha traído hasta ti, mi rey, en busca de tu justicia.

Ramiro estaba tan estupefacto como antes lo habían estado Rodrigo, Ataúlfo y el propio Fruela. Miraba a Cernín, miraba a Sancho y no les veía parecido alguno, pero fray Fruela daba por bueno que eran hermanos, luego no cabía dudar de aquello. Miraba entonces a Rodrigo, miraba a Ataúlfo y estos dos sí le parecían hermanos, ambos con el mismo gesto de dignidad ofendida, el mentón apuntando al cielo, los brazos cruzados y los ojos entornados en un ademán de orgullo herido. Volvió el rey la vista hacia Serrano. El obispo mozárabe sonreía, sin duda estimulado por la extravagancia del caso. Y fue el rey a buscar la mirada de Paterna, pero enseguida rectificó, porque no quería perder la concentración.

—Veamos. —Hablaba despaciosamente Ramiro encerrando el rostro en sus manazas de desollador de jabalíes—. Rodrigo Núñez, el cautivo es tuyo. ¿Qué te propones hacer con él?

—Con tu permiso, mi rey —respondió el joven—, haré lo que me plazca. Como si quiero matarle. Es mi derecho.

—Es tu derecho, sí —reconoció Ramiro—, pero hay una oferta de compra. Obispo Ataúlfo —preguntó el rey al prelado—, ¿por qué quieres comprar a ese hombre?

—Con permiso, mi rey —argumentó el compostelano—, porque si Dios ha obrado algo tan extraordinario como reunir a dos hermanos perdidos desde cinco años atrás, y además lo ha hecho en una jornada como la de hoy, es sin duda porque el Señor nos ha querido lanzar un mensaje. Y ese mensaje solo puede ser la reconciliación de ambos, Sancho y Cernín, bajo el abrigo de la fe.

Ramiro se rascó una oreja. Volvió a pasear la mirada por los objetos del litigio. Consultó a Serrano algo que nadie escuchó. Después obsequió a Paterna, que observaba atónita el pleito, con una sonrisa de satisfacción. Y el rey dictó sentencia.

—Caballero Rodrigo Núñez, has combatido bien y tus cautivos te pertenecen. Si quieres matar a Cernín, estás en tu derecho. Tú le has apresado. Y si prefieres mantenerlo con vida para que te sirva, también la costumbre y la ley te asisten. Ahora bien, es cierto, y en esto tiene razón el obispo Ataúlfo, que tu victoria sobre Mahoma será mayor si devuelves a un apóstata a la fe de Cristo que si simplemente siegas el cuello de un musulmán. Porque eso, la fe, colijo yo, es lo que preocupa al obispo de Compostela. ¿Puedes tú, Rodrigo Núñez, devolver al navarro Cernín a la fe de Cristo? Seguramente sí —se contestó el rey a sí mismo, levantando una mano autoritaria para que nadie le interrumpiera—, pero convendrás conmigo en que nadie mejor para esa tarea que el obispo de Compostela. Ahora bien, ¿puede el obispo llevarse a Cernín amparándose en los deseos de conversión de este navarro y en la feliz circunstancia del reencuentro de dos hermanos? Ciertamente no —volvió a levantar Ramiro la mano, esta vez frente a Ataúlfo—, o no al menos sin pagar un precio que el propietario considere justo.

Tanto Rodrigo como Ataúlfo hicieron ademán de intervenir, pero el rey no estaba dispuesto a que se escuchara otra voz que la del propio rey. Se levantó de su asiento, comenzó a pasear lentamente, las manos cruzadas a la espalda, y de vez en cuando se detenía para acariciar alguno de los estandartes que cantaban su victoria. Ramiro estaba actuando. Estaba actuando para Paterna. Su futura esposa había conocido al guerrero victorioso. Ahora iba a conocer —pensaba Ramiro Bermúdez— al monarca amante de la justicia.

—He aquí lo que haremos —dijo al fin el rey—. En aras de la salvación de las almas de estos dos hombres, tú, Rodrigo Núñez, aceptarás la propuesta de compra que te ha hecho el obispo Ataúlfo, pues la salvación del alma es más importante que la propiedad. Y en reconocimiento a los derechos de victoria que legítimamente corresponden a Rodrigo, tú, Ataúlfo de Compostela, harás una oferta de compra por Cernín el esclavo, o el navarro, o lo que diantres sea, justa y proporcionada a la singular naturaleza de este caso. Fray Fruela y el obispo Serrano, aquí presentes —añadió Ramiro, señalando con un dedo autoritario a ambos clérigos—, actuarán como intermediarios en la negociación y velarán para que la oferta sea sensata y don Rodrigo quede satisfecho. Antes, mi hijo Gatón habrá de interrogar a ambos, al

mercenario y al sarraceno, por ver qué noticias pueden darnos sobre nuestros enemigos. Aunque dudo que estos pobres desdichados puedan contarnos algo que no sepamos ya. En cuanto a vosotros, Rodrigo y Ataúlfo, mañana me informaréis sobre los detalles de la negociación. Ahora, me retiro. Eso es todo. Podéis marchar.

Tomó el rey Ramiro de Asturias el camino de su tienda, no sin antes interpretar una cortés reverencia hacia Paterna, pero no pudo dar un paso más porque inmediatamente los hermanos Jimeno se precipitaron sobre los pies del monarca, sollozando los dos al mismo tiempo, deshechos en un mar de agradecimiento.

—¡Que se los lleven! —ordenó Ramiro—. Si por mí fuera, mañana ninguno de vosotros dos vería el sol. Pero habéis tenido la fortuna de toparos con un obispo en el día en que Nuestro Señor nos ha hablado. Que se lleven a estos despojos —repitió Ramiro—. ¡Y quedad todos con Dios!

El obispo Ataúlfo pagó a Rodrigo, y este aceptó de buen grado, veinte sueldos de plata —una pequeña fortuna— por la vida de Cernín Jimeno, así como el compromiso de decir una misa todos los meses, durante un año, por las intenciones del joven Núñez. Se rumoreó después en la corte que en la determinación de tan alto precio influyó no poco el obispo Serrano, deseoso de dar un escarmiento a su petulante colega compostelano. En cuanto al joven Rodrigo, terminó contento como un cascabel: con veinte sueldos de plata podía comprar cinco sementales de la mejor calidad y mantener caballerizas, sustento para los animales y hasta servidumbre de cuadras durante varios años. Algo que siempre le haría recordar con gratitud a Cernín, el eslavo, el navarro, y a su hermano Sancho Jimeno, el astuto capitán del usurpador Nepociano.



Jimena nunca antes se había fijado en él. Ahora, camino de la puerta Rutilante, guiando a pie sus dos caballos, le miraba con agradecimiento. Porque Gautier de Carcasona le había salvado algo más que la vida.

Gautier era un hombre pequeño y delgado, con un toque felino en sus maneras; de facciones finas, incluso hermosas, con dos vivos ojos negros bajo el cabello moreno y una boca que sonreía sin querer; las canas de la hirsuta barba no desmentían una apariencia enérgica y vigorosa. Prudente, Gautier de Carcasona avanzaba antorcha en mano por las callejas de Oviedo entre las casonas de los nobles, primero, y ahora en un dédalo de barracones arremolinados a la sombra de la muralla. La gran puerta de piedras rojas, la principal de la ciudad, estaba ya a dos pasos. Gautier levantó una mano, y Jimena se detuvo en seco. Ambos, sombras furtivas, buscaron la oscuridad de una esquina.

—Ya estamos —dijo el hombre—. Una pequeña carrera y habremos pasado al otro lado de la puerta. Pero hemos de cerciorarnos de que no haya nadie. Aguardemos

unos instantes.

Pasaron esos instantes y muchos más en un lapso que a la dama se le antojó eterno. Ladró un perro. Ladró otro. Un gato pasó corriendo detrás de una rata. El tiempo parecía haberse detenido. Jimena podía oír su propia respiración, desbocada en el pecho, haciendo latir el zafiro que colgaba de su cuello. Y sentía a su lado, como un efluvio acre y macho, el olor a sudor y guerra de Gautier.

—¿De verdad mataste a Berenguer de Tolosa? —preguntó la mujer en un susurro.

—¿Berenguer? —suspiró quedo el de Carcasona—. ¡Vieja historia! Sí, yo lo hice. Mi señor, Bernardo de Septimania, era conde de Barcelona. Un gran caballero, pero despótico y sin escrúpulos. Por querellas políticas y por sus propios pecados fue destituido y el condado pasó a Berenguer de Tolosa. Junto a mi señor combatí a las órdenes del emperador Ludovico Pío contra su hijo Lotario. ¡Otro Lotario! —chistó Gautier evocando al de Fráncfort—. A la vuelta de la campaña, mi señor Bernardo exigió al emperador que le devolviera Barcelona en premio a su esfuerzo en la batalla. Pero Berenguer también había hecho méritos, de manera que Ludovico optó por reunir a ambos y negociar. Ahora bien, Bernardo no quería negociar. Lo consideraba una deshonra. Me ordenó que Berenguer no llegara vivo al encuentro. Y lo hice, sí. Con la misma daga con la que he descabellado a Lotario de Fráncfort. Después...

Gautier de Carcasona calló. Había atenuado la luz de la antorcha dejándola en el suelo, junto al cofrecillo con el oro de Oviedo, y ahora solo veía el fulgor ciego de Jimena bajo la luna. Pero no necesitaba mucha luz para adivinar los cabellos rojos de la dama ni sus ojos del color de la mar en invierno. ¡Los había admirado secretamente tantas veces! El mercenario acercó una mano torpe al rostro de la mujer. Acarició dulcemente sus pómulos, su mentón.

—Mi señora —musitó—, no os he librado de Lotario por fidelidad a vuestro marido, sino por amor a vos. ¡Si supierais cómo os deseo...! Vuestro marido está vencido. Acabado. Dejadlo todo y venid conmigo. A mi lado estaréis segura. Y yo os amaré como... Como...

A Jimena le pareció que algo explotaba y se incendiaba en su interior. Gautier la había aferrado por la cintura y atraído contra sí. Enseguida notó sobre su piel el tacto duro del hombre y el calor de su aliento junto a la boca. Intentó zafarse, pero sus fuerzas no respondieron. Una sensación sofocante envolvió a la dama, una especie de manta viscosa y cálida, como si algo prohibido y secreto hubiera emergido de las profundidades para abrazarla y preñar su espíritu. Quiso apartarse, pero no pudo: su cuerpo no obedecía; había quedado cautivo de aquellos ojos que la miraban con un brillo de luna. Quiso hablar, pero su lengua no respondió. Quiso elevar al menos un brazo, pero con espanto constató Jimena que toda voluntad había desaparecido de sus músculos y sus nervios, y que ahora toda ella no era más que un pedazo de carne

temblorosa entregado sin resistencia a un ansia más fuerte que la conciencia. Con horror sintió aquellas manos en sus muslos y en su pecho, sintió la lengua invasora en su boca, sintió sus cabellos mecidos por una fuerza invencible, pero sintió también que ríos de deseo fluían por todo su ser.

—¡Os amo, mi señora! ¡Te amo, Jimena! —roncaba la voz de Gautier como el gamo llama a la hembra en celo, y ella permanecía inmóvil y blanda, inerte en aquella esquina de una casucha de Oviedo, abiertos de puro estupor los ojos, mientras esas manos de hombre la frotaban, la apretaban, la recorrían palmo a palmo con el júbilo de quien ha encontrado un tesoro largamente anhelado, y la saliva de Gautier se deslizaba por el largo cuello de Jimena como lluvia tibia en un desierto de hielo, y Jimena se sorprendió a sí misma ardiendo de pánico y a la vez deseando fundirse en aquel calor de pecado. Melusina estaba vencida.

Fue entonces cuando las hojas de la puerta Rutilante crujieron con un chirrido que arrancó centellas en la noche. Al otro lado aparecieron antorchas y, bajo los hachones, hombres armados. Los guerreros se aproximaron. Jimena y Gautier pudieron ver al que iba en cabeza: un tipo enjuto con un jabalí pintado en el escudo. La luz de las teas iluminó a los amantes. Una voz gritó:

—¡En el nombre del rey, daos presos!

—¡Huye, mi señora! —gritó Gautier con un súbito relámpago de desesperación en el rostro—. ¡Sálvate! ¡Por la puerta de Santa María! ¡Allí están los demás! ¡Corre! ¡Yo protegeré tu huida! ¡Corre!

Jimena, aturdida, anegada todavía por la invasiva ola del deseo, apenas tuvo tiempo para cruzar una mirada fugaz con el tipo del escudo del jabalí. Lo último que vio la dama fue la espalda de Gautier de Carcasona tapando la calle para hacer frente a sus perseguidores. A trompicones, casi a ciegas en la noche de Oviedo, oliendo aún el aroma animal de Gautier, Jimena subió al caballo y huyó.



—Hay que avisar de esto al rey.

—Debe de estar ya durmiendo.

—¡Pero es extremadamente importante! —enfaticaba el obispo Serrano—. ¡Decisivo!

—No sé cómo se lo tomará —rezongaba Gatón Ramírez.

Porque estaba escrito que aquella noche el rey Ramiro la pasara en vela. En la primera hora del sueño había llegado al campamento real un emisario. Lo enviaba el conde Escipio. La guardia avisó a Gatón. Este, al obispo Serrano. Ambos acudieron al encuentro del heraldo. Con asombro constataron que se trataba de uno de los hijos de Escipio. Traía un mensaje de puño y letra del conde, su padre. Un mensaje para el rey.

—¡Padre! ¡Padre! —musitaba Gatón en la penumbra de la tienda.

—¡Mi señor! ¡Despierta! —susurraba el obispo.

—¡Por todos los demonios! —roncó Ramiro con voz pastosa y casi sólida—. ¿Qué pasa ahora? ¿Otra querrela de cautivos y señores?

—Un mensaje, padre —se excusó Gatón—. Del conde Escipio.

Ramiro se incorporó lentamente, con la fatiga propia de su medio siglo. A medida que su cuerpo se enderezaba, los ojos del color de las castañas se abrían en un arco digno de sustentar las bóvedas de la catedral de Santa María. El rey restregó las manos sobre los párpados, se rascó la melena, se arañó la barba y apagó un bostezo.

—Explicadme eso —ordenó.

—Ha llegado un heraldo de Escipio —enunció Serrano, conciso—. Trae un mensaje del conde. Escrito para ti.

—¿Dónde está? —gruñó el rey.

—Aguarda fuera —contestó Gatón—. Es uno de sus hijos.

—¡Un hijo! —botó Ramiro en su camastro—. ¡Que pase!

Gatón abrió la lona de la tienda, hizo una seña imperativa al exterior y acto seguido penetró en la carpa, bien escoltado por dos guardias, un joven de traza elegante y pulcra, sencillamente ataviado con una túnica negra sin otro adorno que el cinto, donde descansaba la vaina vacía de un cuchillo. El joven dio dos pasos, clavó una rodilla en tierra, agachó la cabeza y tendió al rey la mano que portaba el mensaje.

—Dios te guarde, mi señor don Ramiro, mi rey —recitó el joven—. Me llamo Oveco y soy el primogénito de don Escipio de Pravia, conde de palacio. Mi padre me envía con un mensaje para ti. Y ofrece mi vida como prenda de la limpieza de sus propósitos.

Ramiro paseó una mirada inquisitiva por el joven Oveco, su melena negra y su porte señorial. Un auténtico doncel digno de la mejor corte. Parecía mentira —pensó— que un viejo buey como Escipio hubiera podido engendrar un hijo tan distinguido. Tomó el mensaje de las manos del emisario sin permitirle ponerse en pie. Hizo una seña al obispo Serrano para que se acercara. Leyó en alta voz:

—«De Don Escipio de Pravia, conde de palacio, al conde Ramiro Bermúdez, rey electo de Oviedo. Por la presente, los que abajo firman reconocen al citado don Ramiro como rey legítimo de Asturias, expresan su sumisión al vencedor de Cornellana, manifiestan su propósito de jurarle fidelidad y acompañarle en su coronación, y ponen a Dios Nuestro Señor por testigo de estas voluntades, y a mi bienamado hijo Oveco como prueba de ello. Por tanto suplican al rey electo don Ramiro y a su esposa doña Paterna...». —Hizo el rey un alto—. ¿Por qué meten a Paterna en esto? ¿Será otro lío del de Mena?

—Seguramente solo es protocolo, mi señor —aclaró Serrano—. Prosigue, te lo ruego.

—«Por tanto —continuó leyendo el rey— suplican al rey electo don Ramiro y a su esposa doña Paterna acepten nuestra invitación para acudir a los campos de Pravia, donde el conde don Escipio y los que abajo firman recibirán a su augusta persona con el tratamiento que su condición regia merece y le harán muestra de su juramento de fidelidad». —Se interrumpió el rey—. ¿Pretende que vaya allí, a su casa? ¿Quién se ha creído que es? ¡Lo justo sería que fuera él, o más bien ellos, quienes acudieran aquí a rendirme pleitesía!

—Quizá temen por su cabeza, mi señor, si se presentan aquí de uno en uno —sugirió el obispo Serrano.

—¡Y temen con fundamento! —bramó Gatón.

—¿Pero esto a qué suena? —rio el rey malignamente—. ¡Parece una maldita trampa!

—No lo creo, mi rey —refutó Serrano—. Si lo fuera, Escipio no habría mandado a su hijo en prenda. ¿Qué más dice el mensaje?

—Nada más. Los nombres de los que firman.

—¿Son muchos? —inquirió el obispo.

—¡Son todos, por vida de San Vicente! —se asombró el rey sin apartar los ojos del pergamino—. Los condes Escipio y Sonna, los caballeros Piniolo y Aldroito, esas ratas, y además Flaín de Castañeda, Osorio de Amieva, Suero de Tineo, el conde Cuervo de Gijón... ¡qué sé yo!

—Todos los que habían prestado su brazo a Nepociano en el consejo —apuntó satisfecho Serrano.

—¡Tendríamos que cortarles el cuello! —se indignó Gatón.

—Ya te dije, hijo mío —rio Ramiro, meneando la cabeza—, que si vencíamos habría que sentar a nuestra mesa a los mismos que nos desafiaban. Es la política...

—Con permiso, mi señor —ascendió desde el suelo la voz del joven Oveco, que permanecía rodilla en tierra—. Si se me permite hablar...

—Habla —ordenó Ramiro con un mohín de despecho.

—De los demás caballeros nada puedo decir, pero mi señor padre, el conde Escipio, así como el conde Sonna, no se proponen otra cosa que elevaros al trono que os pertenece. Por eso abandonaron las filas del usurpador Nepociano facilitando vuestra victoria en la batalla. Y si os citan a vos y a vuestra digna prometida en nuestras tierras de Pravia —clarificó el joven—, no es por altanería ni mucho menos por tenderos una celada, sino porque de esta manera era más fácil convocar a todos los nobles señores de Asturias sobre un mismo lugar.

—Con sus huestes, imagino —apuntó Ramiro, suspicaz.

—Sus huestes son vuestras, mi rey —proclamó Oveco—. Ya habéis visto su comportamiento en la batalla. Y por otro lado, mi vida queda en vuestras manos como prenda de todo esto que digo.

—¿Dónde está tu cuchillo? —preguntó abruptamente el rey—. Tu vaina está vacía.

—Mi cuchillo se lo entregué a vuestro hijo Gatón —respondió el joven mientras Gatón, tras él, exhibía el arma con gesto burlesco.

—Bien está —suspiró el rey—. Puedes ponerte en pie, joven Oveco. Pasarás esta noche con nosotros como rehén, puesto que así lo ha querido tu padre. Sin tu cuchillo, quede claro. Mañana conocerás mi decisión. Ahora —hizo el rey una seña a Gatón—, que este muchacho se retire, se le trate según su condición, se le dé algo de comer y quede a buen recaudo.

El cíclope rubio agarró al distinguido Oveco por el brazo y lo condujo al exterior, donde dos guardias le buscaron un asiento entre la tropa. Gatón volvió a la tienda y ya Ramiro había empezado a examinar el paisaje con el obispo Serrano.

—Me pregunto qué otra cosa podemos hacer sino acudir a la llamada —reflexionaba el rey—. No hacerlo sería cobardía. Pero comprenderás que los riesgos...

—Los riesgos son evidentes —concedía el obispo—, pero los beneficios son mucho mayores.

—Lástima que no esté aquí mi hijo Ordoño, ¿verdad, Gatón?

—Sí, padre —respondió Gatón con una mal disimulada mueca de fastidio.

—En todo caso —zanjó Ramiro—, la vida de ese zagal, Oveco o como se llame, debería ser suficiente garantía.

—Nadie manda a su hijo como víctima de sacrificio —observó Serrano—. Escipio no es Abraham...

—¡Y tenemos nuestro ejército, qué demonios! —exclamó el rey, para corregirse enseguida—: Con perdón, amigo Serrano.

—No está mal traer a colación a los demonios —contemporizó Serrano— cuando de Piniolo y Aldroito se trata.

El rey fijó la vista en algún lugar de las paredes de lona de su tienda. Lentamente acarició el escudo familiar, la cruz dorada sobre fondo rojo, aquel escudo derrotado en el Burbia cuando armaba el brazo de otro rey y que ahora conocía su primera gran victoria en manos de un rey nuevo. Enredó los dedos en la barba, otra vez revuelta. Sonrió.

—Lo haremos, sí —decidió Ramiro, jubiloso—. Mañana partiremos al alba. Todos. Con toda la tropa. Capitanes en cabeza y estandartes al viento. Yo, el primero. A mi lado, Serrano. Y tú también, Gatón —dijo el rey al cíclope rubio, que asintió con una sonrisa satisfecha—. Detrás, Paterna. Y Oveco, a pie, como paje de mi señora. Camino de Oviedo, nos detendremos en Pravia. Quiero que las huestes marchen formadas y armadas, como si fuéramos a entrar en batalla. Bien visibles en la columna, los cautivos sarracenos y los mercenarios presos: que vea esa gente cómo

acaba quien reta a la corona. Llevemos también esas catapultas que ha abandonado Nepociano; nos harán aún más temibles. Entraremos así en las tierras de Escipio. Escucharemos lo que esos señores nos tengan que decir. Y acto seguido nos dirigiremos a la capital. Que esta parada en Pravia sea solo una etapa de nuestro desfile triunfal hacia Oviedo. Gatón, ocúpate de todo. En toda España y hasta en la corte carolingia no se hablará de otra cosa durante años que de la fastuosa entrada del rey Ramiro en Oviedo. ¡Y límpiame la coraza, hijo, que parece el mandil de un carnicero! —concluyó el rey entre grandes risotadas.



—¡Habéis llegado a tiempo! —gruñó Gautier de Carcasona, la espada en su mano. Aún permanecía su espíritu envuelto en el aroma de Jimena, aún vibraba su cuerpo con la sinfonía loca del deseo y aún sentía en su boca el sabor de la dama. Ahora Gautier se preparaba para morir.

—¡Tras ella! —gritó Hernán de Mena a los hombres que le acompañaban—. ¡Ella es la pieza más importante! ¡Yo me ocupo de este!

Sin que Gautier pudiera hacer nada por impedirlo, la tropa salió corriendo y dobló a la izquierda la calle que conducía a la puerta de Santa María. Él quedó plantado en medio del cruce, ante sí el hombre que le iba a matar y allá lejos la mujer que le había devuelto la vida.

—¡Date preso y salva la vida! —instó Hernán al mercenario.

Gautier sonrió con una mueca de resentimiento.

—¿La vida? ¡Mi vida acaba de marcharse corriendo por esa calle! Ahora no me queda más que...

—¡Basta de parlamentos! —atajó Hernán—. Las explicaciones que tengas que dar, las darás ante el rey. ¿Cómo te llamas?

—Gautier. Me dicen de Carcasona. Es grato saber —rió el hombre— que hay quien no me conoce.

Hernán de Mena compuso un gesto de perplejidad. No entendía nada de lo que aquel sujeto quería decir.

—¡Date preso! —le instó una vez más. La mirada de Hernán había ido a posarse en el caballo que piafaba detrás de Gautier. Y sobre el caballo, el de Mena descubrió sin dificultad el cofrecillo que sobresalía de las alforjas. Habían llegado a tiempo, sí. El robo no se había consumado. Aquella mujer que huía era sin duda la esposa de Nepociano, el cofrecillo de la montura de Gautier contenía una parte del botín, el regente aún se hallaba dentro de las murallas... Misión cumplida. Ahora había que neutralizar a este tipo que se interponía en su camino, pero... ¿por qué no se entregaba?

El de Carcasona esgrimió firmemente su espada en la diestra mientras, con la

izquierda, sacaba lentamente una hermosa daga.

—¡No lo pienses más, Jabalí Blanco! —provocó Gautier—. ¡Ataca!

—¡Estás loco! —resopló Hernán—. ¡Vas a morir!

—Ya sé que voy a morir. ¡Pero quizá no ahora! —sonrió Gautier de Carcasona abriendo los brazos, la espada en una mano y la daga en la otra, como incitando a su rival a abrir el baile.

Hernán terció el escudo, afianzó la espada y avanzó. Estudió brevemente a su rival. Leyó en sus ojos que era un hombre desesperado. Pero el veterano caballero había aprendido a desconfiar de las almas movidas por la desesperación. Hernán de Mena lanzó un primer golpe de tanteo. Gautier trabó la estocada con su daga y devolvió el ataque. El de Mena retrocedió, tomó distancia y acometió de nuevo buscando el brazo izquierdo de su enemigo. Este eludió el golpe, giró sobre sí y descargó nuevamente el arma sobre el escudo de Hernán.

Gautier de Carcasona podía estar desesperado, pero sabía lo que hacía. Se movía como un gato suicida, haciendo oscilar ágilmente su cuerpo hasta ponerlo bajo el alcance de la espada enemiga para, inmediatamente, hurtarse al acero y colocarse en posición de ataque. El de Mena nunca había visto a nadie pelear así. Sudando bajo la cota de malla, afanado en interpretar los ritmos del movimiento de su enemigo, Hernán trazaba ante sí tajos letales que obligaran a Gautier a descubrir algún punto débil, pero la danza del de Carcasona cerraba el espacio como una cortina de acero movida por algún invisible espectro.

Hernán lo intentó por arriba, pero su rival parecía encogerse. Lo intentó por abajo, pero Gautier saltaba como si lo transportara el aire. Supo el de Mena que tendría que emplearse a fondo si quería doblegar a un rival que en cada movimiento citaba a la muerte para despreciarla inmediatamente después. El rostro de Gautier de Carcasona, envuelto en sudor, había adquirido un aspecto pétreo, inmóvil, hijo de la extrema concentración. Hernán entendió que su enemigo, llevado por su propia danza, no tardaría en pasar al ataque. Y Gautier, sí, lo hizo con una rápida cadena de golpes abiertos que enseguida cubría con los movimientos de la daga, mucho más eficaz que el escudo para ese extraño tipo de esgrima. El de Mena, bien guarecido tras la rodela y sin bajar la guardia, soportó el chaparrón: uno, dos, tres, cuatro golpes que Gautier de Carcasona administraba con ritmo constante y medido, con una uniformidad que habría desarmado a otro combatiente menos experto que Hernán. El Caballero del Jabalí Blanco contó mentalmente los intervalos de Gautier. Así descubrió una grieta en aquel muro invisible: no en el espacio, sino en el tiempo. Hernán rompió el ritmo de su rival con una ofensiva aparentemente desordenada. Vio que este esbozó una sonrisa; señal de que había tragado el anzuelo.

Cuando Gautier contraatacó frente a lo que erróneamente había juzgado como torpeza, Hernán volvió a su trabajo mental: uno, dos, tres, cuatro golpes del arma

enemiga, siempre con el mismo ritmo, la misma danza mortal. No hubo quinto golpe. El de Mena cortó el baile de las armas de Gautier con una estocada imprevista que penetró hondo en el brazo izquierdo del mercenario. La daga cayó con un tintineo que en su sonido cantaba más de una muerte. El de Carcasona quedó paralizado por la sorpresa y el dolor. Sin darle tiempo para recuperarse, Hernán estrelló el escudo contra el rostro de su enemigo. Gautier cayó de espaldas al suelo, la espada aún en la mano. Por un instante pensó el de Mena en aplicar la punta de su arma sobre el cuello del mercenario y exigir su rendición, pero este no dio opción: con un rápido movimiento trató de incorporarse; fue para ver su pecho atravesado por la espada del Caballero del Jabalí Blanco. Hernán nunca podría apartar de sí la impresión de que aquella había sido una muerte voluntaria. Así acabó sus días Gautier de Carcasona, el asesino de Berenguer de Tolosa.



Nepociano y el conde Sonna se dieron de bruces en la puerta de Santa María. Los hombres del conde abrían el portalón noroeste de la muralla en el mismo instante en que los normandos de Ragnar y el regente hacían lo propio desde el interior. Los vikingos permanecieron mudos de sorpresa, no menos que los guerreros de Sonna. Nepociano advirtió en las miradas de sus mercenarios el inequívoco deseo de huir. Evaluó rápidamente la situación: ellos eran solo ocho; los hombres de Sonna, más de una docena. Todo estaba perdido, pero había que intentar ganar tiempo. Que al menos Jimena, a la que Nepociano imaginaba escoltada por Gautier de Carcasona en la puerta Rutilante, pudiera huir de esta ratonera.

—¡Ahí lo tenéis! —exclamó súbitamente el regente, señalando a Sonna con un dedo acusador—. ¡Ese es el rostro de la traición! ¡Ese es el hombre que ha desertado del campo de batalla y por cuya deslealtad nos vemos vencidos! ¡Traidor! ¡Traidor!

Nepociano no tenía la seguridad de que los normandos entendieran todas sus palabras, pero sabía que Ragnar las comprendería y, en todo caso, los mercenarios no ignoraban que Sonna había acudido a la batalla para marcharse en pleno combate; eso debería bastar para prender en ellos la hoguera del resentimiento, máxime al verse, como ahora, rodeados y sin salida. El anciano caballero no se equivocó. Los normandos soltaron las riendas de las monturas que transportaban sus tesoros, esgrimieron las espadas y cruzaron entre sí palabras que Nepociano no supo interpretar, pero que sonaban a odio y venganza y muerte. El propio Ragnar se adelantó unos pasos, espada en mano, y rompió a aullar ante sus hombres en su propio idioma. El regente había oído hablar de la fiereza de los normandos, de su bravura implacable, también de su desprecio a la muerte y de su certidumbre de que morir espada en mano les conduciría a la morada de sus dioses. En todo eso confiaba ahora Nepociano para salir con bien de este nuevo apuro.

Las palabras de Ragnar enardecieron a los normandos. Como dementes, aquellos tipos de talla descomunal y ojos de hielo empezaron a berrear —en el torrente de su jerga Nepociano solo entendía «Odín»— mordiendo sus escudos y agitándose como demonios en trance de exorcismo. Sin apagar su rabioso clamor acometieron contra los hombres de Sonna. Chocaron las espadas, chocaron los escudos, chocaron los cuerpos en una colisión salvaje. Los guerreros de Oviedo, sorprendidos por la avalancha, trataron de contener a aquellas furias juntando mucho sus líneas y adelantando las picas para mantener las espadas normandas a distancia. Ragnar, detrás de sus vikingos, bramaba con toda su alma voces cuyo aliento parecía empujar a los hombres como velas al viento. Por un instante Nepociano pensó que la huida era posible. Pero entonces...

—¡Nepociano! ¡Nepociano! ¡Soy yo! ¡Están aquí!

Jimena apareció corriendo, los rojos cabellos revueltos como un remolino de mar, las ropas descompuestas, la mirada perdida, el rostro demudado. Venía sola, sin montura ni cofre ni... Gautier. Nepociano sintió que el ánimo escapaba de su cuerpo. Aquella contrariedad venía a echarlo todo por tierra. Sin manifestar sus pensamientos, el anciano magnate estrechó entre sus brazos a la mujer.

—¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —urgía el regente.

—¡Los hombres de Ramiro! —resollaba Jimena—. En la puerta Rutilante. Nos han sorprendido. Deben de haber matado a Gautier. ¡Vienen tras de mí! Y aquí... — La dama sintió un desvanecimiento al comprobar que allí también se luchaba—. ¡Estamos perdidos!

En aquel momento supo Nepociano que el naufragio era inapelable. Miró a los normandos, empujando a fuerza de ira y acero a los hombres de Sonna, pero sin ganar ni un metro bajo la puerta de Santa María. Miró a Ragnar, que seguía gritando, pero cada vez con menos convicción. Miró al conde Sonna, plantado a caballo al otro lado de la puerta, semioculto por la piña de hombres y armas, normandos y asturianos confundidos, que bloqueaba el umbral. Miró a Jimena, temblorosa a su lado, deshecha y vencida. Y miró a los hombres que ahora aparecían por la calle que venía desde San Salvador, blandiendo teas y espadas, cantando ya su inmediata victoria; los hombres de Hernán de Mena. Solo era posible una salida.

—¡Llévatela! —gritó a Ragnar—. ¡Llévatela de aquí!

—¡No! —repuso la mujer—. ¡Yo me quedo!

—¡Que te la lleves he dicho! ¡Como sea!

Ragnar posó unos ojos de estupor sobre la pareja. Luego, mecánico, abandonó el tumulto de la puerta y se aproximó a la mujer. Tomó a Jimena por el brazo. Esta se resistió con fuerza desesperada.

—¡No te abandonaré! ¡Moriré contigo! —suplicaba la dama.

Ragnar interrogó a Nepociano con la mirada. Este, con un gesto de abatimiento

infinito, les dio la espalda. Sintió entonces Jimena una mano atroz en su cuello, enseguida todo un brazo que como una tenaza se cerró en torno a ella, después sus pulmones se quedaron sin aire como un fuelle vacío y finalmente dejó de sentir nada. Desvanecida, Ragnar la subió a su montura como si de un fardo se tratara. A unos pocos pasos, bajo la puerta de Santa María, la fuerza de los normandos empezaba a remitir ante la firmeza de los hombres de Sonna.

—¡Volveremos a vernos! —gritó el mercenario.

—¡Fuera de aquí! —se desesperaba Nepociano—. ¡Huye! ¡Sálvala!

Ragnar Haraldson picó a su caballo, cargado con dos cofres de oro y la dama fugitiva a su pesar, y salió a escape hacia el interior de la ciudad. El normando y Jimena se perdieron en la noche de Oviedo. Pero no llegarían muy lejos.

El conde Sonna, a caballo detrás de sus soldados, había observado la escena. Resuelto, cargó sobre la masa que se aglomeraba bajo la puerta, arrolló a sus hombres y a los enemigos en el mismo impulso, derribó a Nepociano con un golpe seco de su escudo y galopó tras los fugitivos. De inmediato los tuvo a la vista. Ambos caballos, el perseguidor y el perseguido, cruzaron ante la catedral de Santa María, después bajo la iglesia de San Vicente y enseguida alcanzaron las callejas encerradas entre casonas y chabolas, talleres y cobertizos de ganado, antes de divisar la sombra negra de las murallas. Ragnar parecía buscar alguna de las salidas que por el este de la ciudad iban a perderse en los campos. Sonna sabía que sus hombres debían de hallarse ya a este lado de la puerta, intramuros, avanzando coordinadamente hacia el interior. El mercenario no tenía escapatoria.

El caballo de Ragnar Haraldson tardó muy poco en frenarse. Una patrulla ascendía hacia la torre de San Salvador desde la puerta de la Noceda. Sonna estaba ya a dos pasos. El normando se vio atrapado: ante sí, la patrulla; tras él, Sonna; a los lados, solo el silencio de las casas cerradas a cal y canto. Ragnar hizo lo único que cabía esperar de él: arrojó al suelo a Jimena, aún inconsciente, para hacer que el conde, al verla, se detuviera; después lanzó al aire algunas piezas de oro del interior de su cofre, para entretener a los hombres de la patrulla; por último, picó a su montura y salió como alma que lleva el diablo por la puerta abierta de la muralla, atropellando en su galope a las desconcertadas siluetas que, ciegas en la noche, guardaban la Noceda.

Sonna, en efecto, se detuvo al ver cómo Ragnar arrojaba al suelo el cuerpo de Jimena. Desmontó y se aproximó a la dama; estaba aún inconsciente. Examinó con interés sus facciones de estatuaria belleza, envueltas ahora en mechones rojos que el sudor había adherido al rostro como algas en la mar. Era ella, sin duda. Pero había en la mujer algo inusual, algo que sobrecogió al conde de palacio: los ojos cerrados parecían hundidos en sus cuencas, los pómulos que él recordaba frescos se mostraban ahora violentamente descarnados, los labios sufrían el azote de mil grietas y la piel se

había convertido en un laberinto de arrugas; era como si Jimena hubiera envejecido mil años en una noche. Turbado, Sonna reparó también, una vez más, en el zafiro que reposaba en su pecho, aquella joya en cuyo fulgor había depositado Nepociano su ambición de poder. El conde trató de correr en pos de Ragnar, pero el normando ya había desaparecido como un golpe de viento. Resignado, el conde subió a la dama a su montura y marchó de vuelta a la puerta de Santa María.

Allí el combate había concluido. Los normandos estaban muertos. Todos. Al ver huir a su jefe, perdieron las ganas de pelear y se dejaron matar con la parsimonia de quien se prepara para un largo viaje. Nepociano permanecía en pie, inmóvil, rígido, quieto como un bloque de piedra, rodeado por los guerreros de Asturias; esos mismos guerreros que el anciano magnate había pretendido utilizar en su propio provecho. Cuando vio el caballo de Sonna y, sobre él, a su amada, no pudo evitar un respingo. Ni siquiera ella se había salvado. La catástrofe era completa.

—¡Nos quisiste engañar a todos, Nepociano! —voceaba Sonna desde lo alto de su caballo, acercándose al paso—. ¡Querías vendernos a Córdoba! ¡Pagarás por esto!

Nepociano no contestó. Su mirada se había perdido en otro grupo de hombres armados que ahora llegaba a la escena. Al frente de la hueste, Hernán de Mena. El Caballero del Jabalí Blanco, en silencio, vino a situarse frente al regente.

—¡Nepociano! —gritó el de Mena—. ¡Quedas destituido por orden del rey legítimo, Ramiro Bermúdez! ¡Date preso!

—Tú debes de ser Hernán, ¿me equivoco? —silbó Nepociano, tranquilo como un cadáver que hubiera salido de su tumba—. ¡El pequeño Hernán! La última vez que te vi eras un mocoso. Debí haber imaginado que tú andarías por medio en toda esta historia. Siempre que me cruzo con tu sangre, me visita el infortunio. La amargura de tu abuela me rompió la vida tanto como la irresponsabilidad de tu madre. Y de tu padre, ¡qué te voy a decir! Murió pobre como las ratas, ¿verdad? Envuelto en sus cicatrices y sus blasones. Dime —rió el anciano, y en su risa sonaban ecos de antiquísimos rencores—, ¿es cierto que te legó un terruño en esa horrible frontera que tanto amáis? ¡Pobres diablos!

El anciano trataba de resultar hiriente, pero su posición era tan desastrosa que a nadie podía herir sino a sí mismo. Revueltos los cabellos blancos, hecha jirones la túnica, invadido el rostro por una lividez mortal, Nepociano era la imagen misma de la derrota.

—Os conduciremos ante el rey —se limitó a contestar Hernán—. A tu esposa y a ti. De momento permaneceréis encerrados en las mazmorras de palacio. El conde aquí presente —agregó, haciendo una seña hacia Sonna— se encargará de tomar las disposiciones oportunas. Y ahora, habla: ¿dónde está el obispo Gomelo?

Nepociano miró a Hernán largamente, como si quisiera ver en el caballero algo distinto a ese hombre que tenía ante sí. Por la mente del anciano pasaron imágenes de

otras conjuras y de otros tiempos, imágenes en las que se veía igualmente derrotado por otro sujeto con el mismo escudo. Al fin musitó:

—En Ablaña. Está en el monasterio de Ablaña. No temáis, ha sido bien tratado. —Y enseguida imploró—: ¡Déjame ver a mi esposa!

Hernán asintió. Sonna descabalgó a la mujer, aún inconsciente, y la tendió con cuidado en el suelo. Nepociano secó una lágrima furtiva en los cabellos rojos de su dama. Delicadamente trató de reanimarla. Cuando Jimena abrió sus ojos del color como el mar en invierno, vio sobre sí a su marido, desgredado y roto, y tras él a Sonna y Hernán de Mena. La mujer volvió a cerrar los parpados en un mohín de angustia. Su espíritu voló de nuevo hacia algún lugar oscuro y frío, el lugar donde vive la desesperanza. Todo había terminado. Y ella, sí, ella lo había visto antes de que nada sucediera.



Esa noche en Cornellana, cuando el campo de batalla dormía, dos hombres despertaron a Cernín Jimeno, el cautivo navarro de Rodrigo Núñez. A empujones y patadas, pero sin gritos, le sacaron subrepticamente del redil donde se hacinaban los prisioneros. Cernín, aterrado, no pudo sino obedecer. Le sangraban las muñecas y los tobillos, una gruesa capa de porquería envolvía todo su cuerpo y estaba muerto de hambre y de sed. Soñaba con su libertad, en compañía de su hermano, bajo la protección del obispo de Compostela. ¿Quiénes eran esos hombres que venían ahora a privarle de su última esperanza? A la opaca luz de la luna pudo reconocer a uno de sus captores: Rodrigo de Tedeja, el improvisado lugarteniente del joven Núñez; el segundo parecía ese otro castellano, Olmundo, que había combatido en el puente de Cornellana. ¿Qué querían de él?

Sin más palabras que algún ocasional insulto proferido a media voz, el eslavo fue llevado hasta el cauce del río, cerca del muro del pequeño monasterio de San Salvador. Allí, bajo un frondoso abedul cuya sombra nocturna lo envolvía todo en negro, aguardaba en pie una figura. Solo cuando estuvo muy cerca pudo Cernín reconocer a Rodrigo Núñez, el hermano de Paterna. El cautivo se sintió morir. Sin duda —cavilaba— el joven no había recibido bien el arreglo dictado por el rey y pretendía ahora ejecutar su derecho a disponer de la vida de su preso. El de Tedeja y el otro, que efectivamente era Olmundo de Erice, llevaron a Cernín casi en volandas hasta el abedul. Allí lo arrojaron a los pies de Rodrigo Núñez. Este mantenía en sus manos la cesta con la cabeza sin cuerpo del general Walid y, a su lado, algo parecido a un arma. Cernín musitó una oración al dios de los cristianos, ya que el de los musulmanes le había abandonado. De rodillas, agachó la cabeza mostrando el cuello a su amo. Había llegado al final.

—Eres un hombre con suerte, Cernín —masculló Rodrigo Núñez—. Tuviste

suerte al caer cautivo de los moros en vez de terminar destripado, tuviste suerte al salir con bien de las batallas en las que te metieron, tuviste suerte al sobrevivir a la carnicería de Lutos, tuviste suerte al encontrar a tu hermano, tuviste suerte al caer bajo la mirada del obispo de Compostela. Descuida —casi reía Rodrigo—, no seré yo quien desafíe a la suerte y, además, a un obispo compostelano.

Lo siguiente que sintió Cernín fue el golpe seco de un instrumento junto a sí.

—¡Cava! —gritó el joven Rodrigo.

Cernín miró el objeto. Era una pala. Olmundo prendió un candil. El navarro aún no sabía si iba a cavar su tumba. Rodrigo le sacó de dudas.

—Tres palmos bastarán —indicó el hermano de Paterna—. Demos al general Walid el entierro que merece.

Cernín cavó. Pese a las magulladuras de sus muñecas y sus tobillos, pese a que no le quedaba en el cuerpo ni un hilo de fuerza física, cavó como si le fuera la vida en ello. Deshecho, agotado, el sudor que inundaba su frente se perdía en las lágrimas que nacían rebeldes en sus ojos, y lágrimas y sudor se mezclaban con la suciedad y el polvo de su rostro componiendo una máscara como de última penitencia.

—Suficiente —ordenó Rodrigo.

El joven se arrodilló. Extrajo de la cesta la cabeza de Walid. Descosió de la canasta el lienzo que la forraba y lo utilizó como improvisado sudario. Casi con dulzura envolvió la cabeza en el lienzo e introdujo el paquete en el agujero excavado por Cernín.

—¡Tapa eso! —mandó nuevamente el hermano de Paterna.

El cautivo navarro, exhausto, temblando de puro agotamiento, cubrió la cabeza del general Walid con la tierra blanda y oscura del campo de Cornellana. Después el de Tedeja fabricó con dos palos una apresurada cruz y la hincó sobre el lugar. Cernín no salía de su asombro. Rodrigo Núñez se adelantó, desenvainó la espada y la clavó fuertemente en la tierra. A guisa de crucifijo, se arrodilló ante la espada.

—Señor de los Ejércitos —oró el joven capitán—, recibe en tu seno a este guerrero perdido, que fue un hombre valiente. Y a nosotros danos fuerza para que nuestro brazo siga proclamando tu gloria y tu victoria. Amén.

Los tres castellanos se santiguaron. Cernín también lo hizo. Después Olmundo y el de Tedeja devolvieron al navarro al redil de los cautivos mientras Rodrigo Núñez quedaba allí solo, ante la tumba de Walid, bajo el abedul, intercambiando confidencias con la noche.

16 EL HOMENAJE

No hubo paisano de la comarca de Pravia que no saliera a admirar el cortejo del rey. El obispo Serrano había puesto todas sus dotes litúrgicas al servicio de la ceremonia. Porque fue una ceremonia, y de las que iban a recordarse por muchos años.

Un rey, tres obispos —Serrano más el de Compostela y Adulfo de Lugo, que se presentó de improviso porque no quería perderse la ocasión—, la prometida del monarca, los capitanes de Galicia y de Castilla, más de cinco mil soldados, una cuerda de cautivos musulmanes, las máquinas de guerra capturadas a Nepociano, varios cientos de campesinos de Cornellana y Trevías que sumaron sus carros a la comitiva... Todo eso partió al alba desde el mismo punto del campo de batalla para tomar el camino que por la ribera del Narcea lleva hasta Santianes. Al frente, el rey con su mejor coraza y su yelmo más brillante; a su alrededor, bien enhiestos, los estandartes y pendones de la hueste, enarbolados por los victoriosos jefes de guerra. Tras ellos, los obispos flanqueando a Paterna. A su lado, los monjes de San Salvador de Cornellana con el prior Fruela entonando himnos a la gloria de Dios. Y después, la tropa, y las catapultas arrastradas por bueyes, y los paisanos que salieron de Cornellana más otros que se fueron sumando por el camino. Los rezos de los monjes se mezclaban pecaminosamente con las tonadas que cantaban los labriegos y con las voces de los soldados, y los vapores del incienso que sahumaban los frailes y del vino que corría por las filas envolvían a la muchedumbre en una nube de fiesta mayor. Más de tres horas tardó la larga columna en llegar a su destino. Pero nadie olvidaría nunca la magnificencia del cortejo del rey Ramiro.

Paterna cabalgaba serena, silenciosa, altiva, sintiéndose observada por todos y a todos saludando con un gesto de amable distancia, como corresponde —pensaba ella— a lo que una reina debe hacer. Se había vestido cuanto mejor pudo para el trance: limpia túnica blanca bordada con ribetes rojos bajo un largo manto azul; así, decían las comadres de Villarcayo, se vestía en la corte carolingia. Para sujetar el cabello de trigo maduro, recogido en trenza, escogió una cinta dorada. Esa mañana había dudado sobre si llevar el cabello suelto, como atributo de soltera, o cubrirlo como debe hacer una casada. Decidió mostrarlo: tiempo habría más adelante para cubrirse. Y así se aparecía ahora Paterna Núñez, próxima reina de Oviedo, ante los ojos pasmados de la concurrencia, sobre un caballo ricamente enjaezado cuyas riendas conducía nada menos que el joven Oveco, el hijo del conde Escipio. Una estampa digna, sí, de la corte carolingia.

Los rostros de la multitud eran los mismos que ella había visto en su aldea y en su sierra, y en todas las aldeas y sierras de la cristiandad: rostros de gente acostumbrada

a pechar con las miserias de la vida y a sacrificarlo todo por guardar un pedazo de pan y al menos un hijo vivo. Nadie tenía que enseñarle a Paterna cómo era el pueblo, porque ella misma venía de un lugar donde todo era pueblo. Pero ahora la dama ya no era una más entre el paisanaje, sino la mismísima reina de Asturias, y todos los sentidos de la castellana estaban puestos en tratar de comportarse conforme se esperaba de ella. Tarea difícil cuando uno no ha visto nunca a un rey ni a nada que se le parezca. Salvo a Ramiro.

De Ramiro no podía esperar mucha ayuda. Allá delante cabalgaba el hombre victorioso, saboreando los frutos de su triunfo, repartiendo saludos entre un gentío que apenas unas horas antes se preparaba para sufrir los estragos de la guerra y que ahora descubría, como si de un milagroso hallazgo se tratara, que la guerra había terminado de un solo golpe. Y el autor del milagro era, a sus ojos, ese hombre: el nuevo rey.

«Solo quieren vivir en paz y tener la barriga llena», le había dicho Ramiro la noche antes, paseando por el campo de batalla. El rey había insistido en explicar a Paterna los pormenores del combate. Ella no pudo sino aceptar. Enseguida entendió que lo que realmente deseaba Ramiro no era tanto hacer un alarde de genio militar ante una pupila bien dispuesta como pasearse entre sus hombres con la pieza cobrada en la mano, para que todo el mundo supiera que el hijo de Bermudo no solo había desbaratado la conspiración del usurpador, sino que además podía exhibir el hermoso talle de una distinguida reina como laurel para su frente invicta. Si su padre, Bermudo, había comenzado su efímero reinado con una derrota, él, Ramiro, lo inauguraba con dos victorias.

Paterna se prestó gustosa al juego. Pese al cansancio de la larga jornada de marcha hasta Cornellana, pese a la insoportable repugnancia que le inspiraba el paisaje con su hedor a muerte, pese a la extraña inquietud que aún se agitaba en su interior cuando le venía a las mientes el nombre de Hernán, Paterna Núñez descendió al campo de batalla con las últimas luces de la tarde, dejó que Ramiro la tomara del brazo, saludó a los nobles gallegos que habían acompañado al rey en el combate, pisó la tierra condecorada con la sangre y el fuego, paseó entre grupos de soldados exhaustos y malolientes, fingió interesarse por las maniobras que Ramiro, henchido de orgullo, explicaba con rotundos ademanes, e incluso honró con su femenina presencia el atrio de la modesta iglesia de fray Fruela, cuyos pocos monjes la obsequiaron con todo género de bendiciones. El señor del Édramo tampoco le ahorró el mal trago de contemplar el pudridero donde se apilaban los cadáveres de la jornada.

—Admira esto, mi dama —exclamaba Ramiro—. Este paisaje envuelto en victoria.

—¿La victoria siempre huele así de mal? —preguntó ella, incauta.

—¡La derrota huele mucho peor! —había respondido Ramiro entre risas, pero cortante.

Se asemejaba más a Eneco que a Hernán; Ramiro era ese tipo de hombre tosco, lineal, sin dobleces, pero también sin misterios, que daría su vida por los más altos ideales y al mismo tiempo caería sin remisión en los vicios más deleznable. ¡Conocía a tantos como él! Pero este iba a ser rey, y a su futura esposa más le valdría —pensaba Paterna— tomarle bien la medida.

—Esto es solo el principio, mi señora —le había confiado el rey, excitado por el baño de gloria y muerte—. Iremos más allá. En Galicia y en Castilla. Quiero tierra llana donde plantar cereal. Quiero poder dar de comer a esa gente —señalaba Ramiro al hormiguero de campesinos que batía el campo de batalla en busca de algún botín—. Quiero que vuelva a haber cruceros en los caminos y ermitas en los cerros. Y si tengo que ser rey, quiero serlo de un pueblo que me mire con amor y veneración, como se miraría a un padre. Y a su reina, como a una madre —añadía con una expresión casi tierna que chirriaba incongruente en aquel rostro, sucio aún de sudor y polvo y ceniza.

Parecía un buen hombre. Era mucho mayor que ella —veinte años, nada menos—, pero guardaba una apariencia vigorosa y sana. Se movía con una cortesía algo artificial, pero grata. Mostraba afecto a sus soldados. Era generoso con los vencidos, pues se había abstenido de perpetrar la habitual degollina entre los mercenarios de Nepociano; algo que, por otro lado, nadie habría estado en condiciones de reprocharle. En vez de eso, había apresado a unos pocos cientos —las canteras de Galicia y las minas de Trasmiera serían su destino— dejando marchar a los más. La victoria de Cornellana le estaba haciendo volar, pero no parecía ganado por la soberbia. Habría que ver cómo era fuera del campo de batalla, en el tedio rutinario de la vida de palacio, en las obligaciones de alcoba o en las irritantes ocupaciones de despacho; habría que ver si, hastiado, resolvía dedicarse a la caza y el vino, como tantos otros; habría que ver —Paterna no podía ignorarlo— si buscaba a otras mujeres, quizás alguna que hasta ayer mismo calentaba su cuerpo y que ahora estaría asistiendo, frustrada y despechada, al vuelo de su hombre hacia otro nido. Habría que ver, en fin, cómo aceptaban sus hijos encontrar a Ramiro casado con otra mujer que no era su madre. Ese Gatón la miraba de una manera extraña. Era imperativo ganárselo cuanto antes. No parecía mal muchacho: tan noble y tan bruto como ese caballo salvaje sobre el que cabalgaba. Una ardua tarea se abría a los pies de la castellana.

Ahora, camino de Pravia, Paterna no podía dejar de pensar en su inminente destino. Iba a casarse con ese hombre. Iba a yacer con él. Iba a ser reina. Toda la cristiandad del norte tenía los ojos puestos en ella. Y ella iba a poner un digno precio a su mano.

Ya se divisaban las primeras casas del poblado de Pravia. El amanecer había dejado un cielo cubierto de nubes poco amenazadoras. Pronto brillaría el sol. Iba a ser un buen día. Un día de fiesta en el reino.

Una cohorte de jinetes salió al encuentro del cortejo de Ramiro Bermúdez. Dos caballeros venían en cabeza. Uno era un tipo rubio con un aspa negra en el escudo. El otro era Hernán.



Las palomas volvieron sueltas. Todas a la vez. Sin mensaje alguno. El eunuco Nasr Abu el-Fath no salía de su asombro. Incluso sacrificó algunas de ellas para abrir sus entrañas, por si ahí pudiera descubrir la causa del enigma. Nada. Solo palomas. Palomas que habían regresado a Córdoba desde el lejano norte y lo hacían mudas, sin noticia alguna sobre la expedición del príncipe Mohamed. No cabían sino tres opciones: una, algún esclavo poco avisado las ha dejado escapar; dos, un accidente ha roto carro y jaula y así las palomas han decidido volver; tres, alguna catástrofe ha deshecho la columna y solo esos bichos han sobrevivido al desastre. ¿Qué elegir?

Nasr acarició su calva cabeza evaluando probabilidades. Un muy poco discreto sentimiento de victoria hacía vibrar su vientre ante la mera hipótesis de que Mohamed hubiera sufrido un serio descalabro. Lo lamentaba por el general Walid, sí. El esclavo era un buen tipo. Pero toda apuesta lleva su coste. En cualquier caso, no convenía sacar conclusiones precipitadas. Lo que tenía en las manos eran palomas; nada más que palomas. Alguien, en alguna parte, debía de tener información fresca y veraz sobre el destino de la columna del príncipe. El eunuco cursó inmediato aviso a sus puestos avanzados en la línea del Duero. Ellos serían los primeros en recibir noticia de la suerte de Mohamed, fuera esta cual fuere. Sin duda los alguaciles de aquellas plazas, barcos varados en medio del desierto, se apresurarían a responder a su mensaje. Todos ellos conocían hasta qué punto podía llegar la generosidad del eunuco Nasr Abu el-Fath para con quien le servía bien.

Había que contárselo al emir. No podía ocultarle algo así a Abderramán. La suerte de su heredero estaba en juego. Una media sonrisa se esbozaba mecánicamente en la cara redonda del eunuco al imaginar a Mohamed derrotado, vencido, humillado, herido... Incluso, por qué no, muerto en aquella tierra de salvajes del norte. Eso colmaría de satisfacción el corazón de la bella Tarub. Su hijo Abdalá tendría mucho más cerca el trono. E incluso si el heredero no hubiera muerto, si solo hubiera sido un contratiempo, aun así su crédito forzosamente tenía que quedar disminuido a ojos de su padre. El emir no podía pasar por alto un fracaso de semejante calado. Abdalá ganaría posiciones. Y él, Nasr, empezaría a ver cumplido su propósito de aniquilar a aquel mamarracho que un día le llamó «gordo buey hijo de un cerdo cristiano».

Tarub había trabajado bien. En todos los rincones de Córdoba, desde el zoco hasta

los baños pasando por la mezquita, las gentes se hacían lenguas de la aventura del pequeño Mohamed y su ambiciosa misión en el reino de los infieles. El rumor había crecido como una bola de nieve lanzada en las blancas faldas de la sierra de Granada. Primero se dijo que Mohamed partía para castigar a los infieles en la frontera. Después el pueblo añadió que el heredero iba a medirse con el ejército cristiano al completo. Enseguida se cebó el bulo con imaginarias huestes de todos los puntos de Al Ándalus. Lo último que había oído el eunuco, haciendo un soberano esfuerzo por mantener la compostura, fue que el príncipe Mohamed iba a luchar contra el mismísimo Carlomagno; la especie se la refirió un albañil de las obras de la mezquita y Nasr no puso el menor empeño en explicar al pobre hombre que Carlomagno llevaba muchos años muerto. ¿Para qué? Mejor así. Que todo el mundo elevara a Mohamed hasta la altura de un héroe de leyenda; eso haría aún más dura su caída.

Abderramán recibió al eunuco en su salón del trono, sentado en ese incómodo escabel que Ziriyab le había hecho construir para que la corte del emir de Córdoba no tuviera nada que envidiar a la del califa de Bagdad. Tenía el aire cansado, Abderramán. Había sido un día de largas horas de discusión e intrigas con los Banu Qasi del Ebro, según refirió a Nasr un oficial de la corte apenas puso el pie en el alcázar. ¡Esos Banu Qasi...! Pero no incomodaba a Nasr el no haber sido informado de tales negocios: había aprendido a no meter la nariz en el puchero del emir.

El eunuco avanzó hacia la puerta tantas veces franqueada, se postró sobre la alfombra tantas veces hollada, saludó con las fórmulas tantas veces recitadas. Abderramán tardó en contestar. Desde su posición, de rodillas y con la frente en el suelo, Nasr solo podía ver los dulces pies de Tarub, reclinada entre cojines, bajo la augusta figura de su dueño. Habría dado cualquier cosa por poder confiar a la hermosa favorita, en privado, la naturaleza de su visita, pero había cosas que incluso a ellos les estaban vetadas.

—Mi buen Nasr —suspiró el emir con un deje cansino—, levántate. ¿Tenemos noticias?

—Mi señor, que Alá te guarde muchos años y te cubra de bendiciones —salmodió el eunuco—. Tenemos noticias inquietantes, en efecto, y por eso me he permitido turbar tu paz.

—¿Inquietantes? —interrogó Abderramán, levantando las cejas en un arco de sorpresa—. ¿Para quién?

—Para todos, mi señor. Esta mañana han regresado al nido todas las palomas de la expedición del príncipe Mohamed —informó Nasr, fingiendo aflicción—. Todas. Y sin ningún mensaje en sus patas. Tampoco en las entrañas de los animales. Es como si...

Nasr se interrumpió. No quería decir lo que pensaba. «Saberlo todo de todos y que nadie sepa qué pasa por tu corazón». Pero no era fácil decidir qué versión servir

al soberano de Córdoba.

—¿Cómo si...? —apremió el emir.

—Como si un accidente o alguna circunstancia similar hubiera roto la jaula y empujado a los animales a la fuga —optó el eunuco por la explicación menos traumática.

—Un accidente... o algo peor —musitó Abderramán con gesto reconcentrado—. ¿No hay más noticias de la columna de mi hijo?

—No, mi señor. He ordenado —se apresuró a agregar el eunuco— que todos los puestos de la frontera estén alerta y me informen inmediatamente en cuanto se sepa algo.

—Bien hecho. ¿Y no tenemos ninguna otra forma de saber qué pasa en el norte?

—Sí, mi señor. Otros agentes —explicó Nasr con la satisfacción de quien lo tiene todo bajo control— podrán darnos noticia de las maniobras de nuestro amigo Nepociano. Pero hasta mañana o tal vez al día siguiente no habrán llegado sus palomas.

Nasr guardó un reverente silencio. ¡Las palomas de Nepociano! Ahora caía en la cuenta de que desde tres días atrás no recibía ninguna noticia nueva de Oviedo. Y hasta este preciso instante no se le había ocurrido poner en relación el silencio de Nepociano con la desbandada de las mensajeras de Mohamed. Un presentimiento sombrío cruzó por la mente del eunuco: había demasiados cabos sueltos en este asunto.

—Mi querida Tarub —susurró de pronto el emir—. ¿Tú qué piensas?

—Yo... —acertó a balbucir, azorada, la favorita, en cuyo interior se había dibujado ya el escenario de la muerte de Mohamed—. Yo no entiendo mucho de palomas, mi señor —dijo al fin—. Quizá solo haya sido un accidente, como indica Nasr Abu el-Fath.

—Accidente o no —reflexionó Abderramán—, no me complace en absoluto la idea de tener a mi hijo y heredero perdido en algún lugar de esas horribles montañas inhóspitas y sin posibilidad de comunicación. Mi buen Nasr —interpeló al eunuco—, ¿cuánto podríamos tardar en enviar una columna de socorro?

—Podemos mandar un mensaje ahora mismo a los puestos que guarnecen los espacios al sur de Astorga —informó el eunuco, diligente—. Mañana o pasado mañana a lo sumo, la paloma llegará y un destacamento de la frontera podrá internarse por ese camino que tomó el príncipe... Ese camino... ¿cómo se llamaba? —fingió ignorancia el eunuco a sabiendas de que así hería aún más la posición de Mohamed.

—La Mesa —respondió con enojo el emir—. Sí, es un buen plan. Manda el mensaje ahora mismo. Y que de inmediato partan columnas en busca de la hueste de mi hijo. Ahora, Nasr, déjanos. Pero vuelve en cuanto tengas noticias. Sea la hora que

sea.

Nasr Abu el-Fath se inclinó en una profunda reverencia. En una fracción de segundo taladró los ojos de Tarub, brillantes de ambición y gozo. No quiso pronunciar palabra alguna que aliviara la incertidumbre de Abderramán; cuanta más zozobra, cuanta más angustia le provocara la suerte de Mohamed, más humillante sería el retorno del heredero y más débil se haría su posición en la sucesión al trono. Ello suponiendo que ese petimetre despótico y presuntuoso no hubiera muerto en el lance. Pero no, no había que dejarse llevar por hipótesis vanas. Era preciso esperar. Y mientras tanto, que los rufianes que Nasr tenía dispersos por todos los rincones de Córdoba hicieran correr el rumor: un grave descalabro de naturaleza desconocida había quebrado al príncipe Mohamed, el heredero del trono de Córdoba.



Hernán y Sonna, en tranquilo trote, se aproximaron hasta la cabeza del cortejo del rey. El conde Sonna había insistido una vez más en portar el estandarte de la cruz. En esta tesitura, no solo para salvar su honor, sino también para que nadie dudara de a quién ofrecía su espada. Sin palabras, los dos guerreros descabalgaron en cuanto divisaron a Ramiro. Este los esperó a caballo, con un asomo de malicia en los ojos del color de las castañas. Hernán no lo percibió. Toda su atención estaba puesta en admirar a Paterna, majestuosa en su caballo de reina, ocupada en atender a las palabras de los tres obispos que la circundaban. La castellana desvió, apenas un instante, una mirada furtiva hacia el de Mena. Hernán, herido, la interpretó como un signo de incomodidad, como si ella no quisiera verle más, como si la abeja reina prefiriera matar al zángano.

No hacían falta presentaciones. Los tres hombres se conocían bien. Sonna avanzó, se plantó ante Ramiro, clavó en el suelo el estandarte y acto seguido hincó una rodilla en tierra. Hernán le imitó.

—Te saludo, mi señor conde don Ramiro, señor del Édramo, rey electo de Oviedo —recitó Sonna como si se hallara en una sesión de palacio.

Ramiro no acusó recibo de tanta solemnidad.

—¿Vienes a decirme que te debo mi victoria? —le espetó al conde.

—Vengo a decirte, mi señor don Ramiro, que tu victoria es la mía y que estoy a tus órdenes.

—¿Y Nepociano? —preguntó el rey.

—Preso en Oviedo —informó Hernán—. En las mazmorras de palacio. Y con él, su esposa Jimena.

—¿Y Gomelo? —quiso saber Ramiro.

—Libre —dijo Sonna—. En sus aposentos de la catedral de San Salvador. Recuperándose de su encierro en Ablaña.

—¿Y Oviedo? —insistía el monarca.

—Esperándote —cumplimentó el conde de palacio—. Para recibirte como rey.

Ramiro asintió satisfecho, pero de su rostro no había desaparecido la manifiesta hostilidad que sentía hacia Sonna. Ese hombre había salvado la batalla al retirarse con sus tropas y después había capturado a Nepociano, sí. Pero ese hombre le había traicionado; ese hombre había intimidado con el usurpador. Ramiro no se fiaba de él.

—¿Esperas que te dé las gracias? —inquirió el rey con un tono que habría sido insultante en una cabeza sin corona.

—En Cornellana hice lo que mi honor y la memoria del rey don Alfonso el Casto me consiguieron —declaró el conde, levantando el rostro y sosteniendo la mirada de su señor—. No espero que me des las gracias. Solo espero que mi brazo y mi espada tengan un sitio a tu lado.

—¿Hablas por ti —rio Ramiro—, o también por esos caballeros que nos esperan?

—Hablo por mí. En cuanto a esos caballeros, todos tienen su propia voz, pero no mentiré si digo que solo esperan, como yo, poder aclamarte como legítimo rey de Asturias.

—¿Quiénes están allí?

—Todos los que cuentan algo en el reino. Además de Escipio, están los que firman la carta que has recibido: Flaín de Castañeda, Osorio de Amieva, Suero de Tineo y el conde Cuervo de Gijón. Más otros que hasta ahora se habían mantenido al margen, como el abad Gladila.

—¿Gladila! —se asombró Ramiro—. ¿El rico Gladila de Trubia?

—El riquísimo abad Gladila, sí —confirmó Sonna—. Uno de los pocos señores de las Asturias que se abstuvo de tomar partido por Nepociano... ni por ti.

—¿Zorro! ¡Por eso es tan rico! —rio el señor del Édramo—. Y dime, Sonna, ¿qué hay de Piniolo, Alvito y Aldroito? Me dicen que han sido los auténticos alfiles de Nepociano en esta partida.

—Que yo sepa, no están en Pravia —despachó Sonna con una patente mueca de asco; el conde no podía olvidar la matanza de Alles. Pero estaba equivocado.

—Sí están, mi rey —terció Hernán—. Sonna no lo sabe porque ha pasado la noche en Oviedo disponiendo el encierro de Nepociano —aclaró el caballero para excusar al conde—, pero Piniolo y Aldroito están en Pravia, junto a los que te esperan. En cuanto a Alvito, ha muerto. Recogieron su cadáver en el campo de batalla.

—¡Ratas! —escupió Sonna para sorpresa de Ramiro, que ignoraba la masacre de la familia de don Alvar.

El señor del Édramo miró alternativamente a Hernán y a Sonna. Apenas una semana atrás, ambos eran sus iguales. Ahora él era el rey. No, no se fiaba. Gente como esa, como esos señores que aguardaban en Pravia, había matado a otros reyes.

—Mucha zalamería huelo en tus palabras, conde Sonna —ironizó el rey, suspicaz—. Si alguien ha pensado en tenderme una celada, que mire bien lo que traigo —señaló a su ejército—. Todos estos hombres que vienen conmigo ya han probado el sabor de la sangre.

—No hay celada alguna —reiteró Hernán—. Pronto lo comprobarás.

—Así sea. Conde Sonna —ordenó Ramiro—, adelántate hasta Pravia. Transmite mi mensaje. Quiero que Escipio salga solo, a pie, a la entrada del pueblo. Juntos iremos a la iglesia de San Juan, la que mandó levantar el viejo rey Silo en Santianes. Nada de reuniones a oscuras en palacios de terratenientes. Quiero que todo se haga a la luz del día y con el pueblo como testigo. Cruzaremos la villa. Por supuesto, yo entraré con mis capitanes de hueste. En Santianes, ante la puerta de la iglesia, Escipio y yo recibiremos a los demás señores. El obispo Serrano, aquí presente, levantará acta de cuanto se trate. Otra cosa: quiero que en la misma plaza se prepare un sitial para mi señora doña Paterna; pronto será vuestra reina y debe asistir a la ceremonia de homenaje en posición destacada. Y ahora, marcha y transmite a Escipio mis órdenes. Hernán —añadió dirigiéndose al de Mena—, acompaña y vela por que todo se haga conforme he dicho.

El de Mena quiso decir algo, pero ya Ramiro había vuelto grupas y ahora se dirigía hacia Paterna y los obispos, sin duda con la intención de referirles lo acordado: la escenografía del acto de homenaje. El que sí permanecía allí, en cabeza de la columna, era Gatón, que obsequiaba a Hernán y Sonna con una sonrisa equívoca; una sonrisa que Hernán prefirió no interpretar. Las nubes empezaban a retirarse del cielo y los rayos del sol imponían su brillo para saludar al nuevo señor del reino del norte.



Todo se hizo según el rey había dispuesto. Cuando la comitiva llegó a la entrada de Pravia, el conde Escipio se hallaba en medio del camino, solo y en pie. Solo pero no en solitario, porque una abigarrada muchedumbre de campesinos, artesanos, comerciantes, frailes y otras muchas gentes de cuantas habitaban en la antigua corte se había dado cita para la ocasión. Ramiro, al constatar la calidad del recibimiento, decidió cambiar la fórmula de su aparición. Dio aviso a su hijo Gatón y al obispo Serrano, así como a Paterna. Ordenó descabargar a todos menos a la dama, cuya montura sería conducida por el joven Oveco. Mandó a Gatón enarbolar el estandarte del reino y a Serrano hacer lo propio con el cetro de la cruz. Encomendó a sus capitanes desplegar a las huestes en cuadros cerrados en torno a la villa y a lo largo del camino a Santianes. Requirió a los jefes de la mesnada para incorporarlos a su séquito. Y cuando todo estuvo concluido, marchó a pie al encuentro de Escipio flanqueado por Gatón y Serrano, estandarte y cetro, y tras ellos, a unos pocos pasos,

augusta sobre su vistoso corcel, Paterna, escoltada por los jefes de guerra.

No hubo palabras. Escipio inclinó sus grandes bigotes, puso una rodilla en tierra, besó la mano de Ramiro y, ante el entusiasmo de la multitud que allí se congregaba, guio al rey y su escolta hacia la iglesia de San Juan Evangelista. También Escipio había preparado cuidadosamente la acogida: un coro de monjes de San Juan cantaba entre la muchedumbre y en los balcones de las casas lucían guirnaldas de flores que ahora, con el sol bien alto, brillaban como banderas de gloria. La comitiva cruzó la villa con sus callejas llenas de comercios y casonas que atestiguaban que aquí se elevó un día la capital de la corona. Franqueada la ciudad, un camino bien asentado conducía por la vera del Nalón hasta el sitio de Santianes, donde se alzaba la iglesia que construyó el rey Silo. «*Silo princeps fecit*», rezaba en mil direcciones la piedra laberíntica que aquel extravagante monarca hizo encastrar en el pórtico como testimonio de su patrocinio.

Ante el portalón de San Juan aguardaban los señores de la tierra; todos los que pocos días atrás habían conspirado para cortar la cabeza del señor del Édramo. Ramiro, no obstante, ignoró su presencia y ordenó escuetamente a Escipio que le llevara al interior de la iglesia. Deseaba visitar las tumbas de Silo y Adosinda, y también la de Mauregato. El nuevo rey quería saludar a los reyes de antaño. Afuera quedaron los jefes de guerra del gallego, mirando con ojos asesinos a Flaín, Osorio, Piniolo y compañía. Gatón tuvo que emplear toda su capacidad de persuasión para apartar de allí a los hijos de Fáfila de Lugo, la víctima de Piniolo en el consejo, que querían cobrarse la vida del asesino de su padre. El rico abad Gladila, percibiendo la elevada temperatura del encuentro, optó por quitarse de en medio y tomó bajo su responsabilidad la tarea de acomodar el sitial reservado a Paterna. Sonna se acercó a Piniolo.

—Sé lo que has hecho, Piniolo —masculló el conde—. Tú y tus siete hijos.

—¡Conde Sonna! —compuso el rufián una cortés sonrisa—. Me alegro de verte. Precisamente por eso estamos aquí: para pedir perdón al rey por nuestro error y ponernos a sus órdenes.

—No me refiero a eso y lo sabes —amenazó Sonna—. Hablo de lo que habéis hecho en Alles. La matanza de la familia de don Alvar.

—¿Alles? ¿Don... don Alvar? —Cerró Piniolo la barba negra sobre la boca crispada—. Nombres en verdad nuevos para mí. ¿Y vosotros, hijos? —se volvió el asesino a su progenie—. ¿Sabéis de qué me habla el buen conde?

Los siete hijos de Piniolo, al unísono, negaron con sus cabezas la evidencia que sus miradas admitían. Sonna sintió deseos de decapitar a los ocho de un solo tajo.

—¿Lo ves, mi buen amigo? —canturreó Piniolo, sardónico—. Creo que te equivocas de foro. Son preguntas —añadió, amenazante— que traen malas consecuencias si se plantean en lugares inoportunos.

—¡Esto no quedará así! —se indignó el conde—. ¡El rey tendrá noticia de esto! ¡Por mi vida, Piniolo, que pagarás tus crímenes!

El elevado tono de voz de Sonna llamó la atención de los presentes. Piniolo, alertado, se giró hacia ellos y levantó los brazos en cruz como quien pide indulgencia.

—Disculpad al conde —rio el sicario de Nepociano—. Está alterado por los últimos acontecimientos. Ya arreglaremos él y yo este asunto.

Sonna clavó en Piniolo unos ojos homicidas. Susurró: «Ya lo creo que lo arreglaremos». Y se marchó de allí.

Ajeno al altercado, el séquito de Ramiro fue tomando posiciones en torno al pórtico de San Juan. A un lado, los terratenientes; al otro, los hombres del rey. Gladila, meticoloso, había hecho sacar un rico escaño de la iglesia y, con un palio a modo de toldo, compuso el adecuado sitio para Paterna. Fue Hernán quien acompañó a la dama hasta su asiento. Le ofreció el brazo, ella lo tomó y ceremoniosamente avanzaron ante el entusiasmo de la muchedumbre. Paterna se movía como una estatua que hubiera cobrado vida. Hernán buscó en sus ojos de miel algún eco de la vieja complicidad. No lo halló. Solo sintió un intenso frío en sus entrañas, como si del cuerpo todo de aquella mujer emanara un viento de hielo.

Ramiro salió al fin de la iglesia de San Juan. Escipio recobró su puesto en el grupo de los terratenientes. El rey se situó en pie junto a Paterna. Ella ocupaba el lado izquierdo del pórtico; él, el lado derecho. Serrano y Gatón cedieron al monarca cetro y estandarte. Y así, con el cetro en una mano y el estandarte en la otra, Ramiro aguardó el homenaje de los vencidos. Escipio levantó la diestra. El público calló.

—Mi señor don Ramiro Bermúdez —proclamó solemne Escipio—, hijo del rey Bermudo, conde en Galicia, señor del Édramo, rey electo de Oviedo: los caballeros aquí presentes, hombres todos de viejo linaje, saludan en ti al vencedor de Cornellana. Reconocemos la designación efectuada por el difunto rey Alfonso en su lecho de muerte. Aceptamos la veracidad del testimonio levantado por el obispo don Gomelo. Revocamos formalmente el nombramiento en consejo del regente Nepociano. Te aclamamos como legítimo rey de nuestras tierras. Renunciamos a cualquier otra obediencia. Abjuramos de nuestros pasados errores. Y si en el pasado nos levantamos contra ti engañados por un usurpador, ahora te rogamos que aceptes nuestra fidelidad, demostrada al abandonar las filas de tu enemigo en el mismo campo de batalla que ha visto tu victoria. Ponemos a tu disposición nuestra fama y nuestras vidas. Y te rendimos homenaje como a nuestro único rey en Cristo Nuestro Señor.

Escipio calló, bajó la cabeza y puso una rodilla en tierra. El viejo conde sudaba tras sus grandes bigotes; acababa de apurar el trago más difícil de su vida. Ramiro posó sobre él sus ojos del color de las castañas. Después fue paseando la mirada, uno a uno, por los rostros de los conspiradores. En todos veía lo mismo: orgullo herido y

miedo; resentimiento y turbación. Nunca iban a estar a su lado. Ramiro lo sabía. Todo lo más, podría conseguir que estuvieran bajo su bota; vasallos, sí, pero nunca socios y, mucho menos, amigos. El rey dejó cetro y estandarte en manos de Serrano y Gatón, dirigió una breve reverencia a su prometida y abrió los brazos.

—Caballeros de Asturias —habló suavemente el vencedor—. El rey don Alfonso me escogió como heredero en su lecho de muerte. Por eso abandoné mis tierras del Édramo para acudir a Oviedo. No busqué yo esa elección, pero obedecí a la llamada. Previamente quise encontrar una esposa adecuada para acompañarme en el trono: doña Paterna, hela aquí. Ahora bien, una turbia confabulación alteró la vida del reino. Un usurpador se alzó contra la voluntad regia, contra la ley y contra Dios. Con engaños, bien lo sé, se ganó vuestras voluntades y cubrió de sangre nuestro reino. ¡Con engaños!

Ramiro hizo un alto en su parlamento. «Con engaños». Era preciso repetirlo. En su experiencia del campo de batalla había aprendido el señor del Édramo que siempre es mejor dejar al enemigo una vía de salida: que pueda escapar. No por prurito moral de salvar la vida del adversario, sino porque así, abriendo la puerta a la tentación de la fuga, es más factible la victoria. Eso veía ahora Ramiro en las miradas de los terratenientes: todos estaban dispuestos a admitir que habían sido engañados; todos estaban dispuestos a huir por la vía que el vencedor les había abierto.

—¡Largo tiempo lamentaréis haberos dejado engañar! —cambió súbitamente Ramiro el tono de su discurso—. ¡Eso es algo con lo que tendréis que pechar todas vuestras vidas! Me habéis ofrecido revocar el nombramiento del consejo que designaba a Nepociano como regente. Bien está, pero no basta. Porque vuestro error no ha sido solo elegir a un usurpador, sino, aun antes, erigiros en consejo del reino sin otro respaldo, ni derecho ni autoridad que vuestros propios nombres. Por eso os han llamado traidores, y con razón. En todo caso —dulcificó de nuevo el rey su tono—, solo a Dios corresponde juzgar las debilidades de sus hijos. En lo que a mí concierne, no soy más que vuestro rey. Habéis abandonado el campo del usurpador. Os habéis alejado del príncipe injusto del que habla San Isidoro. Habéis venido a mí para prestarme homenaje. Eso es lo que haremos. Tiempo habrá para juzgar culpas. Por mi parte, estoy dispuesto a aceptar con indulgencia este gesto vuestro; lo recibo como manifestación de arrepentimiento y propósito de enmienda. Conde Escipio...

El veterano conde de palacio fue el primero. Ante la mano tendida de Ramiro, Escipio hincó nuevamente su rodilla en tierra y besó el guante del monarca. Después vino el abad Gladila. Tras él, los restantes señores. Incluso Piniolo y sus hijos. El señor del Édramo se mantuvo rígido, hierático como la piedra pintada del Peñatu, la vista perdida en algún lugar más allá de los hombres, ajeno a las palabras de los patricios de Asturias. Ni una sola vez miró a quienes, derrotados, venían ahora a rendirle pleitesía.

Cuando la ceremonia de homenaje hubo concluido, Ramiro abandonó el aspecto pétreo y recobró la vida. Sonrió con benevolencia. Llamó junto a sí a Sonna, sorprendido, y a Escipio, que se apresuró a obedecer a su nuevo señor.

—Mañana partiremos hacia Oviedo —anunció el rey—. Todos estáis invitados a mi coronación. Y al día siguiente, me cabrá el honor de desposar a mi señora doña Paterna. Así se harán las cosas.

—Mi señor —intervino Escipio—, como un honor recibimos vuestra invitación. Y ahora...

—Ahora —le interrumpió el rey—, nobles de Asturias y Galicia y Castilla aquí presentes, señores obispos, pueblo de mi reino, gritad conmigo: ¡larga vida al reino de Oviedo!

—¡Larga vida al rey Ramiro! —rubricó Escipio.

Los vítores de la multitud y los himnos de los frailes se elevaron al cielo desde el campo de Santianes al tiempo que repicaban las campanas de San Juan. Ramiro dio por concluida la ceremonia. El conde Escipio abrazó a su hijo Oveco, que había permanecido entre las filas del rey, e hizo un aparte con el monarca.

—Mi señor, para rubricar adecuadamente una ocasión tan señalada he preparado un pequeño banquete para tu prometida y para ti. Será en el viejo palacio del rey Silo, que desde hoy será la casa del rey cada vez que te dignes pisar su umbral.

—¿Un banquete? —respondió Ramiro, ceñudo—. ¿Pensáis asesinar al rey en un banquete, como en las viejas leyendas?

—Mi señor... —zozobró Escipio, helado—. Es solo un banquete...

—¡Bromeaba, buen conde! —rio Ramiro con una mueca atravesada—. Pero, dime, ¿tan seguro estabas de que esto saldría bien como para preparar por anticipado un festín? ¿Y si todo hubiera salido mal? ¿Qué habría que celebrar?

—En ese caso, mi rey, habríamos comido a solas mi familia y yo.

En las barbas oscuras de Ramiro se abrió un abismo que podía ser una carcajada. El rey palmeó los hombros de Escipio.

—Habrá banquete, sí, no lo dudes —aceptó Ramiro—. Pero entenderás que mis jefes de guerra han de acompañarme en el agasajo.

—Por supuesto —acató el conde.

—Entenderás asimismo que hará falta un catador. Hace solo un día que esa gente que está ahí quería clavar mi cabeza en una pica; no me arriesgaré a que alguno de ellos pretenda cobrarse por las tripas lo que no consiguió por el brazo.

—Eso me ofende —protestó Escipio—, pero comprendo tus razones y se hará como indicas.

—Y entenderás también que a excepción del abad Gladila, que no se levantó contra mí, y del conde Sonna, que ha demostrado su lealtad, ninguno de los señores que acaban de besar mi mano podrá sentarse a la mesa. Todos los demás habrán de

volver a sus casas.

—Como quieras —aceptó el conde, apenas levemente contrariado.

—Sea. Otra cosa: mi séquito y yo necesitamos un lugar donde instalarnos. No quiero pasar otra noche al raso.

—He dispuesto —respondió Escipio, diligente— que sea en el mismo lugar del banquete: el antiguo palacio de los difuntos reyes Silo y Adosinda, acondicionado para tu prometida y para ti. Un ala para cada uno. Sigue en buenas condiciones.

—¡Has pensado en todo, buen anfitrión! Con razón el viejo Alfonso te tenía a su lado.

—Recibo eso como un cumplido.

—Lo es, Escipio, lo es. Seguiremos tus indicaciones. Ahora déjame departir un instante con mi gente.

Escipio se retiró con una reverencia y Ramiro mandó llamar a Paterna y a Gatón, al obispo Serrano y a Hernán de Mena. Los hizo pasar al interior de la iglesia de San Juan. Allí, en el silencio de la piedra, sin otros testigos que las mudas tumbas de Silo, Adosinda y Mauregato, les expuso sus temores:

—El conde Escipio nos invita a un banquete en el viejo palacio de Silo.

—Es lo normal —apuntó Gatón.

—Pero puede ser una trampa —receló el rey.

—¿Y matarte como al godo Teudiselo, predecesor de Agila? —ilustró el obispo Serrano—. ¡Muerto con la barriga llena! Puede ser, pero no veo a Escipio en esas maquinaciones...

—Aun así, he pedido un catador. Por fiable que sea Escipio, hay demasiadas manos cerca de mi comida.

—Has hecho bien —aplaudió Hernán ante la mirada espantada de Paterna—. Toda precaución es poca con esa gente.

—Hay más. Escipio nos ofrece el mismo palacio de Silo para pernoctar. Un ala para Paterna y otra para mí. Voy a aceptarlo. Pero con precauciones. Gatón, hijo, tú montarás guardia en mis aposentos.

—Cuenta con ello, padre.

—La hueste se desplegará en torno al palacio. Iglesia y palacio están en terreno elevado. Es un lugar fácil de defender si las cañas se vuelven lanzas, pero un enemigo bien adiestrado podría encajonarnos en el meandro del río. Quiero al ejército acampado a mi alrededor. Y de tal modo que podamos salir en todas direcciones si hay que contraatacar. Ocúpate de ello.

—Lo haré, padre.

—Y tú, Hernán —añadió el rey—, custodiarás las habitaciones de mi prometida.

—¿Yo? —balbuceó el de Mena.

—Tú. No me fío de nadie más —confirmó el rey—. Y ahora, vayamos a ese

banquete. Que todo el mundo lleve consigo su espada.

Si el rey Ramiro hubiera podido escuchar la vibración de las almas, habría detectado sin esfuerzo el torbellino de emociones contradictorias que en aquel instante envolvió a su prometida, Paterna, y a su custodio Hernán.



Una lenta y pertinaz gota de agua se desplomaba rítmicamente sobre el suelo gélido y oscuro de la mazmorra. Parecía siempre la misma gota, del mismo modo que, a los hombres, sus errores les parecen siempre los mismos. Nepociano y Jimena, encadenadas sus manos, sentados sus viejos huesos en las duras losas, apretados la una junto al otro para vencer al frío y a la humedad, trataban de acomodar sus ojos al lóbrego agujero donde los hombres del conde Sonna los habían encerrado. Debajo de la torre de San Salvador, o tal vez en el subsuelo de sabe Dios qué ala del palacio, se abrían o, más bien, se cerraban los atroces calabozos de la corona. Y allí el regente usurpador y su esposa, la prima del rey Alfonso, cavilaban sobre su triste destino.

Nepociano estaba vencido. Esta vez, sí. Había conspirado en repetidas ocasiones contra Alfonso el Casto. En alguno de aquellos lances estuvo a punto de ganar. Ahora, cuando el objeto de la conspiración ya no era su odiado Alfonso, sino un sucesor que ni siquiera había llegado al trono, el magnate rebelde había estado persuadido de que acabaría saliéndose con la suya. Hasta que los condes Escipio y Sonna abandonaron el ejército que debería haberle llevado al trono.

—¿Dónde nos hemos equivocado, Jimena?

—Tal vez hemos sobrevalorado a esa cuadrilla de labradores y ganaderos enriquecidos —escupió despectivamente la mujer.

—Tal vez. Aun así, deberían haber sido sensibles a la promesa del oro. De hecho, al principio lo fueron —se consolaba Nepociano.

—Hasta que alguien les prometió algo más fuerte. Algo que tú y yo no podremos entender jamás, me temo —se lamentaba Jimena.

—¡Insensatos! ¡Solo tendrán muerte y dolor! Me vengaré —gruñía el usurpador vencido—. Me vengaré de todos ellos. Empezando por Abderramán.

—¿Abderramán?

—Sí. El emir —confirmó Nepociano—. Tenía que haber estado aquí. Tenía que haber enviado a sus tropas. Tan solo con su presencia, la corona habría sido nuestra. ¿Por qué habrá faltado a la cita? ¡Nunca había estado tan cerca como ahora de cerrar su conflicto con el norte!

—Oí decir a unos guardias —comentó la dama— que una columna sarracena fue desmantelada en el camino de la Mesa una jornada antes de la batalla de Cornellana. Quizá...

—¿Desmantelada dices?

—Exactamente eso. Y poco más sé. Pero quizás esto explique por qué las tropas de Abderramán no comparecieron a tu lado.

—Quizá —se resignó el regente—. Poca tropa sería, en cualquier caso, si una cuadrilla de destripaterrones la ha deshecho.

—¿Lo sabe él? —suspiró Jimena.

—¿Quién? ¿Abderramán?

—Sí.

Una especie de sonrisa amarga se dibujó entre las barbas blancas y enmarañadas de Nepociano. Quizá volvían a su espíritu los recuerdos de aquellas largas tardes cordobesas cerrando negocios y abriendo sentidos en compañía del buen eunuco Nasr Abu el-Fath.

—No he podido comunicar nada a Córdoba. No hubo tiempo. Pero el emir se enterará pronto, sin duda; tiene otros ojos y otros oídos en Asturias.

—¿Crees que tratará de salvarnos? —preguntó la mujer con un brillo de desesperación en sus ojos del color del mar en invierno.

—Olvídalo —chasqueó la lengua Nepociano—. Para él, nosotros no hemos sido más que peones en su juego. No caerá con nosotros. Si le conozco bien, ya debe de estar pensando en otras alternativas.

—Entonces... ¿qué vamos a hacer?

—¡Yo he sido nombrado regente del reino conforme a la ley! —exclamó el anciano magnate con el mismo empaque que si hallara ante un tribunal—. Un consejo de nobles me designó. Y además, lo hizo en el mismísimo salón del trono.

—Pero hubo que matar a dos para...

—¡Sí —atajó Nepociano—, pero no los matamos ni tú ni yo!

—¿Crees que ese Ramiro respetará la decisión de un consejo que...?

—No —volvió a interrumpir el magnate a su esposa—. No la respetará. Pero hay otros nombres.

—¿Quiénes? ¿Escipio y Sonna? —preguntó Jimena, desengañada—. ¡Te han traicionado!

—No me refiero a ellos, sino a los caballeros que allí firmaron y cuyo nombre ha quedado ahora en entredicho.

—¿De verdad esperas algo de esa gente? —rio agria la mujer—. Te traicionarán a ti como antes traicionaron la voluntad de Alfonso.

—Puede ser.

En aquella posibilidad desconsolada se le fueron a Nepociano sus últimas ganas de luchar. Estaba viejo. Estaba cansado. Y aún peor, miraba a su esposa, a su adorada Jimena de los rojos cabellos, y a quien descubría era a otra anciana, como si a la dama le hubieran aflorado de repente todos los años de infinitas edades, toda la erosión secretamente acumulada por el tiempo y que ahora, en la derrota, salía

súbitamente a la luz.

—¡Si al menos hubiéramos tenido a nuestro lado a algún hombre de Iglesia, para que diera legitimidad a tu regencia...! —se dolía la mujer.

—Ese Serrano... Otro traidor.

—¿Crees que nos matará? —musitó Jimena, sin poder disimular un eco de angustia.

—¿Ramiro? Ganas no han de faltarle. Eso le serviría para que los demás señores del reino escarmienten en cabeza ajena... En nuestras cabezas. Otra cosa —observó Nepociano— será que Ramiro se atreva a comenzar su maldito reinado con un baño de sangre.

—Ya ha habido mucha sangre en Cornellana.

—Mucha, sí. Más de la necesaria. ¡Era todo tan simple, tan sencillo, tan transparente...! —se desesperaba el anciano vencido—. Sigo sin encajar que esa gente haya preferido la palabra de guerra de un rey moribundo a un horizonte de paz y prosperidad como el que yo les puse ante los ojos.

—Quizás hemos sembrado en tierra estéril. O quizá las cosas han cambiado tanto en Asturias que esta ya no es nuestra tierra.

—¿En verdad lo fue alguna vez? —preguntó tristemente Nepociano—. Yo he estado casi medio siglo desterrado. Tú abandonaste el país en cuanto pudiste. Nuestra vida era Aquitania; sus campos, sus gentes, sus negocios... ¿Sabes? ¡No puedes imaginar cuánto me duele haberte traído a este desastre!

—Mi vida... —sollozó Jimena, cubriendo con sus manos, ahora manos de anciana, los blancos cabellos de Nepociano—. Era nuestro último paso. Había que darlo. Y no me arrepiento de haberlo dado contigo. De lo único que me arrepiento es de haber perdido.

—El último paso, sí. El último. Ahora solo queda morir.

—¡Rogaré que nos maten juntos! —exclamó Jimena, enjugando sin éxito las lágrimas que recorrían su rostro—. ¡No podrán negarnos eso!

Nepociano pasó una mano temblorosa y lenta por las mejillas descarnadas de su esposa. Nunca la había advertido tan delgada. La estrechó entre sus brazos. Muy despacio, silabeó:

—Tal vez nos mate. Tal vez nos reserve algo peor que la muerte. Pero yo te juro, amada mía, que con mi último aliento convertiré el reinado de ese Ramiro en un infierno. Aún no sé cómo, pero por todos los espíritus que han muerto entre estas sucias piedras te aseguro que lo haré. Y ni un solo día de su vida dejará Ramiro de pensar en Nepociano.



Mohamed se había preguntado muchas veces cuál sería el sabor de la derrota. Qué

llevarían dentro de sí aquellos miserables que huían ante la vista de las tropas de Córdoba en las grandes aceifas del norte, qué sentirían los cautivos cristianos aplastados en el campo de batalla y traídos a la capital como esclavos. Ahora lo sabía. Ahora Mohamed sentía en su interior esa repulsiva mezcla de resentimiento y miedo que fermenta en el alma del vencido. Ahora, camino del sur, quebrantado y solo, conocía Mohamed el amargo sabor de la derrota.

Cabalgaba Mohamed encogido y silente, atenazado el ánimo por las oscuras miradas de aquellos hombres que le habían acompañado en la aventura y que ahora regresaban dando gracias a Alá por haberles salvado la vida y maldiciendo a aquellos generales que les habían conducido a la catástrofe. Apenas cuatro centenares de jinetes; nadie más. Entre los que desertaron tras la muerte de Yahya y los que cayeron en Lutos, la hueste del heredero había quedado reducida a su mínima expresión. Casi todos los supervivientes eran bereberes; la mayor parte de los esclavos había sucumbido en el desfiladero o caído cautiva de los cristianos. Y esos negros ojos bereberes se clavaban en la figura de Mohamed con el ardor punzante del rencor y el odio. El príncipe apenas se atrevía a levantar el rostro. Fingía ensimismamiento y duelo, pero lo que en realidad oprimía su alma era el miedo.

Una traición. Una cadena de traiciones. No cabía otra explicación. La primera traición asomó la cabeza en aquella serpiente que mató al viejo Yahya, el alfaquí. La segunda se manifestó en esa horda de locos vociferantes que salió de ninguna parte para diezmar a su ejército en las montañas. Mohamed tenía un culpable para la primera traición: solo podía haber sido el eunuco Nasr. Pero ¿y la segunda? Nadie sabía que la tropa iba a tomar el camino de la Mesa. Nadie a excepción del emir. Salvo que algún espía, en algún momento de la ruta, hubiera dado la voz de alarma a los cristianos del norte. ¡Pero era tan improbable!

En el agrio camino de la retirada halló Mohamed un pequeño puesto avanzado de soldados bereberes. Pidió unas palomas que pudiera enviar a Córdoba como mensajeras. Tuvo suerte, porque no era fácil encontrar en aquellos interminables páramos puestos tan bien surtidos. Pudo escribir una pequeña nota dirigida al eunuco Nasr Abu el-Fath con todas las precauciones que el caso requería. «Expedición fallida. Retorno a Córdoba». Nada más. El eunuco le daría el mensaje a su padre. Quedaba por delante lo más difícil.

La culpa de la derrota era del general Walid, de eso no le cabía la menor duda al heredero. Ese eslavo había cometido una imperdonable negligencia al no extremar las precauciones en su avance. La orden de avanzar la había dado él, Mohamed, cierto, pero la misión del general consistía precisamente en que la orden se cumpliera a plena satisfacción. Después le había salvado la vida, sí. Solo gracias al sacrificio de Walid pudo el príncipe escapar del campo de batalla. Pero eso —razonaba el joven— no mermaba la culpa del general, pues su deber no era otro que sacrificarse por el

heredero. Si Walid hubiera hecho bien su trabajo, no le habría sido preciso entregar la vida.

Esto le explicaría Mohamed a su padre el emir: una oscura y nauseabunda cadena de traiciones rubricada por la incompetencia de Walid. Abderramán sabría dónde buscar a los culpables. El heredero en persona cortaría sus desleales cabezas. Aún faltaba, empero, dar razón de algo importante: justificar el avance; argumentar por qué el ejército desobedeció las órdenes del emir y entró en las montañas antes de que la guerra entre los cristianos se hubiera resuelto. Excusar el desacato. ¿Y qué decir? No faltaría en la corte quien acusara a Mohamed de rebelarse contra su padre, bien lo sabía el heredero. Era preciso encontrar una buena razón. Pero ¿cuál?

Necesitaba consejo. Mohamed precisaba la voz de alguien con experiencia. Alguien que conociera al emir y pudiera prever sus reacciones. Solo así podría volver a Córdoba y presentarse ante su padre. Y el príncipe creía saber dónde encontrar al mejor consejero: su madre.

La princesa Buhayr. La vieja princesa Buhayr. La primera esposa de Abderramán. ¿Cuántos años llevaba sin verla? ¿Cinco? ¿Siete? Era una triste historia la de Buhayr, aunque no más que la de otras muchas. La casaron con Abderramán cuando este aún era príncipe. Abderramán la escogió de entre otras candidatas porque era la más hermosa y porque los avales de su poderosa familia eran los mejores. Con ella tuvo varias hijas. Hasta que nació Mohamed, su primer hijo varón, lo cual convirtió a Buhayr en la princesa por antonomasia. Pero para entonces Abderramán ya había perdido todo interés por la mujer y se había enamorado perdidamente de una toledana llamada Al-Shifá, que quiere decir «curación». Su encaprichamiento por Al-Shifá llegó al extremo de que arrancó al recién nacido Mohamed de los brazos de su madre para entregarlo a los pechos de Al-Shifá, que crió al pequeño con su leche de esclava toledana.

Buhayr encajó la humillación lo mejor que pudo; después de todo, seguía siendo la primera, aunque ya solo fuera en el orden político del alcázar. Abderramán, no obstante, multiplicaba sus ofensas a Buhayr al mismo tiempo que se hundía más y más en la obsesión por Al-Shifá. El mundo entero vibró de asombro cuando el emir, en un gesto insólito, compró para Al-Shifá el mítico collar de Zobeida, el Dragón, aquella costosísima gargantilla de oro cubierta de perlas y piedras preciosas que hacía la admiración de los hombres de todos los tiempos. Fue el momento más alto de Al-Shifá. Pero después, para desesperación de la toledana, apareció Tarub, que conquistó el corazón del emir con mayor vehemencia incluso que su predecesora. Tan arrasador fue el éxito de Tarub que el emir desposeyó a Al-Shifá del Dragón y se lo regaló a la nueva favorita. Aquel día, el día que le quitaron el collar, Al-Shifá creyó morir.

Buhayr, relegada, veía todas estas cosas desde la distancia, como quien ya no espera nada de la vida. Sin embargo, no por ello había dejado de incubar en su

corazón al ogro de la venganza. Vio a Al-Shifá retorcerse de envidia y dolor y despecho, como ella misma se había retorcido años atrás. Vio a la concubina desposeída suplicar una caricia de su amo, forzar encuentros inconvenientes con él, seguirle en sus campañas. En una de aquellas expediciones Al-Shifá contrajo unas extrañas fiebres y murió a los pocos días. No faltó en la corte quien detrás de esta muerte vio la mano vengativa de Buhayr.

Dicen que a Abderramán le afectó mucho la muerte de Al-Shifá. Tanto que ordenó enterrarla en una especie de morabito cerca de Almaguer. Aunque no por ello dejó de seguir enganchado a las faldas de Tarub. En cuanto a Buhayr, aprovechó la ocasión para quitarse de en medio: solicitó del emir y obtuvo instalarse en una ancha almunia al este de Toledo, en Ocaña; no lejos de la tumba de su enemiga, para disfrutar todos los días con la ruina de la mujer que le arrebató la primacía en el harén de Abderramán. Y desde entonces la primera esposa del emir, la madre de su heredero, vivía retirada en sus posesiones de Ocaña, al margen de la vida de la corte, pero regularmente informada por amigos y familiares que venían a contarle los últimos sucesos de Córdoba.

Nadie conocía a Abderramán mejor que Buhayr. Nadie podía saber mejor que ella cómo enfrentarse a la terrible ira del emir. Mohamed pediría su consejo. Después de todo, era su madre.



El viejo palacio de Silo y Adosinda tenía más aspecto de caserón campesino que de alcázar regio. Se componía de dos alas, en efecto, o más bien de dos cuerpos: dos grandes cubos de piedra enmaderada conectados entre sí por corredores y estancias comunes. Una de esas estancias era el gran salón donde el vencedor de Cornellana y su séquito disfrutaban del banquete preparado por el conde Escipio. Una larga mesa acogía al rey y a Paterna. A la izquierda del rey, Serrano; a la derecha de Paterna, el propio Escipio. A los lados, los demás comensales, con sitio especial para el rico abad Gladila y el obispo de Compostela. Sonna y Hernán se sentaban con los castellanos: Rodrigo Núñez, Rodrigo de Tedeja y Olmundo de Erice. Frente a ellos, los capitanes gallegos. Hubo truchas y salmones del Nalón, dos cabezas de ternera, capones, salchichas, jamón y jabalí, todo ello guarnecido con abundantes hortalizas de la rica vega de Pravia. Unos músicos del pueblo engalanaron el ambiente con albogues, gaitas y tejoletas. Corrieron el vino y la sidra. Pero a pesar de la pompa cortesana desplegada por el conde, poco quedaba en la casa que evocara su carácter palaciego.

—Mi señora doña Paterna —ilustraba Ramiro a su prometida durante el festín—, no sé si conoces la historia de esta casa. Yo te la contaré. Sabrás que después del asesinato del rey Fruela, padre de Alfonso el Casto, reinó su primo Aurelio, que puso corte en San Martín.

—Sí, Aurelio el infame.

—Era mi tío. Hermano de mi padre.

—Lo siento... No quería... —balbució Paterna una excusa.

—¡Oh, no te preocupes! —rió el rey—. Era mi tío, pero era un infame, sí.

—¿Es verdad que pagaba a los moros con mujeres? —se inquietó la dama—. ¿No era una leyenda?

—Me temo que no. Pero a lo que iba: el hecho es que cuando Aurelio dejó este mundo, posiblemente envenenado, la corona fue por vía marital para Silo, un rico terrateniente pravianio que estaba casado con Adosinda, hermana del difunto rey Fruela. Silo era un hombre tranquilo y pragmático cuya primera decisión fue alejarse de las viejas capitales, Cangas, Oviedo, San Martín, y poner corte aquí, en sus propias tierras de Pravia.

—¿Eran tuyas?

—Todo cuanto ven tus ojos —precisaba Ramiro, perdiendo el alma en los iris de miel de la castellana—. En lo alto de una loma cuyas laderas se derraman hacia el Nalón había una casa: su casa, levantada muchos siglos antes sobre piedras romanas. Era esta misma casa que hoy pisamos. Silo y Adosinda la transformaron en palacio y construyeron a su lado una iglesia, la de San Juan, que por algo este sitio se llamaba Santianes, o sea, Sancti Joannis. Nueve años reinaron Adosinda y Silo. La reina rescató a su sobrino Alfonso de su encierro en el monasterio de Samos y lo trajo a Pravia para que aprendiera el arte de gobernar. ¿Sabes? Llegó a ser proclamado rey con apenas veinte años, a la muerte de Silo, pero entonces apareció Mauregato...

—Sé quién es —apuntó Paterna como una alumna aplicada—. El hermanastro bastardo de Adosinda y Fruela.

—En efecto. Y abuelo, por cierto, de nuestro amigo Hernán de Mena.

—También lo sé —corroboró Paterna, componiendo el gesto más impasible que pudo.

—Alfonso tuvo que huir —prosiguió el rey—, y Adosinda quedó encerrada entre estos muros.

—¿Mauregato la encarceló?

—No exactamente —explicó Ramiro—. Mauregato, taimado, echó mano de una vieja norma de los tiempos godos que prescribía la vida monástica para las viudas de los reyes, y así decretó que este palacio se convirtiera en convento.

—Fue aquí, en este suelo —intervino el obispo Serrano—, donde Beato de Liébana y Eterio de Osma se levantaron contra la iglesia de Toledo cuando el obispo de aquella sede, Elipando, dio en negar la divinidad de Cristo. Desde entonces la iglesia de Asturias es el faro de la auténtica cristiandad española.

—Y aquí estamos hoy nosotros —concluyó el rey—, dando cuenta de estas viandas. ¿Sabes, Escipio? —interpeló Ramiro a su anfitrión—. La única alteración

que tuvo el buen Silo durante su reinado fue un levantamiento de nobles gallegos. ¡Gallegos —rio Ramiro— como estos bravos capitanes que hoy se sientan aquí junto al rey!

—¡Galicia salva a Asturias! —aulló puesto en pie Ergica de Tuy, seco y enjuto, la cabeza aún vendada por la herida de Cornellana, el rostro colorado por el vino—. ¡Gloria a las armas de Tuy y del Tambre y de Lemos y del Édramo!

—¡Castilla salva al reino! —bramó a su vez, en respuesta, Rodrigo Núñez esgrimiendo la copa como si fuera el hacha que decapitó al general Walid—. ¡Gloria a Cigüenza y a Mena y a Espinosa!

Paterna posó una mirada de reprobación sobre su hermano. A su lado, el conde Escipio camuflaba su irritación mesándose los grandes bigotes. En aquella exhibición de glorias nadie mencionaba a Asturias. Hasta que la castellana, contra todo protocolo y toda costumbre, decidió ponerse igualmente en pie; no copa en mano, porque eso habría ido contra el recato exigible a una dama, pero sí con un gesto imperativo que inmediatamente acalló a los guerreros.

—Con permiso, mi rey —entonó Paterna—: Galicia y Castilla, nobles señores, sí, y Asturias que a todos nos envuelve. A todos. Porque juntos nos salvamos, pero separados perecemos. Como hija mayor de mi casa, y como prometida del rey de Asturias, quiero proponer un voto: que nadie separe jamás estas tierras que laten por la defensa de la cruz.

Un silencio sepulcral siguió a las palabras de la dama. El abad Gladila permanecía con la boca abierta. Había oído hablar de lo distintas que eran las cosas en Castilla, pero jamás hubiera imaginado que allí las mujeres se comportaran como hombres. Ramiro observaba, circunspecto. Temía la reacción de sus caballeros ante una intervención tan poco habitual. Fue Escipio el primero en levantarse y, casi al unísono, con él se pusieron en pie Sonna y Hernán. El rey, al verlos, saltó como empujado por un resorte.

—No son palabras de una mujer cualquiera —murmuró, admirado—. Son, en verdad, palabras de reina. Que tu voto, mi señora, se haga realidad.

Los bigotes de Escipio volvieron a sonreír mientras los caballeros prorrumpían en gritos de euforia. Paterna era toda una reina, sí, y su figura majestuosa, envuelta en aquella túnica blanca con bordados rojos, se ofrecía a la vista como si el estandarte del reino se hubiera hecho mujer. Los ojos de la dama se toparon con los de Hernán, que dedicó a la castellana un guiño halagador. Después, vencido el problema diplomático, cada cual volvió a su conversación.

—¿Y qué fue de Adosinda? —preguntó Paterna a Serrano, retomando el hilo de la historia.

—La reina Adosinda, mi señora, expiró entre estos muros —completó el obispo.

—¿No tuvo hijos? —aventuró la dama con un imperceptible temblor.

—Dios no se los dio —suspiró el mozarabe—. En lugar de hijos, puso todo su celo en la educación del entonces joven Alfonso.

—¿Cómo murió la reina?

—Suavemente. Dicen que tuvo tiempo de ver cómo Mauregato era inhumado en el suelo del templo de San Juan.

—Entonces moriría satisfecha —rubricó la dama. Y el obispo percibió con pasmo que a los ojos de miel de Paterna Núñez a floraba un brillo extraño y salvaje. Algo así como la mirada de un lince.



Terminado el banquete, Ramiro salió al campo para disipar los vapores del vino. Allí le abordó el obispo Serrano con un inoportuno trámite: los hijos de don Fáfila de Lugo, el noble asesinado por Piniolo en el salón del trono de Oviedo, solicitaban entrevistarse con el rey. ¡El asunto de don Fáfila! Ramiro casi lo había olvidado. Los hijos del caballero habían formado con él en la batalla. Buscaban venganza. Y seguirían buscándola, como era de esperar. El rey ordenó que se dirigieran a un lugar apartado, cerca del pórtico de la iglesia de San Juan. Necesitaba aire fresco. Allí hablaría con ellos.

—Gracias, mi señor, por recibirnos —principió cortésmente el mayor de los hermanos. Los hijos de don Fáfila eran cuatro mocetones de buena planta y gesto vivo. Por este orden: Vaula, Sisnando, Flayano y Mazón. El mayor ya peinaba canas en la barba oscura. Después venían dos gemelos rubios de aspecto equino, y tan parecidos que sería imposible distinguirlos si no fuera porque uno lucía solo barba y el otro solo bigote. El último era un joven pequeño y moreno de ojos inteligentes que, a juzgar por su vestimenta talar, debía de estar a punto de profesar en algún convento. Todos ellos inspiraban respeto; don Fáfila los había criado bien.

—Es lo menos que merecen los hijos de don Fáfila de Lugo —contestó Ramiro, devolviendo la cortesía—. Conocí a vuestro padre hace muchos años. Vivió con nobleza y murió con honor. Y sus hijos, en el campo de batalla, han estado a la altura de su nombre. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Justicia, mi rey —respondió escueto el primogénito.

—¿Justicia?

—Sí —habló Mazón, el pequeño—. El asesino de nuestro padre anda suelto. Está entre las filas de quienes te han rendido hoy homenaje. No sería justo que su crimen quede impune.

—¿Queréis juzgarle? —aventuró Ramiro como quien se sorprende de lo evidente.

—Queremos su cabeza —rugió uno de los gemelos rubios.

—Lo comprendo. ¿Y de quién se trata?

—De Piniolo, bien lo sabes —denunció Vaula, molesto.

—Piniolo, ¿eh? —Se mesó Ramiro las barbas, nuevamente enmarañadas y aún sucias de la grasa del banquete—. Bien, seré franco con vosotros. No os puedo dar la cabeza de Piniolo. De hecho, ni siquiera le juzgaré.

Las palabras del rey cayeron sobre los cuatro hermanos como un caldero de aceite hirviendo. Solo el mayor pudo dominar su ira.

—¡Esto es...! —se arrancó Vaula.

—¡Intolerable! —completó Mazón.

—No —atajó el rey, autoritario—. Debéis entenderlo. Entre las condiciones del acto de vasallaje de hoy se encuentra la de respetar la vida de quienes han renunciado a su rebeldía. No puedo tocarles ni un pelo. Y eso incluye a Piniolo, bien que me pese.

—Mi rey —bufó el gemelo rubio que aún no había hablado—, eso sería una injusticia que podría marcar tu reinado para siempre.

—No —moderó Ramiro el tono—, porque respetar hoy la vida de Piniolo no significa que no vaya a compensaros por otras vías. Para empezar, debéis comprender que Piniolo no era sino un instrumento en manos de otro malvado aún mayor: Nepociano, que sí será sometido a juicio.

—¿Nos entregarás la cabeza de Nepociano? —brillaron los ojos de Vaula.

—Os aseguro que podréis testificar en la causa contra él.

—Eso está bien —concedió Mazón—, pero...

—Hay más —le interrumpió el rey—. Nepociano tenía anchas propiedades. Para empezar, guardaba parte de su tesoro personal en un caserón no lejos de Oviedo que en este momento ha de hallarse custodiado por la guardia de palacio. Bien: os entrego todo cuanto allí encontréis. El conde Sonna conoce el lugar. Él os guiará.

Ramiro estaba improvisando. Pero ahora descubría que tenía en las manos muchas más bazas de las que él mismo creía. El gesto atento de los hijos de don Fáfila acreditaba el éxito de su oferta.

—Pero esto solo es una parte —añadió el monarca—, y seguramente la menor. Sin duda conocéis que Nepociano posee un rico negocio en Aquitania: muchas tierras y mucho comercio. Pues bien, también es vuestro.

—¡Pero Aquitania está muy lejos! —objetó un asombrado Vaula.

—No tanto —observó el rey—. Todos los años pasan por allí centenares de peregrinos camino de Santiago. Haceros con esas riquezas os exigirá, ciertamente, viajar hasta aquel lugar, pero la fortuna es tan cuantiosa que vale la pena. Yo daré la orden de que se reconozca vuestra propiedad conforme a la ley.

Los cuatro hermanos se miraron con un lenguaje que solo ellos entendían. Parecían al mismo tiempo entusiasmados y renuentes.

—Mi señor —argumentó Vaula, el mayor—, con el debido respeto, todas estas recompensas son muy generosas por tu parte, pero...

—Habla, te lo ruego.

—... Pero cualquiera podría pensar que estamos poniendo precio a la cabeza de nuestro padre.

—Entiendo tus sentimientos —sonrió paternalmente Ramiro—, pero míralo de esta otra forma: se trata de una cabal compensación a mis fieles amigos los hijos de don Fáfila, en tanto se haga la necesaria justicia sobre todo cuanto ha pasado en el reino en estas semanas.

—¿Y dices que Nepociano...?

—Será juzgado conforme a la ley —confirmó el monarca—. Y vosotros podréis testificar para que nadie ignore la dimensión de sus crímenes. Os doy mi palabra.

Los cuatro hermanos volvieron a mirarse con aquel lenguaje que solo la identidad de sangre entiende.

—Estamos de acuerdo —dijo al fin Vaula.

—Lo celebro —aplaudió Ramiro—. Y ahora, id con Dios. Nos veremos mañana en el camino a Oviedo.

Y Ramiro Bermúdez dejó a los cuatro hijos de don Fáfila en la puerta de la iglesia de San Juan con el alivio de quien se ha quitado un gravoso peso de encima.



En un gesto que Paterna quiso interpretar como deferencia, el conde Escipio decidió reservar para la castellana los aposentos que en su día fueron de la reina Adosinda.

—De una reina para otra reina —anunció cortésmente el conde al mostrar las habitaciones.

—Más parecen celda de convento —comentó Paterna al comprobar la desnudez de las paredes y la tupida celosía de la ventana.

—Adosinda vivió aquí mientras reinó su esposo don Silo, pero también después, cuando profesó monja. Destino de reina en ambos casos que doña Adosinda, consciente de sus obligaciones, supo afrontar, y que toda mujer en su misma situación debe entender —sentenció Escipio con una equívoca mueca en sus grandes bigotes. La castellana lo interpretó como un reproche.

—Esa mujer será siempre un ejemplo para mí, pobre hija de un colono de la frontera —cerró Paterna, envolviéndose en una coraza de humildad.

Era en verdad monacal el espacio reservado para la prometida del rey: una cámara solo algo mayor que una celda de convento, un lecho menesteroso sobre tabla de dura madera, paredes desnudas sin otros adornos que un crucifijo y un desvaído tapiz de color indefinible, un arcón casi pétreo, una tosca mesilla, un asiento de factura no menos humilde... Ahora echaba de menos Paterna a su aya, todavía en Liébana, que sin duda habría sabido adecentar la glacial estancia con algún ramo de flores y una oportuna palangana. A falta de aya, la palangana la proporcionó Escipio, así como un

pequeño espejo de bronce. Y nada más.

Fuera, al otro lado de la puerta, un largo corredor separaba la habitación del resto del palacio. Y en el corredor, en pie, custodio de la puerta prohibida, estaba Hernán de Mena. Paterna se mordió los labios. Se cepilló el cabello, se lo revolvió y se lo volvió a cepillar. Se lavó repetidas veces con agua de la palangana, hizo y deshizo la cama, abrió y cerró el arcón para enseguida volverlo a abrir... Quería y no quería. Quería que Hernán estuviera en la puerta y quería que se hallara bien lejos. Quería llamarle, sentir su presencia, oír su voz, y al mismo tiempo deseaba con todas sus fuerzas no tenerle cerca, saberle lejos, poder concentrarse en ese nuevo papel de reina que la vida le había otorgado y en el que Hernán ya no cabía, no podía caber. Sí, eso le diría: que él ya no tenía espacio en su vida. Le llamó.

—Temía el momento de encontrarme a solas contigo —musitó Hernán como en una maldición.

—Yo también. Por eso te he hecho pasar —contestó la mujer.

—¿Estás loca?

—Al revés. Quiero dejar de estarlo; quiero cerrar esta página —añadió con ademán firme—. Tienes que entenderlo.

—Lo entiendo —concedió el caballero—. Mi corazón se resiste a aceptarlo, pero lo entiendo.

—Hablas como un chiquillo —casi rio Paterna.

—Me siento como un chiquillo. Por eso me duele más.

—A mí me ocurre lo mismo —reconoció ella—. Pero tú sabes que...

—Lo sé —atajó Hernán—. Tú eres la mujer de otro. ¿Sabes? Es lo mismo que me dije la primera vez que sentí atracción por ti. ¡Pero sirvió de bien poco...! Nunca antes en mi vida me había sentido desleal.

—¿Aún te culpas?

—Nunca dejaré de hacerlo —confesó el de Mena.

—Yo no me culpo. Hace solo un día no me ligaba ningún compromiso formal a Ramiro.

—Ahora, por el contrario...

Paterna fruncía el ceño y apretaba los labios como quien pretende subrayar la seriedad de sus palabras componiendo un gesto de severidad. Trataba de mantenerse a una distancia prudencial del caballero, el espacio suficiente para evitar cualquier contacto. Estaba decidida a ser enteramente leal a su nueva condición.

—Todo está hecho. He firmado ya el contrato de esponsales.

—Con mi sangre —sonrió triste Hernán.

—Y con mis lágrimas. Pero eso poco importa ya.

—¿Tú no importas?

—Yo no importo. Y tú tampoco, Hernán. Ahora lo único que importa es que

Galicia y Castilla se funden de verdad en el reino de Asturias. Nuestras tierras están salvadas. Ese era el objeto de este matrimonio.

—Se me hace extraño verte hablar como un hombre —ironizó el de Mena.

—Eso mismo me dice mi padre con frecuencia.

La miró. Como si fuera la última vez. Porque quizá lo era. Trigo en el cabello, miel en los ojos, vino en los labios, leche en la piel. No había palabras para expresar lo que bullía en el pecho de Hernán de Mena; no, al menos, palabras que las castas paredes de la cámara de doña Adosinda pudieran escuchar.

—Quiero que sepas —dijo al fin el caballero— que no forzaré lo más mínimo la situación. Estoy despertando de un sueño. Eso es todo. Intentaré hacerlo lo más rápidamente posible.

—Mañana volverá a salir el sol, el tiempo recobrará su curso, tú volverás a tu vida de siempre y yo empezaré...

—Tú empezarás una vida que ya no será tuya —corrigió Hernán.

—¿Crees que no lo sé? Por eso tú ya no cabes en ella —meneó vigorosamente la cabeza Paterna—. Precisamente porque mi vida ya no será mía, debes alejarte de mí.

—Escipio y Sonna acaban de partir hacia Oviedo para preparar los detalles de la coronación del rey y, acto seguido, la ceremonia de tu matrimonio. Me han ordenado acudir a ambas cosas.

—Sería incomprensible que no estuvieras presente. Al fin y al cabo, tú me has traído hasta aquí.

—Y nunca me lo perdonaré bastante...

—¡Basta, Hernán! Esto se acabó. Hay un tiempo para el amor y otro para...

—¿Para el poder?

—Llámalo como quieras —respondió la dama con aire desdeñoso—. Y, por favor, no actúes como un joven despechado. Ni tú ni yo estamos en condiciones de hacerlo.

—Descuida. Estaré ahí fuera. Por si necesitas algo —zanjó Hernán de Mena.

Paterna dio la espalda al caballero. Deliberadamente. Ni siquiera se volvió para despedirle. Estaría ahí fuera, sí. Algo le decía que él siempre estaría ahí fuera, esta noche y seguramente todas las demás. Pero lo que ahora veían sus ojos de miel —ahí fuera—, a través de la tupida celosía de la ventana de Adosinda, era el espectáculo del ejército acampado en el suelo de Pravia. Su ejército. El que la llevaría a Oviedo en cortejo triunfal. Porque Paterna, en su interior, ya era reina. Como la triste doña Adosinda.

Por la calzada que viene desde el oeste llegó a las murallas de Oviedo el cortejo del rey. Una emoción vertiginosa se adueñó de Paterna al descubrir los grises muros y, tras ellos, las grandes moles de Santa María y San Salvador, la silueta maciza de la torre y el perfil airoso del palacio, el conglomerado de casonas, casas y casuchas que todo lo circundaba —nunca había visto la dama a tanta gente viviendo junta— y las majestuosas puertas que abrían aquella gran caja de piedra. Insistió Ramiro en dar un pequeño rodeo y no entrar por las puertas que se abren al oeste, sino bordear la muralla para hacer su aparición por la más noble de las entradas, la puerta Rutilante, magnífica en su arco de brillante ladrillo rojo bajo la bendición del *signum salutis*, la cruz con el alfa y el omega. Así pudo Paterna contemplar el viejo palacete de Alfonso el Casto, reciente escenario de sucesos decisivos, y allá abajo, a lo lejos, los baños de la Foncalada. Automáticamente pensó la castellana en qué nuevos destinos dar a todos esos espacios que, ahora, serían suyos. Paterna empezaba a amar a su capital.

A lo largo de la calzada, hasta la misma entrada de la ciudad, una numerosa muchedumbre se apiñaba para dar la bienvenida al nuevo rey. Escipio, una vez más, había trabajado con diligencia. Las gentes aclamaban a Ramiro como a un nuevo Alfonso, y el rey, refulgente en su coraza bien bruñida, augusto bajo el estandarte del reino, saludaba como quien regresa a la casa familiar. Aquí, entre estos muros, había transcurrido buena parte de la mocedad de Ramiro Bermúdez, educado por Alfonso el Casto en los secretos del gobierno. Ahora, en su madurez, Ramiro volvía por decisión del propio Alfonso para reemplazarle en el trono. Todo estaba en su sitio. Las zozobras de los días previos quedaban muy atrás.

La comitiva se había reducido ostensiblemente desde Pravia, pues el rey dispuso dejar allí a los cautivos, desembarazarse de las catapultas capturadas a Nepociano y dar licencia a cuantos hombres quisieran abandonar las filas. Aun así, no eran menos de dos mil los soldados que ahora desfilaban por la calzada del oeste para acompañar a Ramiro y Paterna en su solemne presentación. Hasta poco antes de divisar la capital habían cabalgado en cabeza los jefes de guerra, con Gatón abriendo la marcha; el rey todavía temía que cualquier cosa pudiera pasar. Pero nada malo ocurrió: los caminos estaban abiertos, los paisanos brincaban de entusiasmo y Oviedo acogía a Ramiro como una amorosa madre recibe a su hijo largamente esperado. La victoria era inapelable.

Bajo la puerta Rutilante, abierta de par en par, aguardaba un discreto comité. Ramiro enseguida reconoció al obispo Gomelo, rodeado por otros clérigos y dignatarios, y al conde Escipio, que persistía en su papel de cicerone del nuevo

monarca. El rey, al verlos, se adelantó, descabalgó y se fundió en un abrazo con el viejo obispo.

—¡Mi buen Gomelo, cuánto me alegro de hallarte sano y salvo! —saludó el monarca al prelado—. Me han puesto al tanto de tu valiente defensa de la corona y de los daños que has recibido por ello.

—Bienvenido, Ramiro. Soy yo quien se alegra de verte. A mí, al fin y al cabo, solo me han encerrado, cosa que para un monje no es especialmente gravosa —ironizó el anciano fraile—, pero a ti querían matarte, y eso son palabras mayores.

—¿Dónde está Nepociano? —interrogó el rey.

—En las mazmorras, con su esposa. Por cierto que hemos de hablar de eso...

—Más tarde —zanjó Ramiro—. ¿Y el conde Sonna?

—Con los Fafilaz de Lugo, cobrando lo suyo —precisó Escipio—, como tú ordenaste.

—Perfecto. ¿Y los señores de la tierra?

—En el consistorio —respondió Gomelo—, esperando instrucciones.

—Ninguno ha querido faltar hoy, pero tampoco se atreven a dejarse ver por las calles —explicó Escipio.

—¡Valiente hatajo de cobardes! —rio Ramiro—. Bien, mejor así. Que se queden a solas con sus culpas. Gomelo, amigo, hemos de hablar. Pero será después. Ahora quiero presentarte a mi prometida.

Ramiro hizo un gesto a la cabeza de la columna, donde cabalgaban Paterna, Serrano y Gatón; tras ellos, Hernán con los jefes de guerra. La castellana y el obispo mozárabe desmontaron con intención de caminar hacia la puerta, pero fue Gomelo quien marchó a su encuentro. Paterna, nerviosa, esbozó una reverencia y tomó la mano del obispo para besar su anillo. Gomelo, cordial, la abrazó.

—Hija mía, el conde Escipio me había referido tus virtudes, pero constato que le han saltado palabras. Bienvenida a Oviedo, mi señora.

—Es un honor, señor obispo —balbuceó la dama—. Todos me han hablado de ti en términos tan...

—¡Tan exagerados, sin duda! —rio Gomelo, cortando abruptamente el cumplido—. Pero ¿cómo es esto? ¿Has venido desde Pravia cabalgando? ¿Ese rudo granjero gallego —bromeó el obispo— no ha tenido la deferencia de ponerte un carruaje?

—He sido yo quien ha insistido en cabalgar, don Gomelo —se excusó Paterna—. Estoy acostumbrada a montar. Y no quería perderme detalle de esta maravilla que tengo ante mis ojos.

¡Sus ojos! El anciano Gomelo perdió la vista en ellos. «Ojos de miel», le había referido Escipio. Era verdad. Y trigo en el cabello, y vino en los labios, y leche en la piel... Y sobre todo, esa compostura señorial y humilde a la vez. Paterna —pensó el obispo— lo tenía todo para ganarse el corazón de sus súbditos.

Apareció Ramiro para llevarse a Paterna por un brazo. Quería franquear con ella, a pie y solemnemente, el dintel de la puerta Rutilante; arrodillarse en su umbral y besar el suelo de la cabeza del reino. Fue el momento que aprovechó Serrano para abalanzarse sobre Gomelo.

—¡Maestro! —gritó el mozárabe.

—¡Amigo mío! —respondió el anciano.

—¡El Señor ha querido que salgamos con bien de esta aventura!

—Y que Ramiro entre rey en Oviedo —sentenció Gomelo—. Esta misma tarde oficiaremos un tedeum en acción de gracias.

—Será un honor acompañarte. Hay ciertas cosas —musitó Serrano— que debo consultar contigo.

—A tu disposición, hermano. Y ahora...

Y ahora Ramiro y Paterna ya caminaban bajo el rojo dintel de la puerta Rutilante entre las aclamaciones de la multitud y a la sombra del estandarte del reino, que Gatón portaba como si fuera San Miguel arcángel ondeando las banderas celestiales. Una lluvia de pétalos descendió desde lo alto de la puerta para bañar en su aromática lluvia a la regia pareja. Otro recurso de Escipio, sin duda. El conde de los grandes bigotes se dejó ver ante el rey.

—Mi señor, ya podemos dirigirnos a palacio y...

—No —interrumpió Ramiro—. Lo primero que quiero hacer en Oviedo es acudir al sepulcro de Alfonso el Casto.

Toda la comitiva acogió con exclamaciones de satisfacción y alabanza tal muestra de piedad. Gomelo en persona se ofreció a franquear al nuevo rey la fría tumba del rey viejo, en el panteón de Santa María. Paterna, Gatón y Serrano entraron con Ramiro en la basílica. La castellana quedó sobrecogida al admirar los altos pilares y los arcos perfectos del santuario. Entonces el señor del Édramo se detuvo en seco, miró hacia atrás y dijo una sola palabra:

—Hernán.

Gatón corrió a buscar al de Mena, que había permanecido en el pórtico junto al conde Escipio.

—El rey te llama —anunció escuetamente.

Hernán amagó una disculpa con Escipio y penetró en la iglesia. El aire olía a incienso y fragancia de cirios. El caballero dirigió una breve reverencia a Paterna y a los obispos. Se aproximó al rey.

—¿Me has llamado?

—Sí —contestó Ramiro—. Quiero que me acompañes a la cámara del sepulcro. A solas.

Ante la patente contrariedad de Serrano y el gesto intrigado de Paterna, el obispo Gomelo guio a los dos hombres hasta el panteón del rey Alfonso, en un extremo de la

nave de Santa María. Giró la pesada llave sobre la gruesa portezuela enrejada de hierro. Dentro solo había frío y noche, apenas alumbrada por la luz votiva de un desamparado y frágil candil.

—Déjanos solos, Gomelo, te lo ruego —ordenó el rey.

El obispo salió sin rechistar. Ramiro se acercó hasta el sarcófago de su predecesor en el trono. En pie —pues no había dónde sentarse—, apoyó las manos sobre la piedra.

—Aquí estamos al fin los tres —resopló—. Has cumplido tu misión, Hernán de Mena: me has traído ante Alfonso.

—Un poco tarde, me temo —suspiró el del Jabalí Blanco.

—No para él. Créeme, le conocía muy bien. Estoy seguro de que él sabía que esto ocurriría así: tú y yo ante su tumba.

El señor del Édramo fijó la mirada en la piedra; era como si intentara taladrar el sarcófago para vigilar la descomposición de su predecesor. Juntó las manos. Meneó la cabeza. ¿Rezaba? El de Mena no osó romper el silencio; también él tenía algo que decir al rey difunto.

—Quiero un reino, Hernán —murmuró súbitamente Ramiro—. Entiéndeme. Un reino de verdad, no esta amalgama de territorios que ahora tenemos, cada cual bajo la espada de su señor. Date cuenta: Alfonso lo unía todo, pero ha bastado su muerte para que el reino vuelva a desgarrarse. ¿Qué no ocurrirá cuando yo muera? Esto no puede seguir así.

—Estoy de acuerdo contigo —coincidió el caballero—. ¿Qué piensas hacer?

—De entrada, apoyarme en Galicia y en Castilla. El tiempo de Asturias está terminando. El espíritu de Covadonga queda ya muy lejos. Lo he visto en los rostros de los señores. Galicia y Castilla, sí. Allí se mira hacia la frontera. Hay que poner los ojos más allá de las montañas. Tenemos mucha tierra por repoblar. Y esa tierra nueva ha de ser de la corona, del reino, de todos, no de cualquier señor que mañana pueda pactar con los musulmanes por un puñado de oro.

—Pero necesitas a los señores —observó Hernán—; no puedes gobernar sin ellos.

—Por supuesto. Y trataré de tenerlos bien cerca, para que no me claven el puñal por la espalda —bromeó Ramiro sin bromear—. Pero será a mi manera, no a la suya. De momento necesito renovar al personal de palacio. ¿Has pensado alguna vez en ser conde?

—¿De palacio?

—Sí.

—En mi vida se me ha pasado semejante cosa por la cabeza.

—No mientas. Sé que Alfonso pensó en ti para un puesto en la corte.

—Cierto, y algún bienhechor le disuadió de tamaño dislate. Mi sitio no está en el palacio, Ramiro. Me perdería.

Ramiro seguía con la vista fija en la piedra del sepulcro. Una mueca alarmante se dibujó entre sus barbas.

—Me alegro de que pienses de esta manera. En realidad, mi pregunta era una trampa.

—¿Te ríes de mí? —se desconcertó el de Mena.

—Una trampa, sí. No te quiero en palacio, Hernán. No quiero a mi lado gente que me llame «Ramiro». Quiero gente que me llame «mi rey».

—No te entiendo.

—¡Pues no es difícil entenderlo! —bufó el elegido—. Eres nieto de rey.

—¿Rey? Un desdichado bastardo que...

—Mauregato fue un desdichado bastardo, sí, pero fue rey. Y tú, por vía de tu madre, llevas su sangre. Sangre de reyes. O sea que...

—¿De verdad crees que invocaría ese parentesco para disputarte el trono? ¡Estás loco!

—Para disputarme el trono o para quedarte con mis tierras o para quitarme a mi esposa —golpeó Ramiro, helando el alma de Hernán— o para quién sabe qué. Muchas de las cosas que han pasado aquí últimamente, querido amigo, parecen de locos.

—¡Mi lealtad...! —comenzó a decir el del Jabalí Blanco, pero Ramiro no le dejó continuar.

—Tu lealtad es tan firme como la de cualquier caballero, lo sé, y puede llegar a ser tan frágil como la de cualquier hombre, también lo sé.

—¡No tienes derecho a...!

—No. Todavía no lo tengo. Te has conducido con honor, es verdad. Pero prefiero no verme en la tesitura de tener derecho a dudar de tu palabra. Por otro lado...

—¿De qué me acusas? —preguntó el de Mena con un estremecimiento que tenía nombre de mujer.

—De nada. Pero tú me has visto con las manos manchadas desollando a un jabalí, has sudado conmigo en el llano, has velado conmigo en noches de destino incierto, me has visto zozobrar, dudar, preguntarme por qué ha caído sobre mí esta corona... me has visto débil. Me conoces demasiado bien; casi más que una esposa. Nunca me respetarías. Por eso no puedes seguir a mi lado.

Hernán, aliviado, vio cómo el peligro pasaba de largo: nada de sus sentimientos hacia Paterna había trascendido. El caballero derramó una mirada cómplice sobre el rostro de Ramiro. Era la mirada del viejo camarada; la mirada de alguien que, en efecto, le conocía demasiado bien.

—Eres un hombre extraño, Ramiro Bermúdez.

—Mi rey —puntualizó el monarca.

—Por supuesto, mi rey —aceptó el de Mena—. Serás mi rey aunque seas un

hombre extraño. Y mi vida está a tu servicio, también fuera de palacio. Además, tienes a otros para este cometido. Escipio, por ejemplo.

—Escipio está acabado. Tampoco le quiero aquí.

—¿Vas a expulsarle de la corte?

—No exactamente. He recompensado sus servicios con las tierras que Nepociano tenía en Pravia. Ahora son tuyas. Y el día siguiente a mi coronación sabrá que puede retirarse a ellas porque ya no me hace falta para gobernar el reino.

—Comprendo. Pero tienes también al conde Sonna.

—No me fío de Sonna.

—Es un hombre de honor —protestó Hernán.

—Sí, y su sentido del honor por poco nos cuesta la vida a todos. No, no. No quiero aquí a nadie que haya intimado con el partido de Nepociano, aunque haya sido para traicionarle finalmente. En cuanto a ti...

—Sabes que haré lo que ordenes.

—No espero otra cosa. Tu sitio, Hernán de Mena, no está en palacio, es verdad, pero tampoco está ya en el campo. Te haces mayor. Como yo. Me han dicho que ese Gautier de Carcasona por poco te saca los hígados.

—¡No fue exactamente así!

—Da igual. Pronto perderás fuerza y resistencia. Necesitas una misión a tu medida. ¿Qué quieres? ¿Seguir en la frontera?

—Es mi casa —respondió el de Mena.

—Pues seguirá siéndolo. Pero, ahora, a mis órdenes.

Ramiro dejó de hablar. Paseó arriba y abajo en el pequeño cubículo del panteón. Acarició la piedra fría y desnuda de la pared. Se asomó a la reja de hierro que ocultaba al rey y al caballero de las miradas ajenas. Tamborileaba nervioso los dedos. Movía los labios como si consultara consigo mismo. El rey estaba tomando una decisión.

—Lo he pensado mucho —dijo al fin—. De hecho, no he dejado de pensarlo desde que salimos del Édramo la primera vez. Tenemos grandes cosas por delante, Hernán de Mena. Tú has recorrido conmigo los anchos espacios desde Astorga hasta Amaya. Tú has visto conmigo con qué apetito nuestros hombres miraban esos llanos. Con gusto arriesgarían la vida por poseerlos. Pues bien, ¡démosles la oportunidad!

—¿En qué estás pensando exactamente?

—Te lo repito: Galicia y Castilla. En Galicia soy fuerte. Mi hijo Ordoño controla la situación. En Castilla, ahora, también: Paterna es mi esposa. Desde Galicia hemos de saltar al Bierzo. Mi hijo Gatón arde en deseos de repoblar nuevas tierras. Y en Castilla... estás tú.

—Pero Gatón es un joven lleno de energía. Y yo... —se excusó Hernán—. Tú lo has dicho, mi rey: me hago mayor. Para esa tarea en Castilla necesitarás a alguien

más joven.

—¿Lo hay?

—Lo hay —aventuró el caballero—. Rodrigo, el hermano de Paterna.

—No es más que un mozo.

—Como Gatón. Y como él, es valiente y enérgico.

—No está mal pensado —aceptó Ramiro—. Recompensó a mi familia llevando a Gatón al oeste y recompensó a la familia de mi esposa llevando a Rodrigo al oriente. Pero a este muchacho le falta juicio. A los dos les falta. Y a Gatón ya se lo pongo yo, pero a Rodrigo... ¿Podrías ponérselo tú?

—¿Quieres que apadrine a Rodrigo Núñez? —exclamó Hernán, asombrado.

—¿Por qué no? Por edad, podrías ser su padre. Conoces bien el territorio. Sabes repoblar. En la comarca todos te respetan. Tu nombre te avala. Nadie podrá sentirse postergado.

Hernán sentía que la vista se le nublaba. No por el desafío de organizar la frontera, sino porque había decidido romper todo contacto con Paterna y ahora se veía convertido en padrino de su hermano.

—Escucha —se animaba Ramiro—, bien sabes que todos los días parten caravanas de colonos hacia el sur. Hay que organizar todo eso. Hay que asegurar su protección. Hay que poner esas tierras bajo el manto de la corona. Hay que evitar que en las soledades de esos valles nazcan señores que se tomen la justicia por su mano. Es una tarea que exige madurez y medida. De nada me sirve que Rodrigo gane tierras si luego no es capaz de gobernarlas. Alguien ha de enseñarle a hacerlo. Tú eres la persona indicada.

—Haré lo que me ordenes —se resignó Hernán.

—Es lo que deseaba oír. ¿Recuerdas Amaya? —preguntó el rey, poniendo un dedo sobre la piedra del sepulcro.

—Por supuesto.

—Ahí hay que poner todo el esfuerzo. En Amaya y en León.

—¿León?

—Voy a repoblar León —proclamó Ramiro, apoyando en el sepulcro otro dedo.

—Pero...

—Es transparente, amigo Hernán: si Amaya me abre el valle del Duero por oriente —explicó el rey, utilizando el sepulcro como mapa de la frontera—, León me lo abre por occidente.

—No tenemos allí montañas que nos protejan.

—Tendremos el Duero.

—¡El Duero!

—El gran río será nuestra nueva frontera. A falta de montañas, levantaremos un muro de agua y castillos. Hasta allí, campos interminables alimentarán a nuestro

pueblo. ¡Amaya y León, Hernán de Mena! Y en la primera de esas plazas que seamos capaces de ganar y asegurar, pondré la nueva capital del reino.

—¡Una nueva capital! ¡Estás soñando despierto! —Hernán no salía de su asombro.

—Sí. Una nueva capital para un reino nuevo. Porque también el reino hay que cambiarlo por entero. Pronto sabrás de qué se trata. Pero ya he hablado demasiado. Dime, ¿cuento contigo para enseñar a Rodrigo, para que algún día ese muchacho pueda ser un buen conde del rey en Castilla?

—Dalo por hecho.

—Júralo ante la tumba del rey Alfonso —exigió Ramiro, intempestivo. Hernán de Mena, apremiado, colocó solemnemente su diestra sobre el sepulcro.

—Ante la tumba del rey Alfonso y en presencia del rey Ramiro, juro que cumpliré el cometido que se me encomienda.

—Bien, es cuanto quería de ti. Ahora, salgamos. Me espera un trono.



—Me temo que el descalabro es evidente. E irreparable.

El eunuco Nasr Abu el-Fath concluyó así su informe sobre la expedición del príncipe Mohamed. «Evidente e irreparable». Evidente porque no había forma de poner paños calientes a lo ocurrido. Irreparable porque las pérdidas en hombres, empezando por el general Walid, eran cuantiosas. Y eso por no hablar de la oportunidad política alegremente arrojada por la borda en pos de una vana ambición juvenil. Esto último, bien es cierto, no lo dijo el eunuco. Pero tampoco era preciso, porque el emir lo sabía mejor que nadie.

La paloma había llegado esa misma mañana. El mensaje de Mohamed era tan escueto como elocuente: todo había ido mal. Después empezaron a llegar los mensajes de los puestos fronterizos por donde había pasado el heredero con su ejército o, más bien, con lo que quedaba de él. Nasr los leyó delante del emir uno a uno, con secreta delectación. «El ejército del príncipe ha sido derrotado en Lutos», decía uno de ellos. «El príncipe se retira con graves pérdidas», rezaba un segundo. «El príncipe vuelve a Córdoba con los restos de su expedición», anunciaba otro. «El ejército ha sido diezmado», consignaba un cuarto mensaje. ¡Diezmado! Y realmente, apenas volvía uno de cada diez. Solo una de las palomas trajo noticia de la muerte del general Walid. Una baja que hacía aún más calamitosa la aventura del joven Mohamed.

Abderramán encajó la lectura del informe con gesto impasible. Se había retirado a sus habitaciones privadas, en compañía de Tarub, para apurar una bandeja de higos secos regada con ciertos secretos licores que únicamente en la intimidad se permitía frecuentar. Nasr dio aviso de que tenía los mensajes. El emir le convocó de

inmediato. Porque también Abderramán tenía algo que contar.

—Gracias, mi buen Nasr. Ahora te ruego leas en voz alta estos informes que hace apenas unas horas he recibido del norte.

El eunuco, obsequioso, tomó los pergaminos que el emir le tendía. Trató de que su semblante no le traicionara:

—«El conde Ramiro, designado heredero por el difunto rey Alfonso, ha infligido una severa derrota al regente Nepociano en la batalla de Cornellana. Al parecer, fue decisivo el abandono de las filas del regente por parte de algunos condes de palacio. Nepociano y su esposa se hallan ahora en prisión. Ramiro será coronado en Oviedo en breves fechas».

—¿Qué te parece? —preguntó el emir.

—Calamidad sobre calamidad —respondió circunspecto el eunuco.

—Aun así, todavía podemos dar gracias a Alá por el contratiempo de mi hijo Mohamed. Imagínate que el príncipe hubiera logrado pasar las montañas. Habría sido para encontrarse con un aliado derrotado y descompuesto; habría quedado atrapado en territorio hostil en medio de un ejército enemigo superior en número y eufórico por su victoria, dispuesto a cualquier cosa. Y hoy estaríamos hablando sin duda de la muerte del príncipe Mohamed.

—No se me había ocurrido enfocarlo así, mi señor —musitó Nasr, bajando los párpados para que su mirada no delatara los sentimientos que le inspiraba la palabra «muerte» asociada a Mohamed.

—Tú no eres padre. Bien, ahora la cuestión es cómo recomponemos el paisaje. De entrada, podemos olvidarnos de Oviedo por una buena temporada. Allí ya no hay nada más que hacer.

—Así es, mi señor.

—Después está el asunto de la hueste desertora. He sabido que muchos bereberes abandonaron el ejército de mi hijo tras la muerte de Yahya ben Yahya.

—En efecto, así fue.

—Es preciso castigar esa cobardía. Envía orden a los valíes de las ciudades de origen de esa gente. Quiero que los busquen. No a todos, evidentemente; bastarán unos cincuenta. Quiero que sean juzgados por traición. Crucificados. Y que sus cabezas cuelguen en la vía pública. Que todo el mundo sepa cuál es la suerte de quien traiciona al emir de Córdoba o a su familia. Recuerda: cincuenta; tampoco quiero un baño de sangre.

—Se hará como ordenas —acató el eunuco.

—También habrá que tomar represalias contra los bárbaros politeístas; no podemos consentir que se nos insulte de esta manera. Habla con mi hijo Al Mundir. Que organice una aceifa este mismo verano en el punto más débil de la frontera. Quiero que corra la sangre de esos perros.

—¿Debo referir a Al Mundir el motivo de la aceifa? —consultó prudentemente Nasr Abu el-Fath.

—¡No! —exclamó el emir—. Ni una palabra. La expedición de Mohamed no ha existido jamás. ¿Lo entiendes? Jamás. Deshazte de cuantos documentos conciernen al asunto: listas de avituallamiento, órdenes de movilización, cualquier cosa. Que se borre todo rastro de los libros. No quiero oír mención alguna a esta catástrofe en ningún sitio.

—Pero, mi señor —tartamudeó el eunuco—, habrá que explicar cómo murió Yahya, cómo murió Walid, qué fue de la guardia eslava, qué...

—Entiendo. Diremos esto: todo fue una traición de esos endemoniados bereberes. Fueron ellos quienes mataron a Walid cuando preparaba una leva. Y también fueron ellos los que envenenaron a Yahya. Que se añada eso a sus culpas cuando sean crucificados. Prefiero que se hable de una traición antes que de una derrota. Te lo repito: la campaña hacia el norte no existió jamás. ¿Comprendido?

—Comprendido, mi señor. ¿Y los eslavos...?

—Sí, es verdad. Habrá que llenar el sitio de los caídos. Ordena en mi nombre que los ojeadores vayan a comprar nuevos esclavos. Los gastos se imputarán al patrimonio del príncipe Mohamed.

—Como mandes —obedeció una vez más el eunuco, pero esta vez camuflando una sonrisa.

—Y en cuanto a Mohamed... Supongo que en tres o cuatro días estará de vuelta. Quiero verle aquí de inmediato. ¡De inmediato!

—Estaré atento, mi señor.

—No lo dudo. Y ahora, mi buen Nasr, marcha a tus ocupaciones. Te lo repito: deshazte de cualquier documento. Esa expedición...

—No ha existido jamás —completó el eunuco.

—Jamás.

La bella Tarub había asistido a la conversación sentada indolentemente entre cojines, fingiéndose ajena a cuanto el emir y el eunuco despachaban. Una fórmula permanecía en la hermosa cabeza de la concubina: «Descalabro evidente e irreparable». Eso debería ser suficiente para que Abderramán reconsiderara su intención de legar a Mohamed el trono de Córdoba. Tarub lamentaba que el príncipe no hubiera muerto. ¡Eso habría simplificado tanto las cosas! Pero, en cualquier caso, el revés había sido lo bastante grave como para lesionar sin remedio la fama del heredero. Era ahora o nunca. Aun a riesgo de levantar las sospechas del emir, Tarub no podía perder la oportunidad de dar un paso decisivo para su hijo Abdalá. Tenía que decírselo. Tenía que hacer ver a Abderramán que Mohamed estaba acabado.

—Mi señor... —susurró la favorita.

—Dime, mi hermosa Tarub —respondió distraído el emir, que había vuelto a su

bandeja de higos secos regados con aquel secreto licor.

—No he podido evitar oír parte de vuestra conversación.

—Lo sé. No importa. Tú estabas al tanto de todo desde el principio.

—Mi señor, ante todo quiero decirte que me duele en el alma verte sufrir por causa de tu hijo.

—Te lo agradezco, Tarub. Tus palabras siempre son un bálsamo para mi espíritu.

—Pueden serlo solo porque padezco contigo, mi señor.

—Bienaventurada seas por ello, mi amor.

—Sé que este es un asunto delicado —razonó Tarub, precavida—, y con gusto te ofreceré mi cuerpo para que lo azotes si crees que lo merezco, pero ¿has pensado en desheredar a Mohamed?

—¿Cómo dices? —se incorporó el emir, sobresaltado.

—Su nombre está manchado con la derrota, mi señor. Aún peor: su derrota ha manchado tu nombre.

Abderramán perdió una mirada soñadora en el seno desnudo de su favorita. Meneó la cabeza. Apuró un nuevo trago del secreto licor.

—¿Desheredarle...! Sí, lo he pensado. Naturalmente que lo he pensado. Pero no puedo hacerlo.

—¿Tú, que lo puedes todo? —aduló Tarub al emir de Córdoba.

—No todo, mi bien, no todo. Es un pacto de familia. Te explicaré. La madre de Mohamed, Buhayr, esa bruja, procede de una rica familia árabe asentada en Sevilla. Cuando me la entregaron en matrimonio, antes de ocupar yo el trono, fue precisamente con la cláusula de que el primer hijo varón que me diera se convertiría en mi heredero.

—Entiendo —susurró la favorita con un deje de desolación.

—No puedo romper ese pacto; ya tengo bastantes problemas con los clanes bereberes como para además abrir conflictos con los clanes árabes. Por otro lado...

—¿Sí...?

—Por otro lado, hermosa mía, crearía una pésima impresión si dejara a las gentes pensar que mi hijo se ha rebelado contra mí. No me faltan enemigos dispuestos a explotar cualquier debilidad. No, no. Lo que ha pasado no puede tener repercusiones públicas.

—Pero la gente se enterará —objetó Tarub.

—Ya he hablado de eso con Nasr. La gente sabrá lo que nosotros queramos que se sepa. Y lo olvidará enseguida, créeme. Escucha, esta misión que Mohamed debía realizar poseía rasgos muy singulares. Era una misión más política que militar. No puedo revelarte los detalles, pero el hecho es que sería catastrófico que su verdadero contenido se conociera. Por consiguiente, más nos vale a todos que el silencio caiga sobre este episodio. En cuanto a lo de desheredarle...

—Ya veo que he sido una estúpida y humildemente te pido perdón por ello — maulló la reina del harén.

—No, no has sido una estúpida. Sencillamente, para bloquear el camino de Mohamed al trono habría que matarme. Es así de simple.

—¿Dejarás sin castigo la afrenta de tu hijo, que te ha desobedecido?

—No. Mohamed será castigado. Pero con sutileza. Y ahora, amada mía, deja de preocuparte por mí —recobró Abderramán el tono animado—. No sabes cuánto agradezco tus desvelos, pero me apena ver tu hermoso ceño entristecido por todos estos avatares. Concentrémonos mejor en la música y en el amor, los reinos donde tú y yo somos siempre felices.

Tarub, con una inefable sonrisa, acarició las cuerdas de su laúd y entonó dulcemente una melancólica *nuba*. Y bajo el rostro angelical de aquella hada de la música y el amor, dueña del reino donde Abderramán siempre era feliz, resonaban las últimas palabras del emir: «Para bloquear el camino de Mohamed al trono habría que matarme». Así de simple.



Ramiro Bermúdez, señor del Édramo, tomó asiento en la cámara reservada al rey en el viejo palacio intramuros, junto a la catedral de San Salvador. Aún había objetos de Jimena y Nepociano por los rincones: ropas de rica factura, arcones vaciados a toda prisa —y presumiblemente saqueados por algún guardia poco escrupuloso—, frascos con misteriosos bebedizos, extraños amuletos que parecían recolectados en alguna cueva de los montes vascones... Ramiro no mandó retirarlos. Todos esos objetos también gritaban su victoria.

El rey se asomó al ventanal, tres elegantes arcos que se abrían sobre la iglesia de San Tirso y el sol poniente. Este palacio lo había mandado elevar Fruela cuando hizo de Oviedo la capital del reino. No llegó a verlo acabado; antes le mataron entre sus mismas paredes. Después, ciudad y palacio fueron relegados, como si una maldición hubiera caído sobre ellos. Hasta que Alfonso, el hijo de Fruela, reemplazó en el trono a Bermudo, el padre de Ramiro. Alfonso multiplicó la talla de Oviedo. Y, entre otras cosas, concluyó este palacio, convertido ahora en un mero apéndice de las fastuosas piedras de la catedral de San Salvador.

Se miraba las manos. El rey se miraba las manos abiertas, las palmas apoyadas sobre la mesa regia, y tras ellas se le marchó la memoria. La última vez que se apoyó en esta misma mesa, treinta y cinco años atrás, era un doncel que se educaba en la corte bajo la dirección de Alfonso el Casto, y esas mismas manos delataban entonces a un muchacho delgado y lampiño. Años de gloria, aquellos. La paz mecía al reino con dulzura, la vida florecía por todas partes, los campos arrojaban frutos generosos, los monasterios bullían con las riquezas del espíritu, los embajadores de Asturias

pisaban Aquisgrán, los orfebres de Lombardía traían sus joyas al reino cristiano del norte, los peregrinos llegaban a Santiago, los colonos saltaban a la Bardulia... Y Oviedo, de nuevo capital, se transformaba aceleradamente al frenético ritmo de la inspiración de Tioda, el arquitecto.

¿Qué había sido de Tioda? Ramiro se había interesado por él unas pocas horas antes, una vez concluida la visita a Santa María. Le dijeron que el viejo constructor de iglesias y palacios permanecía encerrado en su casa, de la que seguramente ya no volvería a salir. Los últimos sucesos habían agotado hasta el extremo las fuerzas de aquel anciano. Tioda moriría pronto, sin duda. Dejaba, ciertamente, el legado de su taller, y Ramiro tenía el firme propósito de seguir recurriendo a sus talentos. Oviedo no cesaría de crecer, ahora bajo el cetro de otro rey. A su derecha, a través del ventanal de la cámara regia, detrás de la mole de San Salvador, se divisaban las lomas boscosas del monte Naranco. Un buen sitio —pensó el monarca— para dejar testimonio de su paso por el trono.

Los obispos Gomelo y Serrano llegaron puntuales. Había muchas cosas por tratar y el rey quería abordarlas cuanto antes: que todo el mundo percibiera que una nueva voluntad gobernaba el reino. Ante todo, había que acelerar los preparativos para la coronación.

—Quiero coronarme como lo hizo Alfonso —explicó Ramiro a los obispos—. Ser ungido según la misma ceremonia de los reyes godos, que a partir de ahora será la canónica en nuestras tierras.

—Yo estuve en aquella coronación —evocó el viejo Gomelo, entornando los ojos cansados—. Recuerdo casi todos los pasos de la liturgia. Pero habrá que prever un lugar adecuado para tu prometida, y eso es nuevo para mí.

—No será un problema difícil. Sentadla en primera fila, mirando al altar, la primera a la derecha. Que yo pueda verla bien.

—Así lo haremos —asintió por su parte Serrano—. Pero hay otros asuntos algo más espinosos en la ceremonia. Por ejemplo, ¿reservamos algún espacio específico para los nobles del consejo?

—En modo alguno —refutó el rey—. No quiero ver a esos fulanos en mi coronación. Solo Escipio, Sonna y Gladila.

—¡Pero no puedes despreciar a esas nobles casas en una ocasión tan importante! —exclamó el mozárabe.

—No lo haré. Las casas estarán representadas por las esposas de esos señores y uno de sus hijos —ordenó Ramiro—. De este modo, no se ofende al nombre ni al linaje, pero se castiga al traidor.

—Es una buena solución —concedió Gomelo—. Supongo que quieres coronarte en San Salvador.

—Así es. Y la boda, lo antes posible, en Santa María.

—¿Fijamos ya la fecha de la coronación? —apremió Serrano.

—Pasado mañana. Para entonces ya estarán aquí tanto mis hijos como el padre de Paterna.

—Habrà que acelerar los preparativos del banquete —se inquietó Gomelo—. Y acondicionar unos aposentos adecuados para tu esposa y para ti, con la servidumbre necesaria y...

—¡Lo tengo ya decidido! —anunció el rey, exultante—. Viviremos en el palacete de Alfonso, extramuros. Paterna ya está alojada allí. Yo me uniré el mismo día de la boda. Y este palacio en el que ahora estamos, dentro de la ciudad, quedará para actos oficiales y para despacho, igual que con el viejo rey.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos con las cosas de Nepociano y Jimena? —se interesó Serrano, meticuloso.

—Todo lo que no tenga relevancia política, que se lleve al monasterio de San Vicente y se reparta entre las familias de los que cayeron combatiendo para mí en Cornellana. Sé que don Gonzalo de Lemos tiene una lista.

—Piadosa medida —encomió Gomelo.

—Gracias. Además, durante la campaña llegué a ciertos compromisos con los vecinos de Mondoñedo, Trevías y Cornellana. Que el de Lemos se ocupe también.

—Así se hará —dijo Serrano—. En cuanto a los preparativos de la coronación...

—Que se encargue Escipio —respondió rápido el rey.

—Por cierto... —indagó Gomelo—. ¿Por qué Escipio no está aquí?

—Porque no le he llamado —aclaró, seco, Ramiro—. Id haciéndoos a la idea —añadió ante la sorpresa del anciano obispo— de que Escipio pronto dejará sus obligaciones en palacio. Y descuida, Gomelo, él ya lo sabe.

—Sea. ¿Quién atenderá las cuestiones de palacio mientras tanto? —quiso saber Serrano con un extraño brillo en los ojos oscuros.

—Tú, naturalmente —confirmó el rey con una ancha sonrisa—. Bajo los sabios consejos de Gomelo. Por eso estáis aquí los dos.

—Me honras, mi rey —se ruborizó Serrano, adulador, esbozando una reverencia que no era fruto de la humildad, sino del orgullo.

—En cuanto a los demás nombramientos... —siguió Gomelo.

—Ya veremos. Necesito alguien que gobierne palacio, un equipo nuevo de escribanos, un tesorero... Pero todo eso, queridos amigos míos, lo dejo en vuestras manos. Conocéis mejor que yo el paisaje y sabréis elegir a los mejor preparados y a los más fieles. Por ahora solo es urgente cubrir el puesto de jefe de la guardia de palacio.

—Los fieles del rey... —empezó a explicar Gomelo, pero Ramiro tenía su propio plan.

—Los *fideles regis* están dispersos después de la calamidad de estos días. Muchos

han estado conmigo en Cornellana, otros se han ido quedando en diferentes lugares para cubrir la llegada de Paterna a Asturias, aún otros están con Sonna... Por otro lado —valoró el rey—, eran fieles de otro monarca. No dudo de que seguirán leales a la corona, pero no puedo entregarles la guardia de palacio. No, no. Necesito a alguien de confianza absoluta. Y lo tengo: el nuevo jefe de mi guardia será el caballero Ergica de Tuy.

—¿Ergica? —se extrañó Serrano—. Pero carece de fortuna y...

—Precisamente —atajó Ramiro—. Solo es un soldado, no es un terrateniente. Por tanto, únicamente me será fiel a mí y no buscará tender lazos con sus pares, pues los demás señores le miran con suficiencia cuando no le desprecian. Dicho de otro modo: si a algún aristócrata más se le ocurre volver a levantarse, Ergica encontrará un placer muy personal en cortarle la cabeza. Y sobre todo, es un buen soldado.

—¿Él lo sabe? —preguntó el mozárabe.

—No. Vosotros dos se lo anunciaréis. Y le convocaréis a mi presencia mañana por la mañana. Que venga sabiendo lo que le espera. Así su agradecimiento será aún mayor.

—Bien jugado, mi rey —sonrió Gomelo.

Ramiro se acercó al rincón donde yacían los extraños amuletos abandonados por Jimena y Nepociano. Había mechones de cabellos. Había montoncitos de tierra aparentemente quemada. Había un cazo con agua. Había otras muchas cosas que al señor del Édramo no le inspiraban otra cosa que una oscura repugnancia.

—Y a propósito —continuó Ramiro—, es el momento de hablar de política. Dime, Gomelo, ¿qué pasó exactamente en esa farsa de consejo que convocó Nepociano?

—Que se otorgó a Nepociano todo el poder. En ausencia de heredero al trono designado formalmente, el consejo, autoconstituido, le proclamó regente con atribuciones de rey. Don Fáfila, Teudano y yo nos opusimos. A los dos...

—Lo sé, lo sé. ¿Y tú no tenías ningún documento para demostrar que mi designación era legítima?

—Sí, claro que lo tenía. Y lo tengo. Míralo. —Exhibió el anciano obispo el testimonio hológrafo de Alfonso—. Pero es verdad que el tipo de nombramiento que hizo el rey, una comunicación privada en el ámbito de su consejo más íntimo, fue irregular. A eso se acogieron para no reconocer validez al trámite.

—¿Por qué actuó así Alfonso?

—Creo que jamás se le pasó por la cabeza que alguien violentara su voluntad. Menos aún un Nepociano, una reliquia de los viejos tiempos.

El rey quedó pensativo. Alfonso, que todo lo conocía, que todo lo sabía, que todo lo vigilaba después de medio siglo con la corona en las sienes, no había podido prever que pudiera volver un Nepociano. Y sin embargo, volvió. Los peligros que

acechaban al titular del reino eran imprevisibles. Mecánicamente, Ramiro dirigió la vista al exterior, ahora a la muralla sur, donde un nutrido destacamento de sus tropas velaba por la seguridad del recinto. Idénticos destacamentos había en todas las puertas de la ciudad, acampadas las tropas a la sombra de los muros, como si Oviedo fuera una ciudad sitiada. A nadie se le podía pasar por la cabeza que alguien intentara cualquier felonía, y sin embargo... No, a Ramiro no le pasaría como a Alfonso.

—¿Cuál es exactamente ahora mi situación? —quiso saber el rey.

—Herederero legítimo de la corona —precisó Gomelo—, tal y como prescribe este documento autógrafo del rey Alfonso. Eso sigue siendo válido. Y además, ahora, te han reconocido como rey los mismos que se levantaron contra ti.

—¿Puede invocar Nepociano algún derecho que le asista?

—Solo el de ser escuchado. Desde el momento en que los nobles del consejo te aclamaron en Pravia, la regencia de Nepociano dejó de estar vigente. Porque la regencia es transitoria por definición.

—Entiendo. Es decir, que habrá que escucharle —resopló Ramiro con fastidio—. En juicio, espero.

—En juicio, sí. Sería lo más oportuno. Tengo entendido que te has comprometido a respetar su vida.

—Sí, ¡maldita sea! Ese fue el pacto al que llegaron Sonna y Hernán de Mena. Respetar la vida no solo de Nepociano, sino también de los nobles del consejo.

—Comprendo que no te resulte plato de gusto —apaciguó Serrano al monarca—, pero trata de ver el lado positivo: eso te hará aparecer como un gobernante clemente y misericordioso.

—Pero no puedo dejar impune la traición, amigos míos.

—Eso también es muy cierto. Debe hablar la vara de la justicia —sentenció Serrano.

—Exactamente. La vara de la justicia... —Meditó un momento el rey—. Me gusta esa fórmula, «la vara de la justicia». La corona acusará a Nepociano de traición. Fue una gran idea, Gomelo, rescatar aquellas palabras del santo y sabio Isidoro sobre el príncipe y la justicia. Eso ha hecho que Nepociano aparezca a ojos de todos como el príncipe injusto por definición.

—Gracias. —Se inclinó el anciano—. Lo cierto es que encontré esos escritos por puro azar. El Señor los puso en nuestro camino, sin duda.

—El Señor llega para gobernar a los pueblos con rectitud —salmodió el mozárabe.

—Amén —cerró el rey con alguna brusquedad—. Bien, ahora hay que preparar los cargos.

—No será una tarea complicada —sonrió Gomelo—. Tengo entendido que el hermano de tu prometida desbarató un intento de incursión musulmana pocas horas

antes de la batalla.

—Así es. Iban a... ¡Cornellana, claro! ¿Estás pensando...?

—En efecto —confirmó el anciano obispo—. Nada más grave puede haber que una acusación de connivencia con los musulmanes; connivencia para que el emir se apodere del reino. La mera presencia de ese ejército moro es indicio más que elocuente. Nos faltarían pruebas testimoniales, sin embargo.

—¡Creo que las tenemos! —aplaudió Serrano—. Esos dos hermanos navarros, los del obispo Ataúlfo...

—No sé de qué me habláis —protestó Gomelo.

—Un providencial azar —explicó el mozárabe—. Dos hermanos navarros. Uno, capitán de la hueste de Nepociano. El otro, soldado en la columna de Córdoba que penetró en la calzada de la Mesa. Ambos cautivos y bajo la protección del obispo de Iria-Compostela. Se encontraron en Cornellana. Un regalo del Señor.

—¡Pero eso es perfecto! —exclamó el obispo de Oviedo—. ¿Testificarán?

—Harán cualquier cosa con tal de seguir juntos —rio Ramiro—, y sobre todo bajo la protección de Ataúlfo, que es blando como un ama de cría. Sí, ellos serán los testigos. El uno contará cómo Nepociano esperaba refuerzos de Córdoba. El otro dirá que esa columna, dirigida nada menos que por el príncipe Mohamed, eran los refuerzos que Nepociano esperaba.

—El círculo de la justicia se cierra sobre Nepociano —dictaminó Gomelo.

—No tiene escapatoria —ratificó el rey—. Pero eso lo dejaremos para más adelante. Antes hay que coronarse y casarse. Dime, Gomelo, ¿firmó Nepociano, mientras fue regente, alguna decisión de gobierno que yo deba conocer?

—Muy pocas. En la documentación que me ha trasladado Escipio solo aparecen dos cosas notables. Una es una cesión de terrenos por intermediación del conde Sonna.

—¿Sonna? —se extrañó Ramiro—. ¿Aprovechó el interregno para quedarse con tierras?

—No, no —desmintió el anciano—. De hecho, esas tierras no son para él. Se trata de un reconocimiento de propiedad a favor de una tal señora doña Gadea. Unos molinos. Sí, ya sé lo que piensas —sonrió—. Es su amante, según me dijo Escipio.

—¡Vaya por Dios! —rio el rey—. Bueno, dejémoslo correr. Pero me hablabas de dos cosas notables. ¿La segunda?

—La segunda es notable por misteriosa. Se trata de unas salidas de fondos del tesoro de la corona.

—Me lo temía. ¿Mucho?

—Es difícil saberlo —dudó Gomelo—. Aún no hemos podido revisar a fondo el inventario. Al parecer, los hombres de Nepociano pelearon ferozmente por el oro. Los guardias encontraron la cámara abierta, la puerta violentada y, en el suelo, un

cadáver literalmente descabellado. Era uno de los capitanes de la hueste mercenaria.

—¡Qué chusma! —escupió Ramiro—. ¿Y qué son esas salidas de las que me hablas?

—Un enigmático apunte en los cuadernos de palacio. Se trata de tres envíos de metales preciosos, sin especificar montante, hacia «el mar del oeste».

—¿Dónde dices?

—«El mar del oeste». Fue así como Nepociano lo escribió.

—¿Quieres decirme que Nepociano ha mandado oro y plata a... Galicia?

—No lo puedo saber. —Encogió el obispo sus escuálidos hombros—. No tendremos la respuesta hasta haber inventariado el conjunto del tesoro. Ya están en ello mis oficiales, pero llevará tiempo.

—Tenme informado sobre el asunto, te lo ruego.

—Así lo haré.

Ramiro volvió al ventanal. Allá abajo se agitaba el gentío como siempre que se avecina algún acontecimiento nuevo. La ciudad se engalanaba ya para la coronación y la boda del rey. Se veía al pueblo contento, corriendo de un lado para otro, cantando por las callejas de los barrios artesanos mientras los comerciantes hacían su agosto con las gentes que habían acudido a la capital. Empezaba mayo, lucía el sol, las mozas paseaban sus encantos, los soldados las aplaudían y la primavera era una caricia lujuriosa en la verde piel de Asturias.

—Hay otro asunto importante del que debo hablaros. —Frunció Ramiro el ceño—. Todo esto que ha pasado, el golpe de Nepociano y la rebeldía del consejo, es algo que no se puede repetir. Pero hace falta algo más que castigar a los culpables. Veamos, ¿por qué ha sido posible una sedición de este género? Porque el trámite de la sucesión no ha sido suficientemente claro. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí —aceptó Gomelo.

—Por tanto, lo que hay que hacer con urgencia es definir y fijar la sucesión a la corona para que nadie vuelva a invocar derechos que no le corresponden. ¿Me seguís?

—Con claridad —agregó Serrano.

—Os anuncio lo que me propongo: definir el estatuto del heredero por ley, de manera que los derechos de sucesión a la corona vayan automáticamente al primogénito del rey, salvo que este decida explícitamente otra cosa. Supongo que hay precedentes legales.

—Sí —apuntó el erudito Gomelo—, Chindasvinto y Recesvinto, reyes godos de Toledo, hace...

—Perfecto —palmoteó el rey—. No necesitamos más. Serrano, te lo ruego, prepara los documentos. Que citen expresamente ese ilustre precedente. Y cuando todo esté dispuesto, lo antes posible, designaremos como heredero a mi hijo

primogénito.

—Pero Paterna aún no ha sido madre —objetó el anciano obispo.

—¡Oh, no se trata de Paterna! Será mi hijo Ordoño —proclamó Ramiro.

—Eso creará algún problema, me temo. —Torció Gomelo el gesto.

—Vamos, Gomelo, mírame. —Sonrió el rey con más fiereza que amabilidad—. Tengo cincuenta años. Tendría que ser un prodigio de longevidad para engendrar ahora un heredero que pudiera sucederme en edad adulta. Lo más fácil es que yo muera antes. Cuando mi padre y mi madre murieron no eran mucho mayores que yo hoy. Con frecuencia me duele el pecho y se me nubla la vista. Me hago viejo. No sé cuántos años más me dará el Señor, pero dudo mucho que sean los suficientes como para ver crecer a un hijo hasta hacerse hombre. Y entonces, ¿qué dejaría yo? ¿Un niño en el trono, para que vuelva a surgir otro Nepociano que le coma el cetro? No, no. —Movía el rey las manos, esas manos que desollaban jabalíes—. Hay demasiada sangre de reyes en los ríos de esta tierra. Si Paterna y yo tenemos algún varón, ya me ocuparé de que se le entreguen dignidades en Castilla; allí hay sitio de sobra. La corona, no. La corona, cuando yo muera, ha de ser para Ordoño. Mi primogénito. Que además, estoy seguro, será un gran rey.

—Se hará como deseas —aceptó Gomelo—. Supongo que esto...

—Esto, efectivamente, se mantendrá en el mayor de los secretos hasta que llegue el momento de hacerlo público —prescribió Ramiro—. Y ese día, todos los nobles del reino lo acatarán. Por la cuenta que les trae.

—Quiero que sepas, mi señor Ramiro, mi rey —enfaticó el anciano obispo—, que alabo tu decisión. Alfonso habría actuado de igual manera si hubiera tenido hijos. A falta de tales, te designó a ti, que durante largos años fuiste como un hijo para él. Tú completas su obra y, permíteme que te lo diga, estoy seguro de que la ampliarás para hacerla aún más magnífica.

—Gracias, Gomelo. Hay más asuntos que van a cambiar. El principal, el patrimonio regio. No puede ser que el rey carezca de fuerza para hacer frente por sí mismo a las obligaciones de su rango.

—¿Hablas de los impuestos? —aventuró el anciano.

—No. Hablo de tierras, ejércitos, rentas... Hablo de la posibilidad de poner en pie a la corona.

—El orden natural es el que es —advirtió Gomelo—. Los señores de la tierra tienen sus huestes, que ponen a tu servicio cuando...

—¡Cuando les viene bien! —fustigó el rey—. No, no. El orden natural es el que es, cierto, pero puede mejorarse si es por el bien del reino. Vamos a abrir el campo, amigos míos. Vamos a lanzarnos hacia el sur. Allí hay tierras en gran cantidad. Allí...

—Allí vigilan los musulmanes —observó Serrano.

—Cierto. Habrá que pelear. Ellos son más numerosos, más ricos y más fuertes.

Pero nosotros seremos más tenaces y más agresivos. ¡Mirad a toda esa gente que pulula hoy por Oviedo! —exclamó Ramiro, señalando al ventanal—. El reino es rico en hombres y mujeres: hombres para labrar los campos y hacer la guerra, mujeres para parir y criar más hombres y más mujeres.

—Habrà que guarnecer muy bien la frontera —musitó Gomelo, levemente asustado.

—Eso ya está en marcha —declaró el rey—. Vamos a centrar nuestro esfuerzo en León y en Amaya. Vamos a ir repoblando el sur.

—Tu predecesor, el rey Alfonso —precisó el anciano obispo de Oviedo—, siempre pensó lo mismo, pero...

—... Pero hoy es posible hacerlo —zanjó Ramiro—. Alfonso hizo grandes cosas. Las presuras de tierras en el sur han multiplicado la vida del reino. Ahora es tiempo de prolongar esa tarea y multiplicarla. Hay que reconocer por ley esas presuras, hay que plantar más monasterios, hay que levantar más castillos en la frontera, hay que ganar nuevas tierras...

—¿Tierras que la corona se atribuirá? —sugirió Serrano.

—Sí y no. La corona, por supuesto, reclamará su parte —expuso el rey—, pero los colonos y sus villas seguirán siendo libres. Fueros para esas aldeas y villas, que al fin y al cabo se están jugando la vida. Monasterios que organicen el territorio. Huestes que por sí mismas vigilen la frontera. ¿Entendéis lo qué significa eso?

—Un poder ajeno al control de los grandes nobles —respondió el mozárabe.

—Exacto —confirmó Ramiro—. Un poder que verá en la corona a su mejor defensor. Un reino que será del rey, y no de los nobles.

—Eso no gustará a ciertos linajes —titubeó Serrano—. Habrá que atarlos corto.

—En Galicia estará mi hijo Ordoño, que será más que un conde: será una representación del rey. En Castilla no habrá problemas, porque precisamente eso es lo que quieren: ir más al sur. Hacia oriente, Rodrigo Núñez y Hernán de Mena empezarán a actuar de inmediato. Mi hijo Gatón hará lo propio en occidente, en torno a León. Quizá yo no viva para verlo, pero nuestra frontera ya no serán estas montañas, sino el río Duero. Nos atacarán, pero nos defenderemos. Nos matarán, pero responderemos. Nos ahogarán en fuego y dolor, pero les devolveremos dolor y fuego en la misma medida. En los grandes llanos instalaremos a nuestra gente y a los cristianos que vengan del sur. Nacerán nuevas ciudades y se levantarán nuevas iglesias. Y en todas partes se cantará la gloria de Oviedo y de Dios nuestro señor. ¡Este reino va a cambiar de piel!

Ramiro se retiró a un lado de la habitación, cara a la pared, las manos en la espalda. Se había excitado. Sudaba. Notaba incómodas palpitaciones en el pecho. Estaba sufriendo el esfuerzo de construir un reino.

—Mi señor don Ramiro —habló dulcemente Gomelo—, te escucho y pienso que

sueñas despierto...

—¡Es la segunda vez que me dicen eso en el día de hoy! —rió el rey, evocando su conversación con Hernán de Mena.

—Aun así —prosiguió el anciano obispo—, debo decirte que esas mismas palabras las he escuchado reiteradas veces en labios de don Alfonso. Él construyó hasta donde el Señor le permitió. Yo rezaré para que tú puedas construir sobre esos cimientos. Y la Iglesia toda, ten la seguridad de ello, dará su bendición a la empresa, porque no hay nada más grato a Dios que ver realizado su precepto: «Creced y multiplicaos», bajo el signo salvador de la cruz y en un orden justo conforme a las enseñanzas de Nuestro Señor.

Ramiro se giró. Las palpitaciones habían amainado. Una sonrisa extrañamente iluminada afloró a las barbas oscuras.

—Gracias una vez más, Gomelo, buen amigo —musitó el rey como volviendo, efectivamente, de un sueño—. Has prestado a la corona servicios decisivos durante casi medio siglo. No sé cómo vamos a arreglárnoslas sin ti.

—¿Sin mí? —se sobresaltó el anciano obispo de Oviedo—. ¿Por qué sin mí?

—Sí —aclaró el rey—, esa idea tuya de abandonar la vida mundana para recluirte en un convento y dedicarte al estudio y la oración. Perdona si soy indiscreto —titubeó Ramiro, azorado, al palpar la reacción del anciano—, pero nuestro amigo Serrano me lo contó todo en Lugo. Me trasladó tus deseos, tus palabras sobre ese retiro. Aunque bien te lo has ganado, a fe mía...

Serrano enrojeció súbitamente. Su juego había quedado vergonzosamente expuesto. Se sentía desnudo. Jamás hubiera imaginado que Ramiro podía llegar a ser tan imprudente; privilegio de rey, sin duda. Gomelo, por su parte, miró a su joven colega mozárabe con un gesto de infinita perplejidad. Sí, era verdad, él había dicho eso. Cuando le hallaron en su encierro en Ablaña, él había comentado frívolamente lo deliciosa que sería una vida apartada del mundo y consagrada al estudio. Una disquisición sin la menor trascendencia. Pero Serrano se había agarrado al comentario para labrarse su propio camino. Bien, no se lo podía reprochar. Serrano era joven y brillante, se había ganado la amistad del nuevo rey, necesitaba abrirse paso y qué mejor puerta que la diócesis de Oviedo... Él, por el contrario, era ya un anciano cuyas fuerzas se apagaban. Ni siquiera la vista le funcionaba bien. Gomelo colgó una blanda mirada misericordiosa en el rostro ruborizado de Serrano, en su nariz grande y aplastada, en sus ojos oscuros que ahora se clavaban en el suelo como los de un niño cuando ha sido sorprendido en alguna travesura. Gomelo sonrió.

—Sí, así es. Me siento ya viejo y cansado. Estaré a tu lado mientras me necesites, pero mi tiempo ha acabado, como el de Alfonso, como el de Teudano, como el de Tioda... Estoy seguro, mi rey, de que sabrás encontrarme un digno sustituto —añadió percibiendo cómo Serrano se estremecía—, alguien en quien puedas confiar porque

no va a traicionarte jamás. Y esa persona, si tú me lo permites, la tienes frente a ti: mi joven hermano Serrano, que a sus virtudes cristianas añade una inteligencia sin parangón.

El obispo Serrano sintió como si un frío invencible se adueñara de sus entrañas. Le faltaba el aire. No se atrevía a hablar porque temía que de su garganta solo saliera un sollozo.

—En Serrano había pensado, en efecto —confirmó Ramiro.

—Sabia elección —celebró Gomelo—. Lo hará muy bien como obispo y como consejero.

—Y ahora, amigos míos —concluyó el rey—, os dejo marchar. Tenemos por delante mucha tarea. Nos veremos mañana en este mismo lugar, después de laudes. Id con Dios.

Los obispos abandonaron en silencio la cámara del rey. En silencio salieron de palacio. En silencio descendieron la escalinata que bajaba a la plaza. En silencio cruzaron por entre la algarabía de paisanos que copaba la ciudad. En silencio ganaron el atrio de la catedral de San Salvador. En silencio acudieron al rezo de vísperas. En silencio confiaron a Dios las cosas que nadie más puede saber: Gomelo, la amargura de ver que el mañana iba a construirse sin él; Serrano, el dolor de constatar lo agrio que puede ser a veces el sabor de la victoria. En silencio.



Telmo, Tello y Mendo no dejaban a Paterna a sol ni a sombra. De labios del mismísimo rey Ramiro habían recibido la orden:

—Vosotros que la habéis escoltado desde Cigüenza, escoltadla también aquí. Que esté protegida día y noche. Que no le falte nada. Respondéis con vuestras vidas.

Y así, los tres castellanos, tres labradores y pastores y cazadores y guerreros y saqueadores, todo ello a la vez, se vieron convertidos ahora en guardias de la que iba a ser reina de Asturias.

Paterna no daba abasto. Cuando no estaba recibiendo una visita de los monjes de San Vicente o de las monjas de San Juan Bautista, de las cofradías de la ciudad o de los maestros de las obras capitalinas, la castellana se dedicaba a poner un poco de orden en su palacete o inspeccionaba las cocinas, las caballerizas o los aposentos que habrían de acoger a su padre y a los hijos de Ramiro, pues todos se alojarían allí mientras duraran los festejos de la coronación y la boda. Con Escipio repasó punto por punto el ceremonial y el festín. Con el obispo Gomelo estudió atentamente la liturgia nupcial. Logró sacar unos minutos para acercarse a la Foncalada y tomar un baño templado en las termas donde Alfonso solía descansar, cerca del palacio, en los terrenos que fueron propiedad personal del rey Casto y que ahora, como predio real, pasaban a formar parte del patrimonio de la corona. A Ramiro apenas si le había

visto, salvo para dos ensayos de la ceremonia. Y la dama encontraba un intenso goce en toda esta agitación, porque el puro vértigo de la actividad la exoneraba de cualquier pensamiento.

Estaba decidida a ser una buena reina; la mejor reina. Dos veces había vuelto a entrar en las murallas después de su llegada a Oviedo. En las dos ocasiones se había esforzado por pasearse entre la multitud —bien escoltada por Telmo, Tello y Mendo— repartiendo bendiciones y sonrisas. Cuando acudió a orar ante las tumbas de los viejos reyes, en el panteón de San Salvador, se ocupó de que todo Oviedo se enterara. Bien sabía ella que a las gentes se las gana antes por el corazón que por cualquier otra vía. En los sarcófagos de San Salvador, bajo aquel embriagador festival de arcos policromados con mil geometrías, descansaban el rey Fruela y su esposa doña Munia, y también el rey Bermudo y su esposa Ozenda, los padres de Ramiro. Sangre de reyes. Algún día —pensaba Paterna— ella misma dormiría ahí, en esas camas de piedra, y tal vez otra reina acudiría ante su sepulcro para que el pueblo la viera y admirara su piedad. Paterna se sintió hipócrita. Solo un momento.

No tenía miedo más que a una cosa: al encuentro con los hijos de Ramiro. Ni los riesgos del largo viaje a través de las montañas, ni las posibles consecuencias de la rebelión del usurpador, ni los charcos de sangre y vísceras del campo de Cornellana, ni siquiera las convulsiones de su corazón cuando se acercaba Hernán de Mena le habían inspirado tanta inquietud como la que ahora le producía la inevitable reunión con Ordoño y Aldonza. No lograba desprenderse del sentimiento de que ella, Paterna, venía a ocupar el lugar de otra; de algún modo se veía a sí misma como una usurpadora, de igual forma que Nepociano había pretendido usurpar un trono que no le correspondía. Toda su entereza de mujer se venía abajo cuando pensaba en esos hijos sin madre que, irremediablemente, conspirarían para desplazarla de la diestra del rey. Por todos los medios tendría que intentar alejarlos de la corte, apartarlos de la voluntad de Ramiro. Odiaba hacerlo, pero sentía que su supervivencia dependía de ser la única en el corazón de su marido.

En el último paseo por las calles de Oviedo, la víspera de la coronación, Paterna —siempre escoltada por Tello, Telmo y Mendo— se recluyó en la iglesia de San Tirso, la primera de las culminadas por el rey Alfonso. Necesitaba estar sola; poner en orden no tanto sus pensamientos como sus sentimientos. Se arrodilló en el centro de la pequeña y elegante nave cruciforme, apenas iluminada por el sol agónico de una tarde nubosa. Cerró los ojos. Evocó a su madre, la buena doña Sancha. Evocó a su hermanito muerto y al lince que lo mató. Evocó las tierras que la habían visto nacer, tan distintas de estas que ahora pisaba. Y llevaba un largo rato así recogida cuando una voz la sobresaltó a su lado:

—Me alegra encontrarte aquí, orando, hija mía.

El obispo Gomelo, viejo, encorvado, flaco, como una rama de avellano envuelta

en la niebla blanca de sus barbas, se arrodilló junto a ella.

—Padre. —Hizo Paterna ademán de incorporarse, pero una dulce mano sarmentosa la retuvo.

—Has sido muy valiente, hija mía —susurró el anciano obispo—, al aceptar esta cruz que el Señor te envía.

—¿Una corona es una cruz?

—Todas las coronas tienen espinas —sonrió Gomelo—, y esta también. Pronto lo descubrirás. Además, has tenido que realizar un largo y peligroso viaje para llegar hasta aquí.

—Siempre he estado muy bien escoltada —respondió Paterna, haciendo ademán de señalar a Telmo, Tello y Mendo, que permanecían tres bancos más atrás, igualmente arrodillados. Pero Gomelo tenía otra cosa en mente.

—Hernán de Mena es un cumplido caballero. ¿Sabes? Yo conocí a sus padres. Era yo muy joven entonces, un pequeño fraile recién llegado a la corte. Así los conocí.

—Me han contado historias... —empezó a decir Paterna, súbitamente incómoda.

—Su madre era una mujer fuera de lo común. —Entornó Gomelo los párpados—. Una criatura bellísima, de profundos ojos color violeta, inteligencia vivísima, fuerte carácter y un espíritu demasiado caprichoso. Creo que en el fondo nunca dejó de ser una niña.

—¿Y Ramiro...? —planteó la dama para cambiar el signo de la conversación. Pero fue inútil.

—Creusa, que así se llamaba aquella mujer, rompía corazones con la misma desenvoltura con que el petirrojo devora gusanos. —Meneó la cabeza el anciano—. Hubo quien vio en ella una suerte de criatura diabólica. Yo jamás lo creí. En realidad, aquella muchacha solo buscaba el amor.

—Los padres de Ramiro... —persistía Paterna, sin éxito.

—... También el padre de Hernán, Zonio, buscaba el amor —continuó el obispo de Oviedo—, y sospecho que no lo encontró jamás. Creyó hallarlo una vez en una trenza rubia como la tuya, pero la muchacha terminó cautiva y esclava en Córdoba; cuando al fin fue liberada, muchos años atrás, ya no era la misma mujer. Zonio, desesperado, se convirtió en una especie de alma errante. Creo que Hernán, de algún modo, también lo es, como si el espíritu de su padre sobreviviera en él.

—Las iglesias de Oviedo... —intentó escapar la castellana, cada vez más azorada.

—... Es bueno buscar el amor —seguía Gomelo, insensible a los esfuerzos de Paterna por cambiar de tema—; bueno e inevitable, porque está en nuestra naturaleza. Pero a veces hay que renunciar al amor mundano en aras de algo más grande. Hay quien renuncia por la riqueza. Hay quien lo hace por el poder. Cabalmente, no es

posible bendecir ninguna de esas cosas.

—La ceremonia nupcial...

—... Pero renunciar al amor mundano en pos de un amor más alto, en pos de la palabra de Dios y de la obediencia a sus designios, eso es algo que exige de nosotros un mayor sacrificio, una entrega mucho más severa. Y también por eso será más rica la recompensa en la vida eterna.

—Yo no...

—... Los hombres, hija mía, tienen cada cual su camino, prescrito por Dios Nuestro Señor, y con frecuencia no es fácil seguirlo porque nuestros apetitos nos confunden. Hay que abrir bien los oídos del alma y ponerse a la escucha de la Palabra. Y hay que dejar que los otros, incluidos aquellos a quienes más amamos o creemos amar, actúen de igual manera, aunque a veces eso nos ahogue en hiel.

—...

—Paterna, hija mía, pronto todos te llamarán «mi reina». Tú ya no eres una niña. Has vivido lo bastante para reconocer de dónde vienen las voces que a ti, como a todos, te empujan en tal o cual dirección. Si quieres el consejo de un anciano, te diré que debes esforzarte por discriminar esas voces y seguir tan solo aquellas que no te alejen de tu misión. Todo lo demás es pasajero.

—Padre...

—Y esto es todo lo que te quería decir. Eres una mujer hermosa, inteligente, prudente y con carácter. Me alivia descubrir que en el trono va a sentarse una mujer como tú. En verdad la Providencia ha guiado la mano de Ramiro en su elección. Ahora te queda por delante lo más difícil. Sé buena esposa y buena reina. Sé fiel a tu marido y a tu reino. Dales hijos, al uno y al otro, para que vuestra estirpe se perpetúe. Sé sumisa. La sumisión a veces no es más que abandono, pero en las gentes de carácter, como tú, es signo de una fortaleza mayor. En las calles de Oviedo ya todos cantan alabanzas a la nueva reina. Obra de modo que esas alabanzas te sobrevivan. Amén.

Gomelo se recogió, cerró los ojos cansados, apoyó el barbado mentón sobre las manos juntas y entró en profunda oración. Paterna no osó interrumpirle. La castellana abandonó la iglesia de San Tirso con la mortificante sospecha de que los ojos exhaustos de aquel anciano habían visto más y más lejos que ningún otro hombre en el reino.

18 CORONACIÓN

Las campanas de San Salvador y San Tirso, de Santa María y San Vicente, repican al unísono. El portalón del palacio real se ha abierto lentamente y la muchedumbre, contenida por las hileras de soldados que custodian el camino, ya puede ver al cortejo del rey. Aparecen en primer término los obispos, Gomelo en cabeza, Serrano tras él, y después Ataúlfo de Compostela y Adulfo de Lugo, todos ellos tocados con hermosas mitras y envueltos en blancas casullas. El abad Gladila, de menor jerarquía, cierra el grupo portando el incensario, y con él, sujetándole la manga, marcha fray Fruela, el prior de Cornellana, cuyo apoyo en la batalla ha recompensado Ramiro otorgándole en la ceremonia tan destacado lugar. El sahumero envuelve en sus vapores al coro de monjes que, detrás, entona el himno más característico de la iglesia de España: el *O Dei Verbum* que Beato de Liébana consagró al apóstol Santiago. La multitud acoge en respetuoso silencio la salida de los hombres de Dios. Silencio que se rompe en un griterío ensordecedor cuando bajo el dintel de la puerta de palacio emerge la figura erguida, majestuosa, de Ramiro, el rey.

Ramiro ha querido ataviarse para su coronación como lo hizo Alfonso: no como rey, sino como penitente. Su cuerpo fornido y grueso no porta más que una túnica blanca, testimonio de humildad. No va descalzo, como lo fue Alfonso, pero los trapos que envuelven sus pies difieren poco de los que calzan los más modestos paisanos de Oviedo. Los cabellos del rey, la melena cobriza surcada de vetas blancas y la gran barba hirsuta y oscura, sueltos, se mecen a la suave brisa de mayo como duras ramas de encina. Ramiro no marcha solo. A su alrededor, como escolta ceremonial, caminan armados los jefes de guerra de Cornellana: don Paio de Guitiriz y don Arias de Pallares, el joven Yago de Mondariz y Olmundo de Erice, Rodrigo Núñez y el bravo Ergica de Tuy, que ya ha recibido su designación como jefe de la guardia de palacio y exhibe con una flamante capa roja su nueva dignidad. Después, bajo un alto estandarte que enarbola Gatón, vienen Gonzalo de Lemos y los condes Escipio y Sonna con Hernán de Mena. Corazas bien bruñidas y yelmos centelleantes, cotas de malla y espadas al cinto: todo en ellos canta la victoria del rey guerrero.

La comitiva sale a la gran plaza, camina solemne hasta el lateral de la iglesia de San Tirso, bordea el viejo templo alfonsí y gira hacia la fachada principal de la catedral de San Salvador. El aire es un vendaval de vítores campesinos, bramidos guerreros, fragor de cuernos y trompas, campanas enloquecidas y cánticos monacales. La muchedumbre arroja pétalos y hojas al paso del rey o se hinca de rodillas, santiguándose, ante el nuevo campeón de la cristiandad, la espada que habrá de librar al pueblo de todo mal. Ramiro no contesta a las aclamaciones. Permanece rígido

como un árbol, el rostro inmóvil, fijos en la nada los ojos del color de las castañas, como hipnotizados por la magnificencia del momento. Así alcanza el cortejo la puerta grande de la catedral, esa casa mágica que hace reyes a los hombres.

San Salvador se ha engalanado como nunca para esta ocasión. La gran catedral del reino cristiano del norte es una sinfonía de piedra compuesta por tres naves paralelas, la central más elevada y ancha que las laterales. Dentro, al fondo, un gran arco triunfal da paso al amplio rectángulo del transepto. En él, bajo arcos sostenidos por recios pilares cuadrados, se abre el altar principal consagrado al Salvador y, a uno y otro lado, los seis altares dobles dedicados a los doce apóstoles. En lo alto, los claristorios abiertos bajo el techado de gruesa madera invitan al sol de este mediodía de mayo a derramarse por la casa santa, y con su beso refulgen los colores ocre, rojos, negros y blancos de las pinturas que por todas partes adornan las paredes con sus sagradas geometrías.

No hay representaciones humanas en los muros de San Salvador. Desde mucho tiempo atrás, desde el concilio de Elvira, la Iglesia española es anicónica y rehúye su empleo para no favorecer la idolatría. Y aunque la devoción popular ha pintado por su cuenta vírgenes y santos en las mil ermitas del reino, Oviedo sigue respetando la prescripción. Así lo que ven los ojos del fiel es una armoniosa composición de líneas y círculos, columnas y lazos, cuadrados y aspas, hojas y esvásticas, junto a esquemáticas imágenes de palacios, tronos y tabernáculos. Estas paredes se visten hoy, además, con grandes estandartes blancos con la cruz roja, la enseña del reino, que flotan como alas de ángeles guerreros sobre la muchedumbre apiñada en el espacio central y en los laterales del templo, separados por un bosque de severos arcos de medio punto. En el centro de la nave aguardan los señores; en los laterales, las gentes de menor rango que han tenido la fortuna de verse invitadas a la ceremonia.

Paterna también aguarda. «En primera fila, a la derecha», había ordenado Ramiro; para que él la pueda ver en todo momento. Paterna está radiante. La servidumbre de palacio, bajo la dirección de Escipio, la ha ataviado como a una reina. El conde no ha ahorrado esfuerzos para averiguar, de labios de los orfebres francos y lombardos que viven en el reino, cómo visten las grandes damas de la corte carolingia. Así ha logrado componer para la castellana unas ropas dignas de Aquisgrán: una túnica de tonos malvas bordada en hilo de oro, ceñida por un cinto carmesí ornado con gemas y cuya brillante lengua desciende hasta los zapatos forrados de roja seda; sobre la túnica, un manto del color del azafrán igualmente ribeteado en oro. Paterna no muestra hoy su cabello. Lo ha envuelto en una toca blanca que se derrama sobre sus hombros, sujeta en la frente con una estrecha diadema de plata. Las joyas que luce en las muñecas, el cuello y las orejas han sido un préstamo temporal del tesoro regio: esas piedras embellecieron un día el cuerpo de las princesas visigodas.

Junto a Paterna está su padre, don Nuño. Llegó la tarde anterior desde Castilla. El veterano colono rebosa de gozo: van a coronar al hombre que desposará a su hija. Don Nuño, el duro y venerable señor del llano de Cigüenza, se está convirtiendo en suegro del rey de Asturias. No llora porque el rostro se le ha secado después de tantos años de lucha, pero la emoción le ha anudado un lazo en la garganta. «¡Si tu madre estuviera aquí!», «¡Si tu madre te viera ahora!»: esas son las cosas que don Nuño, trémulo como Paterna nunca le había visto, decía a su hija entre los abrazos del reencuentro. Cuando la dejó en la aldea, marchaba con una hueste armada camino de un destino incierto; ahora estaba a un paso de ser reina. Para el viejo colono, es la culminación de su vida.

A Paterna le ha dolido el reencuentro con su padre, como si algo se hubiera roto en su interior. Esperaba palpar de gozo al hallar al viejo colono, sentir la alegría despejada y espontánea del hijo que recupera al padre, regocijarse con el elemental júbilo con que se reconocen los que llevan la misma sangre. Sin embargo, nada de eso ha pasado. El corazón de la castellana ha recibido a su padre con una nota disonante y fría, como la que vibra cuando se acoge a un extraño. Esa tarde, en el ajetreo de palacio, Paterna tuvo que hacer un esfuerzo para mostrarse afectuosa. Lo más que le salió fue una incómoda caricia, como la que se dispensa a un niño tullido. Nunca le había pasado nada igual, y la ingrata novedad ha sumido su alma en un espeso lodo de inquietud. Ahora, de pie, en la gran nave de San Salvador, esperando la entrada del nuevo rey, la dama quiere recordar uno a uno, con detalle, los mil momentos de calor familiar vividos junto a un padre que nunca la ha tratado mal. Quiere recuperar el amor por el viejo don Nuño. Con dolor descubre que no puede. Algo muy profundo ha cambiado dentro de ella. Un muro de sangre se ha levantado entre padre e hija. Tal vez ese muro tenga nombre de hombre: tal vez Ramiro, tal vez Hernán. O quizá sea simplemente el poder.

Don Nuño no vino solo. En la misma comitiva llegaron los fieles de las capas rojas, los hombres que pocos días atrás, en la selva del Saja, habían jurado dar su vida por defender a la castellana. Están Laín de la Bardulia, que ha escoltado al viejo colono, García de Santillana, Froilán de Lugo, Gonzalo de Siero. Con ellos llegó a Oviedo, naturalmente, el aya de Paterna, la vieja sirvienta que había quedado en Liébana para burlar el control de los sabuesos del usurpador.

La noche anterior, junto a Hernán de Mena, al calor de un improvisado fuego de campaña, lejos de los rigores de palacio, los guerreros han intercambiado historias. Froilán ha narrado con medidas risotadas el pasmo del prior de San Martín de Turieno al descubrir, en el carruaje que surcó la Liébana, no a la princesa que esperaba, sino a una comadre de rústico aspecto y humor de perros. Gonzalo y García han explicado su hazaña al tomar Gijón sin necesidad de desenvainar la espada. Llegaron a esa pequeña ciudad sobre una escarpada península batida por las aguas

con la buena fortuna de que el oficial de guardia era un viejo camarada del de Siero; cuando pidieron ver al conde Cuervo, el señor local, todos los hombres de armas de la fortaleza acompañaban a los recién llegados; Cuervo lo interpretó como una sublevación y, temiendo por su vida, se apresuró a declarar su fidelidad al rey Ramiro, sin más. Después, unos y otros recibieron noticia de la batalla. Y así ahora se hallaban todos en Oviedo, en la catedral de San Salvador, testigos del gran momento.

Paterna rio a gusto con las aventuras y desventuras que el aya le refirió, y más cuando la madura señora se permitió algún comentario admirativo hacia el calmoso Froilán. Fue la nota cálida en una tarde que se hizo de hielo al presentarse en palacio los hijos de Ramiro: Aldonza y Ordoño. A Ordoño ya lo había visto una vez, algunos años atrás, cuando don Nuño andaba buscando esposo para su hija. Ahora parecía mucho mayor, más hombre: un hermoso caballero de elevada estatura, rostro afeitado y facciones perfectas, mirada limpia pero glacial y ademanes tan corteses como distantes. No hacía falta mucha intuición para adivinar que el matrimonio de su padre no le inspiraba la menor simpatía. Trató de ser amable Ordoño. Hizo algún comentario elogioso sobre la valentía de la que iba a ser su madrastra al emprender un viaje tan lleno de riesgos. Eso fue todo. Aún más gélido fue el saludo de Aldonza, la hermosa niña ciega del rey: clavó sus ojos celestes en Paterna, esos ojos que veían sin necesidad de ver, y musitó tres o cuatro frases ceremoniosas de bienvenida, como si la recién llegada fuera ella, Paterna, y no la hija de Ramiro. No cabía prueba más elocuente de que ambos la consideraban, en el fondo, una intrusa. Cuando Aldonza y Ordoño se marcharon, la castellana se sintió como si le extrajeran una molesta espina de la planta del pie. Ahora están allí, frente a ella, al otro lado del pasillo de honor que abre la nave de San Salvador, aguardando el paso del rey que va a ser coronado.

El gran pórtico de San Salvador ha sido cubierto con guirnaldas de flores, hojas de roble y helechos, envueltas en cintas de vivos colores. Cuando el rey penetra en la catedral, desde la tribuna interior del pórtico resuenan trompas de guerra que anuncian al caudillo de los ejércitos. Es la señal para que los monjes de toda la ciudad, aglomerados al fondo del templo, en los laterales del transepto, empiecen a entonar sus himnos. La multitud que se aglutina en la iglesia abre paso, como las aguas del mar Rojo en el camino de Moisés, y el cortejo avanza hacia el arco del triunfo. Bajo su poderosa curva se celebrará la ceremonia.

Ramiro permanece hierático. Más parece estatua que hombre. No mira a nadie. Solo al frente. Pero siente fijos en él todos los ojos de Oviedo, de Asturias, de la Cristiandad entera. El obispo Serrano, siguiendo sus instrucciones, ha enviado mensaje a las cortes de Aquisgrán, Roma y Pamplona para dar noticia de la coronación. Dadas las circunstancias no hay embajadores en la ceremonia, pero eso no es óbice para que el rey se sienta, al menos hoy, el ombligo del orbe cristiano.

La mirada de Ramiro solo se altera cuando, en su camino hacia el altar mayor, se

topa con las esposas y primogénitos de los señores que se habían rebelado contra él; ausentes los varones por orden del rey, esas mujeres y esos mozos son la prenda de la victoria de Ramiro. El rey gira deliberadamente la cabeza hacia ellos, que responden doblando la cerviz. También el primogénito de Piniolo, hechura de su padre, baja respetuosamente la mirada al cruzar sus ojos con los de Ramiro. Hay más miedo que amor en ese respeto, y el rey bien lo sabe. Entre las visitas de la víspera ha estado precisamente la de Piniolo. Esa rata se ha arrastrado, ha suplicado, ha gemido, ha jurado por lo más santo que no hay en su voluntad otro deseo que servir a la corona. Con gusto Ramiro le habría cortado la cabeza allí mismo, pero el obispo Serrano tiene razón: hay que transigir con los nobles para asegurar el trono. Al fin el pobre diablo se marchó con la promesa regia de que se le concederían ciertas tierras en Alles; era el precio de su fidelidad.

El corazón del rey se ensancha cuando, cerca ya del arco que da paso al transepto, divisa a sus hijos. Ordoño y Aldonza están allí, a su izquierda. Al otro lado, Paterna. Todo en orden, piensa Ramiro. La llegada de Aldonza y Ordoño a Oviedo fue una fiesta. La muchacha reía y sollozaba alternativamente de pura emoción. En cuanto a Ordoño, el rey ha prescindido de ternezas y se ha apresurado a exponerle el gran plan: actuará como gobernador en Galicia, enseguida será proclamado formalmente heredero y después quedará asociado al trono mientras los horizontes del reino se ensanchan hacia el Duero. «Habrás que buscarte una esposa», le ha dicho Ramiro. El rey piensa en Navarra. Un matrimonio con la casa de Pamplona permitirá atar sólidamente cuantas tierras se repueblen en oriente. Ordoño, cerebral, ha escuchado y ha asentido. «Serás un gran rey», es lo último que su padre le ha dicho antes de despedirle. Ramiro se permite una breve sonrisa al pasar junto a sus hijos. Pero enseguida su atención se dirige hacia Paterna, ataviada como una princesa de leyenda. Ella quería un rey; un rey va a tener.

Gomelo y Serrano, Adulfo y Ataúlfo ya se encuentran ante el altar principal de la catedral, el consagrado al Salvador. Ramiro se detiene bajo el arco del triunfo; ya ve el altar mayor y las seis capillas laterales. Los monjes que allí aguardan entregan a Gomelo una serie de objetos que este va depositando ceremoniosamente en el ara: unas vestiduras de color púrpura, un cilindro metálico, joyas, una larga cruz, unos ricos zapatos ornados de gemas, unas cajitas de oro y plata. De uno de los altares laterales, los consagrados a los apóstoles, aparecen dos monjes que portan una hermosa silla ricamente trabajada: es el trono del difunto Alfonso. Ramiro se arrodilla. Serrano salpica la cabeza del señor del Édramo con hojas y flores de hinojo. La liturgia de la coronación va a comenzar.



—Dime lo más importante, ¿realmente desobedeciste las órdenes de tu padre?

—Sí, madre.

El príncipe Mohamed bajó los ojos y hundió la mirada en el suelo de barro cocido. Buhayr, calmosa, sirvió otro té. Mohamed había llegado a la fortaleza de Ocaña esa misma mañana, después de cabalgar sin apenas descanso. Ya solo llevaba consigo a una docena de esclavos y medio centenar de bereberes, pues la mayor parte de los *imazighen* supervivientes había retornado a sus casas. En las puertas de la ciudad se encontró la pequeña hueste con tres bereberes crucificados: desertores que acababan de experimentar la dura justicia del emir.

Ocaña era un barranco donde moría un llano, y sobre el barranco un cerrillo, y sobre el cerrillo una muralla, y en la muralla una torre, y a sus pies una pequeña colección de almunias, y a su sombra una modesta vega avenida por exiguos arroyos. Un lugar tranquilo, sin importancia, lejos de la frontera, satélite de la próspera Ontígola, sobre la calzada que lleva de Mérida a Zaragoza. Pero los campos eran fértiles, no lejos de allí había salinas y yeserías, y el rico comercio de Ontígola no dejaba de tener sus efectos en este apartado rincón. Sobre todo, allí, en Ocaña, nunca aparecía nadie preguntando por nadie. Era el sitio ideal para borrarse del mapa, para desaparecer. Como había hecho Buhayr, la princesa madre; la primera esposa, hoy relegada, del emir Abderramán.

La alquería de Buhayr apenas si destacaba de entre las otras casas del pueblo, a no ser por los seis guardias que custodiaban día y noche los accesos. No era tanto una exigencia de seguridad como una muestra de estatus, pues Buhayr no quería renunciar a lo que era. El misterio, para Mohamed, era por qué su madre había ido a elegir precisamente aquel poblacho derramado en torno a una pequeña ciudadela. ¿Quizá, simplemente, porque la princesa postergada quiso así dejar patente la injusticia de su ostracismo? Mohamed ignoraba que a pocas leguas yacía el cadáver de su enemiga.

Mohamed nunca había conocido bien a aquella mujer. Era su madre, pero bebió de otros pechos, lo crio otra, lo educaron otros, fueron otras las voces que le reñían de niño y otras las manos que consolaban su llanto. Para el príncipe, Buhayr solo era el nombre del vientre del que salió. Y pese a todo, ahora, náufrago en la catástrofe, únicamente en ella podía confiar.

—No esperaba tu visita, pero me alegra que pises mi casa. Aunque sea porque tu mala cabeza te ha llevado al borde del precipicio —había saludado Buhayr a su hijo con una sonrisa que al mismo tiempo era un reproche y una caricia. «Así deben de sonreír las madres», pensó Mohamed.

Al joven príncipe le impresionó que la mujer no manifestara el menor gesto de sorpresa; era como si siempre hubiera estado esperando la llegada del hijo. Después, Mohamed se lo contó todo, punto por punto: la misión, la expedición, la muerte de Yahya y, finalmente, la catástrofe de Lutos, y el joven lloró lágrimas de rabia ante la

única persona con la que se lo podía permitir.

—¡Ha sido una traición, madre! —se agitaba el príncipe—. No tiene otra explicación.

—Vayamos por partes —templó la mujer, agitando unas hojas de hierbabuena sobre la infusión que con delicadeza preparaba—. Primero...

—Primero está lo de Yahya y la serpiente —interrumpió el joven.

—No. Primero —enmendó Buhayr— está la naturaleza de la misión que tu padre te encomendó. ¿Quién más la conocía?

—Solo él y yo.

—¿Estás seguro?

—Por mi parte, sí —afirmó rotundamente el príncipe—. Y me extrañaría que sea el emir quien se ha ido de la lengua.

—No, no —coincidió la madre—. En esas cosas es muy cuidadoso. Tenemos, pues, que la misión solo la conocías él y tú.

—En efecto.

—Eso te beneficia.

—¿Por qué?

—Porque siendo una misión secreta —explicó pacientemente la mujer—, el emir no querrá bajo ningún concepto que salga a la luz, cosa que sin duda ocurriría si te aplicara un castigo demasiado severo. Por eso el secreto te beneficia.

—Entiendo —asintió Mohamed levemente confundido—. Y lo de Yahya...

—Bien. Lo de Yahya, envenenado por una serpiente que surgió de una de las cestas de tu comida.

—Así es. Y solo puede haber sido el eunuco Nasr —acusó el heredero de Córdoba—, pues él las confeccionó.

—¡Oh, no lo creo! —descartó Buhayr con la misma firmeza—. Reflexiona. Por fuertes que sean tus sospechas, el hecho es que cualquiera pudo haber colocado ahí a ese bicho. ¿O acaso las cestas iban férreamente custodiadas desde tu partida de Córdoba?

—No, ciertamente.

—Y además, si Nasr era el responsable de las cestas, es absurdo pensar que él mismo fuera a delatarse metiendo ahí...

—Sí, ya lo entiendo —atajó Mohamed con un mohín de irritación—. Pero es que luego está lo de ese ataque en las montañas. ¡Nos estaban esperando, madre!

—Cálmate, te lo ruego —musitó la mujer—. Yo no entiendo mucho de batallas, pero me parece que aquí la culpa es de quien ha entrado en un sitio como ese sin tomar las debidas precauciones.

—¡Me ofendes!

—Te ofendes tú solo al negarte a reconocer la realidad de las cosas. ¿Para qué has

venido aquí? ¿Para que te consuele? ¿O más bien para que te aconseje?

—Para que me aconsejes. Tú conoces mejor que nadie a mi padre.

Buhayr calló. Calló largo tiempo. Como si el alma se le hubiera escapado en los vapores que despedía la infusión. Mohamed miró intensamente a su madre. Hacía años que no la miraba así. Lo que veía era un rostro de párpados hinchados, con bolsas bajo los ojos, mejillas descolgadas y una boca agrietada como los propios barrancos de Ocaña. Estragos del tiempo. Algún día debió de ser bella, como las muchachas que Mohamed espiaba secretamente en los jardines del harén, pero la princesa que el heredero tenía ahora ante sí no era más que una matrona prematuramente envejecida. Y sin embargo, aquella vieja irradiaba una fuerza singular, una fuerza que le atrapaba y ante la que Mohamed se sentía impotente. Fue entonces cuando ella se lo preguntó:

—Dime lo más importante, ¿realmente desobedeciste las órdenes de tu padre?

—Sí, madre.

—¿Conscientemente?

—Me temo que sí.

—Mal hecho. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por ambición? —Taladraba la madre al hijo con sus ojos apenas maquillados de kohl.

—Sí. Por deseo de gloria —confesó Mohamed—. Porque quería volver a Córdoba con una victoria que me elevara ante los ojos de mi padre y ante el corazón del pueblo. Por eso lo hice.

La madre frunció los labios en un mohín de amargura. ¡Había visto a tantos hombres buscarse la ruina persiguiendo sueños de gloria...! Su hijo no iba a ser distinto. Había caído en la ciénaga, como todos. Pero era su hijo y era preciso acudir al rescate.

—Lo hecho, hecho está —suspiró Buhayr—. Ahora hay que ver cómo salimos del apuro. ¿Insistes en sospechar de Nasr, el eunuco?

—Sin duda alguna.

—Bien. ¿Te has preguntado que ganaría él traicionándote?

—¿Nasr? Me odia.

—Seguro que no es el único —sonrió maliciosamente la mujer.

—Pero sí es el único que estaba en posición de...

—De verdad, olvídale —atajó la madre—. Esa babosa tiene mucho veneno, pero me encaja mal que vaya a morder la mano que le da de comer. Nasr no sería nada sin el emir. Jamás se arriesgaría a perder su privilegiada posición.

—Salvo que alguien le haya ofrecido una posición más elevada —observó Mohamed.

—¿Más elevada? ¿A un eunuco? No, no. Imposible. Nasr ha llegado lo más alto que alguien como él puede llegar en la corte. No, aquí veo otras manos. Manos de

mujer.

—¿De mujer? —Mohamed abrió desmesuradamente los ojos—. ¿Una mujer que pone serpientes en cestas y alerta a hordas de infieles para...?

—No. Una mujer capaz de mover la voluntad de los hombres para obtener sus fines. Por esos medios o por cualesquiera otros.

La mirada de Buhayr se hizo dura como la piedra de la Kaaba. Ya no miraba a su hijo, sino mucho más allá: a la corte, al trono, al emir; miraba también su propia desgracia y sus deseos de venganza, largamente alimentados en interminables noches de soledad.

—No bajas la guardia —sentenció la princesa—. Cuídate de las mujeres que rodean al emir. Y también de las que te rodean a ti. Es ahí donde debes buscar.

—Así lo haré, madre.

Buhayr sintió un leve estremecimiento al oírse llamada de tal manera. ¡Madre! ¡Tantos años había añorado escuchar esa palabra...! Su dignidad de madre se la había quitado Al-Shifá, esa fulana. Ahora, tal vez, pudiera recuperarla en aquel hijo que volvía a ella buscando consuelo.

—Debes marchar a Córdoba cuanto antes —concluyó Buhayr—. Que tu padre no crea que le tienes miedo. Debes acudir a su encuentro, ponerte a sus pies y explicarle todo lo que ha pasado.

—¡Pero me despedazará! —gimió Mohamed.

—No lo hará, créeme —rio maternalmente la mujer—. Hay muy poderosas razones por las que Abderramán está obligado a tenerte a su lado y legarte el trono. Pero debe ver que eres ya un hombre. Un hombre de verdad. Lo suficientemente hombre como para arrostrar las consecuencias de tus actos.

—Mi posición... —balbuceaba el heredero.

—Tu posición quedará reforzada si actúas como te digo —aseguró firme la princesa—. Después... Ya veremos.

Mohamed volvió a clavar la mirada en el suelo de barro cocido; modesto para tratarse de la casa de una princesa madre. Claro que todo era modesto en esta almunia de mujer desterrada. El día que él reinara —pensó el joven príncipe— devolvería a aquella mujer el puesto que por sangre le correspondía en la corte.

—Ahora debes marcharte —urgió Buhayr a su hijo—. Todavía queda por aquí gente que me obedece, así que no será difícil prepararte unos relevos de carruajes, para que puedas viajar día y noche. Hoy habrá luna llena y el cielo está despejado. Si te apresuras, mañana al caer la tarde podrás estar en el alcázar, delante del emir.

Espoleado por la mirada apremiante de la mujer, el príncipe Mohamed abandonó Ocaña, un lugar tranquilo, con sus almunias a los pies de una torre, de una muralla, de un cerrillo, de un barranco allá donde muere el llano. La mujer quedó sola. Como siempre. Pero ahora la princesa madre Buhayr, largo tiempo arrinconada, empezaba a

vislumbrar la manera de vengar su prolongado destierro. Ayer utilizó a Tarub para acabar con Al-Shifá; hoy utilizaría a Mohamed para acabar con Tarub.



Gomelo y Serrano se vuelven hacia la asamblea. Ante ellos, Ramiro permanece de rodillas. Serrano toma el acetre del agua bendita y se lo ofrece a Gomelo. Este, lentamente, extrae el hisopo del recipiente y con solemnes movimientos asperja a los fieles. Después, el obispo de Oviedo vuelve al altar mayor, se inclina ante el crucifijo y reza algunas oraciones para sí. El mozárabe, mientras tanto, ha recogido de un altar lateral las pequeñas cajas de oro y plata. Las abre con cuidado. Las muestra a Gomelo. Este examina su contenido y esboza un gesto de asentimiento. Los obispos Adulfo y Ataúlfo, que permanecían en un lado, se suman a los oficiantes. Juntos, los cuatro prelados se sitúan frente a Ramiro. Gomelo sostiene en sus manos las cajas: son los óleos de la santa unción regia. El anciano obispo toma un paño y unta las manos del rey.

Hernán de Mena ha fijado la vista en Ramiro. Es la única manera de no mirar a Paterna. Está bellísima, refulgente, más hermosa que una reina. Pocos pasos le separan de ella, pero aprieta los puños y se muerde los labios porque se ha vetado a sí mismo desear el fruto prohibido. Hernán se siente desleal, a un paso de la traición; necesita un esfuerzo supremo de la voluntad para mantenerse en sus cabales. Sabe que toda su vida llevará sobre su conciencia el pecado de haber amado a quien no debía. Se lo repite una y otra vez, para ahogar la pasión de su cuerpo en la mortificación de su alma. El de Mena maldice su suerte. La misión era llevar un rey a Oviedo, no encontrar a una mujer; pero la Providencia —porque Hernán no quiere ni pensar en que haya concurrido otra fuerza— lo ha torcido todo. Al menos, aquí está el rey. Y ella, la reina. Eso era lo que se le encomendó. Pero el Caballero del Jabalí Blanco mira en su interior y se ve indigno: indigno de su apellido, de sus hijos, del blasón que luce en su pecho, de la tierra que le espera en Brañosera, de la confianza que Ramiro, pese a todo, parece depositar en él. Solo siente deseos de salir cuanto antes de la capital y ahogar su amargura en la vida ciega de la guerra y la intemperie. Patrullar la frontera aniquilando enemigos, como hiciera su padre tantos años atrás. Seguir dorando con hazañas suicidas la leyenda del Caballero del Jabalí Blanco. Convertirse tan solo en un nombre que los abuelos evocarán en las largas noches de invierno. Encontrar una muerte honorable que le libere para siempre del peso de la culpa.

Gomelo acaricia las manos de Ramiro con delicadeza de padre. Ya están los óleos brillantes sobre esos dedos que hasta pocas semanas atrás gustaban de desollar jabalíes. El obispo de Oviedo, grave, consciente de que está viviendo sus últimos días de gloria, se aclara la voz y proclama:

—Queden ungidas estas manos con el óleo santo con el que fueron ungidos los reyes y los profetas, como ungió Samuel a David al consagrarlo rey, al fin de que tú seas bendito y constituido rey en este reino sobre este pueblo que te dio tu Señor Dios para regirle y gobernarle, lo que Él mismo se dignó concederte. Y como Saúl y David fueron ungidos por Samuel, como Salomón fue ungido por el sumo sacerdote del templo, como Teodosio el Joven fue ungido por el patriarca Proclo, como lo fue Justino de Constantinopla. Como el rey Wamba fue ungido en Toledo, y como lo fueron todos sus sucesores. Como lo fue Alfonso el Casto, tu predecesor. Así tú ahora, Ramiro, rey por la gracia de Dios, serás ungido con estos santos óleos, materia del carisma que del Señor recibes.

Gomelo derrama suavemente los óleos en la cabeza de Ramiro. Los aceites se extienden entre los cabellos adornados de hinojos. Enseguida el obispo traza una cruz sobre la frente del ungido. Ramiro reza.

Aldonza sigue la ceremonia con extrema atención. Su aya le va contando, paso a paso, qué ocurre ante el altar. Los ojos de Aldonza no pueden ver la liturgia, pero su espíritu se está llenando de imágenes que son aún más elocuentes que la escena de la coronación. Un hilo invisible la liga en este momento al alma de su padre. Siente dentro de sí la cascada de emociones que tensa el ánimo de Ramiro, el orgullo y el miedo, la soberbia y la zozobra, la conciencia de que en sus espaldas reposa ahora el destino del reino y la formidable sensación de poder de quien va a tener en sus manos las vidas de miles de personas. Pero Aldonza siente más cosas. Se ve a sí misma transportada a la cresta del Édramo, a la espina dorsal de esa montaña vertebrada por las ruinas milenarias de antiguos pueblos, y se siente piedra y se siente lluvia y se siente viento, y en cada conmoción que experimenta su espíritu puede percibir la radiación de otras muchas miles de almas, así de guerreros como de campesinos, así de monjes como de princesas, cada cual con sus oscuros temores y sus anhelos no menos oscuros, con sus pasiones inconfesables y sus jirones de luz celestial. Aldonza casi puede tocar con los sentidos de sus entrañas el miedo de Ramiro, la amargura de Gomelo, los remordimientos de Hernán de Mena, la fría determinación de Paterna, y también —y esto la hiere en lo más profundo— la ambición de Ordoño, su hermano, que parece haberse desbocado ante la vista de la corona. El aire falla en los pulmones de la muchacha, sus piernas flaquean, su frente se perla de un sudor frío como agua de enero, un leve vahído la tambalea... Ahí está el aya para sujetar a la hija del rey, cuyo espíritu, como tantas otras veces, acaba de ver lo que nadie más ve.

Algo ha musitado Ramiro; algo que ya no es una oración, sino un juramento, pero que permanece vetado a la asamblea, como el propio misterio eucarístico, celebrado de espaldas a los fieles en el misterio del santuario. Enseguida el rey se pone en pie. Ungido, ayer tocado por el dedo de Dios en Cornellana y hoy abrazado amorosamente con estos óleos en Oviedo. Por primera vez desde que empezó la

ceremonia, Ramiro se vuelve hacia la multitud. Paterna, Ordoño, don Nuño, Escipio, los jefes gallegos, las esposas de los nobles rebeldes: todos pueden observar su semblante transido, su mirada ausente, las gotas de aceite santo que lentamente resbalan por las mejillas hasta estancarse en la barba. El sol que entra por los claristorios arranca brillos sobrenaturales en ese rostro que ya no es el del duro señor del Édramo, sino el de Alfonso, Fruela, Pelayo... El rostro sublime de un rey.

El obispo Adulfo de Lugo se incorpora a la escena. Trae en sus manos una túnica púrpura. Despaciosamente coloca la vestidura regia sobre los hombros de Ramiro y la abrocha con una fíbula enjoyada. Aparece también Ataúlfo, el obispo de Iria-Compostela, portando los zapatos ornados de gemas; se arrodilla, libera al rey de los trapos que envuelven sus pies y le calza conforme a su nueva dignidad. Entonces Gomelo ofrece al ungido aquella misteriosa lata cilíndrica que desde el principio de la ceremonia ha descansado sobre el altar mayor. Ramiro conoce bien su contenido. Todo hombre, en realidad, lo conoce.

—La tierra de sepultura que guarda este objeto —declama lentamente Gomelo— te recordará que el destino de todo hombre es morir y que solo Dios es omnipotente.

Ramiro recibe con una reverencia el amargo regalo, la advertencia sumaria de que su destino está escrito y que él, aun rey, no es más que un hombre mortal como todos los demás.

Morirá, sí. Tarde o temprano, morirá. Y entonces ella quedará sola. El ánimo de Paterna flaquea por primera vez desde que ha comenzado la liturgia de la coronación. Ayer era una dama cualquiera en un rincón perdido del reino. Hoy es reina. Mañana... Esa basta caja de pobre metal no alberga más que tierra; cuando todo acabe, ella no llevará consigo más que tierra, como Alfonso, como Ramiro, como doña Sancha, como cualquier criatura de Dios. El hombre al que desposará en breves horas es un rey, pero al cabo tampoco es más que tierra de sepultura. Y lo será antes que ella, porque Ramiro es veinte años más viejo y lo más probable es que el Señor lo llame primero a él. Y entonces Paterna quedará viuda y sola, un objeto inservible y engorroso en una corte que ya no será la suya. «Los hombres pasan, solo las obras permanecen». Eso suele decir su padre, el viejo don Nuño, con una afectación que a su hija le parece cómica, cuando sube al cerro y mira con los párpados entornados el trabajo de la repoblación. Pero es verdad: solo permanecen las obras y lo demás queda reducido a polvo. La misión de Paterna será pronto sostener a un rey. La castellana está dispuesta a hacerlo, sumisa como le ha prescrito Gomelo. Pero en esa misión, en esa sumisión, algo deberá quedar que la sobreviva. Bien sabe lo que se espera de ella: que su matrimonio sirva para multiplicar el peso de Castilla en el reino y agigantar el poder de su propia familia. Paterna está decidida a afrontar el designio. Y después... Después deberá aceptar la suerte de las reinas viudas: luto perpetuo en una vida conventual como la pobre doña Adosinda, de manera que ningún hombre

pueda reclamar el trono con el pretexto de haber desposado nuevamente a la dama. Paterna clava los ojos de miel en esa lata de tierra de sepultura; por un instante se siente encerrada para siempre en un sepulcro de metal.

Serrano ha retrocedido hasta el altar mayor del transepto. Vuelve ante la asamblea con una larga cruz en las manos. Es el cetro del reino, el mismo que el propio Serrano llevó a Cornellana y que desde ese día ha acompañado cada movimiento del nuevo rey. Ahora será formalmente el símbolo de su poder regio. Serrano entrega la cruz a Gomelo. Este la deposita a su vez en las manos de Ramiro. El rey, con voz que intenta ser aguerrida, pero que no logra disimular un eco trémulo, pronuncia las palabras de ritual:

—*Hoc signo tuetur pius. Hoc signo vincitur inimicus.* Con esta señal se defiende el piadoso. Con esta señal se vence al enemigo.

Gomelo asiente con una lejana sonrisa. Luego, los cuatro obispos presentes acompañan al ungido hasta el trono, situado dos pasos más atrás, entre el altar y el arco: es la silla de Alfonso, que desde hoy será la silla de Ramiro. Solemnemente, el nuevo rey se sienta. En una mano, el cetro de la cruz; en la otra, la tierra de sepultura.

El conde Sonna se ha arrodillado. No es una exigencia de la liturgia, sino un gesto que le ha salido espontáneamente del alma, de su código interior de caballero cristiano. Ya está. Ramiro ya es rey. Ya hay una nueva cabeza en Oviedo que de inmediato va a ser materialmente coronada. Ya hay un hombre al que Sonna jurará entregar su vida. Ahora tendrá que aprender a ver en Ramiro lo mismo que durante largos años ha visto en el difunto Alfonso: no un hombre, sino una manifestación del orden divino, de la voluntad de Dios. Y mientras la palabra de Ramiro sea reflejo de la palabra de Dios, el brazo de Sonna estará siempre dispuesto a obedecer sus órdenes. No ha logrado arrancarle lo que deseaba: un castigo ejemplar para el canalla de Piniolo. La tarde antes de la coronación, el conde ha pedido entrevistarse con el monarca. Le costó lo suyo, pero finalmente consiguió que le recibiera.

—Debo denunciar un crimen horrendo, mi señor —le dijo—. Un crimen cometido por Piniolo y sus hijos.

—¿Piniolo? —se sorprendió el rey—. Pensé que ese tipo había dejado de darme problemas una vez resuelto el asunto de los hijos de don Fáfila. Piniolo, mi querido amigo, acaba de jurarme fidelidad apenas hace un par de horas. Y ha obtenido mi perdón.

—¡Imposible! —se indignó Sonna—. Ese hombre es culpable del asesinato de don Alvar de Alles y su familia. ¡Lo vi con mis propios ojos!

—¿Qué viste exactamente? —preguntó Ramiro, suspicaz.

Sonna le refirió su siniestro hallazgo: la matanza de campesinos y frailes, el saqueo brutal de la hacienda, el horrible tormento que puso fin a la vida de don Alvar, su esposa, sus hijos y su anciano padre.

—¡Esa infamia no puede quedar impune! —bramó el conde fuera de sí.

—Tranquilízate —le reconvino Ramiro—. ¿Tú viste a Piniolo cometer semejantes atrocidades? Porque lo de don Fáfila fue público y notorio, pero esto otro...

—No lo vi directamente —tuvo que reconocer Sonna—. Pero tengo un testigo.

—¿Quién?

—Un muchacho superviviente. Un criado.

—¿Un criado? —preguntó el rey con gesto escéptico—. ¿Piensas fundamentar una acusación tan grave contra un noble del reino por el solo testimonio de un chiquillo de cuadra?

—Él lo vio todo —balbuceó Sonna.

—No te digo que no, pero... ¿lo puede demostrar?

—¡Mi rey!

—¿Conoce ese muchacho a Piniolo? ¿Sería capaz de reconocerle?

—No lo creo, pero...

—¿Pero tú te das cuenta de lo que me estás pidiendo, amigo Sonna? —bufó Ramiro—. ¡Que condene a un noble del reino por el incierto testimonio de un pastorcillo que ni siquiera sabe quién es su acusado!

—¡Todas las sospechas apuntan a él!

—Las sospechas no son más que sospechas —zanjó el rey—. Piniolo es un auténtico canalla y le creo capaz de eso y de cosas peores, pero no puedo llevarle a juicio sin pruebas, y menos aún en un momento como este. He desmantelado una rebelión. He vencido a un usurpador. He doblegado a los nobles del reino. He obtenido su juramento de fidelidad. Los tengo en un puño. Mañana seré coronado. No puedo poner todo eso en peligro por la acusación de un chiquillo.

—Pero la justicia... —empezó a protestar Sonna.

—La justicia tendrá que esperar —atajó Ramiro—. Imagina por un instante que Piniolo obtiene testimonios, aunque sean falsos, que le exoneren de haber estado en... ¿Dónde has dicho? ¿Alles? Sí, en Alles. A un hombre como él no le costará obtener voces que le avalen. Y entonces, ¿en qué situación me encontraría yo? Lo único que conseguiría es reavivar el incendio que acabo de extinguir.

—Con todos los respetos, mi rey —masculló Sonna, desconcertado—, jamás imaginé que dejarías un crimen sin su justo castigo.

—Yo no he dicho eso —se enojó Ramiro—. Lo que te digo es que ahora no puedo meterme en semejante lodazal. ¿Dónde está ese chico del que me hablas?

—Le dejé en San Vicente de Panes, con el prior Fructuoso.

—Bien hecho —aplaudió el rey—. Allí estará seguro. Procura que no salga de ese convento. Sospecho que cualquier día necesitaremos su testimonio. Pero, por ahora...

Sonna bajó la mirada. Se sentía derrotado, aún peor, humillado por una profunda injusticia. Tratando de dominar el fuego que devoraba su pecho, aún quiso saber algo

más:

—¿Puedo preguntarte si Piniolo te ha pedido algo a cambio de su fidelidad?

—Sí —respondió Ramiro clavando en el conde unos ojos desafiantes—. Me ha pedido ciertas tierras en Alles. Supongo que las mismas tierras que él y sus hombres, según me cuentas, saquearon y dejaron sin dueño. Y se las he concedido.

Sonna tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no aullar de indignación, para no saltar sobre Ramiro y estrangularle, para no correr a casa de Piniolo y degollarle a él y a sus siete hijos. Apretó los puños, apretó los ojos, apretó los labios, apretó hasta el corazón.

—¡Yo te juro, Ramiro —exclamó al fin, rojo de ira—, que algún día vengaré esta injusticia!

—Y yo te aseguro, conde Sonna —repuso el rey, tranquilo—, que te concederé esa gracia. Pero hoy, no. Por cierto —añadió Ramiro, malicioso—, he confirmado tu petición de no sé qué molinos para no sé qué señora...

El conde Sonna abandonó el viejo palacio de Fruela con zancadas que resonaban en la piedra como puñetazos de dioses antiguos en los megalitos del Campoo. Si hubiera hecho caso a los dictados de su corazón, en ese mismo instante habría encabezado él solo una rebelión contra Ramiro, contra Piniolo, contra el papa de Roma y contra el mismísimo Dios si hubiera sido preciso. Necesitó una larga cabalgada por el monte Naranco y dos jarras de vino turbio para calmarse. Cuando lo consiguió, ya entrada la noche, buscó a Hernán de Mena para referirle lo sucedido. Encontró al del Jabalí Blanco en una campa cercana, al raso, en torno a un gran fuego, con sus compañeros de aventura, intercambiando historias y risas.

—Esta corona de Ramiro nos está costando a todos sangre y lágrimas —contestó enigmáticamente el de Mena, que parecía navegar en su propio naufragio.

Sonna apuró la noche con aquellos guerreros en la rusticidad de la hoguera de campaña, hablando de armas y damas en ese mundo viril, simple y franco de certidumbres recias y llanas, ese mundo donde todo está claro y no hay doblez, donde es fácil ver el bien y el mal porque los separa el filo de la espada, donde la verdad mide el valor de los hombres y la traición y la mentira pagan tributo de sangre. Ahora, en la catedral de San Salvador, Sonna, de rodillas, inclina la cabeza ante Ramiro en su trono. No ha renunciado a vengar la muerte de la familia de Alles, pero ya no se hará más preguntas. Su cuerpo y su alma quedan a los pies de ese hombre que está siendo consagrado rey.

Adulfo y Ataúlfo han vuelto al centro de la escena. Traen una hermosa corona: un yelmo enriquecido con una diadema de oro en torno a la frente. Es la corona de Alfonso, que ahora ceñirá la frente de Ramiro. Gomelo abre las palmas de las manos y los obispos de Lugo y Santiago, ceremoniosamente, le entregan el yelmo. Gomelo se gira hacia la asamblea y muestra la corona. Después la coloca despacio sobre la

cabeza de Ramiro. Ninguno de los presentes negará que un brillo celestial rodeaba en ese instante la cabeza del monarca. Los monjes, en los laterales del transepto, rompen a cantar un himno de júbilo. Las campanas de San Salvador comienzan a repicar. Enseguida las imitan todas las campanas de Oviedo. Ramiro ya es rey.

La multitud prorrumpe en vítores que levantan torbellinos en el aire de la catedral, pero Ramiro permanece impassible, el cetro en la mano, sublime en su vestidura regia, como una figura que hubiera dejado de ser humana. Los obispos salen del transepto y caminan hacia el pasillo central. Les sigue el coro de monjes. Tras ellos, el rey. Así se forma de nuevo el cortejo para retornar a palacio. Cuando Ramiro sale de la basílica, cabeza coronada, una muchedumbre de paisanos grita eufórica su nombre. Entre el tañido de las campanas y los vivas del pueblo, la comitiva ceremonial, incienso y gloria, recorre nuevamente las calles de San Salvador y San Tirso. Al llegar a la puerta de palacio, el cortejo de clérigos se detiene y abre paso al rey. Ramiro es el primero en franquear el gran portón. Su silueta robusta se pierde entre las sombras de la augusta casa. El trono de Oviedo vuelve a estar habitado. El mundo está en orden otra vez.



—¿Oyes esas campanas? Es que ya le han hecho rey.

Nepociano se volvió hacia Jimena en la lóbrega penumbra de la mazmorra. Y no, Jimena no oía. No oía nada, no veía nada, no sentía nada. Sus párpados cubrían como una densa bruma los ojos del color de la mar en invierno. Su boca permanecía cerrada como una cueva de tiempos pretéritos. Sus manos, aquellas manos que con gracia infinita dibujaban la faz del mundo, dormían ahora cruzadas sobre el regazo. Solo un suavísimo latido en el pecho dejaba pensar que Jimena seguía viva.

La dama había entrado en una especie de profundo letargo desde el día anterior. Dormida. Estaba dormida. Y Nepociano no tenía la menor intención de turbar su sueño. Ahora la miraba, y el viejo magnate no sentía más que un insoportable dolor. Su amada parecía una anciana, incluso más que él; era como si el tiempo le hubiera aflorado súbitamente al rostro. «Prima de Alfonso», pensaba Nepociano. Hija de Vimarano. Alfonso había muerto con más de ochenta años. El viejo rey tendría unos cinco cuando mataron a Vimarano, el padre de Jimena. Es decir que Jimena debía de contar unos setenta y cinco años. ¿Era posible una edad tan avanzada en una mujer tan hermosa? ¿Realmente Jimena podía tener la misma edad que él, que Nepociano? Esa pregunta había atormentado al magnate durante años; hasta que, simplemente, dejó de planteársela, pues la belleza eterna de su dama era suficiente respuesta. Ahora, por el contrario, él la miraba y lo que sus ojos le devolvían era un eco de sí mismo, de su propia vejez, de su propia decrepitud de hombre vencido en aquella infernal mazmorra.

Sonaban las campanas, sí, anunciando que Ramiro era rey, y en ese hostil tañido escuchaba Nepociano voces que le acusaban de traición y le condenaban a los más atroces tormentos. Tenía miedo. Y al mismo tiempo, deseaba con todo su ser que el encierro terminara ya, que fuera llevado cuanto antes en presencia del rey. Se preguntaba por qué Ramiro le mantenía preso. Sin duda —razonaba Nepociano—, el señor del Édramo quería ceñir la corona antes de batirse en duelo oral con él, y también sin duda —se decía el usurpador— pretendían macerarle, ablandarle, doblegarle, de tal manera que quien acudiera ante la corte no fuera el gran señor desterrado en la Aquitania y nombrado regente por el consejo, sino una piltrafa, un desecho humano atormentado por el frío y la humedad de aquel agujero del demonio. Pero no lo conseguirían: nadie —murmuraba para sí— iba a doblegar a Nepociano.

Solo lo sentía por Jimena. Tanto dolor, tanto sufrimiento, tanta humillación... Ella no merecía eso. Por un instante se le pasó por la cabeza la idea de matarla, estrangularla allí mismo, para así librarla del escarnio del populacho y de la ira de aquel granjero gallego. Enseguida desechó tan demencial propósito. No, a ella no le harían nada; no podían hacerle nada. Ella —se proveía Nepociano de argumentos— no tenía culpa alguna en todo lo sucedido. Nadie podía ser tan canalla como para matar a la mujer de otro por venganza. Aún menos a una prima del difunto rey. Ningún hijo de Asturias osaría verter a tierra la sangre de Pelayo. En cuanto a él...

Podían matarle, sí. Debía hacerse a la idea. Su cabeza sería separada del cuerpo y expuesta en una pica en las puertas de Oviedo. No esperaba otra cosa de Ramiro Bermúdez, señor del Édramo. ¡Tantas cosas habían cambiado en Asturias...! Los mismos que le habían jurado fidelidad como regente besaban ahora los pies del nuevo monarca. No había otra forma de explicar que ahora estuvieran solos ellos dos, allí, en la mazmorra, sin nadie más cautivo por la misma causa. ¿Tanto había transformado Alfonso el alma de los hombres? ¿Tanto como para que los nobles señores de la tierra, antaño orgullosos, se inclinaran ahora ante un rey que ellos no habían nombrado?

Sonaban las campanas con alegre repiqueteo, y cada tañido se clavaba en el alma de Nepociano como una daga de traición. Jimena, por fortuna, dormía en su extraño letargo.



Cuando terminó la ceremonia, Ramiro pidió que se le dejara solo. No habría celebraciones hoy; todas quedarían para después de la boda real, y entonces sí, entonces la ciudad festejaría por todo lo alto coronación y nupcias, ambas cosas a la vez. Pero ahora, recién ungido, el rey prefirió encerrarse en sus aposentos del viejo palacio del rey Fruela, pensar y rezar, en una enigmática vigilia que el pueblo quiso interpretar como rasgo de espiritualidad.

Cada cual volvió a su punto de partida. Paterna y su familia, al palacio de Alfonso el Casto, con los hijos del rey. Los guerreros, al campamento. Los nobles, a sus predios. Los obispos, a los palacios episcopales que Alfonso hizo elevar en su día en el sur de la ciudad. Gomelo y Serrano marcharon, juntos, a las dependencias catedralicias de San Salvador, adosadas al transepto de la santa casa. Los dos prelados, el viejo y el joven, el maestro y el discípulo, uña y carne durante tantos años, no habían vuelto a dirigirse la palabra desde aquel ingenuo y desafortunado comentario de Ramiro: Serrano había intrigado para desplazar a Gomelo y este se había enterado por boca del mismísimo rey y en presencia de su joven rival. Ahora, pasada la ceremonia de la coronación que ambos habían presidido, Gomelo y Serrano se hallaban de nuevo frente a frente, en los modestos aposentos del primero, envueltos por un silencio tan denso que ni siquiera el hacha de Gatón lo habría podido cortar. Gomelo, aparentemente ajeno a todo, reposaba su vejez en un cómodo butacón y sumergía sus doloridos pies en un balde de agua. Serrano, incómodo como un conejo perdido en una huronera, daba vueltas de un lado a otro, de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana, consciente sin duda de la turbia satisfacción que tanta zozobra provocaba en el anciano. Finalmente, con un hilo de voz que venía más dictado por la inquietud que por el remordimiento, el mozárabe habló:

—Hermano Gomelo, quisiera pedirte humildemente perdón si crees que en algo te he ofendido.

—¿Por qué? —respondió el otro con un exagerado mohín de sorpresa—. ¿Por birlarme la diócesis de Oviedo?

—¡Hermano, no era mi intención...!

—Bromeaba, no te aflijas —sonrió Gomelo.

—Me siento como la víbora que muerde al labriego que la acoge en su pecho.

—Yo te he perdonado —repuso tranquilamente el anciano—. Sin embargo, sobre los remordimientos no tengo potestad.

—Te agradezco ese perdón. —Bajó humildemente la cabeza Serrano, y era sincero.

—Por lo demás —agregó Gomelo—, todo lo que dije en presencia del rey fue cabal. Es verdad que yo ya estoy viejo, que con Ramiro empieza una etapa nueva y que tú eres el mejor capacitado para regirla. Después de todo...

—... Tú me has enseñado —completó el mozárabe.

—Así es. Y pido a Dios que el discípulo sepa corregir los vicios del maestro.

—Que Nuestro Señor te oiga.

—No seas modesto —sonrió maliciosamente Gomelo—. Eres mejor político que yo. Solo algo debo advertirte...

—Te escucho.

—Oviedo, mi querido hermano, no es Mérida ni Toledo ni Zaragoza. Aquí todo

es bastante más... ¿cómo decir? —dudó el anciano—. Primitivo, si quieres. Más sencillo, también. ¿Cuántos años llevas entre nosotros? ¿Seis? ¿Siete?

—Siete desde que abandoné Segovia —enumeró Serrano—, seis desde que llegué a Samos, cinco desde que me acogiste en Oviedo.

—Debería ser suficiente para que entiendas cómo funcionan las cosas aquí, y no me refiero a la corte, ni solo a Asturias, sino también a Galicia, a Trasmiera, a Castilla... ¿Recuerdas nuestra conversación en Ablaña, cuando viniste a consolarme en mi encierro?

—¡Cómo olvidarlo...! —suspiró Serrano, confiando en que la buena obra de antaño atenuara la culpa de hogaño.

—Yo te dije entonces que el sentido del honor de los señores de la tierra prevalecería a pesar de sus ruines actos, pero tú dudabas. Y bien, el hecho es que ha prevalecido. De una manera o de otra...

—El Señor ha bendecido a este reino.

—«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad», dice el salmo —recordó el anciano obispo de Oviedo—. De una manera o de otra, en efecto, y a pesar de nuestros muchos pecados, nosotros, aquí, en el norte, hemos sido elegidos para conservar la obra de Dios en estos tiempos de tribulación. Y aunque solo sea oscuramente, como niños ante el Misterio, todos lo perciben así, desde el más alto conde hasta el más bajo mozo de porqueriza. Esa, y no otra, es la cuerda que el pastor debe pulsar en este rebaño.

—Lo tendré en cuenta, descuida —aceptó mansamente Serrano—. Sé que Ramiro también se siente, a su modo, un elegido.

Gomelo entornó los párpados, apoyó los brazos en la silla, juntó las yemas de los dedos... No estaba rezando; simplemente apuraba el pequeño placer de ver sus pies por fin aliviados después de tantas horas erguido. Pero seguía bien aferrado al hilo de la conversación.

—¿Cómo es él? Ramiro, quiero decir. Cuando yo le conocí, en Oviedo, tantos años atrás —rememoró el anciano—, los dos éramos muy jóvenes; él, apenas un muchacho. Si te he de ser sincero, no le reconozco en el hombre que he descubierto estos días.

—Ramiro es un hombre duro y desconfiado —describió Serrano, meditabundo—, mucho más desde que le dijeron que iba a ser rey. Pero es un buen hombre. Con frecuencia razona mal o de manera apresurada, pero tiene muy dentro el sentido de la justicia y de la virtud.

—¿Religioso?

—Sí. Muchas veces le he visto retirarse a orar en situaciones difíciles. Pero no es como Alfonso, ni mucho menos —aclaró el obispo mozárabe—. Alfonso era un asceta con algo de místico. Ramiro no conoce esa intimidad con el Misterio. Pero

bien podría ser el atleta de Cristo que San Pablo nos reclama —añadió con precisión erudita.

—¿Y sus hijos? —quiso saber el anciano.

—Ordoño, un verdadero príncipe, inteligente y resolutivo. Gatón, hechura de su bisabuelo Fruela Pérez: ha nacido para la guerra. Y Aldonza, la niña ciega... —se detuvo Serrano.

—¿...?

—Te confieso que me da un poco de miedo. A veces parece tener el don de la profecía. Como...

—Como Sara, Miriam y Débora —despejó Gomelo—, santas mujeres...

—No se me había ocurrido enfocarlo así —se excusó Serrano, incómodo al verse corregido una vez más.

—Mi querido Serrano, acéptame un consejo —sonrió el anciano—: No te dejes ganar por la sugestión de los bosques y los pantanos de esta tierra. El pueblo, por su ignorancia, cree en brujas y supercherías. Pero nosotros sabemos más.

—Gracias por la corrección, hermano Gomelo.

—Lo que quería preguntarte, en realidad, era si consideras posible que alguno de los hijos de Ramiro se levante en armas contra su padre.

—¡Imposible de todo punto! —exclamó el mozárabe—. Aunque Ramiro es áspero de trato, con sus hijos es amoroso. Y ellos corresponden a ese amor con verdadera ternura filial.

—Es importante saber eso.

—Protege al reino, sí —observó Serrano.

—Y al reino de Dios, también —añadió Gomelo, elevando la mirada—. Por lo que he hablado con el rey, parece dispuesto a prolongar la obra de Alfonso.

—Ten la completa seguridad, sí —aseveró el joven obispo—. La Iglesia de Cristo ha encontrado un fuerte pilar en ese hombre.

—Me alegra escucharlo.

Serrano calló súbitamente. Tenía en el pecho una pregunta que deseaba hacer desde muchos días atrás y que nunca se había atrevido a formular. Pero este era precisamente el momento oportuno.

—¿Acaso no era ese el propósito de Alfonso al designar heredero precisamente a Ramiro Bermúdez? —preguntó el mozárabe—. Dotar a la Iglesia de Dios de un brazo adecuado, ¿no es así?

—Sí y no —repuso Gomelo, ambiguo.

—Me confundes.

—El propósito de Alfonso era consolidar la corona —explicó el anciano—. El propio Alfonso, te lo recuerdo, vio cómo asesinaban a su padre rey, tuvo que huir, fue coronado muy joven, a los dos días le derrocaron los nobles para poner en el trono a

Mauregato, y cuando volvió a ceñir la corona hubo de sufrir no solo los embates del enemigo musulmán, sino también un nuevo golpe de los nobles que le valió varias semanas de encierro. Hay que tener presente todo eso para entender su decisión. Lo que Alfonso pretendía al designar a Ramiro era un doble objetivo: uno, reafirmar la capacidad del rey para elegir sucesor sin pasar por la voluntad de los grandes señores; el otro, confortar a estos escogiendo precisamente a un descendiente de Fruela Pérez, la otra gran familia que, con la de Pelayo, fundó este reino. Lo que jamás podía imaginar Alfonso era el retorno de un fantasma de los viejos tiempos como Nepociano.

—Lo entiendo, pero ¿y la defensa de la fe?

—Para Alfonso era lo más importante, sí —confirmó Gomelo—, pero Ramiro no fue elegido por sus... cualidades apostólicas —añadió el anciano con una sonrisa en la que asomaba un punto de sarcasmo.

—Entiendo...

—Ahora te tocará a ti velar para que el nuevo rey no pierda nunca de vista que esta es precisamente una de sus obligaciones.

—Acepto con humildad una misión que me enorgullece. —Dobló Serrano su espalda como si se estuviera cargando tal misión sobre los lomos.

—Hablas bien —concedió Gomelo, complacido.

—Ahora —añadió el mozárabe, viendo la puerta abierta—, ¿me aceptarás tú una pregunta algo más personal?

—Si es importante...

—Lo es. ¿Qué impresión te causa doña Paterna, la nueva reina? —disparó Serrano—. Has hablado con ella más que yo. La otra tarde, en San Tirso...

De nuevo una sombra de sarcasmo asomó a los labios de Gomelo. Al anciano no le extrañó que Serrano conociera la discreta entrevista con la castellana; en Oviedo las paredes tienen ojos y oídos. El veterano obispo se tomó su tiempo antes de contestar. Pero no escatimó elogios.

—Una mujer desde luego excepcional. Firme y decidida. Sufrida, templada por el dolor. Con experiencia de la vida; no es ya ninguna niña. No piensa como una doncella, sino auténticamente como reina. Y tiene una clara visión política de sus obligaciones.

—A veces, te lo confieso —murmuró Serrano con un brillo inquieto en los ojos oscuros—, me parece un picacho cubierto de hielo.

—En alguna parte he leído —sonrió Gomelo— que con frecuencia los volcanes presentan hielo en la cumbre, lo cual no impide que bulla el fuego en su interior. Doña Paterna solo es una mujer, pero sabe bien lo que se espera de ella y cómo ha de conducirse. Pierde cuidado.

—¿He oído que ha pedido velar con las monjas de San Juan Bautista antes de su

boda?

—Así es —confirmó el anciano—. Pasará la noche en vigilia en ese convento. Y naturalmente, ha hecho lo posible para que toda la ciudad se entere. Ya te digo que esa mujer sabe lo que se espera de ella.

Gomelo dejó caer sobre el pecho la cabeza cansada. Visiblemente, deseaba reposar. Serrano se asomó al ventanal de la modesta cámara, casi una celda. Desde su atalaya podía contemplar el hormiguero de gentes que recorría la ciudad, entre las callejas de comerciantes y artesanos que se extendían hasta el consistorio, cantando con naturalidad infantil el gozo de ver nuevamente a un rey en el trono. Más primitivos y sencillos que en Mérida, Toledo y Zaragoza, decía Gomelo. Serrano ya tenía el poder sobre la diócesis. Ahora tendría que intentar hacerse con aquellas gentes que, tal vez, no habrían sido menos felices si el rey hubiera sido Nepociano o cualquier otro. El reino necesitaba manos firmes que lo enderezaran. Ramiro iba a ser la vara de la justicia. Y él, Serrano, gustoso se ofrecería para sostenerla.

14 LA BODA DE RAMIRO Y PATERNA

La boda fue en domingo, como manda la costumbre; en la basílica de Santa María, la segunda catedral de Oviedo. Ramiro llegó primero, al borde del mediodía, escoltado por el obispo Serrano, sus jefes de guerra y con Escipio, Sonna, Gatón y Hernán de Mena. El rey se mostraba ante la multitud con todos sus atributos: yelmo coronado en la cabeza, manto púrpura sobre los hombros, cetro en la mano... ¿Acaso el pueblo no deseaba ver cómo se casaba su rey? ¿Acaso la propia Paterna no había subrayado la condición de que sin corona no habría boda? Pues bien, que nadie dudara al verle —pensó Ramiro— que era un rey, y muy rey, quien hoy se casaba.

Paterna apareció poco después, transportada en un rico carruaje desde el palacio de Alfonso fuera de los muros. A su alrededor, a caballo, venían don Nuño, Rodrigo y, por supuesto, Telmo, Tello y Mendo. Un clamor de admiración sobrevoló la muchedumbre que se apiñaba en la plaza de las catedrales cuando Paterna descendió de su carroza. Tan bella como en la ceremonia de la coronación, pero aún más majestuosa, la castellana se envolvía en una blanca túnica cubierta con un manto celeste. Los cabellos, recogidos en trenza, apenas quedaban disimulados por una pequeña toca rematada con una diadema de piedras preciosas; otra herencia de las princesas visigodas. Hernán miró hacia otro lado.

En la puerta de Santa María esperaban los obispos: Gomelo, que iba a officiar la liturgia nupcial, y Adulfo y Ataúlfo, que volverían a actuar como ayudantes. Todas las campanas de Oviedo lanzaban al aire sus tañidos, la llovizna de la mañana había dejado paso a un sol de mayo casi lascivo y el pueblo entero se congregaba en las calles para vitorear al rey y a su prometida. El reino estaba en paz.

La ceremonia, en realidad, había comenzado la tarde anterior. Aún no se habían apagado los ecos de la coronación cuando ya todo Oviedo se disponía a celebrar por anticipado el enlace. Y aún no se habían vaciado las calles de la capital cuando Ramiro y Paterna, escoltados el primero por Serrano y la segunda por don Nuño, comparecieron en el palacio de Alfonso el Casto, que iba a ser su hogar, para cerrar las imprescindibles formalidades nupciales.

—Viviremos aquí, en este palacio donde tú ahora te alojas —había dicho Ramiro a Paterna—. Me reconocerás que Alfonso tuvo una excelente idea al fijar su residencia fuera de las murallas, donde es más fácil vigilar las puñaladas por la espalda. Por supuesto —añadió el rey para tranquilizar a su prometida—, podrás reformar todo esto conforme a tu gusto. Estoy seguro de que convertirás esta especie de monasterio cuartelero en un hogar digno de reyes.

Paterna no dijo que no. Le había complacido esa austera casa, mezcla efectivamente de cuartel y de convento, simple de líneas y limpia de traza, que con un

poco de calor podría ser un hogar a su medida. Pero, sobre todo, le había gustado el hecho de que se hallara fuera de las murallas, lejos de cualquier ambiente cortesano y rodeada de campo abierto hasta donde llegaba la vista, con la fuente de la Foncalada y el monte Naranco como decorado perpetuo. Para unos ojos como los de la castellana, habituados a los grandes espacios de la frontera, eso era importante: aire; un aire que le faltaba cada vez que entraba en los muros de Oviedo.

No hubo formalidad que no se respetara escrupulosamente en el rito nupcial de Ramiro y Paterna. Primero, la verificación del contrato de esponsales y la carta de arras. El obispo Serrano traía bien custodiado desde el episodio de Cornellana el documento firmado por la mujer. Paterna se comprometía a contraer matrimonio con el rey Ramiro y don Nuño dotaba a su hija con una pequeña fortuna. «Ya se ha ido casi todo en mantener al ejército, pero tiempo habrá para recuperarlo», comentó jocoso el monarca. Ramiro, por su lado, reconocía a la familia de la novia la propiedad de todos los territorios explorados y sometidos a presura por don Nuño en Cigüenza, desde las ciénagas del Prado en el norte hasta la fuente llamada Zapata en el sur, y desde el despoblado de Brizuela por el oeste hasta el mismo límite de Villarcayo por el este, con potestad para actuar como delegado del poder regio no solo en esta comarca, sino también en la vecina y rival Villarcayo —pequeño ajuste de cuentas aldeano que don Nuño recibió con mucho placer—, así como poder para hacer justicia en nombre de la corona. Para subvenir a sus necesidades, el rey otorgaba a la familia Núñez las rentas de tres molinos en el Pas y otros tres en el Pisueña, y concedía a don Nuño preferencia para vender trigo en las Asturias de Santillana.

—¿Es todo correcto? —preguntó el diligente Serrano, que tomaba cuidadosa nota de los extremos del pacto.

—Es lo acordado, sí, pero deseo añadir algo más —corrigió el rey—. Se le concederá específicamente a la reina, mi señora doña Paterna, un tercio de las rentas del sitio de Alles.

—¿Alles? —preguntó Serrano, abriendo mucho los ojos oscuros e hinchando las aletas de su aplastada nariz—. ¿Dónde está Alles?

—Y a lo dicho —agregó todavía Ramiro—, sumaremos una cuarta parte de las rentas del sitio de Peñamellera. Todo eso, amigo Serrano, está entre el Cares y el Deva, cerca ya de las Asturias de Santillana.

—Pero... —dudó el obispo—. Perdón, mi señor, pero estas tierras no forman parte del patrimonio de la corona. No puedes...

—Lo sé. Son las tierras de Piniolo —atajó Ramiro con un acento que tenía el color morado de la venganza—. Le he perdonado la vida, pero cada día que pase maldecirá no haber muerto.

Serrano no dijo nada. Se limitó a anotar las indicaciones del rey. Pero Paterna

acogió con una sonrisa de inteligencia aquella cerebral venganza que, al singular modo de Ramiro, venía a hacer justicia.

Declinaba ya el sol tras un cielo nuboso, presagio de lluvia, cuando apareció Gomelo. Recuperado de sus fatigas, el anciano obispo de Oviedo había sido requerido por el rey para bendecir el palacio y, muy particularmente, el tálamo nupcial, trámite imprescindible en cualquier boda bajo el signo de la cruz. Venía Gomelo armado con un recipiente de plata; en su interior, sal. Esa sal, esparcida por todos los rincones de la casa, sería el signo de la bendición del Señor.

—Señor, aquí comparecen los que, invocando tu nombre, ruegan tu bendición para esta morada de honestidad plena, dispuesta para sus nupcias —recitaba Gomelo con más familiaridad que ceremonia, agitando casi divertido la cucharilla que lanzaba la sal hacia todas partes.

Llegó el momento de bendecir también el lecho. Paterna guio al obispo hasta la cámara en la que, mañana, rey y reina cohabitarían. Era la misma cámara en la que murió Alfonso, la misma en la que Gomelo veló día y noche la agonía de su rey. Pero ahora la habitación parecía otra. Paterna había ordenado vestir con tapices de alegres colores las paredes antes desnudas. Una mullida piel de oso hacía las veces de alfombra a los pies del tálamo. En cuanto a la cama propiamente dicha, era una gran caja de madera cubierta con un dosel de pesados cortinajes para protegerse del frío y el viento. La castellana hizo retirar el duro colchón de paja y hojas que solía usar Alfonso y lo sustituyó por otro a base de lanas, una novedad introducida por las casas más afortunadas de Castilla. Relevó asimismo las oscuras cortinas del antiguo rey para colgar en su lugar tapices más ligeros y claros. Por último, dispuso que se encendiera la chimenea de la cámara antes de que llegaran los invitados. Paterna aguardaba inquieta la reacción de Ramiro ante todos esos cambios. El del Édramo no defraudó sus expectativas: una ancha sonrisa de complicidad fue la recompensa para los desvelos domésticos de la dama. Gomelo se apresuró a esparcir sal sobre el lecho mientras pronunciaba las palabras de rigor:

—El Señor todopoderoso derrame sobre este tálamo nupcial abundancia de bendiciones y santifique enteramente a quienes en él van a entrar.

La castellana recibió la bendición como un viático para el difícil camino que se abría ante ella.

—Del mismo modo que no solo la honestidad y el pudor ornen a los esposos, sino que también una paz permanente, añadida a su gozo, los eleve en su dignidad —cantó Gomelo.

—Amén —contestaron todos.

La bendición de la regia casa había terminado, pero aún había que celebrar el oficio de *nubentibus*, el ritual votivo de los que van a contraer matrimonio. Gomelo escogió para ello la iglesia de San Tirso. Sabía que a Paterna le resultarían

especialmente sugestivas sus piedras después de la abisal conversación que allí ambos mantuvieron. Y no se equivocaba el viejo obispo, porque la castellana permaneció todo el tiempo profundamente recogida, como plegada dentro de sí. El *nubentibus*, por norma, se celebraba en dos veces: una, la víspera de la boda, y la otra, la mañana siguiente. Pero Ramiro solicitó de Gomelo —y, por supuesto, se le concedió— ligar las dos partes en una sola, de manera que la ceremonia del matrimonio, al día siguiente, resultara más breve. Así los novios, sus testigos Serrano y don Nuño y el obispo Gomelo apuraron la tarde en San Tirso hasta que cayó la noche sobre Oviedo.

—Fecunda, Señor, la presente unión con una muy cumplida descendencia, la cual no solo te sirva a Ti, sino que siempre dé gracias y se mantenga bajo tu bendición.

Cuando Gomelo pronunció las últimas palabras del ritual, Ramiro se despidió de su prometida con una mesurada reverencia y Paterna, acompañada de su padre, se encaminó al monasterio de San Juan Bautista, detrás de Santa María. Allí la novia pasaría la noche, junto a las monjas del convento, preparándose para el gran día: el día que sería reina. El alba le sorprendió en oración.

Paterna descendía ahora del carruaje, una vez maquillada la vigilia monacal, y se diría que un golpe del recio sol de Castilla se estaba derramando sobre el musgo de Oviedo. A su lado, su padre y su hermano, don Nuño y Rodrigo, y sus inseparables Telmo, Tello y Mendo, vestían como para acudir al combate, todo corazas y yelmos y espadas, y aquel marcial desembarco castellano en la capital de Asturias tenía algo de mensaje cifrado sobre el porvenir. Ramiro, corona y manto y cetro, se apresuró a recibir a la novia. Don Nuño, como está prescrito, hizo la entrega de la mujer en manos del sacerdote. Gomelo acogió a Paterna con una dulce sonrisa entre sus barbas de lana vieja. Tomó su mano, enjoyada de orfebrería visigoda, y lentamente condujo a la castellana camino del altar.

Todas las campanas de Oviedo seguían lanzando al aire sus tañidos. La llovizna de la mañana había huido, atemorizada. Aquel sol de mayo casi lascivo gritaba en lo alto su poder. El pueblo entero se deshacía en gritos de júbilo. Ahí estaba el rey. Ahí, su prometida. Y el reino, sí, estaba en paz.



—¡Nepociano! ¡Nepociano!

Una voz oscura, un grave susurro, despertó al anciano magnate en la soledad de la mazmorra. Nepociano creyó padecer alucinaciones. Sumido en un espeso duermevela, escuchaba su nombre como quien percibe sonidos del más allá. Se frotó los ojos. Tantos días de encierro habían acostumbrado ya su vista a la atmósfera de aquel infecto agujero: la piedra dura y fría de suelo y paredes, la puerta de hierro cubierta de orín, el montón de paja podrida sobre el que seguía aletargada Jimena,

una asquerosa bacinilla que nadie limpiaba, las ratas que corrían por la que propiamente era su casa, indiferentes a aquella extraña pareja de intrusos... El cautivo extremó la atención.

—¡Nepociano! ¡Nepociano!

La voz seguía llamando y Nepociano, perplejo, constató que no era un sueño. Entumecido, se incorporó lentamente. Se acercó a la puerta. Divisó una sombra. Tragó saliva. Enseguida le reconoció.

—¡Piniolo! ¡Por todos los santos! ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte, Nepociano —musitó el asesino de Alles—. Quería cerciorarme de que estabas vivo.

—Pero... ¡por todos los demonios! —balbuceó el magnate, confundido—, ¿cómo es que no estás preso?

—Solo tú estás preso, Nepociano.

El usurpador ahogó una mueca amarga. Ahora podía ver la figura de su visitante. Era, sí, Piniolo, embozado en una capa negra como la noche, negra como el color de las mazmorras, negra como la barba cerrada sobre aquel rostro áspero. Pero Piniolo estaba libre. ¿Por qué?

—Deduzco que os habéis rendido ante Ramiro —dijo el anciano—. Todos. Me habéis abandonado en el campo de batalla y después habéis prestado vasallaje al gallego. Por eso estás aquí.

—¡No había otra opción! —respondió Piniolo—. Era eso, o la muerte.

—Lo entiendo... —masculló Nepociano, desengañado—. Hay quien da la muerte con mucha desenvoltura, pero pierde su ánimo cuando se trata de recibirla.

—Comprendo tus reproches...

—Me es indiferente lo que comprendas —escupió agrio el usurpador—. Dime, ¿qué quieres? ¿Cómo has podido entrar aquí?

—Ha sido fácil. Todo el mundo está en la calle por la boda de Ramiro con la becerra castellana. Unas monedas de oro hicieron el resto.

—Bien. ¿Y para qué has venido? ¿Para reírte de mi desgracia?

—No. Para advertirte.

—¡Advertirme...! ¿A estas alturas? ¿Advertirme de qué?

—¡Nepociano, soy tu amigo! —enfaticó Piniolo—. He arriesgado mucho para venir hasta este agujero.

—Habla de una vez —le urgió el magnate.

—Se trata del tesoro. He sabido por escribanos de palacio que Ramiro ha ordenado hacer inventario del tesoro regio. Y ha descubierto que falta una cierta cantidad de oro y joyas. No se habla de otra cosa en Oviedo.

Nepociano, aun entre las brumas de su penoso estado, sintió algo parecido a una iluminación dentro de su castigado cerebro.

—Y naturalmente —masculló el usurpador, suspicaz—, tú quieres que te revele su paradero, ¿no es así?

—¿Qué estás pensando? —barbotó Piniolo—. ¿Acaso que pretendo aprovechar tu encierro para...?

—Es evidente. ¿Qué otra cosa si no...?

—¡Nepociano! —imploró el hombre de la barba negra—. ¡Soy tu amigo!

—Sí, y también eres un ambicioso sin escrúpulos.

—Nepociano, no merezco que me trates así —protestó el terrateniente—. Yo sigo creyendo en ti.

El usurpador dio la espalda a la oxidada portezuela de hierro viejo. Apoyó su flaca decrepitud en los barrotes fríos como el hielo. ¡Crear en él...! Salvo Jimena, nadie le había dicho nunca nada parecido. Pero ¿en qué creía realmente Piniolo salvo en su propio beneficio? Ahora el tipejo quería hozar en el lodazal para sacar algún provecho del lance. Bien, no se lo podía reprochar. Hacía mucho tiempo que Nepociano descreía de las altas virtudes; al final —pensaba—, todos los hombres son iguales, simples sacos de envidia y codicia y lujuria. Él mismo también. Y Piniolo, mucho más.

—No sé dónde está ese oro —confesó al fin con aire de indiferencia.

—Me han dicho —agregó Piniolo— que fue enviado a la mar del oeste.

—Veo que te has informado a fondo —ironizó el magnate—. Ese era el propósito inicial, sí. —Y calló.

—¿Y entonces?

Nepociano se pasó una mano descarnada por las blancas barbas, inmoderadamente sucias y crecidas después de varios días de encierro. No, no sabía dónde estaba el oro. Y sin embargo, la avaricia de aquel sujeto estaba haciendo crecer en su interior una inesperada oportunidad de venganza. El anciano apretó los dedos sobre el puente de la nariz y cerró los ojos, como intentando hacer memoria.

—Hasta donde yo seguí el asunto, el oro salió de Oviedo con destino a la torre de Hércules, en la isla de Faro.

—¡Tan lejos! —gruñó Piniolo.

—Era el mejor modo de ponerlo a buen recaudo —mintió Nepociano—, bien lejos de la corte y en un lugar seguro.

—¿Hay mucho?

—Muchísimo —sonrió Nepociano en una mueca que Piniolo no podía ver—. Suficiente para hacer ricos de por vida a trescientos hombres.

—¿Y dónde puede estar ahora semejante fortuna?

—Lo ignoro. —El usurpador jugaba con la avidez de su sicario—. Salió pocos días antes de la batalla de Cornellana. Esa en la que me traicionasteis.

—¡Yo no...! —comenzó a protestar Piniolo, pero Nepociano estaba más

interesado en seguir hilando su tela.

—... Da igual. De todas maneras, si quieres saber más tendrás que localizar a Ragnar Haraldson.

—¿El normando?

—El normando. Fue Ragnar Haraldson el último en saber dónde se hallaba el convoy que transportaba esa parte del tesoro. Y ya que lo preguntas —continuaba Nepociano su juego—, no estaría mal que os pusierais de acuerdo para hacer algo útil con esa fortuna errante.

—¿Los demás...? —quiso saber Piniolo.

—¿Los demás capitanes? Muertos, que yo sepa. Alí en el campo de batalla, Lotario en palacio, Gautier cuando protegía a Jimena, Sancho...

—No, Sancho no ha muerto —aclaró el terrateniente—. Se entregó al obispo de Compostela para salvar la vida. Yo resistí hasta el último momento —mintió el sicario—. Y el abate Vidal permanece fugado. Ahora...

Piniolo calló súbitamente, pero Nepociano casi podía escuchar el sonido de aquel cerebro tratando de encajar las piezas. Ahora —podría haber completado la frase— solo él disfrutaría del tesoro. Siempre y cuando, por supuesto, se arreglara con Ragnar Haraldson. ¿Aquel hombre, Piniolo, quería simplemente hacerse rico o tal vez alentaba propósitos de mayor alcance? Nepociano no podía saberlo, quizá ni siquiera el propio Piniolo lo sabía, pero era preciso jugar esta baza hasta el final.

—Mi querido amigo —murmuró el fatigado anciano—, ese oro puede volver a salvar el reino. Puede ser la base desde la que reconstruir todo lo que hemos perdido. Porque no te engañes, yo padezco aquí encerrado y tal vez mañana esté muerto, pero tú, tarde o temprano, serás víctima de la ira vengativa de Ramiro, y como tú, todos los demás.

Piniolo tragó saliva. Sí, él estaba sufriendo ya la ira de Ramiro: las condiciones que el rey le había impuesto para aceptar su rendición, para exonerarle del cadalso, eran terribles; su fortuna quedaba reducida a una mínima parte; su nombre, aunque él siguiera vivo, quedaba inevitablemente manchado con la humillante señal de la infamia. Ese oro de Galicia podía ser mucho más que un lenitivo para sus arcas vacías.

—Yo te juro solemnemente, maestro Nepociano —declamó engolado el terrateniente—, que nos haremos con ese oro y lo emplearemos para liberarte de esta mazmorra y devolverte al trono.

Un rictus amargo volvió al rostro demacrado del magnate. Estaba exhausto. Le costaba respirar. Apenas podía mantenerse en pie. ¿Devolverle al trono? No, eso no pasaría jamás. Pero la infantil avidez de Piniolo le había abierto una puerta imprevista; una puerta que podría franquear incluso más allá de la muerte. El cebo lanzado a Ragnar Haraldson encontraba ahora doble carnaza.

—Creo en tu palabra —mintió a su vez Nepociano—. No sé lo que será de mi esposa y de mí cuando el gallego nos juzgue, pero estoy seguro de que ese oro, en vuestras manos —subrayó el anciano el plural—, podrá dar un giro a los acontecimientos... además de haceros muy ricos.

Piniolo no dijo más que un voluntarioso «Nos volveremos a ver». Después abandonó con pasos furtivos la siniestra cochambre de las mazmorras. Nepociano quedó nuevamente solo con su desdicha. Pero esta vez tenía en las manos un arma nueva. Y únicamente era cuestión de tiempo que su aguzado filo fuera a clavarse en el bien cuidado vientre de Ramiro Bermúdez.



El gran pórtico monumental de la basílica de Santa María se abre imponente sobre la plaza de las catedrales, como una silueta gemela de San Salvador o, más bien, como su esposa, porque uno y otro templo presentan diferencias esenciales: si San Salvador es masculino, con su estructura recia de piedra oscura, sus anchas naves laterales y su traza musculosa, Santa María es femenina, con su aire elevado y ligero de piedra más clara, sus volúmenes más ricos, su estructura más delgada y aquel pórtico de tres cuerpos que adorna la fachada como una mujer adorna su cuerpo con las mejores joyas. Tioda, el arquitecto de Alfonso, lo había concebido expresamente así, y el rey Casto quiso que, llegada la hora de morir, sus restos fueran sepultados no en San Salvador, donde se hallaban los reyes anteriores, sino en Santa María, como quien regresa al seno materno. La misma madre que invita ahora a Ramiro y Paterna para bendecir su unión.

De pie en el pórtico, bajo el arco del gran ventanal enrejado, el obispo Gomelo recibe a los novios. Con ellos viene el obispo Serrano, que porta en una bandeja el pergamino enrollado de la carta de arras, unas monedas de oro como símbolo del contrato de esponsales y los anillos de los contrayentes. Serrano ofrece a Gomelo la bandeja. El anciano obispo de Oviedo, ante el pueblo allí congregado, bendice solemnemente las arras y los anillos con la fórmula prescrita por el ritual.

—Señor Dios omnipotente, que ordenaste a Abraham tu siervo destinar las arras para Isaac y Rebeca, como señal de santo matrimonio, y así por su mutua entrega, representada en estos dones, creciera el número de sus hijos, te suplicamos que santifiques a tus siervos Ramiro y Paterna por la ofrenda común de estas arras y que los bendigas amorosamente a ellos con sus dones; para que así, protegidos con tu bendición, apoyados y unidos por el yugo del amor, se alegren de estar siempre entre tus fieles servidores.

Acto seguido, Gomelo penetra en el templo. Tras él, los obispos Adulfo y Ataúlfo, ayudantes de la ceremonia. Con ellos, los novios. Y cerrando la procesión, el obispo Serrano, que va a actuar como padrino del rey, y don Nuño, que apadrinará a

Paterna. La comitiva flanquea el panteón de Alfonso, levantado en el primer tramo de la nave central, y se dirige solemnemente hacia el altar mayor, en el extremo opuesto del templo, en el centro del transepto.

Una colorista multitud se apiña en la nave central y en los laterales, bajo los altos arcos sostenidos por recios pilares policromados. Al fondo, iluminado por un sobrecogedor haz de sol, brilla el altar mayor, escoltado por otras dos capillas. Por todas partes, como si quisiera abrir las paredes, resalta el inevitable juego de tres arcos, el central de más altura que los adyacentes. También luce aquí, en el altar principal de Santa María, donde el arco mayor acoge el sagrario. La techumbre del transepto, abovedada en piedra, rompe ventanales al cielo y fecunda de luz el espacio santo. Las pinturas de las bóvedas sumergen el alma en un baño de rigurosa geometría donde nada es superfluo ni azaroso, sino que todo tiene su sitio y su sentido, como en un eco de la Creación. Mientras la comitiva camina hacia el altar, un coro situado en la tribuna de entrada, sobre el panteón del rey Casto, entona un himno solemne: «*Vos, quos ad coniugalis gaudium...*». Es lo más parecido al paraíso que Paterna ha visto nunca; la castellana desea que este instante dure toda la vida.

Gomelo guía a los novios hasta el puesto reservado para ellos, bajo el arco que da paso al transepto, entre la asamblea y el espacio de los altares; Ramiro y Paterna han de colocarse de tal modo que no den la espalda a los asistentes. Después, el obispo de Oviedo, seguido de sus acólitos, se acerca hasta el altar mayor, lo saluda con una inclinación profunda y lo venera con un beso.

—*Dominus vobiscum* —dice Gomelo dirigiéndose a la grey.

—*Et cum spiritu tuo* —contesta la asamblea.

En primera fila entre los asistentes se santiguan los hijos de Ramiro. Está Gatón, capa y coraza sobre la túnica; está Ordoño, cuya cabeza vuela ya hacia los nuevos horizontes que su padre le ha dibujado; está Aldonza, ciega y bella y menuda, que interroga a su aya sobre los pormenores de la ceremonia que no puede ver.

—¿Cómo está padre? —pregunta la niña.

—Impresionante con su manto y su yelmo —contesta el aya—. Se diría que ha rejuvenecido diez años.

—¿Se le ve feliz?

—Mucho —dice el aya después de un momento de duda.

—¿Y ella? ¿Está hermosa?

—No tanto como tú —responde el aya, lisonjera.

—¡Déjate de incienso! —se enfada Aldonza—. ¿Está hermosa?

—Sí, lo está.

—¿Cómo viste?

—Una túnica blanca; sencilla, pero con bordados de oro. Un manto azul, claro como tus ojos. Una pequeña toca sobre los cabellos, con una diadema de... ¡Con

gusto ha entrado esta lagarta en el tesoro de la corona! —fustiga el aya, más por complacer a la muchacha que por desmerecer a la novia.

—¡No seas mala! —sofoca Aldonza una risa infantil—. Lo importante es que mi padre sea feliz. Y cuanto más bella esté Paterna, más dichoso será el rey. ¡Pero atenta! ¡El obispo Gomelo está hablando!

Gomelo abre las manos para llamar la atención de la asamblea. Vuelve a unir las palmas en gesto de oración y se dirige a los novios:

—Conviene que los contrayentes manifestéis públicamente, ante el ministro de la Iglesia y la comunidad cristiana ahora reunida, vuestra determinación. ¿Declaráis que procedéis libre y espontáneamente a la celebración de este matrimonio?

—Lo declaramos —contestan al unísono Paterna y Ramiro.

—¿Prometéis guardaros fidelidad mutua, y permanecer unidos hasta que la muerte os separe? —continúa Gomelo.

—Lo prometemos.

—¿Prometéis cumplir vuestros deberes matrimoniales y familiares como corresponde a esposos cristianos?

—Lo prometemos.

Adulfo y Ataúlfo se acercan a la sede. Van a ser testigos de cómo los esposos expresan su consentimiento.

—Ahora, pues, contraed matrimonio ante la santa madre Iglesia, representada por todos los que estamos aquí reunidos. Paterna —pregunta el obispo de Oviedo—, ¿quieres a Ramiro por tu esposo y marido?

—Sí, lo quiero —suenan firme la voz de la dama en el aire de Santa María.

—¿Te entregas por su esposa y mujer?

—Sí, me entrego.

—¿Lo recibes por tu esposo y marido?

—Sí, lo recibo.

Paterna baja la cabeza. Gomelo esboza una beatífica sonrisa. Se dirige ahora al rey:

—Ramiro, ¿quieres a Paterna por tu esposa y mujer?

—Sí, la quiero —retumba áspera la voz del monarca.

—¿Te entregas por su esposo y marido?

—Sí, me entrego.

—¿La recibes por tu esposa y mujer?

—Sí, la recibo.

—Pues yo —proclama Gomelo—, en nombre de la santa madre Iglesia, reconozco y confirmo este matrimonio que habéis celebrado. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vuestra unión.

—Amén —susurran los novios.

—Y a vosotros, todos los aquí presentes —concluye el obispo de Oviedo—, os tomo como testigos de la unión sagrada entre estos dos esposos. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Amén.

Un cántico de júbilo se eleva desde la tribuna del panteón, en el otro extremo de la nave. Hernán de Mena mira al suelo e intenta dejarse llevar por la música: que sobre ella su espíritu emprenda la fuga. Por alguna extraña razón se siente observado, como si inciertos ojos suspicaces quisieran pedirle explicaciones. Es todo producto de su propia zozobra interior, y lo sabe. Al menos —piensa—, esta boda vuelve a colocar todo en su sitio. Pero al mismo tiempo no puede quitarse de encima una viscosa sensación de culpa. Y tampoco puede desprenderse de un sentimiento de pérdida, un dolor inenarrable que flota, como un espectro, sobre el manto azul de Paterna. Hernán solo desea que este suplicio acabe cuanto antes.

Gomelo ha rezado el padrenuestro. Es el momento de colocar sobre los novios el velo que simboliza el vínculo nupcial: un largo paño de rico lino, blanco y con dos franjas rojas, que el obispo extiende desde la cabeza de Paterna hasta los hombros de Ramiro. Aldonza, puntualmente informada por el aya, siente que en ese velo se le ha arrebatado a su padre. Hernán ve la señal de una derrota inevitable. Adulfo y Ataúlfo encienden sendos cirios, uno al lado de Ramiro, el otro al lado de Paterna. Los esposos, arrodillados, se preparan para la bendición nupcial. Gomelo, cuidadoso, ha escogido la fórmula expresamente destinada a los que contraen segundas nupcias.

—Queridísimos hermanos, mediante ofrenda y con todos los fieles roguemos muy devotamente a Dios, del cual procede todo bien y es dador generoso de todo bien, para que a estos, a quienes permite acceder a su unión marital, les conceda la gracia de su bendición enriquecedora, a fin de que se mantengan fuertes no solo para que sean capaces de alcanzar sin perjuicio sus propios fines, sino también para conseguir con la bendición divina lo que le han prometido.

—Amén —contestan todos.

El obispo de Oviedo coloca sus manos sobre la cabeza de Paterna, arrodillada. Va a pronunciar la bendición para la esposa:

—Dios ha venido en auxilio de la fragilidad humana de muy diversas maneras, no solo concediendo el privilegio de la procreación, sino también haciendo posible numerosa descendencia para no desmerecer la fecundidad de la Naturaleza, cuya semilla fecundada se multiplica continuamente. Así otorgaste tu bendición a la moabita Ruth en tiempos ya muy antiguos.

—Amén.

—Te rogamos, Señor santo, Padre eterno, Dios todopoderoso, por estos siervos tuyos, a los que has llamado a segundas nupcias, quienes uniéndose a nuestra oración, aunque indigna, desean recibir tu bendición, y concede también a esta sierva tuya que se revista del amor de Sara.

—Amén.

—Y de la sabiduría de Rebeca, del amor de Raquel y de la gracia y castidad de Susana.

—Amén.

Luego el obispo de Oviedo bendice a Ramiro:

—Concede a este siervo tuyo tu bendición, así como has bendecido a Abraham, Isaac y Jacob.

—Amén.

Ahora Gomelo abre los brazos y pone cada mano sobre un esposo.

—Desciendan, Señor, sobre estos siervos tuyos tu bendición y el don divino de tu gracia, lo mismo que desciende el rocío y la lluvia sobre la faz de la tierra.

—Amén.

—Para que así tu bendición fluya y llene sus cuerpos y corazones, y del mismo modo sientan el tacto de tu mano, y por la gracia del Espíritu Santo reciban un gozo sempiterno.

—Amén.

La ceremonia ha concluido. El coro vuelve a entonar el *Vos, quos ad coniugalis gaudium*. Paterna y Ramiro, esta vez solos, abandonan el altar y caminan hacia la puerta de la iglesia de Santa María. El sol está en su cénit y proyecta sobre el templo un fulgor de luz blanca que sumerge a todos en una atmósfera irreal. Ramiro y Paterna ya son marido y mujer.

La multitud aclama a los esposos cuando salen de la iglesia. Un grupo de niños acude ante Ramiro y Paterna y obsequia a los novios con flores y golosinas: son los sobrinos y nietos de Escipio, cuya familia ha querido subrayar así lo sincero de su lealtad. Enseguida aparece el propio Escipio para guiar a los reyes hasta la casa del consistorio, a espaldas de San Salvador y del palacio, pues allí va a celebrarse el gran banquete.

El pueblo no ha esperado a que comience el convite regio para entregarse a festejar el enlace. Por todas partes vocean los vendedores de longanizas y cecina, de pescados en salazón y de vino, cerveza o sidra, brebajes tan toscos como efectivos. No hay calleja de Oviedo donde no arda un fogón, y sobre el fogón, piezas de carne —mayormente de asno—, y en torno a la carne, nutridos grupos de paisanos que celebran su propia fiesta. Ramiro y Paterna oyen su estrépito, pero no los pueden ver. Caminan entre un ingobernable gentío que a duras penas es contenido por los guardias de palacio. «Buen momento para asestarme tres cuchilladas», piensa Ramiro, pero oculta sus fúnebres cogitaciones en la sonrisa que un flamante rey y esposo debe mostrar.

El consistorio de Oviedo es un edificio pequeño, pero dotado de una gran sala que Escipio ha ordenado acondicionar para el evento. Cuando los reyes llegan, saludados

por la algarabía de un grupo de músicos ambulantes, todos los nombres más importantes de Asturias están ya allí, en pie, eufóricos y expectantes, tributando a Ramiro y Paterna una ovación en la que se mezclan los vítores con el ruido de las armas. En el centro de la sala se extienden dos largas mesas con bancos corridos; en un extremo, presidiendo esta nueva liturgia, se sentarán los reyes junto a los obispos. Toda la superficie de las grandes tablas es un mostrador de apetitosos manjares: gallinas y ocas asadas con su plumaje, largos espetones de truchas y salmones, gruesas tajadas de carne en fuentes ricamente condimentadas... Sobre una bandeja de latón destaca un jabalí asado cuya cabeza se ha conservado intacta, sin desollar, con los recios colmillos llorando su derrota. Una ancha rebanada de pan hace la función de plato y mantel en el lugar reservado para cada comensal. Se beberá vino en abundancia. Durante años se recordará el gran banquete que selló la boda del rey Ramiro y la castellana Paterna.

Nadie ha reparado en los ausentes. Nadie menos Ramiro.

—¿Dónde están Sonna y el de Mena? —pregunta el rey.

—En palacio —contesta el conde Escipio—, investigando cierto oscuro asunto; un robo de oro en el tesoro regio, al parecer.

La fiesta se prolonga hasta la caída de la tarde. Llegado ese momento, Ramiro y Paterna se levantan discretamente, sin llamar la atención de los invitados más que para un breve aplauso. Los reyes se van. Les espera un carruaje que ha de conducirles al palacio extramuros. A la cámara nupcial.



El príncipe Mohamed entró con pasos cohibidos en el jardín cordobés del emir Abderramán. El heredero había llegado al alcázar a primera hora de la tarde, sudando sangre de incertidumbre, después de una galopada frenética. Enseguida quiso ver a su padre, pero se topó con que el emir, sin duda como castigo, le ordenó esperar. Quiso entonces vengar el desaire y buscó a Nasr Abu el-Fath para ahogar su ira en la calva cabeza del eunuco, pero he aquí que Nasr estaba con el emir, lo cual no hizo sino acentuar la desolación del joven príncipe: todo se estaba poniendo en su contra. Deprimido, agitado por una indomeñable angustia, se resignó a esperar ante la puerta de la cámara de Abderramán, como un perrillo que aguarda su golosina.

Una hora. Dos horas. Tres horas. Ya caía el sol cuando, al fin, un miserable guardia de palacio —ni siquiera un escribano— le hizo saber que el emir podría recibirle. Humillado, Mohamed entró en el regio salón. Lo que encontró allí no fue a su padre, sino a otro guardia: un eslavo que, con ademanes imperativos en los que el joven quiso interpretar desprecio, le hizo una seña en dirección al jardín privado. El príncipe se veía recibiendo órdenes de un simple soldado; la vergüenza que experimentaba no conocía límites. Apretó la mandíbula, agachó la cabeza y obedeció.

Cuando Mohamed entró finalmente en el jardín, Abderramán estaba calmosamente sentado en su escabel, como reflexionando. Ni siquiera hizo amago de levantar la mirada cuando el príncipe se inclinó ante él. Solo Nasr, postrado a los pies del soberano, se levantó y saludó con una exagerada reverencia al recién llegado. Mohamed se sintió como un muñeco objeto de burla.

—¡Padre! ¡Esa víbora...! —estalló.

—¡Silencio! —le interrumpió el emir—. Guarda silencio. Ya sé todo lo que me tienes que contar. Mi buen Nasr me ha puesto al corriente.

—¿Nasr? ¿Y qué sabe Nasr? —exclamó Mohamed temiéndose lo peor, sintiendo cómo una ola de bilis anegaba todo su cuerpo.

—Mi buen Nasr —ordenó el emir—, sírvete informar a mi hijo de la causa de sus desdichas, ya que el joven, según parece, no ha entendido nada de nada.

El eunuco carraspeó y esbozo una sonrisa que podría haber sido maternal. Compuso una postura teatral, como la de quien va a dirigirse a un amplio público. Era evidente que estaba disfrutando con la situación. Mohamed le miraba con ojos asesinos. El heredero seguía persuadido de que había sido él, el eunuco, quien había puesto en su comida aquella serpiente que mató a Yahya el alfaquí y que perfectamente podía haber escogido otro cuello para clavar sus venenosos colmillos. Más aún, Mohamed, pese a las palabras de su madre, mantenía la sospecha de que Nasr había avisado a los cristianos en Lutos. Lo que no entendía era por qué su padre, el emir, prestaba oídos a aquel saco de mentira y doblez.

El eunuco Nasr Abu el-Fath introdujo despacio las manos en las mangas de su túnica, volvió a inclinarse, reverente, y paseó la mirada de arriba abajo sobre la aún frágil humanidad del príncipe Mohamed. Sonrió, y esta vez no había ni rastro de dulzura, sino solo una grieta abisal como la que se abre en la roca cuando la tierra tiembla. Era un depredador que bailaba ante su presa; Mohamed sintió oscuramente el mismo frío que heló su vientre ante la cobra que mató a Yahya el alfaquí. Nasr, apurando el momento, volvió a carraspear antes de declamar con voz cantarina:

—Doy gracias a Alá por haber traído sano y salvo a Córdoba al noble príncipe Mohamed. Porque las atroces desventuras sufridas por el joven heredero perfectamente podrían haber puesto fin a su vida. Por eso hemos de dar gracias a Alá, que se te ha mostrado benevolente.

Mohamed colgó en Nasr una mirada desamparada. ¿Adónde quería llegar el eunuco?

—Abrevia, Nasr —rezongó el emir.

—Voy a ello, mi señor. Gracias a mis espías, he podido saber que el penoso incidente de Lutos es, muy probablemente, obra del propio Nepociano.

—¿Co... Cómo es posible? —tartajeó Mohamed, perplejo.

—Aún ignoramos los detalles —se camufló Nasr tras el plural—, pero todo indica

que nuestro amigo Nepociano, enterado por alguna vía de la llegada de Mohamed, no ha deseado verse sometido al príncipe.

—¿Y cómo puede haberse enterado de tal cosa? —dudó el emir.

—Lo ignoro, mi señor. De hecho, te recuerdo que ni siquiera yo estaba al corriente de la verdadera finalidad de esta misión —agregó el eunuco en un latigazo de vago resentimiento que Abderramán no quiso percibir.

—Cierto —aceptó el emir—. Solo lo sabíamos Mohamed y yo. Continúa.

—El hecho es que Nepociano —prosiguió Nasr—, creyéndose ganador en Oviedo, sin duda decidió actuar por su propia cuenta y romper lazos con Córdoba. O al menos reanudarlos desde otra posición, tratando de sacar el máximo partido de su poder recién conquistado.

—Y entonces envió una expedición para emboscar a mi hijo —completó Abderramán.

—Es lo que sugieren todos los indicios.

—Tiene lógica —reconoció el emir—. Pero falta explicar cómo pudo Nepociano enterarse de la llegada de nuestras huestes precisamente por ese camino.

—Solo cabe una explicación —seguía el eunuco construyendo su historia—: que el hombre tuviera informadores bien entre nuestras propias posiciones en el norte, bien entre las primitivas gentes que habitan aquellas soledades.

—Y que unos u otros le hayan puesto sobre aviso... —terció Mohamed, que empezaba a salir de su perplejidad.

—Así es —confirmó el eunuco.

—Parece muy probable —aplaudió el emir—. ¿Pero de verdad crees que Nepociano puede tener agentes entre nuestros bereberes de los puestos fronterizos?

—Lo creo, sí —aseguró Nasr—. Una de las principales ocupaciones de esas patrullas es capturar esclavos. Y Nepociano, precisamente, ha hecho buena parte de su fortuna con ese comercio. Lo sé bien porque yo mismo he traficado con él en alguna ocasión, como seguramente conoces —precisó el eunuco con una reverencia dirigida al emir, como si él hubiera sido el proveedor de tan próspero negocio—. Nada más lógico, por tanto, que presumirle a Nepociano contactos con los cazadores de esclavos.

—¿Quieres decir —preguntó Mohamed, aún estupefacto— que los bereberes de la frontera avisaron a Nepociano?

—Es muy probable —afirmó el eunuco con la convicción de quien conoce el rostro de la mentira como el de su propia madre.

—¡Claro! —aulló el joven príncipe—. ¡Eso explica por qué muchos empezaron a desertar antes de llegar a las montañas! ¡No fue la serpiente! ¡Fue la traición! —proclamó Mohamed con la felicidad de quien ha encontrado una piedra mágica, una piedra capaz de liberarle del peso de la culpa.

—Ahí lo tienes —rubricó Nasr, y si Mohamed hubiera podido mirar en el interior del eunuco habría visto un nido de serpientes que reían enloquecidas.

—En cuanto a la serpiente... —titubeó el príncipe.

—Ya lo hemos averiguado también —mintió nuevamente Nasr Abu el-Fath—. Un desertor berebere sometido a tortura ha confesado ser el autor del crimen. Al parecer, el tipo pertenece a un clan que guardaba ciertas cuentas pendientes con la familia de Yahya ben Yahya. Cuestión de tierras, creí entender.

—¿Qué fue de ese desertor? —quiso saber Mohamed.

—Murió durante la confesión —respondió escuetamente el eunuco, y esta vez no mentía.

Mohamed sintió como si un castillo de arena se desmoronara súbitamente en sus entrañas. Pero el derrumbamiento no le apenaba sino que, al contrario, le hacía experimentar un inmenso alivio. No, no había sido Nasr. Por eso estaba ahí, con su padre, tranquilamente. El episodio de Lutos tampoco había sido propiamente una derrota, sino una traición, lo cual atenuaba ostensiblemente la culpa del heredero. Y sí, tal vez hubiera una mujer, como sospechaba la astuta Buhayr, pero en todo caso el nombre de Mohamed quedaba ahora mucho más limpio que cuando el joven, pocos minutos antes, entró en el jardín del emir. Y todo se lo debía a las averiguaciones del eunuco.

—Lo que Nepociano no podía suponer —agregó Abderramán— era que sus propios hombres iban a abandonarle en la batalla decisiva.

—Y así nuestro amigo —completó Nasr—, cegado por Alá, castigado por revolverse contra la voluntad del emir, se encontró súbitamente derrotado y sin apoyos ni dentro ni fuera del reino.

Abderramán se levantó de su escaño. Clavó los ojos negros en algún punto del suelo. Luego los desvió hacia las flores que en aquel mayo temprano empezaban a descollar. Dio dos vueltas sobre sí mismo. Miró a Mohamed; no con dureza, sino con algo parecido a la piedad.

—Mala cosa es la ambición desmedida. Toma nota, hijo.

—Así lo haré, padre —musitó el príncipe, cabizbajo.

—Hiciste mal, hijo mío, en tomar la calzada de la Mesa antes de tiempo. A ti también te cegó la ambición. Contraviniste mis órdenes y miles de hombres han muerto por tu petulancia. Entenderás que eso no puede quedar sin castigo.

—Lo entiendo —aceptó Mohamed.

—Pero, por otra parte —agregó el emir—, la evidencia de una traición atenúa tu culpa. Fue esa traición, y no tu voluntad, lo que convirtió tu error en una catástrofe.

—¡Ese Nepociano! —bramó el príncipe, buscando el aplauso de su padre—. ¡Me gustaría echármelo a la cara y cortarle la cabeza!

—Me temo que no podrá ser —comentó Nasr con forzado ceño de preocupación

—. Nepociano y su esposa, según me informan, yacen encerrados en las mazmorras de palacio, y ese Ramiro, el nuevo rey, el granjero gallego, como el propio Nepociano le llamaba, seguramente dará buena cuenta de sus huesos. Ahora Ramiro, con toda certidumbre, levantará la bandera de la guerra. En ese sentido, la derrota de Nepociano es también nuestra derrota.

Mohamed derramó sobre su padre una mirada desamparada. Le vinieron a las mientes las palabras de su madre: «Que el emir vea que eres un hombre, capaz de asumir tus errores». Este era el momento de hacerlo.

—Siento mucho este revés, padre. Por mi culpa hemos perdido una baza política importante. Ahora todo el norte arderá contra nosotros.

—Todo él, sin excepción —añadió el eunuco para mortificar al príncipe.

—No tan deprisa, mi buen Nasr —sonrió Abderramán, levantando las manos—. En las últimas horas han ocurrido algunas cosas que han cambiado el paisaje.

—¿Mi señor...? —preguntó Nasr, confuso.

—¿De qué se trata, padre?

—Sabréis que esta misma mañana —habló lentamente el emir— han abandonado Córdoba unos enviados de los Banu Qasi del Ebro. Uno de ellos era nada menos que Musa ibn Musa, el señor de Arnedo. Me ha transmitido informaciones muy interesantes. Resulta que el rey de Pamplona, Íñigo Arista, ha quedado paralítico. Rige ahora el reino su hijo, García Íñiguez...

—Educado en Córdoba —precisó Mohamed—. Yo le conocí y...

—Efectivamente —interrumpió Abderramán a su hijo—. Y buen amigo nuestro. Musa ibn Musa me ha asegurado que Pamplona y el Ebro están dispuestos a volver a la vía del entendimiento con Córdoba, que, cito sus palabras, nunca debieron abandonar. De manera que...

—¡Lo que hemos perdido en Oviedo lo hemos ganado en el Ebro! —exclamó Nasr con un júbilo más palaciego que sincero.

—Así es —confirmó satisfecho el emir.

—Padre... ¿tú sabías...?

Abderramán puso una mano sobre el hombro de Mohamed. Ahora sí parecía un padre.

—Hijo mío, el día que partiste a tu misión te di tres consejos. ¿Los recuerdas?

—Sí. No entrar en un territorio del que no sé si podré salir. Preferir tener siervos a tener aliados. Y no confiar ciertos planes ni a mis mejores generales.

—Bien. Tú has hecho oídos sordos a mi primer consejo —reprendió el emir a su heredero—, has entrado en un territorio del que no sabías si podrías salir, y has sufrido un descalabro considerable. Pero yo, mientras tanto, buscaba entre los Banu Qasi ese delicado equilibrio entre siervos y aliados. Y ahora...

—No me habías dicho nada de todo eso —se quejó Mohamed.

—Cierto. Era el tercer consejo —sonrió Abderramán—. Determinados planes no pueden conocerlos ni tus mejores generales... ni tus propios hijos. Y así, en efecto, ahora tenemos a los cristianos del norte cercados, sin vías de comunicación con los francos, y con Navarra y los Banu Qasi en pie de guerra.

—¡Padre...!

—Admirable jugada, mi señor —celebró el eunuco, untuoso.

—Gracias, mi buen Nasr. Y ahora, Mohamed —miró severamente el emir a su hijo—, ve a purgar tu culpa.

—La aceptaré sea cual sea.

—Más te vale. Te quiero fuera del alcázar durante dos meses. Irás a vivir a Talavera, con los bereberes. Hablarás con los soldados, conocerás a los campesinos, escucharás las sabias palabras de los alfaquíes... Así tal vez aprendas a profesar a tu pueblo el amor que has demostrado no tenerle. Después acudirás a Arnedo y a Pamplona. Devolverás en mi nombre la visita de Musa ibn Musa. Ya te daré instrucciones suplementarias cuando llegue el momento. En cuanto a ti, mi buen Nasr...

—Mi señor... —canturreó el eunuco, obsequioso. Nasr esperaba una recompensa. Pero no fue eso lo que salió de los labios del emir.

—Creo que te he sobrecargado con demasiadas obligaciones. A partir de ahora te auxiliará un hombre de confianza. Eunuco, también. Se llama Masrur —precisó Abderramán mientras Nasr sentía que un hierro ardiente le despedazaba las entrañas—. Ahora, dejadme solo —ordenó—. Espero a Tarub.

El príncipe y el eunuco abandonaron el regio jardín con ostentosas reverencias: Mohamed, porque se sentía absuelto de una grave pena; Nasr, porque había convertido en victoria una derrota y, además, había dejado al heredero en deuda, aunque fuera a costa de verse ahora vigilado por otro eunuco. En cualquier caso —pensó Nasr Abu el-Fath—, lo más importante era explicárselo todo a Tarub. Porque la partida no había terminado.



Una nube de hielo envolvió el cuerpo de Paterna cuando penetró en la cámara nupcial. Había previsto mil veces este momento tratando de anticiparse a lo inevitable, pero ningún ejercicio de imaginación ni de voluntad pudo prefigurar los sentimientos que ahora invadían su espíritu. Las gentes de palacio, empezando por su propia aya, se habían esmerado: flores aquí y allá, un acogedor fuego en la chimenea, ventanas veladas, el lecho bien caldeado... Pero las espinas de aquella corona de rosas no estaban en el ambiente, sino en su propio interior. Cuando la puerta de la habitación se cerró a sus espaldas, el golpe resonó en los oídos de Paterna cual piedra de sepulcro.

Ramiro entraba tras ella; torpe, ligeramente achispado por el vino, con un brillo de euforia en los ojos del color de las castañas. Por vez primera Paterna midió mentalmente su cuerpo con el de quien ya era su marido; le acudió al espíritu la imagen de un almendro sacudido por un oso. La visión del lecho, aquella gran caja de madera entre cortinajes, le sugirió a la castellana algo funerario. Estaba cansada. Estaba mareada. Había bebido más de lo respetable, intencionadamente, en la esperanza de que los vapores del vino atenuaran el trance, pero lo único que había obtenido era una suerte de lucidez fatal. Se acercó a los arcos de la ventana: tres, como en todas partes, el central más alto que los otros dos. «Padre, Hijo y Espíritu Santo», pensó como para rezar, pero enseguida le asaltó la sensación de estar blasfemando. Sentía la presencia animal de Ramiro a sus espaldas. No se volvió. Luchando por contener un inoportuno temblor, se desprendió del manto, que cayó flotando al suelo. Cuidadosamente retiró la diadema que coronaba la toca. Descubrió sus cabellos. Después, siempre de espaldas al rey, desabrochó la fíbula que sujetaba su túnica. Había que dar el paso. Por primera vez en varios días, algo en su corazón le trajo la figura de Hernán.

—Sé que Dios me ha bendecido con una corona —sonó la voz áspera de Ramiro—, pero nunca soñé que sobre esa bendición se añadiría la gloria de obtener una esposa como tú.

El rey se acercó a Paterna. Puso las manos sobre los hombros de su esposa. Acarició la larga trenza de trigo maduro. Con dedos desmañados maniobró en las hebras de cabello.

—Eres oro, Paterna —murmuró Ramiro—. Como un tesoro custodiado por un dragón.

«Y tú has vencido al dragón», pensó en contestar Paterna por seguir la cortesía. Pero no pudo. Nada salía de su garganta, atenazada por la violencia del momento. Solo podía sentir su pulso desbocado por las manos de aquel hombre toqueteando su cabellera, una especie de vacío en el estómago, una rigidez del todo impropia en sus brazos y sus piernas, un erizamiento indomeñable en sus pechos, producto del miedo y no del deseo. Tragó saliva. Intentó volverse para mirar a Ramiro. Tampoco pudo.

—El día que Dios me lleve a su juicio —seguía hablando el rey mientras trataba de sacar los torpes dedos de la trenza—, le diré que acepto cualquier condena, pues ya me ha dado en la tierra todo cuanto podía desear. Eres un anticipo del paraíso, esposa mía.

Aquella última ternura, involuntariamente cómica en un tipo del aspecto de Ramiro Bermúdez, tuvo la virtud de agrietar el bloque hielo que encerraba a Paterna. «Intenta ser amable —pensó la castellana—. Intenta comportarse como un amante esposo». Resuelta a entregarse a lo inevitable, la dama empujó su túnica hasta los pies y se giró hacia aquel hombre que, pudiendo tomarla sin más, se esforzaba sin

embargo por merecer el premio.

Ramiro dio un paso atrás y quedó paralizado. Con ojos voraces recorrió el cuerpo de Paterna, apenas velado por una ligera camisa bajo la que se dibujaban con plena nitidez los volúmenes del pecho, el vientre, las caderas, los muslos...

—¡Qué hermosa eres...! —balbució el rey sin poder apartar la vista del cuerpo de su dama.

Paterna tembló. Esta vez no era lince, sino presa. Para disimular su miedo caminó hacia el lecho. Apartó los cortinajes. Se sentó. Ramiro fue tras ella. Con un movimiento rápido, que a la dama le pareció brutal, se despojó de la gruesa túnica que cubría su humanidad úrsida. Pero el gran oso no saltó sobre la mujer, sino que se arrodilló a sus pies, los descalzó y los besó. Después clavó sus ojos en los de Paterna.

Ramiro conocía bien esa mirada. Nada le extrañó. No era la primera vez que se topaba con ella. Los ojos de miel de Paterna estaban gritando lo mismo que gritaron los de su primera esposa, hace tantos años ya: «No quiero». Ni rastro en su expresión del brillo lascivo que subía a las pupilas de Gontroda, la señora del Incio, la reina del mármol, cuando hacían el amor. No, aquella mujer, Paterna, no le quería. Era evidente. Y a pesar de todo, Ramiro sabía perfectamente que, en este caso, eso era lo de menos. ¿Ella no le deseaba? Bien, no se habían casado por ese motivo. ¿Ella no le quería? Bien, podría aprender a hacerlo con el tiempo y el trato. Paterna no era ninguna niña. También ella sabía todo esto antes de firmar los esponsales. Y Ramiro estaba seguro de que la castellana cumpliría con su deber.

—Mi señora —susurró el rey, acariciando sin maña el rostro de Paterna—. Es la hora. Bien sabes que nuestro matrimonio...

A la garganta de la mujer ascendió una ola amarga como las infusiones de genciana que, de niña, le preparaba su madre. «Amarga, pero cura», decía la buena e inflexible doña Sancha. Amarga, sí, pero cura: también este trance, amargo, debía curar las dolencias del reino. No iba a hacer el amor con un hombre: iba a sellar un pacto del que dependían las vidas de millares de personas. Los cuerpos que iban a copular no eran suyos; eran los cuerpos de todo el reino, de las generaciones pasadas, las presentes y las por venir. Eran los cuerpos de don Nuño y doña Sancha, de Alfonso el Casto y de doña Bertinalda, y también los de Rodrigo y Ordoño y Aldonza, y los de los campesinos masacrados en Álava, y los de los colonos de la frontera, y los de la buena reina Adosinda y también los de Telmo, Tello y Mendo, y hasta los grandes llanos del Duero y los montes del Bierzo y el sepulcro del apóstol Santiago copularían con ellos en aquel lecho donde el amor iba mucho más allá de la carne de un hombre y una mujer.

—Nuestro matrimonio salva a Galicia y salva a Castilla —contestó serena Paterna—. Lo sé, sí. He cumplido con mi deber desde que tengo uso de razón; mi padre y mi madre me educaron para eso. También lo haré ahora. Tú eres el rey y yo soy la reina.

No hay que decir más.

Ramiro sonrió con un mohín desgarbado. Cerró los cortinajes del lecho. Reclinó a su esposa sobre la cama. Subió sobre ella. Paterna ahogó un quejido, cerró los ojos y se dejó hacer. Trató de pensar en Hernán. Pero a su mente solo acudió el recuerdo de Eneco, aquella primera vez...



El conde Sonna y Hernán de Mena se habían quitado de en medio. El primero, porque aún le escocía que la matanza de Alles quedara sin castigo; el segundo, porque quería estar lo más lejos posible de Paterna, cuyo mero recuerdo le desollaba el corazón. Ambos caballeros, almas gemelas con culpas que purgar, habían hallado una excelente excusa en el misterio que desasosegaba a Ramiro: el paradero de aquella partida de oro librada por Nepociano a algún lugar del mar del oeste. De manera que uno y otro, antes incluso de comenzar el banquete nupcial, se ofrecieron voluntarios para marchar a la cámara del tesoro e investigar el enigmático asunto.

—¿No probaréis ni un bocado? —preguntó jovial Escipio, señalando la portentosa colección de manjares dispuesta sobre las mesas.

—Es más importante el deber —contestaron el de Mena y Sonna al unísono.

Y así se encontraban ahora Hernán y el conde en la torre de San Salvador, en la cámara del tesoro regio, junto al viejo palacio de Fruela, sentados a una tosca mesa, revisando legajos y recontando arcones, rodeados por más riquezas de las que nunca hubieran podido imaginar. Revisaron cofre a cofre el tesoro. Anotaron cuidadosamente los contenidos. Los contrastaron con el inventario oficial. Trataron de evaluar las cantidades desaparecidas. Tres carros cargados de oro y expedidos hacia el mar del oeste: ese era el apunte manuscrito de Nepociano en el registro de la tesorería. Pero, a medida que indagaban en las circunstancias del caso, el paisaje se iba poblando de sombras cada vez más densas.

—No entiendo nada de este maldito embrollo —resopló el conde Sonna—. Aquí está bien clara la mención de los carros: tres de esos armatostes que llaman galeras, cargadas con cofres de oro, plata y piedras preciosas del tesoro regio. Salieron de Oviedo con destino al oeste. Pero no se dice ni cuándo, ni cómo, ni quién se responsabilizó del traslado ni adónde se dirigía exactamente. ¿Qué es todo este misterio?

—¿Has visto el inventario del obispo Serrano? —preguntó Hernán.

—Aún no.

—Yo sí, y el inventario añade todavía más enigmas. Porque de lo que ha contabilizado Serrano, comparándolo con el inventario previo, se deduce que en realidad no falta gran cosa. No, desde luego, para llenar tres carros.

—¿El oro que rescatamos a los mercenarios muertos ha sido de nuevo incluido en

el tesoro? —quiso saber el conde.

—Todo él, a excepción del cofrecillo que llevó consigo ese normando.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que falta?

—Solo dos arcones. Y su contenido —precisó el de Mena— no era nada del otro mundo: cálices, bandejas, camafeos... Un saqueo muy menor.

—¿Dos arcones para tres carros?

—Sorprendente, ¿verdad?

—¿Y si fuera simplemente un error?

—¡Imposible! —refutó Hernán—. Nepociano nunca en su vida ha hecho nada por error; menos aún si se trata de oro.

—Pues una de dos —evaluó el conde—: o bien Nepociano trataba de despistar a alguien con semejante convoy, quizá separando los carruajes a mitad de camino para borrar huellas y eludir a posibles ladrones, o bien junto a esos dos arcones viajaban otras cosas que ignoramos; cosas que nadie consignó en registro alguno.

—No descartes que el oro no fuera suyo —apuntó Hernán—. ¿Acaso no ha quedado patente que este hombre trabajaba en connivencia con Córdoba?

—¿Quieres decir que Nepociano utilizó ese transporte para mover algún tesoro de origen inconfesable?

—Lo veo probable. Pagar a un ejército como el que traía el usurpador no es tarea fácil. Y si no falta gran cosa en el tesoro regio, entonces...

—Entonces —completó Sonna—, tuvo que haber obtenido el oro de otro sitio. Sí, tiene sentido.

—Pero no es más que una hipótesis. Estamos dando palos de ciego.

Sonna se levantó. Le fastidiaba permanecer demasiado tiempo quieto. Deambuló por la antesala de la cámara. En el suelo aún quedaban restos de la sangre de Lotario de Fráncfort. Se acercó a uno de los arcones. Curioseó en su interior. Eran pequeñas piedras de brillantes colores. Juguetó un rato con ellas. Gadea, la molinera, sería feliz si pudiera lucir tales alhajas sobre su generoso pecho.

—En todo caso —suspiró el conde—, me temo que no nos queda otra opción que seguir el rastro de los tres carruajes, uno por uno.

—Me intriga esa mención del mar del oeste —meditaba Hernán en voz alta—. Hay que suponer que se trata de la costa gallega.

—Y solo hay dos ciudades —razonaba Sonna— que puedan albergar un envío de ese género: Tuy y Compostela, porque solo allí hay lugares donde custodiarlo con seguridad.

—El obispo Ataúlfo asegura que no le consta la llegada de ningún tesoro a Santiago.

—De Tuy me dicen lo mismo.

—¡Pero, escucha, hay otra posibilidad! —saltó Hernán, como activado por un

resorte—. Imagina por un momento que ese oro fuera destinado a comprar la voluntad de los señores gallegos, del mismo modo que Nepociano hizo antes con los de Asturias.

—¡En ese caso no llegaron a tiempo! —rio el conde.

—O sea que esos carros —conjeturó el de Mena— o bien han ido a otro lugar que no es ni Compostela ni Tuy, o bien todavía andan por ahí, en cualquier camino, sabe Dios con qué propósitos. ¿Sabemos al menos quién o quiénes conducían los carros?

—No. Pero mucho me temo que se trate de esos mercenarios de túnica verde —señaló el conde.

—No lo creo —descartó Hernán—. Hay demasiado riesgo de que unos tipos así se queden con la mercancía, sobre todo en caso de derrota. Nepociano no sería tan ingenuo como para permitirse semejante ligereza.

—¿Entonces...?

—Otro misterio. Seguramente se trata de esbirros de Nepociano a los que no tenemos controlados.

El conde Sonna empezaba a impacientarse. Para un hombre de acción como él, tanta conjetura resultaba francamente irritante.

—Veamos qué tenemos entre manos —resumió enumerando con los dedos—. Tres carros desaparecidos. Una minúscula porción del tesoro regio, y además de poco valor, fuera de control. La sospecha de que ese convoy fue aprovechado por Nepociano para sacar de Oviedo algo mucho más valioso, pero cuya identidad exacta desconocemos. Y la ignorancia más absoluta sobre dónde pueden hallarse ahora los carruajes en cuestión.

—Bien poca cosa, desde luego —reconoció el de Mena—. Pero al menos podemos decirle al rey que su tesoro no ha sufrido merma.

—No le desagradará oír la buena nueva —sonrió Sonna—. Y mientras tanto...

—Mientras tanto, tenemos que averiguar qué hay detrás de todo esto.

—Mañana es el juicio —recordó el conde—. Habrá que preguntar a Nepociano sobre el asunto. Sé que Serrano ha incluido el desfalco dentro de los cargos contra el usurpador.

—Lo negaré todo. Y lo peor es que estará diciendo la verdad, al menos en lo que toca al tesoro regio. Lo otro, estoy seguro, no nos lo dirá.

—Pero lo que nos interesa es precisamente la otra parte —observó Sonna—. Ese oro de origen misterioso que ahora mismo debe de estar viajando por el reino.

—Un oro sin dueño. Algo ciertamente peligroso.

Sonna miró de soslayo a su compañero. Algo ciertamente peligroso, sí, ese oro sin dueño; algo que podía desatar la codicia de cualquiera; algo que debía permanecer en secreto. Pero el conde sabía que si en alguien podía confiar para mantener la boca cerrada y localizar el tesoro sin llevarse ni una moneda, ese era Hernán de Mena.

Código de caballeros.

—Tendremos que averiguarlo solos. ¿Por dónde empezamos?

—Lo más eficaz —sugirió Hernán— será buscar al personal de palacio, a los criados, y preguntarles sobre la identidad de los conductores de los carros. Si saben quiénes han podido ser, o si han echado a alguien en falta estos días. Después habrá que localizar a las familias de los sospechosos, por si tuvieran alguna noticia de su destino. Y entonces...

—Entonces habrá que buscar tres agujas en un pajar —bufó el conde—. Pero, en efecto, no hay otro camino.

Hernán de Mena y el conde Sonna abandonaron la cámara del tesoro envueltos en un mar de incertidumbre, pero con la determinación de tirar del primer hilo que encontraran. Un hilo que debía conducirles hasta la última jugada de Nepociano.



Cuando Paterna abrió los ojos, estaba sola en la cama. Una muy tenue claridad penetraba por el ventanal, retiradas ya las colgaduras que cubrían los arcos. El aire olía a humedad y ceniza. Un pliegue en los cortinajes que envolvían el lecho permitía a la dama ver el exterior. Ramiro estaba junto a la ventana, enteramente vestido, de pie, inmóvil, perdida la mirada en algún lugar. La castellana permaneció estática un rato largo, como si quisiera retrasar el momento de volver a vivir. Ramiro, mientras tanto, trasteaba con pergaminos y unos extraños objetos, como juguetes, que colocaba sobre los pergaminos, retiraba y volvía a colocar.

Un movimiento involuntario de las piernas bajo la áspera sábana de lino delató a la dama con su roce. Ramiro se giró, sobresaltado, como un cazador al escuchar un chasquido en el bosque.

—¿Mi señora...? —musitó.

Paterna calló y se quedó muy quieta, como un animal sorprendido. Se sintió infantil, débil, frágil. Enseguida se reprochó a sí misma tal actitud. Hizo de tripas corazón y se incorporó.

—Me estoy vistiendo, esposo —anunció con voz fría.

La dama se enfundó camisa y túnica, se acomodó como pudo el cabello, se frotó los ojos, se pellizcó los pómulos y surgió de entre las colgaduras del tálamo.

—Eres hermosa de noche y aún más hermosa de día —galanteó Ramiro con una cortés reverencia.

—Y tú eres un hombre muy gentil —respondió Paterna sin saber qué otra cosa decir.

El rey avanzó hacia su esposa. Le tomó la mano. La besó. Fue un beso largo, como embriagado. Ramiro estaba enamorado. Tanto mejor así.

—Ven. Debo enseñarte algo —dijo el hombre sin soltar la mano de Paterna, y la

condujo hacia la ventana. Llovía sobre Oviedo.

La castellana se vio ante los pergaminos que Ramiro andaba examinando. Sobre ellos, los juguetes, que no eran tales, sino pequeñas reproducciones de edificios que podían ser iglesias, o quizá palacios.

—Como bien sabes —declaró el rey, adoptando una pose de solemnidad—, es costumbre que el esposo, después de la noche nupcial, ofrezca a la esposa un regalo de bodas. Pues bien, este es mi regalo para ti.

Paterna examinó pergaminos y juguetes, sorprendida. No entendía nada. Intentó penetrar en el misterio de aquellos objetos. Pudo ver sobre los pergaminos líneas y dibujos. Los escudriñó con atención. Seguía sin entenderlo.

—¿Qué es? —preguntó al fin.

—Mira al frente —invitó Ramiro, señalando a la ventana.

La castellana miró. Un amplio espacio abierto se extendía hacia el norte. Al fondo, el monte Naranco.

—Un bonito paisaje —cumplimentó.

—¡No me refiero a eso! —rió el rey con carcajadas de oso—. Mira este dibujo —indicó, poniendo un dedazo sobre el pergamino—. Eso que ves aquí pintado es el monte que tienes enfrente.

—Entiendo —acató Paterna, comparando dibujo y monte.

—Y estos objetos que parecen juguetes son los palacios e iglesias que he ordenado construir en el monte. Palacios e iglesias para ti.

—¿Para mí? —exclamó la dama en un temblor.

—Para ti, Paterna. Fruela levantó esta ciudad por amor a su esposa doña Munia. Alfonso la convirtió en un tesoro por amor a Dios y al reino. Yo crearé en ese monte un nuevo paraíso, una ciudadela de iglesias y palacios, y lo haré por amor a mi esposa doña Paterna.

—Mi rey... —musitó la castellana, confundida.

—¡Elevaremos un palacio! —se animaba Ramiro, mostrando una de las maquetas—. Mira. Lo he pensado todo. Tendrá dos plantas. En la baja, una caldera para calentarnos en invierno, y tendrá también baños para que puedas disfrutar, puesto que tanto te complacen. En la planta alta viviremos nosotros. Habrá unos salones dignos de Constantinopla y un vestíbulo que dejará a las gentes con la boca abierta...

—¡Es portentoso! —Crecía el asombro de Paterna.

—Habrá también una iglesia. Grande, regia, como una nueva San Salvador. Y por supuesto, habrá que edificar casas y palacios para el gobierno y la servidumbre.

—¡Una auténtica ciudad fuera de la ciudad!

—Así es —confirmó el rey, satisfecho—. Lo haremos todo con piedra y mármol...

—¿Mármol?

—Sí. Por razones que no vienen al caso, sé unas cuantas cosas sobre ese material —gruñó Ramiro sin poder evitar un deje ambiguo—. Piedra y mármol. Y nada de techumbres de madera: piedra, bóvedas de piedra. Llevo días hablando de esto con los arquitectos del reino, los discípulos del viejo Tioda. Ellos han preparado estos dibujos y estas piezas que tienes en tus manos.

Paterna examinó con renovado interés las maquetas de los edificios, esas casitas de barro y madera que parecían juguetes de niño pero que encerraban el embrión de un mundo: el palacio era un festival de arcos y columnas graciosamente sostenido por monumentales escalinatas exteriores; la iglesia, un fabuloso conjunto de tres cuerpos firmemente sujeto por grandes contrafuertes. Y eso solo era parte del universo de piedra que Ramiro había concebido... para ella.

—Créeme —casi cantaba Ramiro—, pasarán los años, pasarán las generaciones, pasarán los siglos, y el mundo seguirá hablando de los monumentos que el rey Ramiro de Asturias elevó en el monte Naranco. Y todos sabrán que se alzaron al cielo impulsados por el amor que te profeso.

Paterna no sabía qué decir. Miraba el monte, miraba los planos, miraba las pequeñas reproducciones —esa iglesia, ese palacio—, miraba el rostro de Ramiro, henchido de gozo... El proyecto era de una belleza incontestable y de una magnificencia turbadora. ¡Y era un regalo para ella! Estaba claro que aquel hombre la amaba. Esto, en fin, era ser reina. Dubitativa, resolvió plantar un sonoro beso en la hirsuta mejilla del rey. Ramiro, infantil, se ruborizó. Quizá, después de todo, no le resultaría tan difícil amar a aquel hombre.

20 EL JUICIO DE NEPOCIANO

Llovía sobre Oviedo. Era esa lluvia fina, casi deshecha y como desganada, pero infatigable y pertinaz, que penetra hasta los huesos y no deja rincón de la vida sin fecundar. El orvallo empapaba la piedra de los palacios y la paja de las pallozas, hacía barro con la tierra de las calles y disolvía, despectivo, las lágrimas de los hombres. Jimena y Nepociano fueron sacados a empujones de su mazmorra. Los guardias condujeron sin miramientos a la quebrantada pareja hasta la fachada principal del viejo palacio del rey Fruela, al cobijo de un soportal ancho que más parecía corral que patio de armas: un porche desangelado y tétrico de piso mal pavimentado, rodeado por viejas columnas en torno a las que crecía una pelada enredadera y cubierto por una techumbre de madera que imploraba la mano del carpintero. Sobre este soportal había un solarío abierto al sur como una terraza: el solarío del rey. Aquí subió una vez Alfonso el Casto para saludar a su pueblo cuando fue proclamado rey, medio siglo atrás. Ahora el solarío apenas se usaba, pero si el espacio de arriba había quedado muerto, el de abajo permanecía bien vivo, y sus rústicos pilares seguían siendo testigos de asambleas, conspiraciones, intrigas y hasta lances de amor. Aquí se celebraría el juicio.

Envejecido y roto, astrosa la túnica y desmadrados los blancos cabellos, sangrantes las muñecas y los tobillos por el peso de las cadenas, Nepociano apenas era una sombra de sí mismo. Le costaba andar, le costaba respirar y le costaba incluso ver después de la larga noche de la prisión. Jimena, por el contrario, parecía asombrosamente recuperada: el rostro terso, bien arreglados los cabellos rojos, la figura enhiesta, el semblante resuelto, nuevamente vivos los ojos del color de la mar en invierno; los días de letargo habían resucitado literalmente a la dama, y Nepociano se preguntaba si acaso tendrían razón aquellos que en Jimena veían una Melusina, una mujer serpiente dotada de facultades sobrenaturales. El zafiro que aún colgaba de su cuello, pues nadie había osado arrebatárselo, le confería un aura majestuosa y trágica, como de reina enfrentada a un desenlace fatal.

—¡Fuerza, esposo mío! —alentaba la mujer al magnate—. ¡Esta, y no la de Cornellana, va a ser tu verdadera batalla!

Nepociano y Jimena, todavía con grilletes en manos y pies, se sentaron como pudieron en un montón de paja húmeda, en un rincón del patio, al abrigo del soportal. Un guardia les ofreció una humeante escudilla: gachas en agua hervida; era más lodo que alimento, pero al menos les metió un poco de calor en el cuerpo. El escenario del juicio parecía demasiado obviamente concebido para amedrentar al reo. Junto a la fachada de palacio, un alto sitial sin duda reservado al rey y su séquito. A los lados, un par de improvisadas gradas para albergar a los testigos. En el centro del porche, un

par de postes, un cepo y un tarugo. En una esquina, un fuego, y junto al fuego, tenazas, pinchos, cuchillos, ganchos, varas, vergajos, una espada, un hacha... el instrumental del verdugo. Nepociano no pudo evitar un estremecimiento al contemplar el aparejo del sayón, visiblemente destinado a ejecutar sobre él la dura justicia de Ramiro. El verdugo permanecía al lado del infiernillo, calentándose las manos en aquel día húmedo de mayo, dando la espalda a los reos con prosaica indiferencia. Pobre existencia la de aquel tipo —pensaba el magnate—, dedicado por oficio a mutilar miembros o quitar vidas por orden ajena, como quien sacrifica animales en el matadero, sin gloria ni tragedia. Fuera del soportal, al otro lado de un enteco murete, en las calles que se abrían hacia San Tirso y los palacios episcopales, empezaba a agolparse un hostil gentío que murmuraba horribles imprecaciones y de vez en cuando lanzaba sonoros insultos hacia los acusados. Ni la tenaz manta del orvallo había podido disuadir a la plebe de asistir a este último espectáculo: dos cabezas en una pica, glorioso fin de fiesta para la coronación y boda del rey.

Llegaron los testigos: el conde Escipio, grueso en sus grandes bigotes; Flaín de Castañeda, cohibido en su presuntuosa insignificancia; los hijos de Fáfila de Lugo, dispuestos a llevarse la cabeza del asesino de su padre; el conde Sonna y Hernán de Mena, ambos con su meticuloso sentido del honor cargado en las espaldas... Todos ellos obsequiaron a la pareja de usurpadores con la ácida mirada de quien va a quebrar la vida del prójimo. Todos menos Hernán, que no podía dejar de ver en aquel despojo de barbas blancas al rico caballero que un día, muchos años atrás, acogió a su madre en un palacio de Aquitania, y cuya figura había acompañado los primeros pasos de su infancia. El magnate merecía castigo, sí, pero el de Mena no podía odiar a ese hombre. Al menos —pensaba Hernán— el compromiso de Ramiro de respetarle la vida seguía en vigor. Nepociano, al verlos, se limitó a bajar la cabeza; necesitaba pensar claro y no quería que la pasión del rencor nublara su juicio. Pero Jimena sostuvo las miradas de los recién llegados y, aún más, las devolvió con un gesto altanero y desafiante. Que supieran todos que, en aquel juicio, la dama ya los había condenado.

Apareció después el obispo Ataúlfo de Iria-Compostela con dos individuos ataviados como siervos, uno muy grande y otro muy pequeño. Al muy grande lo reconoció enseguida el magnate: era Sancho Jimeno, el mercenario navarro; Piniolo ya le había dicho que el gigante roncalés se había entregado al obispo. Sancho caminaba encogido, como aparentando humildad. Nepociano tragó bilis cuando descubrió en la cohorte de los acusadores a esa oveja feroz a la que él mismo nombró su capitán. Pero Sancho Jimeno, acostumbrado a cambiar de bando según el tamaño de la bolsa del postor, aún se permitió una tranquila inclinación de cabeza ante el usurpador, con la naturalidad de quien saluda a un rival en los negocios, sin enconos ni resentimientos. Nepociano conocía bien esa actitud. Él mismo la había puesto en

práctica mil veces ante los adversarios arruinados por sus manejos; sin enconos ni resentimientos.

Surgió entonces de alguna parte el obispo Serrano, que llegó solo, apresurado, moviendo la cabeza y hablando consigo mismo. Traía Serrano un montón de rollos de pergamino y de ahí dedujo Nepociano que el mozárabe sería su acusador. De todos los errores cometidos en esta aventura —pensaba el magnate—, el más grave había sido sin duda menospreciar la capacidad de aquel clérigo de horrible nariz aplastada para moverse entre bambalinas, enredar aquí y allá, intrigar en este otro lado y surgir de repente sacándose de la boca una bola de fuego, como los ilusionistas que el anciano había visto en Bizancio.

—Mira quién está aquí —silbó Jimena con acento venenoso—. Esa hiena con tonsura... ¡Él es el principal culpable de que nos veamos presos y humillados!

Serrano —sospechaba Nepociano— lo sabía todo desde el principio. Cuando acudió a su casa, no lo hizo para informar, sino para precipitar los acontecimientos y de paso obtener noticias que poder contar a su amo, ese Ramiro. Solo así podía explicarse que Serrano se ausentara súbitamente del salón del trono el día decisivo, que se dejara caer por el monasterio de Ablaña burlando toda vigilancia y que apareciera después en el campamento del señor del Édramo. Serrano, sí —Nepociano estaba convencido—, había sido el verdadero talento en el campo del pretendiente. En el fondo, quien había vencido no era Ramiro, sino Serrano.

Tardó muy poco en hacer acto de presencia el rey y, con él, todo su séquito: esposa, hijos, cuñado, incluso el obispo Gomelo. Ramiro comparecía con manto, cetro y yelmo. Todos se precipitaron a saludar al monarca mientras la muchedumbre, fuera del soportal, mojaba en el orvallo sus vivas al rey. Nepociano y Jimena se quedaron en su rincón, en su montón de paja, estudiando a los nuevos amos del reino.

—¡Fíjate! —susurró Jimena, divertida—. ¡Parece un rey de aldea que no se quita la corona ni para dormir!

—¿Y esa mujer es...? —apuntó Nepociano.

—Sí, esa debe de ser la becerrilla castellana —confirmó Jimena—, la tal Paterna. Aunque más parece vaca vieja que ternera. ¿Y los otros?

—Al grandón lo conozco —musitó Nepociano, animado por la inminencia del gran momento—. Lo vi en la batalla. Es Gatón, un hijo de Ramiro. Esa espada que trae al cinto era de uno de mis capitanes.

—¿Y el otro joven?

—Lo ignoro.

—Debe de ser ese Rodrigo que venció a los moros en Lutos —sugirió la dama de los cabellos rojos—. Se parece un poco a Paterna: la misma cara de campo. Y las botas que lleva... ¡son sarracenas!

—Bonita colección de saqueadores —escupió amargo Nepociano.

—Los demás serán el resto de la familia, supongo. Esa niña que mira de una manera tan extraña...

—Es Aldonza, la hija ciega de Ramiro —confirmó el magnate.

—Hermosa...

—Y sin consuelo.

—¿Y el apuesto joven de cara afeitada? —quiso saber Jimena.

—Ese será Ordoño, el primogénito del gallego.

—Tiene hielo en el alma —observó la dama, clarividente.

—¡Así se congelen todos! —maldijo Nepociano—. Empezando por el obispo Gomelo, esa comadreja... ¡Míralo ahí, tan...! No sé cómo se las arregla, pero lleva medio siglo saliendo vivo de los peores embrollos.

—Atención, esposo —interrumpió Jimena, poniéndose trabajosamente en pie y alisando su ajada túnica con intempestiva coquetería—. Empiezan a sentarse. Esto va a comenzar ya. Seamos más dignos que ellos.

El rey, en efecto, ocupaba su lugar en la tribuna, escoltado por su ya inseparable Ergica de Tuy. A su derecha, Paterna. A su izquierda, Gomelo. Bajo ellos, en un escalón inferior, los hijos del rey: Ordoño, Gatón y Aldonza, así como Rodrigo, el hermano de Paterna, y don Nuño. Los testigos tomaron a su vez asiento en las improvisadas gradas laterales. Serrano, en el centro de la escena, de pie, dibujó una marcada reverencia hacia el monarca. El obispo mozárabe había escogido sus mejores ropas para la ocasión; el lujo de su sotana contrastaba con el pobre aspecto de Gomelo, que habría podido pasar por cualquier monje de la frontera. Serrano carraspeó. Intencionadamente miró al verdugo, que empezaba a avivar el fuego de su inquietante horno. Afuera, al otro lado del murete, bajo el orvallo incesante, el pueblo se impacientaba. Al fin el acusador habló.

—Henos aquí —abrió su discurso Serrano—, mi rey, augusta señora, señor obispo de Oviedo, nobles todos congregados, para hacer justicia sobre los graves hechos que han sacudido a nuestro reino, y de los que solo hemos podido salir con bien gracias a la Providencia divina y a su instrumento, el fuerte brazo de nuestro rey don Ramiro.

Paterna fijó la mirada en los reos, apenas visibles entre las sombras del soportal que los cobijaba. Componían una pareja extravagante: ¡Tan ancianos...! Ella conservaba un porte imponente, cierto, pero saltaba a la vista que se trata de una mujer de muy avanzada edad. En cuanto a él, estaba ya en esa etapa en la que la decrepitud aflora a poco que uno descuide su aspecto. ¿Qué podría empujar —pensaba la reina— a dos personas ancianas, en la recta final de la vida, a acometer una aventura tan incierta como apoderarse de un trono? ¿Codicia? ¿Venganza? ¿Quizás algún tipo de ambición superior, tan exacerbada que uno no podría morir tranquilo si antes no hubiera hecho lo imposible por colmarla? Ambiciones tan

abrasivas estaban muy lejos del corazón de la castellana; el mero hecho de ser reina ya le parecía excesivo, como si de repente, y de forma inmerecida, alguien la hubiera hecho ascender al mundo de los ángeles. Ahora esos ancianos, Nepociano y Jimena, pagarían cara su desmesura. La atmósfera del proceso, con ese siniestro verdugo en una esquina y el peso plúmbeo del orvallo interminable, sembraba en el ánimo de Paterna una tristeza infinita.

—Los crímenes de los reos son evidentes y notorios —continuaba el obispo Serrano—. Nadie en el reino ignora las circunstancias de la conspiración, la sedición, la ilegítima y asesina usurpación del trono, la espuria regencia obtenida con coacciones y violencias, así como el levantamiento en armas contra el rey legítimamente designado, que Nepociano de Pravia ha protagonizado. Te invito pues, Nepociano, a no perder tiempo tratando de negar tu culpa y, al contrario, te insto a confesar tus crímenes y suplicar el perdón de la corona, que con la misericordia de Dios podrás ganar aclarando ciertos puntos que aún permanecen oscuros.

Serrano calló. Quería estudiar el efecto de sus palabras en el reo, que Nepociano se doblegara desde el primer momento; que se confesara culpable. Eso lo haría todo más sencillo. Sobre todo, una confesión temprana permitiría al rey cumplir con más comodidad la palabra empeñada ante Sonna y Hernán de Mena: respetar la vida del usurpador. Nepociano, sin embargo, permanecía inmóvil, de pie, entre las sombras del soportal, impenetrable el semblante, dispuesto a alargar el trance de su propia ruina. «¡A muerte!», gritó un fulano desde el corral de la plebe, coreado enseguida por otros paisanos. Serrano miró al rey. Ramiro respondió con un breve cabeceo afirmativo.

—Sea entonces —resolvió el obispo mozárabe—. Puesto que así lo has querido, deberás padecer la vergüenza de que tus crímenes sean expuestos ante el pueblo y arrastrados por el lodo junto a la poca dignidad que te resta. Empecemos. ¿Eres tú el llamado Nepociano de Pravia?

—De Pravia y Aquitania —puntualizó el acusado, saliendo de la penumbra de su rincón y adelantándose hacia el estrado—. Yo soy.

—¿Y es esa mujer que a tu lado comparece Jimena Vimariz, hija de Vimarano, hermano del rey Fruela?

—Hija de Vimarano, asesinado por su hermano el rey Fruela, sí. Y ella es mi esposa —añadió Nepociano, haciendo avanzar a la dama de los cabellos rojos.

El conde Sonna no pudo dominar un respingo: Jimena estaba como el primer día que la conoció. Él la había visto demacrada y náufraga, súbitamente envejecida, cuando la bajó del caballo de Ragnar Haraldson. Él, que había admirado la belleza señorial de aquella mujer, después la había descubierto rota como por arte de hechicería. Pero ahora volvía a encontrarla lozana y hermosa, fuego en el cabello y mar en los ojos, el negro zafiro orgulloso en el pecho, y si aquel envejecimiento le

pareció cosa de brujería, esta resurrección no era menos mágica.

—Se os acusa a ambos —proseguía Serrano con su alegato—, a ti como autor principal y a ella como cómplice y encubridora, de cuatro graves crímenes contra la corona, contra sus súbditos y contra Dios. ¿Conoces los cargos?

—Quiero conocerlos —respondió firme el usurpador.

—Primero: se te acusa de haber conspirado para torcer la voluntad del rey Alfonso, de haber desobedecido su designio de que el heredero de la corona fuera Ramiro Bermúdez, de haberte hecho arteramente con el poder en la corte, de haberte proclamado regente y de haberte alzado en armas contra el legítimo heredero, Ramiro Bermúdez.

—Demasiadas cosas para ser solo un cargo —ironizó Nepociano—. Conspiración, usurpación, sublevación... Pero no, niego esos cargos. Todos ellos.

—¿Cómo puedes negar la evidencia? —exclamó Serrano, y en las brasas de sus ojos oscuros brillaba la luz del castigo divino.

—¡Yo no conspiré! —se defendió el anciano magnate—. Fueron los señores de Asturias los que vinieron a mí en busca de consejo. Yo no desobedecí designio alguno de Alfonso; lo que se me dijo fue que se trataba de una decisión adoptada en el delirio de su agonía. Y por cierto que bien deberías saberlo tú, obispo Serrano, que tomaste parte en cierta conversación en mi propia casa sobre el particular —precisó Nepociano, poniendo en un brete al mozárabe—. Yo no me hice con el poder en la corte ni me proclamé nada. Fueron los señores de la tierra, reunidos en consejo, quienes me nombraron regente con atribuciones sobre el gobierno del reino. Por último, yo no me alcé en armas contra nadie. Fue Ramiro Bermúdez, señor del Édramo y conde en Galicia, quien se alzó en armas contra una decisión legítima del consejo del reino; es decir, contra mí.

—El rey Ramiro ha sido jurado, ungido y coronado —reaccionó rápidamente Serrano—. Está fuera de lugar volver sobre él la acusación. También está fuera de lugar —agregó el mozárabe— esa insidia acerca de mi cercanía a la conspiración. Precisamente porque estuve en tu casa pude colegir lo que se cocía, y bien saben el rey Ramiro y el obispo Gomelo que de inmediato me puse a su lado. En cuanto a la nula legitimidad de tu nombramiento, que tú sin embargo defiendes, apelo aquí al testimonio del conde de palacio Escipio de Pravia. Conde Escipio, ¿es verdad lo que arguye Nepociano en su defensa?

Escipio se levantó. Adoptó un aire solemne, de experimentado regateador palaciego. Calmoso, se atusó los grandes bigotes. Se sentía seguro.

—¡Es enteramente falso! —bramó el conde—. Fue él, Nepociano, quien vino a Asturias con una mesnada en armas contratada por él mismo. Fue él, Nepociano, quien nos hizo creer con engaños que la decisión de Alfonso sobre su sucesión había sido un delirio. Fue él, Nepociano, quien nos llevó al salón del trono y allí, bajo

amenazas, nos empujó a aclamarle como regente.

—No parecías muy amenazado cuando leíste públicamente mis atributos como regente del reino —contestó el acusado.

—¡El reo no debe interrumpir...! —empezó a reprender Serrano, pero Escipio ya guardaba su respuesta en la boca.

—¡Tenía delante los cadáveres de Teudano y Fáfila, asesinados por tus hombres! ¿Cómo no iba a sentirme amenazado?

Serrano levantó las manos en ademán autoritario e invitó a Escipio a retomar su asiento. Volvió a dirigirse al acusado.

—El conde Escipio acredita que tomaste el poder con malas artes, coacciones y engaños. Poco más hay que añadir sobre el primer cargo, el de usurpación y los crímenes a él asociados. Pero he aquí que el conde introduce el segundo cargo. Nepociano de Pravia, ¿mataste tú o fueron muertos por tu orden los caballeros Teudano y Fáfila de Lugo? ¡Contesta!

—Ni los maté yo ni murieron por orden mía. Fueron víctimas de un tumulto promovido por quienes se oponían a la soberanía del consejo.

—¡Mientes, asesino! —gritaron al unísono los hijos de don Fáfila.

—¡Silencio en la grada! —se impuso Serrano—. No, Nepociano, fueron tus hombres quienes los mataron. Tus soldados asesinaron a Teudano, un anciano cargado de gloria. Tu esbirro Piniolo... —se interrumpió el mozárabe—. Piniolo, sí, que ya ha sido debidamente castigado por el rey, mató a Fáfila de Lugo. Son crímenes que caen sobre tus espaldas.

—¿Y los demás caballeros? —protestó el usurpador, levantando un dedo hacia el conde Escipio y Flaín de Castañeda—. No fui yo quien se nombró solo, sino esos señores los que me designaron.

—¡Estábamos embrujados por esa mujer! —gritó Flaín, poniéndose en pie y señalando a Jimena.

—¡Sí, esa mujer! —corroboró Escipio—. ¡Había robado con malas artes nuestra voluntad!

—¡Bruja! ¡Bruja! —volvió a escucharse entre la multitud de los paisanos, que tomaba ahora a Jimena por objeto de su ira.

—¡Basta! —aulló a su vez Serrano—. ¡Vayamos por partes! Queda claro, pues, que conspiraste contra la corona, Nepociano. Que con una hueste en armas llevaste a los señores de la tierra a proclamarte regente contra el heredero legítimamente designado. Y que en esa traición hiciste asesinar a los caballeros Teudano y Fáfila. A los testimonios del conde Escipio y don Flaín, aquí presentes, han de añadirse los de los otros señores que igualmente han testificado por escrito en tu contra. ¿Quieres leer sus testimonios?

—No lo preciso —espetó Nepociano, desdeñoso.

—Entonces —hurgó Serrano—, ¿aceptas tu culpa?

—No —agitó la cabeza el usurpador, obstinado—. Niego esa legitimidad contra la que supuestamente me levanté. Niego la dudosa legitimidad del rey Ramiro.

—Ya hemos dicho que esa cuestión está fuera de lugar —rezongó el mozárabe, irritado—, pero, puesto que insistes, y para que nunca nadie más en este reino se deje seducir por tus insidias, solicito permiso del rey Ramiro, aquí presente, para despejar este punto. Mi señor... —Se inclinó Serrano ante Ramiro, que volvió a mover afirmativamente la cabeza—. Sepan todos, nobles señores aquí presentes y pueblo de Oviedo, que la legitimidad del rey Ramiro está plenamente acreditada por el documento que obra en poder del obispo Gomelo. Y a mi padre espiritual Gomelo ruego ahora que lea esa disposición del difunto rey Alfonso, debidamente sellada por él.

Gomelo se levantó. Ya Serrano le había advertido de que llevara consigo el testamento del rey Alfonso. Por la cabeza del anciano obispo de Oviedo pasaron los amargos momentos de la agonía del rey. Tratando de vencer el temblor que la humedad empezaba a provocar en sus cansados huesos, Gomelo leyó:

—«Yo, Alfonso, rey de Oviedo, en el nombre de Dios nuestro señor y acogéndome a su divina misericordia, propongo y proclamo heredero de la corona a mi bien amado discípulo Ramiro, hijo del rey Bermudo, mi predecesor, y le encomiendo la defensa de la fe y del trono de Oviedo. Y dicto esta voluntad en presencia de mis fieles Gomelo, obispo de Oviedo, Teudano y Tioda, a modo de consejo del reino. Y mando que así sea Ramiro amado y obedecido en todo como si de mi misma persona se tratara».

—Esto es lo que el rey Alfonso dictó, firmó y selló —completó Serrano mientras Gomelo volvía a su sitio—. Esta es la voluntad que Nepociano, el reo, quiso ocultar a los nobles señores de Asturias, y por eso encerró a Gomelo en el monasterio de Ablaña. Esta es la voluntad que Nepociano, el reo, desobedeció haciéndose proclamar regente. Esta es la voluntad que Nepociano, el reo, atacó criminalmente levantándose en armas contra el heredero legítimo de la corona. Nada más hay que decir sobre estos cargos, ni sobre el asesinato de Teudano y Fáfila de Lugo. Ambos crímenes, Nepociano, pesan sobre tu conciencia. Pero hay más.

Serrano volvió sobre sus pasos. Bajó el mentón, como meditando. Aquellas pausas exasperaban al populacho, que aprovechaba los recesos para beber y comer lo que tenía a mano. En un corrillo entre la multitud se había encendido una hoguera a abrigo de un capote, y allí la gente echaba nabos, longanizas y hasta pececillos mientras una matrona añosa y desdentada voceaba la sidra que transportaba en calabazas. De vez en cuando alguno gritaba «¡A muerte!», y el resto coreaba la imprecación, pero enseguida volvían todos a sus mucho más gratas ocupaciones. El obispo Serrano, visiblemente molesto por la algarabía del pueblo, retomó el hilo de su

alegato.

—Vayamos a los otros cargos, Nepociano de Pravia... y Aquitania. Se te acusa de haber actuado en connivencia con Córdoba. De haberte lucrado con el oro blasfemo del sarraceno. De haber abierto la puerta a un ejército musulmán para hacerte con el poder. Y quién sabe si en realidad el fin último de tu usurpación no sería sino entregar la santa Oviedo al emir Abderramán.

—¿Quién me acusa de tal cosa? —respondió Nepociano, desafiante.

—¿Negarás que en tus negocios de Aquitania has comerciado con los moros?

—Con los moros, con los cristianos y hasta con los paganos, sí; nada malo hay en ello.

—¿Negarás que te has enriquecido vendiendo esclavos a Córdoba?

—No, no lo negaré. Pero jamás ninguno de esos esclavos fue súbdito del rey de Oviedo.

—¿Negarás que en tu locura usurpadora llamaste en tu socorro a un ejército musulmán? ¿Un ejército providencialmente derrotado en la misma puerta del reino?

—¡Traidor! ¡Traidor! —gritaba el gentío.

Nepociano dudó un momento. Sabía que una hueste sarracena había sido descabezada en la calzada de la Mesa. No era difícil sospechar que ese ejército acudía precisamente a reforzar su bando. Pero el anciano magnate no podía reconocer ante todos que el emir de Córdoba había estado al tanto de sus andanzas. Trató de improvisar.

—No sé si hubo o no ejército sarraceno en las montañas; estaba demasiado ocupado en otros asuntos —ironizó el usurpador—. Pero sí puedo asegurar que, si ese ejército vino, yo no le llamé, y que si entró en Asturias, no sería tanto para ponerse a mi lado como para sacar provecho del caos provocado por el levantamiento de Ramiro.

Un griterío formidable siguió a estas palabras, griterío al que contribuyó el propio rey con dos o tres gruesos insultos que ruborizaron a Paterna. A Serrano se le escapó una sonrisa homicida. Esta vez tenía a Nepociano atrapado sin remedio en una falsedad flagrante.

—Mientes, Nepociano —acusó el mozárabe con calma contundente.

—No miento —respondió el otro—. Y te desafío a que lo demuestres.

—Nada más sencillo —sonrió Serrano—. Porque está hoy con nosotros otro testigo que podrá confirmar cuanto yo digo.

El acusador giró la cabeza hacia el obispo Ataúlfo, el cual propinó a su vez un codazo a uno de los siervos que le acompañaban. Nepociano observó con estupor cómo el tipo muy pequeño que había aparecido junto a Sancho Jimeno se ponía en pie.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Serrano.

—Cernín Jimeno —respondió el roncalés pequeño.

—¿Quién eres?

—Un cautivo navarro, soldado en la guardia eslava del emir Abderramán, capturado después por el señor don Rodrigo Núñez en la calzada de la Mesa. Quiso la Providencia que mi hermano Sancho...

—Esto último no importa ahora —cortó en seco el mozárabe—. ¿Qué hacías en el camino de la Mesa?

—Formaba parte del ejército enviado desde Córdoba por el emir Abderramán.

—¿Quién mandaba ese ejército?

—El príncipe Mohamed y el general Walid —proclamó Cernín con un lejano deje de orgullo. Nepociano sintió que se lo tragaba la tierra.

—¿Cuál era el propósito de vuestra columna? —afilaba Serrano.

—Penetrar en el reino de Oviedo y auxiliar al usurpador Nepociano.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Lo juro —ratificó el roncalés pequeño.

—¿Qué fue del príncipe Mohamed y del general Walid?

—El príncipe huyó como un cobarde —escupió Cernín—. El general Walid murió en combate. El señor don Rodrigo Núñez lo mató.

—¿Es todo como dice este hombre? —preguntó Serrano dirigiéndose al hermano de Paterna, que escuchaba quieto en la grada.

—Lo es —contestó Rodrigo, lacónico.

—Cernín Jimeno —instó por último el mozárabe—, ¿conoces cuál era el propósito último de ese auxilio sarraceno al usurpador Nepociano?

—Hasta donde yo sé —titubeó el cautivo—, obtener de él la sumisión del reino de Oviedo al emir Abderramán.

Sancho guiñó un ojo a su hermano. Ataúlfo sonrió satisfecho. «¡Eso es falso!», gritó Nepociano, pero su voz apenas si se escuchaba bajo el indignado clamor de la concurrencia. Algún paisano arrojó una hortaliza podrida a los pies de Jimena, gesto que fue reprimido por un guardia con un seco puñetazo. Hernán de Mena empezó a preocuparse. Tal y como estaba llevando Serrano la acusación, el rey lo iba a tener difícil para dictar otra pena que no fuera la muerte. Y no era eso lo pactado.

—Queda claro, pues —resumió Serrano—, que el usurpador Nepociano, que se rebeló contra la voluntad del rey Alfonso, que engañó a los señores de Asturias, que se apoderó con malas artes del trono y que se levantó en armas contra el rey legítimo, hizo todo eso para poner el reino a los pies del emir Abderramán. ¡La traición es patente! —gritó el mozárabe dirigiéndose esta vez al pueblo, con la consiguiente ola de aullidos, bramidos y alaridos que exigían la cabeza del traidor.

Nepociano no contestó. Miró a Jimena, quieta a su lado, quizá buscando en la dama algún consuelo, pero solo halló una rigidez pétrea, como si la serpiente hubiera

vuelto a aletargarse, esta vez de pie. El usurpador paseó la mirada azul sobre la tribuna presidencial. Ramiro se recostaba en su sitial con aire incómodo, con el inequívoco ademán de quien quiere acelerar el trance. Junto a él, el obispo Gomelo, las barbas blancas reclinadas sobre el flaco pecho, parecía estar rezando. ¿Pero qué hacía Paterna? ¿Por qué miraba a Hernán de Mena?

«—¿Es justo respetar la vida de Nepociano y la de quienes le han secundado en esta traición?

»—Si no es justo, es la única manera de que se haga justicia».

Ese era el diálogo que ahora venía a la cabeza de la castellana. Ocurrió cuando Sonna, Hernán y ella se apartaron, en la selva del Saja, para encontrar una fórmula que permitiera a Sonna y Escipio abandonar el campo del regente. Hernán dudaba de que fuera justo respetar la vida de Nepociano y sus secuaces; Sonna insistía en que, de otro modo, la victoria sería imposible y por tanto el resultado sería una injusticia mayor. Fue Paterna la que, al cabo, resolvió en aquel momento el dilema:

—Ve y di al conde Escipio —ordenó más que propuso la dama— que la vida de Nepociano y Jimena será respetada, así como la de todos los que han prestado su apoyo al usurpador. Yo respondo de eso. Pero a partir de ahora será Hernán de Mena, y no yo, quien defiende esa bandera. Se hará más caso a la palabra de un caballero que a la de una mujer.

Así habían pactado las cosas y así se habían sucedido los acontecimientos. Hasta ahora, cuando el excesivo celo fiscal del obispo Serrano empezaba a llevar el litigio a un terreno cada vez más encarnizado. Paterna miraba a Hernán con alarma; el de Mena acusaba recibo de la mirada, pero su mente no estaba en la selva del Saja, sino en las aguas gélidas de aquel arroyo que vertía en el Nansa. La castellana acogió con alivio la transición a un cargo menor: el que ahora enunciaba el mozárabe.

—El cuarto cargo que se formula contra ti, Nepociano de Pravia, es el desfaldo de una parte del tesoro regio. Se trata de un envío de tres carros cargados con oro y joyas de la cámara del tesoro —concretó Serrano—, con destino a la mar del oeste, según consta en el propio registro de palacio. Lo que se te pregunta es: ¿de qué oro se trata? ¿Cuál era la finalidad de esa exacción?

Nepociano respiró lentamente. Se sabía derrotado de antemano, pero en aquella cuestión del oro perdido había depositado esperanzas que era preciso mantener vivas. El reo miró hacia atrás, por encima del murete que, custodiado por soldados de la guardia, separaba al pueblo del estrado. El orvallo había remitido y las gentes, desprovistas ya de sus capotes, mostraban sus rostros sucios y desaliñados, sus bocas voraces que gritaban sangre y venganza.

—No hay tal oro —dijo escuetamente el usurpador, y el cuerpo de Jimena tembló como si la tierra hubiera vibrado bajo sus pies.

—¿Cómo que no hay tal oro? —se sorprendió Serrano.

—No lo hay. Y es muy fácil comprobarlo.

—¿Negarás que tú mismo ordenaste el envío al oeste de tres carros con materiales procedentes del tesoro?

—No, no lo negaré. Yo firmé esa orden, en efecto. Pero no había oro en el traslado. Si compruebas el inventario del tesoro, hallarás que no faltan más que algunos objetos preciosos y unos cuantos camafeos. Esa iba a ser mi donación a la iglesia que custodia el sepulcro de Santiago apóstol —mintió el regente—. Y nada más debes de haber echado de menos en el erario. Incluso los cofrecillos con el salario de mis soldados eran aportación personal mía.

Serrano intercambió una rápida mirada con el conde Sonna. En efecto, era cierto cuanto Nepociano decía. Pero quedaba el misterio de los tres carros.

—Y si esto es así, como dices —argumentó el mozárabe—, ¿para qué tres carros? ¿No habría bastado uno?

—Lo ignoro —respondió el magnate—. Entenderás que esas cosas se las dejo a la servidumbre.

—Sí, pero ¿tres carros para tan escaso envío? ¿Qué había realmente dentro de los carros?

—No lo sé —se encogió de hombros Nepociano—. Comida, supongo. O sabe Dios... No estoy muy al tanto de las costumbres de los carreteros —agregó con sorna.

—¿Y dónde pueden estar ahora esos carros?

—Tampoco puedo saberlo. A poco de partir sucedió el levantamiento de Ramiro y ya no pude ocuparme de ese asunto. De hecho —mintió una vez más el usurpador—, lo tenía casi olvidado hasta que tú me has preguntado sobre el particular.

Sonna movió la cabeza con desesperanza. Por ese camino no iban a llegar a ninguna parte. El conde intercambió un guiño con Hernán; si querían encontrar la llave del misterio, tendrían que hacerlo ellos solos. Por otro lado, la evidente fragilidad de la acusación de desfalco desvirtuaba el conjunto del proceso. Así lo vio también Ramiro, que empezó a removerse incómodo en su sitial. Serrano levantó una vez más los brazos con ademán de prolongar las preguntas, pero el rey, con un ostensible movimiento de su cetro, le apremió a concluir el interrogatorio. El mozárabe cazó al vuelo la orden.

—Ya hemos oído bastante, Nepociano de Pravia... y de Aquitania. Mi rey, mi reina, nobles señores, pueblo de Oviedo —declamaba Serrano—, nada ni nadie podrá demostrar que los crímenes de los que se acusa a este hombre son infundados. Nadie podrá demostrarlo porque son notorios y aquí han quedado patentes. Que Nepociano conspiró contra la corona. Que con ayuda de su esposa usurpó con malas artes el poder. Que por la coacción y el asesinato se proclamó regente. Que pidió ayuda a Córdoba para vendernos a los musulmanes. Que se levantó en armas contra el rey

legítimo. Todo eso es tan transparente, Nepociano de Pravia, que tus esfuerzos por negarlo solo han servido para arrastrar tu nombre por el suelo. ¡Nepociano de Pravia —concluyó el mozárabe—, en el nombre de la corona yo te acuso de traición! ¡Traición!

La palabra «traición» resonó como un eco repetido mil veces entre la multitud, que veía por fin llegada la hora de la justicia decisiva. Ramiro, entre el fragor de la muchedumbre, se levantó, solemne, e hizo callar al pueblo.

—Hora es ya de dictar justicia. Obispo Serrano, obispo Gomelo, caballeros Sonna y Hernán de Mena —ordenó el rey—, acompañadme a deliberar sobre la pena que este hombre merece.

Y el rey, seguido por aquellos cuyo consejo había requerido, se perdió por una de las portezuelas que desde el patio de los soportales conducía al interior del palacio. Afuera quedaron las mujeres y los testigos. Los reos, por su parte, fueron empujados de nuevo hacia su montón de paja. Y en una esquina, al calor del fuego de su hornillo, el verdugo comenzó a afilar lentamente su tétrico instrumental.



—Y así fue cómo pude convencer al emir Abderramán y al príncipe Mohamed de que todo fue una traición del propio Nepociano.

—Brillante.

—A decir verdad, era lo que ambos deseaban oír. El padre, para atenuar la culpa de su hijo; el hijo, para salvar la cara ante su padre.

—Admirable.

Tarub sirvió otro vaso de té humeante. Un relámpago iluminó la estancia con furia sobrecogedora. Enseguida los tambores del cielo pusieron música a la luz. Llovía en Córdoba. Llovía como no se veía desde muchos años atrás, y menos en un mes de mayo. Negras nubes abrían sus panzas, desgarradas por rayos coléricos, y derramaban sobre la capital del emirato cascadas de agua capaces de apagar los siete fuegos del Yahannam, el infierno que describió Mahoma. Fuertes corrientes de viento agitaban los visillos de la cámara de Tarub en el alcázar. Y en el húmedo secreto de la alcoba, el eunuco Nasr Abu el-Fath explicaba a la favorita los pormenores de la situación.

—Lo que debes saber —enfaticó el eunuco— es que Abderramán parece decidido a mantener a Mohamed como heredero contra viento y marea. Ni por un instante se le ha pasado por la cabeza otra cosa, a pesar del patente fracaso del muchacho.

—¡Qué obcecación! —Frunció el ceño la bella.

—Se le ha aplicado un castigo severo, es cierto, pero no ha retrocedido ni un paso en la línea de sucesión. Me pregunto...

—¿Qué ata a Abderramán? —completó Tarub.

—Sí.

—Yo también. Y no tengo respuesta. Aunque el emir me ha hablado de ciertos pactos de época lejana —sugirió la favorita ocultando la verdad al eunuco.

Nasr Abu el-Fath perdió los ojos redondos y azules en el espejo de su té. Reconfortaba hallar un líquido tan plácido y manso cuando, en el exterior, las nubes seguían jarreando mares violentos sobre las calles de Córdoba. Una idea pasó por el cerebro del eunuco. Se marchó. Volvió a pasar y esta vez se quedó más tiempo.

—¡Puedo escuchar el sonido de tu cabeza, amigo mío! —rio Tarub—. ¿Qué te preocupa?

—Verás —titubeó Nasr—. Hay algo que no te he contado y que tal vez nos dé alguna pista sobre por dónde van las cosas.

—Habla.

—Se trata de Buhayr.

—¿La vieja Buhayr? —se sorprendió la reina del harén.

—En efecto. Me han contado que Mohamed, en su viaje de vuelta a Córdoba, se desvió de su ruta, fue a Ocaña y visitó a Buhayr, su madre, antes de retomar el camino a la capital.

Tarub quedó en suspenso, como paralizada, en alto el brazo que servía el té. Los infinitos ojos negros de la bella se abrían como asomándose al vacío. Quizás el buen Nasr mereciera conocer toda la historia.

—¡Buhayr...! —suspiró Tarub—. ¡Esa bruja! Sí, tiene sentido. ¡Todo el sentido!

—¿Qué quieres decir?

—Mohamed no vale nada por sí mismo. Solo vale en la medida en que ese muchacho es el arma de la venganza de Buhayr.

—¿Venganza? —Torció el gesto el eunuco.

—Venganza, sí. Mira, Nasr, voy a enseñarte algo.

Tarub se levantó. El eunuco pudo admirar su apetecible silueta ceñida a la túnica del color del azafrán. La favorita caminó hacia un hermoso mueble de marquetería profusamente adornado. Abrió un cajoncillo. Cuidadosamente extrajo una joya que mostró al eunuco con las dos manos.

—¿Sabes qué es esto?

—El Dragón —respondió Nasr sin omitir un brillo de codicia en los labios.

—Sí, el Dragón. ¡Por supuesto que lo sabes! —rio Tarub—. La joya más valiosa de todos los tiempos, la que adornó el cuello de Zobeida, la favorita de Harún al Raschid. ¿Sabes qué es en realidad?

—Oro y piedras preciosas y...

—No —interrumpió la bella—. Es mierda. Esto no vale más que toda la inmundicia de las ratas del Guadalquivir.

—¡Pero hay muchos hombres que matarían por esa joya! —protestó el eunuco,

estupefacto.

—Muchos hombres y muchas mujeres. Por eso es mierda —ratificó la favorita—. Escucha. Cuando Abderramán se encaprichó de Al-Shifá, Buhayr se sintió morir. Esa idiota estaba de verdad enamorada de Abderramán. Nunca superó el dolor de verse postergada. Y su dolor se convirtió en ira vengativa cuando el emir, desmesurado como él es, compró este collar para adornar el cuello desnudo de Al-Shifá. Ese día Buhayr dejó de amar a Abderramán. O, si lo prefieres, convirtió su amor en un designio de aniquilación, que es otra forma de amar: «Si ese hombre no puede ser mío —se dijo—, que no sea de nadie». Luego aparecí yo. Fue la propia Buhayr la que me puso delante del emir...

—Lo recuerdo bien —atajó Nasr—. Pero no veo dónde quieres ir a parar.

—Enseguida lo verás. ¿Para qué me metió Buhayr en la cama de Abderramán? ¿Para machacar a Al-Shifá! La muy boba pensaba que tal vez así recuperaría a su esposo. Pero no fue así. Este collar dejó el cuello de Al-Shifá y pasó a mis manos. Y desde entonces yo soy la única en el corazón del emir. Hasta que...

—No, querida —zanjó Nasr—. Abderramán siempre te amará.

—¿De verdad lo crees? —repuso Tarub con una sonrisa amarga—. No te engañes, mi buen amigo. Sé que Abderramán me ama, pero también amó a Buhayr y a Al-Shifá, y no por eso se privó de abandonarlas. Y ahora, mi querido Nasr, los años pasan, mis pechos se caen, mi abdomen se ablanda, mi cuello se arruga, mi voz se hace opaca... ¿Cuánto crees que tardará el emir en dejarme por otra? Y entonces, ¿qué quedará de mí?

—Siempre tendrás mi amistad incondicional —declaró el eunuco con una ingenuidad que Tarub sabía sincera.

—Lo sé, mi buen Nasr, y te lo agradezco. Pero no quiero acabar como la pobre Buhayr, sola y vieja y gorda en un rincón perdido de Al Ándalus, ni como la estúpida de Al-Shifá, loca de amor, arrastrándose por los caminos detrás del emir, mendigando un poco de calor en su entrepierna vacía. No —meneó Tarub la cabeza con violencia—, no quiero acabar así. Yo era una esclava, amigo Nasr...

—Yo también —añadió el eunuco.

—Y por tanto entenderás que haga cuanto esté en mi mano para no volver a serlo.

—Yo también —repitió Nasr.

—Y lo único que está en mi mano, ahora que mi juventud se apaga, es...

—Tu hijo Abdalá —apuntó el eunuco.

—Mi hijo Abdalá —confirmó Tarub con un suspiro—. Verle lo más cerca posible del trono es mi única garantía de supervivencia. Y para eso pasaré por encima de lo que haga falta. Y de quien haga falta, emir incluido. Que es exactamente lo mismo que está haciendo Buhayr.

Tarub volvió a sumergir los ojos negros en el humo del té al tiempo que un nuevo

relámpago rasgaba el cielo de Córdoba. El eunuco Nasr Abu el-Fath se frotó lentamente la calva cabeza.

—Si lo he entendido bien —musitó Nasr—, ¿crees que Buhayr está detrás de la ambición de su hijo?

—No me cabe la menor duda —aseveró la bella.

—¿Y que es precisamente Buhayr la razón de que Mohamed sea el heredero?

—Sin duda por pactos de familia muy viejos y muy fuertes —reconoció Tarub—. Algo que no habíamos tenido en cuenta, pero que ahora aparece con toda claridad.

—Es decir, que la única manera de allanar el camino del trono para Abdalá es... —titubeó el eunuco, como asustado por el paso que iba a dar. Pero Tarub lo dio por él.

—Matar a Mohamed o matar a Abderramán —sentenció la favorita con una frialdad capaz de congelar incluso un corazón tan encallecido como el de Nasr Abu el-Fath.

El eunuco se levantó. Se asomó a la ventana. Pegó el rostro a la celosía. Dejó que la lluvia furiosa golpeará su piel.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —dijo tras una breve reflexión, y en su voz sonaba la música del miedo.

—No te estoy pidiendo nada —repuso Tarub con desdén—. Por otro lado, ¿no es lo mismo que tú pretendías al meter tu desafortunada cobra en la comida de Mohamed?

—Una cosa es eliminar a Mohamed, que no merece otra suerte, y otra muy distinta es matar al emir —observó Nasr, tratando de llevar el asunto a un plano profesional—. Y además...

—¿... Qué ganarías tú? —se anticipó la favorita.

—No quería plantearlo así —quiso escabullirse el eunuco—, pero...

—Tú serías el visir de mi hijo. El amo del gobierno. Naturalmente.

Tarub clavó sus ojos negros en el rostro de Nasr. Este, embobado, colgó su mirada atónita en las curvas de la bella. La reina del harén, maligna, descubrió su cuello y sinuosamente, con la hipnótica ondulación de una cobra, procedió a adornarse con aquella mágica gargantilla a la que todos llamaban el Dragón. La misma que adornó a Zobeida, la misma que adornó a Al-Shifá. Algo muy lejano vibró en el interior del eunuco; algo que era deseo, pero tan difuso que no se podría decir si era deseo de carne o deseo de poder.

—¿Cómo? —se limitó a preguntar.

—Veneno —contestó Tarub.

—¿Estás decidida? —insistió el eunuco.

—Lo estoy —corroboró la bella.

Tarub dejó que Nasr, baboso, besara sus manos antes de abandonar la cámara de

la favorita. El eunuco salió del alcázar para encontrarse con la lluvia salvaje de aquella tormenta cordobesa. Sola, la reina del harén se asomó a la ventana. Tras la celosía, se desprendió del Dragón y acarició con él su cuerpo. Un estrépito de truenos saludó al Dragón y a la dama. No, ella no acabaría como la pobre Buhayr, sola y vieja y gorda en un rincón perdido de Al Ándalus, ni como la estúpida de Al-Shifá, loca de amor, arrastrándose por los caminos detrás del emir, mendigando un poco de calor en su entrepierna vacía. Ella no acabaría así. Ella vería a su hijo en el trono. O moriría en el intento.



El rey Ramiro penetró en la sala, se desprendió de manto y yelmo, dejó el cetro en un rincón y se acercó al fuego. El orvallo le había metido la humedad hasta los huesos. La chimenea ardía con la alegría que a él le faltaba. Cejijunto, ceñudo, Ramiro se frotó las manos con la misma violencia que si estuviera desmenuzando nueces. Tras él, los obispos y los caballeros permanecían silenciosos, expectantes.

—¡Venid aquí y calentaos un poco! —refunfuñó el rey—. Falta nos hace.

Gomelo y Serrano, Sonna y Hernán obedecieron. El silencio en la sala desnuda era casi tan espeso como el orvallo que habían soportado toda la mañana. Y calaba más hondo. Nadie se atrevía a decir palabra. Hasta que el rey habló:

—Y bien... ¿qué hacemos?

—Los delitos de Nepociano merecen la muerte —sentenció el obispo Serrano—. Todos sabemos que no hay otra opción. Es público y notorio que se ha levantado contra ti, que actuaba en connivencia con Córdoba, que por su orden se asesinó a Teudano y Fáfila, que...

—Los crímenes los conocemos —atajó Hernán de Mena—, pero también conocemos el pacto que permitió vencerle.

—Y ese pacto —precisó el conde Sonna— prescribía respetar la vida así de Nepociano como de quienes le secundaron.

—Cierto es —ratificó Gomelo—. Y un rey tiene que cumplir sus pactos.

—Yo no pacté nada —rezongó Ramiro sin apartar la mirada del fuego.

—Tú no, pero tu esposa sí —recordó el anciano obispo.

—Y yo también —agregó Sonna.

—Y yo empecé mi palabra en ello —completó Hernán.

Serrano silabeó:

—Dejar un crimen sin castigo es desafiar a la ley de Dios.

—También lo es romper un pacto —corrigió Gomelo—. El viejo rey Alfonso enseñaba que nosotros solo somos instrumentos de Dios. Y debemos obrar de tal modo que Dios no se avergüence de sus instrumentos. Este es el caso.

—¡También Él destruyó Sodoma y Gomorra! —protestó el mozarabe.

—Sí, pero no vulnerando su propia palabra —fustigó el anciano.

Ramiro se apartó del fuego. Se rascó las barbas. Dio varios pasos en torno al gran salón. Pateó la esquina doblada de una vieja alfombra. Miró por la ventana. A través de la celosía podía ver los soportales del patio que había servido de tribunal, la enredadera pelada en torno a las columnas, el humo procedente del fuego del verdugo, la agitación del populacho que esperaba sangre.

—¡No puedo dejar a Nepociano impune! —exclamó el rey como si hablara para sí mismo—. Merece un castigo ejemplar. Y subrayo lo de «ejemplar». Un tipo inteligente, rico, noble... ¡Diez como él conspirando al mismo tiempo y el reino no duraría ni una semana! No, no puedo dejar que nazcan otros Nepocianos. Todos deben ver cuál es el castigo que el rey Ramiro impone a quienes conspiran contra él. Tú, Hernán, y tú, Sonna, ¿habéis comprometido vuestra palabra en salvarle la vida? Bien. La vida se le salvará. Pero lo que quedará en sus manos será una vida atroz. En cuanto a Jimena...

—Jimena es una bruja —acusó Serrano—. Es patente.

—... Esa bruja —enjuició el rey—, recibirá los doscientos latigazos que las leyes godas prescriben, como la abominación del demonio que es. Está decidido.

Gomelo dio un respingo. Sintió que le fallaban las piernas. ¡Doscientos latigazos! Una mujer de su edad no lo soportaría. Moriría antes. Nunca había abandonado la mente del obispo el terrible secreto que sobre Jimena le confió Alfonso horas antes de expirar.

—Mi señor, con permiso —terció Gomelo—, esa es una sentencia de carácter religioso que no te corresponde a ti. Júzgala si quieres por usurpación, pues tal es tu derecho, pero no por pecados que solo a Dios compete juzgar.

—¡Maldita sea! —explotó Ramiro—. ¿Es que todo el mundo va a desafiar mi autoridad?

—Mi señor, con tu venia —apuntó por su parte el conde Sonna—. No sería justo condenar al cómplice a una pena mayor que al primer acusado.

—¡Esto es de locos! —se desesperaba el rey.

El anciano obispo de Oviedo, discreto, se acercó a Ramiro. Susurró algo en su oído. El monarca quedó turbado. Torpe, agarró a Gomelo por un brazo y se retiró unos pasos, hacia la puerta de la sala, dirigiendo un gesto autoritario al resto de los presentes para que se mantuvieran al margen.

—Mi señor... —cuchicheó Gomelo.

—¡Habla ya! ¿De qué se trata?

—Doscientos latigazos la matarán. Pero no puedes matar a Jimena porque no es la prima del rey Alfonso. ¡Es su hermana!

—¿Qué me estás diciendo? —Ramiro sintió que toda la sala daba vueltas sobre su cabeza.

—Lo que oyes —confirmó Gomelo—. Jimena es hermana de Alfonso. Hermanastra, para ser precisos: hija ilegítima del rey Fruela.

—¡Válgame Dios! ¿Y tú cómo te has enterado de eso?

—No revelaré ningún secreto de confesión si digo que me lo confió el propio Alfonso en su lecho de muerte. No lo dije antes porque las circunstancias... en fin...

—¿No deliraría Alfonso?

—No. Fue pocas horas después de designarte a ti sucesor —aguijoneó Gomelo.

—Cuéntame esa historia.

—Jimena fue llevada recién nacida al palacio del rey Fruela —explicó el anciano—. Este la presentó a su esposa, doña Munia, como una supuesta hija póstuma e ilegítima de su hermano Vimarano. Pretendía ahorrarle el trance de la infidelidad. Pero en verdad la niña no era bastarda de Vimarano, sino de Fruela. Y hermana de Alfonso, por tanto.

—¡Ya decía yo que esos ojos me resultaban familiares! —gruñó Ramiro, rascándose la melena—. Y dime, ¿ella lo sabe?

—¿Jimena? No lo creo. El propio Alfonso no lo supo sino muy tarde, después de muchas investigaciones que acometió torturado por la duda, y al fin halló la verdad por una vía singular: la matrona que asistió al parto. Dudo que Jimena esté al corriente de todo eso.

—Más nos vale así. Porque solo nos faltaría que ahora Nepociano pudiera invocar su matrimonio con la hija de un rey.

—Como Silo con Adosinda —ilustró Gomelo.

—Precisamente.

—Jimena creció convencida de ser hija de Vimarano. Es decir, prima, y nada más que prima, del rey Alfonso. Pero si Alfonso supo la verdad, y si yo he podido saberla, tal vez haya alguien más en el reino que la sepa.

—Es un riesgo que no podemos correr —admitió el rey—. Aun así, una bastarda no tiene derechos de sucesión...

—... También era bastardo Mauregato y sin embargo reinó —opuso el anciano obispo.

—Es verdad, ¡maldita sea!

—Y el hecho, en cualquier caso, es que no puedes matarla. Si algún día se supiera que has ordenado azotar hasta la muerte a la última hija del rey Fruela, a la última descendiente regia de la estirpe de Pelayo...

—¡Basta! —zanjó Ramiro—. ¡Lo entiendo! ¡No quiero oír más!

Tan fuerte fue la voz del rey al cortar la discusión que los otros caballeros, en el extremo opuesto de la sala, se volvieron alarmados. Ramiro caminó hacia ellos meneando la cabeza, las manos en la espalda, la boca crispada en un gesto de peligrosa determinación.

—Ya está hecho. Ya he tomado mi decisión. Ahora, salgamos. El pueblo nos espera.

Y no dijo más.



En un rincón del improvisado tribunal, bajo los soportales de aquel porche en la fachada de palacio, mal acomodados en su montón de paja, Jimena y Nepociano aguardaban su destino.

—¿Qué van a hacernos? —preguntaba Jimena.

—Matarnos, supongo —contestaba Nepociano.

—Espero que no nos quemen. Me han dicho que es muy doloroso.

—Quizá simplemente nos decapiten. Es rápido y limpio... si el verdugo hace bien su tarea —bromeaba el hombre.

—¡Y ver nuestras cabezas en sendas picas! —se horrorizaba la mujer.

—Tú ya no lo verás.

—¡Y esa chusma que está ahí fuera escupirá sobre nuestros cuerpos!

—Tú ya no lo padecerás.

—¡Cualquiera diría que estás deseando morir...!

—No me da miedo la muerte —suspiraba Nepociano—. Me da miedo el dolor.

El anciano magnate colgó los ojos claros y cansados en la silueta del verdugo, que andaba trasteando en el fogón donde preparaba sus aparejos. Nepociano había mandado a más de un enemigo al sayón, pero nunca se había preguntado cómo funcionaba exactamente cada uno de esos horribles instrumentos. Resultaba irónico que ahora fuera a comprobarlo en carne propia.

—¿Me vas a contar esa historia de los tres carros de oro? —quiso saber de pronto Jimena.

—No —contestó él, taxativo.

—¿No?

—No —reiteró Nepociano ante la sorpresa de la mujer—. Es mucho más seguro para ti que no sepas nada sobre ese asunto. Lo único que puedo decirte, ya que has llegado conmigo hasta aquí, es que, si salimos vivos hoy, tal vez en esos carros esté la llave de nuestra libertad. Y si nos matan, al menos ahí habremos dejado el germen de nuestra venganza. Y no debes saber más. Por tu propio bien.

Jimena volvió el rostro hacia el populacho, que mataba la espera entregándose a un festival de sidra y asaduras sobre las brasas que ardían aquí y allá. Con el orvallo en fuga, el cielo había callado y ahora una multitud aún más numerosa colmaba las calles de la capital. Los labriegos aprovechaban para vender hortalizas tempranas, los artesanos abrían sus tienduchas para atraer algún comprador y las mujeres de la vida llamaban la atención de los transeúntes en busca de alguna moneda pecadora. Un

niño de revuelta cabellera morena logró pasar por debajo de las piernas de los soldados que custodiaban el patio y, antes de recibir un atroz puntapié en las posaderas, arrojó un gato muerto a los pies de Jimena.

—¡Son horribles! —exclamó la dama con asco—. ¡Tan sucios...!

—Son lo que son. Y nunca dejarán de serlo. Iguales en todas partes. Digno pueblo para el rey Ramiro.

—No te amargues —sonrió Jimena—. Mejor morir que verse como ellos.

—¡Y pensar que hay gente capaz de sacrificarlo todo por salvar a esta chusma de la esclavitud...! —destiló desprecio el magnate—. Me gustaría que esos Sonna, Escipio y compañía bajaran ahora ahí, al rebaño, para oler su podredumbre. ¡Idiotas!

Nepociano apuró las gachas fangosas de su escudilla. Su gatzate agradeció el calor del brebaje. Con un gesto mudo interrogó a su mujer. Jimena apenas las había probado. La mujer las desdeñó. El hombre se comió también su parte.

—Ahora yo pregunto a mi vez —inquirió Nepociano, asombrado por la capacidad de resistencia de la dama—, ¿me vas a contar cómo has conseguido mantenerte con el alma suspendida y el cuerpo yerto todos estos días de encierro? ¡Ni siquiera ahora tienes hambre! No te conocía esas facultades. ¡Parecías aletargada!

—¡Es que estaba aletargada! —rio Jimena—. Puedo contártelo, sí. Me lo enseñó una especie de mago al que, por azares que no vienen al caso, conocí en un bosque de Provenza. Aquel hombre era capaz de permanecer dos días con sus noches metido en una alberca cubierta con agua, con una pesada piedra sobre el vientre, y despertar después sin el menor percance. Dicen que así se iniciaban los antiguos druidas. No sé... Es cuestión de práctica.

—Me fascina seguir descubriendo cosas en ti después de tantos años —suspiró Nepociano, arrobado.

—Tengo miedo. —Tembló de pronto la mujer aferrando el zafiro que, milagrosamente, aún colgaba sobre su pecho.

—Yo también.

—¿Qué hemos hecho mal?

—Confiar en quien no debíamos —respondió firme el magnate.

—¿Y a quién hemos hecho mal? —musitó Jimena en algo que era más una súplica que una pregunta.

—Quizás a más gente de la que esperábamos.

—¡Estamos perdidos! —gimió ella.

—Sí —reconoció él.

Nepociano miró urgentemente alrededor. No había sacerdotes. Eso era buena señal. Si Ramiro fuera a matarles, no dejaría de enviar a algún hombre de Dios para aliviar las almas de los condenados. Pero quizás el nuevo rey les había reservado un destino peor que la muerte.

—Quiero que sepas —silbó el magnate entre dientes— que te amo con toda mi alma. Eres lo más grande y hermoso que he tenido en mi vida.

—Y yo quiero que sepas —contestó Jimena en un sollozo— que una y mil veces habría seguido tu camino, a pesar de todas las derrotas. Pase hoy lo que pase, no puedo imaginar mi vida sin ti.

El verdugo, acompañado de dos guardias, se acercó a los reos. Con un seco movimiento de la mano les instó a ponerse en pie. Después, con tranquilidad, casi con indiferencia, ató a Jimena y Nepociano a sendos postes clavados en el suelo. Amarró la soga con firmeza, como si temiera que fueran a escapar. Miró con interés el zafiro de Jimena; quizá pasó por su mente que, si aquella cabeza rodaba, la joya bien podría acabar en su propia bolsa.

—Desde aquí escucharéis la sentencia —aclaró el sayón, formalista—. Ahorra trabajo hacerlo así. Por lo que pueda venir después. Y ahora, silencio: ya llega el rey.



Ramiro regresa a su sitio. Saluda a Paterna con una sonrisa afable, pero nerviosa. A la castellana no le pasa desapercibido el gesto de preocupación que comparten Hernán y Sonna. Gomelo, por el contrario, permanece absorto, como si su mente ya no estuviera aquí. Los testigos retoman sus puestos. Serrano baja al estrado, a pocos pasos de los postes donde Jimena y Nepociano, inmóviles, esperan su suerte.

—Ahora nuestro señor el rey proclamará la sentencia en nombre de Dios —anuncia el obispo mozárabe.

Ramiro se pone en pie. El pueblo calla. Grande y robusto, el ceño casi animal, la voz de trueno, el rey clava sus ojos del color de las castañas en los ojos claros de Nepociano, en los ojos del color de la mar en invierno de Jimena. Los ojos.

—Es atributo de la corona hacer justicia. Hoy la hará. Hasta hoy el reino ha vivido en una paz digna y orgullosa. Una paz sin servidumbres. El rey Alfonso el Casto, que Dios tenga en su gloria, obró ese milagro con la ayuda del Señor. Cercano a la muerte, Alfonso decidió que yo, Ramiro, fuera su sucesor. Yo no lo pedí, pero mi nombre, mi linaje y la obediencia al rey Casto me empujaban a aceptar una corona de la que espero ser digno con ayuda del cielo. Mas he aquí que una voluntad siniestra quiso torcerlo todo.

Ramiro hace una pausa. Baja de su sitio. Despacio, se acerca a los postes de los reos. Pasa junto a ellos sin apenas mirarlos. Se dirige hacia la muchedumbre que, en silencio, aguarda expectante.

—Ha quedado demostrado que ese hombre, Nepociano, junto con su esposa Jimena, ha conspirado para frustrar la última voluntad del rey Alfonso. Ha quedado demostrado que llegó a algún tipo de arreglo con el enemigo musulmán para hacerse con la corona. Ha quedado demostrado que con malas artes, y prevaliéndose del

parentesco de su esposa con el rey difunto, porque esa mujer es Jimena, hija de Vimarano, prima de Alfonso —subraya reiterativo el monarca—, ese hombre, digo, engañó a los señores del reino haciéndoles creer que la decisión de Alfonso era ilegítima. Ha quedado demostrado que por su orden directa fueron asesinados el glorioso general Teudano y el honrado caballero Fáfila de Lugo, por no hablar de otros crímenes que no han salido hoy a relucir. Ha quedado demostrado que este Nepociano, al frente de una hueste impía, marchó en armas contra el heredero legítimo de la corona. Ha quedado demostrado —añade Ramiro, mirando ahora a Gomelo— que Nepociano es el príncipe injusto del que nos habla el sabio Isidoro: la fuerza maligna que viola la ley. Ha quedado demostrado, en fin, que sobre Nepociano y su esposa Jimena recaen los delitos de traición, sedición, usurpación y rebelión.

El rey se detiene. Sabe que el gentío, tenso, saltará como un resorte. Los gritos de «¡Traición!», y «¡Muerte!», tardan un suspiro en llegar a sus oídos. Ramiro se gira, da la espalda al pueblo, camina nuevamente hacia su sitial y levanta las manos imponiendo silencio.

—Dicen nuestra ley y nuestra costumbre que todos esos delitos se castigan con la muerte. Desde los tiempos de Eurico hasta los de Recesvinto, la ley dicta muerte para el homicida. La ley dicta muerte para el usurpador. La ley dicta doscientos latigazos para el que recurre a brujerías y sortilegios. ¿Qué otra pena puede aplicarse a estos reos?

—¡A muerte! —gritan fueran de sí los hijos de Fáfila de Lugo, inmediatamente coreados por el pueblo.

—Sin embargo... —templa Ramiro levantando nuevamente las manos—, también la ley, misericordiosa, contempla aquellos casos en los que la pena de muerte puede ser conmutada por otra. Las peticiones de clemencia no cambian la voluntad del rey, pero la suavizan. Este es el caso. Por la vida de los traidores Nepociano y Jimena ha intercedido el noble conde Sonna. También lo ha hecho el caballero Hernán de Mena. Ambas peticiones han sido además avaladas por el ilustre obispo Gomelo. Si tres nombres tan distinguidos en la lealtad al rey Alfonso piden clemencia para aquel que quiso reducir a polvo la voluntad del propio Alfonso, ¿qué debe hacer el juez? ¿Cómo desdeñar esas súplicas?

Paterna mira a Sonna y Hernán. Su ceño se ha relajado. Incluso Nepociano y Jimena parecen experimentar algún alivio. Entre el populacho se levantan murmullos de decepción. Pero Ramiro vuelve a tomar la palabra.

—Sea. Mi clemencia estará a la altura de vuestras súplicas. Por los cargos expuestos y sobradamente demostrados, ¡yo condeno a Nepociano a ser cegado sacándole los ojos, como Rodrigo mandó cegar a Witiza! —sentencia el rey.

—¡Padre! —grita la joven Aldonza en un alarido de espanto.

—Tú sabes bien, hija mía —contesta Ramiro—, que se puede vivir sin ver. En

cuanto a la tal Jimena, compartirá de por vida reclusión con Nepociano. Ambos permanecerán en un agujero oscuro hasta que el Señor se los lleve para juzgarlos. Todos sus bienes se utilizarán para indemnizar a sus víctimas. La casa del oriente y las posesiones de Aquitania, así como los negocios a ellas vinculados, pasarán a ser propiedad de los hijos de don Fáfila de Lugo. La hacienda que Nepociano conservaba en Pravia quedará ahora al cuidado del conde Escipio. Esta es mi sentencia.

—La vara de la justicia —musita Serrano para sí.

El pueblo grita. Aldonza llora. Los hijos de Fáfila sonrían. Ordoño aprieta los dientes. Gatón y Rodrigo están sobrecogidos. Hernán y Gomelo intercambian miradas petrificadas. Paterna ha empalidecido hasta volverse de nieve. El verdugo prepara ya las tenazas sobre las brasas. Pero aún no está todo dicho.

—En cuanto a ti, Sonna —apunta el rey con el dedo—, ¿no decías tú que no sería justo condenar al cómplice a una pena mayor que al primer acusado? Bien, pues que sepa todo el mundo que Jimena salva la vida por tu intercesión. Pero, puesto que de justicias sabes, te invito a que ejecutes tú mismo la pena de Nepociano. ¡Serás tú quien le saque los ojos!

El conde Sonna salta sobre su asiento. Va a decir algo, pero un muro hecho de pundonor y de obediencia le cierra la garganta. Mira a Hernán. El de Mena solo puede resoplar como quien acepta lo inevitable. Paterna oculta la cara entre las manos. Ramiro aferra un brazo de su esposa y le susurra al oído:

—Eres la reina, no una blanda damisela. Has de acostumbrarte al sabor agrio de la justicia. ¡Mira!

Y Paterna mira. Y Paterna ve al conde Sonna que esgrime las tenazas al rojo vivo. Y ve el rostro aterrado de Nepociano que se contrae en una horrible mueca de espanto. Y ve el semblante crispado de Sonna que sofoca lágrimas de rabia e impotencia. Y ve cómo las tenazas ardientes se clavan en las cuencas del usurpador. Y ve cómo el brazo de Sonna, tembloroso de ira, arranca un ojo del reo. Y Paterna ve, porque ya no puede oír, el brutal chillido de dolor del anciano magnate. Y ve después cómo las tenazas atacan el otro ojo de Nepociano, dejando tras de sí una estela de carne quemada y vapor de fluidos. Y ve que Jimena, atravesada por el tormento de su hombre, cae desmadejada sobre las cuerdas que la amarran al poste. Y ve, porque sigue sin poder oír nada, las bocas abiertas de la plebe en una ovación canalla de venganza y muerte. Y ve cómo Nepociano ahoga un último grito antes de caer doblado sobre sí mismo, desvanecido. Y ve al conde Sonna que arroja las tenazas al suelo, aprieta los puños, camina ante el rey, inclina violentamente la cabeza y abandona el estrado con paso furioso. Y ve esas dos bolitas en el suelo, los ojos de Nepociano, huérfanas para escarmiento de futuros conspiradores. Y ve las lágrimas de desconsuelo que empañan los ojos ciegos de Aldonza. Y ve al obispo Serrano que cabecea, resolutivo el gesto, en acto de aprobación. Y ve al verdugo que apaga el

fuego del hornillo con grotesca delicadeza. Y ve a unos guardias que se llevan los cuerpos dormidos de Jimena y Nepociano. Y Paterna ve a su lado la boca de Ramiro que con una afable sonrisa le dice algo que no puede escuchar. Y la reina, pálida, se levanta y con paso incierto abandona la tribuna preguntándose si este es el precio de la corona. Preguntándose si este Ramiro es el mismo que ha soñado para ella el paraíso del monte Naranco. Preguntándose si alguna vez, al sentir el cuerpo de Ramiro sobre el suyo, podrá borrar de su mente la imagen de los ojos de Nepociano. Preguntándose si alguna vez podrá amar a ese hombre.

EPILOGO

ESTO NO HA HECHO MÁS QUE EMPEZAR

Paterna asomó la mirada de miel a los tres arcos del ventanal. El monte Naranco dibujaba su silueta preñada de sueños. Allí debía de estar ahora Ramiro, con los arquitectos, disponiendo sobre el terreno la imagen futura de su propia ciudad.

Un manto de amargura cayó sobre los esposos después del juicio de Nepociano. Paterna tardó horas en recuperar la serenidad. Aun así, el recuerdo de aquellos ojos fuera de sus órbitas la mantenía absorta, trasplantada a otro mundo. La cena de aquella noche supo a hiel y ceniza.

—He enviado a los dos al monasterio de Ablaña —le había dicho Ramiro como en una excusa—. Allí estarán bien cuidados. Los monjes se encargarán.

La castellana no dijo nada. No podía. Sabía que tenía que ser fuerte; que ahora no era solo una mujer; que ya no podía ceder a consideraciones de piedad; que hay ciertas cosas que en cualquier otra persona son virtudes, pero que en un rey se juzgarían flaquezas. Pero a pesar de saber todo eso, su corazón latía con un ritmo extraño e incómodo, como si súbitamente hubiera cambiado de cuerpo. A Ramiro no le pasó desapercibido el desasosiego de su esposa. «Eres la reina, no una blanda damisela», le había dicho en la hora crucial de la sentencia. Ahora temía haber sido demasiado duro.

—Mi padre, Bermudo, no quería ser rey —explicó Ramiro a su esposa—. Mi padre quería ser sacerdote. No le dejaron. Lo más que le permitieron fue hacerse diácono. Debía casarse y tener descendencia, le dijeron; la familia no podía permitirse que el linaje quedara interrumpido. Y así Bermudo fue rey. Después de la derrota del Burbia, cuando se vio forzado a resignar la corona, mi padre vivió aquello como una liberación. Volvió feliz a su vida de rico diácono campesino. Yo nunca pude comprenderlo. Pero ahora lo entiendo.

Paterna esbozó algo parecido a una sonrisa de empatía. Podía intentar ponerse en el lugar de Ramiro. Pero enseguida sentía que le fallaba el pie, rechazada por un suelo que no la consideraba digna de plantar allí su huella.

Esa misma sensación de extrañeza la invadía ahora, asomada al ventanal de palacio, al fondo el monte Naranco, contemplando un paisaje que deseaba amar, hacerlo suyo, pero donde ya no veía rosas, sino solo espinas. Le vino a la mente Hernán; rechazó su imagen como quien conjura al diablo. Pero la imagen volvió y aún permaneció largo rato en su pecho para confortarla con ese difícil consuelo que procura la nostalgia de lo imposible.



Hernán de Mena acababa de dejar Oviedo pocos minutos antes. Ella lo vio alejarse a caballo por la calzada que lleva al este, el camino de Santullano. A la iglesia de San Julián orientó precisamente sus pasos el caballero, buscando un paliativo para el agudo dolor que atenazaba su alma. Penetró en el templo, recorrió sus naves bajo los arcos multicolores, dejó que su mirada se embriagara en la compleja red de cruces y esvásticas que decoraba los muros, se postró ante el sagrario, masculló dos oraciones que más parecieron maldiciones, buscó un confesonario, apenas un humilde reclinatorio descubierto, y se arrodilló a esperar. Al poco apareció de entre las sombras un monje con más años que la propia iglesia de San Julián. Con un bufido senil, el monje tomó asiento junto al reclinatorio.

—¿Quieres confesión?

—Sí —respondió Hernán.

—Tú dirás.

—Me acuso, padre, de haber amado a una mujer destinada a otro hombre.

—¿Sabías que estaba destinada a otro? —quiso saber el monje.

—Sí.

—¿El otro se ha enterado?

—No, que yo sepa.

—¿Ella te ha correspondido?

—Sí.

—Eso lo complica todo —resopló el confesor.

—¿Perdón? —se sorprendió el de Mena.

—Las mujeres se mueven por fuerzas que a los hombres les resultan impenetrables. Dime, ¿te arrepientes?

—No estoy seguro —titubeó Hernán—. Si he de ser sincero, no me arrepiento de haber pecado, pero sí de las consecuencias.

—En el amor siempre pasa igual —observó el fraile con algo que podía ser una sonrisa—. Pero no puedo absolverte si no te arrepientes.

—Lo entiendo.

—Dímelo de este otro modo: ¿volverías a hacerlo?

—Yo...

—Ya sé que tus tripas volverían a hacerlo —amonestó el fraile al de Mena—, pero no quiero escuchar a tus tripas, sino a tu cabeza. Habla con la cabeza. ¿Volverías a hacerlo?

—Con la cabeza, no.

—Quizás eso baste. ¿Tienes propósito de enmienda? ¿Estás decidido a no volver a pecar?

—Sí, tengo propósito de enmienda.

—Bien. ¿Alguna otra cosa?

—He traicionado la confianza de un hombre.

—Supongo que eso va implícito en el pecado anterior, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Bien, no hace falta ser muy perspicaz para ver que te duele haber pecado. Ahora lo importante es esto: aléjate de esa mujer —ordenó el monje—. Porque si tú la amas, ella te corresponde y vuestro amor es imposible, entonces lo único que conseguirás es hacerle daño a ella, a cuantos ella tiene a su alrededor y a ti mismo. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Penitencia: reza diez padrenuestros antes de salir de aquí. Después, peregrina a cualquier ermita de la Virgen, la que tú elijas, y arrodíllate en soledad para examinar tu corazón delante de ella. Ahora —concluyó el anciano sacerdote— todo queda entre Dios y tú. Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

Hernán de Mena abandonó San Julián con una última mirada a las cautivadoras pinturas de sus muros. Sentía que había pagado una deuda, pero también que aquella absolución no bastaba para expiar su culpa. Esa, como decía el monje, iba a quedar entre Dios y él. Retomó su caballo y al trote se alejó por la calzada que lleva a Pravia. Allí iba a encontrarse con el conde Sonna.

«Nos veremos en Pravia». Eso era lo que Sonna le había dicho cuando abandonó el estrado de palacio, después de verse obligado a arrancar los ojos de Nepociano en una humillación que el conde jamás podría perdonar. Ahora en su mente solo había una cosa: el tesoro. Era menester averiguar qué había pasado con los tres carros del usurpador y si, como Sonna y Hernán sospechaban, aquel misterioso convoy guardaba algún secreto inconfesable.



El conde Sonna había salido de Oviedo el mismo día del juicio, antes de que cayera la tarde. Cabalgó furioso hacia el este. Se metió en un apestoso tugurio. Bebió dos pellejos de vino. Los vomitó. Volvió a cabalgar hacia el este. Durmió donde le sorprendió la noche. Entre las fétidas nubes del vinazo, una idea obsesiva le golpeaba el cerebro: los carros de Nepociano. ¿Por qué no? El cumplimiento del deber iba a ser el mejor lenitivo para tantos sinsabores. «Se puede vivir sin poder y sin riquezas —le había dicho el de Mena—, pero no se puede vivir sin honor. Al menos, yo no». Hernán no y él, Sonna, tampoco, pero antes había que hacer algo más perentorio. Poco después del amanecer, con el estómago vacío y la cabeza descompuesta, el conde divisó las lomas de Parres. Su casa. Bajó al molino. Enseguida vio una figura que corría hacia él. La feminidad bamboleante de Gadea devolvió cierto calor a su

cuerpo cansado.

—¡Sonna! ¡Sonna! —gritaba la molinera sin dejar de correr. Traía en las manos unos rollos de pergamino.

El conde bajó del caballo. Abrió los brazos. Acogió a Gadea. Dejó que la calidez animal de la mujer reconfortara su espíritu aterido. Con gesto serio, la besó.

—¡Estaba preocupada por ti! —gimió la molinera—. He oído historias... La batalla...

—Ya te lo explicaré. Ahora recoge tus cosas —ordenó el caballero—. Nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó desconcertada la mujer.

—A mi casa. Te vienes a vivir conmigo.

—¡Eso es pecado, perillán! —repuso Gadea con un mohín de reproche, esgrimiendo los pergaminos como si fueran un bastón.

—No. Nos casamos.

—¡Qué...!

Gadea se quedó con la boca abierta, los brazos en jarras, grandes los ojos oscuros como una lechuza sorprendida en vigilia. Sonna admiró una vez más su boca fresca, sus mejillas redondas, sus dientes blancos como la harina de su molino...

—Que nos casamos.

—¡No bromees con esas cosas! —protestó la joven viuda.

—No bromeo. Será mañana. En San Vicente de Panes. Con el padre Fructuoso.

—¡Te has vuelto loco!

—Nunca he estado más cuerdo. Eres lo único que vale la pena en mi vida. Mañana nos casamos.

—Amor mío... —solo eso supo decir la desconcertada Gadea.

—¿Qué es eso que llevas ahí? —inquirió el conde.

—¿Los pergaminos?

—Sí.

—Los he recibido hoy. No sé lo que pone. No sé leer, y el cura no está hoy en la aldea.

Sonna tomó los rollos. Los abrió. Leyó en voz alta:

—«Por orden del rey don Ramiro se otorga a doña Gadea de Parres la propiedad y rentas de dos molinos que se llaman Grande y Chico en el río Piloña a su paso por el sitio de Parres. Y para que así conste y sea de conocimiento común, firmo en nombre de Dios Nuestro Señor...», etcétera, etcétera.

—¿Es esto lo que yo creo? —preguntó Gadea, pasmada; tenía lágrimas en los ojos.

—Es mi regalo de boda, sí. Ahora, vámonos. Nos espera el padre Fructuoso.

Y Sonna subió a Gadea a la grupa de su montura, marcharon a la casa de la molinera, recogieron unos cuantos bártulos, los colocaron en dos mulas y cabalgaron

hasta San Vicente de Panes. Donde mañana serían marido y mujer. Y después, pero solo después, Sonna buscaría el tesoro.



Sonna y Hernán no iban a ser los únicos interesados en hallar los carros de Nepociano. En el mismo momento en que Gadea la molinera brincaba de gozo y Hernán de Mena rumiaba su tribulación, un tipo de aspecto siniestro cruzaba impetuosamente las aguas del Aguanaz y penetraba al galope en un poblacho perdido de la mano de Dios. Piniolo había localizado a Ragnar Haraldson en una conocida casa de lenocinio en Ribamontán, en la Trasmiera, no lejos del mar. Le dijeron que un tipo muy rubio, de aspecto bestial y acento extranjero andaba gastando monedas como si no hubiera un mañana. Piniolo no lo dudó. Y en efecto, allí estaba, en el burdel, medio desnudo pero armado, recostado en un pulgoso lecho de paja mal acolchado con un montón de sucios harapos.

—Yo a ti te conozco —dijo el normando cuando le vio aparecer.

—Yo a ti también —respondió seco el terrateniente.

—¿Tú eres...?

—Piniolo, consejero de tu señor Nepociano.

—Mal le has aconsejado, por lo que sé —ironizó el mercenario—. ¿Lo han matado ya?

—No. Vive. Le han sacado los ojos.

—¡Por Thor y por Odín!

—Uno para cada ojo, sí —sonrió macabro Piniolo.

—Dime —indagó el normando sin acusar recibo de la broma—, ¿cómo me has encontrado?

—No ha sido difícil. Has dejado un rastro de pequeñas piezas de oro a tu paso, ¡cabeza loca!

—Seré más cuidadoso en adelante —se chanceó Ragnar con indiferencia.

—Más te vale. Últimamente las cabezas de mercenario vuelan por el reino como el polen de las flores. Y separadas de su tronco.

El vikingo advirtió un deje de amenaza en aquellas palabras. Miró en derredor: nadie; solo un par de mujerzuelas desgredadas que se desperezaban y un parroquiano, aún más desgredado, que apuraba un plato de potaje de nauseabundo aspecto. Dispuesto a dejar las tripas del terrateniente en aquel chamizo, se incorporó con estudiada lentitud.

—¿Por qué me buscas? ¿Qué quieres de mí? —Y Piniolo percibió que el normando deslizaba la diestra sobre la vaina de su espada.

—¿De verdad no lo sabes? —tanteó Piniolo, palpando a su vez la daga que dormía bajo su capa.

—No —contestó el normando.

—Es fácil. Tú tienes media moneda y yo tengo otra media. Juntémoslas. Por separado no valen nada. Pero unidas... —Una grieta de dientes feroces se asomó a la cerrada barba negra del terrateniente.

—No sé qué quieres decir —desconfió Ragnar Haraldson.

—Tres carros. Tres hermosos carros. ¿Ya te va sonando la canción?

Ragnar Haraldson abrió desmesuradamente los ojos glaucos y se frotó con saña el rostro como si quisiera despertar de los efectos del vino.

—Háblame de eso —invitó el normando a su interlocutor.

—Aquí, no. Este sitio apesta. Vayamos fuera —ordenó Piniolo, saliendo del burdel.

Ragnar se levantó, soltó un par de piezas de oro sobre una cabeza pecosa que en ese momento emergía de entre los harapos del jergón y se calzó las botas. Cuando salió, Piniolo ya estaba a caballo y sostenía las riendas del jamelgo del normando. Aún no lo sabían, pero Ragnar y Piniolo iban a ser los peones de la última jugada de Nepociano.



Hoy no iba a llover en Oviedo. Paterna empezaba a sentirse asfixiada entre las cuatro paredes de la cámara regia. Se embozó en un manto de rico paño, llamó a su aya y salió de palacio. Sentía el alma manchada, pero tendría que aprender a vivir con ello. Necesitaba aire. Aire y agua. Un pequeño paseo y estaría en la Foncalada. Despachó a Telmo, Tello y Mendo, que se habían apresurado a cubrir las espaldas de su señora, y se encaminó hacia el tibio balneario. La Foncalada era una limpia alberca de piso calizo bajo un templete de piedra; en el frontón del templete, Alfonso el Casto hizo labrar una cruz con la inscripción salvadora: «*Con este signo se ampara el justo, con este signo se vence al enemigo. Pon, Señor, el signo de salud en esta fuente, y no permitas entrar al ángel golpeador*». No, que no entrara aquí el ángel hostil de la muerte. Paterna cruzó el espacio de la alberca y ganó el edificio aledaño, una rústica casa en cuyo interior Alfonso había hecho construir un *laconicum* al estilo de las viejas termas. Paterna despachó a la servidumbre y se desnudó. Hizo manar el vapor que enseguida perló su cuerpo. Lloró. Tuvo que esforzarse, pero lloró. Solo aquí podía hacerlo; para que sus lágrimas, confundidas con el sudor, no se avergonzaran de sí mismas. Después salió nuevamente a la alberca. Sumergió su cuerpo en el agua fría. Involuntariamente pensó en Hernán.

Cuando Paterna regresó al palacio ya era mediodía. El rey había convocado a su nuevo consejo. Cambios importantes se avecinaban en la corte. El abad Gladila —el riquísimo abad Gladila— iba a ver recompensada su apuesta por Ramiro con el obispado de Lugo, mientras que el titular de la diócesis, Adulfo, pagaría con el retiro

su oportunista inhibición. Escipio no volvería a la corte. Ergica de Tuy ya ejercía de jefe de la guardia. Pero el gran triunfador era el obispo Serrano, que además de la diócesis de Oviedo se cobraba el gobierno de palacio. Por eso ahora el mozárabe estaba allí, al fondo del gran pasillo, en la antesala de la cámara de trabajo del rey Ramiro, presto a ocupar su nueva dignidad. Paterna se encaminó hacia él. Convenía un saludo de cortesía. Un ruido de pasos, sin embargo, detuvo en seco a la mujer. Vio aparecer al obispo Gomelo. La castellana permaneció entre las sombras. Ninguno de los dos hombres percibió su presencia. Serrano recibió a Gomelo con una filial reverencia.

—Te saludo, Gomelo, con la veneración que merece el vestigio glorioso de una época que termina —dijo el mozárabe con voz que parecía sincera.

—Hermano mío —contestó Gomelo en una risa cansada—, me habían llamado de todo en estos años, pero nunca vestigio glorioso.

—Quería decir...

—Sé lo que querías decir —atajó el anciano—. Pero te engañas.

—¿A qué te refieres? —se desconcertó Serrano.

—A eso de la época que termina.

—No quería resultar ofensivo —se excusó el mozárabe—. El tiempo de la vieja Asturias ha terminado. Ahora el reino...

—¿De verdad crees que el tiempo de Asturias ha terminado? Entonces, amigo Serrano, es que no has entendido nada de todo cuanto ha pasado a tu alrededor.

—Pero es transparente que el final de Nepociano y los conspiradores marca el final de una época.

—Tal vez —objetó Gomelo—, pero no el final de Asturias.

—El viejo reino... —comenzó a decir Serrano, pero su mentor le interrumpió.

—Asturias es mucho más que el viejo reino, y eso es lo que tienes que comprender de una vez. ¿Dices que el tiempo de Asturias ha terminado? ¡Nada más lejos de la realidad! —Gomelo se aproximó a Serrano. Puso sus manos flacas sobre los hombros de su pupilo y sucesor. Clavó los ojos viejos en la nariz aplastada del mozárabe. Y habló con voz de profeta—: No, nada más lejos de la realidad. Cada paso que se da en la frontera, cada mujer que alumbra en el reino, cada ermita que se levanta en el sur, cada yugada de tierra que se abre al cultivo... cada una de esas cosas hace eco a la voz de Asturias. Repoblaremos el Bierzo, Amaya, León, y cada uno de esos sitios será un hijo de Asturias. Llegaremos incluso al cauce del Duero, como sueña Ramiro, y cada gota de las aguas del gran río será sangre de Asturias, será sangre de reyes, será el perpetuo bautismo del reino del norte.

Gomelo se detuvo. Le costaba respirar. Se alejó unos pasos de su pupilo. Miró por el amplio ventanal. Al fondo, el monte Naranco. Rio:

—¿Dices que el tiempo de Asturias ha terminado? No, querido amigo, el tiempo

de Asturias no ha hecho más que comenzar.

APÉNDICES

NOTA HISTORIOGRAFICA

Este libro es, cabalmente, una novela histórica. Es decir, que toma pie en circunstancias históricas reales, que sucedieron de verdad, o al menos así las relatan las *Crónicas*, y las envuelve en otras circunstancias imaginadas para construir un relato de ficción.

Es verdad históricamente asentada que Alfonso II, rey de Asturias, designó heredero a Ramiro, hijo del rey Bermudo. Es verdad que Ramiro, recién nombrado, fue a buscar esposa a la entonces naciente Castilla, y que esa esposa se llamaba Paterna, aunque otras fuentes la llaman Urraca. Es verdad que, en ausencia del elegido, un magnate llamado Nepociano dio un golpe de estado. Es verdad que este Nepociano era cuñado del rey, aunque no es posible decir qué grado exacto de parentesco quería indicar la palabra *cognatus* que aparece en las crónicas; y la única pariente femenina que se atribuye a Alfonso, aunque sin datos fehacientes, se llamaba Jimena. Es verdad que hubo una batalla en Cornellana y que, en ella, los partidarios de Nepociano abandonaron el combate dejando solo al usurpador. Es verdad que los condes de palacio Sonna y Escipio capturaron a Nepociano y lo llevaron en presencia del rey. Es verdad, en fin, que Ramiro sentenció a Nepociano a que le fueran arrancados los ojos y permaneciera encerrado en un convento. Todo esto forma parte de la Historia.

Además de estas circunstancias, concurren en este libro otros datos, hechos y personajes enteramente verídicos. Las aceifas musulmanas sobre la llanada de Álava son bien reales, incluida la ritual decapitación masiva. Lo es también la identidad de los personajes de la corte cordobesa: Abderramán, su favorita Tarub, el eunuco Nasr, el alfaquí Yahya, el heredero Mohamed y sus dos madres, Buhyar, la biológica, y Al-Shifá, la de leche. La peripecia personal del eunuco Nasr Abu el-Fath fue, con muy pocas licencias, tal y como se narra en este libro. También es real la conspiración de Tarub y Nasr contra el príncipe Mohamed, así como la narración del episodio de la destrucción de Eio. No es verídica, por el contrario —o al menos no consta, aunque sea verosímil—, la intervención cordobesa en el golpe de Nepociano ni la expedición de Mohamed sobre Oviedo.

Hay en *El reino del norte* otras circunstancias que oscilan entre la realidad y la ficción. El personaje de Jimena, por ejemplo, toma base en fuentes más legendarias que históricas y su matrimonio con Nepociano es pura hipótesis. Gomelo fue obispo de Oviedo en la época en que se sitúa la narración, pero Serrano no lo fue hasta bastante más tarde. Lo mismo vale para los obispos Ataúlfo de Iria-Compostela y Adulfo de Lugo, así como el abad Gladila, que existieron realmente, pero cuya participación en los hechos es imaginaria. Más: aunque los hijos de Ramiro fueron en verdad Ordoño y Aldonza, la crónica cristiana le añade otro vástago llamado García

del que no hay más noticias, y es la crónica musulmana (la de Ibn Idhari) la que consigna como hijo de Ramiro al joven Gatón, al que más tarde se verá repoblando el Bierzo. Asimismo, parece claro que Rodrigo de Castilla —el que sería el primer conde titular del territorio— estaba vinculado familiarmente al matrimonio de Ramiro y Paterna, muy posiblemente por vía de esta última, aunque no consta de manera fehaciente que fuera en realidad su hermano.

Por lo demás, las circunstancias familiares de Paterna nos son desconocidas. Nuestra elección del paraje de Villarcayo-Cigüenza para asentar su cuna es enteramente discrecional. Lo es también, por cierto, el situar a Ramiro Bermúdez como señor de la sierra del Édramo, y si en este libro aparece en tal posición es por simple amor a ese bello rincón gallego. Es muy posible, sin embargo, que Ramiro y su familia mantuvieran algún tipo de vinculación con el monasterio de Samos. En cuanto a la batalla de Cornellana, sabemos que existió, pero ignoramos cómo fue porque la crónica no nos lo dice; lo que se ha reconstruido en estas páginas es producto de la imaginación, aunque intentando en todo momento que aquello que no es real sea, por lo menos, verosímil. Y por supuesto, el personaje de Hernán de Mena es enteramente imaginario, como enseguida habrán adivinado los lectores de *El Caballero del Jabalí Blanco*.

Para separar la historia de la ficción, no podemos sino remitir a nuestro volumen *La gran aventura del reino de Asturias* (La Esfera de los Libros), donde se relatan los hechos de la monarquía asturiana tal y como la crónica nos los ha legado. En lo demás, *El reino del norte* solo pretende entretener al lector transportándole a un mundo que existió, que fue nuestro, que es nuestro aún, imaginando cómo pudo ser todo lo que la *Crónica* omite. No se vea el ejercicio como un abuso literario, sino como una manifestación de amor a aquel tiempo.

Una cosa más: Nepociano, aun ciego y encerrado, planificó y ejecutó efectivamente su venganza. Pero eso, con la benevolencia del lector, será objeto de un próximo libro.

CRONOLOGIA

- 711 Tropas musulmanas penetran en España para tomar parte en la guerra civil que desangra el reino visigodo.
- 712-715 El reino godo se hunde. Los musulmanes ocupan el país.
- 714 Abdelaziz ibn Musa, primer valí de Al Ándalus.
- 722 Batalla de Covadonga. Comienza la resistencia organizada en Asturias. Don Pelayo, príncipe de los astures con corte en Cangas de Onís.
- 737 Reina Favila, que muere dos años más tarde.
- 739 Llega al trono Alfonso, hijo del duque Pedro de Cantabria y esposo de Ermesinda, la hija de Pelayo.
- 756 Bajo el liderazgo del omeya Abderramán I, Al Ándalus se separa del califato de Damasco. Nace el emirato independiente de Córdoba.
- 757 Reina Fruela I, hijo de Alfonso. Será asesinado.
- 768 Aurelio en el trono. Es sobrino de Alfonso I.
- 774 Muerto Aurelio, es elegido rey el magnate Silo, marido de Adosinda, hija de Alfonso I. Silo traslada la corte a Pravia.
- 783 El joven Alfonso II, hijo de Fruela, es coronado rey. Inmediatamente es derrocado y huye al exilio. Se hace con la corona Mauregato, hijo bastardo de Alfonso I.
- 789 A Mauregato le sucede Bermudo I el Diácono, hermano de Aurelio.
- 791 Derrotado Bermudo por los musulmanes en el Bierzo, los nobles del reino acuden a buscar a Alfonso II. Lo sacan de su exilio. Es ungido rey. Alfonso II traslada la capital a Oviedo.
- 792-799 La iglesia de Oviedo se separa de la de Toledo, afectada por la herejía adopcionista.
- 794 Primer saqueo musulmán de Oviedo. Alfonso se toma la revancha aniquilando a los sarracenos en Lutos (Los Lodos).
- 795 Segundo saqueo musulmán de Oviedo.
- 796 Comienzan las relaciones entre el reino de Asturias y la corte de Carlomagno.
- 798 Alfonso II saquea la Lisboa musulmana.
- 799-800 Primeras repoblaciones cristianas en el norte de Burgos.
- 801 Golpe de estado contra Alfonso, que es secuestrado y encerrado en un monasterio. Le rescatan sus fieles, los *fideles regis*.
- 814 Aparece en Compostela la tumba del apóstol Santiago.
- 842 Muere Alfonso II el Casto. Designa heredero a Ramiro, hijo del anterior rey, Bermudo. El magnate Nepociano promueve un golpe y se hace con el poder. Nepociano será derrotado por Ramiro en la batalla de Cornellana.

SOBRE LOS MAPAS Y EL ARBOL GENEALOGICO

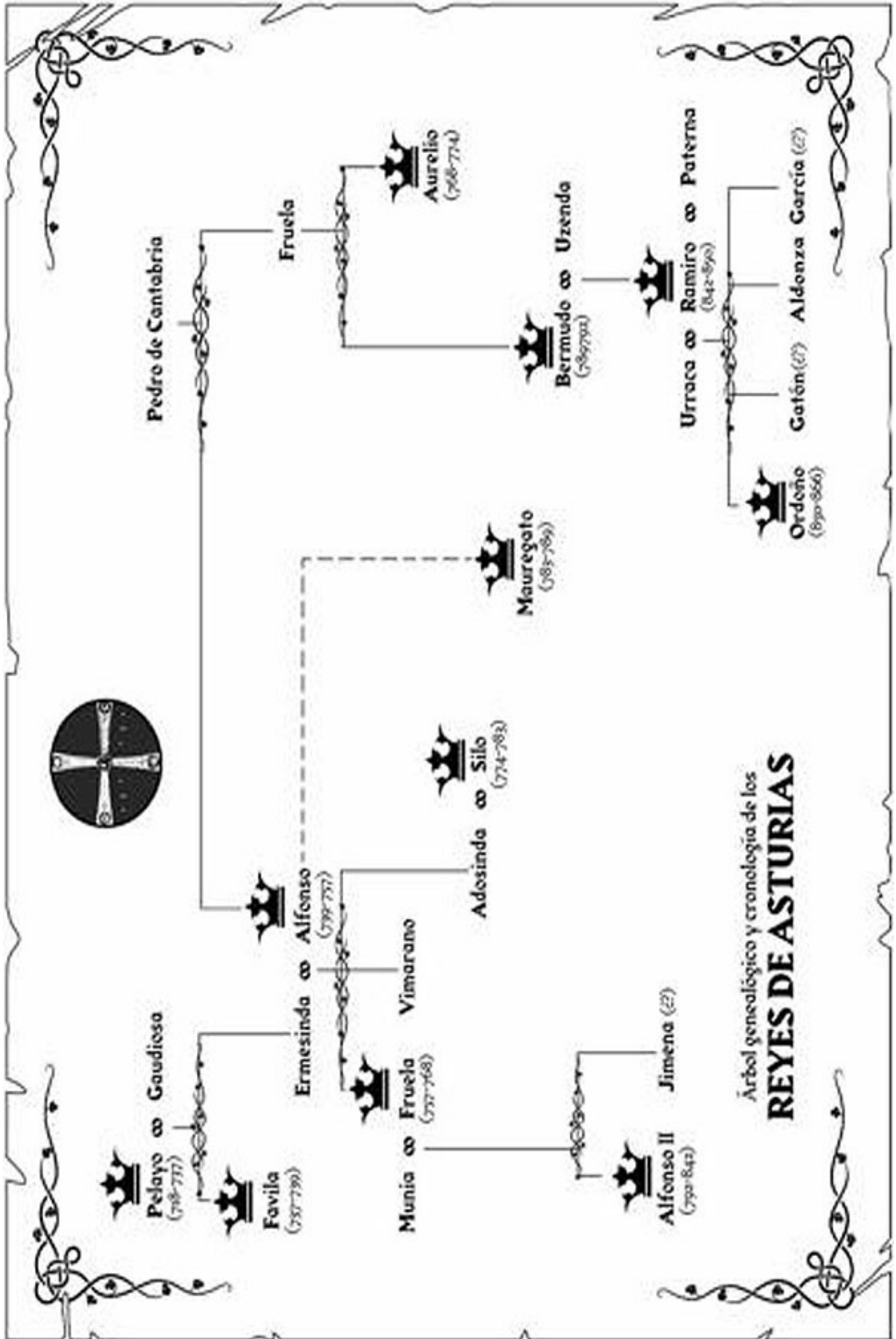
Este libro incluye en las guardas varios mapas y esquemas con el objetivo de que sirvan de guía al lector. Uno de ellos reconstruye el escenario general, geográfico y físico, del reino cristiano del norte, el reino de Asturias, con su frontera natural en las montañas cantábricas. Se señalan algunas de las localidades más mencionadas en la narración, de manera que el lector poco ducho en geografía pueda situarlas sin problema. También se dibujan las rutas medulares del relato: la que emprenden Ramiro y Hernán en busca de Paterna, y la que después recorren Paterna y Hernán en busca de Ramiro.

Asimismo se ofrece un dibujo descriptivo de cómo podía ser Oviedo a mediados del siglo IX, lo cual sin duda ayudará al lector a seguir las peripecias de los personajes por la *civitas episcopalis*. Este dibujo bebe cuidadosamente en los trabajos realizados por arqueólogos, arquitectos e historiadores a lo largo del último siglo, y muy especialmente a partir de los pasados años cuarenta. He tenido particularmente en cuenta los trabajos de Borge Cordovilla. Es muy importante subrayar que numerosos puntos de la reconstrucción están sometidos a severo debate; por ejemplo, hay gran controversia sobre la naturaleza del edificio que se hallaba al sur de San Salvador, que unos dan por palacio real primigenio y otros —por ejemplo, el propio Borge Cordovilla— por palacios episcopales. En cualquier caso, lo que aquí se ofrece es una síntesis provisional con el único fin de guiar al lector y, de paso, estimular su curiosidad. Aún queda mucho trabajo por hacer en la búsqueda de ese tesoro prodigioso que era el Oviedo de Alfonso II y Ramiro I.

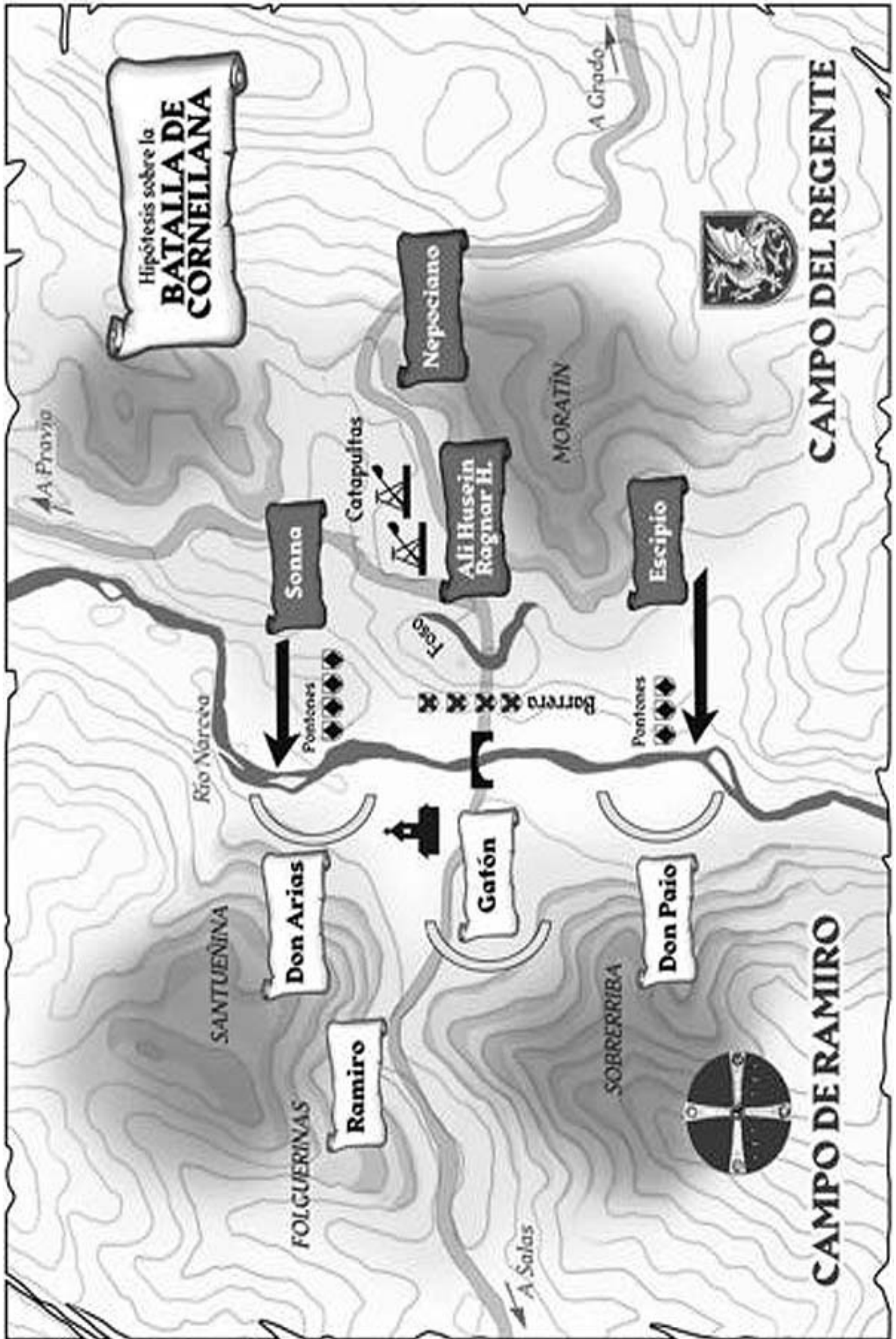
En *El reino del norte* aparece un plano de la batalla de Cornellana. Hay que decir que, en realidad, nadie sabe cómo fue aquella batalla. El croquis ofrecido no atiende al rigor histórico, sino al relato imaginado que se hace en este libro.

Por el contrario, son estrictamente realistas tanto la genealogía de los reyes de Asturias —sometida a las inevitables lagunas que la propia *Crónica* nos deja— como la cronología de la época. Una vez más, ambos materiales no tienen otro fin que ayudar al lector a situarse en el río de la Historia.

Arbol genealógico y cronología de los Reyes de Asturias



Hipótesis sobre la batalla de Cornellana



AGRADECIMIENTOS

Este libro habría quedado inevitablemente cojo sin el concurso de muchas personas que me han ayudado a reconstruir la época y el escenario de los hechos. A todos ellos expreso mi más profunda gratitud.

A Juan Luis López Díaz y su sobrino Eduardo, de la Casa de Díaz, en Vilachá, Samos, por su inagotable entusiasmo a la hora de mostrarme los encantos de la sierra del Édramo, incluido un inolvidable viaje en todoterreno por los castros celtas que coronan la sierra.

Al prior de Samos, el padre José Luis Vélez, por abrirme la puerta del monasterio y proveerme de documentación de extraordinario valor. Y a Juan, el maestro de Albaroque, la casa de peregrinos aledaña.

A Manuel López, de La Pinza, en Sarria, cicerone por el valle del Mao, la vieja cantera de mármol del Incio, el sepulcro de San Eufrasio en Santa María del Mao y la iglesia de San Pedro Fiz en el Hospital del Incio, con la colaboración inexcusable de su guía don Manuel O Zoqueiro, que además me enseñó los secretos del mármol.

A Francisco José Borge Cordovilla, el autor de la extraordinaria web mirabiliaovetensia.com, sin duda el intento más rico y serio de reconstrucción del Oviedo monumental de la época alfonsí y ramirense. La mayor parte de las descripciones urbanas de la capital del reino han bebido en el trabajo de Borge Cordovilla.

Al maestro Luis Díez Tejón, que siempre tiene la puerta abierta y el ánimo paciente cuando se trata de resolver dudas sobre la Asturias del prerrománico y el románico.

A la profesora Esperanza Robles, que me ha guiado por la difícil selva de los latines en la liturgia mozárabe para adaptarla al lenguaje actual.

Y a mi esposa, Aurora, paciente y crítica correctora de manuscritos.



JOSÉ JAVIER ESPARZA (Valencia, 1963), periodista y escritor, actualmente es director del diario *La Gaceta* y colabora en varios programas de Intereconomía Televisión. Ha sido director del programa cultural *La estrella polar* en la cadena COPE, crítico de televisión en el grupo Vocento y copresentador del Telediario de Intereconomía.

Especializado en la divulgación histórica, ha publicado entre otras obras: *Guía políticamente incorrecta de la civilización occidental*, *España épica*, *La gesta española*, *El terror rojo en España*, *Los ocho pecados capitales del arte contemporáneo*, *El libro negro de Carrillo*, las novelas *El dolor* y *La muerte*, que forman parte de la trilogía *El final de los tiempos*, y con gran éxito la trilogía sobre la Reconquista: *La gran aventura del Reino de Asturias*, *Moros y cristianos* y *¡Santiago y cierra, España!*, de los que ha vendido más de 60 000 ejemplares. También ha escrito las novelas históricas *El caballero del jabalí blanco* y *El reino del norte*.